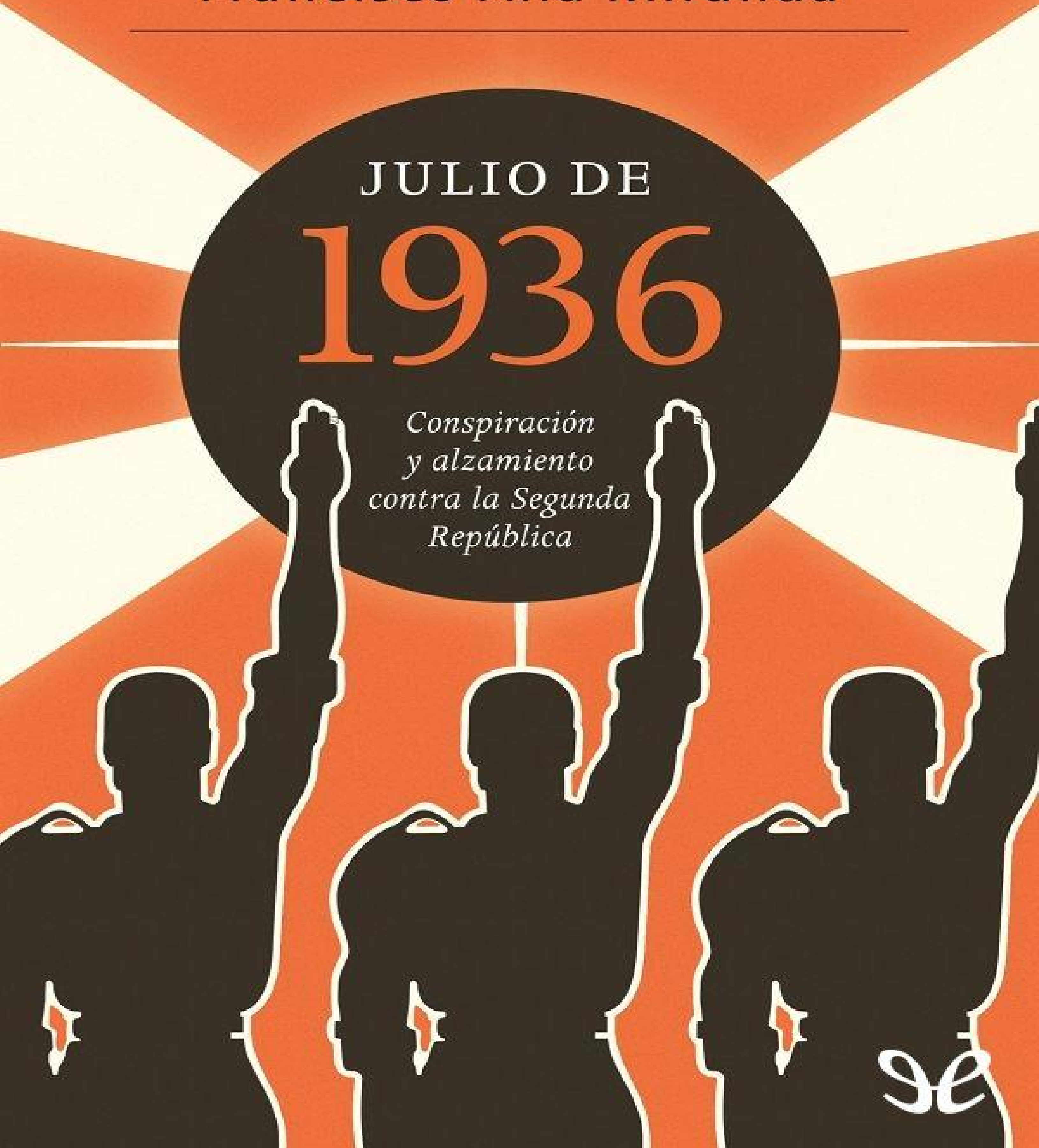
Francisco Alía Miranda



Se han publicado miles de libros sobre la Guerra Civil española, pero en su historia sigue habiendo muchos puntos oscuros y mal conocidos. Sucede así con la conspiración que preparó el alzamiento del 18 de julio y con la forma en que se desarrolló en los primeros momentos. Un libro tras otro han venido repitiendo los mismos tópicos, basados en las mismas fuentes de información. Convencido de que aclarar la realidad de este momento fundacional era algo necesario para llegar a entender el sentido mismo de la guerra, Francisco Alía ha realizado una investigación a fondo en los archivos, en especial en los militares, y ha sacado a la luz documentos poco o nada conocidos hasta ahora, para reconstruir la historia real de una conspiración militar que fue minuciosa y largamente preparada. El resultado es una visión desmitificadora que obligará a revisar mucho de lo que hasta hoy se venía sosteniendo.



Francisco Alía Miranda

Julio de 1936

Conspiración y alzamiento contra la Segunda República

ePub r1.0
Titivillus 17.03.15

Título original: *Julio de 1936*

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A la memoria de mi padre, Santiago Alía Nombela, quien vivió los acontecimientos que se narran en este libro en su pueblo natal, Escalonilla (Toledo), a la edad de 14 años.

Introducción

HASTA AHORA SE HAN publicado miles de libros sobre la Guerra Civil española, pero, en general, la mayoría recrean los mismos escenarios, hablan de idénticos acontecimientos y las perspectivas difieren en cuanto lo hace la ideología de los autores. Si miramos la bibliografía citada, casi siempre es la misma. La incorporación de la más reciente suele ir con mucho retraso. Las fuentes generalmente son muy limitadas y muy pocas las de archivos, realizándose pocos esfuerzos por adentrarse en grandes conjuntos documentales. Con esos ingredientes hay poco lugar para la innovación. Por eso los tópicos, las lagunas y las interpretaciones consolidadas por la tradición suelen ser tan comunes en esta temática. Ya lo ha puesto de manifiesto uno de los últimos estudios sobre la historiografía reciente de la Guerra Civil, donde se expone la dificultad de encontrar ideas y explicaciones nuevas[1]. La guerra española fue un episodio histórico apasionante, que mereció la atención de todo el mundo en su momento y que sigue provocando una expectación inusitada entre los lectores. Pero estos, en buena parte de los casos, se encuentran desilusionados al abrir la llamativa cubierta de los distintos libros, porque lo de dentro es lo mismo de siempre.

Esta obra intenta ser distinta tanto en su concepción como en sus resultados. Analiza la conspiración de la primavera de 1936 y el golpe de Estado comenzado en Melilla el 17 de julio y extendido a la Península a partir del día 18 pero de una forma original, prescindiendo con todas las consecuencias de algunas fuentes clásicas, como la tan recreada *Historia de la Cruzada Española*, y de la más caduca bibliografía, generalmente impregnada de más odio y rencor que de ciencia. El relato se forma, sobre todo, a partir del testimonio de los protagonistas. En unos casos se trata de personajes conocidos, en otros muchos no. Algunos han sido recogidos a

través de sus *memorias*, otros, los más, a partir de sus declaraciones e informes en los procesos judiciales en los que se vieron involucrados.

Se trata, por tanto, de reconstruir unos meses y unos acontecimientos de gran importancia para la historia no sólo nacional, sino mundial, sobre los que se han publicado muchas páginas, pero de una forma distinta, a partir de la experiencia de los participantes, lo que genera una historia más viva, más personal e individual, más sentida y mucho más humana. Ello ofrece una mayor posibilidad para trascender al relato, permitiendo comprender tanto lo sucedido como a los actores, importantes o no, porque en todos estos acontecimientos fueron muchos miles, incluso millones de personas, los protagonistas. Sólo si comprendemos lo acontecido habremos logrado el objetivo último de esta investigación: explicar el proceso conspirativo de marzo/julio de 1936 en todas sus dimensiones; su consecuencia primera, el golpe de Estado; y la última, la Guerra Civil.

La base firme de la presente investigación es la bibliografía y las fuentes documentales. La bibliografía consultada ha intentado ser lo más exhaustiva posible, aunque todos sabemos que hablar de exhaustividad en un tema como el de la Guerra Civil española, que es el que después de la II Guerra Mundial más libros ha generado en todo el mundo, resulta sencillamente imposible. Con estas limitaciones, se ha procurado ser riguroso especialmente con la más reciente, la alejada de planteamientos maniqueos y la que ha tenido como base fundamental de su estudio las fuentes archivísticas. Se han manejado tanto los estudios de conjunto como las cada vez más numerosas monografías provinciales que vienen a diseñar recientemente un panorama historiográfico más halagador.

Las fuentes documentales analizadas han sido numerosas, encontrándose repartidas en distintos archivos militares, como los archivos de los tribunales militares territoriales y el Archivo General Militar de Ávila, o históricos, como el Archivo Histórico Nacional o los archivos históricos provinciales. De todas destacan las judiciales, tanto por su cantidad como por su calidad. Aportan una documentación poco utilizada por los historiadores de la época contemporánea pero cada vez más revalorizada por su capacidad para conocer y replantear muchos temas. Entre ellas sobresalen las causas judiciales abiertas por los tribunales

republicanos durante la Guerra Civil, los consejos de guerra franquistas, tanto durante la guerra como en la inmediata posguerra, y la *Causa General*. Esta última soporta un gran peso de la investigación.

La *Causa General* constituye una voluminosa documentación formada por 950 legajos y depositada en el Archivo Histórico Nacional, de los que 532 pertenecen a los informes enviados por las provincias y 418 a los tribunales militares de los ejércitos del Norte y del Centro. La *Causa General* se formó por iniciativa del gobierno franquista, por un decreto del Ministerio de Justicia de 26 de abril de 1940, que concedía poderes al fiscal del Tribunal Supremo para instruir la «Causa General Informativa de los hechos delictivos y otros aspectos de la vida en zona roja desde el 18 de julio de 1936 hasta la liberación»[2]. La búsqueda *desesperada* de responsabilidades resultó una invitación a todos los que se sentían agraviados, por múltiples circunstancias, a dar rienda suelta a sus deseos de venganza. Por ello es una fuente sobre la que hay que tomar muchas precauciones, especialmente en las piezas de depuración de delitos de sangre y actuación de comités y autoridades populares. Sin embargo, la Pieza n.º 2, «Alzamiento nacional», se encuentra repleta de testimonios de participantes en él que, aun conscientes de que su declaración estaba realizada bajo numerosos condicionantes extremos, ofrece relatos y detalles de los acontecimientos únicos tanto por su cantidad como por su calidad. A las declaraciones se suman en algunas provincias copias de las causas judiciales emprendidas durante los meses posteriores a los hechos, tanto por tribunales republicanos como por consejos de guerra franquistas.

A las fuentes judiciales se añaden los informes, correspondencia y testimonios de diversos militantes de organizaciones obreras, políticas o sindicales que se conservan en los archivos o fundaciones de los sindicatos o partidos políticos, como la Fundación Anselmo Lorenzo y la Fundación Pablo Iglesias.

La documentación conservada en los archivos españoles se ha completado con la de la diplomacia francesa y británica, consultada en el Archive du Ministère des Affaires Étrangères (París) y en The National Archives (Londres), respectivamente. Parecía imprescindible rastrear la opinión y la acción de los gobiernos de Gran Bretaña y de Francia, las dos

democracias más consolidadas del continente europeo. Su actuación ante la conspiración y el golpe militar, con la firma del Pacto de No Intervención, resultó trascendental para el discurrir de los acontecimientos españoles.

La prensa también ha sido de enorme utilidad, tanto para seguir los acontecimientos como para intentar conocer y comprender la actuación de las autoridades oficiales en el alzamiento, de los responsables de la sublevación y la reacción de las milicias populares. Cabeceras como *ABC* (ediciones de Madrid y de Sevilla) y *Ahora* dedicaron muchas páginas a informar sobre los acontecimientos con gran lujo de detalles, por lo que resulta imprescindible consultar sus artículos y contrastar sus informaciones y sus opiniones con otras fuentes. Además se han consultado las cabeceras más significativas de algunas provincias, en búsqueda tanto de la información más puntual del momento como de la opinión de los grupos sociales y territoriales a los que representaban.

En este libro no aparecen todas las poblaciones, ni siquiera todas las provincias. No era el objeto de este estudio ofrecer una lista detallada de ellas, porque esta nos permitiría contar, pero no explicar. Tampoco hubiera sido posible, porque hay lugares de los que apenas hay bibliografía especializada. La *Causa General* tampoco llega a todos los rincones del país, y sobre todo su pieza más interesante en esta obra, la de Alzamiento, sencillamente porque en algunas provincias no lo hubo.

Estas posibles limitaciones se han intentado compensar con un planteamiento novedoso que intenta establecer modelos globales para explicar tanto la conspiración como el alzamiento. Estos modelos o categorías permiten englobar a todos aquellos territorios que jugaron un protagonismo similar en los acontecimientos o mantuvieron una actuación semejante. Ello nos ha permitido entender la conspiración y el alzamiento a base de «poderes compensatorios». Unas provincias jugaron un papel, otras otro diferente; pero todas se sintieron útiles y, lo que resultó más importante, protagonistas. Esa fue, en síntesis, una de las mejores claves tácticas del general Mola, hasta ahora apenas mencionada.

No sólo se presenta el alzamiento desde el punto de vista territorial. También la dimensión temporal adquiere importancia, rompiendo con el férreo molde establecido hasta ahora. La mayor parte de historiadores

hablan de alzamiento hasta el 20 de julio, más o menos. A partir de esa fecha los acontecimientos se describen bajo el título de Guerra Civil. El *Foreign Office* habla por primera vez de «Spanish Civil War» el 28 de julio, término con el que sustituyen a los de «Spanish Rebellion», «Revolt against Spanish Government» y «Revolution in Spain». Ese mismo día el gobierno de la República autorizaba al Ministerio de la Guerra, por decreto, la declaración de «zona de guerra» a aquellas en las que hubiera operaciones militares. También en esa misma fecha la Junta de Defensa Nacional, máximo órgano del Ejército sublevado, extendió el estado de guerra a todo el territorio español por medio de un famoso bando. Unos y otros reconocían el trágico empate en sus fuerzas y la incapacidad para derrotar al enemigo. Además de estas razones de peso, este estudio amplía temporalmente el alzamiento hasta el 28 de julio porque hubo algunos lugares, aunque pocos, donde hubo fuerzas militares sublevadas o se dieron levantamientos militares o civiles hasta esa fecha o cercanas. El alzamiento, por tanto, no fue uniforme ni territorial ni temporalmente, tal vez esa fue otra de las claves del éxito relativo de Mola, que desconcertó al enemigo.

Estas son algunas de las nuevas teorías más importantes que se proponen en este libro, porque siempre se ha querido hacer algo nuevo, distinto, donde las fuentes y la documentación fueran capaces de sustentar nuevos marcos teóricos que intentaran dar respuesta, en la medida en que las fuentes lo permitieran, a algunos de los muchos interrogantes que aún perviven sobre este período, que provocan una gran diferenciación entre los historiadores y un enorme desconcierto entre los lectores. Entre ellos, por ejemplo, podemos destacar el de las causas de la Guerra Civil, la intervención del general Franco en la conspiración y la determinación del asesinato del líder monárquico José Calvo Sotelo en el estallido del alzamiento. Una vez que se produjo el golpe militar, también hay múltiples aspectos sobre los que era necesario reflexionar y estudiar para conseguir explicaciones, como la pregunta todavía fundamental sobre la que había varias versiones e indefiniciones: ¿por qué el alzamiento triunfó en unas provincias y no en otras o por qué la República no fue capaz de dominar unas y sí otras? Esta pregunta nos lleva directamente a plantear nuevos interrogantes: ¿Serían factores políticos, como el peso o no de las

organizaciones obreras? ¿Serían factores militares, como la fuerza organizativa de la conspiración y la implicación de los principales mandos? ¿Sería más determinante la acción individual que la colectiva? ¿Sería sencillamente la fortuna? En fin, son sólo algunas de las cuestiones que se plantea este libro y a las que se intenta dar respuesta.

Este estudio, como todos los de la Guerra Civil española, parece que necesita una justificación terminológica, no tanto por evitar herir susceptibilidades como por aclarar términos que se han elegido frente a otros o se manejan de forma indistinta y que pueden parecer equívocos. Cuando se habla de los bandos en que se dividió España tras el 17 y 18 de julio del 36 se han denominado «bando republicano» y «bando nacional», este último solamente por ser el término más comúnmente utilizado. Se han usado indistintamente conceptos como alzamiento, golpe de Estado, levantamiento, movimiento y sublevación para calificar los acontecimientos que tuvieron lugar entre el 17 y el 28 de julio porque, desde el punto de vista gramatical, son similares. Sin embargo, jurídica y penalmente pueden tener amplias diferencias, según deriven en delito de rebelión, cuando se pretende cambiar al gobierno o la forma de Estado, o de sedición, que busca la adopción de otras medidas de carácter político menos graves.

Mientras que el Código Penal de 1928, elaborado durante una dictadura militar que procedía de un golpe de Estado, prescindía de una regulación expresa de los delitos contra la forma de gobierno, el aprobado en 1932 tipificaba el delito contra la forma de gobierno en su modalidad más grave, esto es, con alzamiento público en armas, agravándose la pena cuando se produjese un combate entre los alzados y la fuerza pública. El alzamiento, para ser considerado delito de rebelión, debe ser armado y debe estar dotado de la adecuada organización[3]. Esta doble condición estuvo presente, en todo momento, en julio de 1936.

Por último, mi más sincero agradecimiento a cuantas personas e instituciones han contribuido a que esta investigación, que se ha alargado más de cuatro años, haya llegado a su fin. Entre las primeras, a Olga M. Morales Encinas, Oscar G. Bascuñán Añover, Juan Antonio Inarejos, Antonio M. Carrasco González y al profesor Sebastian Balfour. Entre las segundas quiero hacer un reconocimiento especial a la Universidad de

Castilla-La Mancha y a la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, por su apoyo a la investigación histórica. La primera me ha ofrecido la posibilidad de consultar la documentación depositada en algunos archivos y bibliotecas fuera de España, a partir de distintas acciones especiales y estancias de investigación. La Consejería de Educación, Ciencia y Cultura, a través de su Plan Regional de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación (PRINCET), ha venido financiando un proyecto de investigación[4] del que es resultado este trabajo, que comenzó a partir de la ponencia presentada al Congreso Internacional «La Guerra Civil en Castilla-La Mancha, 70 años después», celebrado en la Facultad de Letras de Ciudad Real en 2006 y organizado por el Grupo de Investigación «José Castillejo. Historia e Instituciones Contemporáneas». Este libro está dedicado a mi querido padre, Santiago, que nos dejó unos meses antes de haber acabado de escribir estas páginas, y a Consuelo, Javier, Francisco y Jesús.

El estudio de la Guerra Civil española sigue lleno, además de tópicos y reiteraciones, de debates inconclusos. En muchos casos porque, como ya se ha dicho, las fuentes que manejan la mayor parte de trabajos son siempre las mismas. En otros, porque es imposible dar una versión definitiva y certera. La Historia no tiene punto final ni tiene como pretensión conocer cómo sucedieron en realidad los hechos. Uno de estos debates, quizá el principal, es el de las causas de la guerra. El objeto de esta obra es el estudio de la conspiración y el alzamiento, circunscrito temporalmente al período comprendido entre marzo y julio de 1936. Pero resulta imposible, en este objetivo, prescindir de hacer aportaciones al tema de las causas del conflicto. Quizá fuera lo más cómodo y fácil, pero no lo más acertado y esperado. Para comprender la historia, como se pretende en este libro, es imprescindible situarla en su contexto y en su tiempo e intentar explicar las razones que la determinan. Por ello se ofrece una teoría más, ni la mejor ni la peor, pero es la que surge como consecuencia del estudio de numerosas fuentes y bibliografía, en muchos casos inéditas.

La historiografía no se pone de acuerdo, como no se ponen los ciudadanos, en los que pesan la ideología, las vivencias personales y familiares y la memoria histórica, a la que cada uno modela a su gusto. El debate es complicado y sin solución porque para unos historiadores las causas principales son unas y para otros otras, pero lo que está claro es que no fue una, sino que se dieron multitud de fenómenos interrelacionados y temporalmente no sólo inmediatos. Para conocer todos habría que leer la mayor parte de estudios históricos sobre los períodos anteriores a este, por lo menos los mejores, que son muchos. Aun así, los lectores siempre harían su propia interpretación de los hechos, como la hacemos los historiadores basándonos en las fuentes que seleccionamos y analizamos.

La conflictividad social durante el gobierno del Frente Popular y el proceso revolucionario en el que se ofrecía sigue siendo un tema central en la mayor parte de estudios al analizar las causas inmediatas del conflicto bélico, sobre todo porque fue el argumento de las derechas en el momento para justificar la necesidad del golpe y porque lo ha sido de buena parte de la historiografía para explicar las causas de la guerra civil. El desmoronamiento del Frente Popular, la radicalización del PSOE y las siniestras maniobras del PCE, alimentado por la Comintern, apuntaban de forma inexorable hacia la revolución. Esta sigue siendo la tesis de buena parte de la historiografía conservadora. El fracaso del régimen republicano es, para estos historiadores, la principal justificación de la guerra. Stanley Payne[5] sigue culpando a la izquierda por el fracaso, al intentar monopolizar el poder y la República, lo que dejó a la derecha sin más salida que la de actuar al margen, llamando a la puerta de los militares. Al igual que Pío Moa, sostiene que la revolución de octubre del 34 fue la primera batalla de la guerra, aunque considera que la República entró en crisis en 1933, cuando comenzó la polarización política y la continua interferencia del presidente Alcalá Zamora con las Cortes.

Para Moa, el gobierno del Frente Popular abrió puertas y ventanas a un proceso revolucionario, proceso caótico pero no espontáneo, sino promovido activamente por los partidos y sobre todo por el comunista, que seguía las directrices del VII Congreso de la Comintern, inspiradas por Stalin[6]. Para Ricardo de la Cierva, octubre del 34 fue determinante en la

que calificó como «República imposible». El Frente Popular fue el colofón de la Revolución de octubre. Mientras el gobierno del Frente Popular avanzaba en medio de la impotencia, la violencia y el barullo, muchos españoles llegaron a convencerse de que no les quedaba otro camino que la insurrección armada para sobrevivir como ciudadanos e incluso como personas[7].

El hispanista francés Bartolomé Bennassar[8] sigue culpando del estallido de la guerra a la República, aunque tiende a repartir las responsabilidades en su fracaso: las izquierdas violaron las reglas de la Constitución tanto como las derechas. Los cinco años de la Segunda República van marcando el avance casi irresistible hacia el conflicto militar. «Esos años 1931-1936 fueron el prólogo de uno de los mayores dramas del siglo XX».

Otra línea explicativa busca las causas más lejanas, anteriores a los años de la Segunda República, negando el fracaso o la responsabilidad del régimen popular. Según Julio Aróstegui[9], la República no creó ninguno de los problemas que hubo de resolver pero desde el primer momento hubo fuerzas e individuos empeñados en su destrucción, lo que muestra que la guerra civil tiene sus raíces en fechas anteriores a 1931. El origen de la guerra es una profunda disputa social y la resolución de un problema ideológico, cuasi religioso. Y ambas cosas son muy viejas en la historia contemporánea española. Para Paul Preston[10] el conflicto español fue, en sus orígenes, una serie de enfrentamientos sociales españoles, la mayoría anteriores al régimen de 1931. La Guerra Civil fue la culminación de una serie de luchas desiguales entre las fuerzas de la reforma y las de la reacción que dominaban la historia española desde 1808. Pero también hubo conflictos, y muchos, en el contexto de la Segunda República, como los regionalistas contra centralistas, anticlericales contra católicos, trabajadores sin tierra contra latifundistas, obreros contra industriales… Todos tienen en común el ser luchas de una sociedad en vías de modernización. El régimen republicano intentó introducir reformas fundamentales, especialmente agrarias, y de llevar a cabo redistribuciones de riqueza. Tales reformas provocaron, alternativamente, intentos reaccionarios de detener el reloj y reimponer la tradicional desigualdad en

la posesión del poder económico y social. Por tanto, la Guerra Civil representó la última expresión de los intentos de los elementos reaccionarios en la política española de aplastar cualquier reforma que pudiera amenazar su privilegiada posición. La Segunda República iba a fracasar porque no llevó a cabo sus amenazantes reformas ni cumplió con las utópicas expectativas de sus más fervientes partidarios.

Quizás la principal responsabilidad de la República fue su exceso de ambición. Antony Beevor[11] señala que el programa reformista de las izquierdas era excesivamente ambicioso para la España de la época. En la misma línea se muestra Helen Graham[12], para quien el programa de reformas era imposible completarlo en tan poco tiempo. «Lo que acabaría armando el golpe militar de julio de 1936 fue el surgimiento y desarrollo de la oposición política a las reformas republicanas en los sectores civiles de la sociedad española», dice textualmente. La frustración de las aspiraciones populares de cambio social produjo desilusión no solo entre los campesinos sin tierras ni trabajo del sur, exasperados por la perduración de las antiguas relaciones de poder, sino también entre los sectores obreros de la España urbana, entre los que la depresión estaba comenzando a hacer mella. «El idealismo y la ambición fueron la gloria de la República azañista; también demostraron ser su maldición», afirma el profesor Malefakis[13]. Para este, la República fue demasiado pretenciosa en su propuesta democrática. Intentó llevar a cabo profundos cambios sociales, especialmente a través de una reforma agraria; reorientar a España culturalmente incentivando las influencias seculares y limitando el papel de la Iglesia; y ocasionar una rápida modernización económica y su consiguiente desarrollo. Todo se quiso hacer inmediata y simultáneamente.

Para muchos autores, y no solo de la historiografía conservadora, la revolución de octubre del 34 y el período del Frente Popular resultan fundamentales en la explicación de la guerra. Para Graham, que se muestra partidaria de la actuación democrática de la República, el golpe se fraguó a partir de la revolución del 34 y, sobre todo, de la victoria electoral del Frente Popular en febrero del 36. Se proponía detener la democracia política de masas que se había puesto en marcha por los efectos de la I Guerra Mundial y la Revolución rusa, y se había acelerado por los

subsiguientes cambios sociales, económicos y culturales de las décadas de 1920 y 1930. «Fue en este momento cuando los militares tomaron cartas en el asunto. No para impedir la revolución, como declararon, sino para bloquear el paso a la reforma constitucional y legislativa que la derecha parlamentaria no había logrado detener ahora por medios legales, pues habían perdido las elecciones de febrero. En la primavera y el verano de 1936 hubo un acercamiento entre la derecha militar y la civil». El intervencionismo era algo viejo de la historia de España, pero el golpe del 17-18 de julio de 1936 fue un instrumento viejo empleado para un objetivo nuevo.

Según el profesor Aróstegui, en España, a diferencia de otros países cercanos como Francia o Italia, no había ningún bloque social con la fuerza suficiente para imponer una nueva hegemonía en el tiempo útil en el que un conflicto es resoluble mediante normas políticas, destruyendo y superando el orden social de la vieja España que alumbró la Restauración. «Al no encontrar el conflicto una solución nacida de una nueva dominación social y una nueva supremacía política se llega a su resolución por la fuerza», escribe. La República intentó ofrecer solución a los viejos conflictos, pero el equilibrio de impotencias para lograr soluciones políticas provocó que los conflictos entraran en fase de resolución distinta, la violenta. El Frente Popular no fue capaz de satisfacer las demandas que las masas reclamaban y por las que habían votado. La voluntad de transformación tenía que haber ido más allá, por la vía revolucionaria, pero una coalición de fuerzas sociales tan heterogéneas se mostró incapaz de llevar a cabo la revolución. La tradicional España oligárquica vio en ella, sin embargo, el propósito revolucionario que la llevó a preparar la resistencia armada, la resistencia contrarrevolucionaria. La Guerra Civil fue producto de un verdadero equilibrio de incapacidades: la de la República, por no saber frenar la sublevación, y la de los sublevados, que no supieron hacerse con los resortes del poder.

Para el profesor Santos Juliá[14], aunque existen causas lejanas, las más cercanas resultaron determinantes. La responsabilidad de la guerra la tiene el golpe militar fallido, por supuesto, pero si el socialista moderado Indalecio Prieto hubiera aceptado la presidencia del gobierno en mayo de

1936, el régimen habría tenido la fortaleza suficiente para abortar la conspiración y derrocar a los golpistas. El Gobierno republicano se quedó solo, sin apoyos y sin fuerza, en gran parte por el sector más radical del Partido Socialista, el de Largo Caballero.

Una versión realmente novedosa es la aportada por Rafael Cruz[15]. Este no se muestra partidario de las teorías que aceptan el fracaso de la República. La Segunda República constituyó un proceso de democratización caracterizado por una feroz competencia política en torno a la posesión de los derechos de ciudadanía, pero la rivalidad entre los dos grandes pueblos en que se dividió la sociedad española (el republicano y el católico), se desarrolló en términos relativamente normales dentro de la Europa del momento. No había ningún obstáculo insalvable para la marcha de la democracia, y la violencia, que muchos autores como Payne han hecho de ella un factor explicativo y justificativo del alzamiento, lo único que ponía de manifiesto era que la política de orden público durante el gobierno del Frente Popular fue tan represiva y arbitraria como la de los anteriores. «La violencia por sí sola no destruyó la República», opina Cruz. Las derechas la utilizaron creando un gran miedo ante la amenaza revolucionaria, lo que facilitó el escenario adecuado para la aparición de los militares. El proceso de deslegitimación de la autoridad española fue una decisión estratégica, política, de unas organizaciones amenazadas de perder su escaso poder político tras la derrota electoral de febrero. La política del miedo fue difundida a través de los abundantes medios de comunicación diarios y de decenas de libros y folletos de ideología conservadora editados en esos meses, donde se exaltaban incidentes ocurridos en pequeños lugares provocados por los republicanos, dando la impresión de estar generalizados en todo el país y en el tiempo, lo que no era cierto. De rumores y estadísticas incompletas y parciales repletas de inexactitudes alimentaban sus discursos parlamentarios dirigentes como Gil Robles y Calvo Sotelo.

Para Graham, la violencia no era un fenómeno nuevo de la República ni achacable a los republicanos. Ya venían existiendo formas de violencia, provocadas por tres factores: desarrollo económico tardío y desigual, influencia del catolicismo más extremo y surgimiento en el seno del Ejército de una política rígida e intolerante entre sus jefes.

A pesar de estos análisis, todavía buena parte de trabajos sitúan la violencia entre las principales explicaciones del golpe militar del 36. Hablan del período del Frente Popular exclusivamente desde el punto de vista de muerte y destrucción, reproduciendo bien el guión ideado por los políticos conservadores más intransigentes entre febrero y julio de 1936 y desarrollado a la perfección por Calvo Sotelo y, en menor medida, por Gil Robles en las Cortes. Un ejemplo es el estudio sobre la Guerra Civil en Valladolid. En él parece que el Gobierno de la República y en especial el del Frente Popular sólo se explica en un contexto de extrema violencia. Nada de reformas sociales, de cambio social, de innovaciones económicas, educativas y culturales… sólo violencia y más violencia. «Amaneceres ensangrentados» subtitula la obra[16].

Parte I

La conspiración y su contexto

1

El contexto largo de la conspiración: el insurreccionalismo del Ejército español

> Sería erróneo representarse el movimiento de julio del 36 como una resolución desesperada que una parte del país adoptó ante un riesgo inminente: los complots contra la República son casi coetáneos de la instauración del régimen. [Manuel Azaña, *Causas de la guerra de España*, 1939].

1.1. A GOLPES… DE ESTADO

Esta sentencia de Azaña puede parecer a algunos exagerada en el tiempo, aunque realmente se queda corta. La historia contemporánea de España venía siendo una historia plagada de pronunciamientos militares. Cuando hablamos del cambio histórico y del porqué se sucedían en nuestro país con tanta facilidad los regímenes políticos, debemos de tener algunas claves de carácter estructural, que siempre aparecen por encima de coyunturas y circunstancias concretas. Si nos centramos en el período que transcurre entre las dos repúblicas (1873-1939), las causas del auge y caída de los regímenes no cabe duda de que pudieran ser muchas y muy diferenciadas

en el tiempo. Cuestiones económicas, políticas y sociales, sobre todo, se interrelacionan en este complejo proceso. Algunas de las más citadas, como la economía, presentan un carácter cíclico, alternando períodos de prosperidad con otros de mayores dificultades y, por tanto, más proclives a resultar un contexto propicio para el cambio político. Pero la caída de los regímenes incluidos en estos años en muchos casos no coincide con una coyuntura económica de crisis. Hay un factor que en este período se presenta de forma continua y en progreso constante, por lo que resulta de incidencia fundamental en el cambio político de este largo período: el intervencionismo militar en la vida pública española.

Este intervencionismo tuvo distintas manifestaciones. Una de ellas, la más conocida, es el recurso al golpe de Estado, al pronunciamiento, a la rebelión o a la sublevación, pero no es la única. Podemos identificar hasta cuatro formas claras de intervencionismo. La segunda forma fue la de la propia llamada por el rey y los gobiernos, que ven amenazados el régimen y sus intereses (Semana Trágica en 1909, huelga de 1917, Revolución de 1934). La tercera, espontáneamente, en defensa de sus intereses corporativos (Juntas de Defensa, a partir de 1917). La cuarta, al frente del orden público. En este caso no se trata de una intervención puntual, sino continua sobre todo desde 1917.

El intervencionismo, que fue año tras año aumentando en importancia, dio como resultado final la Guerra Civil (1936-1939) y la implantación de la dictadura militar del general Franco (1939-1975). Parte del Ejército intentó la solución por la fuerza a los problemas de la sociedad española de los años treinta, que eran muchos y muy variados; unos propios y otros importados. Pero casi todos nada extraños en el contexto internacional del momento, marcado por la pugna ideológica del fascismo/comunismo y por la crisis económica que estalló en 1929 y se fue expandiendo rápidamente por todos los países.

En sesenta y tres años, entre 1873 y 1936, se desarrollaron ocho golpes de Estado, pronunciamientos, rebeliones o sublevaciones militares; una media de uno cada 7,8 años. Este promedio puede darnos una imagen distorsionada de la realidad, porque durante cuarenta y siete años no hubo ninguno, entre 1875 y 1922. Tal vez era hasta entonces el período más largo

de nuestra historia contemporánea. En general, como opina José Varela[1], el caciquismo fue el precio que los políticos estuvieron dispuestos a pagar a cambio de verse libres del golpismo de partido y del caudillismo. Que el poder dependiera de la unidad faccionaria, que no del voto parlamentario, se pagó en gobiernos inestables para comprar un régimen estable. Los políticos de la Restauración apoyaron buena parte de su sistema de cambio político pacífico en la facilidad y probabilidad con que se producían las crisis de gobierno. Los partidos no redujeron la frecuencia de las crisis, lo cual se traducía en monopolio de partido e invitaba al pronunciamiento. Lo que hicieron fue regularizarlas para eliminar el exclusivismo como causa determinante del golpismo.

Si en cuarenta y siete años no se produjeron golpes militares, en dieciséis se realizaron los ocho, lo que da una media de uno cada dos años. Cuatro regímenes se suceden entre 1873 y 1939: Primera República, Restauración, Dictadura, Segunda República. En todos ellos, en su instauración o en su caída, tiene protagonismo el golpismo militar. Y en algunos, como en la Restauración, tanto en una como en otra. Tres golpes de Estado resultaron determinantes en el auge o caída de los regímenes políticos: el del general Martínez Campos de 1874 (aunque quizá sólo adelantó unos días los acontecimientos), el del general Primo de Rivera de 1923 y el de los generales Mola y Franco de julio de 1936.

El general Martínez Campos con la brigada de Dabán se pronunció en Sagunto el 29 de diciembre de 1874. Su triunfo significó el final de la Primera República y la restauración de los Borbones, con la monarquía de Alfonso XII. Cánovas venía preparando el regreso a España del hijo de Isabel II, por eso no le gustó que viniera por vía militar; deseaba que fuera consecuencia de una victoria electoral, por deseo popular, pero se adelantó el Ejército. El 13 de septiembre de 1923 el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, lanzó su manifiesto golpista que, con el apoyo de Alfonso XIII, bastó para acabar con el régimen pseudodemocrático de la Restauración. El desgaste político y militar del dictador arrastró no solo a la dictadura, sino también a la propia monarquía[2]. El régimen de la Segunda República, nacido al calor de las urnas en abril de 1931, también acabó por

un golpe militar: el del 17/18 de julio de 1936, cuyo fracaso provocó la Guerra Civil que terminó con la caída del régimen republicano.

Estos tres golpes militares resultaron determinantes, pero no fueron los únicos. En total, entre 1873 y 1936 los militares protagonizaron cinco más: el de Pavía (enero de 1874), que dio el poder al general Francisco Serrano y Domínguez, el «hombre de ocasiones turbias», según Fernández Almagro; el de 24 de junio de 1926, conocido como *Sanjuanada*; el de 29 de enero de 1929, cuyo máximo exponente fue el levantamiento del regimiento artillero de Ciudad Real; el de los capitanes Galán y García Hernández en Jaca en 1930; y el de agosto de 1932 del general Sanjurjo (*Sanjurjada*). A ellos se pueden sumar muchos más intentos y conspiraciones que fueron abortados antes de salir las tropas a la calle. Por ejemplo, desde el regreso de Alfonso XII a España, en enero de 1875, los republicanos, encabezados por Ruiz Zorrilla, intentaron derribar a la monarquía y al régimen de la Restauración en diversas ocasiones. Para ello contó con el concurso de una organización militar secreta y permanente: la Asociación Republicana Militar (ARM), fundada en octubre de 1880 por el teniente Miguel Pérez, más conocido por *Siffler*. Esta organización preparó tres pronunciamientos, todos ellos fallidos. El primero, el 5 de agosto de 1883, en Badajoz, con repercusión en La Seu d'Urgell y Santo Domingo de la Calzada. El segundo fue el 27 de abril de 1884 en Santa Coloma de Farners, simultaneado con la incursión a través del Pirineo del capitán Mangada. El último sucedió en Madrid, el 19 de septiembre de 1886, capitaneado por el general Villacampa.

Esta primera forma de intervencionismo militar, generalmente se caracterizaba por acciones que pueden considerarse aisladas pero que constituían, y eso era lo importante, una amenaza constante para el poder político. Conspirar y pronunciarse era fácil y poco el riesgo que corrían los protagonistas, por lo menos en los últimos años. Tenían mucho que ganar y muy poco que perder. En el siglo XIX, sobre todo en su primera mitad, la represión fue extremadamente dura para los jefes de las rebeliones militares. La famosa expresión del general Prim «O la faja o la caja», con la que respondió a los que le increpaban por su ambición en las calles de Barcelona diciéndole «Este lo que quiere es la faja», es bien significativa al

respecto. Salir en ataúd era la única alternativa al fracaso en un pronunciamiento. En el siglo XX la ley era más permisiva. Las conspiraciones, como mucho, se castigaron con multas económicas y arrestos de varios meses. Las puertas estaban abiertas a la intervención. Incluso las conspiraciones eran públicas, nadie se escondía. El líder socialista Indalecio Prieto ya lo denunciaba en mayo de 1936, por ejemplo. Pero de poco servían las advertencias. Los militares campaban, y nunca mejor dicho, a sus anchas.

La conspiración no resultaba sólo una modalidad violenta en sí, sino que solía aparecer como la fase preliminar o constitutiva de otras acciones de fuerza no espontáneas, que requieren un mínimo de organización previa y condiciones esenciales de seguridad para sus inspiradores y ejecutores. En la mayor parte de los casos, las conspiraciones constituyen rebeliones de élite, por disponer los cuadros políticos, militares y profesionales de una mejor estructura de oportunidades, unas más amplias expectativas de mejora ante el triunfo y mayores y mejores recursos para movilizarse. En general, se trata de «revueltas de privilegiados» o conspiraciones elitistas formadas por un conglomerado de personalidades políticas y castrenses, principalmente, que eligieron formas de violencia política menor, como la conspiración o el golpe de Estado, frente a la revolución o la insurrección de masas.

1.2. LAS GUERRAS COLONIALES Y SUS CONSECUENCIAS

Tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam, el Ejército de ultramar no tardó en convertirse en Ejército colonial. El 14 de febrero de 1908, apenas transcurridos diez años del *Desastre de 1898*, las tropas españolas entraban en Marruecos con el objetivo de ocupar el puerto de Restinga, al sur del enclave español de Melilla, lo que se realizó sin ninguna baja. Esta operación, justificada en la necesidad de mantener el orden en las cercanías de Melilla, señaló el comienzo de la invasión de Marruecos por España, que acabaría ocupando toda la región norteña hasta 1956.

La guerra de Marruecos puede entenderse como una consecuencia de la guerra de Cuba, por la necesidad de reparar la profunda depresión de la moral nacional, entre otras justificaciones que más tarde se verán. El neocolonialismo español, a partir de 1904, se había centrado predominantemente en Marruecos, eligiendo la penetración pacífica como la vía idónea para reafirmar sus aspiraciones en la costa norte del continente africano. El país, sumido en la depresión del desastre del 98, necesitaba un nuevo ideal, y para ello se sirvió de una penetración cautelosa, inspirada por su clase política y comercial más dinámica. Además, con su prestigio internacional gravemente mermado, el norte de África se convirtió «en un instrumento propicio para realizar la incorporación de España al sistema de relaciones internacionales europeas. La esfera de los intereses norteafricanos permitió asegurar la supervivencia de España en un nuevo marco de relaciones exteriores en el que reingresó por motivos de supervivencia política, más que por motivos clásicamente imperialistas»[3].

Las guerras trajeron muchas consecuencias, y sobre todo las derrotas. La primera, el desprestigio de los militares y el rencor de estos hacia los políticos. En cuestión de días, los militares pasaban de ser vitoreados a ser vilipendiados en la calle y en la prensa; de héroes a villanos. En el ámbito militar, y a pesar de lo extendido que estaba ya el odio a la guerra y que iba estando el antimilitarismo en buena parte de la población, las victorias militares y los ascensos no daban más que gratificaciones: medallas, condecoraciones… y el cariño del pueblo. En contrapartida, las derrotas, y sobre todo las más traumáticas como la de Cuba en 1898 y la de Annual en 1921, tuvieron efectos demoledores en la clase militar. El pueblo les acusó directamente de la responsabilidad. Por ello, en muchos oficiales fue creciendo un latente rencor contra los políticos del régimen de la Restauración por el modo en que los sucesivos gobiernos habían dirigido las guerras, por la mala e insuficiente dotación técnica del Ejército y por la carga de responsabilidades que venían haciendo algunos de ellos sobre los militares y sobre algunos de sus generales, en especial de Weyler, atacado continuamente en el Senado.

Analizando el estado de la sanidad militar española en la guerra de Cuba y en la de Marruecos, como se ha hecho a través de una reciente tesis

doctoral[4], puede entenderse en gran parte este atraso de medios, especialmente con respecto a otros países europeos, las consecuencias que tuvo en el elevado número de muertos y heridos, y la culpabilidad del Ejército a la clase política por todo ello. En Cuba, entre 1895 y 1898 fallecieron 2129 hombres en los combates y 52 932 por enfermedades. Murieron el 53 por 100 de los efectivos militares españoles. En el conflicto de Marruecos se calcula que murieron 47 600 soldados; el 63 por 100 como consecuencia de enfermedades (30 000) y el resto, 17 600, en los combates, aunque hay que aclarar que solo en uno de ellos, Annual, perdieron la vida entre 6000 y 12 000 soldados. A las condiciones sanitarias deficientes se sumaban las carencias alimenticias y de vestimenta, lo que hacía que el clima se cebara en una población mal atendida, mal alimentada y mal vestida. Hasta el viaje era un suplicio. A lo largo de los seis meses que duró la repatriación de la guerra cubana se trasladaron 136 761 hombres, de los cuales murieron más de 4000 durante las travesías. Los soldados, que en el fondo de su alma anhelaban el regreso, volvían mudos, tristes, con la imagen del dolor en sus carnes.

El retraso en los cuidados sanitarios españoles se debía tanto a la falta de medios humanos como materiales. Desde 1896 funcionaba en Madrid la primera Escuela de Enfermeras, pero su presencia en los hospitales de campaña fue testimonial hasta la Guerra Civil de 1936-1939. En cuanto a la escasa dotación técnica de los hospitales militares todavía parecía más injustificado, en un país que incluso había inventado el aparato portátil de rayos X, que tuvo un gran impacto en la I Guerra Mundial, a partir de 1914, avalado por *Madame* Curie. El ingeniero Mónico Sánchez, su inventor, instaló su fábrica en su pueblo natal, Piedrabuena (Ciudad Real), desde donde exportó aparatos a casi todo el mundo[5]. Según los testimonios de la época, al comenzar los años veinte los hospitales de Marruecos no disponían ninguno de aparato de rayos X. La situación sanitaria empezó a mejorar ligeramente durante la dictadura de Primo de Rivera, especialmente a partir de la creación de nuevas instituciones sanitarias y la mejora de las existentes, aunque el gasto destinado a Sanidad suponía alrededor del 0,25 por 100 de los presupuestos, mientras que otros capítulos, como la guerra de Marruecos, tenían una asignación del 15 por 100.

Para la élite militar, las responsabilidades en los reveses militares en Cuba y en Marruecos se debían repartir entre los militares y los políticos. Estos no lo entendieron así, y culparon y buscaron a los responsables exclusivamente en el estamento militar. A la mayor parte de la generación militar de 1898 esto no les gustó. El general Francisco Aguilera gozó de una situación privilegiada en este asunto, como presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, cargo desde el que luchó por llegar hasta el final en todo el asunto de las responsabilidades por los desastres de la guerra de Marruecos, implicaran a quien implicaran: militares, civiles, incluso al rey. Con esto no estuvieron de acuerdo muchos de sus propios compañeros monárquicos recalcitrantes, que, además, con amplio sentido gremialista, intentaban exculpar a sus compañeros de armas.

Cuando llegó a la presidencia del máximo tribunal militar, que debía juzgar las responsabilidades por el desastre de Annual, Aguilera tenía las ideas muy claras. Llegar hasta el final. En este trayecto se fueron separando sus viejos compañeros, más conservadores y más fieles al orden monárquico. La mayor parte del Ejército se asustó de sus intenciones. La clase política civil del turno también, sobre todo los conservadores. Sólo le siguieron los socialistas, los intelectuales y pocos más.

Tal vez por no cesar en su empeño sucedió lo que sucedió: el golpe militar del 13 de septiembre de 1923. Los políticos no habían podido con él, como bien se había demostrado con el incidente en el Senado con Sánchez Guerra[6]. Por eso solo quedaba la vía militar. Y si no, ¿por qué una de las primeras medidas del gobierno militar del general Primo de Rivera fue archivar el expediente Picasso? Todo se revistió como si el «cirujano de hierro» fuera a emprender la ansiada regeneración nacional, acabando con el desorden público y los vicios de la política restauracionista y del caciquismo. Pero en el fondo había más cuestiones. En las primeras horas, los militares triunfantes se apoderaron del archivo del expediente Picasso, que intentaba depurar las responsabilidades de Marruecos. Pocos meses después, el dictador se desembarazó de Aguilera de la presidencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Parece evidente que detrás de uno y otro estaba la figura del rey, que tanto odiaba a Aguilera; aunque tal vez más que odio lo que sentía era miedo.

No solo la situación política resultó determinante al forjar la mentalidad del militar español de la época y su rencor a la clase política. Las reformas militares condicionaron en gran manera tanto a la generación del 98 como a la generación africanista. Esta se curtió en la guerra de Marruecos, fue la que en 1933 fundó la Unión Militar Española (UME) y protagonizó el golpe de Estado de julio de 1936.

Tras la derrota en Cuba y pese a la carencia de finalidad profesional alguna, el Ejército español contaba con 499 generales, 578 coroneles y más de 23 000 oficiales. Había en España, solo para 30 000 hombres, seis veces más oficiales que en Francia, por ejemplo, para 180.000. La política militar del Ministerio de la Guerra del gabinete de Romanones pretendió realizar una reforma del Ejército quizás en uno de los momentos más inadecuados, en plena neutralidad de la guerra mundial, en plena acción en la guerra de Marruecos y en plena crisis institucional por el fracaso de 1898, en el que uno de los principales culpables ante la opinión pública era el estamento militar[7]. En septiembre de 1916, Luque, ministro de la Guerra, presentó ante el Senado un proyecto que traía, entre otras, las siguientes novedades: aumento de los efectivos castrenses hasta en 180 000 hombres, notable reducción de la oficialidad y mantenimiento de los ascensos por méritos de guerra.

El primer punto debía realizarse a partir del ahorro que suponía la drástica reducción de oficiales, pues contemplaba dejar unos 13 800 y que 4800 pasaran a las escalas activa y de reserva retribuida, sin destino alguno. Pero, si cabe, más rechazo provocó la tercera de las medidas, pues suponía el beneficio a los militares «africanistas», minoría frente a los militares que ejercían su función en la Península, con pocas posibilidades de ascenso, por lo que se mostraban partidarios de la denominada «escala cerrada»; es decir, de los ascensos por antigüedad. Y todo ello se pretendía en una coyuntura de bonanza económica, generada con los beneficios de la neutralidad en la guerra, que no se correspondía con los salarios de los funcionarios, entre los que se incluían los militares. Significativamente, pocos meses después cayó el gobierno de Romanones y todo su proyecto de reforma militar.

Con todo, la consecuencia más evidente e importante de las guerras fue el incremento del intervencionismo militar. De todos los sectores de la

sociedad española, los militares fueron los más traumatizados por el desastre de 1898, tal vez en mayor medida por la humillación de la derrota que por la pérdida efectiva de los restos del imperio colonial. La pérdida del imperio de ultramar trajo como consecuencia inevitable que el militarismo estuviera a partir de entonces más volcado al interior. Hasta ese momento el Ejército parecía una especie de partido. Tenía su prensa y sus diputados y senadores, que, aunque elegidos por los distintos procedimientos de la Constitución de 1876, se consideraban portavoces de la milicia, al igual que el ministro de la Guerra se consideraba portavoz de sus compañeros de armas. Constituían un grupo de presión más poderoso que sus propias fuerzas en el campo de batalla.

A partir de 1898 el Ejército ya no era sólo *un partido* en la sombra. El intervencionismo ya era público y notorio, todo un abierto desafío. Fue todavía más allá, consiguiendo grandes atribuciones en defensa y en orden público, principalmente. «Las fuerzas armadas alcanzan así, teórica y prácticamente, el estatus de un Estado dentro del Estado»[8]. Cada vez mantenía una mayor cuota de poder pero sin tanto desgaste, actuando desde dentro del sistema político, olvidándose de intervenciones golpistas tipo Pavía, por ejemplo. Pero sólo por un tiempo…

Los militares tenían en común un alto sentido de la responsabilidad y un enorme espíritu patriótico, forjado sobre todo a partir del fracaso colonial e imperialista. A la hora de aparecer como grupo de presión, el Ejército parecía uno. Pero en su seno había múltiples diferencias; unas ideológicas; otras de escalafón; y otras nuevas, como la división territorial. Las guerras de Cuba y de Marruecos significaron, para los veteranos de otras guerras coloniales y para los oficiales más jóvenes y ambiciosos, una vía idónea para ascender profesionalmente, lo que provocó una continua insatisfacción en los oficiales que se habían quedado en España. Por ejemplo, el *Desastre del Barranco del Lobo* produjo sesenta y un ascensos. Pero también tuvo otras consecuencias, sobre todo al generar una cultura distinta respecto a los militares de la metrópoli. Esta otra cultura se caracterizaba «por su elitismo, por su desprecio a la fácil vida civil y, por extensión, a la vida en la guarnición tradicional, así como por un desdén creciente hacia el gobierno comandado por civiles»[9].

Repasando la vida y biografía de militares como Aguilera, Weyler, Primo de Rivera y Franco, por ejemplo, podemos ver cómo ascendieron continuamente por las guerras, pero estas oportunidades muchos no las quisieron aprovechar, por miedo a la muerte, tanto en el campo de batalla como, más generalizado, en los hospitales como consecuencia de las enfermedades tropicales, venéreas, etc. Aguilera, sin apenas formación académica, aprovechó todas sus oportunidades, participando en la II Guerra Carlista, guerra de los Diez Años en Cuba, guerra de 1895-1898 en Cuba y guerra de Marruecos. Por sus servicios en Cuba ascendió al generalato en 1906[10]. Francisco Franco, curtido en la guerra de Marruecos, llegó a ser general a la edad de 34 años.

A pesar de lo que se ha creído, la generación militar conocida como del 98 no fue una generación con un pensamiento homogéneo a lo largo del tiempo. Es verdad que se forjó en la guerra, en la guerra continua (Cuba, Filipinas, Marruecos) y en el desencanto provocado por los múltiples reveses militares y desastres como en general se calificaron algunos de los más sonados. En esta generación apareció una élite militar con múltiples éxitos militares, con laureadas y condecoraciones, aunque los éxitos militares esporádicos en las batallas no se tradujeron en las victorias finales de las guerras. Entre ellos cabe destacar a Segundo García, Miguel Primo de Rivera y Francisco Aguilera. Todos ellos, además del propio Valeriano Weyler, desaparecieron prácticamente juntos. Esta generación fue, en general, más liberal que la que luego sería conocida como generación africanista.

1.3. LAS JUNTAS DE DEFENSA, VÍA LIBRE AL INSURRECCIONALISMO

El desarrollo de las Juntas de Defensa entre 1916 y 1917 se debía, en gran parte, a esa ya casi práctica habitual de la historia española de la intervención del Ejército en la política. El asociacionismo militar reivindicativo reaparecía coincidiendo con un momento de gran debilidad

del poder civil, profundizado por la protesta social tras la desaparición de las condiciones de prosperidad económicas generadas a consecuencia del conflicto de la I Guerra Mundial y por el auge del socialismo y del anarcosindicalismo que dotaban con más intensidad que nunca al conflicto social de unas expresiones y dialécticas de lucha de clases. Pero también hay que apuntar otros factores nuevos, coyunturales, como, sobre todo, la política militar del Ministerio de la Guerra del gabinete de Romanones, ya comentada con anterioridad.

Con el fin de defender solidariamente sus intereses, en el otoño de 1916 actuaba ya en Barcelona una Junta de Defensa de Infantería, presidida por el coronel Benito Márquez, que intentaba reproducir el modelo de las Juntas de Artillería e Ingenieros, establecidas a finales del siglo XIX con la finalidad de velar por el prestigio de estas Armas. La de Infantería parecía, a los ojos del gobierno, más peligrosa para el mantenimiento de la disciplina militar, por ser el Arma más multitudinaria y por sus pretensiones más ambiciosas. Además de velar solidariamente por el prestigio de la Infantería, aspiraba a influir en la realización de una reforma del Ejército que dejara de lado al generalato, al que hacía responsable de las injusticias cometidas en ascensos y recompensas y de paralizar la urgente necesidad de sanear y reorganizar la fuerza armada. Los generales eran vistos por sus subordinados como hombres políticos dentro de la institución militar, por lo que sólo admitían en su seno desde el grado de teniente hasta el de coronel. Esto dio una gran popularidad a las Juntas, cuya aparición y desarrollo provocó una auténtica conmoción en la sociedad.

Fracasado el gobierno de Romanones, en abril de 1917 tomó posesión el gabinete presidido por el liberal García Prieto. El nuevo ministro de la Guerra, general Aguilera, envió el 9 de mayo una circular a todos los capitanes generales obligándoles a prohibir las reuniones de los junteros. Además, llamó con urgencia a Madrid al capitán general de Cataluña, Alfau, para saber si se habían ejecutado las órdenes del gobierno anterior, que decretó la disolución de las Juntas y la prisión del responsable de la Junta Central del Arma de Infantería, coronel Márquez. Alfau solo pudo confirmar el último extremo. Aguilera, enérgico, ordenó al general Alfau que enviase un acta con la disolución de la Junta firmada por todos sus

componentes. El 25 de mayo, Alfau exigió a la Junta Superior, reunida en su despacho, que se disolviese en el plazo de veinticuatro horas. La Junta se negó en rotundo a expedir el documento requerido. El capitán general, siguiendo las órdenes del ministro, dispuso el arresto de los junteros, primero en el cuartel de Atarazanas, después en Montjuic. El enfrentamiento era ya abierto y, además, público, lo que costó el puesto a Alfau. Una Junta suplente de la arrestada, presidida por el coronel Echevarría, mantuvo el pulso, reclamando el apoyo de las distintas guarniciones peninsulares. Y no quedó ahí todo.

Además de la destitución del capitán general de Cataluña, el general Aguilera ordenó la detención de la nueva Junta de Defensa, enterándose el gobierno cuando ya estaba hecho, dando así origen a una nueva crisis política que intentó resolver el presidente nombrando al general Marina capitán general de Cataluña.

El 1 de junio, los junteros entregaron a Marina un manifiesto en el que solicitaban para todo el Ejército «justicia y equidad», por medio de reivindicaciones de tipo moral, técnico, económico y profesional. Entre estas últimas, se mostraban contrarios a los ascensos por méritos de guerra, al considerarlos injustos por «la injerencia del favor que anula el mérito y desmoraliza al que, para lograr un beneficio que se le debe, tiene que mendigarlo del personaje influyente, arrastrando a sus pies su dignidad». «Publicado el documento, o tenía que claudicar el Poder público o tenía que claudicar el Ejército. Y sucedió lo peor que pudo suceder: claudicaron los dos», diría el líder político Lerroux, quien a partir de entonces profetizó la dictadura[11].

El capitán general Marina ordenó liberar a los arrestados de Montjuic, para evitar males mayores. Marina transmitió al gobierno la larga lista de reivindicaciones que la Junta presentó (aprobación de un reglamento interno, supresión de los ascensos por méritos de guerra, aumentos retributivos, equiparación de la amortización de cargos militares con los civiles…), autorizando, además, algunas de ellas, como el reglamento de las Juntas. Marina debía estar de acuerdo con el presidente del gobierno, o tal vez más, con el propio rey, porque con quien no lo estaba era con el ministro de la Guerra.

Aguilera no estaba solo en la desautorización de las Juntas Militares de Defensa, pero era el único que, en tales circunstancias, mantenía esa actitud con sinceridad y aplomo, ante la fuerza arrolladora del poderío militar. Dándose cuenta de que dentro del ministerio no tenía la libertad de acción suficiente para proceder según los dictados de su conciencia, dimitió. La dimisión fue admitida con fecha 11 de junio. La fuerza de las Juntas se llevó por medio no sólo a Aguilera en su breve carrera política, sino a todo el gobierno. Como opinara el conde de Romanones, «Luchar abiertamente frente a una gran parte de los deseos del Ejército era temeridad. Someterse a ellos, flaqueza, y aún se hacía más difícil la situación con la actitud del Rey, que era opuesto a las Juntas de Defensa, pero no quería enajenarse las simpatías del Ejército»[12]. El monarca no quería enfrentarse a las Juntas, consciente de que el Ejército era uno de los apoyos básicos de la monarquía.

El nuevo gobierno, presidido por Eduardo Dato, no tardó en aprobar un incremento de la dotación de las clases de tropa y el crédito correspondiente en 1 189 860 pesetas (*Gaceta de Madrid*, de 2 de julio de 1917), que certificaba el triunfo de las Juntas en una coyuntura difícil para el poder civil, con la efervescencia social y la huelga revolucionaria como telón de fondo. Eran tensiones típicas de los procesos de industrialización y modernización de la sociedad, bajo un importante crecimiento demográfico y una movilidad geográfica y laboral hasta entonces inusual.

Otra de las consecuencias de la victoria de las Juntas de Defensa fue la Ley de Bases de 1918 para la Organización del Ejército. Presentada por el ministro Juan de la Cierva, suprimía casi al completo los ascensos por mérito en campaña. Esta medida resultó enormemente impopular para los militares africanistas. Algunos expertos en historia militar opinan, incluso, que la pugna de las Juntas de Defensa y su resultado fue determinante en la configuración de la conciencia africanista[13]. Primo de Rivera, general curtido en la guerra de Marruecos, quiso acabar con ella y las escalas cerradas y fue contestado con las armas en la mano por parte de los artilleros (1926 y 1929).

Esto ya no era el turno. Los centros de decisión política, debido a la actuación cada vez más notoria de los partidos como cambiantes

coaliciones de facciones, estaban desplazándose hacia los cuarteles y el Palacio Real. Junio de 1917 significó una especie de punto de no retorno en ese deslizamiento[14]. Durante los siguientes seis años, hasta el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923, se produjeron en España catorce crisis totales de gobierno, se convocaron cuatro elecciones generales y hasta tres presidentes del gobierno cayeron por directa presión militar. A la vez que los gobiernos caían por una combinación de falta de apoyo popular (Maura, líder conservador, lo expresó con la célebre frase: «La inmensa mayoría del pueblo español está vuelta de espaldas, no interviene para nada en la vida política») y por presiones desde fuera, cediendo la iniciativa política al rey y a los militares, produciéndose, ante el crecimiento de la protesta social, la militarización del orden público.

Lo que dio poder político a las juntas militares en el verano de 1917 fue la crisis económica, política y social desencadenada por la Gran Guerra. El pretorianismo que padeció la vida pública a partir de esos momentos era producto de fuerzas externas al Ejército, pero también de fuerzas internas. Las dificultades económicas provocadas por la guerra de 1914-1918 exacerbaron la insatisfacción profesional de los oficiales cuyas carreras habían quedado estancadas, en espera de una reforma militar que nunca llegaba por falta de recursos, mientras los privilegiados por palacio y los ministros ascendían rápidamente en el escalafón. Alfonso XIII no fue responsable del militarismo que debilitó a la monarquía de la Restauración, pero su actuación como soberano contribuyó a agravar el problema. El monarca puso los intereses del Ejército por encima del principio de supremacía civil, vinculando la corona a una institución internamente dividida y dedicada a la represión de la protesta popular en España y a una guerra colonial en Marruecos[15].

La manera de entender la intervención en política por parte del Ejército es muy diferente de la mostrada en el siglo XIX[16]. No son ya los espadones típicos al frente de los partidos moderado y progresista, sino el Ejército como corporación que desplaza a los partidos en el gobierno del Estado. El intervencionismo es ya abierto insurreccionalismo, que constituye una propuesta doctrinal y una práctica política que se enmarca dentro de los fenómenos de violencia política característicos de la España comprendida

entre 1917 y 1939. Y también de Europa. El insurreccionalismo constituye una especie de fantasma que azota al continente europeo a consecuencia de la I Guerra Mundial y de su devastadora herencia, a la que se vino a sumar pronto la crisis económica de 1929 y la depresión de los años treinta, de tremendas consecuencias sociales y políticas.

La historia del insurreccionalismo español es, sobre todo, la historia del insurreccionalismo del Ejército. No sólo por sus intentos, unos fallidos y otros no, de plantear pronunciamientos al estilo del siglo XIX. Más interesante resulta seguir su gran protagonismo en la vida pública, el importante grado de intervencionismo en la política. El pulso del poder militar al poder civil fue constante, sobre todo a partir de 1917, con la excusa de la necesidad de mantener el orden.

Huelgas, agitación social y pistolerismo fueron componentes habituales de la vida cotidiana desde agosto de 1917 a septiembre de 1923. El denominado «Trienio Bolchevique» (1918-1920) consistió en una serie de conflictos locales dispersos, en ocasiones sindicalmente coordinados, de violencia variable, con manifestaciones típicas como motines antifiscales y de subsistencia, huelgas, coacciones y quema de cosechas, en protesta por el incremento de los precios, estancamiento de los salarios y condiciones de trabajo, que hicieron alcanzar importantes cotas a la agitación campesina en Andalucía, especialmente en Córdoba. Las luchas agrarias culminaron en 1919-1920 coincidiendo con la agitación social en las ciudades. Barcelona, ciudad en continuo crecimiento demográfico y económico, fue protagonista de las más importantes acciones del pistolerismo anarcosindicalista, la violencia patronal, los *lock-outs*, el desarrollo del sindicalismo amarillo, la aplicación de la ley de fugas y otro tipo de abusos y arbitrariedades gubernamentales contra el sindicalismo obrero patrocinadas por el gobernador Martínez Anido. Aunque según las fuentes las cifras varían bastante, parece ser que la conflictividad social en Barcelona de 1910 a 1923 se saldó con 285 muertos y 781 heridos[17].

La respuesta del Estado fue la más fácil. En lugar de ensanchar sus bases sociales para atender las nuevas demandas que generaba la industrialización, incrementó su política represora. La propia actitud de Alfonso XIII no favoreció, sino todo lo contrario, la conversión del régimen

liberal de la Restauración en un régimen parlamentario y democrático[18]. La consecuencia de este «desorden público» fue el protagonismo que adquirieron las fuerzas de orden público, y, sobre todo, el Ejército, lo que se traducía en un importante incremento de los presupuestos de los ministerios de la Gobernación y de la Guerra, que hizo que en 1922 el Estado gastara la tercera parte de sus ingresos en defenderse de sus enemigos interiores y exteriores; las partidas de gastos militares, vigilancia, seguridad pública y expediciones de Marruecos suponían 820 millones de un total presupuestario de 2400 millones de pesetas[19]. Por ejemplo, los gastos del Ministerio de Gobernación pasaron de ser el 5,5 por 100 del total del presupuesto del Estado (más de 166 millones de pesetas) en 1919-1920 al 8,6 por 100 (unos 250 millones) en 1922-1923; el presupuesto de la Guardia Civil pasó de 38 millones en 1909 a 97 millones en 1920-1921, debido sobre todo al aumento de la plantilla en varios millares de hombres.

1.4. De la Dictadura a la República

La crónica presencia de interferencias militaristas fue una de las causas que ayudan a explicar el golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923. Otras fueron la crisis estructural que el Estado de la Restauración venía arrastrando desde 1917 —aunque buena parte de la historiografía extranjera opine lo contrario—; el incremento de la conflictividad social, especialmente en Barcelona, que amenazaba con convertirse en un problema también endémico; y, por último, el asunto de las responsabilidades por el desastre de Annual.

El golpe militar de Primo de Rivera fue la primera ruptura por la fuerza de la legalidad liberal-parlamentaria del siglo XX, y ella determina las posteriores. Fue la propia burguesía que mantenía al sistema de la Restauración la que recurrió al mecanismo insurreccional para evitar su hundimiento, contando con el apoyo de prácticamente todo el Ejército, con la aquiescencia del rey y el respaldo o, por lo menos, la bienvenida de gran parte de la población. La popularidad del régimen fue creciendo los

primeros años, sobre todo coincidiendo con las victorias militares en Marruecos, como la del desembarco de Alhucemas (1925) y la rendición de Abd-el-Krim y la victoria final en la guerra (1927). A partir de esta fecha fue disminuyendo a partir de conflictos políticos (convocatoria de Asamblea Nacional) y militares, principalmente, rematados en 1929 con las consecuencias económicas de la crisis mundial.

El insurreccionalismo del Ejército durante la Dictadura se convirtió tanto en una política del Estado, dirigida por los militares en sus primeros años y en carteras determinadas durante todo el régimen, como en un acto contra ella, a partir de las conspiraciones cívico-militares de 1926 y de 1929. En ellas quedaban de manifiesto la ambigüedad en que se movía el Ejército; por un lado, condicionado por problemas profesionales y corporativos; por otro —y este quizá sea más novedoso, sobre todo en 1929—, por discrepancias políticas serias en su seno, especialmente contra el régimen de Primo de Rivera y contra la propia monarquía. El golpe de Estado de 1923 había legitimado el recurso a la violencia y a las armas para alcanzar el poder y cambiar el régimen político. La pasividad social y política con que fue acogido parecía una invitación a que cada cual lo intentara de nuevo. Y parte del Ejército y de los políticos de la Restauración lo intentaron en junio de 1926 y en enero de 1929. Todos entendían que recurrir a las armas para conquistar el poder era una práctica política permitida, como en el siglo XIX.

La Dictadura representó no solo una medida de urgencia para solucionar la crisis de la Restauración, sino un primer intento de atajar la crisis del sistema liberal capitalista. Al fracasar el proyecto de Primo de Rivera de crear un nuevo modelo de Estado, el fin de la Dictadura arrastró consigo a la monarquía misma, salida más fácil de entender al ser pública y notoria la división del Ejército, aumentada durante el gobierno dictatorial, buena parte del cual fue arrastrado hacia posiciones republicanas. «En 1931 —escribe el profesor Ben-Ami— el ejército no se sentía ciertamente republicano, pero la experiencia de la dictadura había hecho comprender a los militares que la filosofía de los cuarteles no era un instrumento adecuado de gobierno, y que una política tajante no podía resolver los complejos problemas económicos y sociales. Fue, además, durante la dictadura, y el período que la siguió,

cuando importantes sectores del ejército renovaron la vieja alianza decimonónica entre el ejército y el liberalismo»[20].

La identificación y compromiso del rey con el dictador y con los militares en 1923 fue determinante en la caída de la monarquía ocho años después. El expresidente del Consejo de Ministros José Sánchez Guerra, principal líder político del movimiento opositor de enero de 1929, no quiso colaborar con el gabinete del general Berenguer, sucesor de Primo de Rivera, haciendo pública su posición el día 27 de febrero de 1930 durante un discurso sensacional en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Allí arremetió contra la Dictadura y contra Alfonso XIII, por haber amparado al régimen ilegal, recitando una estrofa del duque de Rivas que levantó las pasiones del público asistente:

> No más abrazar el alma
> en sol que apagarse puede
> no más servir a señores
> que en gusanos se convierten.

Miguel Maura, presente en el acto, escribió que este repudio a la persona del rey era la «herida más grave» que había recibido la monarquía, no sólo porque la condenaba directamente, sino que además hacía añicos toda esperanza de reavivar a los partidos tradicionales.

El propio Alfonso XIII tuvo mucha responsabilidad en el intervencionismo del Ejército en la política nacional. El monarca recuperó con prontitud las prerrogativas otorgadas a la corona por la Constitución de 1876, abandonadas en manos de los políticos durante la regencia de su madre. Alfonso XIII tuvo cada vez más un papel protagonista en el juego político de la Restauración, influyendo sobre el gobierno y la administración. También adquirió un papel protagonista como jefe del Ejército. El rey-soldado mostró un enorme interés por los asuntos militares, y sobre ellos quiso siempre tener voz y voto.

El monarca se implicó en la dictadura militar de Primo de Rivera, tal vez por escapar de una vez por todas del temor que le causaba la popularidad de Aguilera, e hizo que su destino se uniera con el del dictador.

Aunque en 1930 fracasara de nuevo la vía insurreccional, esta había permitido desarrollar un amplio respaldo social a favor de la República, con un movimiento obrero cada vez más activo, que iba alcanzando la mayoría de edad. Por eso, el resultado electoral del 12 de abril de 1931 no puede entenderse sin la fuerza y el trabajo del insurreccionalismo de los años comprendidos en la crisis de la Restauración, especialmente entre 1926 y 1930, incluso de sus mitos, como el de los fusilamientos de Jaca. Una victoria electoral no se prepara de la noche a la mañana. ¡Y menos con tantos intereses en juego! La República llegó por evolución natural.

Durante la Segunda República, la política de orden público cambió sustancialmente en los primeros años. La Ley de Defensa de la República, de 21 de octubre de 1931, concedía su administración a la autoridad civil, relegando a un segundo plano a la militar. La militarización del orden público siguió su curso, con la creación de la Guardia de Asalto, con estructura y disciplina militares y comandada por jefes procedentes del Ejército.

El régimen republicano volvió a retomar como una de sus prioridades la reforma militar, dentro de una serie de reformas con las que quería modernizar la sociedad. Azaña pretendía reducir personal, haciendo un Ejército más ligero; había que potenciar la adquisición de material moderno; y, sobre todo, había que anular la potencialidad política del Ejército[21]. Por decreto de 25 de abril de 1931 se reducían las escalas de generales, jefes y oficiales. El resultado fue la salida de la profesión militar de más de 8000 militares. De un total de 190 generales y asimilados en 1931 se pasó a 90 en 1932, y de 20 576 jefes y oficiales se redujeron las escalas a 12.373. Sin embargo, Azaña no logró el objetivo de alejar la política del Ejército o, por lo menos, de republicanizarlo. Numerosos antirrepublicanos de buena carrera permanecieron en él y otros radicalizaron más su ideología. La reforma militar de Azaña y el incremento de la conflictividad social aumentaron la politización de buena parte del Ejército y de su relanzamiento ideológico hacia la derecha, especialmente del más preparado militarmente, el Ejército de África, que año tras año veía no sólo reducir sus efectivos sino, además, en mayor proporción que el resto de las fuerzas armadas.

La supresión de la Academia General Militar de Zaragoza, dirigida por el general Francisco Franco, tuvo como efecto la politización de una reforma puramente técnica. Resultó uno de los factores más polémicos de la reforma, pero para la República había que cortar de raíz el problema militar. Cuando en 1927 Franco se hizo cargo de ella, comenzó a predominar un profesorado dominado por los militares africanistas. «La academia se convirtió en el semillero de ideas de renacimiento imperial, de los militares como los guardianes y salvadores de España, y, de este modo, se convirtió en parte integral de la política emergente de la derecha ultranacionalista»[22]. Azaña pretendía una política de ascensos basada más en méritos y conocimientos técnicos que en antigüedad. Buena parte de los protagonistas de la sublevación militar de julio del 36 salieron de los descontentos de estas medidas, principalmente de los oficiales pasados a la reserva.

Tabla 1
Ejército de España (1930-1935)

Categorías	*Ejército de África 1930*	*Ejército de África 1935*	*Ejército Península, Baleares y Canarias 1930*	*Ejército Península, Baleares y Canarias 1935*	*Total Ejército 1930*	*Total Ejército 1935*
Generales	5	3	163	80	168	83
Jefes, oficiales y asimilados	2.365	1.401	12.600	7.205	14.965	8.606
Suboficiales y sargentos	2.477	1.893	7.793	8.337	10.270	10.230
Tropa	56.392	21.455	109.588	99.020	165.980	120.475
Total efectivos	61.239	24.752	130.144	114.642	191.383	139.394

Fuente: *Anuarios Militares de España*, 1930 y 1935. Elaboración propia.

En agosto de 1932 se produjo la primera de las sublevaciones militares contra el régimen de la Segunda República. En principio, contaba con numerosas adhesiones en el Ejército y debía estallar en varias poblaciones el 10 de agosto, bajo la dirección del general Sanjurjo. Tras el 14 de abril de

1931, este mantuvo el mando de la Guardia Civil, obtuvo temporalmente el alto comisariado en Marruecos y evitó el procesamiento como colaborador de Primo de Rivera y Berenguer, porque Azaña le protegió personalmente ya que pensaba que constituía un factor de estabilidad. A principios de 1932, los problemas de orden público acabaron por enfrentarle con el régimen y Azaña lo trasladó de la Guardia Civil a los Carabineros.

El 10 de agosto Sanjurjo, desde Sevilla, declaró el estado de guerra, destituyó a las autoridades locales y declaró a la prensa que el golpe no quería acabar con el régimen, sino con un gobierno endeble incapaz de controlar el orden público y la unidad de España. La Guardia Civil y el Ejército de la ciudad se pusieron a sus órdenes. Mientras, en Madrid, un grupo de militares y paisanos trató de apoderarse por sorpresa del Ministerio de la Guerra y del Palacio de Comunicaciones. La policía, conocedora del plan, los rechazó a tiros y al amanecer todo había terminado. Fueron detenidos los generales Cavalcanti, Goded, Fernández Pérez, los coroneles Varela y Sanz de Larín y varios jefes, oficiales y paisanos. Cuando se conoció en Sevilla el fracaso del golpe en Madrid, los mandos militares ordenaron retirar las tropas de la calle. Sanjurjo abandonó la ciudad, pero fue detenido por guardias de seguridad cerca de Huelva.

El golpe fracasó pero buena parte de los militares tenían claro que no iban a parar hasta conseguir sus objetivos, por lo que abrieron nuevas vías de organización. En 1933 el Ejército se lanzó a defender sus tesis corporativas y políticas a través de la creación de la Unión Militar Española (UME). A las causas generales ya apuntadas venían a sumarse como condicionantes inmediatos las condenas que siguieron a la *Sanjurjada* (10 de agosto de 1932), que generaron un gran movimiento de solidaridad con los condenados, y los sucesos de Casas Viejas (12 de enero de 1933), que muchos políticos utilizaron como descrédito de los militares encargados de la represión.

La UME fue extendiéndose rápidamente por la mayoría de las guarniciones, no contando con ningún tipo de persecución ni riesgo para sus miembros. También había calado hondo entre los militares retirados por la «Ley Azaña». A mediados de 1934 se encontraba en pleno funcionamiento, incrementando considerablemente sus afiliados y simpatizantes a partir de

la revolución de octubre de ese año. A finales de mayo de 1936, en una circular de la propia organización, dijo contar con 3436 jefes y oficiales en activo, 1843 retirados y 2131 suboficiales, aunque pueden ser cifras un tanto abultadas, pues significaban casi la mitad de las plantillas. La mayoría de los especialistas coinciden en que buena parte de los militares simpatizaban con la UME, aunque sus miembros no llegaban ni al 10 por 100 de los oficiales, porcentaje todavía menor entre los jefes y suboficiales[23].

En la primavera del 36 algunos militares republicanos ya venían advirtiendo sobre el peligro de la UME. El coronel Julio Mangada en un pequeño folleto denunciaba los manejos de la UME en el ministerio y los estados mayores de Madrid, por lo que pedía la disolución del Ejército y su sustitución por una fuerza republicana menos numerosa pero más fiel, porque la mayoría de la oficialidad era adversaria a la República, constituyendo «una pesadilla, un peligro, aparte de una pesada carga para el Erario público»[24].

La UME resultó determinante en la organización de la conspiración de 1936. Su papel fue realmente trascendental en la extensión de la trama, porque «permitió que la conspiración penetrase en el tejido social del Ejército y que al no limitarse esta a las cúpulas militares, tuviese posibilidad de triunfar en las guarniciones donde los generales permanecieron leales al Gobierno»[25]. Junto a los africanistas dominaron el golpe militar. A medida que avanzó la guerra consiguieron hacerse con el mando de la práctica totalidad de las unidades que luchaban en el frente.

La guerra vino de África, como ha escrito acertadamente un historiador[26]. Franco fue un producto de su experiencia colonial. Llegó a África con diecinueve años y, entre un destino y otro, pasó la mayor parte de los dieciocho años de campañas en Marruecos en el protectorado. Fue uno de los primeros subordinados de Berenguer en Regulares, y el lugarteniente de Millán Astray en el momento de la fundación de la Legión. Allí Franco lo obtuvo todo: ascensos, condecoraciones, prestigio, fama… También allí estableció vínculos de camaradería con los que serían sus más estrechos colaboradores durante la guerra, los militares «africanistas», como Mola, Yagüe, Queipo de Llano, Castejón, García-Valiño, Millán

Astray, Dávila, Doval, Monasterio, Mizzian… Con ellos compartió una identidad colectiva, valores comunes, rituales propios y redes de solidaridad. Los principios ideológicos de los africanistas eran de un gran simplismo, pero de una enorme eficacia: disciplina férrea, exaltación de la violencia, culto a la patria y a los caídos, fidelidad a los compañeros de armas, autoritarismo, culto al jefe, alto concepto de sí mismos. Constituían una aristocracia guerrera. Para ellos el Ejército representaba la encarnación de la nación y la única vía para la regeneración de España. Se consideraban unos elegidos que defendían la patria en los confines de la civilización.

A partir del desastre de Annual, los africanistas gozaron del apoyo incondicional de los sectores más conservadores de la derecha española, para quien representaban la salvaguarda de la nación. Con la Dictadura de Primo de Rivera los africanistas se dividieron; unos apoyaron el régimen y otros se declararon contrarios. Pero el cerrojazo al asunto de las responsabilidades primero y la victoria militar en Marruecos después, hicieron arrimarse a la mayoría a la Dictadura. En noviembre de 1926, Franco, Goded y Fanjul fueron ascendidos a generales. Al primero, además, se le recompensó con la dirección de la Academia General Militar. Su gestión gozó de una amplia autonomía: reclutó como profesores del centro a destacados militares coloniales y trató de inculcar a sus alumnos el ideario africanista.

El fracaso de la *Sanjurjada* y la formación de un gobierno conservador atemperaron provisionalmente las ansias golpistas de los africanistas, que resucitaron a finales de 1935, cuando los problemas cercaban al Ejecutivo. Se ampliaron a raíz de la victoria del Frente Popular y de la amenaza que sintieron ante el objetivo de retomar con más fuerza la implantación de las reformas abandonadas del primer bienio y de resucitar el fantasma de la revolución de octubre del 34.

Michael Alpert[27] alude a la lista de africanistas que aparecía en el *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* del 31 de enero de 1933, en el cual el ministro, Manuel Azaña, decreta sobre la validez de ascensos otorgados durante la campaña de África. Los varios centenares de militares que figuran en las listas ofrecen un posible análisis de comportamientos en la Guerra Civil. En ellas se encuentran los principales protagonistas de la

sublevación del 36: Franco, Alonso Vega, Asensio Cabanillas, García Escámez, Muñoz Grandes, Goded, Fanjul, Orgaz, Aranda, Álvarez-Arenas, Varela, Monasterio, Barrón, Delgado Serrano, Losas, Sáenz de Buruaga, Tella, Castejón…

En resumen, la mayor parte de los regímenes políticos del período que precede a la Guerra Civil son consecuencia del triunfo o del fracaso de un golpe de Estado. Pero no era la única forma de intervencionismo militar, hubo otras La importancia del Ejército en la vida pública podía ser por la propia debilidad del estamento político o la debilidad del estamento político consecuencia del poder de los militares; nunca lo sabremos. El caso es que el Ejército venía teniendo una influencia trascendental en España, especialmente el Ejército curtido en las guerras coloniales, que se favoreció —a costa del riesgo de su propia vida— de ascensos y oportunidades en su carrera. Esto les llevó a la popularidad, y se creyeron con garantías para triunfar en todos los ámbitos de la vida, incluso en el de la política. Los generales Primo de Rivera y Franco son ejemplos de ello.

El Ejército actuó como un grupo de presión homogéneo, aunque en su interior estaba dividido. Por un lado, los militares que hacían la guerra frente a los que permanecían en la metrópoli; por otro, los militares de alta graduación frente a los oficiales y suboficiales, como mostraron las Juntas de Defensa. Por último, los liberales frente a los conservadores. Unas veces actuaron unos, otras otros. Los golpes venían por la izquierda (1926, 1929, 1930) y por la derecha (1923, 1932 y 1936) —si es que se permite esa terminología—, resultando estos últimos más determinantes para el auge y caída de los regímenes políticos.

Muchos pueden opinar que el golpismo no tuvo tanta importancia en la determinación del cambio histórico porque eran acciones aisladas que habitualmente trataban de dar respuesta a un deterioro palpable de la situación social y económica. El caos llevaría de una manera u otra al cambio. Pero más que el valor aislado de cada uno de ellos, tal vez lo más fundamental fue la constante amenaza que supuso para los políticos, que en muchos casos tenían maniatadas sus actuaciones. El contexto tal vez era la excusa perfecta y la causa inmediata, pero la verdadera y profunda era

estructural, continua, como era el incremento constante y paulatino del intervencionismo y del poder del Ejército.

Frente a las teorías morfológicas de Spengler y Toynbee, que en plena vorágine del fascismo y el nazismo pretendían explicar el auge y caída de las culturas y de las civilizaciones por cuestiones puramente naturales, al entenderlas como regímenes vivos, que nacen, crecen y mueren, quizá haya que buscar las causas del auge y caída de los regímenes políticos en la teoría más reciente del historiador norteamericano Paul Kennedy, que hace algunos años publicó *Auge y caída de las grandes potencias*[28]. Esta obra, de gran éxito editorial no solo en los Estados Unidos sino por todo el mundo, describe el auge y la caída de las grandes potencias (España, Países Bajos, Francia, Gran Bretaña…) desde el siglo XVI a través de una estrecha correlación entre las capacidades productivas y de aumento de la renta y la fuerza militar. Las grandes potencias proyectan el poder militar según sus recursos económicos, pero el alto coste de mantener la supremacía militar debilita su base económica. Las potencias en decadencia reaccionan gastando más en defensa y se debilitan aún más desviando recursos esenciales de la nueva inversión productiva.

Tal vez la España del último tercio del siglo XIX y principios del XX debe la fragilidad de su sistema político al exceso de los gastos militares, que detrajeron recursos para otras inversiones más productivas como la industrialización, el desarrollo de las infraestructuras y comunicaciones, la educación y la cultura. Y este poderío militar era como una noria, del que no se podía salir. Cuanto mayor era el presupuesto del Ejército, más fortaleza tenían los militares y más poder ejercían como grupo de presión que impide cambios que puedan perjudicar su estatus. Y si tiene alguna amenaza seria, tiene recursos para abortarla…

2

El contexto inmediato de la conspiración: el gobierno del Frente Popular (febrero-julio de 1936)

2.1. La victoria del Frente Popular

> El Frente Popular es lo que es y lo que nosotros queremos que sea, no lo que quieran los demás. No es la revolución social, ni es la labor de entronizamiento del comunismo en España, no es eso; es otra cosa más fácil, más llana, más inmediata y más hacedera: es la reinstauración de la República en su Constitución y en los partidos republicanos, en los que la creamos, en los que la defendemos y estamos dispuestos a seguirla defendiendo y a crearla todos los días. [Manuel Azaña, *Discurso en las Cortes*, 16 de abril de 1936][1].

A la altura de febrero del 36 resultaba difícil cumplir las intenciones de Azaña de reinstaurar la República a sus orígenes. En cinco años habían pasado demasiadas cosas y había crecido demasiado el rencor. Pero sobre todo fueron los sucesos revolucionarios de octubre del 34 los que dejaron

profundamente marcada a la sociedad española. El reguero de sangre, el odio y la provocación que dejaba tras de sí no se podía olvidar con facilidad en amplios sectores de la sociedad española.

La conocida como revolución de Asturias, por ser en esa región donde llegó a su máxima incidencia, se había concebido como un intento de coacción sobre los poderes públicos para forzar una crisis política que alejase a las derechas del poder, escamoteándoles así su anterior victoria electoral. Desde noviembre de 1933 el gobierno del radical Lerroux venía contando con el apoyo parlamentario de la CEDA, siendo apreciable el freno a los avances sociales de los primeros años republicanos, mientras en el entorno europeo el auge del fascismo en Alemania e Italia y la eliminación del socialismo en Austria, respaldaban el giro de la política española. La entrada en el ejecutivo de tres miembros de la CEDA, el 4 de octubre, era la señal esperada por los socialistas para iniciar la huelga general y la revolución que impidiese a la derecha culminar la destrucción del régimen republicano desde sus mismas entrañas, según el líder socialista y promotor de la insurrección obrera Francisco Largo Caballero. Pretendía sustituir al gobierno por uno socialista que procurara las mayores ventajas para la clase trabajadora.

La revolución llegó también a otros lugares de España, adquiriendo cierta trascendencia en Madrid, Cataluña y País Vasco. En la capital de la República los insurrectos pasaron del desconcierto a la derrota en menos de una semana. El Comité Revolucionario esperaba que tras la entrada de la CEDA en el gobierno, las masas de la UGT, a las que se sumarían otras fuerzas obreras por contagio, irrumpirían en las calles provocando la paralización de la ciudad y la dimisión del ejecutivo. No lograron ninguno de los objetivos. En Cataluña la rebelión catalanista abanderada por Lluís Companys, presidente de la Generalitat, fue un fiasco que duraría poco más de un día. El 9 de octubre estaba sofocada en todo el país salvo en Asturias, donde persistió hasta el día 20. Allí, y de la mano de socialistas, comunistas y anarquistas, se instauró un verdadero poder obrero y se vivió una auténtica revolución social.

El balance fue trágico: unas cinco mil víctimas entre muertos y heridos de los dos bandos tanto durante los enfrentamientos como durante la

represión posterior. Las cifras oficiales eran menores: mil trescientos treinta y cinco muertos y aproximadamente el doble de heridos. Las tres cuartas partes de unos y otros pertenecían a los insurrectos, el resto a las guarniciones militares, guardias civiles y de asalto y a policías locales. Los daños materiales fueron notables, viéndose afectados sesenta edificios públicos, cincuenta y cuatro iglesias, treinta y dos fábricas y setecientas cuarenta casas particulares. Las consecuencias políticas también fueron cuantiosas e importantes[2].

La represión institucional resultó dolorosa, sobre todo la suspensión de la Generalitat y de 1134 ayuntamientos de toda España en los que alcaldes y concejales fueron acusados de participar en el movimiento. Las repercusiones en los partidos de izquierda fueron evidentes. El líder de Izquierda Republicana Manuel Azaña, en contra de la voluntad del propio Lerroux, salió reforzado y convertido en principal e indiscutible interlocutor del republicanismo tras su experiencia carcelaria. Fue detenido durante los sucesos de Barcelona y permaneció prisionero en dos buques fondeados en su puerto hasta el 29 de diciembre de 1934, cuando el Tribunal Supremo ordenó su liberación. En el Partido Socialista ya nada sería igual. De las dos corrientes existentes antes de octubre del 34 se pasaron a tres: a la reformista de Besteiro y a la radical de Largo Caballero (que incluso radicalizaría su discurso contra la democracia burguesa) se sumaría la centrista encabezada por Indalecio Prieto, quien haría posible una de las más importantes consecuencias de octubre: la formación del Frente Popular. Los meses de cárcel y la derechización del gobierno producida por el efecto revolucionario unieron más a socialistas y comunistas que veinte años de propaganda.

El giro hacia la derecha del gobierno radical-cedista tras octubre del 34, manifestado sobre todo por la actuación contra la Ley de la Reforma Agraria de 1932, desembocaría el 3 de mayo de 1935 en una crisis en la que la CEDA duplicaba el número de carteras ministeriales. Su líder, José María Gil Robles, ocupará la de Guerra, tomando decisiones tan controvertidas como la de nombrar a los generales Fanjul, Franco y Goded en puestos clave del ministerio. La segunda fase de derechización del gobierno culminará con el desplazamiento del poder del jefe del ejecutivo en

septiembre de 1935, a raíz de varios escándalos, en los que sobresalió el del *estraperlo*, que convirtieron a Lerroux en un «cadáver político». También acabaron con su sucesor, Joaquín Chapaprieta, sustituido al frente del gobierno en diciembre de 1935 por Manuel Portela Valladares, a quien el presidente Alcalá Zamora encargó la convocatoria de nuevas elecciones generales.

En el ambiente crispado que dejó octubre del 34 no es difícil entender cómo las elecciones generales convocadas para el día 16 de febrero de 1936 se iban a vivir desde el mismo momento en que fueron convocadas como decisivas. Para los republicanos, era la oportunidad, tal vez la última, para que la República volviera a su esencia tras el paréntesis derechista y de freno a cualquier avance social planteado en los últimos años. Se trataba, ni más ni menos, de recuperar la República. Desde las opciones políticas contrarias los comicios se veían como una nueva amenaza revolucionaria, y mucho más seria que las anteriores. Gil Robles se lanzó a la lucha electoral bajo el lema «Contra la Revolución y sus cómplices».

La importancia de las elecciones logró algo impensable solo unos meses antes: unir a casi toda la izquierda en ese gran pacto electoral denominado «Frente Popular», ampliación de la conjunción republicano-socialista de los primeros años de la República con nuevas fuerzas políticas y sindicales bajo la hegemonía de los partidos republicanos, manifiesta en el programa, número de candidatos y responsabilidad de futuro gobierno.

El pacto del Frente Popular se firmó y publicó el 15 de enero de 1936. Lo suscribieron Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista Obrero Español (en nombre propio y en el de la Unión General de Trabajadores), Partido Sindicalista, Federación Nacional de Juventudes Socialistas, Partido Comunista de España y Partido Obrero de Unificación Marxista.

Los principios fundamentales del pacto se dividieron en ocho apartados. El primero se dedicaba a las medidas necesarias para restablecer la paz pública (amnistía para los detenidos por los sucesos de octubre del 34, readmisión de funcionarios y obreros despedidos y pensiones a las familias de los muertos). El segundo a las reformas de las leyes de orden público, municipal y provincial, estatuto de los funcionarios y reglamento de las

Cortes. El tercero al problema de la redistribución y utilización de la tierra. El cuarto a la organización y protección de las industrias. El quinto al desenvolvimiento de las obras públicas. El sexto a la ordenación del sistema bancario. El séptimo a la reorganización de la Hacienda. El octavo y último a la orientación y desarrollo de los planes de enseñanza iniciados al implantarse la República.

Uno de los puntos de mayor divergencia se dio en el apartado tercero. Al no llegarse a un acuerdo final se expresaba que «los republicanos no aceptan el principio de la nacionalización de la tierra y su entrega gratuita a los campesinos solicitada por los delegados del Partido Socialista». Se anunciaba una política de asentamiento de familias campesinas y se aprobaban una serie de medidas complementarias, como el estímulo de las formas de cooperación y fomento de las explotaciones colectivas y la derogación de la Ley de Arrendamientos para ser sustituida por una nueva que asegurara la estabilidad de la tierra.

Tabla 2
Propaganda electoral de la candidatura contrarrevolucionaria, elecciones del 16 de febrero de 1936

Los términos de la consulta electoral están bien claros para España:
¡O SER O DEJAR DE SER!
O ser una España grande y fuerte o dejar de ser eso y convertirse, en cambio, en una nación peor que Rusia.
ELECTOR, en tu mano está. PIÉNSALO BIEN ANTES DE VOTAR

Las izquierdas burguesas del brazo de los comunistas…
ELECTOR: Todos son una misma cosa:
¡¡REVOLUCIONARIOS!!
¡¡Contra la revolución y sus cómplices!!

Los votos obtenidos por el Frente Popular y las derechas (unidas en la Candidatura Antirrevolucionaria) fueron muy parejos, con ligera ventaja del primero, pero por la fuerte prima que la ley electoral daba a las mayorías los resultados electorales se tradujeron en el Congreso en mayoría absoluta para las izquierdas. En todas las ciudades de más de 150 000 habitantes venció el Frente Popular.

Tabla 3
Resultados definitivos de las elecciones del 16 de febrero de 1936

— Votantes: 9 864 783 (72% del censo electoral). — Votos del Frente Popular: 4 654 116 (34%). — Votos Candidatura Antirrevolucionaria: 4 503 116 (33%). — Votos Centro: 526 615 (5%). — Escaños Frente Popular: 278 diputados. — Escaños Candidatura Antirrevolucionaria: 124 diputados. — Escaños Centro: 51 diputados.

Fuente: Julio Aróstegui: *Por qué el 18 de julio… y después…*, p. 127.

La derrota de las candidaturas de derechas por tan corto margen y la amplia diferencia en número de diputados que obtenían los vencedores gracias a una ley electoral que primaba excesivamente a quien había conseguido una pequeña diferencia de votos fue un duro correctivo para los perdedores, que contribuyó en gran medida a cuestionar los resultados en algunas circunscripciones y a radicalizar sus posturas.

La gobernabilidad del Estado quedaba en manos del Frente Popular, aunque exclusivamente de los partidos republicanos.

La mañana del 18 de febrero se reunieron los líderes de Izquierda Republicana y Unión Republicana, Manuel Azaña y Diego Martínez Barrio, respectivamente. El primero no era partidario de que los republicanos se encargaran inmediatamente del poder. Quería esperar a la reunión de Cortes, prevista para el 16 de marzo, con el fin de ir preparando mientras tanto la legislación que comprendiera todos los compromisos del pacto del Frente Popular. Pero Portela Valladares ya no quiso aguantar más al frente del ejecutivo: «No debo seguir aquí ni un momento más. Ni un momento más», dijo a Martínez Barrio. «Háganse ustedes cargo rápidamente del poder, porque yo no puedo responder de nada»[3]. Según las propias manifestaciones de Portela[4], en el fondo no podía resistir ante las presiones de Gil Robles y del general Franco, que le instaban a que continuase en el cargo por lo menos hasta la primera sesión de las Cortes.

Manuel Azaña tomaba posesión como presidente del gobierno del Frente Popular la tarde del 19 de febrero. En sus *diarios* reconocería la

dificultad de la misión: «Ya tenemos ahí el poder, para esta misma tarde. Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores». Pero aceptaba el reto: «La gente quiere que gobierne yo. Y los que tal vez podían gobernar se quitan de delante. Conocen lo mismo que yo las dificultades de la situación, y otra vez, como en 1931, me tocará afrontar lo que a todos les asusta»[5].

El gobierno del 19 de febrero era una coalición de Izquierda Republicana y Unión Republicana. La primera medida del nuevo ejecutivo consistió en convocar a la Diputación Permanente de las Cortes para aprobar la legalización de la liberación de los presos con la concesión de una amnistía y aprobar un decreto sobre readmisión e indemnizaciones a los huelguistas de octubre del 34. La derecha se asustó por resucitar los fantasmas de 1934, pero era un objetivo irrenunciable para todos los miembros del Frente Popular. La CEDA se fue radicalizando por este y otros motivos, especialmente con las actas de diputados invalidadas y los resultados de la segunda vuelta electoral. Falange ampliaba su afiliación mientras organizaba sus escuadras armadas.

La mañana del 20 de febrero se celebró el primer Consejo de Ministros. «Por la tarde he ido a Gobernación —recuerda Azaña en sus *diarios*—, para decir unas palabras ante el micrófono. Lo habíamos acordado en Consejo, a fin de calmar el desordenado empuje del Frente Popular y aconsejar a todos la calma»[6]. El último párrafo del discurso era significativo al respecto:

> El Gobierno de la República tiene el convencimiento de que todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y depuestos ya los ardimientos de la contienda electoral, muy legítimos, pero que deben terminar cuando la contienda cesa, cooperarán en la obra que el Gobierno trata de emprender bajo su responsabilidad exclusiva. Por tanto, esperamos que los que nos han ayudado a reinstaurar la política republicana sean nuestros primeros colaboradores, manteniéndose dentro de la ley, no perturbando la paz[7].

Lo que sobre todo le asustaba era la actitud de la izquierda más radical, eufórica tras los comicios electorales, especialmente la de sus aliados

electorales, pues del anarquismo, que se había quedado fuera del Frente Popular, poco podía esperar. Hasta la llegada de la República los sindicatos anarquistas eran mayoritarios. Con el régimen republicano la UGT, a partir del notable ascenso de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, había desplazado al anarquismo hacia las ciudades, agrupando a importantes colectivos populares vinculados a actividades socioprofesionales de los sectores secundario y terciario. En Andalucía, por ejemplo, el desgaste entre el campesinado ocasionado por las intensas oleadas huelguísticas de 1931 y 1932, y la consiguiente represión estatal desplegada contra las organizaciones anarquistas desde 1932 en adelante, provocaron un fenómeno de pérdida de importancia en la implantación anarquista a nivel regional frente a la presencia socialugetista. «Hechos ambos, a lo que es necesario añadir la enorme eficacia, en una situación de arbitraje institucional sobre la negociación colectiva laboral, de la estrategia pactista y de reconocimiento de los Jurados Mixtos y otras instancias reguladoras, practicada por los sindicatos agrarios ugetistas»[8].

La CNT abogaba por acabar con un régimen burgués como era el republicano. En las «Orientaciones revolucionarias» que realizó el Comité Nacional hablaban de que partidos políticos completamente desacreditados (republicano radical, republicano autonomista, socialista) y partidos totalmente desconocidos se hicieron dueños de la situación nacional después del 14 de abril de 1931, formando una República burguesa y no proletaria, «pues sólo la CNT, que conquistó la hegemonía del movimiento revolucionario cuando el fracaso y traición de los jefes de los partidos durante la revolución de 1917, tenía prestigio y autoridad suficiente para haber encauzado la vida española después del derrumbamiento de la Monarquía»[9]. El Frente Popular, para el sindicato anarquista, suponía un freno para el proceso de maduración revolucionaria del que la revolución de octubre de 1934 era «el más grande de los movimientos precursores», porque quería «terminar con la dominación nefasta del capitalismo». «El Frente Popular es la coincidencia de todas las fuerzas políticas que aceptan como programa la defensa de la República democrática y burguesa»[10].

Por su parte, los socialistas tampoco contribuyeron mucho a la gobernabilidad del país[11]. La hostilidad entre la facción moderada de

Prieto y la más exaltada de Largo Caballero se incrementó desde el mismo día del triunfo del Frente Popular. La comisión ejecutiva, liderada por los seguidores de Prieto desde la dimisión de Largo Caballero, se vio continuamente atacada y desautorizada por los dirigentes de la UGT, que tenían el apoyo de la izquierda de su propio partido y de las Juventudes. Estas, además, fueron radicalizando sus posturas, llegando a unirse a las Juventudes Comunistas. En abril del 36 formaron las Juventudes Socialistas Unificadas, lideradas por Santiago Carrillo. Los intentos de Prieto por apoyar al gobierno y colaborar al restablecimiento del orden se vieron constantemente entorpecidos por el discurso cada vez más radical de Largo Caballero, por la actuación de las Juventudes y por la acción sindical de la UGT, en clara sintonía con la CNT. Las huelgas dirigidas por ambos sindicatos después de crear comités conjuntos se multiplicaron.

2.2. Conflicto y revolución: el ambiente social

La victoria del Frente Popular creó muchas expectativas de cambio en la izquierda, al mismo tiempo que generaba una amenaza para la derecha. Unos y otros contribuyeron intencionadamente a generar y propagar un cierto ambiente de crispación. La derecha no aceptaba la derrota electoral; la izquierda más radical exigía una política más social de la que no quería hacerse responsable Azaña, líder de un partido republicano moderado. Luego, a simple vista, no había solución, porque además el Partido Socialista no quiso ningún grado de compromiso con el ejecutivo. Al gobierno le dejaron solo hasta sus propios aliados, porque los objetivos de cada formación firmante del Frente Popular eran tan dispares que resultaba imposible mantener una política de consenso. Todos tenían sus razones para desconfiar del ejecutivo, pero quizá el problema estaba en la propia firma de la coalición electoral, aunque si esta no se hubiera llevado a cabo, a buen seguro el gobierno hubiera sido muy distinto.

Pero las consecuencias fueron evidentes. La conflictividad social y el ambiente prerrevolucionario fueron utilizados por los extremos en interés

propio, sirviendo a unos para acercar más adeptos a la conspiración y a otros para alejarlos de la República, por considerar que frenaba las legítimas aspiraciones populares y que el ejecutivo traicionaba la revolución social.

Las derechas hicieron de la conflictividad el campo de batalla contra el gobierno del Frente Popular. El diputado José Calvo Sotelo, exministro de la dictadura de Primo de Rivera y líder de Renovación Española, partido de tendencia monárquica, se convirtió en el *azote* del ejecutivo. Intervino en todos los debates más importantes del período (reforma agraria, amnistía y constitución del Tribunal Especial para exigir responsabilidad a los jueces, magistrados y fiscales), en los que aprovechó la tribuna de oradores para realizar una campaña continua, machacona, contra la conflictividad social y, especialmente, contra la pasividad del gobierno ante ella.

En la sesión del Congreso del 15 de abril, Calvo Sotelo respondía al programa de gobierno de Manuel Azaña, presentado el 3 de abril, hablando ya de «Guerra Civil» al calificar la situación social del momento, advirtiendo en tono amenazador que sería imposible mantener la calma por mucho más tiempo: «cuando la garantía de la vida es en la calle una cosa inexistente, cuando por todas partes se pasea la amenaza de la disolución social y se grita, como se gritaba ayer por muchedumbres uniformadas: ¡Patria, no; Patria, no!, cuando al grito de ¡viva España!, se contesta con vivas a Rusia y cuando se falta al honor del Ejército y se escarnecen todas las esencias de la Patria, cuando todo eso está ocurriendo durante seis, siete u ocho semanas, yo me pregunto: ¿es posible tener calma?»[12]. Cerraba su intervención presentando las cifras de la conflictividad social entre el 16 de febrero y el 2 de abril, muy discutidas oficialmente, con 74 muertos y 345 heridos.

Gil Robles, líder de la CEDA, también solicitaba al gobierno que abandonara su política impasible ante los acontecimientos, exigiendo que acabara con todas las provocaciones, vinieran desde donde vinieran, pues si no le quedaría al Sr. Azaña el triste privilegio de presidir la liquidación de la República democrática. Párrafos más adelante solo hablaba del peligro de las masas de izquierda y del ejecutivo incapaz de controlarlas: «La guerra civil la impulsan, por una parte, la violencia de aquellos que quieren ir a la

conquista del Poder por el camino de la revolución; por otra, la está mimando, sosteniendo y cuidando la apatía de un Gobierno que no se atreve a volverse contra sus auxiliares, que tan cara le están pasando la factura de la ayuda que le dan»[13].

En la sesión del 7 de mayo Calvo Sotelo hacía un ruego al gobierno para que tomara medidas conducentes al restablecimiento de la paz ciudadana ante el agravamiento de la situación del orden público durante las últimas semanas, ofreciendo una detallada relación de los sucesos, perturbaciones y desórdenes públicos acaecidos entre el 1 de abril y el 4 de mayo[14]. Unos días después, el 19 de mayo, denunciaba la falta de autoridad del gobierno, a pesar de la *dureza* manifestada verbalmente por su presidente. Calvo Sotelo añadía una frase que causó protestas airadas en la oposición y comentarios de que se estaba invitando a la indisciplina militar al señalar que el deber militar «consiste en servir lealmente cuando se manda sin legalidad y en detrimento de la Patria»[15].

El 16 de junio se trataba en las Cortes una proposición no de ley del día 11 de junio, firmada por varios diputados y encabezada por Gil Robles, que pedía al gobierno «la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España». Calvo Sotelo, en su intervención, tachaba al ejecutivo de haber ejercido el poder con arbitrariedad e ineficacia, acompañando sus palabras con unos datos estadísticos comprendidos entre el 16 de febrero y el 15 de junio, en los que señalaba la muerte de 269 personas y 1287 heridos de gravedad.

Calvo Sotelo anunciaba que era la cuarta vez que intervenía en el transcurso de tres meses sobre el problema de orden público, reconociendo que lo hacía sin fe y sin ilusión. Acusaba al ejecutivo de hablar mucho y de hacer poco, llevando al país a la deriva: «Esos propósitos podrán ser sinceros, pero os falta fuerza moral para convertirlos en hechos». Para que elabore esos propósitos de mantenimiento del orden «han sido precisos 250 o 300 cadáveres, 1000 o 2000 heridos y centenares de huelgas. Por todas partes, desorden, pillaje, saqueo, destrucción»[16].

José Calvo Sotelo, como después haría la historiografía franquista, se esforzó en hacer ver una auténtica «caza de brujas» sobre las derechas y los católicos. Sin embargo, un reciente estudio viene a desmontar en gran parte

esta teoría. Para el profesor Cruz[17], que hace un recuento exhaustivo y por provincias de las víctimas por la violencia política durante el período del Frente Popular, donde las cifras no difieren mucho de las anteriores (262 muertes producidas en 183 incidentes), la mayoría de las víctimas pertenecían a organizaciones de izquierda. Las distintas policías del Estado —Vigilancia y Seguridad, guardias de prisiones, Guardia Civil, de Asalto, guardias locales— y el Ejército regular causaron el 43 por 100 de todas las víctimas mortales (de ellas, el 58 por 100 fue por la Guardia Civil). Los autores identificados de manera pública como izquierdistas, anarquistas, comunistas o socialistas, todos juntos, con el 20 por 100; y falangistas y derechistas en general, con un 17 por 100. Más del 56 por 100 de los 262 muertos eran jornaleros agrícolas, obreros, izquierdistas o presos; el 19 por 100 comprendía derechistas, propietarios y patronos; el 7 por 100 policías, militares, y el resto jueces, concejales, niños, bomberos y un nacionalista vasco.

Las cifras vienen a demostrar que la violencia durante la primavera del 36 fue importante, por supuesto, y que afectó a buena parte del territorio español, aunque ni mucho menos se repartió de forma uniforme (al norte de una línea imaginaria que recorre las provincias de Cáceres, Toledo, Madrid, Albacete y Alicante se ocasionaron solo el 32 por 100 de las víctimas). Sin embargo, no era un fenómeno nuevo en España, ni extraño en el contexto europeo de crisis económica, enfrentamientos ideológicos, modernización económica y desarrollo social[18]. La Segunda República no logró que los mayores derechos ciudadanos derivaran hacia una institucionalización y pacificación de los conflictos sociales, no consiguió una reducción de la violencia colectiva. Quizá fuera porque esa mayor libertad permitió una mayor radicalización política de los grupos más ideologizados y una menor capacidad del Estado para controlar el orden público, aunque para Cruz las cifras demuestran lo contrario. O tal vez porque las expectativas generadas en una situación de cambio fueron tan grandes como la decepción que provocó el retroceso de las reformas abordadas sobre aspectos socioeconómicos clave, como el mercado laboral o la reforma agraria durante el segundo bienio republicano. Esta peculiar situación de «privación respecto a las aspiraciones» se tradujo en un amplio ciclo de

protesta cuando fue canalizado con diversa fortuna por las organizaciones obreras. La conjugación de la depresión económica, el malestar sociolaboral, el rearme reivindicativo de los sindicatos, la resistencia patronal y la falta de flexibilidad gubernativa desembocó en una conflictividad preocupante[19]. Lo cierto es que, como ha pasado comúnmente en algunas democracias europeas, la República no fue capaz de entender que no hay verdadera libertad sin seguridad; este tal vez fue uno de sus mayores errores políticos.

Los procesos de reforma y democratización representan oportunidades para el despliegue de enfrentamientos violentos, que pueden ir ganando en apoyo social si el Estado no demuestra capacidad de negociación y control social. Tal vez la violencia de los meses del Frente Popular trajo como efecto más inmediato para el gobierno poner de manifiesto y públicamente la debilidad del poder político para controlar la población, algo a lo que los militares estaban acostumbrados a conseguir en los períodos anteriores, sintiéndose imprescindibles y resultándoles fácil en determinados sectores sociales «hacerse querer». Algunos medios de comunicación lo entendieron así, encargándose además de crear un clima de miedo, inseguridad y desconcierto, contribuyendo muy poco a pacificar y tranquilizar a la población, lo que quizás más hubiera hecho falta al país en esos momentos difíciles.

La estrategia política en las Cortes y en parte de la prensa se vio acompañada de una continua demostración de fuerza por parte de los requetés carlistas y de las escuadras falangistas. El carlismo había ganado en afiliación y organización desde 1931. En 1935 la Comunión Tradicionalista disponía de más de setecientas juntas y delegaciones locales, trescientos cincuenta círculos, doscientas cincuenta secciones de juventudes, trescientas agrupaciones femeninas y ochenta secciones locales del Requeté. Los círculos carlistas ya no eran esos somnolientos casinos para ancianos y hombres maduros. A estas alturas constituían unos centros dinámicos que proporcionaban al creciente número de carlistas una especie de contracultura ante el que consideraban el mundo decadente, permisivo y descreído de la España republicana[20]. La nota predominante en los círculos carlistas era la importancia cada vez mayor del Requeté.

El Requeté, milicia armada aneja al Partido Carlista, tiene sus orígenes en la proclamación de don Jaime de Borbón como pretendiente carlista y jefe, por tanto, del partido tradicionalista. Fue creado en 1913, aunque la relevancia de la organización paramilitar del carlismo en la España anterior a 1931 fue bastante escasa. Pero sin duda, las características políticas de esta milicia presentan ya los rasgos que definirán a este tipo de organizaciones en la Europa de los años veinte, y en España en los treinta. Puede afirmarse que el carlismo fue el primer grupo que poseyó en España una milicia en el sentido «moderno» de estas organizaciones[21].

En 1935, en un mitin celebrado en Espluga de Francolí (Tarragona), con asistencia de unas cuarenta mil personas, los requetés uniformados, en número de dos mil, flanquearon a los líderes políticos del tradicionalismo. Manuel Fal Conde pidió públicamente a los afiliados que «debían de estar dispuestos a auxiliar a la fuerza pública y ponerse a sus órdenes cuando llegara el momento oportuno»[22]. En julio de 1936, según la misma fuente, tenían en la provincia de Lérida un total de 4000 requetés preparados para la acción.

El Frente Popular Navarro elevaba el 20 de mayo del 36 un informe al gobierno en el que alertaba del estado de subversión civil, «caracterizado por el movimiento carlista al que se ha sumado toda la fuerza derechista de Navarra, constituyendo los requetés navarros, con una organización militarizada y abundancia de medios y armamentos en cantidad aterradora y todos estos elementos movidos y animados por los curas de los pueblos y los obispos de levita de las ciudades navarras». Solicitaba al ejecutivo medidas como el incremento de las fuerzas de seguridad y de jueces y una escrupulosa selección de maestros «que moldee la nueva generación que harán que Navarra se coloque en el camino de su redención ciudadana»[23].

Los grupos armados carlistas comenzaron a funcionar en Pamplona en 1931. No alcanzaron una verdadera estructura paramilitar hasta 1934, año en el que varios de sus responsables fueron a Italia a adquirir formación militar. En 1935 el Requeté estaba perfectamente organizado. Sus 5394 *boinas rojas* estaban distribuidas en 899 patrullas. En enero de 1936 se constituyó el Tercio de Pamplona, se organizó la instrucción, especialmente de aproximación y combate, y se le asignaron misiones. «Se adquirió, de

ese modo, una estructura militar compleja y disciplinada a imagen del ejército»[24]. Jefes y oficiales del Ejército se encargaron de la dirección, entre ellos el coronel Varela y los tenientes coroneles Ricardo Rada y Alejandro Utrilla, este último director de la Academia Militar del Requeté en Pamplona. Desde Francia, Bélgica, Italia y Alemania fueron llegando miles de fusiles, ametralladoras, armas cortas, bombas de mano y millones de cartuchos, que consiguieron distribuir por los pueblos. Entre el 18 y 29 de julio de 1936 fueron capaces de movilizar a casi siete mil hombres.

En Vizcaya, el Requeté estaba integrado por 1500 jóvenes, algunos de ellos enviados a la Italia de Mussolini para adiestrarse en el manejo de las modernas armas de guerra[25]. En la provincia de Jaén los tradicionalistas disponían de unos seiscientos hombres «perfectamente disciplinados e instruidos». El Requeté fue organizado en 1935 por el capitán retirado Francisco Martínez Doblas. Estaba formado por unos doscientos hombres organizados en un tercio que comprendía las circunscripciones de Jaén, Alcalá la Real y Úbeda[26].

Falange tenía entre 5000 y 10 000 afiliados en toda España, según distintas fuentes, antes de las elecciones del Frente Popular, comicios en los que contaron con tan solo 40 000 votos que no les dieron ningún diputado[27]. Hasta el golpe militar del 18 de julio de 1936 la historia de Falange Española, fundada en 1933, es la de un partido incapaz de alcanzar por sí solo una posición influyente en las estructuras del poder nacional. De hecho, a lo largo de esos tres años la existencia misma del partido se había visto comprometida en distintas ocasiones a causa de su incapacidad para atraer seguidores. El resto de formaciones políticas no lo vieron como un competidor serio. Más bien fue considerado como un movimiento minoritario opuesto violentamente al marxismo, al liberalismo y a la democracia parlamentaria basada en el sufragio universal[28].

Durante la conspiración y el alzamiento militar de julio del 36 consiguió aumentar de forma considerable sus simpatizantes y sus centurias y escuadras, verdadera fuerza paramilitar. En Jaén, por ejemplo, en julio de 1936 no debía pasar de trescientos militantes, pero había logrado reunir tres centurias en la capital[29]. En Almería se habían formado cinco centurias; es decir, quinientos hombres encuadrados en la organización paramilitar[30].

En Bilbao, Falange tenía dispuestos a unos setecientos hombres para el inicio del alzamiento[31]. Pero había provincias, como Segovia, donde no llegaban ni a la docena[32].

El líder de Falange, José Antonio Primo de Rivera, había intentado en diversas ocasiones ofrecer «sus servicios» y los de su formación al Ejército. El 24 de septiembre de 1934 escribió una carta al general Francisco Franco, entonces en las Islas Baleares, ofreciéndole tácitamente el mismo apoyo que acababa de brindar al gobierno: «nuestros cuadros de muchachos por si, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles … y emplearlos como fuerzas auxiliares»[33]. No recibió contestación. El 4 de mayo de 1936 lanzó otra llamada al Ejército. La «Carta a los Militares de España» buscaba fomentar los sentimientos antirrepublicanos de determinados sectores militares alertándolos de la inminente revolución que venía de Moscú, favorecida por el Frente Popular, realizando a su vez un llamamiento para «la gran tarea de la reconstrucción nacional».

No eran las únicas fuerzas de derechas armadas. En Valencia, por ejemplo, Derecha Regional Valenciana el 18 de julio tenía armados a trescientos afiliados y simpatizantes. El jefe regional de Renovación Española, Eduardo Martínez Sabater, se había encargado de organizar las Juventudes de Renovación, dotándolas de armamento[34].

Además de la violencia callejera, la derecha tomó como segundo eje de la denuncia al Gobierno el conflicto social promovido en torno a la tierra, con los asentamientos campesinos como principal foco de disturbios. El triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero significó un cambio sustancial en la política agraria seguida hasta entonces, viéndose superado por los acontecimientos. En Extremadura, con un campesinado que apenas había trabajado en los tres meses de invierno por las abundantes lluvias y con nefastas expectativas de recogida de cosechas, el conflicto social estaba servido. Invasiones de fincas, enfrentamientos, huelgas, cortes de árboles y robos constituyeron una imagen cotidiana en las tierras extremeñas. Los yunteros no quisieron esperar más a la lentitud legislativa del ejecutivo y se lanzaron a la ocupación de tierras para su roturación.

En Cáceres, el día 20 de marzo se habían alcanzado, según el Instituto de Reforma Agraria, un total de 16 649 asentados en una superficie de

103 981 fanegas. Las ocupaciones se repartían por 95 pueblos, habiendo sido intervenidas para ese fin 704 fincas. Ese mismo día, el gobierno aprobó un decreto por el que se autorizaba al Instituto de Reforma Agraria (IRA) a ocupar inmediatamente cualquier finca cuando lo considerase socialmente necesario, dando de esa forma un importante impulso a la reforma. Sin embargo, pese a la disposición gubernamental, los acontecimientos se precipitaron en otras provincias, como Badajoz. En el amanecer del día 25, movilizados por la organización socialista Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, más de 60 000 campesinos ocuparon 3000 fincas[35]. La noticia impresionó al gobierno, que ordenó al Ejército su desalojo. Tan pronto se marcharon las tropas, los campesinos volvieron a ocuparlas, no adoptando las autoridades más medidas por entender que las ocupaciones se ajustaban al decreto del 3 de marzo. En las provincias extremeñas se asentaron la mayor parte de los campesinos de toda España (71 por 100), aunque el fenómeno afectó a todos los territorios agrícolas, especialmente Andalucía y La Mancha.

Tabla 4
Asentamientos realizados durante el Frente Popular

Provincias	*Campesinos*	*Hectáreas*
Badajoz	49.809	125.331
Cáceres	31.388	113.446
Toledo	10.153	145.954
Ciudad Real	6.219	26.224
Córdoba	5.300	34.935
Salamanca	2.570	58.388
Sevilla	2.070	9.072
Huelva	1.849	7.701
Albacete	1.794	2.767
Cádiz	1.626	24.538
Jaén	693	8.271
Zaragoza	546	5.455
Granada	195	1.342
Madrid	81	808
Ávila	50	508
Total	114.343	573.190

Fuente: E. Malefakis: *Reforma agraria y revolución campesina*…, p. 433.

Los asentamientos campesinos y las huelgas fueron solo algunos de los componentes de la conflictividad social. Solamente con ellos es imposible comprender en su magnitud real la tensión social que tuvo que soportar el campo español durante la primavera y los primeros meses del verano de 1936. De igual manera que la victoria electoral del gobierno de centro derecha en 1933 había permitido a los propietarios tomarse el desquite sobre los trabajadores, la victoria del Frente Popular *autorizó* a los trabajadores a imponer su voluntad en la más completa impunidad. La diferencia principal radicó en que la existencia de organizaciones obreras rurales y la ambivalencia de los gobiernos centristas con anterioridad a la revolución de octubre habían facilitado la existencia de un período de transición antes de que pudiera establecerse el dominio total de los propietarios. En cambio, el clima experimentado por la vida rural en 1936 fue casi inmediato. Todos los excesos que habían empezado a aparecer al

final de la primera época del gobierno de Azaña se manifestaron ahora con mayor violencia[36]. Al gobierno del Frente Popular no le quedaba prácticamente otra alternativa que ceder ante un movimiento de protesta tan poderoso.

La izquierda, por su parte, reclamaba al gobierno del Frente Popular avanzar más en la reforma agraria y en el conjunto de reformas sociales. El anarquismo era la fuerza más crítica con el régimen. La documentación de la CNT pone de manifiesto el estado de revolución permanente en el que actuaban[37]. A los numerosos conflictos obreros y convocatorias de huelgas ya conocidos en estos meses se sumaba su crítica abierta hacia el régimen y, por supuesto, su distanciamiento con el gobierno del Frente Popular. Públicamente no cesaba de solicitar la *acción directa* frente a la moderación de la izquierda gobernante. Así lo declaraba, por ejemplo, la CNT de Levante en un manifiesto firmado en Alcoy el 6 de julio de 1936 y dirigido a los sindicatos de la región y al proletariado: «Ahora más que nunca, en este concierto de laudos, jurados Mixtos, comisiones paritarias, imposiciones gubernamentales, etc., con que se nos quiere mediatizar, proclamamos a los cuatro vientos la acción directa de la Confederación Nacional del Trabajo, colocados en esta línea de combate, los trabajadores de la CNT no debemos retroceder ni un paso, que retroceda quien no tenga razón ni vergüenza, pero los obreros de la CNT tenemos mucho de ambas cualidades, firmes en nuestros puestos».

Las amenazas a la República burguesa eran continuas. Por ejemplo, pueden verse en el manifiesto impreso lanzado a la opinión pública en junio de 1936 por la Confederación Regional Galaica CNT-AIT:

> Vosotros representáis el estado político-burgués y por tanto no puede ni debe sorprenderos nuestra franca lucha contra todos los modismos políticos. Seguimos nuestra trayectoria. ¡Lo sabéis bien!
>
> Vosotros sois el último puntal de la democracia burguesa y nosotros habremos de tratar de derrumbaros lo antes posible.
>
> Queremos vivir libres. Queremos que los derechos sean idénticos a los deberes. Que el trabajo sea el único timbre de honor

> de los humanos. Deseamos plenitud de vida, justicia social y fraternidad.
>
> Vosotros, como políticos, detenéis la marcha de los productores hacia ese fin y en la lucha os portáis al tenor de todos los gobernantes. Sufrimos de vosotros, así como de las derechas, la persecución, masacres, encarcelamientos, etc., y pretender haceros desaparecer, está justificado y es lógico[38].

La CNT temía más a las autoridades republicanas y a sus allegados que a los militares, de los que conocía sus intenciones, como se manifestaba en un escrito del secretario del Comité Regional de la CNT de Cataluña de fecha 7 de julio dirigido al Comité Nacional en Madrid: «coincidimos en que no tiene muchas garantías de salir airosa una tentativa de golpe de Estado. Hay más peligro aun por el ala democrático-burguesa de Prieto-Azaña y comparsas»[39].

A la estrategia del anarquismo se aliaron algunas formaciones del propio Frente Popular. El gobierno se vio constante y públicamente retado por las propias formaciones aliadas de las elecciones. En la calle se mascaba la revolución. Las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, de carácter comunista, con más de 4000 integrantes según su responsable, Juan Modesto, participaron en actos de sabotaje, huelgas, vigilancia, interrogatorios, mientras reclamaban armas a las autoridades. Constituían un grupo paramilitar que acudió a mítines y actos políticos como una especie de *guardia pretoriana*.

En Ciudad Real, por ejemplo, las milicias comunistas y socialistas no se mostraban nada recatadas, por lo menos a la hora de aparecer en actos propagandísticos como la concentración que celebraron en la plaza de toros de la capital el 21 de junio: «Las milicias uniformadas —informaba la prensa— en número de unos mil quinientos, desfilaron desde el Parque a la Plaza de Toros y luego a la salida cantando “La Internacional” y el himno “Joven guardia”. Daban gritos de UHP, “Fascio, no; comunismo, sí” y pedían el gobierno obrero y campesino. Formaban en la manifestación unos treinta pueblos con sus banderas, viéndose algunas muchachas. Iba primero la juventud comunista de la capital, con las camisas azules, y después la

socialista, con camisas rojas. La representación de Almadén era de las más numerosas»[40]. Para muchos, incluso de izquierdas, este tipo de manifestaciones era el preludio de la revolución: «No, no se hagan ilusiones las clases acomodadas, las clases patronales, porque ya no habrá quien detenga la revolución que con movimiento acelerado se acerca», escribía un semanario de Izquierda Republicana de Valdepeñas (Ciudad Real).

Tabla 5

La concentración marxista-leninista del domingo en Ciudad Real (junio de 1936)

El acto del domingo fue eso, claridad, luz, esperanza de un día luminoso que se acerca deslumbrando a las mentes tenebrosas y atrasadas, que no conciben desde sus ancestrales prejuicios, que la vida camina, que la vida no puede detenerse porque algunos quieren vivirla a estilo Luis XVI. Piensen, pues, que ya pasaron para no volver aquellos privilegios que absurdamente disfrutaban los menos con el perjuicio de los más.

No, no se hagan ilusiones las clases acomodadas, las clases patronales, porque ya no habrá quien detenga la revolución que con movimiento acelerado se acerca. Quien pretenda oponerse a su marcha será aplastado de manera fulminante sin que nada valgan las plañideras voces de los eternos seres que, en el fango de una sociedad podrida, pretenden erigirse en vestales de un templo que se derrumba estrepitosamente.

Hay unas fuerzas ya completamente preparadas para ir sentando los cimientos del más grandioso de los templos: el Templo del Trabajo.

Las milicias comunistas y socialistas que con marchosería andaluza y férrea pujanza vasca fundidas por el sol Manchego desfilaron el domingo por la Plaza de Toros y calles de Ciudad Real, dicen, bien a las claras, que la juventud española no se dejará engañar por falsos apóstoles que quieran desviarla del camino que se propone recorrer. Que viven ya una vida llena de pujanza y de valoración física y espiritual que no se podrá torcer por las enseñanzas arcaicas que los privilegiados de la fortuna quisieran infiltrarlas.

Fuente: *Orientación. Semanario de Izquierda Republicana*, Valdepeñas.

En Segovia, el 7 de junio se celebró en el campo de fútbol del Racing Club, enclavado a las afueras de la ciudad, una concentración de las juventudes marxistas de toda la provincia. Además de los discursos se hizo una demostración típica de las escenificaciones de la época formando los jóvenes una estrella de cinco puntas en el centro del campo. Al finalizar el acto desfilaron desde el campo hasta la Plaza Mayor, según la prensa, en número de 5000. Marchaban en disposición alterna un joven comunista (con camisa azul que llevaba cosidas la hoz y el martillo y las siglas JC) y un joven socialista (con camisa roja y las siglas JS)[41].

Una de las concentraciones más numerosas del momento fue la de Sevilla. El 23 de abril se celebró en la plaza de toros de la Real Maestranza una concentración y desfile de las milicias antifascistas, con más de 35 000 participantes[42]. El acto acabó con la intervención del alcalde de la ciudad.

El Sindicato Obrero de Oviedo iba más allá. El 1.º de mayo de 1936 elevaba al gobierno una serie de conclusiones leídas al finalizar la manifestación del Día del Trabajo. En ellas pedían, entre otras acciones, declarar fuera de la ley todas las organizaciones y sindicatos que no fueran republicanos, marxistas y de la CNT, nacionalización de industria y banca, disolución de los Cuerpos de Asalto y Guardia Civil y creación de milicias de obreros y campesinos, confiscación bienes de la Iglesia, etc[43]. Todo un reto y toda una invitación a la implantación de la dictadura del proletariado siguiendo el modelo soviético.

Tabla 6
Reivindicaciones obreras en Oviedo el 1.º de mayo de 1936

1.º Castigo para los culpables de la represión de Octubre. 2.º Indemnización huérfanos, viudas y damnificados de Octubre. 3.º Destitución Jefes y Oficiales Ejército, enemigos Régimen. 4.º Disolución Cuerpos de Asalto, Guardia Civil. 5.º Creación milicias de obreros y campesinos. 6.º Subsidio parados por Ayuntamientos y Estado. 7.º Desmilitarización obreros fábricas militares. 8.º Legalización Sindicato Comunicaciones. 9.º Restablecimiento Ley Bases para empleados Comunicaciones. 10.º Reconstrucción por el Estado Centros obreros destruidos Octubre. 11.º Reconocimiento oficial URSS. 12.º Declarar fuera de la Ley todas las organizaciones y sindicatos que no sean republicanos, marxistas y de la CNT. 13.º Anulación legislación adoptada ministros bienio negro, especialmente Leyes de Orden público y maleantes. 14.º Separación Iglesia y el Estado, con confiscación bienes de la misma. 15.º Aceleramiento Reforma agraria mediante confiscación, sin indemnización, tierras de la nobleza y grandes terratenientes y su reparto entre campesinos pobres. 16.º Libertad inmediata todos los militares condenados por participación movimiento Octubre por sus ideas republicanas. 17.º Reducción jornada para que sea de treinta y seis horas. 18.º Nacionalización gran industria y Bancos. 19.º Lucha Internacional contra la guerra y el fascio. 20.º Exigencia libertad de Thaelman, Grammci, Rakosi y todas las víctimas represión fascista. 21.º Destrucción ficheros policíacos hechos durante represión Octubre. 22.º Construcción viviendas urbanas y rurales. 23.º Acceso Juventudes aulas universitarias. 24.º Establecimiento Centro Obrero en las industrias. 25.º Establecimiento escuelas y cantinas escolares barriadas obreras.

Fuente: Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Leg. 2377.2, Carpeta 85.

No faltaron tampoco las amenazas públicas contra algunas de las instituciones del Estado, como el Banco de España, centro de las iras del Sindicato de Trabajadores de Banca y Bolsa, perteneciente a la UGT. A finales de marzo del 36 hacía público un manifiesto dirigido a los trabajadores y a la opinión pública en general titulado «El enemigo público núm. 1 del Frente Popular»[44], en el que acusaba al Banco de España de

mantener la estructura de consejeros y subgobernadores del régimen monárquico, «financiadores del 10 de agosto y enemigos del pueblo», favorecedores de los escándalos financieros del gobierno Lerroux, y de llevar a cabo una política antisindical con los represaliados por ideas políticas o actividades sindicales a partir de octubre del 34.

La sociedad española parecía ya tremendamente dividida y sin apenas posibilidad de reconciliación. Casi todos los españoles eran conscientes de que algo iba a suceder, que se estaban viviendo momentos trascendentales: «cuando cada minuto y cada hora parecen vísperas de algún acontecimiento importante», decía en una frase significativa un líder del Partido Radical en carta fechada en Barcelona el 20 de abril de 1936[45].

El ambiente de crispación, odio y rencor era público y notorio, y serían innumerables los ejemplos y anécdotas al respecto. En Jerez (Cádiz), el 14 de abril fue detenido el teniente de Intendencia con destino en el Depósito don Pedro del Castillo por llevar un arma. El comandante militar, Salvador de Arizón, fue al Ayuntamiento a hablar con el alcalde para solicitar su liberación: «Lo hemos detenido por llevar una pistola, que nadie debe llevar —le replicó la máxima autoridad municipal—. ¿A que V. no la lleva? No señor, no llevo una, llevo dos, una en cada bolsillo, mírelas. Como V. comprenderá no estoy dispuesto a que en la calle me puedan insultar —contestó el jefe militar»[46].

En Arenas de San Juan, pequeña localidad manchega, resulta significativa una carta de un vecino al presidente de la Agrupación Local Socialista en la que describe esta situación como algo normal y habitual: «Otra cosa de lo que ha sucedido es que a Juanillo lo han procesado porque uno le hizo el saludo del fascio y lo tiró al río, aquí todo el mundo va con el puño en alto. El Sr. Delegado dice que eso es provocar, ahora que aquí no se asusta nadie, al revés hay que sujetarlos»[47]. En esta localidad, no casualmente, se dio el alzamiento más violento de toda la provincia de Ciudad Real, el 23 de julio, con más de cuarenta muertos.

En La Nava de Santiago (Badajoz) en los primeros días del mes de mayo el maestro de la Escuela n.º 2 de niños se encontró en su clase con unos cuantos chicos adornados con lazos rojos colocados sobre las prendas de vestir. A requerimientos del maestro, los niños entregaron los lazos, que

fueron depositados en un armario de la escuela. Al día siguiente aumentó el número de niños con los lazos rojos. El maestro les dejó castigados al final de la jornada. Los padres fueron encrespados a por él, mientras las madres se concentraban en la plaza. El maestro contestó a los primeros que la escuela era un templo, el templo del saber, y que no admitía intromisiones ni sugerencias políticas de nadie. Tras la mediación del secretario del Ayuntamiento, los padres se marcharon bajo continuas amenazas. Pocos días después, en las fiestas patronales de Santa Quiteria, cuando los fieles salían de la ceremonia religiosa, fueron recibidos con piedras y palos al grito de «Mueran los curas, abajo la Iglesia, viva la Nelken y el comunismo libertario». Tuvo que intervenir la Guardia Civil para calmar los ánimos[48].

En el mes de abril el gobernador civil de Jaén notificaba al ministro de Gobernación el enfrentamiento armado ocurrido en Siles a partir del intento de las jóvenes del pueblo de expulsar a las criadas forasteras ante «el boicoteo de que las hacen víctimas las señoras pudientes, que de común acuerdo no admiten a su servicio hijas de la localidad, en represalia a votar por el Frente Popular»[49].

Los partidos republicanos se quedaron solos, atacados constantemente por la derecha y por la izquierda. Los pocos apoyos que tuvieron resultaban escasamente representativos y eficaces para el momento, como eran los de las minorías políticas y los de las potencias extranjeras, respectivamente. A mediados de mayo, la minoría solicitaba en las Cortes un armisticio entre la derecha y la izquierda ante la problemática social. Así lo hacía el diputado por el Partido Mesócrata José Acuña y Gómez de la Torre:

> Este silencio parlamentario podía traducirse en algo que me parece muy oportuno en estos momentos, porque estamos, no haya porque negarlo, en plena guerra civil; una guerra civil relativamente incruenta, mansa, pequeñita, pero una guerra civil, y en una guerra civil, como en todas las luchas humanas y en todas las guerras, cabe el armisticio. Por eso yo aconsejo a los señores de la derecha y a los señores de la izquierda que pacten un armisticio[50].

Esta situación prerrevolucionaria y de división social era vista con expectación por las cancillerías extranjeras, que mostraban continuamente su preocupación por los acontecimientos españoles y por los intereses de sus compañías. El 25 de marzo de 1936, el embajador británico en Madrid hablaba de que «Las condiciones generales en España son muy similares a aquellas de la Rusia anterior a la revolución bolchevique». Avisaba, además, de la intranquilidad del Ejército ante el desorden público, pero no creía que pudieran provocar un conflicto militar[51].

La diplomacia británica estaba asustada por las actividades del comunismo. Por un lado, inquietaba el incremento de las fuerzas paramilitares, como en Málaga, donde el cónsul hablaba en mayo del 36 de la formación de la «policía roja», con armas y «actividades de naturaleza terrorista»[52]. Por otro, la salida desde el mes de abril de comunistas de los más extremistas y violentos, que participaron en la revolución de octubre del 34, a Moscú y su posterior regreso a España una vez adiestrados en las técnicas subversivas. Los informadores británicos calcularon que 757 comunistas fueron y vinieron entre abril y septiembre de 1936. Antes de partir de Moscú «tuvieron que jurar permanecer siempre fieles a Stalin y a la causa de revolución mundial»[53].

Con todo, la diplomacia británica pensaba que la única salida posible era seguir confiando en el gobierno de Azaña («parece ser la mejor solución en una difícil situación») y en su propia persona («hombre de juicio sano y de habilidad administrativa, opuesto al desorden civil»). En un memorándum del 27 de marzo de 1936 el embajador abogaba por la necesidad de que la derecha abandonara su postura intransigente y cooperara con el ejecutivo[54].

El 12 de junio el cónsul de Barcelona alertaba a su ministro de Asuntos Extranjeros sobre el estado de caos que había en el país, no conocido internamente en toda su magnitud debido a la censura de prensa, que bien podría conducir a una guerra civil por la división social entre bolchevismo y fascismo[55]. El 23 de junio, la embajada en España alertaba al Ministerio británico de Asuntos Exteriores sobre el deterioro progresivo de la situación del país desde las elecciones de febrero, aunque seguían sin ver la capacidad del Ejército para solucionar el desorden, dada la falta de

liderazgo. Tras el asesinato de Calvo Sotelo —decían— ya cualquier cosa podía pasar…[56]

El embajador francés también estaba asustado por la situación española, a la que el 11 de junio de 1936 calificaba como de «situación revolucionaria»[57]. Al gobierno del Frente Popular francés le asustaban, sobre todo, las intenciones de Largo Caballero en cuanto a su política de unificación del proletariado.

No solo la situación social se deterioraba día a día. También la política. El Congreso mostraba en sus sesiones periódicas el enfrentamiento abierto entre las distintas formaciones políticas. Los discursos eran cada vez más subidos de tono. Los pitidos, silbidos y faltas de respeto eran frecuentes entre sus señorías. Las interrupciones, continuas. Tampoco faltaron los insultos.

El 19 de mayo, Casares Quiroga presentaba en el Congreso su programa de gobierno, tras relevar a Manuel Azaña al frente del ejecutivo por asumir este la presidencia de la República. En él alertaba de que, al cabo de cinco años, la República necesitaba todavía defenderse de sus enemigos y tomar precauciones contra ellos. Tanto por la derecha como por la izquierda. La República se hará respetar o temer, dijo con claridad en su intervención parlamentaria. A los primeros les enviaba la siguiente advertencia:

> Yo decía, Sres. Diputados, hace unas semanas, ocupando el puesto de Ministro de la Gobernación, que no estaba en aquel cargo dispuesto a tolerar una guerra civil en España. Lo reitero ahora; pero digo que cuando se trata del fascismo, cuando se trata de implantar en España un sistema que va contra la República democrática y contra todas aquellas conquistas que hemos realizado en compañía del proletariado, ¡ah!, yo no sé permanecer al margen de esas luchas y os manifiesto, señores del Frente Popular, que contra el fascismo el Gobierno es beligerante[58].

A las masas republicanas y proletarias de izquierda les advertía que no iba a consentir coacciones ni amenazas en forma de huelgas políticas fuera de la ley, incautaciones que no pueden ser permitidas o «actos de violencia

que sean un trágala al Gobierno o una coacción en todo caso … En suma, señores, hay que hacer sacrificios, y yo, que he venido aquí realizando uno personal, creo tengo algún derecho a pedírselo a los demás. No os invito a una fiesta; esta es hora de sacrificios para nuestro país»[59]. Después de varias intervenciones, entre ellas de Gil Robles, Calvo Sotelo tomó la palabra para criticar el programa de Casares Quiroga, tanto por lo dicho como por lo no dicho. No aceptó su amenaza o advertencia, exigiendo el cumplimiento de la ley[60].

En el debate sobre bienes comunales, el 1 de julio, algunos diputados del Frente Popular acusaron a Calvo Sotelo de apología del fascismo, tras comparar la situación del campo en España en 1936 con la de Italia en 1920 y lanzar las siguientes palabras como final de su intervención, en las que mostraba su desprecio hacia los partidos políticos, lo que provocó la indignación de la Cámara:

> Pues bien: yo digo a los agricultores españoles, especialmente a la pequeña y media burguesía rural, y a los arrendatarios, y a los cultivadores de la tierra, que hoy ven ensombrecido su horizonte por falta absoluta de fijeza en la situación presente y de seguridad en la situación del porvenir; yo les digo que su remedio no está en este Parlamento, ni en otro que como este se elija, ni en el Gobierno actual, ni en otro Gobierno que el Frente Popular forjase, ni en el Frente Popular mismo, ni en los partidos políticos … que son cofradías cloróticas de contertulios[61].

Esta última frase sonó no solo como su sentencia de muerte, que lo sería, sino como la de muchos españoles que se vieron pocos días después inmersos en una cruenta guerra civil.

3

La conspiración contra la República

3.1. Los militares entran en contacto. Primeras tentativas

> En fin, mi general, aquí me tienes a tus órdenes cada día más inflado, trabajando con más gusto y viendo que las luchas y contrariedades sirven para seleccionar a los hombres; que esta selección se tendrá que hacer porque todos se irán dando cuenta de quiénes son los acomodaticios, los flojos, los vividores, y quiénes son los que ponen por encima de su bienestar y de sus conveniencias el cumplimiento del deber por duro que sea… [Carta de Yagüe a Franco de 25 de marzo de 1936][1].

Los estudios más recientes sobre la conspiración no la ven como un proceso único y bien formado, sino como un fruto de varias conspiraciones paralelas que dieron como resultado un final único muy debilitado. Para Julio Aróstegui[2], a partir de abril de 1936 hubo dos claras líneas conspirativas, que solo en el momento del alzamiento llegaron verdaderamente a fundirse

para la acción: la primera se aglutinaba en torno a los generales Mola (jefe de la Comandancia Militar de Navarra, con sede en Pamplona) y Sanjurjo (residente en Estoril) y estaba integrada en un principio, fundamentalmente, por militares retirados. El líder de la segunda era Franco, indudablemente el general con más prestigio del momento, que consiguió aglutinar a generales, jefes y oficiales con mando efectivo. La conspiración de Mola fue más pública que la de Franco, consiguiendo hacerse cada vez con más generales en actividad tanto por los efectos de esa publicidad como al convencerse él y Sanjurjo de que los únicos que tenían posibilidad de sacar a los soldados a la calle eran los generales con mando de tropa. Franco permaneció a la expectativa en Canarias, siendo clara su resolución solamente a partir del asesinato de Calvo Sotelo. Enrique Sacanell[3] habla de hasta cuatro procesos conspirativos. Antes de mediados de mayo de 1936 existían cuatro proyectos insurreccionales plenamente documentados: el que encabezaba Mola bajo la dirección de Sanjurjo, el de la Junta de Generales bajo la jefatura provisional de Villegas, el que tramaba Queipo de Llano tras el cese de su suegro como presidente de la República y el que elaboraba la Junta Suprema Militar de la Comunión, que ofrecería a Sanjurjo ser la cabeza militar de sus requetés. El primero fue el que resultó triunfante.

A pesar de la opinión de la reciente historiografía, la conspiración fue una sola aunque en distintas etapas. La evolución la hizo cambiar, crecer y madurar. Fue meticulosamente preparada y estudiada, lo que permitió presentarse en julio de 1936 con una fuerte organización, aunque con algunos errores como no podía ser menos en una trama tan amplia y que se pretendía secreta.

La conspiración contra el gobierno del Frente Popular comenzó antes incluso de las elecciones que le dieron el triunfo. El punto de partida fue una reunión celebrada en Madrid, en el domicilio del general Barrera, en el mes de enero de 1936. Acudieron los generales González Carrasco, Fernández Pérez, Orgaz, Villegas y Ponte. Asistió también la Junta Suprema de la UME y algunos delegados de provincias. En previsión de la victoria de la izquierda, se acordó la ejecución del movimiento para el momento de las elecciones. En otras reuniones celebradas en días

posteriores se decidió realizarlo el miércoles posterior a las mismas. El general Goded, director de la trama, decidió su suspensión pocos días antes, cuando ya algunos generales estaban en su misión de destino, como González Carrasco, que se enteró en Barcelona[4]. La sublevación no estaba madura y su fracaso parecía asegurado. Pero el germen quedó formado y listo para continuar.

Los primeros pasos de la definitiva conspiración militar contra la República que provocó el golpe de Estado de julio de 1936 se dieron a los pocos días de tomar posesión el nuevo gobierno del Frente Popular. Los generales Goded, Rodríguez del Barrio y Varela fueron las piezas clave del inicio del movimiento conspirativo, estimulado tras el traslado del primero, Franco y Mola, entre otros, fuera de Madrid. Con fecha 21 de febrero, Franco fue destituido como jefe del Estado Mayor del Ejército —nombrado por Gil Robles como ministro de la Guerra— y enviado a Canarias como comandante militar. Fanjul, también destituido, recibe destino en Madrid. Goded, inspector general del Ejército, es nombrado comandante militar de las Baleares. Y Mola, destituido como jefe de las fuerzas militares de Marruecos, es destinado a la Comandancia General de Pamplona, dependiente de la región militar con sede en Zaragoza.

Los ánimos estaban encendidos entre los trasladados. Tanto es así que, según el testimonio del ayudante de Goded[5], al día siguiente de ser destinado a Baleares este fue al cuartel de la Montaña con ánimo de lanzarse a la calle al frente de los regimientos que allí había, pero tuvo que desistir del propósito ante la oposición de los respectivos coroneles, quienes convencieron al general de abandonar una temeridad condenada al fracaso. En el mismo sentido se manifestaría uno de los presentes, el comandante Arsenio Fernández Serrano, destinado en el mencionado cuartel, quien el 17 de febrero acompañó al general Goded a la reunión que mantuvo con los jefes de las tres unidades de guarnición en el cuartel, el coronel del Regimiento de Infantería n.º 4 González Celaya, el coronel del Regimiento de Zapadores García Pruneda y el comandante del Grupo de Alumbrado Marías Marco para llevar a cabo con carácter inminente un levantamiento militar. El comandante Fernández Serrano ofreció una Compañía de Infantería y unos tanques de Artillería preparados para salir en el acto.

Goded salió decepcionado ante la negativa de los jefes militares, expresando su disconformidad con el acuerdo tomado, diciendo al declarante: «Ahora se ganaría. Después costará mucha sangre, y quien sabe el resultado»[6].

La reunión clave, promovida por el general Mola y auspiciada por la UME, tuvo lugar en Madrid el 8 de marzo en casa de José Delgado, agente de Bolsa y militante de la CEDA, situada en la calle General Arrando, número 19, horas antes de la marcha hacia Canarias del general Franco. Acudieron Mola, Franco, Rodríguez del Barrio, Fanjul, Varela, Orgaz, Ponte, Villegas, Saliquet, González Carrasco y Kindelán. También el teniente coronel Galarza, en representación de la UME. Se procedió a nombrar una junta formada por varios de estos generales, sobre todo los residentes en Madrid (Rodríguez del Barrio, Fanjul, Varela, Orgaz, Villegas, Saliquet, González Carrasco, Kindelán y García de la Herrán) y, como jefe, se designó a Sanjurjo. Este era uno de los generales más condecorados de la historia de España. Como general de división dirigió el desembarco de Alhucemas, primera operación anfibia de la historia llevada a cabo con éxito. Había sido alto comisario de España en Marruecos, director general de la Guardia Civil y del Cuerpo de Carabineros. Por su intentona militar de 1932 fue condenado a muerte. Azaña aceptó conmutarle la pena capital por la cadena perpetua. Posteriormente las Cortes le amnistiaron. Residía en Estoril (Portugal), donde se encontraba exiliado[7].

Según fuentes próximas a Sanjurjo, este se negó a aceptar la jefatura de Franco receloso de él y de su entorno, tal vez, entre otras causas, por no haberse sumado a su golpe militar de agosto de 1932[8]. La versión del propio Franco resulta bien distinta:

> A mí me propusieron ser quien dirigiese el Movimiento, pero no acepté, pues estaba seguro que el general Goded no me obedecería con agrado, ya que le había notado una actitud muy especial cuando desempeñé el cargo de jefe del Estado Mayor Central. Prefiero, dije, que el jefe del Movimiento sea el teniente general Sanjurjo, pues por su mayor categoría y prestigio militar, su jefatura será reconocida por todos los generales, y por su carácter modesto y sencillo se

dejará aconsejar en todo lo que redunde en bien del triunfo del Alzamiento[9].

Rodríguez del Barrio, inspector general del Ejército, quedó como responsable en representación de Sanjurjo, y a su lado Valentín Galarza actuaría como jefe de Estado Mayor. Después de cinco horas de debate solo se llegaron a dos conclusiones, expuestas con energía por el general Franco: que el movimiento solo se desencadenase en el caso de que las circunstancias lo hiciesen absolutamente necesario y que tal movimiento sería exclusivamente por España, sin ninguna etiqueta determinada, sin denominación política. También se debatió sobre las tácticas posibles (sublevación en Madrid y extensión a todas las provincias o sublevación en provincias para converger sobre la capital), pero no se llegó a acuerdo[10].

Esta reunión resultó trascendental para el futuro inmediato de la conspiración, sobre todo teniendo en cuenta que su resultado fue muy distinto al planeado por el alma de la misma hasta entonces, Galarza. Pocos días antes de la citada reunión, el general Sanjurjo recibía una carta del *técnico* Galarza en la que le exponía sus temores sobre la persona de Rodríguez del Barrio. Para él, siempre había pretendido ser el jefe, pero en los momentos decisivos, cuando en dos o tres ocasiones todo estaba preparado para la sublevación, se había echado atrás y nada hizo, «como no fuera el manchar a los demás achacándoles la misma carencia de facultades de que él adolece y ha evidenciado una y otra vez». En cambio opinaba que Franco, también indeciso años antes, tenía ahora verdadera decisión, no importando que estuvieran fuera del centro. Galarza terminaba recomendando a Sanjurjo que no delegara el mando en ningún general, pues lo debería asumir él, y que nombrara un comité formado por Villegas, Varela y Orgaz con un jefe de Estado Mayor para organizar todos los preparativos necesarios para el golpe. Además, recomendaba que en el momento preciso del mismo, si Sanjurjo no estuviera presente en España, como era previsible, fuera Franco, al que denominaba cariñosamente «el pequeño que está fuera», el jefe de la sublevación[11].

Al día siguiente de la reunión, un automóvil con dos ocupantes paró de noche ante la casa del general Franco: era el general Varela, que en el coche

del diputado señor Delgado, y conducido por este, recogía a Francisco Franco. Dentro del vehículo ambos generales concretaron los últimos pormenores de la preparación del movimiento, antes de salir Franco para Canarias. Parece ser que las últimas palabras de este al marcharse fueron: «Se me aparta de aquí, pero os juro que volveré en cuanto las circunstancias exijan mi presencia, para el bien de España»[12].

Los generales de Madrid se reunieron en varias ocasiones para preparar el movimiento. Se organizaron juntas regionales, designando las Divisiones de que cada uno debía hacerse cargo, y se formaron dos planes: uno considerar Madrid como fundamental y África como secundaria y otro a la inversa, quedando Madrid como objetivo, preparándose desde África la marcha sobre Madrid[13].

No solo se trabajaba en Madrid. Mola, desde Pamplona, dio un gran impulso a la conspiración. Mola llegó a la capital navarra la noche del 14 de marzo. «El Gral. se entregó de lleno a la redacción de instrucciones, claves, normas, prevenciones, organización de columnas, itinerarios, objetivos de estas, estando constantemente enlazado por cifrados con el Teniente Coronel D. Valentín Galarza, residente en Madrid y Jefe de E. M. del Movimiento», según testimonio de su ayudante[14]. Para este, uno de los principales colaboradores de Mola, desde la distancia, era el general Franco, con quien se relacionaba por escritos cifrados por medio del teniente coronel Galarza; del teniente coronel de Sanidad Militar Luis Gabarda Sitgar, residente en Santa Cruz de Tenerife, donde tenía montada una clínica de gran reputación médica; y de un tal Castilla de Pamplona y del comandante de Infantería retirado Sergio Arteche Ros, amigo íntimo del general Mola. El enlace en Madrid del general Franco era Ramón Serrano Suñer.

El general Francisco Franco no había participado en la Sanjurjada de 1932, entre otros motivos por creer que todavía no era el momento, debido a que el pueblo estaba aún ilusionado con el régimen, y por ver la acción poco conjuntada[15]. Pero en marzo de 1936 ya no tuvo duda: «Yo siempre fui partidario del movimiento militar, pues comprendía que había llegado la hora de salvar a España del caos en que se hallaba con los socialistas y todas las fuerzas de izquierdas, que unidos marchaban decididamente a

proclamar una dictadura del proletariado, como sin reserva alguna proclamaba Largo Caballero en sus mítines y en la prensa, y sobre todo en el Parlamento»[16].

Según el testimonio del teniente coronel de Caballería Juan José Alfaro Lucio[17], que en 1936 ejercía el mando del Establecimiento de Cría Caballar y remonta de Marruecos en Larache y luego fue el responsable del alzamiento en esta ciudad, en mayo de 1936 asistió en Madrid a la Asamblea del Arma que trataba sobre asuntos de Socorros Mutuos y del Colegio de Huérfanos en representación de todos los oficiales de Caballería destinados en Marruecos. Allí tuvo conocimiento de la conspiración por el capitán José Navarro Morenés, quien después de la guerra sería ayudante del Generalísimo. Marchó a Pamplona y el general Mola le ordenó dirigirse a Franco.

Otro testimonio en el mismo sentido de implicación de Franco es nada menos que el del responsable de la UME, comandante Barba, quien unos meses antes del alzamiento fue destinado forzoso a Tenerife, al sospechar las autoridades de su implicación en la conspiración. En Santa Cruz de Tenerife tuvo ocasión de hablar con el general Francisco Franco «de todas estas cuestiones»[18]. Días antes de la fecha señalada fue trasladado a Valencia, donde participó activamente en la conspiración.

Si los propios protagonistas de la conspiración confirman la participación activa del general Franco desde el principio, no parece tener mucho fundamento la opinión de algunos especialistas, para los que Franco se sumó a la misma a partir del asesinato de Calvo Sotelo, constituyendo esta su principal consecuencia. Franco permaneció a la expectativa en Canarias, siendo clara su resolución solamente a partir del asesinato de Calvo Sotelo, opina el profesor Aróstegui[19]. Para Sacanell[20], cuya mayor aportación la realiza a través de la documentación inédita del archivo del general Sanjurjo, Franco se sumó al alzamiento en los últimos momentos: «Cuando el 23 de junio dirija su carta a Casares, no habrá descartado siquiera la idea de mantenerse fiel al Gobierno de la República. Mola le enviaría, a lo largo del mes de junio, cuatro mensajes, obteniendo la callada por respuesta. No extrañe a nadie, pues, que sus compañeros de conspiración le llamasen *Miss Canarias*, por lo mucho que se dejaba

cortejar. Cuando por fin se decida a subir al Dragon Rapide tras cortarse el bigote para no ser reconocido, Queipo comentará: *Ese bigote es lo único que Franco ha sacrificado por el alzamiento*». Gabriel Cardona[21] va todavía más allá. Parece que la sublevación surgió casi al azar y que Franco pasaba por allí de casualidad. Refiriéndose al alzamiento de Melilla el 17 de julio dice: «Como no tenían ningún general al frente, telegrafiaron a Francisco Franco, comandante general de Canarias, ofreciéndole el mando». Pío Moa[22] opina también que Franco solo se decidió a participar en la conspiración tras el asesinato de Calvo Sotelo, porque no lo creía bien organizado —se había planeado como una serie de acciones violentas, pero breves y resolutivas— y esperaba hasta el final un giro en la política del gobierno. Cuando se comprometió lo hizo con absoluta resolución. Para Tusell[23], Franco tuvo un papel escaso en la conjura militar. Estuvo en la reunión del 8 de marzo en Madrid pero después, a raíz de su marcha a Canarias, desapareció del centro de gravedad de la misma. Y no solo no participó en la organización de la conspiración, sino que para muchos de los conspiradores su decisión de sumarse fue una incógnita hasta el último momento. El 12 de julio remitió un mensaje en clave («Geografía poco extensa») que implicaba su no participación en la sublevación. La noticia fue recibida con irritación por Mola. Sólo el asesinato de Calvo Sotelo provocó la intervención del general Franco.

Quizás pudo pasar que Franco hiciera un doble juego, confirmando a unos y dando largas a otros, que todo es posible en una trama golpista. Según Paul Preston[24], Franco venía jugando un doble juego, como se apreciaba en la carta que el 23 de junio de 1936 escribió a Casares Quiroga. En ella insinuaba que el Ejército permanecería leal si se le trataba como era debido; aunque más bien parecía referirse a su situación personal: si Casares le asignaba el puesto adecuado, desbarataría el golpe. Mola lo sumó a última hora por su prestigio tanto en el Ejército de Marruecos como entre las clases altas y medias, por el papel que había tenido en la represión de las insurrecciones obreras de Asturias en 1917 y 1934.

Casi mes y medio después de la reunión de Madrid, la conspiración fijó la fecha del golpe militar. El día 17 de abril la Junta de Generales se reunió en el domicilio del general González Carrasco, decidiéndose llevar a cabo

el levantamiento tan solo tres días más tarde, el día 20, a las diez de la mañana[25]. La cabeza del mismo estaría en Madrid, donde, bajo la suprema dirección de Rodríguez del Barrio, los generales Varela y Orgaz se harían cargo, respectivamente, del Ministerio de la Guerra y de Capitanía. Villegas se alzaría en Zaragoza, Fanjul en Burgos, Ponte y Saliquet en Valladolid, Mola en Navarra, González Carrasco en Barcelona y Franco en África.

El sábado 18 de abril, pocas horas antes de la fecha señalada para el golpe, Rodríguez del Barrio decidió suspenderlo, tanto por la escasez de apoyos como por el conocimiento del gobierno de toda la trama por ciertas indiscreciones de la esposa del general[26], aunque ante el general Varela, a quien primero notificó el aplazamiento, alegó razones de carácter particular. El tiempo daba la razón a Galarza y a sus dudas sobre este personaje. «Varela intentó disuadirle, pero todo fue inútil. Llamadas urgentes a todas las provincias dando contraórdenes; indignación de muchos y lágrimas de requetés y falangistas, que veían defraudadas sus ilusiones»[27]. Posteriormente se comunicó la suspensión a todos los mandos comprometidos, unos presentes en la capital y otros en camino o situados ya en sus puestos de observación. El gobierno reaccionaría enviando desterrados a Orgaz y Varela a Canarias y Cádiz, respectivamente; destituyendo a Rodríguez del Barrio de la Inspección que ostentaba, y pasando a la situación de disponible a otros de los comprometidos.

El fracaso de Madrid significó el triunfo de Pamplona. Mola tomaba ahora las riendas de la conspiración en su tercera (y definitiva) etapa. Maíz, enlace de Mola, pone en boca del general estas palabras: «Ahora es cuando debemos y podemos encauzar el proyecto. Pero serenamente, sin precipitación alguna»[28].

3.2. La conspiración definitiva

> Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes, que aquel que no esté con nosotros está contra nosotros, y que como enemigo será tratado.

[General Mola, *Instrucción reservada n.º 5*, 20 de junio de 1936].

La conspiración siguió en marcha tras el 20 de abril, aunque con importantes cambios. El primero afectó a la dirección de la misma. Ausentes de Madrid los generales Varela y Orgaz, se procedió, «precisamente por esta causa, a un nuevo ajuste de mandos y misiones, recayendo la delegación del general Sanjurjo en el General Mola, por varias razones elegido, siendo la primera y principal la del lugar en que este ejercía el mando, tan favorables al Alzamiento»[29]. A finales de mayo, también en parte por esta misma razón de la facilidad de movimientos que tenía en Navarra, Sanjurjo designó al general Mola como «director», ante la imposibilidad que él tenía desde la distancia de implicarse en mayor medida en la conspiración y necesitarse en el territorio español un ejecutor más que un delegado, sobre todo para imponer autoridad en la organización y en la negociación[30]. Una de las primeras decisiones de Mola fue buscar la aprobación del general Franco, pues según manifestó a uno de sus colaboradores necesitaba de esta confirmación antes de lanzarse de lleno a su tarea. La obtuvo sin titubeos[31].

En Madrid quedaba como responsable un hombre considerado por él como indispensable: el teniente coronel Valentín Galarza, *El técnico* en boca de todos. Los generales Fanjul y Villegas sustituyeron en la capital de España a Orgaz y Varela, respectivamente, e ingresaron en la conspiración los generales Queipo de Llano y Cabanellas. Muchos de los conspiradores no tenían muy clara la adhesión de Gonzalo Queipo de Llano por dos razones: la primera, por estar emparentado, por la familia de su mujer, con Alcalá Zamora; la segunda, por haber estado implicado en el frustrado golpe militar de diciembre de 1930 con el que algunos republicanos, socialistas y militares de izquierda intentaron derrocar a Alfonso XIII. En 1931 había sido un ferviente partidario de la República.

Según el testimonio de Queipo[32], este venía entablando conversaciones con Mola desde finales de marzo. En abril comió con él en la venta de Irurzun, a veinte kilómetros de Pamplona en la carretera de San Sebastián. Se fijaron como primer objetivo sumar a la conspiración al general Cabanellas, jefe de la V División. Dada la amistad que unía a

Queipo con Cabanellas, este aceptó en el acto cuando le realizó la propuesta. En junio Queipo se hizo cargo de Sevilla porque allí la situación no estaba clara. El general García Escámez estuvo en la ciudad por encargo de Mola para pulsar el estado de ánimo de las fuerzas militares. «Las niñas bien, las encargadas mal», contestó con su impresión en mensaje cifrado al general Mola. Las primeras eran de comandante para abajo, las segundas los de empleo superior a comandante[33].

La trama conspirativa ganó en organización y empuje en manos de Mola, tanto por ser ya el único responsable como por su capacidad estratégica, puesta en duda por algunos especialistas sin razón[34]. Frente a la opinión muy generalizada de los historiadores de una conspiración débil e improvisada, los planes de Mola estaban bien meditados, mejor estudiados y muy trabajados[35]. El general Mola era un hombre meticuloso y estudioso en todos los detalles, como él mismo confesaría al marqués de Valdeiglesias, director de *La Época*, durante la conspiración: «Yo siempre los he cuidado todos, concluyó, y quizá por eso nunca me ha salido mal ninguna»[36], le dijo refiriéndose a su trayectoria militar y narrando sus operaciones en África. Según el testimonio de uno de sus más estrechos colaboradores, «Mola cuidaba los últimos detalles del plan con todo esmero. Sustituía y acoplaba. Repasaba cifras, claves y, una vez consultados, volvían los papeles a sus carpetas de origen. Movilizaba a sus enlaces a todas horas. Recibía y transmitía instrucciones de previsión»[37].

Mola dejó pocos cabos sueltos. Su conspiración no tenía nada que ver con las anteriores, como las de 1923, 1926, 1929 y 1932. Los errores, que los hubo, se debieron más a apetencias e intereses personales que a fallos estratégicos e improvisación del general. Y era consciente en todo momento de los apoyos con los que contaba, con los que nunca contaría y con los dudosos. El fundador de la UME, Bartolomé Barba, «Tenía listas en las que por observación de su conducta y de sus ideas, conocía en todos los regimientos de España y África quiénes eran enemigos, quiénes neutrales o indiferentes, quiénes eran afectos»[38].

Donde encontraba mayor predicamento era en los oficiales. El director de *La Época*, marqués de Valdeiglesias, estuvo al tanto de la conspiración desde sus primeros momentos. Acudió a una reunión de jóvenes oficiales en

casa de su amigo Bartolomé Barba, en la Red de San Luis, de Madrid. Asistieron unos quince o veinte militares. «Me quedé impresionado del grado de violencia verbal con que todos se expresaron», recordará el periodista[39]. Su ira se desataba no solo contra la República, sino contra todos los jefes superiores del Ejército, a los que no veían decididos.

La red y trama se extendían por todo el territorio español, en gran parte por el esfuerzo personal del general Mola, quien se entrevistó con la mayor parte de generales y jefes implicados. Según el informe de su ayudante, Mola entabló contactos y sumó a la conspiración a mandos de diversos territorios, provincias y ciudades, como Madrid, Vitoria, Burgos, Valladolid, La Coruña, Asturias, Logroño, Bilbao, Valencia, Barcelona, Islas Canarias, Islas Baleares, Zaragoza, Cádiz, Sevilla, Palencia, Salamanca, León, Zamora, Ávila, Toledo y Marruecos español. El resto lo dejó en manos de una amplia red de enlaces y colaboradores, principalmente oficiales de la UME. En muchos casos, se trataba de los mismos protagonistas de agosto de 1932.

El 29 de mayo, Mola tuvo su primer contacto oficial con el jefe nacional de Falange, José Antonio Primo de Rivera, a través del agente de enlace Rafael Garcerán, antiguo pasante del bufete de José Antonio. El líder falangista se encontraba detenido desde el 14 de marzo. Durante las semanas siguientes se cruzaron una serie de mensajes en los que hacía confidencias al general sobre personas y funcionamiento orgánico del partido. Como había hecho antes con la UME, José Antonio intentó imponer ciertas condiciones políticas a los militares, pero Mola las rechazó[40]. A pesar de ello, Primo de Rivera dio instrucciones a la Falange para que se pusiera a las órdenes de los dirigentes del movimiento.

La Comunión Tradicionalista se sumó a la conspiración «oficialmente» el 15 de julio, aunque desde mucho tiempo atrás en algunas provincias los carlistas venían colaborando estrechamente en la preparación con los militares. Los carlistas deseaban que la sublevación militar acabara en la liquidación de la República y la proclamación de Javier de Borbón como regente de España para, mediante un plebiscito popular, decidir luego cuál sería el futuro régimen. Las negociaciones fueron arduas hasta el final.

Tanto que el propio Mola el 9 de julio «se rendía», como reconocía en un escrito dirigido al responsable carlista:

> Muy señor mío y amigo: al recibir su carta de ayer he adquirido el convencimiento de que estamos perdiendo el tiempo. El precio que ustedes ponen para su colaboración no puede ser aceptado por nosotros. Al Ejército sólo le interesa la salvación de España; nada tiene que ver con la ambición de los partidos.
>
> … El tradicionalismo va a contribuir con su intransigencia de modo tan eficaz como el Frente Popular al desastre español. Allá ustedes con su responsabilidad histórica[41].

Sanjurjo y su intermediario, Varela, convencieron a Fal Conde, jefe de la Junta Carlista de Guerra, para dejar en suspenso la decisión del régimen hasta que no se lograra el primer objetivo: derrocar a la República. La mañana del 15 de julio el emisario de Mola llegaba a la localidad francesa de San Juan de Luz, donde Manuel Fal Conde le entregaba un documento firmado por él y por Javier de Borbón y Parma en el que esta formación política aceptaba el programa que les había enviado el general Sanjurjo unos días antes y se sumaba «con todas sus fuerzas en toda España al Movimiento Militar para la salvación de la Patria»[42].

Además de falangistas y carlistas, la conspiración contó con el apoyo humano y económico de formaciones como Renovación Española y la CEDA, aunque algunos, como el propio Franco, dijeran posteriormente que no se tuvo en cuenta a la CEDA para «no dar publicidad de nuestra actuación»[43]. Ambas formaciones colaboraron en la trama tanto con sus afiliados, como muestran buena cantidad de testimonios de militantes en la *Causa General*, como con dinero. Gil Robles así lo reconocía en una carta manuscrita dirigida al general Mola desde Lisboa en diciembre de 1936. Unas semanas antes del movimiento se presentaron en su domicilio de Madrid Francisco Herrera, Francisco Rodríguez y Carlos de Salamanca para decirle en nombre del general que hacían falta con urgencia 500 000 pesetas para los primeros gastos del movimiento, cantidad que fue dada al día siguiente por el líder cedista de un remanente del fondo electoral de

Acción Popular. El ayudante del general Mola diría posteriormente que no se utilizó tal cantidad[44], algo desmentido por su propio jefe, para quien en los días siguientes se sacaron unas 5000 pesetas para determinados gastos y «hasta el día del movimiento que retiré una cantidad bastante crecida con destino a las tropas que salieron en la tarde del 19 de Julio»[45].

También algunas organizaciones patronales contribuyeron económicamente al alzamiento. En el norte, varios militares se encargaron de pedir ayuda económica en los meses de abril y mayo a distintas sociedades. Fruto de esta solicitud, por ejemplo, el Consejo de la Unión Cerrajera de Mondragón decidió contribuir con 25 000 pesetas, «disfrazándolo como constitución de un fondo patronal», lo que un año después significó la condena de sus dirigentes por parte del Tribunal Popular de Bilbao[46].

No fueron las únicas fuerzas políticas comprometidas. En Valencia destacó el compromiso de Derecha Regional Valenciana. Más extraño resulta en algunos lugares, como en Ciudad Real, la implicación de algunos dirigentes de Unión Republicana, formación integrada en el Frente Popular. Las personas, en algunos casos, estaban por encima de las organizaciones políticas a las que representaban.

El plan de Mola se basaba en tres premisas básicas: el peso de la organización lo llevaba la UME, la conspiración debía mantener el máximo secreto posible y el establecimiento de varios modelos de conspiración y alzamiento que garantizase el triunfo. Mola confió la organización básicamente en la UME, por existir una «unión espiritual entre todos los oficiales, producto de la unidad de sentimiento», según el testimonio del comandante Bartolomé Barba[47]. También se contó con las asociaciones filiales de retirados y algunas organizaciones civiles de derechas. Según Barba, el plan intentaba ser lo más secreto posible, por conocer «la psicología humana, las pequeñas pasiones y los egoísmos terrenos». La consigna era no decir nada a los dudosos.

En todas las cabeceras de división se organizaron unas juntas más o menos numerosas, que a su vez se relacionaban con todas las guarniciones que estaban en su territorio. La Junta Militar estaba integrada por representantes de cada arma, cuerpo y demarcación. En cada provincia se

organizó otra junta, con representantes de las distintas guarniciones. Esta controló los apoyos con una amplia red de agentes y enlaces para cubrir todas las guarniciones, unidades militares, fuerzas de orden público y fuerzas civiles y políticas comprometidas. Todo estaba estudiado al detalle.

En Cataluña, por ejemplo, el alma de la conspiración era el capitán del Regimiento de Artillería de Montaña Luis López Varela, quien dirigía la UME regional. El 18 de mayo quedó constituida la Junta Militar de Defensa Nacional en una reunión a la que asistieron unos setenta militares, representantes de todos los regimientos de Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros, así como del Estado Mayor, Aviación, Intendencia, Carabineros, Parque de Artillería, Dependencias Militares, Guardia Nacional Republicana y fuerzas de Seguridad y Asalto[48].

Tabla 7
Junta Militar de Cataluña

— Presidente:
Francisco Isarre, teniente coronel de Intendencia.
— Secretario:
Martínez Lange, capitán Jurídico.
— Miembros:
Emilio Pujol, coronel de Intendencia.
Francisco Mut, comandante de E. M.
Agustín Recas, comandante de la Guardia Civil.
Luis López Varela, capitán de Artillería.
Luis Oller, comandante de Infantería.
José García Valenzuela, capitán de Caballería.
— Enlaces con las guarniciones de Lérida, Gerona, Tarragona, Manresa, Mataró y Figueras:
Rafael Sanz, coronel de Infantería.
Antonio Alcubilla, teniente coronel de Infantería.
Julio Castro, coronel.
Sanz Álvarez, teniente coronel.
José Lubelza, capitán.
Antonio Patiño, capitán.

Fuente: Bernardo Félix Maíz: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952, p. 112.

En Zaragoza, el general jefe de Artillería recuerda la importancia de los enlaces, uno en cada cuartel: «Las primeras reuniones tuvieron lugar en la

Sala de Esgrima del cuartel del Carmen y después en el cuartel del Cid, en el domicilio particular del teniente coronel Anselmo Loscertales y otras veces en el cuartel de Castillejos. Su importancia y tesón fue tremendo, no parando de reunirse con unos y otros; y no sólo eso: Desde ese momento se fomentaron los encuentros entre los oficiales de la guarnición, organizando partidos de fútbol, tenis, cacerías y comidas»[49].

Los enlaces iban extendiendo los compromisos en cada guarnición o formación política. En muchos casos se exigía un compromiso de adhesión por escrito, donde por la palabra de honor se comprometía a coadyuvar al alzamiento militar. En el caso de Cataluña, por ejemplo, varias de estas hojas fueron encontradas en el registro de la vivienda del capitán Pedro Valdés, días antes de la sublevación. Además, las fuerzas de orden público de la Generalitat conocían los nombres de buena parte de los firmantes de la Guardia Civil[50].

En el Departamento Marítimo de Cartagena dirigió la conspiración el capitán de fragata Marcelino Galán Arrabal, comandante del destructor *Almirante Ferrándiz*, asistido por el capitán de corbeta Francisco Pemartí San Juan, quienes recabaron de todos los oficiales, a excepción de dos o tres que se consideraban de ideología contraria, la firma de un documento en el que se comprometían a sublevarse en contra del gobierno[51].

3.3. LOS MODELOS DE LA CONSPIRACIÓN

La mayor parte de estudios hablan de una conspiración desarrollada en unos lugares muy concretos, que contaban con unas provincias determinadas, especialmente aquellas donde había mayor presencia de fuerzas militares. El resto apenas eran tenidas en cuenta. A tenor de la documentación consultada, esto no parece ya sostenible. La conspiración afectó a todo el territorio español. Unas provincias jugaron un papel, otras, otro; pero todas participaron en la trama conspirativa. Con todas se contaba. Por supuesto que el protagonismo de unas y otras lo determinaba la presencia de regimientos o unidades militares, pero aquellas que no tenían ninguno

también se sintieron protagonistas. Esta fue una de las claves de la parte de éxito de la conspiración: Mola supo ilusionar a todos, incluso a pequeños grupos de militares burócratas y falangistas exaltados, únicas fuerzas comprometidas en provincias sin ningún tipo de unidades militares, como Ciudad Real o Cuenca.

Mola no trazó un modelo de conspiración, sino varios. Unos y otros se contrapesaban, actuaban de poder compensador, y evitaban dejar cabos sueltos. El general ideó una trama basada en cuatro modelos, con el fin de integrar a todas las provincias y al mayor número posible de fuerzas políticas implicadas.

El primer modelo, el militar, fue el más común y hasta ahora considerado único. Englobaba a todas aquellas provincias que tenían alguna unidad o guarnición militar y la mayor parte de sus jefes y autoridades militares secundaron los planes conspirativos. Para desarrollar con mayor seguridad la conspiración en la trama daban la cara, sobre todo, jefes de segunda fila u oficiales. El peso de la conspiración lo llevaron los militares, porque la sublevación que desembocó en la Guerra Civil fue, principalmente, una sublevación de militares que contó con el apoyo de contingentes civiles. La conspiración no fue, en su origen, una empresa de partidos políticos, de organizaciones civiles o grupos de presión, conjurados para un asalto al poder utilizando como instrumento a las fuerzas armadas. «En principio, y sin que esto signifique ignorar la existencia de incitaciones civiles al golpe militar, el proceso parece haber sido exactamente el contrario: una empresa del Ejército como corporación que coincidía con y representaba los intereses de unos grupos sociales precisos, pero que se negó a identificarse con programas políticos concretos. El Ejército aceptaba una representación social, pero rechazaba todo proyecto que no tuviera a la corporación misma como aglutinante y protagonista»[52].

La primera *Instrucción reservada* dirigida a los conspiradores el 25 de abril por el general Mola estipulaba la creación de dos organizaciones, una civil y otra militar. La primera nunca llegó a ponerse en marcha, salvo raras excepciones, aunque en la conspiración participaron civiles, especialmente procedentes de Falange Española y de la Comunión Tradicionalista. De todas las provincias que contaban con unidades militares dispuestas a seguir

el alzamiento, en una se ignoró a los falangistas (Segovia) y en otra fue impedida su colaboración tanto en la conspiración como en la sublevación (Málaga).

En Valencia el comandante de Estado Mayor Bartolomé Barba, fundador de la UME, fue uno de los miembros de la Junta Militar. Según su testimonio, una de las primeras decisiones que tomó dicha junta fue la de establecer contacto con las entidades de derecha que pudieran y quisieran prestar apoyo al movimiento. A principios de junio se preparó una reunión en El Saler a la que asistieron representantes de Derecha Regional, Tradicionalistas y Renovación Española. Falange también fue invitada pero entonces rehusó asistir, aunque a pesar de ello mantuvo enlace con la Junta Militar, ofreciendo con posterioridad trescientos hombres. El primero ofreció a sus militantes más activos, a los que encuadrarían en milicias. Los tradicionalistas ofrecieron cinco mil requetés de la provincia. «Los indicados representantes presididos por mí quedaron constituyendo una Junta Civil que había de funcionar supeditada y en colaboración con la Militar», declararía Barba[53]. Es el único ejemplo conocido de haberse constituido una junta civil. También una muestra de cómo los tradicionalistas participaron en la conspiración a nivel provincial antes incluso que se cerrara el pacto general. Entre los acuerdos que tomó en su primera reunión destacó el que ningún partido u organización política podría tomar decisión alguna sin autorización u orden de la Junta Militar y el de proceder inmediatamente a la recaudación de fondos económicos necesarios para la sublevación.

En Málaga, el 18 de julio, cuando la situación empeoraba por momentos para los sublevados, el gobernador militar, general Patxot, se negó a permitirles intervenir y, por supuesto, a facilitarles armas, por ser un «Movimiento puramente militar que no necesitaba para nada la intervención del elemento civil», según respondió a un jefe de la Guardia Civil ante sus requerimientos[54].

En Bilbao, Falange estuvo en relación con Renovación Española, Tradicionalistas y la CEDA. Sus contactos en el cuartel de Basurto eran los tenientes Ausín y Del Oso y el capitán Ramos, con quienes mantuvieron diversas reuniones. Al llegar el 18 de julio estuvieron esperando órdenes de

los militares, que no llegaron[55]. Renovación Española, según su líder provincial[56], participó en numerosas reuniones organizativas desde el mes de marzo del 36, tanto con otras fuerzas políticas como con el capitán Ramos, destinado en el Batallón de Montaña y principal organizador de la conspiración. Se consiguió la adquisición de más de ciento veinte armas largas y trescientas cortas.

En La Rioja los militares fueron los únicos protagonistas, y sobre todo los jefes de las unidades. La Junta Organizadora estuvo compuesta por el comandante de Aviación Roberto White, jefe del Aeródromo de Agoncillo; el teniente coronel de Infantería Ricardo Marzo Pellicer, jefe accidental del Regimiento Bailén 24; y el comandante de Artillería Juan Innerarity Cifuentes, pues se desconfiaba del coronel Santos Rodríguez Cerezo, del teniente coronel Julián Durán Salazar y del gobernador militar general Víctor Carrasco. Posteriormente se incorporó el coronel Ricardo Moltó Moltó, que sustituyó en junio al coronel Rodríguez Cerezo al frente del Regimiento de Artillería Ligera n.º 12. Dependiente de esta junta se organizó una comisión de enlace, presidida por Innerarity. El capitán Navarro fue designado para dirigir la conexión con los civiles, y una de sus misiones fue encargar al empresario Federico Pérez-Íñigo que recaudase fondos para la compra de armas. Ya no contó más con ellos. Este capitán, a finales de mayo, trajo de Pamplona todo el plan del movimiento y constitución de las columnas que tenían que marchar sobre Madrid[57].

En el norte de África los conspiradores fueron los altos mandos militares. El responsable fue el teniente coronel Juan Yagüe Blanco, jefe de la Segunda Bandera de la Legión, con destino en Ceuta. La relación con Mola era continua. En la gestación del plan de alzamiento colaboraron estrechamente un conjunto reducido de militares, tenientes coroneles y coroneles, encargados en cada plaza o servicio de organizar la estructura militar necesaria para que en el momento señalado el levantamiento fuera un éxito. Gautier en Ceuta, Seguí en Melilla, Sáenz de Buruaga en Tetuán, Losas en Larache y Beigbeder en la Delegación de Asuntos Indígenas, formaban el cuadro principal de la conspiración. A su vez, estos militares extendieron la red de la conjura en cada uno de los territorios o servicios a ellos asignados. Esta selección de mandos, siempre con prestigio hacia los

subordinados, facilitó en su momento la respuesta disciplinada de la guarnición militar[58].

En La Coruña los artífices principales de la conspiración eran militares, lógico en una provincia tan marcadamente dominada por su posición de sede del Departamento Marítimo del Cantábrico y de la Capitanía General de la VIII División Orgánica, pero también participaron elementos civiles (Falange, Bloque Nacional, JAP), aunque con un papel secundario. Martín Alonso, africanista cercano a Sanjurjo y primer jefe militar tras el golpe de julio, fue considerado el cerebro de la sublevación en La Coruña y Galicia. A Garicano Goñi, el capitán general de la plaza le permitió tomar permisos de viaje con excusas como, por ejemplo, el traslado a las fiestas de San Fermín en Pamplona, ocasión que aprovechó para reunirse con Mola. También se encargó de los contactos con los mandos de la Base Marítima de Ferrol. Desde los primeros días de julio se intensificó la preparación del golpe. Contactos y circulares se multiplicaron, tanto entre los partidos políticos afines (JAP, Falange) como hacia los cuarteles, con órdenes de concentración y preparación de las tropas. Falange fue la organización con mayor actividad, enviando emisarios con cartas por toda Galicia. Incluso la semana anterior al alzamiento, alrededor de dos decenas de falangistas recibieron instrucción y realizaron prácticas de tiro en el cuartel de Santiago[59].

En Pontevedra el hombre fuerte de la conspiración fue el teniente coronel Antonio Durán Salgado, al que se sumaron tres comandantes de la guarnición militar. En el comité militar conspirativo figuraban también el director del Polígono de Marín, Francisco Bastarreche, y el capitán de la Guardia Civil Manuel Bernal Hernández, que jugó un papel de atracción de los hombres destinados en las dos comandancias de la provincia, la 139 y la 206. La Guardia Civil y el Cuerpo de Carabineros tenían presencia en setenta y una poblaciones de la provincia, por lo que resultaban fuerzas decisivas, como así se demostró con su actuación en el alzamiento. Días antes del golpe militar fueron concentradas en las diferentes sedes de las secciones. Los primeros días del mes de junio resultaron las fechas clave de la conspiración en Pontevedra. Las guarniciones de Pontevedra, Marín y Vigo decidieron sumarse a ella, relegando de los preparativos tanto al

gobernador militar como al jefe del Regimiento de Artillería n.º 15 de Pontevedra, el teniente coronel Mario Sánchez Sánchez, las dos máximas autoridades militares de la provincia. El veterano gobernador militar, general José Luis Iglesias Martínez, se mostró remiso tanto a embarcarse en la conspiración como a sumarse al alzamiento, tal vez por estar ya cercano su retiro y no querer correr riesgos. Junto al comité militar actuó un comité civil de apoyo, compuesto por falangistas, carlistas y hombres de la CEDA y Renovación Española. Varias docenas de falangistas pontevedreses habían recibido instrucción militar y fueron armados gracias al tráfico ilegal que funcionaba a través de Portugal[60].

En Lugo la iniciativa y dirección de la conspiración la llevaron a cabo los militares. La guarnición estaba constituida por fuerzas del Regimiento de Zaragoza n.º 30, ejerciendo de comandante militar el coronel Alberto Caso Agüero, protagonista principal de la sublevación. El comandante Fernando Álvarez Holguín era el responsable de la Guardia Civil, cuerpo que se sumó de pleno a la sublevación. La comandancia de Carabineros, que también se unió al Ejército en la sublevación, estaba a las órdenes del comandante Revuelta. Falange tuvo un destacado protagonismo, aunque subordinado a los militares. Del resto de fuerzas políticas conservadoras, parece ser que la CEDA y Renovación Española también conocían la conspiración, pero no intervinieron en ella[61].

En Orense, la conspiración fue lenta y tardía[62]. En el mes de junio un oficial procedente de Melilla fue enviado para sondear el ambiente existente en la guarnición. Dirigió la conspiración en su última fase el coronel de Estado Mayor Luis Tovar Figueras, representante regional de la UME, que consigue, junto al comandante del Batallón de Infantería José Ceano Vivas, el compromiso de la práctica totalidad de la oficialidad del cuartel, de algunos mandos de la Comandancia de la Guardia Civil y de relevantes personajes vinculados a la derecha monárquica, además de falangistas y carlistas, que proporcionaron apoyos económicos e información sobre dirigentes políticos considerados enemigos.

En Guadalajara, el gobernador civil Miguel de Benavides, según declaró ante la justicia republicana[63], conocía la desafección al régimen de varios jefes y oficiales de la guarnición de la localidad. Por ello, el 20 de abril de

1936 comunicó al Ministerio de la Gobernación la conveniencia de trasladarlos. Los conspiradores constituyeron una junta «que aunase esfuerzos y mantuviese contacto con otras guarniciones», quedando formada por Rafael Ortiz de Zárate, comandante de Ingenieros (presidente), José María Robles Núñez Arenas, capitán de Ingenieros (vocal), Luis Javaloyes (vocal); Luis Casillas Martínez, capitán de Infantería (vocal) y José Burgos Iglesias, teniente de Infantería (vocal)[64]. El capitán Casillas, junto al capitán Nombela, fueron nombrados enlaces del Regimiento de Aerostación con los falangistas y otras fuerzas civiles de derechas[65]. El jefe del Regimiento de Aerostación, coronel Delgado, respaldó firmemente la acción conspirativa de la junta, no así el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, teniente coronel Ferrari. El día 17 de julio el gobernador dirigió una orden reservada al comisario de Vigilancia y al teniente coronel de la Guardia Civil Ricardo Ferrari para que extremaran la protección de lugares públicos y la vigilancia de «elementos fascistas».

En Córdoba la conspiración fue protagonizada por muchos militares retirados, oligarquía del latifundio, viejos políticos primorriveristas y algunos nobles (el conde de La Jarosa, el marqués de Sauceda, el conde de la Cortina y otros más). A la cabeza figuraba Eduardo Quero Goldoni, teniente coronel de Caballería retirado, en estrecho contacto con el coronel Cascajo[66].

En Granada la conspiración comenzó de la mano del general Eliseo Álvarez Arenas, comandante militar. Pero duró poco al frente de la Comandancia Militar por su poca recatada actitud; más bien provocadora. Durante los desórdenes sociales del 10 de marzo llegó a decirle al gobernador Aurelio Matilla: «Si usted es incapaz de resolver el conflicto, el Ejército lo hará»[67]. A finales del mes fue destituido. La conspiración sufrió un duro revés, pero el nuevo comandante militar, general Manuel Llanos Medina, continuó con los planes previstos y alentados por buena parte de jefes y oficiales. Una nueva indiscreción puso en alerta a las autoridades y enfrió los ánimos de los conspiradores. A mediados de junio un suboficial de Aviación declaró públicamente la implicación de su máximo jefe y sus actividades conspirativas, en cuya boca ponía además una amenaza que lanzó en una reunión con suboficiales: «Cuando nosotros

venzamos próximamente las cosas cambiarán». El gobernador civil mandó acuartelar a las fuerzas de seguridad, extremar la vigilancia en centros oficiales y cuarteles y detener al jefe de la Aviación y del aeródromo de la Armilla, el capitán artillero Joaquín Pérez Martínez de Victoria. Este resultaba una pieza fundamental en la trama, por constituir el aeródromo una base imprescindible para la recepción de tropas marroquíes. Días después el gobierno decidió destituir al general Llanos, al conocerse su encuentro con Queipo de Llano. El 11 de julio tomó posesión como gobernador militar el general Miguel Campins Aura, que fue mal acogido por los conspiradores. Nada más llegar a la plaza se encargó públicamente de dar muestras de lealtad a la República. Incluso rechazó el ofrecimiento de su amigo Franco para encabezar la sublevación en Granada, alegando que el Ejército debía limitarse «a cumplir las órdenes republicanas, a respetar su legalidad». En Granada los jefes falangistas eran de cierta edad y poco adecuados para la acción. Los jóvenes, más preparados para actuar como fuerzas de choque, no sumaban más de cien en julio del 36, siendo la mayoría estudiantes, por lo que estaban casi todos de vacaciones fuera de la ciudad. La Comunión Tradicionalista carecía de un jefe destacado. El 17 de julio le sorprende en plenas tareas preparatorias del Requeté[68].

En Valladolid la conspiración la alienta el comandante de Artillería Gabriel Moyano, y gracias a él se forma la Junta Militar, donde está el coronel Serrador, implicado en la sublevación del 10 de agosto de 1932[69]. En Salamanca, en abril de 1936 se había establecido el comandante retirado Fortea, enlace del general Mola. Consiguió organizar un grupo conspirador conectado con el de Valladolid, del que el comandante de Infantería Francisco Jerez fue uno de los impulsores, junto al líder falangista Francisco Bravo[70].

En Burgos participaron activamente en la conspiración los civiles y los militares. Al frente de la misma se encontraba el general jefe de la I Brigada de Infantería González de Lara. Estaban implicados el resto de jefes militares: el coronel Gistau, jefe del Regimiento de Infantería San Marcial; el teniente coronel de Caballería Marcelino Gavilán y el comandante de Intendencia Fernando Pastrana. Además participaban numerosos oficiales. El comandante de Infantería Luis Porto servía de enlace con Mola.

Honorato Martín Cobos actuaba de enlace de las fuerzas falangistas y carlistas, de las que Fidel Dávila era responsable en la trama. El gobierno sabía del enorme calado de la conspiración en las fuerzas militares de Burgos y decidió relevar a la máxima autoridad militar. El 13 de junio nombró jefe de la VI División Orgánica al general Domingo Batet, en sustitución de Pedro de la Cerda, comprometido con los conspiradores. «Batet mandó espiar los pasos conspirativos de Mola en Pamplona y sus alrededores, así como a sus secuaces en Burgos, pero más bien el vigilado era él mismo, pues casi todos sus subordinados estaban en el complot y conocían sus averiguaciones, ya que el personal de la telefónica escuchaba todas sus conversaciones y daba cuenta de ellas a los conspiradores»[71].

En Segovia los militares que integraban la conspiración formaron una junta compuesta por dos representantes del 13 Regimiento Ligero, dos de la Academia de Artillería y dos de la Escuela de Automovilismo. El 29 de junio se celebró una reunión de la Junta en la que dieron entrada y un especial protagonismo a la Guardia Civil, comprometida a través del comandante Joaquín España Cantos[72]. Falange no participó en ninguna reunión con los militares para la preparación del movimiento militar. Ni siquiera se les informó de los planes de acción[73].

En Zamora desde el mes de abril un grupo reducido pero selecto del Regimiento Toledo diseñaba la conspiración en contacto con los oficiales comprometidos de Valladolid. Se formó un comité militar presidido por el teniente coronel Carmona, que contó con la participación activa de civiles, como Agustín Martín, presidente de Acción Popular[74].

En el segundo modelo se incluían las provincias donde la presencia de unidades militares era importante pero la trama conspirativa no calaba, por distintas razones. En algunos casos, como Madrid, Mola perdió todas las esperanzas casi desde el principio. Allí se concentraban la mayor parte de los mandos militares, por lo que el general era consciente de que la República controlaba bien la situación en la capital.

En parecida situación parece ser que se encontraba Asturias, tal vez por el peso de los mineros y la importancia que tuvo en ella la revolución del 34. Según el general Aranda, líder de la resistencia del cerco de Oviedo, Asturias estaba al margen, no habiendo planes para el alzamiento, por

estimarla «totalmente perdida para los fines del mismo la provincia de Asturias pensando en recuperarla después una vez hubiese triunfado el Movimiento de otras provincias de España». Por parte de los responsables de la conspiración, solo se habían hecho tentativas aisladas «sin llegar en ningún caso declaradamente al Jefe que suscribe ni concretar nunca los fines de su acción ni la personalidad de los dirigentes»[75]. Esta versión contrasta con la de Falange. Según su informe para la *Causa General*, fechado en 1942, el comandante Caballero, iniciador de la conspiración en Asturias, trató de visitar al coronel en varias ocasiones, sin conseguirlo. Ello causó un gran recelo entre los conspiradores, que finalizó al negarse el coronel a entregar las armas a las organizaciones obreras el 19 de julio, con una maniobra «de audacia y valentía»[76].

En otros casos, como Barcelona y Sevilla, Mola siguió intentándolo hasta el último momento, consciente de que la única oportunidad era hacerse con el favor de los jefes de las unidades y de las autoridades militares.

Sevilla había protagonizado la Sanjurjada de 1932, y tal vez por las represalias los ánimos entre los jefes militares no estaban muy decididos a involucrarse en otra intentona. Mola ordenó a Queipo de Llano actuar *in situ* desde unos días antes y a la desesperada. La conspiración la preparó el comandante del Cuerpo de Estado Mayor José Cuesta Monereo, uno de los principales protagonistas del golpe de Sanjurjo en 1932. Le acompañaban en la Junta Militar siete personas, el general Queipo de Llano y su ayudante, otro comandante y cuatro capitanes. La situación no estaba nada clara pocos días antes de la fecha prevista para el alzamiento, por lo que el propio Queipo fue a Sevilla a agilizar las gestiones ante los jefes militares. Llegó el día 11 de julio y solicitó la adhesión al jefe del Regimiento de Granada n.º 6, coronel Manuel Allanegui Lusarreta, quien se opuso. Tampoco se adhirieron el coronel Santiago Mateo Fernández, jefe del Regimiento de Caballería Taxdir n.º 7; coronel Santos Rodríguez Cerezo, del Regimiento de Artillería Ligera n.º 3; y el comandante jefe del aeródromo de Tablada, Rafael Martínez Esteve. El Batallón de Zapadores, al mando del teniente coronel Eduardo Marqueríe y Ruiz-Delgado, era el más definido. La Guardia Civil parecía proclive, aunque no se pudo conectar con el coronel

Arturo Blanco Horrillo, de baja esos días por enfermedad. Falange aportaba cinco escuadras de choque compuestas cada una por un jefe, un enlace y nueve elementos divididos en tres grupos. Con la Guardia de Seguridad y de Asalto no se podía contar[77].

Queipo fue expresamente a Huelva para hablar con el general José Fernández de Villa-Abrille. El comandante Cuesta le comunicó el deseo del general Queipo, pero Villa-Abrille se negó a charlar con él: «Dile que se vaya enseguida; que no quiero verle, porque tendría que dar cuenta al gobierno de las gestiones que viene realizando». Volvieron a Sevilla con el temor de tener noticias el ejecutivo de la trama sevillana, lo que hubiera desbaratado todos los planes. Pero «nada de esto ocurrió y por ello se hizo merecedor de nuestro agradecimiento», según Queipo[78]. Era una de las pocas noticias buenas para el general jefe de Carabineros, consciente de la dificultad de su misión ante la falta de compromiso de los jefes de las unidades militares sevillanas.

En Almería y Santander las fuerzas civiles, sobre todo falangistas, intentaron tomar el protagonismo dejado por los responsables militares, pareciendo la situación al cuarto de los modelos, aunque sin llegar al mismo por la confianza de los jefes falangistas de lograr tarde o temprano el apoyo de los militares.

En Almería las autoridades militares no se adhirieron a la conspiración. Uno de los últimos intentos por conseguirlo se realizó pocos días después del asesinato de Calvo Sotelo. Algunos jefes falangistas visitaron al gobernador militar y jefe del Batallón de Ametralladoras n.º 2, teniente coronel Juan Huerta Topete. «Se mostró bastante frío», según los falangistas. Les comentó que ya serían avisados si fueran necesarios. Horas antes del «17 a las 17» rehusó el ofrecimiento de hacer pernoctar a todas las milicias en el cuartel para recibir instrucción y estar dispuestas a la acción. Falange había conseguido formar cinco centurias a pesar de las dificultades internas del partido en la primavera de 1936, que motivaron que fuera enviado desde Madrid el falangista Mario López Rodríguez. Venía con órdenes expresas de realizar una activa agitación, de conseguir armas y de preparar todos los detalles de la conspiración[79].

En Santander la inseguridad de apoyos militares, especialmente del jefe de la guarnición de la capital, hizo que la trama civil, dirigida por el exconcejal primorriverista del Ayuntamiento de Santander y exfalangista Emilio Pino Patiño, tomara una destacada importancia. Pino actuaba de coordinador de los distintos grupos civiles involucrados. Junto a Pino, de la Agrupación Regional Independiente, secundando su labor, se encontraban los también exfalangistas capitanes retirados Monteoliva y Esteve, encargados por el Bloque Nacional de cooperar en la conspiración en Santander, y Luis Quevedo. Los falangistas desarrollaron una mayor actividad y conexión con los militares. A finales de febrero tuvieron lugar los primeros contactos, a través de Manuel Hedilla, jefe provincial, con el comandante Ubiña, que les ofreció ochocientos fusiles del cuartel si estallaba una rebelión contra la República. «A finales de abril se recibieron nuevas órdenes de Madrid en las que se disponía el recuento de afiliados y simpatizantes dispuestos a secundar la sublevación, tanto en la capital como en la provincia, así como su organización en Escuadras, Falanges y Centurias de choque. A partir de este momento se procedió a dividir la capital en tres distritos: Miranda, Cuatro Caminos y Santa Lucía, asignando a cada uno una serie de fuerzas que les habrían de cubrir»[80]. En los preparativos golpistas participó activamente también la Comunión Tradicionalista, a través de José Luis Zamanillo, que formaba parte de su Junta Militar o Junta de Conspiración, participando, además, como emisario cerca del general Mola; y de Alejandro Velarde González, comandante retirado de Artillería y jefe del Requeté en Cantabria.

En el tercer y cuarto modelo se englobaban las provincias que no tenían regimientos o unidades militares, aunque podían contar con algún pequeño destacamento militar. En total había nueve: Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Jaén, Huelva, Albacete, Teruel, Ávila y Soria. La conspiración en unas y en otras fue diferente según la implicación de las fuerzas de seguridad y orden público, que constituían una fuerza muy importante, sobre todo desde el punto de vista cuantitativo, por estar repartida en la mayor parte de municipios del país y por su preparación. En 1936, la Guardia Civil estaba organizada en 24 tercios además de Baleares y Marruecos, 59 comandancias, 205 compañías, 8 escuadrones, 198 cabeceras, 747 líneas y

3199 puestos. Las fuerzas de Carabineros estaban distribuidas en 10 zonas, 20 comandancias, 110 compañías y cabeceras y 1658 puestos[81]. En conjunto, las fuerzas de seguridad y orden público estaban compuestas por 8 generales, 2642 jefes y oficiales, 3785 suboficiales y 60 865 guardias y carabineros[82].

El tercer modelo estaba conformado por aquellas provincias donde no había unidades militares y el liderazgo de la conspiración recayó en la institución militar de la Guardia Civil con la inestimable colaboración de civiles, especialmente falangistas. La Benemérita llegaba prácticamente a todos los pueblos, con puestos fijos o servicios móviles. En este modelo se incluirían Albacete, Toledo, Cuenca, Soria y Ávila.

En Albacete, el artífice de la sublevación y responsable de la conspiración fue el segundo jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, el malagueño Ángel Molina Galano, compañero de promoción de Franco, que tuvo una actuación destacada en los sucesos de mayo de 1936 en Yeste. En todo momento fue apoyado por su superior, el teniente coronel Chápuli[83]. Los falangistas pusieron a su disposición ciento cincuenta hombres[84].

En Toledo, el núcleo conspirador radicó en la Comandancia de la Guardia Civil, a través de su propio jefe, el teniente coronel Pedro Romero Basart, personaje implicado en la Sanjurjada. Todos los comandantes de puesto de los cuarteles de la provincia habían recibido un sobre lacrado que solo deberían abrir cuando, por el conducto reglamentario, recibieran la consigna: *Siempre fiel a su deber*. Los sobres contenían las instrucciones precisas (medios de transporte, de las familias, de las armas y bagajes) para replegarse sobre las cabeceras de línea y, a continuación, marchar hasta Toledo[85].

En Cuenca, el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil Francisco García de Ángela San Román no era proclive a la conspiración, pero no pudo controlar una situación interna dentro del cuerpo que abogaba por ella. Los dos oficiales encargados de llevar adelante la conspiración dentro de la Guardia Civil fueron el teniente Benítez González y el capitán Carmelo Martínez, quienes llegaron a establecer el plan de actuación[86]. En él colaboraban activamente los falangistas, que realizaron numerosas reuniones preparatorias por toda la provincia, a las que asistieron enlaces de

la Jefatura Nacional del partido. Llegó a visitarla José Sainz, jefe territorial de Castilla la Nueva, «quien mantuvo reuniones con los mandos conquenses y elaboró un dispositivo para el instante en el que se recibiese la orden de levantamiento. Los objetivos eran hacerse con el poder en la ciudad, controlar el Gobierno Civil y desplegar todas la unidades por la provincia»[87].

En Soria la conspiración la protagonizó la Guardia Civil y las fuerzas foráneas. No tenía fuerzas militares pero tampoco falangistas. El 17 de julio de 1936 había en Soria siete falangistas, todos ellos afiliados en Madrid. Y de los siete, cinco estaban encarcelados[88].

El cuarto de los modelos estaba integrado por las provincias donde no había unidades militares. Los responsables de la Guardia Civil tampoco apoyaron los planes golpistas. En ellas los civiles fueron protagonistas y líderes de la conspiración. Como ejemplos se pueden incluir las provincias de Jaén, Ciudad Real y Huelva.

En Jaén la conspiración la alentaron el capitán de la Guardia Civil José Rodríguez de Cueto, acaudalado propietario y activo dirigente de la Federación Provincial de Labradores, y José Cos Serrano, presidente de la mencionada organización patronal agraria. Ambos mantuvieron un permanente entendimiento con el capitán de Infantería Eduardo Gallo, delegado en Jaén de la UME. Ante la falta de compromiso de los jefes de la Guardia Civil se dedicaron sobre todo a organizar las milicias de Acción Ciudadana, integradas por patronos agrícolas, falangistas, requetés y otros individuos de filiación ultraconservadora. En el mes de junio se constituyó la Junta del Alzamiento, donde eran mayoría los representantes de Falange y los oficiales retirados por la Ley Azaña. Su principal esfuerzo se dirigió a intentar conseguir el apoyo de los responsables de la Guardia Civil, quienes permanecían informados pero indecisos[89].

En la provincia de Ciudad Real la preparación de la sublevación se llevó a cabo desde la capital bajo la dirección de Falange, al no contar con el apoyo del jefe de la Comandancia de la Guardia Civil. Amadeo Mayor Macías era su máximo representante a nivel provincial. Según declaración de su hermano político y también militante falangista, Juan José Miguel López, «por la fecha de Mayo o Junio de 1936 vino a esta Capital el

camarada Fernando Aguinaco Blanco enviado por la Jefatura Nacional de Falange, siendo portador como elemento de enlace con la Nacional de instrucciones para cooperar al Alzamiento»[90]. Aparte tenía que realizar una misión proselitista y preparar a las escuadras falangistas. Para la justicia republicana, el máximo responsable y cerebro de la conspiración fue el industrial militante de Falange Juan Antonio Solís Huescar, quien además se encargó de repartir armas en diversos pueblos por medio de los autobuses de sus líneas de transporte de viajeros que recorrían casi toda la provincia[91].

En el mes de julio se sumaron a la conspiración la Comunión Tradicionalista y Renovación Española. Por parte de los primeros Daniel Burgos, jefe del Requeté, realizó diversos viajes a pueblos de la provincia llevando órdenes para el inicio del levantamiento armado. Respecto a la agrupación monárquica, su responsable local, Manuel Navas Aguirre, se encargó de buscar apoyos al alzamiento tras el asesinato de Calvo Sotelo, especialmente de la Guardia Civil[92].

El general Primo de Rivera puede que hiciera un gran favor a la República al privar a Ciudad Real de un regimiento militar tras la sublevación del Primer Regimiento Ligero de Artillería el 29 de enero de 1929. De los pocos militares que había destinados en los centros burocráticos de la capital algunos apoyaron la sublevación y participaron en la conspiración, como los capitanes del Centro de Movilización Ricardo Escribano Aguado y Jesús Calero Escobar. También el sargento Sánchez, destinado en el Gobierno Militar, que cumplió una función fundamental en la conspiración, al conseguir aumentar los apoyos civiles, especialmente con unos diez afiliados a Unión Republicana, entre ellos el del presidente local, el farmacéutico Manuel Romero, reconocido por él mismo[93].

La ambigüedad de esta formación política no debía ser exclusiva de la capital. En un pueblo de su provincia, Villarrubia de los Ojos, el Partido Socialista y el Partido de Izquierda Republicana, únicos que integraban el Frente Popular, hicieron un comunicado conjunto de los comités locales, de fecha 25 de junio de 1936, solicitando la desautorización del Comité Local de Unión Republicana, cuyos componentes eran «todos ellos de lo más

rancio del Caciquismo Local Fascista Monarquizante de la peor especie»[94].

3.4. El plan de la sublevación

El plan de acción, en contra de lo que muchos describen, estaba claramente definido a partir de los apoyos con los que se contaba con seguridad. No estaba improvisado, ni era un cuartelazo ni un pronunciamiento clásico del siglo XIX.

Madrid era la clave, para Mola. El 25 de mayo ofrecía una de las primeras *instrucciones* donde aseguraba que la capital de la nación resultaba decisiva: «todo hecho que se realice en ella, se adopta como cosa consumada por la inmensa mayoría de los españoles». Pero reconocía la falta tanto de apoyos como de responsables:

> Desgraciadamente para los Patriotas que se han impuesto en estos momentos trágicos la obligación de salvar a España, volviendo las cosas a su justo medio, en Madrid no se encuentran las asistencias que lógicamente eran de esperar entre quienes sufren más de cerca que nadie los efectos de una situación político-social que está en trance de hacernos desaparecer como pueblo civilizado y sumiéndonos a la barbarie: ignoramos si falta Caudillo o si faltan sus huestes; quizás ambas cosas[95].

Sanjurjo recibía el día 18 de mayo un cifrado, bien pudiera ser de Galarza, en el mismo sentido: «En Madrid nada. Siguen cinco generales de siempre, bajo la jefatura de Villegas, pero no hacen nada ni creo que harán»[96].

El primer y principal objetivo, por tanto, no estaba claro. Por la falta de apoyos seguros en Madrid, Mola tuvo durante toda la trama una honda preocupación, como reconocía a su propio ayudante:

> Constituía para el Gral Mola una preocupación primordial el que nuestro Movimiento no dejase de producirse en Madrid … La labor para conseguir tal propósito era dura y exigía disponibilidades y asistencias que desgraciadamente no se encontraban y a medida que el tiempo iba pasando y la conspiración avanzaba, febrilmente en el resto de España, en Madrid iban siendo más dueños de la situación los elementos marxistas afines al Gobierno que se multiplicaba en concederles y permitirles organización y medios … No desmayaba por ello nuestro Gral y ya que él no pudo conseguir el ir a Madrid, no solo con permiso, que él hubiese aprovechado eficazmente para su propósito, sino que hasta se le negó el trasladarse a la Capital para extraer el caballo que le correspondía del Depósito Central de Remonte, envió a dicha Ciudad a distintos emisarios suyos, hizo venir a Pamplona a sus enlaces de la capital, no pasaba día sin enviar cifrados al Tte Coronel Galarza con órdenes, instrucciones y gestiones a realizar para conseguir por lo menos que al estallar el Movimiento en provincias, la guarnición de Madrid se limitase a abandonar sus cuarteles sin entablar lucha con las masas marxistas en la población dirigiéndose a buscar cuanto antes el contacto con las columnas que de Burgos, Valladolid, Pamplona y Zaragoza marcharían en dirección a Madrid y una vez establecido el contacto todas las fuerzas unidas y al grito de «Viva España» entrar en la Capital haciéndose dueños de la misma[97].

El plan militar establecido para el golpe pretendía caer sobre Madrid, al no contar ya con esta ciudad. El general de cada división orgánica debería declarar el estado de guerra para poner en manos militares la autoridad de los gobernadores civiles y de los alcaldes, lo cual les permitiría militarizar el orden público. Las divisiones orgánicas V (Zaragoza), VI (Burgos) y VII (Valladolid) tenían una importancia fundamental. En cuanto se produjera el levantamiento debía salir sin demora una fuerte columna de Valladolid para marchar sobre Madrid a través de los puertos de Guadarrama y Navacerrada, para lo que sería auxiliada por fuerzas de Salamanca, Zamora y Cáceres. Esta columna coincidiría en la sierra madrileña con otras que, procedentes de Burgos, Pamplona y Zaragoza, confluirían sobre Madrid a

través del puerto de Somosierra. Por su parte, la VIII División (La Coruña) y la IV (Barcelona) contendrían a los revolucionarios de sus propias regiones, mientras que la III (Valencia) lanzaría también una columna sobre Madrid. Zaragoza y Valencia debían acudir en ayuda de Barcelona.

Tabla 8
Instrucción de Mola del 25 de mayo de 1936. Objetivo, medios e itinerarios del alzamiento

1.ª Que se declaren en rebeldía las Divisiones 5.ª, 6.ª y 7.ª con el doble objeto de asegurar el orden en el territorio que comprenden, y caer sobre Madrid. 2.ª Que las fuerzas de la Comandancia Militar de Asturias tengan a raya a las masas de la cuenca minera y Puerto de Musel, y que parte de la 8.ª División y guarnición de León refuercen dichas tropas. 3.ª Que la 3.ª División secunde también el movimiento y disponga de dos columnas; una para remontar la costa levantina, hasta Cataluña si fuera preciso y otra para lanzarla sobre Madrid en ataque demostrativo. 4.ª Que la 4.ª División se haga cargo del mando y Gobierno de la Región Catalana y tenga a raya a las masas proletarias de Cataluña, coadyuvando de esta forma al Movimiento General. 5.ª Que permanezcan en actitud pasiva las fuerzas que guarnecen Baleares, Canarias y Marruecos; para que en el caso probable de que el Gobierno acuerde traer a la Península fuerzas de choque a combatir a los Patriotas, dichas fuerzas se sumen al Movimiento con todos sus cuadros. 6.ª Que la 1.ª y 2.ª Divisiones si no se suman al movimiento, por lo menos adopten una actitud de neutralidad benévola, y desde luego se opongan terminantemente a hacer frente a los que luchan por la causa de la Patria. 7.ª La colaboración de la Marina de Guerra, la cual debe oponerse a que sean desembarcadas en España fuerzas que vengan dispuestas a oponerse al Movimiento. 8.ª La colaboración de las masas ciudadanas de orden así como sus milicias, especialmente Falange y Requetés[98].

Fuente: Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, carpeta 8.

En junio, ante el pesimismo sobre la situación de Madrid, Mola toma una decisión estratégica de gran importancia: llevar el estallido al Marruecos español. Allí se organizarían dos columnas mixtas, sobre la base de La Legión y Regulares, una en la circunscripción oriental y otra en la occidental, columnas que debían desembocar, respectivamente, en Málaga y Algeciras, emprendiendo, sin pausa, una rápida marcha sobre Madrid por Despeñaperros. Con ellas se completaba el avance desde otras provincias hacia la capital definido en el plan original. Mola tenía «casi la seguridad

absoluta» de que este solo hecho sería suficiente «para que el Gobierno se dé por vencido»[99]. Entonces, el general Sanjurjo llegaría para presidir la Junta Militar.

El 20 de junio, Mola elevaba confidencialmente una serie de instrucciones para la armada. A la Base Naval de Cádiz le encarga que «actuará de acuerdo con las tropas de África con las cuales se pondrá inmediatamente en contacto para facilitar los embarques, transportes y desembarques en los puertos que le indique el Jefe de las fuerzas de tierra», y a las fuerzas navales de África, «su cometido principal es de escoltar los transportes de tropas y facilitar el embarque y desembarque de ellas»[100].

Como ha escrito uno de los principales historiadores militares, el protagonismo de Marruecos cambiaba todo: «Aparecía Marruecos, y con Marruecos, Yagüe y Franco. Pues la nueva dirección impresa por Mola al Alzamiento convertía al comandante militar de Canarias en la figura principal de la futura operación estratégica; y el hecho de ofrecerle el mando de todas las fuerzas marroquíes remarcaba la fe que en él se tenía de que nadie como Franco sería capaz de hacer que aquellas fuerzas llegasen rápidamente a Madrid, ocupándole»[101].

Para completar las instrucciones a las fuerzas de Marruecos, Mola también establecía las claves para dar aviso de estar preparados y después para comunicar día y hora del movimiento:

> El telegrama de estar preparados dirá: *Mil felicidades en nombre de toda la familia. Eduardo.* A lo que contestará el director con un telegrama fechado en *Ceuta* y firmado por *Juan* por el que se comprende está dispuesto poniendo en el telegrama un texto cualquiera.
>
> El movimiento se avisará por un telegrama que dirá: *Día (tal) llegará a esa fulanito ruego salgas a recibirle. Firmado Eduardo*. El nombre de fulanito indicará por el número de letras, la hora, que será de la mañana, si no lleva apellido; si se pone apellido, se refiere a la tarde[102].

El 1 de julio «El Director» redactaba las directivas para la II División[103], en Andalucía, cuya misión principal era favorecer el desembarque en sus costas de las fuerzas expedicionarias de Marruecos y el avance de dichas tropas sobre Madrid. Para ello estipulaba los pasos a seguir: declaración del estado de guerra en todas las guarniciones comprometidas; requisa de los vehículos de tracción mecánica, que serán concentrados en los puertos de desembarco; asegurar el orden y «hacer abortar la huelga general usando de la mayor energía»; destitución de todas las autoridades y su sustitución por comisiones gestoras; facilitar a los «paisanos patriotas» armamento y municiones para que engrosen las columnas de Marruecos; organización de una columna en Sevilla para hacer frente a fuerzas que pudieran proceder de Extremadura.

Para algunos autores, ante la falta de compromisos y de plan de acción, los generales conjurados pretendían sublevar las guarniciones del Marruecos español para, por efecto dominó, ir extendiéndola acto seguido al resto de acuartelamientos de la Península. «Para el triunfo de este plan contaban más con los efectos psicológicos de una acción rápida, eficaz y brutal que con el número de los sublevados», escribe Beevor[104]. Según Payne, ante la imposibilidad de organizar y conectar bien las varias regiones y unidades, al punto de que una sola sublevación instantánea y coordinada de casi todo el Ejército parecía imposible, empezaba «casi como un pronunciamiento decimonónico, con sublevaciones escalonadas desde el sur hasta el norte por un período de tres días, y de hecho de cuatro o cinco días; esencialmente, una serie de pequeñas revueltas mal conectadas». Para él, el resultado es que en muchos lugares, como Madrid y Valencia, «fue más un cuartelazo que una sublevación enérgica»[105].

Federico Escofet[106], responsable del orden público de la Generalitat de Cataluña en 1936 y principal artífice de la estrategia oficial frente a la sublevación en ese territorio, también ha visto como un error de los sublevados que las guarniciones se rebelaran escalonadamente, perdiendo así la ventaja que proporciona siempre una acción inesperada y simultánea.

Frente a estas versiones tradicionales cada vez parece más seguro el acierto, de nuevo, del general Mola. El golpe militar de julio de 1936 tuvo una estrategia muy diferente a levantamientos anteriores para evitar el

fracaso de estos. Hay que recordar la sublevación artillera del 29 de enero de 1929, cuando todas las fuerzas comprometidas tenían orden de actuar el mismo día y a la misma hora. Hubo contraorden y algunos siguieron adelante, como el Regimiento Primero Ligero de Ciudad Real, constituyendo el movimiento un rotundo fiasco.

Ahora no se preveía el alzamiento de las guarniciones comprometidas en un día y hora concretos, sino que Mola dio libertad a cada plaza para que buscara el momento más oportuno. La única fecha y hora establecida era la del estallido, en Melilla el 17 a las 17. El triunfo escalonado de las guarniciones provocó un efecto dominó: aquellas unidades que dudaban, se lanzaron con mayor seguridad al alzamiento, porque sus responsables lo primero que preguntaban era qué sucedía en el resto de guarniciones y de provincias, sobre todo las más cercanas. El plan estratégico de Mola, por tanto, no fue ni mucho menos improvisado, sino meditado en función de las circunstancias y de las limitaciones de los medios de comunicación y de transporte del momento. Sabía que contaba con un margen de varios días para ir sublevando unidades, pues ni las fuerzas terrestres, ni la aviación ni la armada que quedaran al lado del gobierno tenían una fácil capacidad de movilización. Tampoco las noticias llegaban de forma inmediata en aquel momento, lo que permitía a los sublevados jugar con el efecto de la sorpresa en circunstancias poco sorpresivas en el contexto actual.

3.5. El ideario político

> En fin, mi general, soy optimista, tengo fe en España que estaba dormida y ha despertado. La juventud está en la calle y matan y mueren por sus ideales; terminarán triunfando los mejores, los más fuertes, los más valientes, y estos gobernarán con autoridad por haber escalado los puestos con valor y sangre, no con amaños electorales ni marrullerías. ¿Qué más podemos pedir? [Carta de Yagüe a Mola de 25 de junio de 1936.][107]

Entre los documentos redactados y enviados por Mola en los últimos meses estaban las *Normas de ejecución*, que consistían en nueve puntos claros sobre el futuro tras el triunfo del movimiento militar, con la idea de consolidar la organización del mismo a partir de unas pautas comunes de actuación. En ellas destacaban la militarización de la vida pública, la clausura de las sedes de sindicatos y organizaciones obreras, la prohibición de manifestaciones y la censura previa en todo tipo de publicaciones y comunicaciones.

Tabla 9
Normas de ejecución

a) Declaración del Estado de Guerra. Bando breve, enérgico, justificando en una actuación unánime del Ejército que no puede mantenerse indiferente ante tal espectáculo anárquico y criminal que ofrece España a partir del 16 de febrero. b) Clausura de las Casas del pueblo, sindicatos de la CNT, FAI, etc., deteniendo, como medida de seguridad y de protección personal a sus directivos y a cuantos se hubieran significado por su participación o influencia en los últimos desórdenes. c) Llamada a filas a título provisional de los tres últimos contingentes de cuotas… que serán encuadrados por oficiales en situación de disponibilidad, y a falta de estos, por retirados. Estas últimas unidades así organizadas, con el armamento de todas clases de que se disponga, se destinarán a la custodia de edificios públicos y a la protección también de los servicios (agua, luz, electricidad, transportes…). d) Organización ciudadana. Recoger el movimiento entusiasta que ha de producirse para organizarla, clasificándola en un grupo técnico de colaboración en todos los servicios públicos, y otro de ayuda para el mantenimiento del orden. e) Intervención en los servicios de correos, telégrafos y teléfonos, ejerciendo en ellos una severa censura. Análogas medidas en cuanto a la prensa y cualquier otro medio de publicidad y difusión de noticias. f) Adoptar todo género de medidas (requisa de carruajes automóviles y otra clase de medios de transporte) para poder enviar las fuerzas del Ejército de que pueda prescindirse a aquellos lugares donde su presencia sea necesaria. g) Las fuerzas de la Guardia Civil, apoyadas por las del Ejército que sean necesarias, atenderán exclusivamente a mantener el orden en la provincia. Las de Seguridad, que desde los primeros momentos se pondrán a las órdenes del Jefe de la Guardia Civil, coadyuvarán al mismo fin, una vez asegurado el orden de la capitalidad. h) Los Gobiernos Civiles se entregarán a los jefes más caracterizados de la Guardia Civil. i) Prohibición de todo género de manifestaciones de tipo político que pudieran quitar al movimiento el carácter de neutralidad absoluta que lo motiva[108].

Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1538-2.

La última *norma de ejecución* de Mola establecía la prohibición de manifestaciones de tipo político «que pudieran quitar al movimiento el carácter de neutralidad absoluta que lo motiva».

Muchos no entendían su significado concreto ni el objetivo político de la sublevación militar que se preparaba. Tal vez por ello, días antes de la fecha prevista para el golpe una parte importante de los altos mandos militares y de las fuerzas de orden permanecían indecisas. El objetivo político no estaba claro o, mejor dicho, no quería definirse por presentarse como apolítico, aunque sí era evidente que no era un movimiento monárquico. En 1957, Franco confesó a su primo:

> Jamás oí decir a ninguno de los que intervinieron en la preparación del Movimiento militar que se contara con S. M. el rey. Nunca oí que se nombrase al rey y se hablara de monarquía como ideal de dicho Movimiento; sonaban los nombres de los dirigentes, se hablaba de Sanjurjo, de Mola, de Franco, de Queipo, etc.; pero no del que había sido rey de España, porque el Movimiento militar no tuvo carácter monárquico, aunque lo fuéramos muchos firmantes del mismo y un sinfín de jefes y oficiales decepcionados con la actuación de los republicanos.
>
> Que Don Alfonso estuviera con el Alzamiento, o, mejor dicho, que lo viera con simpatía, es cosa distinta[109].

En efecto, el objetivo monárquico no estaba entre los conspiradores. Los distintos manifiestos dirigidos los primeros días de la guerra así lo atestiguaban, al firmar con un contundente «¡Viva la República!». Incluso así aparece en los comunicados de la formación de la Junta de Defensa Nacional. El 23 de julio de 1936 el general de la VI División escribe un radiograma al general Franco: «Para augurar triunfo se nombrará en Burgos hasta designar el gobierno provisional la Junta de defensa nacional que presidirá el general Cabanellas el más antiguo de los que intervienen en el movimiento representará a España y afirmará su nueva personalidad ante las naciones. Viva España, Viva la República»[110]. Otro dirigido en el mismo sentido a todas las divisiones dice que asume el poder «hasta que se

constituya el Directorio Militar que ha de desarrollar el programa exigido por el sentimiento nacional».

Este era el único objetivo político definido dentro de la indefinición general. En la primera de las *Instrucciones reservadas*, Mola hablaba en la Base 6.ª del establecimiento de una dictadura militar. Un nuevo documento del 5 de junio intentaba aclarar su composición y objetivos:

> Tan pronto tenga éxito el movimiento Nacional, se constituirá un Directorio que lo integrarán un Presidente y Cuatro Vocales Militares. Estos últimos se encargarán precisamente de los Ministerios de la Guerra, Marina, Gobernación y Comunicaciones … El Directorio se comprometerá, durante su gestión, a no cambiar en su gestión el Régimen Republicano, mantener en todo las reivindicaciones obreras, legalmente logradas, reforzar el principio de autoridad … y adoptar cuantas medidas se estimen necesarias para crear un Estado fuerte y disciplinado[111].

Además, mencionaba los primeros decretos y leyes que haría el Directorio, entre ellos suspender la Constitución, disolución de Cortes, cese del presidente de la República y miembros del gobierno, separación de Iglesia-Estado, libertad de cultos y «Defensa de la Dictadura Republicana».

3.6. El asesinato de Calvo Sotelo

El 13 de julio un acontecimiento iba a resultar trascendental para el discurrir no solo de la conspiración, sino de la propia existencia del régimen republicano: el asesinato del diputado José Calvo Sotelo. La noche del domingo 12 de julio (horas antes pistoleros falangistas habían asesinado al teniente de la Guardia de Asalto José Castillo) la pasó Calvo Sotelo en su casa conspirando contra la República. Así, por lo menos, lo reconocía su íntimo amigo Andrés Amado, ministro de Hacienda del autotitulado Gobierno Nacional en 1939, con quien estuvo conversando entre las 10 y las 11 de la noche: «La conversación versó, principalmente, acerca del Movimiento Nacional, por cuyo triunfo trabajaba sin cesar el señor Calvo Sotelo»[112]. Les acompañaban Arturo Biempica y Modesto Fernández Román. Mientras, en el cuartel de la Guardia de Asalto de Pontejos el

ambiente estaba muy exaltado, por el asesinato del teniente Castillo, pidiendo venganza muchos miembros de la guardia republicana.

Pocas horas después, José Calvo Sotelo era sacado de su domicilio y asesinado. Según la declaración de dos guardias de seguridad, de servicio en la puerta de la casa del diputado, en la calle de Velázquez, sobre las dos y media de la madrugada del día 13 de julio pasó ante ellos una camioneta oficial ocupada por una veintena de hombres, vestidos unos de uniforme de la Guardia de Asalto del grupo de especialidades del Cuartelillo de Asalto de Pontejos y otros de paisano. Un grupo quiso penetrar en la casa, y la pareja de seguridad se opuso, pero el más caracterizado les enseñó un carnet de la Guardia Civil (oficial), alegando al propio tiempo que iba al piso del señor Calvo Sotelo a cumplir un servicio, y ante las manifestaciones del oficial y su identificación mediante el carnet, pues iba de paisano, le permitieron subir con algunos de sus acompañantes. Otros miembros de la camioneta se quedaron en la puerta y los demás se apostaron en las bocacalles inmediatas, impidiendo el acceso de los transeúntes, a los que cacheaban. Mientras esto sucedía, Calvo Sotelo se asomó al balcón, preguntando a los guardias de seguridad si los que habían llegado eran agentes de la autoridad, y la pareja le contestó que sí, e insistiendo dos veces más en la pregunta de si eran auténticos agentes, los de seguridad le repitieron otras tantas la misma contestación afirmativamente. Pasado algún tiempo, Calvo Sotelo bajó a la calle con el oficial y los demás que habían subido al piso, el portero de la casa, la señorita de compañía y el botones de la familia, y volvió a ocuparse la camioneta por los que en ella habían llegado, quedando en tierra el oficial y Calvo Sotelo, al cual invitó aquel a subir, ocupando una de las banquetas, y seguidamente arrancó el vehículo en dirección a la calle de Alcalá[113].

Según testimonio del guardia de Asalto Aniceto Castro Piñeiro, que estuvo presente en la camioneta n.º 17, cuando esta arrancó Calvo Sotelo se despidió de su familia, que estaba en los balcones, diciéndoles adiós con la mano:

> Unos momentos después de haberse puesto en marcha la camioneta y hacia la altura de la calle de Ayala, sonó un disparo, y

> al instante volvió la cabeza el mismo que declara, y vio que al propio tiempo caía el señor Calvo Sotelo hacia la derecha, el pistolero esgrimía una pistola con la que sin duda acababa de disparar a quema pelo sobre la nuca de aquel. En el acto se retiró al departamento posterior el guardia que iba a la derecha del señor Calvo Sotelo, y el referido pistolero, levantándose de su asiento e inclinándose sobre el cuerpo de aquel, hizo otro segundo disparo sobre su cabeza[114].

Sobre las once de la mañana, el juez de instrucción n.º 3 de Madrid recibió una comunicación del depósito de cadáveres del cementerio del Este de que había allí, sin identificar, uno que pudiera ser el de Calvo Sotelo. Se trasladó rápidamente al depósito. Allí pudo comprobar que, efectivamente, era el del líder monárquico. Entre tres y media y cuatro de la mañana la camioneta de la Guardia de Asalto dejó allí el cuerpo sin vida, colocándolo en una mesa: «Presentaba este dos heridas de armas de fuego inmediatas en la región occipital y una erosión reciente en casi todo el largo anterior de la tibia izquierda, producida a no dudar en un movimiento reflejo por consecuencia de la lesión del cerebelo y el roce brusco de la pierna contra una parte dura del vehículo»[115].

La derecha se radicalizó aún más. José Bernal Torres escribía una carta al diputado José María Cid pidiendo la retirada del Parlamento: «Si la minoría agraria a la vista de los sucesos que presencia el país y tras del vil asesinato de Calvo Sotelo no se retira del Parlamento, es que carece esa minoría de patriotismo y dignidad. Ya perdonaron Vds a los traidores del 6 de Octubre, ya perdonaron Vds a los dinamiteros de Asturias. ¿Pueden Vds convivir con asesinos? No sean cómplices señores agrarios»[116].

A pesar de la pérdida dolorosa, a los conspiradores les vino muy bien porque supieron aprovechar la conmoción que en los sectores más proclives al alzamiento había provocado la muerte del líder monárquico para justificar su acción y atraer a los últimos indecisos, dando el impulso necesario que faltaba, según el propio Mola había reconocido en su informe reservado del 12 de julio.

3.7. La fecha: «el 17 a las 17» (julio del 36)

El asesinato de Calvo Sotelo no determinó el alzamiento. Cuando este sucedió la conspiración ya estaba plenamente consolidada y la fecha más o menos escogida desde mucho tiempo antes, no a raíz de la muerte del diputado, como apuntan buena parte de los especialistas de este período. La organización de la conspiración había estudiado meticulosamente las fechas más idóneas y había decidido que el alzamiento se produjera en plenas vacaciones de verano, en la segunda quincena de julio, por varios motivos. Uno era la climatología, cuya estabilidad debería resultar fundamental en las operaciones navales o aéreas previstas en el margen del Estrecho. Otro era el período vacacional. Durante la segunda quincena del mes de julio la mayor parte de los militares se encontrarían de vacaciones, por lo menos los que más les interesaban, los no afines al movimiento. Así sucedió: los partidarios del alzamiento permanecieron todos en su sitio, alertados por los enlaces, atentos a las órdenes de Mola. Mientras tanto, muchos oficiales y suboficiales afines a la República estaban lejos de sus destinos al comienzo de la sublevación, lo que evitó cualquier conato de resistencia en algunas guarniciones. La mayor parte de los declarantes en las causas judiciales abiertas tras la Guerra Civil apuntan en esta dirección como una de las claves del triunfo del alzamiento en algunas provincias. Los partidarios del régimen republicano, en cambio, muestran su lamento al encontrarse muchos de sus compañeros lejos del acuartelamiento.

Hay que decir que la fecha estaba muy bien elegida y muy pensada, como el resto de la trama. Y esto no pudo decidirse unos días antes, como dicen muchos autores al referirse a la incidencia del asesinato de Calvo Sotelo, que para ellos puso fecha al alzamiento. Según los plazos habituales de solicitud de permisos y vacaciones, estas tenían que solicitarse como mínimo un mes antes (una vez publicados en el *Diario Oficial*, en el caso de los oficiales, por ejemplo, las unidades procedían a confeccionar las relaciones de turnos, que enviaban a la división para su aprobación), por lo

que es probable que a finales de mayo o principios de junio quedara definida la fecha de la sublevación, por lo menos los días sobre los que se desarrollaría, porque es fácilmente justificable que el día definitivo y la hora solo se divulgara unas jornadas antes, por motivos de seguridad. Pero todos los implicados sabían lo que tenían que hacer y sobre cuándo lo tendrían que realizar, aunque esperaban ansiosamente las claves para dar comienzo a la sublevación.

La mayor parte de los libros sobre el alzamiento hablan de la importancia de las maniobras celebradas en el Rif durante los primeros días de julio para decidir la fecha de la sublevación militar. El día 11 de julio quedaron reunidas en Ketama, inmediaciones del Llano Amarillo, todas las fuerzas que habían tomado parte en las maniobras militares celebradas en la Sierra, unos 20 000 hombres dispuestos para desfilar el domingo 12 ante el jefe superior de las fuerzas militares de Marruecos, general Gómez Morato, y el alto comisario, en el acto solemne de fin de maniobras. Desde Ketama, en el Rif Central, la noche del día 12 de julio, el teniente coronel Yagüe escribió una carta al director general del movimiento, general Mola, en la que daba cuenta de los múltiples compromisos y su plena seguridad de que el día 16 de julio estarían todas las fuerzas de maniobras en sus respectivas bases, y que todas ellas tenían misión concreta para dar principio a su ejecución tan pronto como se recibieran las órdenes que impacientes aguardaban. «Tengo todo preparado; los Bandos de guerra hechos. No dudo un momento en el triunfo. El espíritu de todos, magnífico», finalizaba Yagüe[117].

Este escrito, resultado de unos días de convivencia militar en el Llano Amarillo, resulta una prueba más de que la decisión del alzamiento estaba tomada, que aun sin el asesinato de Calvo Sotelo se hubiera producido igual, y de que la fecha ya había sido elegida tiempo antes, aunque es obvio —por razones de seguridad— que en muchos casos no fue comunicada hasta el último momento; de ahí las claves estipuladas con las que se ordenaría comenzar el alzamiento.

Hasta la hora estaba bien estudiada. El general Mola había decidido iniciarlo por la tarde para impedir la llegada de la aviación gubernamental.

3.8. ÚLTIMOS PREPARATIVOS Y ÚLTIMAS ÓRDENES

Durante los últimos días se intensificaron los esfuerzos por conseguir armas allá donde faltaban. Según el testimonio de uno de los implicados de la Comandancia de la Guardia Civil de Córdoba[118], dos o tres días antes del 18 de julio se empezaron a recoger de las armerías y establecimientos dedicados a su venta las armas de fuego, cortas y largas. Después fueron trasladadas con sus municiones al cuartel de la Guardia Civil, adonde fueron también llevadas las que existían en otras dependencias oficiales, para quedar allí depositadas. En Madrid fueron más madrugadores. En el mes de junio se presentaron en Lérida dos enlaces de la CEDA, trasladándose con Carlos La Rosa, afiliado al partido, a Andorra. Allí compraron unas trescientas pistolas, que llevaron a la capital[119].

Mola comenzó una amplia difusión de órdenes a todas las juntas militares. En las *Instrucciones que deben tenerse en cuenta por todos los comandantes de fuerzas destacadas, sea cualquiera su importancia numérica*[120], los conspiradores recomendaban, entre muchas cuestiones, evitar la diseminación de fuerzas en pequeños grupos, estar alerta para la lucha en las poblaciones porque el enemigo puede surgir en todo momento y de cualquier lado, vigilar en todas direcciones y rondas nocturnas para evitar emboscadas, evitar la aproximación de la gente y si es preciso con las manos en alto, y no estorbar la actuación de los paisanos armados que lleven el distintivo que se indicará oportunamente. Además, «no deben mezclarse las tropas con el pueblo, en general (paisanos) por ningún pretexto (salvo el caso de fuerzas armadas organizadas), ni admitir obsequios de comidas o bebidas que puedan encerrar engaño».

Mola era consciente de la falta de apoyos y entusiasmo en Madrid, por lo que exigía un mayor compromiso al resto de capitales. El 12 de julio enviaba a todos los comprometidos un informe reservado: «La dirección del movimiento patriótico estima necesario dirigirse a los compañeros comprometidos en él para ponerles al corriente con toda lealtad de ciertos

hechos demostrativos de que el entusiasmo por la causa no ha llegado todavía al grado de exaltación necesario para obtener una victoria decisiva y de que la propaganda no ha alcanzado un resultado completamente halagüeño»[121]. Finalizaba diciendo que todo estaba en marcha y que no debía de cundir el desaliento ni por la falta de apoyos ni por las detenciones. «Los que queden deben proseguir la obra iniciada», diría para mantener la moral. Finalizaba mostrando cierto desencanto con algunas fuerzas políticas como los carlistas, que pretendían mercadear su apoyo, «pues la colaboración es ofrecida a cambio de concesiones inadmisibles que nos harían prisioneros de cierto sector político en el momento de la victoria».

Unos días antes de la fecha prevista para el alzamiento, Mola envió a todos los enlaces y a todas las provincias en las que los jefes militares estaban comprometidos las claves telegráficas con las que se daría orden de inicio del golpe[122]:

— Barcelona: «*Dígale al Procurador que presente la demanda. Rodríguez Sánchez*».
— Bilbao: «*Se vendió la casa. Serrano*».
— Burgos: «*Se ganó asunto Audiencia. Fernández*».
— Valencia: «*A las… se hizo contrato naranja. Velarde*».
— Sevilla: «*La escritura se firmó a las… Santiago*».
— Zaragoza: «*Luisa ha dado a luz robusto niño… hora. Zabala*».

El día 15 de julio, Arraiza entregó en Madrid a Serrano Suñer las últimas instrucciones y mensajes de Mola para Franco. Además, el capitán Garicano las dejaba en manos del teniente coronel Galarza[123]. La orden de comenzar el alzamiento se extendió por todas las provincias comprometidas. En Valencia, por ejemplo, el día 16 le llegó a la Junta Militar la comunicación del general Mola de que el movimiento se iniciaría en África en la tarde noche del 17 de julio y que las distintas guarniciones debían levantarse sucesivamente en las fechas establecidas[124].

A las siete y cuarto de la mañana del día 17 de julio el enlace de Mola, B. Félix Maíz, enviaba desde Bayona tres radiogramas en clave para

Franco, en Tenerife; para Sanjurjo, en Lisboa; y para Seguí, en Melilla[125]. En ellos se recordaba la orden de comenzar el alzamiento el 17 a las 17.

4

Las causas de la conspiración: los intereses de los militares… y del gobierno

4.1. CONFLICTIVIDAD Y REVOLUCIÓN, PRINCIPALES ARGUMENTOS DE LOS CONSPIRADORES: EL MIEDO A LA REVOLUCIÓN

Resulta claro, por lo contemplado en el primer capítulo, que los militares españoles estaban acostumbrados al golpismo, no les hacían falta muchas excusas para tomar las armas contra el poder civil. ¿Qué buscaban? Políticamente la indefinición de sus objetivos muestra que no era el régimen lo que estaba en cuestión, sino algo más importante y que podía alterar verdaderamente las estructuras y cimientos de la sociedad. La clave, por tanto, no era política, sino social. Los militares africanistas y de la UME estaban asustados ante la revolución social. Miedo a la revolución. No fueron un instrumento de las fuerzas políticas conservadoras, como en ocasiones anteriores, para contrarrestar la revolución. Ellos eran los primeros interesados.

No querían perder su influencia en la sociedad y sobre el poder civil. Vieron las reformas de Azaña como un aviso. Ellos tenían un interés corporativo; también otro político e ideológico, sin duda. A veces coincidía, porque muchos de los que promovieron y organizaron la sublevación y participaron activamente en el alzamiento eran oficiales retirados por la Ley Azaña, como se pone de manifiesto en las declaraciones de la *Causa General*. En el componente ideológico entroncaban con las fuerzas políticas contrarrevolucionarias (como se autodenominaron en la campaña electoral de febrero del 36) en su miedo a la revolución, por lo que decidieron colaborar conjuntamente al tener el mismo interés. La derecha tenía miedo a la revolución, miedo a que las reformas sociales emprendidas en el primer bienio ahora sí se culminaran, porque las circunstancias y las intenciones de las fuerzas más extremas de la izquierda lo tenían muy claro. Para estas era la segunda y seguramente última oportunidad de conseguir alcanzar una República popular superando la República burguesa, pues un nuevo fiasco defraudaría sin remedio a la clase trabajadora.

Tabla 10
Manifiesto falangista

¡JEFES! ¡OFICIALES! ¡CLASES! DE LAS FUERZAS ARMADAS DE ESPAÑA ESPAÑA ESTÁ EN TRANCE DE MUERTE… ¿Qué hacer ante estos hechos? SOLDADOS DE ESPAÑA ESTAOS DECIDIDOS A SALIR EN SU DEFENSA, A OFRENDAR LA VIDA POR LA PATRIA. La disciplina, el honor, la fe jurada nos obligan. El alzamiento contra los asesinos de España no es ya sólo un derecho, es un sagrado deber. No se trata de una sublevación más, sino de un sublime y supremo acto de servicio patrio. ¿Cuándo actuaremos? No puede demorarse mucho la operación quirúrgica salvadora, a realizar sobre el cuerpo bendito de España… En nuestras manos está la salvación del tesoro glorioso del pasado, de la sangre de los mártires de España, de un porvenir radiante, de regeneración, de justicia social, de grandeza nacional. ¡LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO! JEFES, OFICIALES, CLASES DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA PATRIA ¡TODOS DISPUESTOS A CUMPLIR VUESTRO DEBER! ¡VIVA ESPAÑA! NOTA: El presente manifiesto se dirige únicamente a los Jefes, Oficiales y Clases de las fuerzas armadas de España, y no debe extenderse fuera de ellas su publicación. Quien lo tenga en su poder hágalo conocer a sus compañeros de armas, excluidos los traidores.

Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Almería, Leg. 1158-2.

Puede resultar significativo leer un llamamiento de los días previos al alzamiento, de los pocos existentes o, por lo menos, conservados, realizado por los falangistas y dirigido al Ejército, con un puro lenguaje militar y hecho para los militares. Entre otras cosas decía que «nuestro movimiento tendrá carácter nacional. Nuestras miras no son políticas ni tienen por fin el salvar intereses de clase… Por encima de todo partidismo político, alienta, no obstante, en nosotros la decisión de impedir que vuelvan a imperar en España sistemas, procedimientos, doctrinas y normas que, fatalmente, habían de conducirnos de nuevo a la ruina definitiva»[1].

El 28 de abril de 1936 el comandante José Cuesta Monereo, principal responsable de la conspiración en Sevilla, escribía una carta al general Miguel Cabanellas, jefe de la V División, en la que le exponía las razones y necesidad de actuar por parte del Ejército ante lo que calificaba como «estado de anarquía» del país:

> Pero es que ahora, mi General, ve la Patria amenazada por estas masas, sin control y sin solvencia, y ante el peligro común y lo que continuamente estamos viendo, el instinto de conservación les hace unirse cada vez más. Los hay fogosos, los hay tibios, pero exceptuando una pequeña minoría, todos están ya cansados de sufrir vejaciones y puedo asegurarle que como un solo hombre acudirían a la lucha, tan pronto fueran requeridos o se sintieran mandados, sea por un General, por un Capitán o por un Cabo. Es posible que no cometan la locura de repetir otro 10 de Agosto, eso sería efectivamente una locura, una acción aislada, que ahogaría rápidamente este Gobierno. Nunca segundas partes fueron buenas. Pero una acción de conjunto, dirigida y encauzada desde Madrid, esa sí sería secundada por todo el Ejército y Guardia Civil, y aún por muchísimo elemento civil, por muchos, mi General, que ahora se dicen de izquierda, lo que no tiene nada que ver, pues no excluye la idea de orden, que es lo que hace falta, ya que a nadie asustan los avances sociales y lo que tenga que venir, pero con orden[2].

El 18 de mayo de 1936 se constituyó en Barcelona la Junta Suprema Militar de Defensa Nacional, donde estaban representados todos los cuerpos, armas, institutos, dependencias y fuerzas orgánicas militares de la IV División. En el acta de constitución aludían a motivos similares: peligro de destrucción del orden, la paz social, la unidad sacrosanta de la patria y la vida de la misma como nación; descomposición de todos los órganos del poder, corrupción en todos los partidos políticos del régimen y agrupaciones sociales; brotes incesantes de *affaires*, robos, atracos, asesinatos, sacrilegios y prevaricaciones; «cubierta y amparada toda esa gama trágica de desdichas —aniquiladora de la Patria— por el más desvergonzado y cínico

impunismo y, como natural consecuencia, ante el asalto seguro e inmediato al poder por el anarco-sindicalismo y marxismo, capitaneados por Largo Caballero, que ha de llevar a nuestra amada España a la tragedia rusa, y, por ende a la más aterradora de sus desdichas y a su muerte indefectible»[3].

También el bando de guerra leído en Melilla la tarde del 17 de julio incidía en similar justificación, la misma que buena parte de seguidores del golpe esgrimieron públicamente durante años y los historiadores intentábamos ver como una causa superficial y de adorno de otras explicaciones más profundas. Pero la causa profunda era esa.

El estamento militar tuvo otro miedo, más cercano que el de la revolución general, aunque esta tendría sin duda alguna mayor repercusión: el de la pérdida de su poder en la calle, en la sociedad. Tal vez lo veían como un primer paso de esa revolución. A partir del 14 de abril de 1931 se va a ir produciendo el traspaso de las competencias sobre orden público a la autoridad civil o, mejor dicho, se va a imponer un nuevo sistema de relaciones entre poder civil y poder militar donde este, en virtud del principio democrático, va a estar supeditado a la autoridad civil[4]. Una muestra de ello fue la supresión, el 16 de junio de 1931, de las capitanías generales, columna vertebral a través de la cual se había articulado a lo largo de la historia contemporánea española el dominio del poder militar sobre el civil. El 21 de octubre del mismo año se aprobaba la Ley de Defensa de la República, que concedía al ejecutivo facultades excepcionales en toda regla; la autoridad civil es la encargada de administrarla y no la militar, como hasta entonces. Este será el régimen jurídico vigente hasta la aprobación de la Ley de Orden Público de julio de 1933, más favorable a los militares. Tras las elecciones del Frente Popular temían volver a la situación de los primeros años del régimen republicano.

Por tanto, los militares iniciaron la conspiración casi al compás del inicio del gobierno del Frente Popular, asustados por la revolución social y lo que para ellos eran ya algunas muestras de ella, como la pérdida de parte de sus prerrogativas y privilegios. Miedo a la revolución. El inmovilismo, el ultraconservadurismo y la ambición de una buena parte de los militares españoles no fue la única causa de la Guerra Civil, por supuesto. La guerra fue resultado de un cúmulo de problemas no resueltos por la sociedad

española durante mucho tiempo y agudizados con la llegada de la Segunda República, aunque esta también supo crear los suyos propios.

Uno de estos problemas seculares era la política militar, por descontado. Pero había otros muchos, destacando quizá en lugar preferente el de la distribución de la tierra, resultado de los procesos desamortizadores del siglo XIX. La clave estaba en la tierra, porque todavía en 1930 el 45,51 por 100 de la población activa española vivía del sector primario, constituyendo la agricultura el principal factor de producción. Este porcentaje era muy superior en algunos territorios, como Andalucía, Extremadura o La Mancha, sociedades plenamente ruralizadas. Durante la Segunda República se puso en marcha la Ley de Reforma Agraria (1932), pero el porcentaje de tierras expropiadas resultó ridículo a unos campesinos pauperizados y hambrientos de tierras. Las expectativas de una nueva redistribución de la propiedad de la tierra que se habían abierto con la llegada de la República se quedaron pronto frustradas. Había transcurrido casi un siglo y no había cambiado prácticamente nada.

Al problema de la tierra habría que añadir la problemática social generada por el tímido proceso industrializador del país, que provocó importantes desajustes sociales ante la falta de un modelo claro de crecimiento y desarrollo. Esta situación dio paso a múltiples enfrentamientos entre obreros y patronos, al incremento de la afiliación sindical y al aumento de la conflictividad social en el ámbito urbano e industrial, que se vino a sumar a la más tradicional del ambiente campesino.

Además de la distribución del trabajo hay otros factores ligados a ella que nos ayudan también a comprender el conflicto, como es el de la distribución de la riqueza, que parecía un polvorín. Muy pocas manos concentraban la mayor parte de la riqueza, mientras que mucha población vivía en la subsistencia o cercana a ella. Pero más injusto, si cabe, era que la riqueza que tenía que gravar no se conocía o, mejor dicho, no se quería conocer. El sistema tributario de finales del siglo XIX y principios del XX daba más prioridad a la tributación indirecta, que hacía pagar a todos los ciudadanos por el consumo, frente a la directa, que gravaba la riqueza.

A finales del siglo XIX en toda Europa estaba generalizado el catastro, inventario de la riqueza inmobiliaria y requisito básico para el

establecimiento de un sistema de recaudación directa sobre la propiedad, salvo en dos países: Inglaterra y España. En nuestro país se comenzó en 1906, aunque su realización llevó un ritmo excesivamente lento, dependiendo de las dotaciones presupuestarias y, sobre todo, de la fuerza de los propietarios ante las altas instancias políticas. Es el caso, por ejemplo, de la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), en la que se frenó el proceso. La Segunda República no lo aceleró, pues sus gobiernos dieron prioridad a la reforma agraria frente a la reforma fiscal. El mayor impulso se dio entre 1944 y 1959, año este en que se consiguió prácticamente su finalización. El catastro venía a dotar a la Hacienda pública de un mecanismo para valorar la riqueza de una forma más equitativa y realista que el de las valoraciones que hasta entonces venían realizando los propios ayuntamientos tras la reforma tributaria de Alejandro Mon. La *Contribución de bienes inmuebles, cultivo y ganadería*, fijada por ley de 23 de mayo de 1845, combinaba una distribución de cupo con una recaudación de cuota (amillaramientos). El cupo de cada provincia se repartía entre los ayuntamientos, y estos lo hacían entre sus propietarios, método que favorecía la ocultación de riqueza por parte de los propietarios más poderosos, ligados férreamente a las estructuras políticas locales, a las que dejaba la Hacienda nacional todo el sistema recaudatorio. Las declaraciones evaluatorias y los linderos se hacían a imagen y semejanza de los grandes propietarios. «La falta de Catastro es una de las armas más poderosas del caciquismo», decía con razón la Junta del Catastro en el proyecto final que sirvió de base a la ley de 13 de marzo de 1906.

A finales del siglo XIX los propietarios se habían asustado al hacerse públicos varios avances catastrales. La *Reseña Geográfica y Estadística de España de 1888* había publicado los realizados por el Instituto Geográfico y Estadístico en las provincias de Albacete, Cádiz, Córdoba, Jaén, Madrid, Málaga, Sevilla, casi toda la de Toledo y gran parte de la de Ciudad Real. Las conclusiones eran contundentes: ocultación de las superficies y de la riqueza en los amillaramientos. La primera, en un 33 por 100 de media en las provincias aludidas, aunque eran menos fiables aún las calidades atribuidas al suelo, observándose una caída progresiva en la declaración de tierras de primera calidad. Sobre la segunda, la *Reseña* publicaba un estudio

comparativo de la riqueza imponible que resultaba de las evaluaciones alzadas hechas por la Dirección General de Contribuciones y de la reconocida en los amillaramientos para todo el país, en 1879. Las primeras suponían una cantidad de 1 372 589 575 pesetas. Las segundas, 769 622 297. La diferencia, 602 967 278 pesetas, representaba el 56 por 100[5]. En 1945, con algo más de la mitad de la superficie nacional catastrada, la riqueza comprobada era de 1 064 765 620,91 pesetas, mientras la amillarada había sido para esas mismas provincias de 563 811 983,59. La diferencia era de 500 953 637,32 pesetas, casi el 53 por 100[6]. Los propietarios, como puede apreciarse por las cifras anteriores, tenían mucho que ganar en julio de 1936 y la mayor parte de la población muy poco que perder.

Otro componente importante de la sociedad de la época anterior a la guerra era el analfabetismo y la incultura. En 1930 en España todavía no sabía leer ni escribir el 42,34 por 100 de la población, siendo más elevada la tasa de analfabetismo entre las mujeres (47,51 por 100) que entre los hombres (36,92 por 100). Además, casi la mitad de la población de cinco a catorce años no estaba escolarizada. La tasa bruta de escolarización en ese año era del 55,8 por 100. La incultura favorecía mantener estructuras políticas y sociales contrarias a la razón. Por eso la educación, en su sentido más amplio, fue considerada un objetivo prioritario de los gobiernos republicanos.

A estas causas profundas y estructurales se sumaron las cuestiones coyunturales que provocaron a la República un contexto difícil desde el punto de vista político, social y económico, aprovechado por los militares y sus aliados para justificar y facilitar su acción ante la opinión pública, por ser problemas que afectaban a la vida cotidiana del momento y eran, por tanto, de candente actualidad. Entre ellas destacaba la crisis económica, que comenzó a azotar a buena parte del mundo a partir de 1929 y que en España se presentó con múltiples manifestaciones, sobre todo con un fuerte incremento del desempleo y la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores, generalmente con muy bajos salarios. A estas condiciones se unían las largas y penosas jornadas laborales, lo que hacía muy dura la existencia de los trabajadores y de sus familias. Otros rasgos sociales del

momento que contribuyeron a minar la convivencia pacífica de los españoles fueron la insatisfacción de algunos con el modelo territorial y el incremento de las reivindicaciones nacionalistas; la conflictividad social, fenómeno nada original en el país y en el ambiente europeo, pero la labor propagandística la hacía parecer bastante nueva, única y más grave; las amenazas públicas y demostraciones de fuerza de las organizaciones paramilitares; el enfrentamiento público y notorio de las distintas fuerzas políticas, tanto en los medios de comunicación como en la calle y en las Cortes, donde incluso eran frecuentes las continuas faltas de respeto; y la división de la sociedad española en muchos bandos irreconciliables, tanto ideológicos y económicos como territoriales.

A todas estas cuestiones deben añadirse una serie de razones psicológicas que marcaron la mentalidad colectiva de los políticos conservadores que abrazaron el alzamiento y de los ciudadanos a los que representaban. Entre ellas sobresalían los fantasmas de la revolución de octubre del 34; la amenaza de Moscú y del comunismo internacional; la angustia ante las cada vez más frecuentes reivindicaciones y exigencias sindicales y los enfrentamientos continuos en los jurados mixtos; el temor que provocaban los asentamientos campesinos; el desafío separatista y, por último, la sensación de desorden y caos social. En cuatro palabras: miedo a la revolución.

Todas estas causas y muchas más, que hacían cundir el desánimo en buena parte de la población, propiciaron el contexto que supieron manejar los militares y las fuerzas políticas que los secundaron, máxime con un gobierno endeble, sin apoyos sinceros ni incluso entre sus aliados del Frente Popular. Las reformas culturales y educativas de la Segunda República, que tenían como fundamento hacer hombres y mujeres más libres, más cultos y con mayor capacidad de participar en la gestión del presente y del futuro, no podía dar resultados tan inmediatos, por lo que la mentalidad colectiva del pueblo español seguía más marcada por la tradición que por los rasgos de una nueva sociedad que poco tuviera que ver con la que el régimen republicano quería pasar página de una vez para siempre.

Los militares conspiradores, en su afán de seguir actuando como cirujanos de hierro y salvadores de la patria guiados por la *santa*

providencia, creyeron encontrar las puertas abiertas a la insurrección. ¿Por qué el gobierno no cortó de raíz una conspiración pública como la de la primavera del 36? Pues por la misma razón: por miedo a la revolución.

4.2. LAS RAZONES DEL GOBIERNO: EL MIEDO A LA REVOLUCIÓN

El plan de la conspiración de 1936 tenía semejanzas y diferencias con el de los golpes de la dictadura de Primo de Rivera en 1923, 1926 y 1929. En común tenía lo público de la trama. Todos sabían que se conspiraba abiertamente en los cuarteles, hasta el gobierno, y eso a pesar del Servicio de Información plenamente inoperante que tenía. El hecho de que España no hubiera participado en la Gran Guerra y que sólo hubiera estado involucrada en conflictos coloniales no había permitido el desarrollo de servicios de escucha, criptografía y descriptado[7].

Los primeros en ver y anunciar la preparación del golpe militar fueron los anarquistas. El 19 de febrero de 1936, el Comité Peninsular de la FAI reclamaba atención «a los movimientos de los enemigos declarados de la revolución», «una actitud de vigilancia permanente frente al golpe de Estado que significaría el fin de las libertades públicas y de nuestra existencia como entidad revolucionaria organizada». Alertaba de la existencia de planes golpistas: «Recojan las regionales esta voz de alerta, que no nos sorprenda desprevenidos un hecho que podría sepultarnos en la nada, si no encontrase la resistencia resuelta de las masas populares y entre ellas de los anarquistas. En un golpe de Estado se juega el porvenir inmediato de la clase obrera, y un movimiento que como el nuestro ha llegado a colocarse en la primera línea del combate». Solicita la colaboración con la CNT, «buscando unidad en la lucha, ya que el movimiento de resistencia al fascismo estaría centrado necesariamente en la acción de masas y el control de estas lo poseen los organismos sindicales»[8].

En la celebración del primero de mayo en Cuenca, Indalecio Prieto, diputado y líder socialista, habló en su discurso sobre la existencia de la conspiración militar. Antes de pasar a la esfera pública intentó anunciárselo a Azaña en la privada, pero sin éxito, como amargamente se quejaba aún en un escrito de 1949, cuando recopilaba sus recuerdos. Primero se lo comunicó confidencialmente al jefe del gobierno. «Notaba yo —recuerda el líder socialista— el enojo que le producían mis advertencias, pero me sentía obligado a soportarlo. Sólo les puse término una tarde, cuando, en el despacho de ministros del Congreso, el presidente del Consejo, no pudiendo contener su enfado, me dijo con desabrimiento: “Deje de fastidiarme. Lo que usted se imagina es producto de la menopausia”. No volví a visitarle hasta el 17 de julio»[9].

El 15 de julio, el Comité Nacional de Defensa Confederal CNT, FAI, AIT, enviaba una circular anunciando su constitución y alertando sobre el plan golpista:

> Es sumamente urgente, ir a la coordinación de todos los efectivos existentes, aumentando estos en la medida de lo posible, teniendo en cuenta que nos encontramos amenazados por dos fascismos: el de Derechas y el de Izquierdas, y que, ante esta situación no hay términos medios.
>
> Si no somos nosotros quienes pasemos por encima de estas fuerzas fascistas, serán ellos quienes nos aplasten. Ante este dilema de vida o muerte, estamos en previsión de ello, para que si en fecha próxima se precipitan los acontecimientos, cosa que para nosotros no debe ni puede ser una sorpresa, podamos hacer frente a los mismos de una manera resuelta y con procedimientos contundentes[10].

Pero no solo en Madrid se sospechaba de la trama militar. En Galicia, el Comité de Alianza Obrera de Vigo, en una nota redactada el 3 de abril de 1936, cursó instrucciones «sobre las actuaciones que debían llevar a cabo los trabajadores como medidas de resistencia si la sublevación tuviese éxito»[11]. En Jaén, días antes del alzamiento, el Comité Provincial del

Partido Comunista recibió una carta del Comité Central en la que le comunicaba que la sublevación era cuestión de días e indicaba la necesidad de tomar una serie de medidas encaminadas a movilizar a las masas y hacer frustrar los planes de los enemigos del pueblo. Para conseguir tal objetivo, el Comité Provincial del partido convocó una reunión del Frente Popular en la que «se tomó el acuerdo de que el día 14 de julio de 1936 habían de salir diez delegaciones del FP a recorrer todos los pueblos de la provincia, informar a las organizaciones sobre la situación y la necesidad de tomar medidas en cada pueblo para que grupos armados del FP estuvieran preparados controlando de cerca los cuarteles de la guardia civil y a los terratenientes y caciques»[12].

En Córdoba, el socialista Manuel León llevó los datos concretos de la sublevación en Córdoba a Madrid. Su hermana, dueña de la fonda donde se alojaba el falangista y militar retirado Rogelio Vignote, descubrió en su mesilla de noche documentación sobre los preparativos golpistas, señalando fecha, implicados y enlaces. El director general de Seguridad, Alonso Mayor, le puso a su disposición dos agentes y un coche para viajar a la capital. El día 12 de julio el director general recibía la información detallada de los planes golpistas en Córdoba[13].

El mismo día 17 por la mañana el general Batet, jefe de la División de Burgos, fue a Navarra para intentar frenar los planes de Mola. Se entrevistaron en Iratxe. Mola dio su palabra de honor de que no se sublevaría. Batet se conformó con la palabra del general, pero el alcalde de Estella, Fortunato Aguirre, pidió telefónicamente permiso al presidente Casares Quiroga para detener a Mola. No se lo consintió[14].

Según el testimonio de un republicano que andaba en julio del 36 por Melilla, Javier Lanuza, los mandos militares leales reiteraron su preocupación al gobierno en continuos informes que no tenían respuesta. El jefe militar de la circunscripción de Villa Alhucemas, Delgado del Toro, le confesaría: «He enviado a Madrid un montón de informes. Después de lo de Llano Amarillo, mi información ha sido de lo más completa que puedan haber recibido. ¡Machacona y molesta, si usted quiere! No he omitido un solo detalle de lo que sé, que es mucho. He hablado claramente de los peligros que existen, peligros reales, inminentes… También he hecho un

informe detallado a don Diego, exponiéndole los remedios urgentes que podrían salvar, a mi juicio, esta situación. ¡Pero todo ha sido inútil! ¡No me han hecho caso!»[15].

En Cataluña las fuerzas de orden público estaban al tanto de la conspiración. Federico Escofet, comisario general de Orden Público de Cataluña, y el coronel Vicente Guarner, jefe superior, recibieron detalles de la misma de varios miembros de la asociación UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista). Ordenaron un registro en el domicilio del capitán Pedro Valdés que dio como resultado el hallazgo, en la caja del gramófono, de un gran sobre lacrado que contenía un bando del general Manuel González Carrasco que declaraba el estado de guerra en Cataluña, un manifiesto dirigido «Al País» firmado por la Junta Suprema Militar de Defensa de España, una orden con instrucciones para los comandantes de unidades acerca de la ocupación de objetivos y varias hojas de adhesión al movimiento y pasquines referentes al mismo.

Con estas pruebas, el comisario Escofet visitó al general Llano de la Encomienda, responsable de la IV División. Este se limitó a ordenar la detención del capitán y de dos tenientes, pero nada más. En dos nuevas ocasiones Escofet visitó al general pidiéndole la detención de los jefes y oficiales implicados y la apertura de una investigación sobre el proceso conspirativo en el seno de la división. El general se negó en rotundo. Manifestó que él respondía de la guarnición. El propio Guarner le pidió también en persona la detención de unos cuarenta jefes y oficiales que sabían estaban implicados. «Yo no hago ni permito eso de ninguna manera —respondió Llano de la Encomienda—. Hay agitación, pero la guarnición está tranquila. Ayer precisamente hablé con el general Fernández Burriel y con el coronel Llanas, que estaba sentado donde tú estás y me dieron palabra de que sus fuerzas no se alzarían en armas»[16]. Los responsables de orden público de la Generalitat también mantuvieron informado al presidente de la misma, Companys, y este, a su vez, parece ser que advirtió en varias ocasiones al gobierno de lo que se planeaba en muchos cuarteles y de las actividades conspirativas de la UME.

Quizás la prueba más contundente de la información existente sobre la conspiración esté en la propia documentación militar. El 27 de junio de

1936 el Estado Mayor Central del Ejército enviaba a la II División en Sevilla, y seguro que al resto de divisiones, un escrito alertando de la preparación de la sublevación, el cual fue enviado inmediatamente a la Comandancia Militar de la Plaza de Málaga como documento «Confidencial y muy reservado»:

> Se tienen noticias en esta Sección de un inmediato movimiento militar, similar al del 10 de agosto, por la proximidad del día 29 del actual, fecha para la cual estaba anunciado uno violento de izquierdas. Con respecto a este movimiento de izquierdas, no hay noticias algunas que permite creer en su realización, y así mismo se sabe que entre los elementos de extrema derecha se observa marcada agitación y cierta actividad que acusa la preparación de algún movimiento, probablemente, contra el régimen y que al parecer su iniciación partirá de provincias, o tal vez de África. La noticia solo debe tomarse como aviso que evite sorpresas[17].

Algunos no solo hablaban, sino que actuaban. Desde meses antes del alzamiento algunas asociaciones militares, como la UMRA, comenzaron una intensa actividad dentro de los cuarteles para neutralizar a los conspiradores. En Orense desde la primavera de 1936 se tienen noticias de la existencia de varias células organizadas tanto en el cuartel de Infantería como en la Comandancia de la Guardia Civil, cuestión que inquieta a los conjurados. Prueba de ello es la constitución de la Liga secreta anticomunista, integrada por oficiales y personal de tropa de probadas convicciones derechistas que se dedicaban a espiar a sus compañeros de armas[18]. En Valencia actuó el Radio Hospital, de tendencia comunista. Según el testimonio de su secretario político, César Avis, el Radio tenía cuatro células de empresa y una en el 5.º Tercio de la Guardia Civil en el cuartel Arrancapinos, de la cual era responsable el sargento motorista Sánchez. Se componía de cuatro guardias y el capitán Juan Chirivella, «estos camaradas jugaron un gran papel, desorganizando el cuartel y ayudando a liquidar los posibles focos de resistencia que intentaban ofrecer la guardia civil del cuartel de Arrancapinos al mando del Teniente Coronel

Gómez Plata, que seguía las órdenes y de acuerdo con la Guarnición Militar mandada por el General Martínez Monje»[19].

Ya en el mes de julio la actividad del Partido Comunista y de las Juventudes Socialistas Unificadas se intensificó: «La tarde del sábado (17 o 18 de julio de 1936) —recuerda un militante— me encontraba en la calle Atocha vendiendo el semanario *Juventud* junto con otros camaradas del Radio 2 de la JSU, cuando nos avisaron que debíamos presentarnos en el Radio Sur del Partido (calle de Lavapiés) donde se iban a repartir armas. La noticia no nos sorprendió, pues las últimas noches las habíamos pasado movilizados en los locales de la JSU en la calle del Pacífico, en previsión de una posible sublevación fascista»[20].

En el otro lado, no solo los militares eran conocedores de los planes golpistas. Navarra se convirtió desde los primeros días de julio en lugar de veraneo de muchos políticos, aristócratas y familias acomodadas madrileñas que buscaban un lugar seguro ante los acontecimientos que esperaban con conocimiento de causa. Algunos, incluso, decían con socarronería que iban a ver la sublevación «en palco, para no perder detalle». El mismo Calvo Sotelo había sido convencido para marchar a Navarra, pero se le adelantó el destino. Navarra era «tierra segura», el lugar en el que la reacción católica autoritaria resultaba más evidente[21].

También la diplomacia extranjera estaba al tanto de la trama militar, lo que a buen seguro trasladaría a las autoridades españolas. El 22 de abril, el embajador británico en España hablaba ya en un despacho oficial dirigido a su ministro de la posibilidad de un golpe de Estado, liderado por los generales Franco o Goded[22]. En los primeros días de julio hablaba de insistentes rumores en Madrid sobre un próximo golpe militar[23]. El embajador francés alertaba el 5 de junio a su ministro de Asuntos Extranjeros de la preparación de una sedición militar comandada por el general Mola, desde Pamplona[24]. Todo el mundo parecía saber lo que se tramaba.

Sánchez Albornoz recuerda a Azaña derrotado de antemano. En conversaciones sobre la violencia de los meses previos a la guerra, apenas opinaba. Ni decisión, ni palabras firmes, ni gesto esperanzador. Sobre la conspiración, relata: «Mediados de junio. Había regresado de Lisboa a

buscar a mis hijos. Informé a Casares en el Congreso de mis noticias sobre la llegada a Portugal de Fal Conde procurando pasar inadvertido, sobre sus entrevistas con Sanjurjo y sobre cuanto sabía acerca de la conspiración que se tramaba allí. Los antiguos amigos de Acción Republicana me refirieron el avance de la crisis institucional y los más íntimos me dijeron: “Vete a ver a Azaña, hay que abrirle los ojos. Van a barrernos esas gentes de enfrente”. Visité a don Manuel —así solía yo llamarle— en el Palacio Nacional. No me dejó explayarme: “Ya hablaremos con calma. Venga mañana a la Zarzuela”»[25].

El gobierno tomó ciertas medidas, sin duda, pero no las drásticas que hubieran hecho falta, a pesar de lo que opinen algunos autores. Para Rafael Cruz[26], el general Pozas, inspector general del Instituto, había realizado ya decenas de combinaciones y ascensos que suponían el desmantelamiento de las comandancias anteriores y la neutralización de los generales más proclives a la rebelión. El resultado fue que solo uno de los siete altos jefes de la Benemérita se sumó a la sublevación, y la actuación de la Guardia Civil fue clave en Madrid y Barcelona, principales objetivos de los sublevados.

Enrique Sacanell[27] también pone en duda la posible pasividad de Casares. Fruto de las medidas preventivas tomadas, tan solo uno de los ocho comandantes de las regiones militares se sublevó y ninguno de los titulares de las tres inspecciones generales lo hizo. El inspector de la Guardia Civil y sus seis generales fueron fieles al gobierno. De los veintiún generales de división, diecisiete permanecieron al lado de la República; de los cincuenta y nueve generales de brigada, lo hicieron cuarenta y dos. Lo más inesperado fue que no mantuviera su fidelidad el inspector del Cuerpo de Carabineros.

Pero la clave tal vez no estaba en los generales, que al estar en la cumbre de su carrera tenían mucho que perder, sino en los oficiales y en los jefes de las unidades militares de cada provincia, como Mola bien pensó. Se sumaron a la sublevación casi todos los jefes de Estado Mayor y entre el 80 y el 85 por 100 de los oficiales, que lograron sublevar a 44 de las 53 guarniciones más importantes y la mitad de las fuerzas de orden público[28].

Tal vez esta fue la clave del éxito, por supuesto parcial, del alzamiento militar.

El gobierno actuó en la cúpula militar pero se olvidó o quiso olvidarse de lo que sucedía en cada provincia. Se limitó a ordenar a los gobernadores civiles la vigilancia de sospechosos civiles y militares, en muy pocos casos su detención y la recogida de armas. En algún lugar resultaron cruciales para abortar el alzamiento, como en Cuenca, pero en la mayoría fueron ineficaces. En esta ciudad el 25 de marzo había sido detenida la plana mayor de la Falange conquense, incluido su jefe provincial, Benito Pérez García. Poco después serían todos liberados, aunque este ingresó de nuevo en la cárcel en julio, cuando las conversaciones sobre la conspiración contra la República fueron definitivamente descubiertas. El 13 de julio, el director general de Seguridad dio a conocer en una nota de prensa la redada efectuada ese día que había llevado a ciento ochenta y cinco jefes provinciales y locales de Falange de todo el país a la cárcel por haber recibido instrucciones para provocar un movimiento subversivo. En Cuenca, la detención de los principales cabecillas falangistas y de la conspiración se realizó en la práctica en la madrugada del 13 al 14 de julio. «Por estas medidas, ejecutadas por el Gobierno Civil, la Falange conquense perdió toda su operatividad a las puertas de la sublevación»[29].

En Lugo, el día 10 de junio el gobernador civil de la provincia trasladaba al primer jefe de la Guardia Civil y Comisaría de Investigación y Vigilancia un telegrama del Ministerio de Gobernación advirtiéndoles de «un supuesto movimiento de tipo militar». Tres días después un nuevo telegrama del Ministerio al gobernador le alertaba del movimiento inminente tras el asesinato del diputado Calvo Sotelo y le daba instrucciones para neutralizarlo. Entre ellas la recogida de armas, continuación de registros de personas sospechosas «e incluso se recabó información de las sastrerías de la capital lucense sobre encargos de uniformes militares»[30].

En Albacete los planes conspirativos se vieron ligeramente traspuestos ante la detención de los elementos más destacados de Falange, ordenada el 16 de julio por el gobernador civil Pomares Monleón, pero el proceso, por la fuerza de los respaldos militares, era imparable.

El gobierno, de Azaña primero y de Casares Quiroga después, actuó con lentitud y con confianza. ¿Por qué? La versión más generalizada acaba diciendo que días antes del golpe de Estado, Casares Quiroga y Azaña seguían pensando que la República tenía medios suficientes para controlar la sublevación, por lo que no había de tomarse medida alguna de emergencia. Descartaba llamar a las organizaciones sociales y políticas a defenderla con las armas. Se dejaron llevar por la falsa presuposición de que los militares carecían de la capacidad para intentar con éxito un golpe que les proporcionara el poder. En este convencimiento tenía mucho que ver lo ocurrido en el verano de 1932 con la sublevación de Sanjurjo, que fue dominada con relativa facilidad[31]. El biógrafo oficial de Franco, Joaquín Arrarás, cita las palabras de Azaña a Franco cuando este fue a despedirse para salir hacia Canarias, a primeros de marzo, y le indicó el error de alejarle de Madrid, donde podía ser «más útil al Ejército y a la tranquilidad de España». Azaña contestó: «No temo a las sublevaciones. Lo de Sanjurjo lo supe y pude haberlo evitado, pero preferí verlo fracasar»[32].

En el mismo sentido tenemos otro testimonio, el de Javier Lanuza. Este alude a una reunión mantenida en el Ministerio de la Gobernación cuando Azaña era aún presidente del Consejo de Ministros, a la que asistió en compañía de Llopis, el coronel Rodríguez de Quirós, Albar, Fernando García Peña y Pérez Urrutia, entre otros, y al comentarle el movimiento en los cuarteles «Azaña pidió a uno de nosotros un cigarrillo, y con aquella manera tan suya de fumar, después de echarnos casi a la cara una bocanada de humo, nos dijo con aire entre burlón y solemne, con solemnidad ministerial: ¡Eso es lo que queremos! ¡Que se lancen! ¡El gobierno está deseando que se echen a la calle para aplastarlos!»[33].

Esta actitud escondía algo más profundo. La conspiración continuaba avanzando no porque las autoridades esperaran pasivamente el desenlace, sino porque no fueron lo eficaces que debieron haber sido o porque eran conscientes de poder aplastar la sublevación a poco de estallar. Tal vez Azaña dejaba hacer a los militares conspiradores porque estos eran el único freno a lo que de verdad le asustaba: la revolución social. Miedo a la revolución. No deseaba que triunfara el golpe, por supuesto, pero el alzamiento de los militares y su control le darían seguridad y poder ante sus

aliados para frenar la pasada por la izquierda. Tal vez no tenía muchas más opciones dado el transcurso de los acontecimientos a partir de la victoria del Frente Popular. Todos los miembros de esta coalición electoral se unieron con el fin de vencer, pero los programas y exigencias de unos y otros eran tan diferentes que cuando lo hicieron todos quisieron pasar factura. Azaña imaginaba hacia dónde iría la victoria, por la radicalización de los partidos y organizaciones obreras. Y era consciente de que las elecciones se ganarían por un muy reducido margen de votos, como así fue. No son de extrañar las palabras que Ángel Ossorio puso en boca del propio Azaña ante las elecciones de febrero del 36: «Con toda mi alma quisiera tener una votación lucidísima, pero no ganar las elecciones de ninguna manera. De todas las soluciones que se pueden esperar, la del triunfo es la que más me aterra»[34].

Azaña había sido no solo el impulsor del Frente Popular, sino también su ideólogo. Desde meses antes tenía en la cabeza, con todos sus detalles, los pasos necesarios para llegar a la coalición electoral. Pero él sólo pensaba en el acuerdo entre su partido y el socialista. Ampliar la coalición a más partidos republicanos u otros partidos obreros no solo era innecesario sino que incluso sería contraproducente, como diría en una carta al líder socialista Indalecio Prieto[35]. Sobre todo temía al Partido Comunista, que aspiraba a ampliar sus bases con una política basada principalmente en fomentar el clima revolucionario y recordar constantemente el mito de octubre del 34. Este partido achacaba al PSOE, donde buscaba simpatizantes, que la revolución de 1934 había fracasado no por la pusilanimidad de las masas, sino por los fallos de dirección del movimiento, cuya responsabilidad recayó en los socialistas. El sector radical de Largo Caballero, principal escollo para Prieto en el camino hacia el Frente Popular, fue el que al final impuso la presencia del PCE.

Por medio de su otro yo, el personaje Garcés, en su novela *La velada en Benicarló*[36], Azaña tal vez dé las claves de algunas de sus ideas y preocupaciones. Para él, la República había civilizado España, y si no se entiende así no servía de nada ni para nada. La República no era antiborbonismo, ni anticlericalismo, ni anticentralismo… no era anti, era una fase superior. Por eso no podía consentir dejar el paso libre a la revolución social. La República «sucumbió en las últimas semanas de julio,

cuando no pudo reducir en pocos días la rebelión y para salvarse y salvarnos de la tiranía militar, abrió las compuertas, o soportó que fuesen derribadas, al ímpetu desordenado del pueblo, reconociendo con eso mismo su impotencia». «Los hombres como yo hemos venido demasiado pronto o demasiado tarde», se lamentaba Azaña en boca de su personaje ficticio, al no haber logrado convencer a sus enemigos, sobre todo con los que compartió cartel electoral.

La izquierda más radical no favorecía el espíritu reformista, proclamando la necesidad de afrontar la revolución social con la fuerza de los votos de febrero del 36 y el espíritu de la revolución del 34. La tragedia estaba servida. La República se estaba asfixiando entre la presión de los extremos, sin poder poner freno al ímpetu revolucionario. Por eso le vino bien la conspiración y no puso excesivo celo en detenerla. Demasiada presión para un gobierno endeble. Esta sensación del gobierno fue compartida por mucha gente. «Parece que en gran parte de los españoles predominaba el deseo, quizá fatalista, de que estallara de una vez la violencia para quemar las reservas de acometividad dirigida a aniquilar al odiado contrario. Creían que el choque sangriento rompería la insostenible angustia que les atormentaba», ha escrito Luis Romero[37]. Las autoridades realmente de lo que estaban asustadas no era de la violencia, con todo lo que suponía; ni del Ejército, al que pensaban reducir con facilidad en caso de actuar; sino del ambiente social prerrevolucionario de la mayor parte de municipios, tanto en los más grandes, escenarios hasta ahora mejor conocidos, como en los más pequeños, olvidados en la mayor parte de estudios.

El gobierno dejó hacer a los conspiradores por las razones expuestas con anterioridad, pero no calibró sus verdaderas fuerzas, lo que le impidió dominar la sublevación en los primeros días, pensando más en una actuación similar a la Sanjurjada de 1932. Este fue el gran error del ejecutivo durante la conspiración y el primero de los muchos que se iban a suceder en unas horas y días trascendentales. Aunque parece que no le importaba en exceso la conspiración ni el golpe militar, no quería ni mucho menos su triunfo, pero cuando quiso abortarlo, no supo ni pudo hacerlo. La trama urdida por Mola era mucho más seria de lo que creyó el gobierno y

de lo que han creído la mayor parte de los estudiosos de estos acontecimientos. Los conspiradores también cometieron errores que iban a determinar su fracaso en algunos territorios, algunos de gran importancia estratégica. Unos y otros empataron en su temor a la revolución y en errores, de ahí que el golpe de Estado se convirtió muy pronto en una guerra civil.

¿Por qué esta actitud gubernamental? El detonante bien pudo ser la salida del gobierno de Manuel Azaña para encargarse de la presidencia de la República. En el fondo estaba la manifiesta enemistad del presidente de la República y del presidente del Consejo de Ministros y la división de las organizaciones del Frente Popular, e incluso en el seno de algunas de ellas, como el Partido Socialista. Con una conspiración en marcha y un elevado índice de conflictividad social, abril de 1936 no era el mejor momento para intentar acabar con Alcalá Zamora. La debilidad era patente tanto en el gobierno como en la presidencia de la República, y eso tenía enormes riesgos para los republicanos y facilitaba múltiples argumentos a sus opositores.

El motivo por el que estalló la crisis era absurdo, lo que muestra que se esperaba una excusa para iniciar el asalto a la República, la revolución, por parte del sector caballerista del PSOE. El 7 de abril, Azaña y Prieto decidieron presentar una proposición para que se declarara que no era necesario el decreto de disolución de las Cortes. La había preparado el primero y la presentó el segundo. Azaña quería salir del gobierno a toda costa. Ya no podía aguantar más, y veía estéril la coalición gubernamental para poner freno a los revolucionarios. Pensaba en él presidiendo la República y en Prieto dirigiendo el gobierno. Azaña fue elegido candidato único a la presidencia de la República por acuerdo de todos los partidos que formaban la coalición del Frente Popular; 754 votos a favor de los 874 diputados y compromisarios que tomaron parte en la votación. El 11 de mayo prometió su cargo. Posteriormente inició las consultas para formar gobierno.

Prieto salió de su primera entrevista con el recién elegido presidente, en la noche del 11, convencido de que en breves horas iba a ser presidente del gobierno. Comunicó al presidente de la República un plan de gobierno cuyo

primer punto consistía en realizar un cambio sustancial en los mandos militares, para que sólo los de probada lealtad permaneciesen en los puestos clave del Ejército. Prieto también le mostró la necesidad de pasar a la reserva a todos los jefes de actuación antirrepublicana y a privar de todos sus derechos a los militares acogidos a la Ley de Retiros que venían conspirando contra la República.

En la mañana del día 12 el Partido Socialista decidió no autorizar a Prieto a dirigir un gobierno de Frente Popular. La propuesta de Prieto obtuvo 19 votos a favor por 49 en contra. Prieto no quiso provocar más tensión en el partido y decidió no aceptar el ofrecimiento de Azaña. Largo Caballero, según Santos Juliá, esperaba el fracaso del ejecutivo republicano para ocupar el poder. Así lo manifestó en la reunión de la minoría parlamentaria: «A pesar de que Prieto dijera luego otra cosa, en mayo de 1936 no hubo gobierno de coalición presidido por un socialista sencillamente porque Largo Caballero cerró las puertas a tal eventualidad.

»De esta manera, una operación destinada a ampliar las bases del gobierno acabó por debilitarlo todavía más en un momento de conspiración militar y de movilización obrera y campesina»[38]. Azaña confió el encargo de gobernar a su más cercano y leal colaborador político, Santiago Casares Quiroga, que formó un gobierno exclusivamente republicano.

Para Santos Juliá[39] la decisión del cambio de presidente fue exclusivamente personal de Azaña. Las relaciones de este con Alcalá Zamora se habían vuelto cada vez más tensas, pero la destitución de este último era una consecuencia política del resultado de las elecciones del Frente Popular, en las que el propio presidente de la República había tomado partido por una opción de centro. Había arriesgado y perdido.

Otras versiones apuntan a que el propio socialismo revolucionario pretendía acabar al mismo tiempo y en la misma ocasión con la influencia de Azaña y con la de Prieto. Juan Marichal se basa en el testimonio del ideólogo del sector caballerista Luis Araquistáin. Este le comentó en París en 1959 que el grupo caballerista dirigente «quería eliminar a Azaña de toda posición gubernamental de carácter ejecutivo y también aspiraba a impedir que Indalecio Prieto fuera nombrado Primer Ministro. De ese modo el gobierno estaría en manos incapaces para frenar a las masas y podría

iniciarse fácilmente una acción revolucionaria. La maniobra, según me relató Araquistáin, fue muy sencilla: se empujó a Azaña hacia la Presidencia de la República y cuando este pensó (como era de esperar) en Prieto para la jefatura del gobierno, se encontró con un veto absoluto de su propio partido, el Socialista, que le impedía aceptar el ofrecimiento de Azaña. *Así inutilizamos a los dos*, me dijo el antiguo dirigente socialista»[40]. En 1960 coincidió el autor con Indalecio Prieto en México, al que contó la versión de Araquistáin: «Algo de eso me sospechaba yo, pero nunca pensé que fueran tan maquiavélicos mis adversarios del Partido»[41].

Para el que fuera presidente de las Cortes del Frente Popular, Azaña quería abandonar el gobierno como fuera y a costa de quien fuera, y en la coyuntura más propicia la víctima era el presidente de la República. «El acoso al gobierno del señor Azaña —escribiría en sus *memorias* Diego Martínez Barrio— empezó minutos después de hacerse cargo de los ministerios»[42]. Continuó desde la derecha a la izquierda, entre la perplejidad del gobierno, la intranquilidad de la opinión pública y la irritación del presidente de la República. El ala izquierda del Partido Socialista no quiso frenar la impaciencia popular en muchas zonas del país. Tampoco oían ninguna moderación las organizaciones anarquistas.

El recuerdo de Martínez Barrio parece una teoría sólida muchos años después. Azaña trataba de calmar el desordenado empuje del Frente Popular, pero empezaba a sentir que sus esfuerzos serían inútiles. En sus discursos del 3 y 15 de abril clamaba por la paz y el esfuerzo de todos por conseguirla, pero sin resultados. Azaña se dio cuenta de que la situación era imposible, que su misión estaba perdida y abocada al fracaso. Era un «presidente amortizado», como él mismo se calificaría al referirse a julio de 1936[43].

PARTE II

El golpe de estado y sus modelos

5

Radiografía de un golpe de Estado (17-28 de julio)

5.1. La sublevación en Melilla

> Primero fue el grito lejano de una sirena; grito como arrancado del corazón; grito que era chillido y desgarramiento, como si el aire quedara desflecado. Grito de apocalipsis para que nos aprestáramos. [Carlota O'Neill, Melilla, 17 de julio de 1936].[1]

Melilla fue la primera, la escogida por Mola. Era uno de los baluartes más firmes en el apoyo al alzamiento y el general no quería arriesgar. Mola confió en llevar su inicio a tierras africanas por cuatro razones principales. La primera, porque no podía contar con Madrid. La segunda, porque en el Marruecos español se concentraba la parte del Ejército más preparada y entrenada, curtida en la lucha colonial, que sirvió de escuela y promoción a muchos de los jefes sublevados, algunos de ellos con un prestigio y carisma que no solo les hacía populares entre la clase militar. La tercera, porque las tropas y, sobre todo, los jefes y oficiales de Marruecos eran bien conocidos

por él, pues desempeñó el cargo de jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos hasta el gobierno del Frente Popular, en febrero de 1936. La cuarta, por la mayor libertad de acción para los jefes y oficiales comprometidos. A tantos kilómetros de Madrid y con el mar por medio, muchos de ellos se movían a sus anchas, como el general Francisco Franco, comandante militar de Canarias, quien era considerado cabeza de la sublevación en Marruecos. Un ejemplo fueron las maniobras que se celebraron unos días antes, que resultarían muy importantes en el plan de acción. Estas maniobras resultaron claves en el alzamiento. Allí se cerró la organización del mismo en Marruecos y allí aprovecharon algunos mandos, como el jefe de la 2.ª Bandera de la Legión Extranjera teniente coronel Juan Yagüe, para concienciar y preparar el ambiente ante la insurrección.

Además, en el triunfo del alzamiento en Melilla y el resto del protectorado en Marruecos jugó a favor un factor coyuntural: el factor sorpresa, extraño en todo este laborioso proceso conspirativo. La conspiración fue pública pero el golpe causó cierta sorpresa. Todos sabían que se conspiraba pero las autoridades desconocían dónde y cuándo se daría el golpe…, hasta el 14 de julio. Ese día el delegado gubernativo de Melilla, Jaime Fernández Gil, que llevaba en el cargo ocho días, recibió un telegrama cifrado de Gobernación en el que se indicaba que «elementos militares y de derecha preparaban una sublevación»[2]. Habló en seguida con el general jefe de la Circunscripción Oriental del Protectorado, Manuel Romerales Quintero[3], quien le aseguró que no tenía temor de que se alzasen en armas las fuerzas a sus órdenes. No era tan optimista el coronel Delgado de Toro, jefe del Sector de Alhucemas, quien le confirmó sus temores, pero le comunicó que él había alertado al general Romerales, al Ministerio de la Guerra y a algunos jefes de partidos políticos de izquierda, pero no sirvió de nada.

La noche del 16 de julio, el delegado gubernativo recibió una confidencia del presidente de Unión Republicana, Felipe Aguilar: al día siguiente los militares iban a repartir armas cortas entre paisanos de derechas. El delegado habló con el general Romerales, que seguía confiado, aunque le prometió interesarse por el asunto: «Usted ve, Peñuelas. No ocurre nada… ¡Podemos dormir tranquilos!», diría la mañana del 17 a su

jefe de Estado Mayor. Cuando se confirmó el golpe, le llamó a su presencia, y le dijo lamentándose: «Peñuelas… ¡era verdad el movimiento!»[4].

A las dos y media de la tarde comenzaron a llegar los insurrectos a la Comisión de Límites. Pero el delegado gubernativo conoce el reparto de armas a los falangistas y comunica al gobierno el inicio de la sublevación, obteniendo como respuesta más preguntas que propuestas, para desesperación de la máxima autoridad civil de la ciudad, que llega a confesar a uno de sus pocos aliados: «¡Esa gente de Madrid se figura que estamos jugando aquí a las revoluciones!». Al cabo de unos minutos vuelve a insistir con un nuevo telegrama:

> ¡Pero no acabo de informar que el coronel Solans es el jefe del movimiento rebelde en Melilla! ¡Y que lo que pasa aquí no es un juego de chicos, sino una sublevación en toda regla! ¡Que ahora la cosa sí va en serio! ¿O es que nadie se entera de lo que digo[5]?

Ante la pasividad del gobierno, el delegado ordena al general Romerales actuar. Este decide enviar una pequeña tropa para detener a los jefes y oficiales que dirigían el reparto en la Brigada Topográfica y a los conspiradores de la Comisión de Límites, quienes consiguen desarmarla gracias a la intervención de la Legión Extranjera, a la suma de los Regulares, con el teniente coronel Barrón al frente, y las fuerzas venidas de acuartelamientos exteriores a Melilla. Desde allí el coronel Luis Solans Lavedán, que era el militar de máximo rango entre los conjurados en la plaza y el jefe previsto del alzamiento en Melilla, dirigió la sublevación.

Sobre las cinco de la tarde («El 17 a las 17» era la consigna)[6], todas las fuerzas comprometidas salían a la calle con el fin de controlar la ciudad. El coronel Luis Solans procedería en primer lugar a despojar al general jefe del mando de la guarnición, que previamente acababa de comunicar a Madrid lo que estaba sucediendo en Melilla. El general preguntó a sus más estrechos colaboradores y vio que solo contaba con el apoyo de tres de ellos. El capitán Rotger, de forma airada y descompuesta, dando sucesivos golpes en la mesa del general, aconsejó a Romerales no dimitir. Otros dos oficiales le secundaron. Pero el resto de jefes y oficiales presentes en el

despacho del general se mostraron partidarios del alzamiento. Romerales llamó al delegado gubernativo:

> Sr. Delegado. En este momento acabo de resignar el mando en el coronel Solans. Lo que he hecho ante la necesidad de evitar el derramamiento de sangre. Solamente cuento con las asistencias personales del comandante Seco, comandante Ferrer y capitán Rotger, y quizás algunos otros más; pero en pequeño número. Es este el momento más amargo de mi carrera militar y estoy sufriendo el dolor más grande de mi vida como servidor leal de la República[7].

Desde las dos y media el delegado estaba conectado con el Ministerio de la Gobernación a través del telégrafo *Hugues*, informando minuto a minuto de los acontecimientos y solicitando refuerzos navales y aéreos. De poco sirvió. Tras la detención del general Romerales las fuerzas insurrectas marcharon hacia la Delegación Gubernativa. La ocuparon sin ningún tipo de resistencia, abandonada la máxima autoridad civil hasta por sus propias fuerzas de seguridad, según relato de uno de los presentes:

> La puerta del reducto oficial gubernamental estaba abierta, sin la custodia de la Guardia Civil, que era la fuerza que la guardaba de manera normal. En todo el edificio quedaban solamente cuatro guardias de Asalto, cuatro agentes de policía y tres amigos políticos del Delegado Gubernativo. Esa era toda la asistencia con la que podía contar la primera autoridad civil de la plaza para enfrentarse a la sección reforzada del Tercio, que en plan de ataque rodeaba el objetivo enemigo. Empleando más exactitud, podía decirse que únicamente los cuatro guardias de Asalto y uno solo de los agentes de policía constituían la expresión visible de lealtad y de apoyo al gobierno de la República[8].

Todos los edificios oficiales fueron ocupados con la colaboración de la Guardia Civil y de los Carabineros, que se sumaron al alzamiento. Al

anochecer, frente a Comandancia, en la esquina de la calle del General Marina con la de Luis de Sotomayor, previo toque de cornetas y tambores de la fuerza de Cazadores número 7, el teniente coronel Bartomeu leyó el bando de guerra, firmado por el general Franco. Luego marcharon por el centro de la ciudad y volvieron a leer el bando frente al Casino de Unión y Recreo. A las nueve de la noche del 17 de Julio de 1936 los principales lugares estratégicos estaban tomados, quedando ocupada toda la población.

Tabla 12
Bando de guerra del general Franco en Melilla

Hago saber: **Una vez más, el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían, con amargura infinita, desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: ESPAÑA.** **Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la República, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia…**

La resistencia al golpe provocó algunos tiroteos, que fueron apagados sin víctimas por los sublevados salvo en la Base de Hidros. En esta, poco después de las cinco de la tarde comenzó el movimiento de tropas y el ruido de la sirena: «la sirena llamaba y llamaba con arrebato de fuego», recuerda Carlota O’Neill, esposa del capitán Virgilio Leret Ruiz, jefe de la Base de Hidros de la Mar Chica, perteneciente a la Aviación:

> Hubo un silencio; nada se veía ni oía, hasta que reventaron disparos y machaqueo de ametralladoras. Los soldados de la República disparaban desde las ventanas de la Base en loco empeño, en inútil empeño, pues tenían perdida la jugada, ya que, por ser verano, se había dado permiso de vacaciones a la cuarta parte de la tropa. Estas eran las órdenes de Manuel Azaña que habían de cumplirse, como las de que desmontaran los motores de todos los aparatos de tierra y agua, en espera de los que tenían que llegar de Francia. Los oficiales vivían en Melilla, y por la tarde sólo estaba el de guardia. Todo era inútil, y así lo sabían los hombres que

> aguantaban el empuje, que crecía en marejada, contra la Base en remolino de chichías, barbas erizadas y caras de moros; todo era estrépito de muerte y fuego[9].

Los pocos hombres que había en la base se refugiaron en el edificio de oficiales, desde donde estuvieron disparando hasta que se acabaron las municiones. Cuando todo estaba perdido el capitán salió, arrojó el revólver vacío a sus pies y se cruzó de brazos mirando cómo avanzaban los moros cuesta abajo; ¡llovían las balas sobre él, pero ninguna le rozó siquiera!, atestiguaron los presentes. Apareció el capitán Soler, que mandaba las fuerzas que ocuparon la base, y el capitán le dijo que allí nadie era responsable, más que él, de la resistencia que se había hecho y que había ocasionado la muerte a un soldado y a un sargento moros: «Yo soy el jefe, y estos hombres se han limitado a obedecer mis órdenes».

El capitán Leret fue arrestado junto al resto de oficiales y tropa y fusilado el 23 de julio: «Se colocó sereno frente al piquete y exclamó: ¡Viva la República!», según manifestó un testigo a su mujer. Virgilio Leret Ruiz era un joven de 33 años que había servido en la guerra de Marruecos como capitán de Infantería, estando en un blocao con veinte hombres cerca de un mes. Después se hizo aviador, observador militar y observador civil internacional. Había participado en la toma de Xauen y en Alhucemas.

La Base de Hidros del Atalayón, situada en el oeste de la llamada Mar Chica, a unos 10 kilómetros de Melilla, por sus condiciones excepcionales en el Mediterráneo occidental estaba considerada como la mejor de todo el norte del continente africano, por lo que representaba un objetivo central para los organizadores del movimiento al garantizar el control aéreo de la zona.

Después de apoderarse de la Base de Hidros en el Atalayón, los sublevados tomaron el aeródromo de Tahuima, donde detuvieron al general Agustín Gómez Morato, jefe de las Fuerzas Militares de Marruecos, a quien el gobierno de la República ordenó su rápido desplazamiento en avión desde Tetuán, capital del protectorado. Tal vez aquí el gobierno perdió su primera batalla de la guerra.

En Tetuán las tropas quedaron acuarteladas a la una de la tarde, y al comenzar el movimiento en Melilla el coronel Eduardo Sáenz de Buruaga se hizo con suma rapidez con el control de la ciudad a excepción del aeródromo, que fue controlado al amanecer del día 18 después de un breve intercambio de fuego con sus defensores. A continuación, el coronel Buruaga detuvo al alto comisario, Arturo Álvarez Buylla, que fue depuesto.

En Larache, sobre las 22 horas, el coronel Múgica ordenó el despliegue de las tropas. El capitán Moreno Farriols, con una compañía del batallón de Las Navas, se encargó de la lectura del bando de guerra. El teniente González Vidaurreta y el teniente Bozas se dirigieron a ocupar los edificios de Correos y Telégrafos con una sección de Ingenieros. El teniente Reinosa Martínez, del batallón de Transmisiones, se posicionó en Comandancia. Se produjeron algunos incidentes cuando el capitán López de Haro, con el apoyo de algunos militares y paisanos, intentó oponer resistencia al movimiento, pero fueron reducidos sin demasiadas complicaciones.

En Ceuta el alzamiento triunfó sin necesidad de disparar ni un solo tiro. El teniente coronel Juan Yagüe era el jefe de los conspiradores en la ciudad y principal coordinador de la conspiración entre los jefes y oficiales del protectorado. Hacia las once treinta de la noche se hizo con el control de una ciudad prácticamente vacía porque fueron muchos los que marcharon a Melilla. Por no estar, no estaba ni el general Capaz, jefe militar de la Circunscripción Occidental del Protectorado, lo que facilitó aún más la acción de las tropas de Yagüe y su ocupación de los edificios oficiales. Con la misma facilidad transcurrieron los acontecimientos en otras poblaciones de la zona, como Xauen, Alcazarquivir o Villa Sanjurjo. Resultó clave en este sentido la colaboración y apoyo de las altas autoridades marroquíes del protectorado, el jalifa Muley Hassam y su gran visir Sidi Ahmed el Ganmía.

El 18 de julio Franco comenzó a desempeñar un papel de gran importancia estratégica y moral. Una vez comenzada la sublevación, los implicados le cablegrafiaron rápidamente a Tenerife:

> Tetuán 18 de Julio a las 10. Urgentísimo.
>
> Coronel Saez de Buruaga Jefe Ejército de África al general Franco Santa Cruz de Tenerife.

> Dueños absolutos de todas las plazas de Marruecos agradecemos de corazón el entusiasta saludo, anhelando pronta llegada ponernos sus órdenes.
>
> Puede tomar tierra en Tetuán o Larache sin consecuencias. Conviene avise salida y esperamos noticias.
>
> Viva España[10].

El general se hallaba en Las Palmas para asistir al entierro del general Balmes. Una vez que lee el cablegrama, responde con otro:

> Gloria al heroico ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones, que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor[11].

A las once de la mañana del 18 de julio el general Franco entregó el mando del archipiélago canario al general Orgaz. De uniforme descendió al patio de la Comandancia Militar donde le aguardaba el coche. Al subirse al mismo, parece que pronunció las siguientes palabras a la multitud expectante:

> No venimos a luchar por ningún partido político, no somos retrógrados. Nuestra misión, la única, será la de labrar una nueva España, haciendo frente a la anarquía, al caos, al desorden y al crimen. ¡Fe, Fe y Fe! ¡Disciplina, Disciplina y Disciplina[12]!

El coche oficial se dirigió al muelle pequeño de Las Palmas, donde esperaba el remolcador *España* para llevarle al aeropuerto de Gando con el fin de tomar la avioneta que había de conducirle a Tetuán. A las 14 horas del 18 de julio se elevaba del Campo de Gando, en Las Palmas de Gran Canaria, el *Dragon Rapide*, avión privado fletado por el banquero Juan March y pilotado por Cecil Bebb. Había salido diez días antes de Inglaterra y esperaba órdenes. Franco iba acompañado de su ayudante y primo, el

teniente coronel Franco Salgado. Hacen escala en Casablanca. Allí reciben instrucciones para tomar tierra en Tetuán, donde aterriza el avión la mañana del 19 de julio.

La salida de Franco de Canarias constituye todavía un episodio enigmático. Como comandante militar de las Islas Canarias tenía su cuartel general en Santa Cruz de Tenerife. El *Dragon Rapide* había aterrizado en Gran Canaria, ya fuera por su mayor proximidad al continente africano, por la nubosidad que suele rodear Tenerife o porque se temiera que Franco pudiera estar sometido a vigilancia. Lo cierto es que no podía salir de Tenerife sin autorización del ministro de la Guerra. Al parecer, su solicitud de una visita de inspección a Gran Canaria fue denegada. Su salida «fue resultado de una asombrosa coincidencia o, posiblemente, de un juego sucio», en palabras de Preston[13]. La muerte el 16 de julio del general Amadeo Balmes, comandante militar de Gran Canaria y excelente tirador, al resultar herido de bala en el estómago cuando probaba una pistola, resultó providencial, al permitir a Franco llegar a Gran Canaria para asistir al entierro y, *de paso*, coger el *Dragon Rapide*.

Una vez concluido el triunfo absoluto e inapelable de los sublevados en el protectorado de Marruecos en la mañana del día 18, había que iniciar la segunda fase de la sublevación, que era la expansión hacia la Península.

5.2. LA NOTICIA LLEGA A TODO EL MUNDO… ANTES QUE A ESPAÑA

Lester Ziffren, corresponsal de *United Press* en España en 1936, fue el primero en informar al mundo del levantamiento del general Franco contra el gobierno de la República. Consciente de que se trataba del inicio de una guerra civil y temeroso de la censura, ni siquiera mandó la noticia tal cual, sino que se inventó un acrónimo, un texto en el que con la primera letra de cada línea se formaban las palabras «Legión Extranjera de Melilla se subleva, declarada la ley marcial».

El mensaje de Ziffren no tenía demasiado sentido. Hablaba de la larga enfermedad de su madre, probablemente laringitis, y de lo conveniente de que la tía Flora volviera, aunque era igual de bueno si lo hacía de noche. Pero pasó la censura y los editores de *United Press* descifraron el código y captaron el mensaje: las tropas de Melilla se habían sublevado.

Según el testimonio del propio Ziffren, fue el marqués de Bolarque (uno de los compositores del *Cara al Sol*), con quien había hecho amistad, el que le confirmó el inicio del levantamiento. Todas las comunicaciones telefónicas y telegráficas con el resto de España y el mundo exterior se habían cortado, pero consiguió que un contacto en la compañía telefónica les abriera una línea 60 segundos para llamar a Londres. Fred Caldwell, director ejecutivo de la Compañía Telefónica Nacional de España, estaba cenando en el Hotel Ritz cuando Ziffren lo abordó y convenció.

Cuando Ziffren llegó a la Península en 1933 lo hizo convencido de aterrizar en un destino tranquilo. La convulsa España de la época haría que no tuviera un minuto de descanso desde que tomó posesión de la oficina de *United Press* en Madrid. Todas las noches tenía un programa de radio que se escuchaba en Estados Unidos: «España día a día» (*Spain Day by Day*).

Así conoció el mundo la noticia del comienzo de la Guerra Civil española la tarde-noche del 17 de julio de 1936. *United Press* la divulgó rápidamente por todos los medios y países, aunque en algunos, como España, la censura lo impidió. Todavía faltaban muchas horas para que los españoles tuvieran conocimiento del alzamiento por parte de sus medios de comunicación. Hasta entonces, solo se oían rumores.

El sábado 18 de julio buena parte de los españoles desayunaban ya con la noticia del golpe de Estado, aunque no debió causar sorpresa a casi nadie, unos porque participaban de la conspiración; otros, porque estaban esperándolo. A las ocho y media de la mañana, por medio de la radio, fue dirigida a la opinión pública y al pueblo español en general la primera comunicación oficial al respecto, una nota bastante «patriótica» del gobierno dando por hecho el fracaso del golpe militar:

> Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República. El Gobierno no ha querido dirigirse al país hasta tener conocimiento

exacto de lo sucedido y poner las medidas para combatirlo.

Una parte del Ejército que representa a España en Marruecos se ha sublevado en armas contra la República, volviéndose contra su propia patria, realizando actos vergonzosos contra el Poder nacional. El Gobierno declara que el movimiento está suscrito a determinadas ciudades del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a tan absurdo intento. Por el contrario, los españoles han reaccionado unánimemente y con la más profunda indignación contra esa tentativa, frustrada en su nacimiento.

El Gobierno se complace en manifestar que buenos grupos de elementos leales resisten frente a los sediciosos en las plazas del Protectorado, defendiendo con su prestigio el Ejército y la autoridad de la República. En este momento, las fuerzas del aire, mar y tierra, salvo la triste excepción señalada, permanecen fieles en el cumplimiento de su deber y se dirigen contra los sediciosos para reducir este movimiento insensato y vergonzoso.

El Gobierno de la República domina la situación y afirma que no tardará muchas horas en dar cuenta al país de estar dominada la situación[14].

La guerra de propaganda que comenzó en estos momentos estuvo llena de mentiras y falsedades, de verdades a medias y de silencios. La opinión pública intentó ser manipulada desde un bando y desde otro. La prensa de estos primeros días de guerra es reflejo de estas premisas.

«De nuevo habla el Gobierno para confirmar la absoluta tranquilidad en toda la Península…»[15]. Con estas palabras comenzaba una nueva nota radiada desde Gobernación a primera hora de la tarde con el fin de valorar la tranquilidad reinante y agradecer las adhesiones recibidas. A las seis de la tarde se transmitieron por radio nuevas noticias desde el Ministerio de la Gobernación:

Continúan los elementos enemigos del Estado propalando rumores y noticias falsas. La adhesión de todas las fuerzas al Gobierno es general en España. Solamente en Marruecos continúan

> determinados elementos del Ejército en su actitud hostil a la República.
>
> La emisora de radio de Ceuta trata de producir alarma anunciando que barcos ocupados por rebeldes se dirigen a la Península. La noticia es absolutamente falsa.
>
> Por el contrario, la escuadra marcha hacia los puertos africanos, sin haber encontrado oposición en el cumplimiento de las órdenes de restablecimiento de la paz, que pronto será conseguido.
>
> De nuevo se hace saber a todos los españoles que son absolutamente falsas las noticias circuladas de haber sido declarado el estado de guerra en España. La autoridad es únicamente la civil y a ella han de estar sometidas todas las demás para el servicio de la República[16].

Horas después, el Ministerio de Gobernación volvía a radiar diversas notas para dar cuenta de la extensión del movimiento militar a la Península, concretamente a las ciudades de Sevilla y Málaga:

> Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno de la República. Algunos núcleos, donde se iniciaba cierta inquietud han reaccionado rápidamente y se ponen decididamente al lado del Gobierno, que confía que la subversión quede localizada a sus pequeños focos actuales.
>
> En Sevilla, donde se declaró de manera facciosa el estado de guerra por el general Queipo de Llano, se produjeron actos de rebeldía por parte de los elementos militares, que fueron detenidos por las fuerzas al servicio del Gobierno. En estos momentos ha entrado ya en la ciudad, como refuerzo, un regimiento de Caballería al grito de ¡Viva la República[17]!
>
> En Málaga las fuerzas de Asalto, con un alto espíritu y una entereza extraordinaria, resisten el ataque de los sediciosos. Han hecho una salida del Gobierno civil, desalojando del edificio de la Telefónica a los facciosos, que se habían apoderado del mismo,

> quedando este en poder de las fuerzas del Gobierno. Las fuerzas de Asalto y la Guardia civil lucharon con gran entereza e hicieron a los rebeldes varios prisioneros y bastantes bajas.
>
> La situación sigue mejorando[18].

Los sublevados respondían con una nota de prensa firmada por el general jefe de la II División, Gonzalo Queipo de Llano, que acababa con un significativo ¡Viva la República!, que ponía de manifiesto la falta de un objetivo político claro por parte de los conspiradores:

> ¡Españoles!: El Gobierno agonizante con un cinismo sólo comparable a su miedo incontenido, anuncia por la radio la sumisión de todas las fuerzas que han asumido el honroso empeño de salvar a la Patria.
>
> Pronto se convencerá ese Gobierno indigno, por propia experiencia, de que el movimiento triunfante en toda España, avanza con paso seguro hacia la capital de la República.
>
> Fuerzas de Regulares, tras de dominar Cádiz, avanzan sobre Sevilla.
>
> Dos banderas del Tercio y un Tabor de Regulares, han dominado sangrientamente La Línea y avanzan sobre Málaga y Granada.
>
> Columnas de las Divisiones del Norte, estarán muy pronto a las puertas de Madrid.
>
> Esta es la situación que ese Gobierno disimula escondiendo la cabeza lo mismo que el avestruz.
>
> ¡Españoles! España está salvada. ¡Arriba los corazones! ¡Viva España! ¡Viva la República[19]!

El día 20 el general Queipo de Llano, desde Sevilla, anunciaba el triunfo de la sublevación («¡Sevillanos!: El Ejército español, fiel depositario de las virtudes de la raza, ha triunfado rotundamente») y pedía «a las personas de orden y amantes de la verdadera justicia» se presentasen en el Gobierno Civil a ofrecer sus servicios, y al vecindario que, para facilitar la

labor del Ejército, «levante las persianas de los balcones a fin de no dar sospecha a que de tal forma puedan encubrirse los agresores». También acababa el manifiesto con un ¡Viva España republicana[20]!

A excepción de Pamplona, donde ondeó la bandera bicolor, y en Burgos, donde requetés y monárquicos también la alzaron, el golpe militar se hizo bajo bandera tricolor republicana. «No es cierto que se utilizara la bandera como añagaza, sino porque así se había acordado y figuraba en las instrucciones de Mola. Igualmente se utilizó el grito ritual de ¡Viva la República!, incluso por Franco, aunque después se suprimiría en lo impreso»[21].

5.3. Los sublevados: la Junta De Defensa Nacional y el nuevo marco jurídico

A la indefinición de los conspiradores en el objetivo político venía a sumarse en estas primeras horas de tanta trascendencia la falta de liderazgo. La muerte del general José Sanjurjo el 20 de julio, cerca de Lisboa, al caer la avioneta en la que iba a ser llevado a Burgos y Pamplona, dejó a los sublevados en una situación imprevista. El golpe fracasaba, convirtiéndose en guerra, y los sublevados se quedaban sin líder. Mola, el hombre que había dirigido los hilos de la conspiración, se convirtió en el personaje más significativo en ese momento, tras la desaparición de Sanjurjo. El 24 de julio quedó formada la Junta de Defensa Nacional, presidida por Miguel Cabanellas, el general más antiguo de los alzados. Mola fue el hombre fuerte desde el principio. Franco entró en ella con posterioridad. En el plano militar, la junta se limitó a nombrar a Mola, Queipo y Franco mandos supremos del Ejército del Norte, del Sur y de África, respectivamente. La junta nacía dotada de una gran importancia en la estrategia política, militar y, sobre todo, jurídica.

La sublevación del 17 y 18 de julio nace, jurídicamente, como respuesta a una pretendida situación excepcional en el país, mediante la declaración del estado de guerra por parte de las autoridades militares comprometidas

en la rebelión, olvidando las reglas constitucionales sobre declaraciones de estados excepcionales que prohibían toda suspensión de garantías no decretada por el gobierno constitucional.

El nuevo ordenamiento jurídico, que va a llegar hasta entrados algunos años en la dictadura franquista, tiene su origen en los bandos dictados a partir del 18 de julio. El bando de Mola del 19 de julio afirma que el Ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ve obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de los españoles, por lo que ordena y manda, entre otras cuestiones, someter a la jurisdicción de guerra los delitos de rebelión, sedición y los conexos de ambos.

Unos días después se iba a dictar la normativa general para el estado de guerra: el importantísimo bando de 28 de julio de 1936[22]. En el mismo no se invoca la ley republicana de orden público (1933), sino que la legitimación se busca en el nuevo órgano ejecutivo: la Junta de Defensa Nacional. Durante el siglo XIX, la legislación de orden público preveía la posibilidad de que la autoridad militar declarara el estado de guerra cuando «a su juicio» (decisionismo) estuviera en peligro la seguridad del Estado. Eso permitía declarar el estado de guerra mediante un bando, regulado en las Reales Ordenanzas de Carlos III (1768) y «sustituir» a partir de ese momento a la autoridad civil. La legislación de orden público de 1933 modificó el sistema secular y solo permitía declarar el estado de guerra a la autoridad civil. Por eso los sublevados crearon una «autoridad civil propia», la Junta de Defensa Nacional, bajo cuya autoridad se declaró el estado de guerra en todo el territorio nacional.

El bando de 28 de julio, además de establecer las reglas de enjuiciamiento por consejo de guerra para todos los delitos contra el orden público, incluidos la rebelión y sedición, considera como rebeldes (rebelión militar) una amplia serie de conductas, como la propalación de noticias falsas o tendenciosas con el fin de quebrantar el prestigio de las fuerzas militares, la posesión de armas de fuego o explosivos, la celebración sin autorización de reuniones o manifestaciones públicas y un largo etcétera. A partir de la entrada en vigor de este bando quedaban cercenados todos los derechos democráticos reconocidos en la Constitución de 1931. El bando fue expresamente derogado por auto de fecha 13 de julio de 1948, aunque

los artículos del mismo relativos a la rebelión militar perdieron el vigor con anterioridad, con dos leyes de marzo de 1943 y especialmente con el nuevo código de justicia militar de 1945. Con todo, en la posguerra, entre 1939 y 1943, miles de ciudadanos españoles fueron condenados a muerte y ejecutados en aplicación del bando y, especialmente, de los preceptos que tipificaban la rebelión militar.

5.4. LA ACTUACIÓN DEL GOBIERNO Y DE LAS ORGANIZACIONES OBRERAS

Parecía una paradoja, pero en julio de 1936 estaban los mismos protagonistas que en agosto de 1932. En este año Azaña era presidente del Consejo y ministro de la Guerra y Casares ministro de la Gobernación. Sanjurjo el líder de la sublevación. Las mismas caras pero en circunstancias muy distintas.

El Consejo de Ministros de la tarde del 18 de julio, reunido en el Ministerio de la Guerra a partir de las 16.30 horas, decidió el cese, entre otros, del general de división Francisco Franco Bahamonde en el mando de la Comandancia Militar de Canarias, y que quedara en suspenso en el cargo de inspector general de Carabineros y general de división Gonzalo Queipo de Llano. Además acordó la anulación del estado de guerra declarado en las plazas de Marruecos, Península, Baleares y Canarias, «relevando de la obediencia a esta disposición a las fuerzas militares de dichas plazas», licenciar las tropas y los cuadros de mando que se han colocado frente a la legalidad republicana y disolver «todas las unidades del Ejército que han tomado parte en el movimiento insurreccional», decía el decreto oficial. Estas medidas no eran ya suficientes, y el nerviosismo empezó a cundir en todas las esferas del poder político y sindical.

A diferencia de la pasividad mostrada por los partidos y organizaciones sindicales de izquierda ante el golpe de Primo de Rivera en 1923, en julio de 1936 se produjo una movilización obrera rápida, aunque desigual desde el punto de vista territorial. Las organizaciones políticas y sindicales

republicanas ya eran conscientes de que iba a ser necesario algo más que comunicados que apelaran a la unidad de la patria y a la legalidad del régimen y del gobierno del Frente Popular. Los comités nacionales del Partido Socialista y del Partido Comunista lanzaron a la opinión pública en general, con la autorización del gobierno, una nota en la que le mostraban su lealtad y su disposición a luchar en todos los frentes, incluso en el de batalla:

> Los momentos son difíciles, pero de ningún modo apurados. El Gobierno tiene la seguridad de contar con recursos suficientes para acogotar el intento criminal a que han osado los enemigos del régimen y de la clase trabajadora.
>
> Ahora bien; para el caso de que los recursos no sean suficientes, la República dispone de la promesa solemne del Frente Popular que encuadra bajo su disciplina a todo el proletariado español, resuelto serena y apasionadamente a intervenir en la contienda entablada tan pronto como su intervención se juzgue decisiva. Estamos deseando demostrar que nuestro ofrecimiento al Gobierno es algo de valor más decisivo y sincero que una promesa protocolaria de los días tranquilos. El Gobierno manda y el Frente Popular obedece. Para que esta obediencia alcance a tomar toda la efectividad necesaria, es indispensable que la clase trabajadora se prepare desde ahora mismo, sin pérdida de tiempo, para todas las contingencias de una lucha en la calle. No habrá después de estas más palabras de aviso. Cada militante obrero debe concentrarse en el local de la organización más inmediata y quedar a la espera de la orden de actuar, que le será dada tan pronto como esa consigna sea necesaria. Nadie pida palabras inútiles ni por su parte haga gestos innecesarios.
>
> La lucha puede ser a muerte, y hay que acumular la energía de todos para lanzarse como un alud sobre el adversario. El Frente Popular necesita revalidar con las armas la victoria que alcanzó en las urnas[23].

Demasiado tarde. ¡Qué bien le hubiera venido al ejecutivo ese espíritu colaboracionista unos meses antes! La UGT, mientras, declaraba la huelga general en todas las localidades en las que se hubiera declarado el estado de guerra por parte de los *facciosos*, según su propia terminología. La CNT prevenía a sus afiliados para que estuvieran atentos al primer aviso, aunque días después publicaba su postura oficial por medio de una nota:

> El Congreso reunido en representación de los trabajadores de la Península, se dirige a todos ellos recomendándoles que de una manera eficaz y absoluta cumplan con el deber que tienen de coadyuvar con todas sus fuerzas y por todos los medios a la defensa de la libertad que elementos infames al servicio de la plutocracia y del militarismo fascista quieren destruir.
>
> Al defender nuestra libertad evitamos que nuestros hijos caigan en la más abyecta esclavitud y no hacemos más que zanjar un pleito en el que nos lo jugamos todo. No hay sacrificio, incluso el de la vida, que no deba emplearse en este momento en bien del pueblo español. No se deben regatear cuantos esfuerzos sean necesarios ni poner obstáculo alguno hasta nuestro completo triunfo, que no tardará en llegar[24].

Para la CNT, la respuesta popular a la sublevación militar era «el pronunciamiento de la libertad», según destacaba en nota del Comité Nacional dirigida a todos los combatientes antifascistas, a los que pedía unidad para vencer al fascismo en un momento único e importantísimo de la historia de la humanidad:

> En defensa de nuestras libertades nos hemos erguido con las armas en la mano en todas partes. Ha sido el nuestro el pronunciamiento de la libertad. A este se han sumado todos los hombres que, sin estar encuadrados dentro de nuestra ideología, aman con la misma intensidad que nosotros los principios de humanidad y justicia. Y el mundo entero ha contemplado con

> asombro, como a un movimiento militar de caracteres vastísimos, las clases populares han respondido unánimemente.
>
> La Historia, rica en enseñanzas de esta índole, no nos ofrece hechos análogos al que hoy vive la España productora.
>
> Ha habido epopeyas populares que asombraron a la Humanidad, más ninguna guarda similitud con la que hoy se desarrolla en el suelo ibérico. Cuando fría y concienzudamente los hechos se trasladen al horario de la Historia, el mundo, repetimos, quedará asombrado del valor y la decisión del proletariado español[25].

En cuestión de horas, además, lanzaban un comunicado dirigido «A todo el pueblo Español»:

> En esta hora de júbilo popular la CNT declara mostrarse orgullosa del acto realizado. Repetidas veces habíamos dicho que si el fascio asomaba su cabeza la aplastaríamos inexorablemente. Y ahí está la prueba; el pueblo español poseído de un ardor combativo que desearíamos fuera compartido por todo el proletariado mundial, ha derrotado a los que desde hace mucho tiempo venían, desde las sombras, fraguando el complot.
>
> Por la libertad y la justicia la CNT ha luchado y luchará, hasta gastar si es preciso, el último hombre así como también el último cartucho.
>
> ¡Viva la Alianza revolucionaria de todos los combatientes contra el fascio! Viva la Confederación Nacional del Trabajo[26].

El Comité Nacional de la CNT nada más tener conocimiento del golpe militar envió un delegado a cada Regional. Días después comunicó a todas las regionales la necesidad urgente de enviar un delegado a Madrid. El día 20 el secretario del Comité Nacional de CNT, David Antona, habló por los micrófonos de Unión Radio advirtiendo de la gravedad del momento, haciendo un llamamiento hacia la lucha: «Había que ir al total exterminio

de aquellos que sólo pensando en exterminarnos se habían levantado en armas»[27].

Tabla 12
Llamamiento del gobierno

Trabajadores: como un solo hombre, en defensa del Frente Popular y de la revolución democrática. Movilizaos inmediatamente y, bajo la disciplina de vuestras organizaciones, marchad, con paso firme, a reforzar los elementos de que el Gobierno dispone para aplastar a los criminales que se han alzado en armas contra el régimen. Contra el fascismo, camaradas. ¡Victoria o muerte! ¡En pie: al combate!

Fuente: *Claridad*, 18 de julio de 1936, p. 12.

Pero fue la joven e impulsiva diputada comunista Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», la que *encendió* los ánimos a buena parte de los trabajadores, pegados a los aparatos de radio ansiosos de noticias. A las diez y media de la noche del 18 de julio dirigió a través de la radio una acalorada alocución, que tuvo una gran repercusión social: «¡Todos en pie dispuestos a defender la República, las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo!», decía al comienzo[28]. Llamaba a la lucha, al grito de combate «¡El fascismo no pasará!», «no pasarán los verdugos de octubre». El entusiasmo popular comenzó a desbordarse. Ya no había marcha atrás. El pueblo quería armas. El golpe de Estado había fracasado, pero este fracaso iba dando paso día a día, minuto a minuto, a una guerra civil.

El gobierno dirigido por Santiago Casares Quiroga presentó su dimisión al presidente Azaña en la noche del día 18. Parecía el resultado lógico a la vista de su fracaso en prever y controlar la situación y, sobre todo, ante su negativa a entregar armas al pueblo, a dar paso a la revolución. Pensaba que si lo hacía entregaba el poder a las organizaciones obreras, con lo que sumaría a la sublevación a muchos indecisos, sobre todo militares. Tras la dimisión de Casares, tampoco Azaña quería entregar armas a las milicias populares, convencido de que no tardarían en suplantar al gobierno. Trató de buscar una solución de compromiso, llamando a Miguel Maura, moderado y católico, pero este se negó. La misma noche dramática, del 18 al 19 de julio, tanteó Azaña otra salida, que pasaba por Martínez Barrio,

político sevillano, centrista y negociador, gran oriente de la masonería y, por ello, con buenas conexiones políticas y militares.

A las cuatro de la madrugada se hizo pública la constitución del nuevo gobierno presidido por Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes y jefe de Unión Republicana, con la exclusión de Casares Quiroga, aunque en la práctica apenas llegó a tomar posesión por las discrepancias surgidas en el seno del Frente Popular. Lo formaban miembros de Izquierda Republicana, Unión Republicana y Partido Nacional Republicano. Los socialistas se negaron a entrar.

Martínez Barrio intentó negociar la paz. Se puso en comunicación telefónica con el general Mola y le propuso la titularidad del Ministerio de Guerra y el de Gobernación para otro militar que él designara. La suerte estaba echada y no podía retroceder; así se lo comunicó Mola. «Es tarde, muy tarde…», le contestó el general.

Socialistas, anarquistas y comunistas convocaron para la misma mañana del domingo 19 una manifestación por las calles de Madrid en protesta por la negociación. ¡Abajo el gobierno!, y ¡Armas para el pueblo!, fueron algunas de las consignas de los manifestantes, que aturdieron al nuevo ejecutivo. A ellas se sumaron las calificaciones de traidor de algunos correligionarios de Azaña. «Tampoco las organizaciones obreras podían ni querían retroceder. En cuanto se propaló que Martínez Barrio intentaba incluir en el gobierno a Felipe Sánchez Román, ilustre jurista cuyo partido no se integró en el Frente Popular, y que realizaba gestiones cerca de jefes militares, comenzaron a agitarse socialistas, anarcosindicalistas y comunistas, sin faltar republicanos disconformes; todos ellos protestaron pública y tumultuosamente en manifestaciones amenazadoras que recorrieron las calles más céntricas de Madrid»[29]. Largo Caballero presionaba para impedir las negociaciones con los militares rebeldes; en su lugar, el dirigente sindical proponía un gobierno republicano que entregara armas a los sindicatos para vencer la rebelión, algo a lo que se habían negado tanto Casares como Martínez Barrio.

El nuevo presidente del Consejo de Ministros tardó poco más de seis horas en presentar su dimisión. El fracaso de las negociaciones y la protesta obrera y popular hacían inviable su proyecto. Ni en estos dramáticos

momentos se ponían de acuerdo las fuerzas del Frente Popular. Azaña convocó a los principales dirigentes de los partidos políticos con el objeto de resolver la crisis. Largo Caballero rechazó una vez más la participación socialista aunque ofreció la colaboración con un gobierno de los partidos republicanos si procedía a entregar armas a los sindicatos. Azaña aceptó. No veía otra solución, aunque la adoptada era la más temida por él porque se abrían las puertas a la revolución. «Mientras mantengamos contra los rebeldes la República legal —escribiría años después—, todos los yerros estarían de su parte. Si nos empeñásemos en mantener contra ellos y hacerles acatar ahora una revolución, su culpa original subsistiría, agravada por el estallido revolucionario que han provocado, pero tendrían derecho a desconocerla y no servirla»[30].

El mismo domingo 19, Azaña encargó la formación del nuevo gobierno a José Giral Pereira, catedrático universitario del mismo partido que él. Según la información divulgada por el propio Ministerio de Gobernación, se trataba de un mero retoque, al ser sustituidos solamente el presidente dimisionario y el ministro de Gobernación Juan Molés. Confesaba el fracaso político al no haber sido posible una remodelación más amplia, con un gobierno donde estuvieran representadas todas las fuerzas políticas y sindicales de izquierdas, verdadera «solución de concordia que permitiese el rápido acabamiento del grave conflicto planteado por quienes se rebelan contra el régimen republicano»[31].

El nuevo Consejo de Ministros estaba formado por ministros de Izquierda Republicana y Unión Republicana más dos militares. Los socialistas no quisieron participar, aunque sí lo apoyaron explícitamente. Las diferencias entre los partidos y organizaciones republicanas fue un rasgo característico no solo de estos momentos trágicos, sino de toda la guerra. La propuesta de revolución social planteada por algunas organizaciones en estas primeras horas asustaba a muchos, especialmente al republicanismo burgués, que ya había decidido ceder a dar armas al pueblo, cuestión sobre la que se había mostrado inflexible Casares Quiroga. La lucha política fue feroz entre los republicanos hasta el mismo final del conflicto bélico, en marzo de 1939, llegando en varias ocasiones a convertirse en una declarada lucha armada[32].

El gabinete Giral tomó la decisión más esperada por las organizaciones obreras: la entrega de armas a las organizaciones políticas y sindicales que disponían de masas para hacerse cargo de ellas. «Debido gravedad situación presente procederá V. E. a armar pueblo»[33], era la orden recibida en los gobiernos civiles de todas las provincias. También fue la decisión más importante de estas primeras horas, más que las remodelaciones ministeriales y los comunicados, porque significaba el comienzo de la guerra, con dos bandos armados, y en el territorio republicano, además, de la revolución. La sublevación no había triunfado, pero el gobierno tampoco la había logrado reducir. Una vez armadas las organizaciones obreras, todos los grupos políticos y sindicales afirmaron que era el pueblo el que se batía contra el enemigo. Las organizaciones obreras se arrogaron su representación, actuando «En el nombre del pueblo», como bien ha significado el profesor Cruz[34].

A las nueve de la mañana del lunes 20 de julio, el nuevo jefe del gobierno, José Giral, se dirigió por radio al pueblo español. Su mensaje esperaba tranquilizar a los republicanos, dando sensación de dominar la situación después de muchas horas de silencio oficial:

> Españoles: sin jactancia alguna, con toda sencillez, pero también con entera serenidad, el Gobierno de la República cumple con su deber y está en su puesto; porque lo está desde el primer momento de su constitución en la mañana de ayer, y atento a sus deberes más urgentes, no ha tenido tiempo hasta ahora ninguno de sus ministros de ponerse en contacto directo con la opinión, aunque ha procurado siempre tenerla al corriente de cuantos sucesos ocurren por medio de informaciones radiadas oportunamente y que han sido fiel reflejo de la verdad.
>
> Ahora, cuando la situación ya mejora notablemente y estamos un poco aliviados de muchas preocupaciones, quiero que estas palabras mías sean para deciros a todos los españoles, que los enemigos de la República no pasarán. Frente a ellos está el Gobierno, asistido por la razón y la ley, con todas las fuerzas del Estado y con el apoyo firme del pueblo español.

> Una criminal maniobra que ha prendido en una minoría de los militares y que España contempla con enorme estupor, indignación y asombro, asombro, indignación y estupor que aumentan al ver que no ha dudado siquiera en intentar, aunque sea con fracaso, la invasión del solar de la patria por soldados moros y mercenarios, nos ha traído en estas horas perturbación y dolor; pero no consiguieron ni conseguirán vencer la firmeza del Gobierno ni el entusiasmo republicano del pueblo español, ni tampoco detener la marcha de la República por los caminos de la justicia y el progreso.
>
> Españoles: confiad en el Gobierno. El Gobierno también confía en el pueblo y agradece calurosamente el concurso eficaz de las fuerzas leales del Ejército, Marina y Aviación, Guardia Civil, Seguridad y Asalto, así como el de las entusiastas milicias populares, a todas las cuales felicita por su abnegado comportamiento[35].

No solo los discursos y las notas oficiales querían dar sensación de normalidad y control de la situación. La prensa, además, recogía anuncios publicitarios que hacían prever el pronto final del conflicto: «40 plazas de Agentes de Juzgados», «Oposiciones a Jurídico Militar», «Delegados de Trabajo, Inspectores y Auxiliares: inmediatas convocatorias para dichos Cuerpos»… Todo era un espejismo, porque la guerra ya estaba en marcha.

5.5. Respuesta internacional: la soledad de la República

Los italianos fueron los primeros en saber que faltaban muy pocas horas para el alzamiento. El 16 de julio uno de los militares implicados se lo anunció al cónsul general en Tánger, Pier Filippo de Rossi del Lion Nero, quien rápidamente transmitió la información a Roma. Los servicios de inteligencia británicos descifraron su mensaje, en el que aparecía Franco

como jefe del pronunciamiento que iba a iniciar la Legión Extranjera en Tetuán[36].

Durante las primeras semanas después del alzamiento la República solicitó ayuda militar a las principales potencias internacionales. Su llamamiento apenas obtuvo respuesta. El 25 de julio, Francia, con el apoyo de Gran Bretaña, tomó la decisión de aplicar una política de no intervención en la guerra de España. Este acuerdo intergubernamental, con débil base en el derecho internacional de la época y totalmente al margen de la Sociedad de Naciones, evitaría irradiar la guerra española a costa del sacrificio del régimen republicano, aunque no evitaría tres años después el estallido de la guerra mundial.

El Pacto de No Intervención se explica por algunos autores en el contexto difícil de las relaciones internacionales y de debilidad de las potencias europeas[37]. Francia y Gran Bretaña seguían confiando en la posibilidad de evitar un gran enfrentamiento armado y de lograr un reacomodo de las pretensiones italianas y alemanas dentro del concierto europeo, siguiendo el modelo del *Appeasement Policy* (política de apaciguamiento) impuesto por la diplomacia británica. En la base de dicha política estaba la convicción de que ambas democracias no tenían fuerza ni recursos económicos suficientes para librar un posible conflicto internacional ante enemigos de la talla de Alemania, Italia y Japón. La Gran Depresión pasaba factura. Tampoco podían contar con la ayuda de Estados Unidos, replegados en una posición de aislacionismo absoluto, en gran parte también por las dramáticas consecuencias de la crisis económica.

Pero a la vista de la documentación diplomática británica también hay un componente interno en la actitud ante España. Ya en los meses previos a la guerra la embajada en Madrid mostraba continuamente su inquietud ante la situación política, social y económica española. Se sentía especialmente preocupada por el extremismo de Largo Caballero, por la extensión del comunismo, por la cuestión territorial en el País Vasco y Cataluña y por los intereses de las empresas británicas. Para colmo, el 4 de julio fue asesinado el empresario escocés Joseph Mitchell en Barcelona, lo que provocó reiteradas protestas de la diplomacia británica[38]. Cuando comenzó la guerra la situación en la zona republicana siguió inquietando a la embajada

británica. El nuevo ejecutivo de Giral fue visto con temor: «El tono del Gobierno es ahora más radical», calificaba el embajador en despacho del 20 de julio al ministro de Exteriores británico[39]. El 31 de julio elevó por escrito su protesta oficial, que ya había transmitido verbalmente, ante el presidente catalán Companys por la intervención y confiscación de empresas británicas[40].

La República se encontró «sola ante el peligro». Y eso que todas las potencias democráticas veían al fascismo como el principal enemigo internacional; por lo menos sobre el papel. En realidad se demostró que temían mucho más, si cabe, a la Unión Soviética y al comunismo, que proponía a través de una ideología universal un sistema social alternativo[41]. También las potencias democráticas extranjeras mostraron «miedo a la revolución».

El 21 de julio, el gobierno español cursó una petición al ejecutivo británico para que los buques de la flota republicana pudieran repostar víveres y carburante en Gibraltar y en la ciudad internacional de Tánger. Parece ser que el propio Franco habría presionado al cónsul británico para que no accediera a la solicitud, bajo la amenaza de bombardear Tánger. La actitud inglesa pudo resultar determinante para abortar el incipiente traslado por vía marítima de las tropas coloniales. Londres no solo no respondió a ninguno de los llamamientos del ejecutivo español, sino que asumía a toda velocidad una actitud de neutralidad, «neutralidad benévola» según la terminología del profesor Moradiellos[42], que favorecía a los golpistas. Para él, ello se debía a la doble creencia de que la República carecía de capacidad para frenar los conatos revolucionarios y de que el régimen no convenía a los intereses británicos.

Ángel Viñas va más allá al analizar la influencia de Gran Bretaña en el alzamiento, calificando la postura británica de «hostilidad encubierta»[43], según se desprende del análisis de los documentos interceptados por los servicios de inteligencia junto con el de las estimaciones militares del Air Intelligence Service. Mantiene que el Reino Unido fue la potencia que más daño hizo a la República. El temor irracional a un posible triunfo comunista en España motivó el abandono británico al régimen democrático español, aun a sabiendas del apoyo de Italia y Alemania a los sublevados. El 30 de

julio, el embajador británico en España, *sir* Henry Chilton, informaba a Londres de que en las regiones donde no había triunfado la rebelión el control «está en manos de los comunistas» y que se estaban reproduciendo «muy fielmente» las condiciones de la «revolución (rusa) de 1917»[44].

La postura de Francia estuvo ampliamente condicionada por la decisión británica. La primera medida de cara al exterior que adoptó el gobierno Giral fue la de pedir armas y material al gobierno amigo de Léon Blum. Hubo un primer momento de apoyo, con el suministro de material bélico en escasas cantidades, pero no llegó a consolidarse. Las autoridades galas, fuertemente divididas, tuvieron miedo a las protestas internas, al contagio del conflicto y, sobre todo, a los británicos, a los que no querían molestar. La postura oficial del país vecino constituyó para el gobierno español un varapalo tremendo, porque era su más firme aliado en las complicadas relaciones internacionales de la época, con el que además compartía frontera y línea ideológica. «Las primeras noticias del pacto de no intervención me dejaron estupefacto; sobre todo, su inmediata aplicación provisional por Francia», diría un Azaña desconsolado[45].

El abandono de las democracias, «la soledad de la República», en palabras de Viñas, provocó el viraje del gobierno español hacia la Unión Soviética, aunque esta tardaría unos meses en reaccionar. La noticia del alzamiento provocó cierta sorpresa en la URSS. Los dirigentes soviéticos no solo se mostraron vacilantes al recibirla, sino que reaccionaron con lentitud y de forma relativamente incoherente[46]. Los días posteriores al golpe los soviéticos jugaron a esperar a ver qué pasaba, permitiendo que los acontecimientos se desarrollaran plenamente antes de emprender ninguna acción decisiva. El 25 de julio, el presidente Giral pidió al embajador soviético en París que solicitara a su gobierno el suministro de armas y pertrechos militares de todas clases. El telegrama no obtuvo respuesta. Apenas una semana después de que se declarara la guerra, el Kremlin distaba mucho de comprometerse a prestar una ayuda militar directa. Varios días después, el 29 de julio, el embajador británico en Moscú comunicaba que los soviéticos mostraban un interés grande por la guerra española, pero «sin comprometerse a nada». El 5 de agosto la URSS comunicó que suscribiría el pacto de no intervención si Portugal —que por entonces

ayudaba claramente a los sublevados— también firmaba. El 23 de agosto los soviéticos proclamaron formalmente su adhesión al acuerdo. Diez días antes, el agregado militar francés en Moscú comunicaba que Stalin prefería evitar cualquier intervención por temor a provocar una reacción de Alemania e Italia. Pero alemanes e italianos no estaban quietos, como se podrá apreciar más adelante.

Dos meses después del alzamiento, las autoridades soviéticas decidieron ayudar con armas a la República española. Sin duda alguna resultaba demasiado tarde; aunque bien es cierto que la ayuda resultó decisiva para que el Ejército republicano aguantara en varios frentes estratégicos, sobre todo en Madrid.

5.6. Distribución geográfica y sociológica del Ejército

El alzamiento afectó prácticamente a todo el estamento militar del país. Entre los más de dieciocho mil generales, jefes, oficiales y cadetes de las Fuerzas Armadas del 18 de julio de 1936, solo existen seis casos en que no cabe otra clasificación que la de neutral, lo que supone apenas el 0,003 por 100 de los militares en activo. El resto tomó partido por uno u otro bando, en muchos casos en el lugar que cayeron, en otros se cambiaron al contrario.

Recientemente se ha publicado un exhaustivo análisis sociológico de la postura adoptada por cada uno de los militares profesionales españoles ante la sublevación militar provincia a provincia, unidad a unidad[47]. Para su autor, no se puede mantener la opinión hasta ahora bastante generalizada de que la oficialidad del Ejército de Tierra, de la Armada, del Servicio de Aviación y de las fuerzas de Seguridad quedó en su mayor parte en zona nacional y que el Ejército republicano adoleció por ello de falta de mandos. Los jefes y oficiales se dividieron casi por igual entre ambos contendientes al estallar el alzamiento en julio de 1936: 8929 quedaron situados en zona republicana y 9294 en la nacional, a los que se sumarían 38 destinados en el

extranjero. Estas cifras comprenden a los generales, jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas y a los cadetes, porque estos desempeñaron el papel de oficiales en la contienda.

Sin embargo, la situación anterior no fue la real, porque paulatinamente (en muchos casos desde los primeros días del alzamiento) fue progresando la plantilla de jefes y oficiales del bando nacional y disminuyendo la del republicano, por múltiples circunstancias, quedando el retrato final en 14 104 para los nacionales (77 por 100) y 4158 para los republicanos (23 por 100). El Ejército nacional pudo disponer de una inmensa mayoría de los generales, jefes y oficiales presentes en su zona, que se adhirieron con mayor o menor fervor, y aún vio incrementadas sus filas por los que pudieron evadirse de la contraria. Mientras en la zona nacional la adhesión a su bando fue abrumadora, en la zona republicana menos de la mitad se comprometió con sus autoridades. El Ejército nacional contó con el 91 por 100 de los mandos de su zona cuando en el campo contrario solo fue un 43 por 100. En total fueron 258 los militares fusilados o expulsados del Ejército en el territorio que dominaban los franquistas, mientras que en el campo de enfrente fueron 4450 los que sufrieron este trato, de ellos 1729 fusilados. En la República, además, se dio el caso de que muchos militares profesionales, ante la desconfianza que provocaban, pasaron a desempeñar puestos burocráticos en la retaguardia. Sobre esto hay un dato revelador: en las filas nacionales murieron en acción de guerra, como mínimo, 1280 militares en activo, mientras que en las republicanas sólo hubo unas ciento treinta bajas mortales.

El Ejército de Tierra muestra un porcentaje de nacionales ligeramente superior al promedio de las Fuerzas Armadas. Las cuatro Armas contaron con más de tres cuartas partes de sus mandos adheridos al alzamiento: Caballería, 89 por 100; Artillería, 82 por 100; Ingenieros, 81 por 100; e Infantería, la fuerza más numerosa, con el 77 por 100. La Aviación da, con un 59 por 100 de nacionales, el valor más bajo de los cuatro ejércitos. El porcentaje más elevado de nacionales fue para la Armada, con el 85 por 100 de los jefes y oficiales.

Las únicas fuerzas militares que en zona nacional se opusieron al alzamiento fueron los carabineros gallegos y del Campo de Gibraltar y el

Cuerpo de Seguridad y Asalto, como se puso de manifiesto en Sevilla, Oviedo y La Coruña. El Cuerpo de Seguridad y Asalto, con su 54 por 100 de republicanos y leales (241 jefes y oficiales), confirma la política llevada a cabo por el gobierno del Frente Popular de dotar al cuerpo con mandos afectos al régimen. El Cuerpo de Carabineros muestra una relativa fidelidad al gobierno; en su zona los mandos leales estuvieron en proporción de dos a uno respecto al de los alzados. En total, 452 jefes y oficiales se identificaron con los nacionales y 293 con los republicanos; el 61 y 39 por 100, respectivamente. Las policías autonómicas (Mossos d’Esquadra, Miqueletes y Miñones), todas en zona republicana, dan un bajísimo índice de pronacionales.

La Guardia Civil presenta unas características similares a las del Cuerpo de Carabineros, con los más altos porcentajes de republicanismo en los mandos superiores (dos generales se identificaron con el bando nacional por tres con el republicano). En ambas zonas capitanes y tenientes dan las cifras más altas de adhesión al alzamiento, mientras en la zona gubernamental los mandos leales a la República están en proporción de dos a uno, al igual que los altos rangos de Carabineros. En conjunto, 1039 jefes y oficiales se comprometieron con los sublevados (71 por 100) y 417 permanecieron leales al gobierno (29 por 100). La Guardia Civil dio ejemplos muy dispares, pues mientras en Barcelona fue un factor determinante para el fracaso de la sublevación, en el Alcázar de Toledo y en el Santuario de Santa María de la Cabeza (Jaén) se hizo fuerte en defensa del bando nacional. También la Benemérita fue protagonista de los cambios de filas más masivos, como en los frentes de Teruel y Córdoba.

No fue, como algunos escriben, «la rebelión de los generales». Entre los que tenían un mando efectivamente operativo existió un equilibrio entre los partidarios de ambos bandos. La guerra de España fue en todo caso la rebelión de los capitanes, tenientes y alféreces, que fueron los que presentaron los mayores porcentajes de adhesión a la sublevación: 76, 81 y 77 por 100, respectivamente. Los coroneles, tenientes coroneles y comandantes, generalmente jefes de unidades militares, oscilaron entre el 69 y 71 por 100.

Los tres tenientes generales en activo se identificaron con los nacionales, aunque no jugaron ningún papel ni en la conspiración ni en la realización del alzamiento, por estar los tres en situación de disponible, al ser una categoría a extinguir. De los treinta generales de división, incluidos los seis vicealmirantes, diecinueve fueron nacionales (63 por 100) mientras que ocho permanecieron leales a la República (37 por 100). Descontando los seis vicealmirantes, que fueron todos nacionales, nos encontramos con proporciones similares (54 por 100 nacionales y 46 por 100 republicanos). De los veinticuatro generales de división sólo siete (Cabanellas, Goded, Queipo de Llano, Saliquet, González Carrasco, Franco y Fanjul) se alzaron en armas. De ellos únicamente tres eran jefes de una división orgánica: Cabanellas en la V y Goded y Franco de las dos comandancias insulares. Rodríguez del Barrio no llegó a desempeñar un papel importante, por su enfermedad. Por el contrario, ocho se opusieron al alzamiento: Gómez Morato, Salcedo, Riquelme, Núñez de Prado, Batet, García Gómez-Caminero, Villa-Abrille y Molero.

Entre los generales de brigada la tendencia pronacional fue más clara. De los ciento cinco generales de brigada o equivalentes el número de los nacionales es exactamente el doble que el de los republicanos: setenta frente a treinta y cinco. En el territorio republicano y descontando los de la Armada la proporción es más igualada (veintiséis nacionales por veintitrés republicanos). Más claro es el equilibrio si contamos los jefes de las dieciséis brigadas de infantería, de los cuales ocho fueron nacionales y siete republicanos (la jefatura de la VIII estaba vacante), y de artillería, con cuatro alzados y cuatro leales al gobierno.

5.7. Historia social del alzamiento

La vida cotidiana no se vio alterada el día 17 en la Península. Al día siguiente la noticia ya recorrió todas las poblaciones y la gente comenzó a percibir la gravedad de los sucesos. El domingo 19 de julio todavía la mayor parte de pueblos y ciudades hicieron «su vida normal». Se

celebraron las misas habituales y las citas deportivas. Incluso en la sierra madrileña se disputó la clásica Vuelta a los Puertos de Navacerrada-Guadarrama, que ganó el corredor sevillano Antonio Montes. Al día siguiente ya todo el país se dio cuenta de la tragedia. Salvo los militares y milicianos, la gente se refugió en sus viviendas, aguardando con impaciencia las noticias.

A las pocas horas la mayor parte de localidades fueron recobrando su aspecto normal, aunque ni mucho menos la normalidad. En las que hubo enfrentamientos bélicos, cuando estos se fueron sofocando la alegría popular se desbordaba, generalmente. Cuando no pasó nada, los ciudadanos iban asomándose a la calle poco a poco, y con mucho miedo. Las únicas notas de alegría se ofrecían ante los desfiles de las bandas de música organizados al alcanzar los objetivos militares en su ciudad o en las de otras provincias cercanas.

En Barcelona el día 22 se restablecieron las comunicaciones telefónicas con Madrid, mientras el edificio de Correos y Telégrafos permanecía abarrotado de gente que, una vez restablecido el servicio, intentaba comunicarse con familiares de otros lugares de España. «Las colas han sido y continúan siendo imponentes, hasta el extremo de dar la vuelta al edificio», decía la prensa[48]. Al día siguiente se comenzaron a limpiar las calles por los obreros de los distintos servicios de limpieza pública, estableciendo además una flota de camiones para quitar de ellas y de los cuarteles los animales muertos. Ese mismo día los sindicatos daban la orden de reanudar el trabajo en todos los sectores económicos, volviendo poco a poco *la normalidad* a la calle. El consejero de Cultura ordenaba la vuelta de los escolares al colegio, y a la Escuela Normal de Maestros y Maestras de la Generalitat, hacerse cargo de todos los centros de enseñanza confesional de Cataluña, al objeto de habilitarlos para escuelas del pueblo. Por la tarde del día 23 se observaba en las calles un mayor tráfico de gente, sobre todo frente a los locales de los centros políticos y obreros ante el comienzo de la inscripción para las milicias. «Grupos de ciudadanos, algunos de ellos en formación, acudían a aquellos locales, donde después de inscribirles en las listas, se les facilitaba mantas, cascos de soldados, armas, municiones y otros pertrechos de guerra»[49]. El día 24 comenzaron a prestar servicio

algunas líneas de transporte urbano y del metro, aunque la línea de tranvías no lo pudo hacer por las averías causadas en las instalaciones aéreas. La ciudad recobró su aspecto habitual, aunque quedaba en su rostro multitud de secuelas de los enfrentamientos armados.

En Madrid se tardaron algunos días más en volver a la *normalidad*. El martes 21 se abrieron los mercados con el horario de costumbre. Al día siguiente lo hicieron la mayor parte de los comercios. Pero hasta el 27 de julio la capital no recobró su «simpática fisonomía», según la prensa: «Tranvías y bares, atestados, y las terrazas de los cafés céntricos sin una mesa desocupada»[50]. Con todo, aclaraba, se percibe en las gentes la angustia propia del conflicto. Hasta ese día los únicos «tumultos» se permitían en la Puerta del Sol, donde la gente se reunía para seguir con expectación las noticias desde el micrófono del Ministerio de Gobernación. En esas primeras jornadas de conflicto, por si no era bastante, ese ministerio tuvo que hacer frente a un nuevo problema en la ciudad: el del incremento de la pillería y de las fechorías, realizadas en múltiples casos en «nombre» de las milicias antifascistas[51].

En Alicante, el domingo 19 de julio la afluencia a las playas fue intensa, especialmente en la Albufereta y San Juan, tanta como el calor. Además, en los cafés y cines también hubo animación, como en las carreras de motocicletas en la Florida. «Entre los comentarios sobre los sucesos del día, y la avidez de la capital por oír las últimas noticias termina este domingo», decía la prensa local[52].

En el bando contrario se celebró como si nada la festividad de Santiago Apóstol, patrón de España. En Palencia, por ejemplo, comenzó con una solemne misa en la catedral y culto en todas las parroquias. El comercio no abrió ni se trabajó en las obras. «Desde las doce hasta después de la una de la tarde, se vio muy animado el paseo de la calle Mayor, advirtiéndose extraordinaria alegría en todos los semblantes»[53].

La respuesta social al alzamiento es una de las cuestiones más debatidas de la guerra, pues se suele exagerar mucho el papel desempeñado durante todo el conflicto por las organizaciones obreras y sindicales, haciéndolas protagonistas, de forma exclusiva, de la victoria de la República en las provincias que se mantuvieron fieles al régimen. En los últimos años se han

publicado algunos trabajos que tienden a cuestionarlo. Para el profesor norteamericano Michael Seidman[54], fue en las primeras horas de la guerra, durante los días del alzamiento, cuando el compromiso de las organizaciones obreras con el gobierno resultó más fuerte y verdadero. Este se manifestó, sobre todo, en la movilización social generalizada. Poco a poco, según pasaban los meses, se fue olvidando, haciendo cada uno la guerra por su cuenta, primando más el interés individual que el colectivo. Las milicias populares, «el pueblo», resultó determinante en la represión de la sublevación en algunos lugares. En otros en los que las fuerzas militares tenían una superioridad aplastante, supieron dar la cara, en muchos casos antes incluso de conseguir las armas oficialmente.

Las milicias populares alcanzaron el mayor protagonismo en las dos principales ciudades por número de habitantes, Madrid y Barcelona, en las que el elemento obrero era más numeroso y estaba más y mejor organizado. También desempeñaron un papel destacado en Málaga, Sevilla, el País Vasco y en Santander, que sirvió en gran parte para mantener el norte en poder de la República, en algunos casos, como el de la última ciudad, con sorpresa. Hubo muchas más provincias en las que sus organizaciones obreras se movilizaron sin ningún tipo de temor: Badajoz, Granada, Almería, Jaén… En Cuenca, sin embargo, también resultó determinante la actuación de los milicianos, pero la mayoría eran venidos de fuera, dirigidos por Cipriano Mera. Por supuesto que también hubo otras provincias en las que no hubo ningún tipo de resistencia, bien por la debilidad de sus organizaciones y sindicatos, bien por miedo o porque consideraron inútil todo esfuerzo y sacrificio humano.

En Madrid y Barcelona había vencido el Frente Popular en las elecciones de febrero. Pero la relación «victoria del Frente Popular/ resistencia de las milicias populares durante el alzamiento y fracaso de este» —como alguno de los muchos tópicos aún existentes sobre la guerra mantiene— no parece nada clara, salvo en esos dos casos. Viendo los resultados electorales tal vez pueda pensarse en extender esta idea a Murcia, pero no parece evidente, porque aunque en ella vencieron también las candidaturas frentepopulistas, durante el alzamiento militar apenas se

movilizaron las organizaciones obreras. El fracaso de la sublevación militar se debió a otros factores.

En Sevilla sí hubo movilización popular, pero los obreros fueron sorprendidos por las fuerzas de Queipo de Llano; quizá estaban demasiado tranquilos por la fidelidad mostrada por la mayor parte de los jefes de las unidades militares de la ciudad. En Zaragoza los militares rebeldes no dejaron ninguna oportunidad a los milicianos, que apenas intentaron la resistencia. En Bilbao, sin embargo, había vencido electoralmente el centro y la derecha, pero las milicias populares resultaron determinantes en el fracaso de la sublevación militar. En Valencia los resultados electorales fueron prácticamente de un empate técnico. Allí los militares sublevados fueron quizá los mayores responsables del propio fracaso del alzamiento.

Tabla 13
Votos obtenidos en las elecciones de 16 de febrero de 1936 por capitales

Capitales	*Votantes*	*Frente Popular*	*Centro*	*Centro-Derecha*	*Derecha*	*Falangistas*
Barcelona	68,8	43,27		25,6		
Madrid	77,2	41,7		34,7		0,9
Málaga	93,4	71,1			14,9	
Murcia	85,0	51,4		33,6		
Sevilla	97,4	61,5			35,8	0,7
Valencia	86,6	43,6	8,2		35,3	
Bilbao	77,8	37,7	23,5		16,3	
Zaragoza	85,7	45,1			39,4	0,6

Fuente: Javier Tusell: *Las elecciones del Frente Popular en España*, t. II, pp. 26-27.

El análisis por provincias muestra semejantes conclusiones. El triunfo electoral del Frente Popular no coincide en la mayor parte de casos con resistencia popular y derrota del alzamiento, como se muestra en la tabla 14. Las causas del triunfo o fracaso del alzamiento no fueron, por tanto, ni sociales ni políticas. Fue más determinante la postura de los jefes militares. Allí donde estos se mantuvieron firmes en el apoyo a la República, el alzamiento fracasó. Fue el caso, también, de Madrid y Cataluña. Donde los responsables militares se decantaron por la sublevación, fue más fácil la

victoria de los sublevados, se opusieran o no las fuerzas populares: Galicia, parte de Andalucía y Castilla la Vieja son algunos de los casos más significativos. En la VI División, con sede en Burgos, el general Batet se mantuvo leal a la República, pero la mayor parte de los jefes y oficiales de todas sus provincias y guarniciones abrazaron la sublevación, lo que resultó más determinante.

De cincuenta provincias existentes en 1936 más Ceuta y Melilla, principales posesiones del norte de África, en treinta venció el alzamiento y en veintidós fracasó, aunque contabilizando la población según el *censo de* 1930 la victoria fue para la República por cerca de trece millones frente a casi once. Cuantitativamente el reparto fue muy similar al de las elecciones de febrero: las candidaturas de derechas, centro o centro-derecha vencieron en treinta y una provincias, mientras el Frente Popular lo hizo en veintiuna. Pero en la mayor parte de los casos no se corresponde «victoria del alzamiento/victoria electoral de las derechas» o «victoria de la República/victoria del Frente Popular». El triunfo del alzamiento solo coincide con la victoria electoral de las derechas en veintiuna provincias de las treinta. De las veintiuna donde triunfó el Frente Popular, en nueve venció el alzamiento; por lo que solo en doce lo hizo la República. Por tanto, el gobierno fue capaz de mantener doce provincias en las que había triunfado electoralmente y otras once en las que había salido derrotado en febrero.

En conclusión, no parece nada clara la relación entre voto político y triunfo o fracaso de la sublevación. La explicación de la distribución de los dos bandos en la España de finales de julio del 36 no pasa por lo social, sino por lo militar, y especialmente por la postura individual de cada uno de los jefes, en orden de importancia: jefe de la división, comandante militar de la provincia, jefes de las unidades militares de la ciudad, otros jefes y oficiales. Las mismas masas populares que acosaron al gobierno republicano entre febrero y julio de 1936 no pudieron o no supieron hacer frente a las fuerzas militares y civiles alzadas en armas contra la República a partir del 17 de julio.

Tabla 14

Votos obtenidos en las elecciones de 16 de febrero por provincias y relación con triunfo o fracaso del alzamiento

							Elecciones/alzamiento	
Provincia	*Votantes*	*Frente Popular*	*Centro*	*Centro-derecha*	*Derecha*	*Falangistas*	*Vencedor elecciones*	*Vence o fracasa alzamiento**
Álava	79,1	16,[illegible]	4,5		27,8		CD	V
Albacete	75,7	31,9		41,5			CD	F
Alicante	73,0	25,1		33,9			FP	F
Almería	68,5	34,[illegible]		29,4			FP	F
Ávila	80,[illegible]	24,1		38,[illegible]			CD	V
Badajoz	73,5	47,3		34,8			FP	F
Baleares	72,[illegible]	22,9		49,[illegible]			CD	V
Barcelona	78,2	38,7		28,6			FP	F
Burgos	71,5	[illegible]		50,8			CD	V
Cáceres	76,[illegible]	38,1		37,6			FP	V
Cádiz	59,[illegible]	[illegible]		25,[illegible]		1,[illegible]	FP	V
Castellón	71,[illegible]	33,0	17,3		29,1		CD	F
Ceuta	77,8	41,9		36,7			FP	V
Ciudad Real	72,5	30,[illegible]		39,9			CD	F
Córdoba	71,[illegible]	45,5		30,5		0,5	FP	V
Coruña (La)	70,6	35,2	14,4		27,8	4,1	CD	V
Cuenca	72,0	25,7			30,2		CD	F
Gerona	71,[illegible]	41,3		30,[illegible]			FP	V
Granada	74,7	30,0		44,6			CD	V
Guadalajara	74,0	22,9			51,0		CD	F
Guipúzcoa	73,9	23,7	26,0		28,0		CD	F
Huelva	70,7	37,6		36,2			FP	F
Huesca	65,8	35,6			31,3		FP	V
Jaén	74,9	38,6		34,9			FP	F
León	73,5	30,0			37,5		CD	V
Lérida	69,5	38,0		31,5			FP	F
Logroño	74,5	32,5			39,9		CD	V
Lugo	62,8	34,6		30,6			FP	V
Madrid	77,6	44,5			33,0		FP	F
Málaga	55,0	33,7		21,3			FP	F
Melilla	62,7	43,5		17,2			FP	V
Murcia	67,5	35,2		32,4			FP	F
Navarra	80,0	17,9			61,9		CD	V
Orense	83,9	18,5	30,1		34,5		CD	V
Oviedo	74,1	39,3		34,8		0,1	FP	F
Palencia	80,1	21,6			38,5		CD	V

							Elecciones/alzamiento	
Provincia	*Votantes*	*Frente Popular*	*Centro*	*Centro-derecha*	*Derecha*	*Falangistas*	*Vencedor elecciones*	*Vence o fracasa alzamiento**
Las Palmas	59,6	25,2	24,2		16,2		CD	V
Pontevedra	58,6	30,7	20,9	21,1			CD	V
Salamanca	76,6	27,8			49,4		CD	V
S.C. de Tenerife	56,9	24,8	12,4		25,4		CD	V
Santander	75,2	31,4			39,6	1,4	CD	F
Segovia	72,8	27,0			40,4		CD	V
Sevilla	59,2	32,7		26,5			FP	V
Soria	76,1	23,7	26,8		27,7		CD	V
Tarragona	73,1	41,9		31,12			FP	F
Teruel	67,7	23,4			42,2		CD	V
Toledo	80,0	29,7			47,7	0,5	CD	F
Valencia	70,5	31,8	12,1		31,0		CD	F
Valladolid	77,9	28,8		48,9		3,2	CD	V
Vizcaya	74,6	10,9	29,7		25,9		CD	F
Zamora	71,2	21,7		42,0		0,7	CD	V
Zaragoza	69,3	32,8			34,9		CD	V

Fuente: Elaboración propia y resultados electorales en Javier Tusell: *Las elecciones del Frente Popular en España*, t. II, pp. 26-27. (* No se ha tomado como referencia la situación de la capital, sino la mayoritaria de toda la provincia, aunque algunos casos son muy discutibles.) (CD: Centro-derecha; FP: Frente Popular; F: Fracasa alzamiento; V: Vence alzamiento).

5.8. LOS MODELOS DE ALZAMIENTO

El alzamiento no presenta un modelo único en el tiempo, ni mucho menos. Mola preveía el estallido en Melilla el 17 de julio y a partir del 18 se debía ir proclamando el estado de guerra en territorio peninsular, según las condiciones de cada división. Cronológicamente el alzamiento en la Península se extendió entre el día 18 y el 28 de julio, aunque ya en esa fecha tan tardía o en las más cercanas solo hubo levantamientos en muy pocas poblaciones, generalmente pequeñas, constituyendo casos realmente singulares, como el de Arenas de San Juan (Ciudad Real), el día 23. También hubo localidades donde las fuerzas permanecían sublevadas, como en Albacete y Villarrobledo, que se rindieron el día 25, haciéndolo en fechas posteriores otros pequeños municipios de la provincia. Valladolid fue la primera capital peninsular donde triunfó plenamente el alzamiento, la misma tarde del 18.

Si analizamos cronológicamente el alzamiento en todas las capitales de provincia donde se llevó a efecto (cuarenta y una), los militares sublevados vencieron en treinta y fracasaron en once; es decir, el 73,17 y 26,82 por 100, respectivamente. En el resto (once) no hubo ningún tipo de alzamiento, por la indecisión a última hora de los jefes militares, porque no entraba en sus planes o porque las autoridades civiles dominaron la situación. Luego la República controló veintidós capitales (42,30 por 100) por treinta los sublevados (57,69 por 100).

Aunque la jornada más conocida del alzamiento es la del 18 de julio, este no fue el día en el que estalló mayoritariamente, ni mucho menos. Solo en cinco capitales peninsulares los militares sublevados declararon ese día el estado de guerra (12,19 por 100). En la mayor parte de capitales de provincia donde hubo alzamiento militar, este se produjo el día 19, con veinticuatro casos (58,53 por 100), bien es cierto que la mayoría en las primeras horas de la madrugada. El día 20 se declaró en seis capitales (14,63 por 100). La fecha más tardía fue la del día 21, con cuatro ciudades (9,75 por 100). Fuera del territorio peninsular el alzamiento se adelantó a la jornada del día 17 (Ceuta y Melilla).

Analizando el total de jornadas transcurridas desde que se declaró el estado de guerra hasta que los militares controlaron todas las instituciones públicas puede deducirse que se trató de un golpe enérgico y efectivo, pues en la mayor parte de las capitales los militares sublevados se hicieron con la ciudad en menos de un día desde que hicieron público el bando de guerra, incluso en cuestión de pocas horas. La mayor excepción la constituye Albacete, donde las fuerzas alzadas estuvieron siete días dominando la ciudad, en espera de refuerzos que no llegaron.

Tabla 15
Distribución cronológica del alzamiento en las capitales de provincia

Capital	*Día de comienzo alzamiento*	*Día final alzamiento*	*Total días alzamiento*	*Vence, fracasa o no hay*
Albacete	19	25	7	Fracasa
Alicante	-	-	-	No hay
Almería	21	21	1	Fracasa
Ávila	19	19	1	Vence
Badajoz	-	-		No hay
Barcelona	19	20	2	Fracasa
Bilbao	-	-	-	No hay
Burgos	19	19	1	Vence
Cáceres	19	19	1	Vence
Cádiz	19	20	2	Vence
Castellón	-	-	-	No hay
Ciudad Real	19	19	1	Fracasa
Ceuta	17	17	1	Vence
Córdoba	18	18	1	Vence
Coruña (La)	20	20	1	Vence
Cuenca	-	-	-	No hay
Gerona	19	20	2	Fracasa
Granada	20	22	3	Vence
Guadalajara	21	22	2	Fracasa
Huelva	-	-	-	No hay
Huesca	19	19	1	Vence
Jaén	-	-	-	No hay
León	20	20	1	Vence
Lérida	19	20	2	Fracasa
Logroño	19	20	2	Vence
Lugo	20	20	1	Vence
Madrid	19	20	2	Fracasa
Málaga	18	19	2	Fracasa
Melilla	17	17	1	Vence
Murcia	-	-	-	No hay

Capital	Día de comienzo alzamiento	Día final alzamiento	Total días alzamiento	Vence, fracasa o no hay
Orense	20	20	1	Vence
Oviedo	19	19	1	Vence
Palencia	19	19	1	Vence
Palma de Mallorca	19	19	1	Vence
Palmas G.C. (Las)	18	20	3	Vence
Pamplona	19	19	1	Vence
Pontevedra	20	20	1	Vence
Salamanca	19	19	1	Vence
San Sebastián	21	23	3	Fracasa
S.C. de Tenerife	18	18	1	Vence
Santander	-	-	-	No hay
Segovia	19	19	1	Vence
Sevilla	18	19	2	Vence
Soria	19	22	4	Vence
Tarragona	-	-	-	No hay
Teruel	19	20	2	Vence
Toledo	21	22*	2	Fracasa
Valencia	-	-	-	No hay
Valladolid	19	19	1	Vence
Vitoria	19	19	1	Vence
Zamora	19	19	1	Vence
Zaragoza	19	19	1	Vence

(*Toledo es tomada por los militares tras la declaración del estado de guerra el día 21, quedando los sublevados sitiados en el Alcázar, tras la llegada de la columna miliciana del general Riquelme, hasta el 28 de septiembre.)

Desde el punto de vista territorial, la idea generalizada es la de un alzamiento que afecta a todo el país y a todas las poblaciones. Sin embargo, la sublevación se preparó para todas las provincias pero no se repartió por todas las localidades, ni mucho menos. Fue, sobre todo, una sublevación de capitales con alguna excepción en algunos de sus principales municipios, especialmente aquellos que tenían guarniciones militares. En buena parte de los pueblos la Guardia Civil fue llevada hacia las capitales, por lo que quedaron en manos de falangistas. Según la fuerza que tuvieran, estos iniciaron o no los acontecimientos, aunque en muchos casos también fueron convocados en la capital de la provincia.

Uno de los casos más profundamente estudiado localidad a localidad es el del territorio actual de Castilla-La Mancha, en el que se han tenido en cuenta distintos modelos ante el alzamiento[55]. Este análisis podría dar pautas de comportamiento general en otros territorios, aunque conviene tomar precauciones ante las generalizaciones. No olvidemos que en este territorio solo tenía regimiento militar Guadalajara y que todas sus provincias, salvo muy limitadas excepciones, quedaron en poder de la República.

De los 1088 municipios existentes en la actual Castilla-La Mancha en 1936, solo conocemos los datos de 177 (16 por 100) a partir de la *Causa General*, de los delitos por rebelión militar juzgados en los tribunales populares y cuyos expedientes se conservan en los archivos histórico-provinciales y de la bibliografía existente. Puede parecer un porcentaje reducido, pero podría aumentarse al 100 por 100 si incluimos, como prueban todos los indicios, al resto de localidades de las distintas provincias de las que no sabemos nada: 48 de Albacete, 23 de Ciudad Real, 289 de Cuenca, 406 de Guadalajara y 145 de Toledo. De ellas no se dispone de información, pero a buen seguro que no se tiene porque no pasó nada o, a lo sumo, la situación fue controlada por la vigilancia expectante de las milicias.

La situación final quedaría como se establece en la tabla 16:

Tabla 16
Modelos del alzamiento en Castilla-La Mancha (al 100 por 100)

Provincia	*N.º municipios*	*Modelo 1 Triunfó la sublevación, aunque fuera momentáneamente*	*Modelo 2 Enfrentamientos leves o graves, pero no triunfó en ningún momento la sublevación*	*Modelo 3 No pasó nada*
Albacete	86	12 (con capital)	-	74
Ciudad Real	97	1	10 (con capital)	86
Cuenca	291	-	1	290 (con capital)
Guadalajara	408	1 (capital)	1	406
Toledo	206	8	14 (con capital)	184
Total	1.088	22 (2,02%)	26 (2,38%)	1.040 (95,59%)

Por tanto, en la gran mayoría de municipios de Castilla-La Mancha (95,59 por 100) no pasó nada, gracias a los controles y vigilancia de las autoridades y milicias, a la propia incapacidad de los partidarios de la rebelión, al no existir estos o al haberse incorporado en la capital de la provincia a las fuerzas militares rebeldes. Solo en un porcentaje muy reducido de poblaciones (4,40 por 100) se produjeron levantamientos armados que acabaron provocando heridos o muertos, finalizando casi la mitad de ellos (2,02 por 100) con el triunfo de la sublevación, aunque fuera momentáneamente.

En otros territorios el porcentaje fue aún mayor, como en Segovia, con 276 municipios en 1936. Solo en uno de ellos, El Espinar, se produjeron levantamientos armados en contra de las fuerzas sublevadas. Bastó la declaración del estado de guerra, primero en Valladolid y luego en la capital de la provincia, y la salida de los artilleros y de la Guardia Civil por las calles de Segovia, para que en 275 poblaciones (99,63 por 100) triunfara el alzamiento sin siquiera producirse un disparo. La permanencia de la legalidad republicana en las distintas localidades segovianas dependió de la

premura o tardanza con que llegaron la Guardia Civil y los falangistas para declarar el estado de guerra y deponer las gestoras del Frente Popular[56].

El alzamiento militar no afectó de forma directa a la mayor parte de municipios de España como tampoco lo hizo sobre la mayoría de la población, porque el país era eminentemente rural. En las capitales de provincia se concentraban solamente cinco millones de habitantes de algo más de veintitrés, el 21 por 100 de la población.

Si analizamos en cada capital de provincia el alzamiento militar, podemos establecer cuatro modelos distintos, según sucedieron los acontecimientos. En el primer modelo triunfó el alzamiento, la ciudad fue tomada por las fuerzas alzadas haciéndose cargo de las instituciones de la administración local y provincial. Se trata del modelo más numeroso, comprendiendo a treinta de cincuenta y dos capitales, incluidas Ceuta y Melilla, lo que representa el 57,69 por 100.

En el segundo modelo triunfó pero de manera momentánea, porque al final acabó fracasando. La situación cambió generalmente por dos circunstancias: porque las fuerzas sublevadas fueron reducidas al cabo de unas horas o días (Albacete, Guadalajara, Toledo, San Sebastián y Almería) o porque se rindieron sin más (Málaga, Lérida y Gerona). Comprende el 15,38 por 100.

En el tercer modelo se produjeron enfrentamientos armados graves, con víctimas mortales, pero no triunfó el alzamiento en ningún momento. Aunque porcentualmente el índice es bajo, el 5,76 por 100, demográficamente incluye a las dos ciudades más pobladas (Madrid y Barcelona) y que más muertos dejaron en esas primeras jornadas. Además hay que añadir a Ciudad Real, la pequeña capital manchega donde solamente hubo una víctima en el enfrentamiento entre falangistas y milicianos el 19 de julio.

En el cuarto modelo se incluyen las capitales donde no pasó nada, bien porque las autoridades y milicias republicanas controlaron la situación tras requisar las armas y vigilar estrechamente a los sospechosos, bien porque no hizo falta ni eso. Representa el 21,15 por 100.

Tabla 17
Modelos de alzamiento en las capitales de provincia

Capital	*Modelo 1 Triunfó el alzamiento*	*Modelo 2 Triunfó el alzamiento momentáneamente pero poco después se redujo*	*Modelo 3 Enfrentamientos graves, pero no triunfó en ningún momento el alzamiento*	*Modelo 4 No pasó nada o enfrentamientos leves. Se mantiene en poder de la República*
Albacete		x		
Alicante				x
Almería		x		
Ávila	x			
Badajoz				x
Barcelona			x	
Bilbao				x
Burgos	x			
Cáceres	x			
Cádiz	x			
Castellón				x
Ciudad Real			x	
Ceuta	x			
Córdoba	x			
Coruña (La)	x			
Cuenca				x
Gerona		x		
Granada	x			
Guadalajara		x		
Huelva				x

Capital	*Modelo 1 Triunfó el alzamiento*	*Modelo 2 Triunfó el alzamiento momentáneamente pero poco después se redujo*	*Modelo 3 Enfrentamientos graves, pero no triunfó en ningún momento el alzamiento*	*Modelo 4 No pasó nada o enfrentamientos leves. Se mantiene en poder de la República*
Huesca	x			
Jaén				x
León	x			
Lérida		x		
Logroño	x			
Lugo	x			
Madrid			x	
Málaga		x		
Melilla	x			
Murcia				x
Orense	x			
Oviedo	x			
Palencia	x			
Palma de Mallorca	x			
Palmas G.C. (Las)	x			
Pamplona	x			
Pontevedra	x			
Salamanca	x			
San Sebastián		x		
S.C. de Tenerife	x			
Santander				x
Segovia	x			
Sevilla	x			
Soria	x			
Tarragona				x
Teruel	x			
Toledo		x		
Valencia				x
Valladolid	x			
Vitoria	x			
Zamora	x			
Zaragoza	x			
Total	30	8	3	11*

(*Huelva permanece fiel a la República hasta el día 28, que es tomada por las columnas militares formadas en Sevilla, no por ningún alzamiento militar de sus tropas.)

El plan del alzamiento muestra un patrón común que refuerza la idea de una trama sólida de la conspiración y sublevación y que en cada provincia no se actuó por libre, sino que tenían unas pautas colectivas de comportamiento según el grado de compromiso de los responsables militares. Donde los jefes militares se habían comprometido (primer y tercer modelo de conspiración), el desarrollo de la sublevación fue similar:

- Los sublevados se hacen con el armamento y no obedecen a la llamada del gobierno para que lo entregue.
- El general de cada división orgánica declara el estado de guerra para poner en manos militares la autoridad civil por medio de un bando y las tropas salen a proclamarlo.
- Se procede a la detención y arresto del gobernador civil y otras autoridades republicanas y de los principales líderes políticos y sindicales del Frente Popular y anarquismo.
- A continuación se intenta dominar la ciudad, apoderándose de la Casa del Pueblo, Ayuntamiento, Gobierno Civil y otros edificios públicos y entidades bancarias. Se establece vigilancia militar por la ciudad tomada con patrullas.
- La capital es el centro de la sublevación. El resto de localidades, en general, envían sus fuerzas militares a la capital de la provincia y quedan en manos de las autoridades republicanas en espera del triunfo del alzamiento capitalino o los falangistas se hacen con el control del municipio.

Cuando no se contaba con el compromiso de los jefes militares (segundo y cuarto modelo de conspiración), bien porque no querían bien porque no había unidades militares, el desarrollo de los acontecimientos fue, más o menos, de la siguiente manera:

- Pequeños grupos de falangistas, requetés o militares toman la iniciativa y se concentran con armamento para provocar la actuación

de las fuerzas militares (sobre todo Guardia Civil) o de vigilancia y seguridad de la localidad.

- Si las fuerzas locales no se comprometen con ellos, esperan a la llegada de fuerzas foráneas o se disuelven si no les garantizan apoyo externo.

Frente a la homogeneidad de planteamiento por parte de los sublevados, con dos actuaciones posibles, la respuesta de las autoridades republicanas no fue ni mucho menos uniforme. Las máximas autoridades civiles de cada provincia no tuvieron un patrón común de comportamiento ante el alzamiento. En unas provincias los gobernadores civiles actuaron con celeridad, diligencia y energía (Málaga, Huelva, Almería, Badajoz, Oviedo, Ciudad Real, Cuenca y Jaén). En otras apenas hicieron nada, por parsimonia, indecisión o ignorancia (Logroño, Cáceres, Jaén y Guipúzcoa), para desesperación de otras autoridades provinciales o locales, como presidentes de la Diputación o alcaldes, que en muchos casos tomaron la iniciativa (Córdoba y Santander). Hubo provincias, aunque pocas, en las que incluso los gobernadores se pasaron al otro bando (Toledo). Estas múltiples actitudes tuvieron una importante repercusión en el alzamiento y en su desarrollo. «De esta forma, el panorama de la sublevación deparó algunas sorpresas a sus propios protagonistas. Fracasaron en ciertos sitios donde creían que el triunfo estaba asegurado y triunfaron en ámbitos donde no esperaban conseguirlo de inmediato»[57].

En el momento, las organizaciones obreras y la prensa culparon a los gobernadores civiles por no haber sabido abortar la sublevación rápidamente. *El Socialista* los calificó como «conjunto de ineptos». Un reciente estudio[58] justifica la actuación del Ministerio de la Gobernación y de los gobernadores civiles, explicando la ausencia de instrucciones conjuntas porque Casares quiso comunicarse individualmente con cada uno ante las distintas circunstancias y por no fiarse de la recepción correcta de las transmisiones. Los gobernadores civiles conocían sus obligaciones por los telegramas del 13 y 14 de julio y disponían, además, de autonomía para tomar las decisiones sobre seguridad que estimaran oportunas. Pero estas

fueron muy variadas; demasiado para la responsabilidad que recayó en sus manos.

En el primero de los comportamientos, cuando el gobernador civil actúa con rapidez y energía, este comenzó por convocar urgentemente a los líderes políticos y sindicales republicanos, al jefe de la Comandancia de la Guardia Civil y al gobernador militar. Además, ordenó la movilización de las milicias populares, que respondieron en algunos casos con contundencia, echándose a la calle cumpliendo tareas de vigilancia, para desarmar a sospechosos o cuando contaron con armamento suficiente para combatir cuerpo a cuerpo. En algunos lugares también decidieron concentrar a la Guardia Civil en la capital de la provincia, para evitar alzamientos en sus municipios, para sumar sus fuerzas a sofocar la sublevación en la capital o, simplemente, para enviarla al frente, en caso de sospechar de sus intenciones. En el resto de comportamientos las circunstancias fueron tan distintas casi como gobernadores había.

6

En el sur: el paso del Estrecho y Andalucía, claves para los sublevados

6.1. El salto del Estrecho, error estratégico de la República

Los estrategas militares, tanto del bando conspirador como del Ministerio de la Guerra, eran conscientes de la importancia cuantitativa y cualitativa que tenía el Ejército de África. Los sublevados le habían confiado el primer asalto, pero la República no supo frenarlo en el continente africano, mostrándose incapaz de cortar el pasaporte de sus tropas a la Península a través del Estrecho, bien en origen, bien protegiendo los puertos o aeropuertos andaluces para evitar el desembarco. Esta complicada operación militar constituyó otro gran error militar de la República, quizá la clave más importante en la derrota parcial del gobierno republicano, máxime teniendo en cuenta su superioridad militar aplastante en el mar. En el mes de julio los sublevados transportaron hacia la Península a 2063 hombres; en agosto, a 8453; y en septiembre, a 9732[1]. Y eso que Mola, en sus planes, no pensó nunca tener que utilizar un considerable número de

integrantes del Ejército de África, pero al complicarse el alzamiento en la Península recurrió a casi todas sus fuerzas.

Las medidas previstas por el general Mola resultaron insuficientes. No se había pensado más que en el desembarco de dos columnas en Málaga y Algeciras para contribuir a la marcha hacia Madrid. Quizá se debió a un exceso de confianza sobre muchas guarniciones de provincias cercanas a la capital. Tal vez también era consciente de que no hubiera sido acertada y aceptada cualquier solicitud de colaboración a Italia y Alemania durante la primavera del 36 por las dificultades del contexto internacional.

La misma tarde del 17 de julio, el gobierno había dispuesto que buena parte de la escuadra se dirigiera hacia el Estrecho. El único acorazado en activo, el *Jaime I*, zarpó de Vigo. El cañonero *Dato*, que se encontraba en Ceuta, recibió orden de patrullar el Estrecho. Desde el Mediterráneo salieron tres destructores, la flota de submarinos y los dos mejores cruceros. El 18 ordenó que bombardearan Melilla, Ceuta, Tetuán y Algeciras. Sin duda ya era demasiado tarde. Comenzar el movimiento de la armada cuando el golpe se había iniciado, con tantos avisos como habían llegado, parece injustificable.

Casi toda la flota había quedado en poder de la República, pero la mayoría de los jefes y oficiales se fueron sumando a los golpistas. En algunos buques que fueron dominados por los oficiales sublevados los marinos se amotinaron, capturaron a sus jefes y tomaron el control en nombre de la República, como en los destructores *Churruca* y *Lepanto* y en el acorazado *Jaime I*. Al primero el gobierno le ordenó «abrir fuego de cañón sobre Ceuta hasta consumir los dos tercios de las municiones», pero el comandante decidió no obedecer las órdenes, recoger a tropas del Ejército de África y trasladarlas a Cádiz. Días después se produjo la sublevación de la marinería, que se hizo con el control del buque[2].

El *Lepanto* llegó a las cuatro de la madrugada del día 18 a la altura de Melilla, sin entrar a puerto. Estuvo dando vueltas por los alrededores de dicha población y preparando en cubierta las cuatro ametralladoras así como una dotación de cargas y proyectiles de ejercicios. Durante ese tiempo se recibió orden de Madrid de bombardear Melilla, bombardeo que no se llegó a efectuar por la intervención de los oficiales, que dijeron que si se

bombardeaba vendría la aviación y atacaría al buque. A primera hora de la noche del día 19 recibió orden de partir a Barcelona. En el camino se le ordenó rectificar e ir a Málaga. Allí llegó a primeras horas del 20 de julio. Una vez fondeados en este puerto, la marinería procedió a la detención del mando, siendo llevados todos al vapor *Monte Toro*. Subió a bordo el capitán de corbeta Monreal y el condestable Paz, quien en nombre del gobierno de la República dirigió una arenga a la dotación, que fue formada previamente. A continuación se procedió a formar un comité que se encargó de la dirección de la nave[3].

De lo sucedido en el *Jaime I* contamos con el testimonio de un testigo presencial, el oficial de derrota José María Otero Goyanes, a quien el oficial de guardia, teniente de navío Cañas, se presentó muy descompuesto:

> *Mi Comandante, estoy observando muchos grupos de Cabos en cubierta y me ha parecido ver pistolas debajo de las marineras*. En aquel momento nos encontrábamos en la caseta de derrota, el Comandante, el tercer Comandante Don Carlos Aguilar Tablada, el Alférez de Navío Falquina y el declarante. Al oír a Cañas todos, menos el Comandante, montamos nuestras pistolas y salimos al puente. El Comandante también salió. Efectivamente, la cubierta estaba llena de gente, casi en su totalidad Cabos, y salían más por todas las escotillas, con fusiles y pistolas. El Comandante, desde el puente, les preguntó qué era lo que querían, contestando el Cabo de Artillería Manuel Fernández, que estaba al frente del grupo, diciendo que el Gobierno de la República mandaba que les entregáramos el mando del buque. El Comandante dijo que subiera una Comisión para hablar con él, negándose el Cabo Fernández, y diciendo que bajásemos nosotros. Que, visto el cariz que tomaba aquello el declarante dijo al Capitán de Corbeta Aguilar Tablada que se fuese a babor para que por la escotilla volante que había no pudiese subir nadie al puente y que Falquina y el declarante nos quedaríamos defendiendo la escala principal. Así lo hizo el tercer Comandante, y entonces el Alférez de Navío Falquina dijo, dirigiéndose al Comandante: *Mi Comandante, yo arreglaré esto*. Y acto seguido, pistola en mano, bajó el puente, con el brío y

> entusiasmo que le caracterizaba, y no obstante mi recomendación de que no lo hiciera. Apenas llegó al puente bajo, el Cabo Fernández, que estaba al pie de la escala, le disparó su pistola cayendo el Alférez de Navío Falquina herido en el vientre. Entonces subió el Cabo Fernández y cuando comenzaba a subir la escala que conduce al puente alto, el declarante disparó sobre él, dándole en el pecho y con tan buena fortuna de que dio una vuelta y cayó a cubierta entre todos los demás sublevados. Esto hizo que cundiese el pánico y nadie se atreviese a avanzar. Lo único que hacían era disparar todos sus fusiles y pistolas hacia el puente. Cuando a los oficiales se les acabaron las municiones, los cabos se hicieron con el buque. Al Comandante le ofrecieron seguir al frente del acorazado, pues sabían de su oposición a secundar a los sublevados. Se negó: «Canallas, cobardes. Habéis asesinado a mis oficiales. Yo no puedo mandar un barco de asesinos»[4].

A las 16.20 del día 20 de julio, un telegrama enviado desde el *Jaime I*, en alta mar, comunicaba al gobierno que habían sido destituidos los jefes oficiales, «rendidos violentamente» tras la muerte de tres jefes y oficiales, un cabo y dos marineros. Finalizaba con un «Viva la República». Horas después, en Tánger, desembarcaron a heridos y prisioneros. Los jefes y oficiales de este acorazado, salvo el comandante, capitán de navío Joaquín García del Valle, que llevaba muy pocos días en el mando, se habían comprometido con la conspiración meses antes, a partir de una reunión celebrada en Vigo, a la que asistieron la mayoría de los oficiales a bordo. Días antes del alzamiento, el teniente de navío José Luis Fernández Peña había entregado al oficial José María Otero Goyanes las cuatro claves que había enviado desde Madrid el teniente de navío Alfaro, para repartirlas una vez conocida la sublevación del Ejército de África[5].

La mayor parte de los buques de la Armada permanecieron fieles al gobierno, mandados por la marinería. La escasa preparación técnica de los nuevos responsables impidió no solo maniobrar adecuadamente los buques leales a la República sino, lo que resultó más determinante, coordinar sus acciones.

Los primeros hombres del Ejército de África cruzaron el Estrecho en barco, aprovechando el caos imperante en el país. El día 19 de julio el barco civil *Ciudad de Algeciras* y el vapor *Cabo Espartel*, protegidos por el destructor *Churruca* y el cañonero *Dato*, pudieron pasar a Algeciras unos centenares de soldados. Los sublevados se dieron cuenta de que necesitaban trasladar mayor cantidad de tropas y, por tanto, mayor apoyo aéreo para garantizar el paso de las fuerzas militares tanto en buques como en los propios aviones. Por ello comenzó rápidamente la búsqueda de ayuda internacional, sobre todo en la Alemania nazi y en la Italia fascista.

Las primeras gestiones ante el gobierno alemán fracasaron. Franco encargó la misión al teniente coronel Juan Beigbeder, agregado militar en Berlín desde 1929. Se puso en contacto con el agregado militar del Reich en París el 22 de julio para que transmitiera la petición a su gobierno. El canciller alemán se negó en rotundo a inmiscuirse en los acontecimientos españoles. Franco lo intentó de nuevo. Esta vez convenció al industrial alemán Johannes Bernhardt, afincado en Tetuán, para que encabezara la delegación que debería viajar a Alemania, formada además por el jefe del Partido Nacionalsocialista en Marruecos y por un militar de su confianza, el capitán de aviación Francisco Arranz Monasterio. El día 23 el Ju *52* de la Lufthansa despegaba del aeródromo de Tetuán rumbo a Berlín con la delegación del general Franco y con una carta de este dirigida al Führer en la que le solicitaba aviones para el transporte de tropas y material bélico.

Tabla 18
Carta de Franco a Hitler solicitando aviones y armamento

Tetuán, 23 de julio de 1936

Excelencia:

Nuestro movimiento nacional y militar tiene como objeto la lucha contra la democracia corrupta en nuestro país y contra las fuerzas destructivas del comunismo, organizadas bajo el mando de Rusia.

Me permito dirigirme a V. E. con esta carta, que le será entregada por dos señores alemanes, que comparten con nosotros los trágicos acontecimientos actuales.

Todos los buenos españoles se han decidido firmemente empezar esta gran lucha, para el bien de España y de Europa.

Existen severas dificultades para transportar rápidamente a la Península las bien preparadas fuerzas militares de Marruecos, por falta de lealtad en la Marina de Guerra española.

En mi calidad de Jefe Superior de estas fuerzas, ruego a V. E. me facilite los medios de transporte aéreo:

- *10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible; además pido*
- *20 piezas antiaéreas de 20 mm*
- *6 aviones de caza «Heinkel»*
- *Una buena cantidad de ametralladoras y fusiles con abundancia de municiones*
- *Además, bombas aéreas de varios tipos de hasta 500 kg*

Excelencia:

España ha cumplido en toda su historia sus compromisos. Con Alemania se siente más unida que nunca en estas horas de su cruzada en la lucha contra el comunismo.

Francisco Franco Bahamonde,
Jefe Supremo de las Fuerzas Militares en Marruecos

Fuente: Raúl Arias Ramos: *La Legión Cóndor en la Guerra Civil. El apoyo militar alemán a Franco*, …, pp. 71-72.

En los últimos instantes del día 24 la delegación se reunió con Hitler durante unas dos horas, tiempo que resultó decisivo para la suerte del alzamiento. Hitler ordenó a Goering, jefe de la Luftwaffe, que solventara las necesidades aéreas de los sublevados. Para dar cobertura legal a la operación se constituyó la sociedad hispano-alemana HISMA.

La delegación regresó de Berlín el día 28 con el compromiso de apoyar a Franco con más aviones de los solicitados. En total, llegarían en pocos días y de forma escalonada diez Junkers Ju 52 y seis cazas Heinkel He 51. El Ju *52* que había trasladado a la delegación, tras serle borrados los

distintivos de su antigua nacionalidad, pasó ese mismo día a prestar el primer servicio como avión de transporte de soldados del Ejército de África a la Península, entre Tetuán y Sevilla. Este hecho constituyó el primer puente aéreo de la historia, de gran importancia porque consiguió burlar el bloqueo naval republicano. Durante los días siguientes, el Ju *52* hizo la ruta en tres o cuatro ocasiones diarias. El 31 de julio llegaron los tres primeros aviones enviados por Hitler, con lo que se incrementaron considerablemente los vuelos y las tropas transportadas. En total, en los meses que duró el puente aéreo los aviones alemanes consiguieron transportar a Sevilla a trece mil soldados y unas doscientas setenta toneladas de material[6].

Italia también se comprometió con el general Franco. El 21 de julio llegó a Roma el periodista Luis Antonio Bolín con una nota redactada por Franco en la que le autorizaba a gestionar la compra urgente «para el Ejército Español no marxista» de aviones y material. Fue recibido por el ministro de Asuntos Exteriores, el conde Ciano. Tras arduas gestiones, Mussolini se comprometió al envío de doce aviones con sus tripulaciones, modelos Savoia-81 y Junker-52. Gracias a la ayuda de alemanes e italianos, el puente aéreo resultó decisivo, pues permitió saltar el Estrecho, hasta noviembre de 1936, fecha en que se dio por finalizado el mismo, a 23 393 hombres, las dos terceras partes del ejército destacado en el protectorado.

El puente aéreo, demasiado lento para cubrir las necesidades de los sublevados, fue complementado con las expediciones marítimas, que ofrecían la posibilidad no solo de transportar mayor número de tropas, sino también de armamento. El 5 de agosto, gracias a la protección de veintidós aviones italianos y alemanes, un convoy naval pudo transportar a través del Estrecho a dos mil quinientos soldados y varias toneladas de explosivos, de proyectiles y cartuchería.

Con la botadura del crucero *Canarias*, a finales de septiembre, el bando nacional pudo recuperar el control del Estrecho, consiguiendo eliminar definitivamente los obstáculos para trasladar las fuerzas marroquíes al frente. A partir de entonces fue cuando realmente ya no necesitó ayuda foránea.

Los primeros contactos serios con las potencias fascistas se realizaron con el golpe militar ya iniciado. Durante la conspiración estos países no

habían tenido ninguna participación, ni en la financiación ni en la preparación, por lo que era la primera vez que los militares españoles rebeldes se ponían en contacto con las autoridades alemanas e italianas. Los vagos contactos exploratorios de los conspiradores con los líderes del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano (vínculos italianos con la Falange y visita del general Sanjurjo a Alemania) no habían cuajado en nada serio y comprometido. Tanto en Roma como en Berlín se vieron sorprendidos por el momento y alcance de la sublevación[7].

Los sublevados necesitaron cierta dosis de suerte y les salió bien. El anticomunismo de Alemania e Italia, el «miedo a la revolución» en España, además del pago económico de la ayuda (el dinero lo puso Juan March, que ofreció un millón de libras a los aliados), resultó determinante para los militares sublevados tanto en los primeros días del alzamiento en la Península como en los inicios de la guerra, aunque muchos no lo quisieran reconocer. «La mitología franquista ocultó el papel decisivo de la aviación italo-germana en el paso del Estrecho y presentó la acción como una muestra de la genialidad de Franco y de la protección que le dispensaba la Virgen de África»[8].

Además de la ayuda extranjera, en los primeros momentos del golpe militar resultó determinante para el desarrollo del mismo lo que sucedía no solo en el mar y en el aire, sino también en tierra. La República no supo ni pudo controlar algunas de las poblaciones peninsulares del Estrecho y ciudades cercanas. En Andalucía el alzamiento triunfó inicialmente en las capitales de Sevilla, Cádiz, Córdoba y Granada. En estas dos últimas provincias, las capitales constituirían, al menos hasta los meses de agosto y septiembre de 1936, reductos aislados en manos de los sublevados, quedando en poder de la República el resto de su territorio.

6.2. Málaga, clave para el desembarco, en poder de la República

> Málaga, extendida a lo largo y ancho de la bahía, estaba bajo una cortina de humo. La ciudad se ocultaba y el humo se adentraba en el mar. Málaga estaba quemándose[9].

Málaga, según la directiva de Mola para Marruecos de fecha 24 de junio, debía recibir a una de las dos columnas de legionarios y regulares del Ejército de África. Una ciudad y provincia con la que contaba el responsable de la conspiración, se torció para sus planes sólo empezar el alzamiento. Mal comenzaban las cosas para los golpistas. Era una plaza tan segura que hasta el general Queipo de Llano trasladó allí a casi toda su familia en los días previos a la sublevación. El día 11 de julio a las 9 horas salió de Madrid con su mujer y sus dos hijos solteros, que se quedaron en la vivienda de su hija Mercedes, residente en Málaga. Su hija Ernestina, casada con un hijo de Niceto Alcalá Zamora, se encontraba fuera de España con su marido y sus suegros. La familia del general abandonaría Málaga en secreto, con la ayuda del consulado italiano, los días 10 y 13 de agosto.

En la capital de la provincia, el comandante militar, general Francisco Patxot Madoz, convocó a primera hora de la tarde del 18 de julio en la Comandancia Militar al jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, al coronel del Regimiento de Infantería Vitoria n.º 8 y al coronel de Carabineros, a quienes comunicó que de orden superior se iba a proclamar el estado de guerra en Málaga, para lo cual les requería ponerse a sus órdenes. Pocos minutos después comenzó la sublevación con fuerzas del Regimiento de Infantería y de la Guardia Civil. Contó con la oposición de la Guardia de Asalto y Seguridad, compuesta por unos trescientos cincuenta guardias, y de las milicias populares. El comandante militar, general Patxot, obedeció los requerimientos de Queipo, proclamando el estado de guerra.

Sobre las 17.30 el coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, Fulgencio Gómez Carrión, reunió a los jefes y oficiales para comunicarles que había llegado la orden de que estallara el movimiento. La mayoría se mostraron partidarios de sumarse a las fuerzas del Ejército. Inmediatamente dio las órdenes oportunas a sus oficiales para salir a tomar la ciudad. Una sección de caballería mandada por el teniente Vega se dirigió a la plaza de toros con objeto de impedir que llegaran al parque los obreros de las

barriadas periféricas. Al llegar al edificio de Correos y Telégrafos fue tiroteada desde su azotea, resultando heridos dos guardias.

Otra sección de infantería, al mando del alférez Antonio Ruiz Moyano, se uniría a la compañía que iba a salir del cuartel de Capuchinos y colaborará con la misma a la declaración del estado de guerra, lo que efectivamente hizo llegando hasta el Boquete del Muelle. Un guardia civil resultó herido en un tiroteo con la Guardia de Asalto. El pelotón de la Guardia Civil mandado por el Sargento Rafael Sencianes fue encargado de defender los puentes para impedir que las gentes de los barrios y de la Casa del Pueblo se volcaran sobre el centro de la capital, sosteniendo el tiroteo con los elementos que había en la Casa del Pueblo y ocasionándoles varios muertos y heridos. Con la Guardia Civil actuó conjuntamente la fuerza del Regimiento de Infantería de guarnición en Málaga. El teniente Manuel Fernández Nespral salió del cuartel de Capuchinos al frente de una sección de máquinas de acompañamiento, poniéndose a las órdenes del capitán Huelín y emplazando su unidad junto al cuartel de la Parra en la plaza del Comandante Benítez.

El coronel de Infantería Claudio Alaes Bayona marchó a hacerse cargo del cuartel de Asalto, en el Gobierno Civil, encontrándose en el trayecto a la compañía que a las órdenes del capitán Huelín proclamaba el estado de guerra. En el Gobierno Civil el gobernador José Antonio Fernández Vega había convocado urgentemente a los principales líderes políticos y sindicales del Frente Popular para organizar la resistencia popular de la ciudad y junto al capitán Molino la defensa del edificio por las fuerzas de Asalto. Tenían sacos terreros colocados en las ventanas y ametralladoras en la parte alta del mismo y milicianos armados apostados por los árboles del parque, que dispararon contra la compañía cuando llegó al Boquete del Muelle[10].

En la Aduana y Gobierno Civil la compañía de infantería del capitán Huelín fue recibida a tiros. El capitán «dirigió la palabra para manifestarles que teniendo orden escrita del Gobernador Militar de bombardear la Aduana, no lo hacía por lo mucho que los quería desde el tiempo que fue Capitán suyo. Estas manifestaciones indudablemente dirigidas para provocar una reacción favorable entre los guardias rebeldes, dio el fruto

contrario, pues estos lo interpretaron como un síntoma de debilidad por parte del Ejército, recuperando una fe y una moral que tenían casi perdidas», según un capitán comprometido con la sublevación[11]. Según otras versiones, el bombardeo no se produjo por la exigencia del teniente Nespral, encargado de la sección militar de los sublevados, de recibirla por escrito[12].

Hacia las once de la noche el alférez del Cuerpo de Asalto Teodoro Martínez Vicente fue enviado por el gobernador civil a parlamentar con el general Patxot, a quien rogó depusiera su actitud por ir en contra del régimen legalmente constituido. El general le contestó que obedecía órdenes de Queipo de Llano, jefe de la División, a lo que el alférez contestó que dicho general era también un sublevado. El comandante militar le replicó: «Tengo orden de tomar el Gobierno Civil y lo tomo». El emisario gubernamental le volvió a suplicar que desistiera de su propósito para evitar derramamiento de sangre, pues en la Aduana había cuatrocientos guardias y quinientos milicianos llenos de pujanza y valor, completamente armados y dispuestos a morir por la República. El general dijo que había terminado ya de parlamentar: «he dicho que lo tomo y lo tomaré»[13].

Las fuerzas militares tuvieron dominado el centro de la población, salvo el reducto del Gobierno Civil, entre las diez de la noche y las cuatro de la madrugada aproximadamente, cuando recibieron órdenes del Gobierno Militar de retirarse a su cuartel. En su propia declaración ante la justicia republicana que le condenó a muerte, el general Patxot adujo que intentó ponerse en varias ocasiones en contacto telefónico con el general Queipo de Llano y que no lo logró. Tampoco este contestó a su telegrama enviado ante la angustia que le producía la presión de los emisarios del gobernador civil para que se rindiera. Esto fue lo que decidió hacer hacia las cuatro de la madrugada, al sentirse abandonado por Sevilla[14]. Otra versión dice que ordenó la retirada «debido a que el general Patxot sostuvo una conferencia telefónica con Martínez Barrios, el que le desorientó diciéndole que toda España se encontraba ya calmada y se formaría un Gobierno que estableciera el orden inmediatamente»[15]. Quizás es la versión más divulgada pero tal vez la menos creíble: si hubiera obedecido la orden del gobierno republicano no hubiera sido tratado como lo fue por la justicia

republicana. Otra hipótesis apunta a que el general pudo dar marcha atrás tras la destitución del coronel Gómez Carrión realizada por teléfono por el general Pozas y aceptada por el jefe de la Guardia Civil[16]. En la propia declaración del coronel de la Guardia Civil, este no habla para nada de su destitución, y declara que simplemente decidió seguir las órdenes que le comunicó de madrugada la Inspección General de la Guardia Civil para que se apartara del «movimiento faccioso». Ordenó retirar sus fuerzas, lo que comunicó al gobernador civil y al general Patxot[17]. Tal vez esta decisión sí pesó en la que tomaría minutos después el comandante militar, quien era consciente, además, de la dificultad que entrañaba tomar el Gobierno Civil, salvo a costa de muchos muertos.

Los oficiales pensaban que la orden de retirada no suponía abandonar la sublevación, según uno de los protagonistas, «si no estimando ganado el Movimiento en Málaga se retiraron a descansar y entraron en el Cuartel dando vítores patrióticos»[18]. El capitán Huelín tenía claro que la orden era el reconocimiento del fracaso del alzamiento. Se replegó al cuartel y desde allí se presentó al general Patxot: «Mi general, está usted engañado y aunque hubiese fracasado el Movimiento en toda España, como asegura, nosotros nunca hemos de darnos por vencidos. Para eso hubiésemos estado en el cuartel», replicó a su superior[19]. Ante la actitud del general, el capitán se arrancó las estrellas del uniforme y se marchó hacia su domicilio. Allí fue posteriormente detenido y semanas después fusilado.

A las siete de la mañana del día 19 las milicias populares asaltaban La Unión Mercantil, situada en el número 4 de la calle de Córdoba. Posteriormente fueron ocupando posiciones estratégicas en el resto de la ciudad. El movimiento había pasado de dominar el centro de la ciudad a perderlo en cuestión de pocas horas, ante la retirada ordenada por el general Patxot, según un testigo presencial[20].

La sublevación fracasó por distintos motivos. Para el coronel de Infantería Claudio Alaes Bayona, juez militar, que había sido ayudante del general Mola en Marruecos, los errores vinieron de la conspiración. Él fue quien puso a los conspiradores, con el general Patxot al frente, en contacto con Mola. Este dejó actuar libremente, no tomó la dirección absoluta «faltando por ello la unidad de mando tan necesaria para la situación en que

se encontraba Málaga». No había una conspiración y preparación, sino varias: la del Regimiento, con el capitán Huelín; la de la Guardia Civil con el coronel Fulgencio Gómez Carrión; la de los falangistas, auspiciada por el capitán Hernando. El declarante era el enlace de todos ellos ante el general Queipo de Llano. La sublevación fracasó «al carecerse de la debida dirección, colocaron la situación en extremo imposibilitada de éxito de no haber una gran energía en el momento de actuar, cosa que faltó en el momento decisivo»[21].

Los falangistas reprochaban que el gobernador militar, general Patxot, no solo no quisiera contar con ellos sino que los despreció. El día 17 de julio, el jefe de milicias falangistas accidental, Carlos Assiego Codes, recibió aviso del capitán Hernando, uno de los enlaces militares en la preparación del movimiento, citándole para las seis de la tarde del día siguiente en el Gobierno Militar. Una vez allí, el jefe de las milicias falangistas ofreció al general la cooperación de más de doscientos falangistas que estaban avisados y preparados. «Volvió de nuevo al Gobierno Militar el declarante a las siete y media y esta vez le dijo el General que no se podía consentir que el pueblo creyera que se trataba de un Movimiento Falangista y que iba a dar órdenes a los soldados de hacer fuego contra todo paisano armado que circulara por la calle cualquiera que fuera su ideología»[22]. Los falangistas estuvieron esperando toda la noche para ver si el capitán Hernando convencía al comandante militar, pero la espera resultó en vano.

El capitán de Infantería José María Estevan y Estevan, enlace del movimiento, fue en distintas ocasiones a Sevilla para preparar la sublevación. El comandante de Estado Mayor del general Queipo de Llano, Manuel Escribano Aguirre, le prometió que enviarían un Tabor de Regulares para reforzar las fuerzas sublevadas. Nunca llegó[23].

Para un responsable de la Guardia Civil «el Movimiento fue mal preparado y mal llevado, pues no debió declararse el Estado de Guerra sin por lo menos haber concentrado las fuerzas de la Guardia Civil de toda la provincia, con lo que se hubiera decidido el Movimiento, pues se contaba con casi toda ella y ya estaban avisados los Capitanes para que en el momento oportuno recibieran las instrucciones que nadie les dio»[24].

Un capitán de la Guardia de Asalto fiel a los conspiradores insistió en dos ocasiones ante el general Patxot para que retrasara el movimiento un día, al coincidir en el retén de guardia del día 18 varios oficiales opuestos a él. A las 16.30 del mismo día 18 fue llamado por el general para comunicarle que iba a declarar el estado de guerra, y quería saber con qué oficiales contaba en la Guardia de Asalto. Le informó que los oficiales opuestos daba la circunstancia casual que estaban de servicio con fuerzas afectas, por lo que el capitán Espejo le pidió tiempo para organizar las fuerzas de Asalto leales, sugiriéndole retrasar el movimiento a la mañana siguiente: «el aludido Capitán solicitó entonces que le concediera una hora siquiera para que, con pretextos imaginarios alejar de la Aduana a las fuerzas de Molino y una vez conseguido, avisarle y dar un golpe de sorpresa en el Gobierno Civil. Tampoco a esta proposición accedió el General Patxot, ordenándole que reuniese a todos los oficiales afectos y desafectos y procurase atraerlos a aceptar lo que se disponía». Otros errores se dieron en el cerco de la Aduana y Gobierno Civil. El primero, la escasa intimidación del capitán Huelín; el segundo: «Un cañonazo o una granada de mortero hubieran sido de resultado eficaz; pero llegaron noticias de que la compañía de ametralladoras y la Sección de máquinas de acompañamiento habían quedado en el Campamento Benítez a 10 o 12 kilómetros de Málaga y que eran transportadas a lomo; imprevisiones que con otras no alcanzaban a comprender»[25].

Las conclusiones que se observan de la mayor parte de bibliografía han sido recientemente revisadas por Juan A. Ramos[26]. Para este autor, el alzamiento fracasó en Málaga porque no estaba suficientemente preparado y no contaba con el apoyo del general Patxot. Este estaba informado, «todo le llegaba de segunda mano y de inferiores», pero no comprometido. El general Patxot nunca llegó a reunirse con Queipo en fechas anteriores al mismo. Tampoco habló con Martínez Barrio para que este le convenciera de que se rindiera.

No parecen muy lógicas sus conclusiones a la vista de la documentación de la *Causa General*. Tampoco de la conservada en la causa 93/36, en la que se encuentra el bando por el que declaraba el estado de guerra realizado unos días antes del estallido del alzamiento, siguiendo los dictados de

Sevilla, y firmado por el propio general Patxot, como él mismo reconoció en su declaración ante el tribunal republicano[27]. Pero sobre todo parecen ilógicas sus conclusiones por el resultado, pues el general Patxot y el resto de encausados por el delito de rebelión en Málaga fueron asesinados por las milicias populares el 22 de agosto, sin dar tiempo a que el tribunal que juzgaba los hechos dictara sentencia. Grupos armados con varios miembros de los Comités de Enlace y Salud Pública sacaron de la prisión a los militares detenidos y los ejecutaron, en respuesta al bombardeo de la ciudad por la aviación sublevada.

El propio general Queipo confirma en sus memorias que no se reunió con él, pero telefónicamente hablaron en numerosas ocasiones. Al general Queipo de Llano no le extrañó la tibieza de Patxot, a quien conocía bien. Según su testimonio[28], al ordenarle declarar el estado de guerra, Patxot le respondió con múltiples dudas e interrogantes: «comenzó a preguntarme qué se había hecho en las otras guarniciones, cuántos eran los elementos con que contábamos, qué actitud adoptaría el gobierno…». Por fin prometió dar cumplimiento a sus órdenes, pero durante toda la tarde y la noche llamó en varias ocasiones a Queipo para solicitar información sobre el resto de Andalucía y de España, manifestándose de forma pesimista constantemente, por lo que no le extrañó que diera marcha atrás y rindiera las tropas cuando tenían dominada la ciudad, salvo el foco de resistencia del Gobierno Civil. «Le aseguré que por la mañana llegarían a aquella plaza tropas de Marruecos y que entonces se rendirían o se tomaría aquella dependencia oficial», relata el general Queipo. Pero de poco sirvió la promesa.

El 11 de julio, seis días antes del estallido en Melilla, el comandante José Cuesta Monereo, principal organizador de la conspiración en el seno de la II División, realizó un informe para el general Queipo de Llano sobre el grado de compromiso de los mandos. Según exponía en el mismo, el general Patxot era reacio al alzamiento, pero «a última hora, parece accedería si movimiento es el de Mola, que es el que le inspira confianza»[29]. Esto es lo que debió suceder; accedió sin estar muy convencido y arrastrado por el impulso de Queipo de Llano, pero al mínimo contratiempo se echó atrás.

Tras la derrota de los sublevados, la provincia de Málaga se convirtió prácticamente «en un estado independiente con los antiguos límites del reino moro de Granada. Los pequeños trenes funcionaban pero no iban muy lejos; la correspondencia entraba y salía, aunque sólo a algunos lugares. Granada, Algeciras, Cádiz y Sevilla eran ahora enemigos»[30].

6.3. Cádiz, puerto de las tropas de Marruecos

Algeciras debía ser la ciudad receptora de la segunda de las columnas de regulares y legionarios. Ante el fracaso de Málaga, el triunfo del alzamiento en Cádiz y las poblaciones costeras del Estrecho resultaría determinante para la estrategia de los sublevados, tanto en el alzamiento como en el desarrollo de la guerra, pues sirvieron de único puente naval a las tropas de Marruecos.

En la capital gaditana, el general Varela fue quien tomó el mando de las tropas sublevadas el 19 de julio, mientras el general López Pinto mantenía enlace con Sevilla y las demás guarniciones afectas al movimiento[31]. Este último era el comandante militar de la plaza, y había sido recibido en audiencia por el presidente de la República unos meses antes. Azaña, años después, recordaba su hipocresía, no tanto por su visita, pues era habitual recibir los miércoles a los jefes y mandos militares, sino por el tono empleado y palabras pronunciadas:

> López Pinto, rojo de emoción me decía: «Señor Presidente, mi persona, mi empleo de general, la plaza de Cádiz (era allí comandante militar) y su guarnición, están incondicionalmente a las órdenes de V. E.». Tuve que moderar su calor, haciéndole observar que no era una adhesión personal a mí, sino a la República y al Gobierno, lo que se requería. Después, López Pinto se sublevaba en Cádiz y fusilaba a su compañero el comandante de artillería Mariano Zapico, gobernador civil[32].

Según el testimonio del general Queipo de Llano[33], el general López Pinto fue el primero que se comprometió con él, antes del estallido. El 18 de julio Queipo le volvió a llamar, esta vez para notificarle que se había apoderado del mando de la división y que acababa de proclamar el estado de guerra en Sevilla. López Pinto le preguntó por otras provincias, a lo que le contestó Queipo que él era el primer jefe militar con el que hablaba: «Su adhesión, en la que creo ciegamente —le dijo—, me servirá para hablar en plural a los otros comandantes militares, que se creerán así más garantizados para adoptar su determinación cuando les hable». El jefe de las fuerzas militares de Cádiz le contestó inmediatamente: «Está bien, mi general; voy a dar cumplimiento a sus órdenes».

El general Varela, con su prestigio, consiguió el respaldo del Regimiento de Infantería y del Regimiento de Artillería. Poco antes de amanecer, el general con parte de sus tropas y escoltado por quince falangistas y cuatro o seis guardias civiles se dirigió al muelle para esperar y proteger el desembarco de las fuerzas de África. Durante el trayecto fueron hostilizados con pistolas ametralladoras desde las azoteas y balcones de la calle San Francisco, Isaac Peral, edificio de la Tabacalera, iglesia de Santo Domingo y estación del ferrocarril. En la calle Isaac Peral fue herido de un balazo en el pecho un guardia civil, otro leve en un pie y de rozadura de bala en la cabeza el jefe de Milicias de Falange Manuel Mora. Como los regulares no llegaban, marcharon hacia el centro de la ciudad.

Las fuerzas del general Varela llegaron a la plaza de Argüelles antes que las fuerzas de infantería, formando y declarando allí el estado de guerra. Al poco tiempo llegó la fuerza de infantería al Paseo de Canalejas, llevando consigo dos compañías ametralladoras y un cañón de infantería. Ante la negativa del gobernador civil de acatar la declaración del estado de guerra, el general Varela ordenó se hiciera fuego contra el Gobierno Civil.

Tras una hora y media de fuego de fusil, ametralladoras y cañón, el comandante Baturone entró en el edificio pidiendo al gobernador la rendición de sus tropas, a lo que se opuso la máxima autoridad provincial. Las fuerzas que cercaban el edificio, una compañía de Guardias de Asalto y fuerzas de infantería y artillería, continuaron con el fuego una vez evacuadas las mujeres y niños.

Hacia las seis de la mañana del día 20 apareció en la lejanía el destructor *Churruca* acompañado del vapor mercante *Lázaro* con tropas que traían un Tabor de Regulares de Infantería y un escuadrón pie a tierra. Dichas fuerzas junto a falangistas de la localidad marcharon a paso ligero desde el muelle hacia el Gobierno Civil. Al ver el despliegue de tropas, el gobernador civil izó bandera blanca, proponiendo la rendición, que fue aceptada sin condiciones. El gobernador, junto a las personalidades que le acompañaban, como el presidente de la Diputación, el teniente coronel de Carabineros, el capitán de Corbeta Gumersindo Azcárate y su propio secretario, fueron conducidos a prisión. Las masas populares y concejales concentrados en el Ayuntamiento salieron precipitadamente por la puerta trasera al conocer la llegada de las fuerzas de Marruecos. Las tropas continuaron recorriendo las calles para reducir los focos de resistencia.

La noche del 20 de julio el alzamiento había triunfado tanto en la capital como en algunas poblaciones de la provincia cercanas a ella, como Vejer, Puerto de Santa María, San Fernando y Jerez de la Frontera, hacia donde habían salido destacamentos de regulares tras la victoria en Cádiz a primeras horas del día. En Jerez la sublevación triunfó gracias a la adhesión del comandante militar de la plaza, Salvador de Arizón y Mejías, marqués de Casa Arizón[34]. El alcalde le llamó y, según relato de la máxima autoridad militar, le dijo:

> Arizón me extraña mucho su manera de proceder, que no haya venido a la Alcaldía como lo han hecho las demás Autoridades, para entre todos acordar las medidas a tomar; además me dicen que ha ordenado V. movimiento de fuerzas dentro de la población y eso no lo puedo tolerar.
>
> No sé lo que habrán hecho las demás Autoridades —le contestó en presencia de los oficiales—, pero sé lo que yo tengo que hacer, y lo haré saltando por encima de todo, pues cuento con elementos más que sobrados para imponer mi voluntad[35].

El comandante militar declaró el estado de guerra y en primer lugar ordenó ocupar la Radio. La primera noticia fue la lectura del bando de

guerra. La Guardia Civil, aunque no se sumó, tampoco opuso resistencia. Otra unidad marchó a tomar el Ayuntamiento. El alcalde Oliver ya le había anunciado por teléfono que no resistiría: «Descuide V. cuando llegue el Capitán se levantará acta y le haré entrega, no quiero ser culpable de que corra la sangre en Jerez». En efecto, llegó el capitán y se le hizo entrega del Ayuntamiento. Posteriormente, con la ayuda de civiles, ocuparon los edificios públicos, entidades bancarias, Teléfonos, Telégrafo, Fábrica Eléctrica, Fábrica de Gas, etc. Se formaron patrullas para vigilar y controlar la ciudad.

Tabla 19
Bando de guerra de Jerez

Don Salvador de Arizón y Mejías, Comandante Militar de la Plaza de Jerez de la Frontera, Hace saber al pueblo de Jerez que declarado el estado de guerra en toda España, toma el mando total de la Plaza, hasta la próxima llegada de las fuerzas del Tercio y Regulares, que al mando del Excmo. Sr. General Don José Varela Iglesias, se encuentra en marcha hacia esta plaza. Asimismo hace saber a todos los elementos de orden la obligación moral y material que tienen de ayudar a las fuerzas del Ejército, presentándose a ser posible con armamento en el Cuartel de Fernando Primo de Rivera. Todo el que contravenga las órdenes de mi Autoridad, será severísimamente juzgado y en el acto pasado por las armas.

Fuente: Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 12 Bis. «Hechos ocurridos en los primeros días del Alzamiento», por Salvador de Arizón.

En San Fernando el jefe del Batallón de Infantería de Marina, teniente coronel Ricardo Olivera Manzorro, recibió del general Varela las últimas instrucciones de la sublevación el día 17 de julio[36]. El dominio de la ciudad, en principio, no parecía una cuestión fácil, porque había una gran cantidad de obreros trabajando en la Constructora Naval. Esa misma noche los falangistas también intentaron prepararse. Hacia las nueve de la noche del 17 llegó la orden de alzamiento a Miguel Aceytuno, quien en un doble techo en el cuarto de baño de su casa tenía escondidas armas, municiones y propaganda. Se pasó toda la noche movilizando a los falangistas disponibles, que al día siguiente se presentaron en el cuartel.

Poco después de las 15 horas del día 18 de julio salieron del cuartel de Infantería de Marina tres compañías a las que se unieron dos de Marinería. La compañía que mandaba el capitán Ignacio Gavira proclamó el estado de guerra en toda la población. El resto de la fuerza ocupó militarmente la ciudad y la Constructora Naval, procediendo a detener a responsables políticos y sindicales del Frente Popular. El alcalde y sus concejales, que estaban reunidos en el Ayuntamiento, fueron detenidos por el propio teniente coronel y el comandante Ricardo Isasi, que se dirigieron al edificio consistorial a los pocos minutos de declararse el estado de guerra. Las calles quedaron vacías, transitando por ellas solamente las patrullas militares y, a las pocas horas, la Guardia Civil, que se sumó al movimiento la madrugada del 18 al 19.

El día 19 se mandó una compañía de Infantería de Marina, al mando del capitán Juan Conforte, a Puerto Real, donde un grupo de obreros habían cortado la carretera, aislando a la población. A los pocos minutos de llegar declararon el estado de guerra y se apoderaron de la población. A Chiclana también se mandó una sección con el capitán Carlos Díaz Calderón al frente, que auxiliada por la Guardia Civil proclamó el estado de guerra, nombrando nuevo Ayuntamiento.

En San Fernando parecía incuestionable el triunfo del alzamiento, pero sobre las 23 horas del 20 de julio se produjo la «revuelta» de la marinería del Parque de Artillería del Arsenal y del puesto de La Placilla, que intentaron retomar el control de la República. Una sección de Infantería de Marina dominó pronto la situación en el cuartel de la Carraca, pero al día siguiente se agravó para los sublevados, por los cañonazos lanzados desde los cañoneros *Cánovas del Castillo* y *Lauria*, fondeados en los caños del Arsenal. La marinería se había apoderado de los barcos. Desde ambos buques se hacían constantes disparos de cañón. A ellos se sumaron al amanecer del día 22 varios grupos civiles organizados que rompieron el fuego desde las azoteas de las casas contra las fuerzas militares que custodiaban el Ayuntamiento, Plaza de la Iglesia y Grupo Escolar de Quintanilla. Las fuerzas de Infantería de Marina sofocaron la resistencia al alzamiento ese mismo día, consolidando definitivamente la sublevación. Por un lado la compañía destacada en el Arsenal impidió que las tropas de

los buques bajaran a tierra, tomando posiciones a ambas orillas del río y disparando constantemente a los barcos. Sobre las dos horas y treinta minutos de la madrugada fue alcanzado con un proyectil el tanque de gasolina del *Lauria*, incendiándose el buque rápidamente. Sus hombres se trasladaron al *Cánovas del Castillo*, desde donde se hacía fuego constantemente, aunque a los pocos minutos un proyectil lanzado desde tierra desmontó un cañón del barco. Además de esta importante merma, poco a poco se iban agotando las municiones. Cuando se acabaron en su totalidad el cañonero izó bandera blanca, sobre las seis y media de la mañana. Los prisioneros fueron desembarcados y conducidos al crucero *Navarra*, donde fueron encerrados. Por otro, el comandante general del Arsenal pidió a Cádiz una compañía de Regulares. Cuando llegó colaboró con los soldados de Infantería de Marina en la rendición de las fuerzas obreras instaladas en las azoteas del centro de la ciudad.

En La Línea había destacado un batallón del Regimiento de Infantería n.º 7 Pavía, de Algeciras. El día 18 llegaron desde esta población —según relato de un testigo[37]— dos capitanes y dos tenientes para hacerse cargo del destacamento porque los oficiales no querían declarar el estado de guerra. Los suboficiales se opusieron y el brigada Gabriel Sánchez se hizo con la situación, tomando el mando y enviando a Gibraltar a los oficiales insurrectos. A las diez y media de la mañana del día 19, el cañonero *Dato* disparó seis proyectiles sobre el Ayuntamiento y el cuartel, haciendo dos impactos, uno en cada edificio. Las tropas leales (diecinueve suboficiales y ciento seis soldados) se rindieron hacia las tres de la tarde ante la falta de municiones y el despliegue de fuerzas sublevadas. Sobre las cinco y media de la tarde un Tabor de Regulares se hizo cargo de la ciudad. A los pocos minutos, los civiles armados y los carabineros dispararon a los regulares que estaban esperando en la puerta y en camiones para ir a Málaga, causándoles unas cuarenta bajas.

En Algeciras el alzamiento estuvo protagonizado por el teniente coronel Manuel Coco Rodríguez, segundo jefe del Regimiento de Pavía n.º 7, de guarnición en la ciudad, y de la Comandancia Militar del Campo de Gibraltar. Según su versión[38], ante la actitud sospechosa del coronel primer jefe tuvo que proceder a la declaración del estado de guerra y a

lanzar rápidamente las fuerzas a la calle ocupando posiciones estratégicas. Con un batallón de unos trescientos hombres y algunos falangistas tuvo que hacer frente a las masas populares que se resistieron y al segundo batallón del mismo regimiento, que se encontraba destacado en La Línea. Marchó a la Comandancia de Carabineros en busca de la adhesión de sus fuerzas o, cuanto menos, para neutralizar su potencial, compuesto por unos cien hombres. Después de sus palabras, nadie contestó su grito de ¡Viva España! Entonces, pistola en mano, repitió el grito, que fue contestado por la tropa. Ante la actitud sospechosa de los mandos y de sus fuerzas, procedió con la ayuda de un Tabor de Regulares a desarmar a todos los carabineros y a arrestarlos en el cuartel de Infantería. El alzamiento había triunfado, aunque pocos días más tarde hubo un intento de recuperar la población por parte de una columna republicana, que ya se había apoderado de San Roque. El teniente coronel, acosado por varios frentes, decidió salir a su encuentro con una sección de Artillería y un Tabor de Regulares. Logró alejarla de Algeciras y alrededores. Posteriormente en sucesivos combates consiguió conquistar los pueblos de Manilva, La Almoraina, Castellar, Jimena y Gaucín, uniendo de este modo la zona por la costa y el ferrocarril a Bobadilla.

Esta operación resultó clave para el desembarco de las tropas y material del Ejército de Marruecos el día 5 de agosto. Las fuerzas desembarcadas formaron el grueso de la ofensiva por Andalucía y del camino hacia Madrid. Como represalia por este convoy, el 7 de agosto Algeciras sufrió un terrible bombardeo de unas diez horas de duración por parte de la escuadra y aviación republicana. El centro de la ciudad experimentó grandes destrozos. El teniente coronel Coco evitó no solo la rendición de Algeciras, sino también el desembarco de tropas republicanas desde varios puntos distantes.

6.4. Sevilla, aeródromo del Ejército de África

> Me dispuse a cumplir un compromiso que tenía todos los caracteres de un sacrificio. [General Queipo de Llano.][39]

El 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo, instalado en la ciudad de Sevilla, se autoproclamaba capitán general de Andalucía, ordenaba la destitución de todas las autoridades del gobierno y declaraba el estado de guerra en toda la región. El general se quedó solo ante la reacción gubernamental, con una ciudad tomada por las masas obreras. Sevilla había sido protagonista de la Sanjurjada y fue la clave del 18 de julio de 1936[40]. No se contaba con el jefe de la II División, general José Fernández de Villa-Abrille, fiel al Gobierno, ni con la mayor parte de los jefes y oficiales, que no habían comprometido su participación. La guarnición sevillana no había olvidado la experiencia de la Sanjurjada ni su represión, que había causado la ruina de la carrera de decenas de oficiales. Además, se temía la reacción de las potentes milicias de los barrios obreros. Mola confió en Queipo de Llano y acertó, pues consiguió ilusionar a las fuerzas militares sevillanas en muy poco tiempo y consolidar la conspiración en la mayor parte de las provincias andaluzas. El general resultó ser uno de los principales protagonistas de la sublevación militar, por lo difícil de la misión que se le encomendó y por el resultado obtenido.

Pero el triunfo del alzamiento en Sevilla no fue debido solo a Queipo, ni fue fruto de la improvisación[41]. Cuando el general Queipo de Llano visitó en mayo Sevilla por primera vez como encargado de la sublevación en la capital andaluza, pudo comprobar lo avanzado de los planes. Los comandantes Cuesta Monereo y Álvarez Rementería no habían perdido un solo minuto desde marzo en organizar la conspiración, y contaban ya con firmes compromisos de los principales cuerpos militares, incluida la Guardia Civil.

Sobre las 13.15 del 18 de julio, el general Queipo de Llano salió del Hotel Simón hacia la Capitanía General para iniciar la sublevación. Allí solicitó de nuevo al general de la división la incorporación a la misma:

> Al verme acercar en el patio y vestido de uniforme —siempre le visité vestido de paisano— no pudo disimular su sorpresa y me dijo:

¿Qué vienes a hacer aquí?

—A decirte que ha llegado el momento de que te decidas: o con tus compañeros del Ejército o con ese Gobierno que lleva a la Patria a la ruina.

—Yo estaré siempre de parte del Gobierno, replicó.

—Pues traigo orden de la Junta del Ejército de levantarte la tapa de los sesos. Como soy buen amigo tuyo, no quiero recurrir a la violencia, pues espero que te convenzas de tu error.

—Repito que siempre estaré a las órdenes del Gobierno.

—Pues tengo que matarte o encerrarte. De modo que te encerraré. Pasa a tu despacho.

—Pasaré; pero conste, señores —dijo volviéndose a todos— que obedezco ante la violencia.

—Sí, ante la violencia; pero anda al despacho, dije empujándole suavemente.

Y volviéndose hacia sus acompañantes, repitió varias veces que constase obedecía ante la violencia[42].

El general Villa-Abrille había salvado su vida, sin duda, por su discreción ante el gobierno. Era conocedor de la trama y de las visitas de Queipo de Llano a Sevilla, pero no había informado al ejecutivo. Se negó en varias ocasiones a hablar personalmente con Queipo, porque si esto sucedía, advirtió, entonces sí se vería obligado a comunicarlo a instancias superiores. El general López Viota y tres comandantes se unieron a Fernández de Villa-Abrille en su arresto en Capitanía. Queipo se hizo dueño de la Capitanía General e inmediatamente ordenó a todas las comandancias militares andaluzas que proclamaran el estado de guerra, lo que se haría de forma desigual.

Posteriormente, Queipo se dirigió al cuartel de San Hermenegildo, donde se alojaba el Regimiento de Infantería de Granada n.º 6. No fue bien recibido por el coronel Allanegui ni por el resto de jefes y oficiales. Al final logró convencer al comandante José Gutiérrez Pérez para que se hiciera cargo del regimiento, arrestando a los jefes del mismo. Hacia las dos y

media de la tarde, el comandante ordenó formar a toda la tropa presente, unos ciento treinta soldados. Queipo soltó una de sus fervientes arengas.

Queipo llamó al coronel Santiago Mateo Fernández, jefe del Regimiento de Caballería Taxdirt n.º 7, quien se negó a secundar al general. Varios oficiales adeptos se hicieron con el control del cuartel de Caballería y detuvieron al coronel. También el comandante jefe del aeródromo de Tablada, Rafael Martínez Esteve, se negó a sumarse a los sublevados, pero al mismo tiempo se opuso a cumplir la orden del gobernador civil para que bombardeara la sede de la II División y la Plaza Nueva. A medianoche la base de Tablada se rindió.

Hacia las seis de la tarde del día 18 el teniente coronel de la Guardia Civil Pereita se presentó a Queipo para ponerse a su disposición con toda la fuerza que tenía en Sevilla. Según comentó al general, el coronel se empeñaba en permanecer a las órdenes del gobierno y celebraba conferencias con todos los pueblos de la provincia para que así lo hiciesen todos sus subordinados. «Ordené la detención de aquel coronel y la Guardia Civil quedó incorporada al Movimiento», recuerda el general Queipo[43]. Las fuerzas de Carabineros, que en la mayor parte de provincias se mantuvieron fieles a la República, en Sevilla se pusieron a las órdenes del general Queipo inmediatamente, aunque poco le pudieron ayudar, por quedar su cuartel en un barrio dominado por las milicias. El general ordenó a su jefe, coronel Pilar, que permanecieran recluidos hasta que mejorara la situación.

El general ordenó que se constituyese una compañía de noventa hombres que protegiese la proclamación del bando de guerra. Salió en cuanto estuvo redactado (en casi todas las provincias este llevaba escrito muchos días, lo que prueba la poca confianza que tenía el propio Queipo en la victoria), al mando del capitán Ignacio Rodríguez Trasellas. La compañía regresó ante la imposibilidad de dar cumplimiento a la orden recibida, porque circulaban por las calles tres blindados que hacían fuego con las ametralladoras. Las tropas volvieron a salir con el acompañamiento de un cañón, logrando reducir a los blindados y proclamar el estado de guerra.

La mayor parte de los jefes y oficiales se oponían a la sublevación, pero no lucharon contra ella con la energía necesaria. Esta actitud favoreció a

Queipo de Llano, lleno de garra y entusiasmo. El general se hizo desde el primer instante con el control de la plaza militar estratégicamente más importante de toda Andalucía. Desde la medianoche del 18 al 19 de julio, unos cuatro mil militares culminaron la ocupación de todos los centros e instituciones oficiales, rigurosamente preparada por el comandante de Estado Mayor José Cuesta Monereo, uno de los protagonistas del golpe de Sanjurjo. La artillería tuvo que actuar en varios objetivos, como Telefónica o el Hotel Inglaterra, ante la resistencia de la Guardia de Asalto y de los milicianos.

Queipo logró hacerse con una situación difícil ante la falta de compromiso de los jefes militares. Sin embargo, uno de los pocos que tenía le falló. «Pepe el Algabeño» (José García Carranza), torero y falangista, le había prometido mil quinientos falangistas. A primera hora de la tarde del día 18 marchó a movilizarlos, pero llegó la noche y no aparecieron más que quince. Según el Algabeño, no habían podido venir de los pueblos por estar cortados los caminos[44].

En la mañana del día 19 fracasó el intento de auxilio a las autoridades republicanas por parte de una columna de mineros de Riotinto y Nerva, interceptada a las afueras de la capital andaluza por la traición del comandante de la Guardia Civil Haro Lumbreras. Entre los días 20 y 23 de julio se fueron sofocando los reductos de oposición al golpe que se generaron en los barrios de Triana, La Macarena y San Bernardo, procediéndose a un violento exterminio de los opositores y simpatizantes republicanos que se prolongaría hasta enero de 1937, arrojando un trágico balance de más de tres mil víctimas[45].

La victoria de Sevilla tuvo un gran impacto ante la opinión pública, sobre todo por la dificultad con la que abordaba el alzamiento el general Queipo. No contaba con unidad alguna ni con ningún jefe de cuerpo. Le apoyaban su ayudante, López Guerrero; el comandante Cuesta; dos capitanes de Artillería en el servicio de Aviación, Aguilera y Carrillo; tres capitanes de Estado Mayor, Escribano, Gutiérrez y Flores; el capitán de Ingenieros Corretjer; un torero, «Pepe el Algabeño»; y pocos oficiales más. Estas eran su fuerzas iniciales, a las que se sumaron en cuanto comenzó la sublevación ciento veinte hombres del Regimiento Granada de Infantería y

sesenta de Ingenieros, estos últimos encargados de ocupar el Parque de Artillería, lo que resultó una victoria estratégica de suma importancia. Minutos después se incorporaron cuarenta hombres de Intendencia, que a las órdenes del comandante Núñez ocuparon la Telefónica. A continuación se unió la Caballería, muy poco después la Artillería y, por último, la Guardia Civil y los Carabineros.

Entre el 18 de julio, en que fueron ocupados los municipios de Écija (con comandancia militar subordinada), La Lantejuela y La Luisiana, y el 11 de septiembre de 1936, que quedaron definitivamente bajo control de las fuerzas sublevadas las localidades de Algámitas y Villanueva de San Juan, las tropas del general Queipo de Llano culminaron una vasta operación que integró en el denominado «bando nacional» a la totalidad de los 102 municipios que entonces comprendía la provincia de Sevilla.

Ante el fracaso de la sublevación en Málaga, Sevilla resultó clave para los sublevados por ser cabecera del puente aéreo de las tropas del Ejército de África. El traslado de las tropas hacia la Península empezó el 20 de julio, con el puente aéreo entre Tetuán y la base aérea de Tablada, en Sevilla.

6.5. La marcha hacia Madrid, por Extremadura

Cuando Sevilla acabó de ser dominada por las fuerzas de Queipo, el general Franco envió allí al coronel Francisco Martín Moreno, antiguo colaborador suyo en el Ejército de Marruecos, para que organizara las tropas que debían marchar hacia Madrid y que habían comenzado a llegar ya a la Península. El 2 de agosto, varios días antes de lo previsto, Franco se trasladó de Tetuán a Sevilla. Según parece, quería impedir que Queipo siguiera utilizando estas tropas a su antojo. Las pérdidas provocadas en las operaciones lanzadas por las provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla irritaban a Franco, que animaba al coronel Martín Moreno a frenar a Queipo de Llano haciéndole cumplir sus órdenes «con la máxima energía posible»[46].

El general Franco instaló su cuartel general en plena Puerta de Jerez, en una casa palaciega cedida por Teresa Parladé. Desde allí organizó y dirigió

la marcha hacia Madrid con los hombres que venían llegando desde el Marruecos español. Solo hasta el 5 de agosto pasaron de Ceuta a Algeciras ocho mil hombres y numeroso material de guerra.

La agrupación de tropas africanas mandadas por el teniente coronel Carlos Asensio Cabanillas partió de Sevilla el 2 de agosto, transportada en camiones hacia Extremadura. Al día siguiente salió de Sevilla el comandante Antonio Castejón Espinosa con una fuerza semejante y por el mismo camino. El 7 de agosto partió una tercera agrupación al mando del teniente coronel Heliodoro Tella Cantos.

Franco eligió la ruta que partiendo de Sevilla atravesaba Extremadura, en lugar de la directa por Despeñaperros, que era 80 kilómetros más corta. Opinaba que así podría avanzar con el flanco izquierdo protegido por la frontera portuguesa y evitaría el peligro de las fuerzas que Miaja había concentrado en Montoro (Córdoba). La decisión de Franco de avanzar por Extremadura fue muy cuestionada por sus jefes militares y lo ha sido por los historiadores militares. Para Gabriel Cardona[47], por ejemplo, un *buen general* habría hecho lo contrario, marchando hacia el objetivo principal a la mayor velocidad y por el camino más corto. Con mayor motivo cuando los rebeldes dominaban Córdoba y podía hacer los primeros 150 kilómetros por territorio propio. Además, al ritmo que avanzaron las columnas africanistas desde Sevilla, al encontrarse con Miaja habían sumado unos 6000 hombres, de los cuales más de la mitad eran de infantería africana, que habrían derrotado fácilmente a los hombres de Miaja, un conglomerado puesto bajo su mando a los que mantenía en orden con dificultades.

Pero quizás Franco tenía en el punto de mira el Alcázar de Toledo. Kindelán, Orgaz y Yagüe no fueron partidarios en septiembre de 1936 de acudir a rescatar de la agonía a Moscardó en el Alcázar, en pleno avance hacia Madrid. El general Franco optó por su liberación invocando *factores espirituales*. En realidad, necesitaba ese éxito de prestigio que los medios internacionales magnificaron para hacerse elegir, poco después, como Generalísimo y jefe del Estado. Franco admitió más tarde que la operación había sido un error militar deliberado. Este «error rentable» significó otra batalla de Madrid, un cambio completo en la naturaleza de la guerra, que se alargó tras la reorganización del Ejército republicano que ese respiro del

episodio toledano procuró a la defensa de la capital y que adquirió el estatus de guerra internacional, con la irrupción de nuevas armas, el incremento de efectivos y la intervención de combatientes llegados de todo el mundo[48].

Badajoz, donde había fracasado el alzamiento, figuró desde un principio en los planes de la columna de Madrid[49]. La provincia extremeña tenía un alto contingente de fuerzas militares y de vigilancia y seguridad, que podría sumar en gran parte a las de la marcha hacia la capital de la República. En 1936 contaba con el Regimiento Castilla n.º 3, las Cajas de Recluta n.º 6 y n.º 7 (esta en Villanueva de la Serena), el Departamento de Intendencia, el Cuerpo de Seguridad y Asalto, el 11.º Tercio y la Comandancia de la Guardia Civil, la 13.ª Comandancia de Carabineros y la plana mayor de la 2.ª Brigada de Infantería.

El 18 de julio el gobernador civil reaccionó con prontitud, convocando en el Gobierno Civil a las autoridades y a los dirigentes del Frente Popular. La presencia del comandante de la Guardia Civil José Vega garantiza la fidelidad de un cuerpo dudoso. Algunos suboficiales se pusieron de inmediato al servicio de las autoridades y varios de ellos participarán después en la organización y preparación de las milicias. Además, el gobernador ordenó la rápida detención de más de trescientas personas de ideología derechista. Las organizaciones obreras, mientras tanto, se lanzaron a vigilar los cuarteles.

Pero el mayor protagonismo de estos primeros instantes lo tuvieron las masas populares, que se lanzaron a la calle inmediatamente en defensa de la República, «porque si algo tuvieron claro los sublevados fue que el alma del Badajoz republicano y antifascista estuvo constituida por carabineros y milicianos, lo que sería recogido en las propias sentencias de los consejos de guerra al especificar que la resistencia procedía principalmente de estos y que las fuerzas del Regimiento Castilla rehuyeron el combate con los ocupantes en la medida de lo posible»[50].

Los militares anduvieron desaparecidos. Los falangistas, concentrados en la capital procedentes de varios pueblos de la provincia, no lograron entrar en contacto con ellos. Tampoco aparecieron las armas prometidas. El responsable de la conspiración, capitán de Estado Mayor Julián García-Pumariño Menéndez, se había marchado a Cádiz el 16 de julio, convencido

del fracaso de su misión. Justificó esta decisión en el escaso apoyo encontrado tanto en el ámbito castrense como en el civil, a excepción de Falange, que puso a su disposición seiscientos hombres, y de unos trescientos militares retirados. La Guardia Civil —salvo su jefe, el comandante José Vega Cornejo— parecía proclive a la sublevación, como parte de la Guardia de Asalto. La Comandancia de Carabineros era contraria.

La tarde del día 19 los conspiradores se reunieron en el café El Gallo. Por parte de los militares asistieron el teniente coronel Emilio Recio y los capitanes Luis Andreu, Otilio Fernández y Leopoldo García. El capitán Manuel Carracedo, de la Guardia Civil, aseguró que, salvo el jefe de la Comandancia, todos estaban dispuestos a sumarse a la sublevación. Decidieron ponerse en contacto con el coronel José Cantero Ortega para plantearle la urgencia de la sublevación. Este había sustituido al frente de la guarnición al general Luis Castelló, que pasó al Ministerio de la Guerra ese mismo día. El coronel se negó a secundar a los golpistas.

La madrugada del día 21 el coronel Cantero recibió una orden de Madrid para que un batallón saliera hacia la capital de la República. Minutos después reunió a todos los oficiales para comunicarles la orden recibida. Los partidarios de la sublevación sabían que, de cumplirse, ya no tendrían más oportunidades para lanzar de nuevo el alzamiento. Se formaron dos posturas encontradas, que casi llegan al enfrentamiento armado. Según un informe del Gobierno Civil de Badajoz de 1941[51], entre los oficiales partidarios de la sublevación destacó el entonces teniente Pedro León Barquero, «que llevó la voz, para exhortar a sus compañeros a desobedecer las órdenes del Gobierno marxista y declarar el Estado de Guerra, sublevándose en favor del Alzamiento Nacional». El principal actuante en contra fue el alférez Joaquín Borrego, «que proclamó se debía defender al Gobierno de la República, respetando el clamor del pueblo, que pedía no sublevarse a favor de los facciosos». Por mayoría, los oficiales decidieron sumarse a la sublevación.

En un principio los suboficiales no se adhirieron a la invitación que les realizaron los oficiales, pero luego fueron convencidos por la insistencia de que debían ir todos juntos. Se crea una gran confusión. Unos preparan la

declaración del estado de guerra. Otros avisan a la Casa del Pueblo y a las autoridades. El coronel Cantero logra hacerse con la situación y forma rápidamente el batallón, que en ese mismo instante es enviado a Madrid al mando del comandante José Ruiz Farrona. En él marcharon varios de los oficiales partidarios de la sublevación, con lo que esta queda definitivamente abortada.

La capital quedaba de forma definitiva fiel a la República. En días sucesivos, sin embargo, en algunas poblaciones como Azuaga, Villanueva de la Serena o Fregenal, la Guardia Civil protagonizó distintos actos de oposición a las órdenes de las autoridades republicanas. Especialmente graves fueron los incidentes de Villanueva, donde se llegó a cortar la comunicación ferroviaria con Madrid. Los sublevados consiguieron dominar la población durante diez días. Los focos de sublevación fueron controlados por columnas mixtas de militares leales y milicias.

El 26 de julio llegó a Badajoz el coronel Ildefonso Puigdengolas, en funciones de comandante militar, que había aplastado la sublevación en Alcalá y Guadalajara. Será el encargado de la defensa de Badajoz ante la columna de Madrid, a partir del 14 de agosto. Las fuerzas africanas chocaron con la primera resistencia sólida al llegar a Badajoz, donde Puigdengolas había organizado a sus hombres amparándose en las antiguas murallas. Durante muchos años se ha creído que Badajoz fue una especie de Numancia extremeña, conquistada por heroicos legionarios lanzados al asalto en la brecha de la muerte. La investigación de Francisco Espinosa ha desvelado que poco pudieron hacer los republicanos contra los bombardeos y la superioridad militar enemiga. Aguantaron cuanto les fue posible. La resistencia a ultranza, según este autor, fue una leyenda inventada por los vencedores para justificar la terrible represión y política de exterminio que siguió a la conquista de la denominada por él «columna de la muerte»[52].

En Cáceres, sin embargo, la sublevación triunfó con facilidad. El gobernador civil de la provincia, Miguel Canales, se negó a entregar armas a las organizaciones obreras por creer en la fidelidad de la Guardia Civil, Guardia de Asalto y Regimiento Argel. En el cuartel del regimiento, los oficiales comprometidos esperaron durante toda la noche del día 18 la consigna de Valladolid, cabecera de la región militar, ordenando la

declaración del estado de guerra. Finalmente, tras el control de la capital vallisoletana en la madrugada del día 19 por las fuerzas de Saliquet, se recibió la orden de sublevarse.

El mismo 19 de julio, a primeras horas de la mañana, el gobernador insistía en que el coronel Manuel Álvarez le había prometido no sublevarse. Sin embargo, poco después, hacia las once, guardias civiles y de asalto, junto a falangistas (armados en el cuartel de la Guardia Civil) y militares del regimiento salían a la calle desfilando con música y tambores. A las doce y media daban lectura al bando de guerra en la plaza sin contar con ninguna oposición[53].

Minutos antes de comenzar el alzamiento se personaron en el despacho del coronel Álvarez Díaz los tres componentes de la Junta Militar que habían coordinado la conspiración en la provincia: comandante González y capitanes Visedo y Viñeta. Iban acompañados del líder provincial de Falange, Manuel Villarroel. El coronel pidió consultar a Valladolid la situación. «No es el momento de consultar sino de decidirse», le replicó el capitán Visedo. «O está usted con nosotros y, por tanto, firma el bando para que las fuerzas salgan a la calle, o, en caso contrario pase a esa habitación quedando arrestado», añadió. El coronel quedó pensativo unos segundos y mirando a los cuatro exclamó: «¡Viva la República! A continuación firmó el bando, ordenando la salida de las fuerzas del cuartel»[54].

Rápidamente se formó a la tropa en el patio del cuartel, que fue arengada por el coronel. Después, este encomendó al comandante Linos encabezar la compañía que, sobre las once de la mañana y al toque del himno de Riego, salió del cuartel en dirección a la plaza de Santa María, en el centro de la ciudad. Mientras, el comandante Vázquez procedía a detener al teniente coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, Ángel Hernández Martín, por su declarada lealtad al gobierno republicano. El comandante tomó el mando de las fuerzas, que se sumaron al alzamiento en su totalidad.

El comandante Linos, al frente de un centenar de militares, desfiló por las calles de Canalejas y General Ezponda hasta llegar a la Plaza Mayor, donde leyó el bando de guerra firmado por el general Saliquet, como jefe de la VII División. A continuación se ocupó el Ayuntamiento sin encontrar

ninguna resistencia. De allí pasaron a la plaza de Santa María, donde estaban ubicados, en un mismo edificio, el Gobierno Civil y la Diputación Provincial. Se dio lectura nuevamente del bando y a continuación se procedió a la ocupación de dichos organismos. El gobernador ordenó a la Guardia de Asalto no enfrentarse a las fuerzas sublevadas, para evitar derramamiento de sangre. La Compañía de Asalto, formada en el exterior del Gobierno Civil, decidió unirse a los militares. Miguel Canales fue destituido. Posteriormente fue procesado en consejo de guerra y, pese al cargo que tenía, no fue fusilado, tal vez por la decisión de renunciar a la oposición armada al levantamiento.

Controlados los organismos oficiales, y una vez colocadas ametralladoras en la calle de San Juan, Plaza Mayor y otros sitios estratégicos, la Guardia Civil se encargó de dominar los restantes puntos neurálgicos de la ciudad, como la estación de ferrocarril, Correos, Telégrafos y Teléfonos. Con posterioridad se dirigieron a las sedes de las organizaciones obreras y partidos políticos republicanos y la Casa del Pueblo, que fueron clausuradas.

Las fuerzas militares de Plasencia también apoyaron el golpe de Estado y tomaron el control de la ciudad una vez eliminada la débil resistencia que organizaron los defensores de la República. La mayor parte de las localidades de la provincia cacereña fueron sometidas inmediatamente por efectivos de la Guardia Civil y, en algunos casos, del Cuerpo de Carabineros, que también se habían sumado a la sublevación.

En todo este tiempo las fuerzas sublevadas que partieron de Sevilla aumentaron notablemente sus efectivos en tierras extremeñas. Guardias civiles, militares y paisanos se sumaron a la columna de Madrid.

6.6. HUELVA, REPUBLICANA POR UNOS DÍAS

Huelva contaba con la Caja de Recluta n.º 12, una compañía del Regimiento Granada n.º 6, la 12.ª Comandancia de Carabineros, una compañía de Asalto y la Comandancia de la Guardia Civil. En todos estos cuerpos

existían oficiales y suboficiales favorables a la sublevación, en contacto con el comandante del Estado Mayor de la II División José Cuesta Monereo. Sin embargo, la mayor parte de los jefes se mostraban contrarios al alzamiento, como los tenientes coroneles Julio Orts Flor y Alfonso López Vicencio, de la Guardia Civil y Carabineros, respectivamente, y el capitán Pascual Ruiz Yagüe, de Asalto. La excepción más notable era la del comandante Alfonso Gómez Cobián, de la Caja de Recluta. La lealtad de esos jefes, junto a la decisiva actuación del gobernador civil, Diego Jiménez Castellano, resultaron las claves fundamentales del fracaso de la sublevación en Huelva[55].

El general Queipo de Llano llegó a Huelva la tarde del 17 de julio con el pretexto de entregar una bandera en el cuartel de Carabineros de Isla Cristina e inspeccionar el puesto de Ayamonte. «Nada tendría de extraño que en realidad se hubiera desplazado hacia esa zona fronteriza por lo que pudiera pasar»[56]. La mañana siguiente, después de entrevistarse con el gobernador y reafirmarle su fidelidad a la República, partió para Sevilla, reclamado por el comandante Cuesta.

El gobernador actuó rápido, convocando a primera hora de la tarde del día 18 de julio a los principales líderes políticos y sindicales republicanos y autoridades civiles y militares. Además, ordenó la detención de varios elementos destacados de la derecha y de Falange. El comisario jefe del Cuerpo de Investigación y Vigilancia se puso en contacto con los jefes de la Comandancia de la Guardia Civil y de Carabineros para iniciar el alzamiento, pero su respuesta fue negativa[57]. Sobre las 20 horas del mismo día 18 salieron de la ciudad en dirección a Sevilla varias camionetas conduciendo fuerzas de la Guardia Civil y Asalto, que iban a combatir a los sublevados de Sevilla. Mientras, estallaban algunos enfrentamientos. Uno de los derechistas detenidos a última hora de la noche fue abatido por los disparos de un sindicalista apodado «Malas ideas». Al ser detenido, se generaron tumultos en la calle y hubo un intento de asalto a la Comisaría para liberar al detenido y ajusticiar a los derechistas. Tras intenso tiroteo, los asaltantes desistieron de sus intenciones, aunque procedieron al incendio y saqueo de varias iglesias y conventos.

El día 21 de madrugada salió de Huelva en tren una compañía de Infantería de guarnición en la cárcel (ochenta y cinco soldados con un capitán al frente) y noventa obreros armados de la capital y de pueblos limítrofes, mandados por un dirigente socialista. En San Juan del Puerto se les unieron milicianos de Riotinto y pueblos de los alrededores.

Una vez Sevilla en poder de las fuerzas militares sublevadas, estas dirigieron su mirada a las poblaciones y provincias cercanas. El sur de la provincia de Huelva se convirtió en objetivo prioritario por dos razones[58]. La primera, la posibilidad de que al puerto de Huelva llegase alguna unidad de la escuadra republicana, controlando así la navegación por el Atlántico, la desembocadura del Guadalquivir y la ciudad de Huelva. La segunda, la comunicación con Portugal por Ayamonte, que suponía la relación con un país favorable a los sublevados y la apertura de una vía de paso con otras zonas sublevadas del oeste.

La primera columna que salió de Sevilla en dirección a Huelva fue la dirigida por su nuevo alcalde, el capitán de corbeta Ramón Carranza. El primer pueblo de Huelva al que llegó la Columna Carranza fue Hinojos, el 24 de julio. A partir de esa fecha las fuerzas militares fueron tomando la mayor parte de las poblaciones de la provincia, llegando a la capital el día 29. El último intento de frenar el avance de las tropas de Queipo se realizó el lunes 27, cuando estas estaban en La Palma del Condado. El teniente coronel López Vicencio al mando de una compañía de Carabineros, media de la Guardia Civil, una sección de Asalto y una compañía de Infantería decidió salir a su encuentro. Buena parte de sus oficiales decidieron no secundarle, por lo que ordenó regresar a Huelva. La llegada de López Vicencio a la capital el día 28 de julio representó el principio del fin de la Huelva republicana, pues dio paso a la desbandada general. Las autoridades comenzaron a salir de la ciudad.

La noticia de que el gobernador civil y otros dirigentes del Frente Popular habían huido se extendió rápidamente por toda la ciudad. En el Gobierno Civil y cuarteles de la Guardia Civil, Asalto y Comisaría se produjeron tiroteos. «A los pocos momentos de comenzar el tiroteo se personaron en el Gobierno Civil —según relato del comisario Lumbreras— un pelotón de fuerzas de la Guardia Civil que coadyuvó con las que allí

había a la liberación de la Capital, y cuyo pelotón era mandado por un Oficial de este Instituto, haciendo entrega a este Oficial por representar a la Autoridad Militar del Gobierno Civil, del que en los primeros momentos hube de hacerme cargo»[59].

Entre las diez y media y las once de la noche del día 28 las fuerzas de Varela Paz ocuparon el Ayuntamiento y el Gobierno Civil. Desde allí, en el mismo centro de la ciudad, en medio de un gran estruendo de disparos, se fueron extendiendo por la ciudad. Durante toda la noche hubo frecuentes tiroteos con las milicias, totalmente desorganizadas. En la Casa del Pueblo se opuso cierta resistencia, perdiendo la vida dos de sus defensores. La noche se saldó con más de trescientos detenidos. Sobre las ocho de la mañana del día 29, fuerzas de la Guardia Civil, Infantería y Asalto se desplazaron a la estación de ferrocarril para proteger la llegada de la columna de Sevilla, que lo hizo en dos trenes al mando del comandante de la 4.ª Bandera de la Legión José Viena Trápaga. Eran fuerzas del Tercio, de Intendencia, de Artillería y de Falange. Con ellas también llegaron Carranza y su columna. A las once de la mañana del 29 de julio, el capitán Gumersindo Varela Paz comunicó a Sevilla la ocupación definitiva de la capital onubense. Huelva arrastró en su caída a más de media provincia, aunque la resistencia de los pueblos mineros impidió a las tropas franquistas dominar toda la provincia hasta el día 21 de septiembre de 1936.

6.7. Triunfo de los sublevados en Granada y Córdoba

En la ciudad de Granada los oficiales sublevados consiguieron el 20 de julio que el general Miguel Campins Aura, quien en principio se resistía a sumarse al alzamiento, firmara el bando proclamando el estado de guerra. El 18 de julio había reunido a sus jefes y oficiales para indicarles las acciones del gobierno para abortar el alzamiento, haciéndoles ver que la intentona estaba controlada. A última hora del día el general Queipo de Llano le ordenaba declarar el estado de guerra, pero Campins no solo no lo

lleva a cabo, sino que además se puso en contacto con las comandancias militares de Almería y Málaga —subordinadas a Granada— para advertir a sus titulares que no secundasen las órdenes cursadas desde Sevilla. «Dígale que yo no hablo con traidores», contestó con energía al oficial que le llamó por teléfono por orden de Queipo de Llano para saber si había declarado el estado de guerra, como le había ordenado, y pedirle ese oficial que hablara con el jefe de la II División[60].

Acto seguido, Campins ordenó acuartelar todas las fuerzas. La madrugada del 19 se intensificaron los contactos entre los jefes y oficiales comprometidos con la sublevación, especialmente en el Regimiento de Artillería Ligera n.º 4 y en el Regimiento de Infantería Lepanto n.º 5. El día 20, Campins visita el cuartel de Artillería. Allí el coronel Muñoz Jiménez le comunica que «El alzamiento no lo para nadie; la decisión es irrevocable». El general Campins, desautorizado, es trasladado al Gobierno Militar y obligado allí a firmar el estado de guerra, a lo que accede ante la presión y la casi unanimidad de los jefes y oficiales militares[61].

Desde la declaración del estado de guerra, fuerzas del Regimiento de Artillería, de la Guardia de Asalto y de la Guardia Civil, a las que se unieron algunos grupos falangistas, pasaron a controlar las instituciones de la capital, deteniendo al gobernador civil, al presidente de la Diputación Provincial y al alcalde. La resistencia obrera más importante se produjo en el barrio del Albaicín, pero fue vencida a cañonazos días después. También esa tarde las fuerzas artilleras sublevadas, con algunos guardias civiles y falangistas, se hicieron cargo del aeródromo de Armilla sin ninguna resistencia.

Según el testimonio de dos testigos de los acontecimientos, los hermanos José María y Bernabé Bérriz Madrigal[62], el mismo día 18 de julio, al tenerse noticia en Granada del movimiento militar de Melilla y Ceuta, una gran masa de gente se concentró en la plaza del Carmen, ante el Ayuntamiento y en el interior del mismo, pidiendo armas para defender la República. Al día siguiente, la plaza del Carmen era un hervidero, y la calle Duquesa, sede del Gobierno Civil, se llenó de obreros y republicanos. Hasta el día 21 los granadinos no supieron realmente con quien estaban. El 18 los gritos por la calle eran de «muera el fascio». El 19 las fuerzas militares

patrullaban las calles y se oyeron disparos, pero no se sabía a quien defendían. Hasta el 21 no se afirma la situación con claridad: «Hoy hemos sabido que estamos sublevados, secundando el movimiento de Sevilla», escribe Bérriz. Circulan camiones con tropa gritando ¡Viva España!, ¡Muera la República! A cada momento se oyen tiros. El comercio está cerrado y no se ve a nadie por las calles.

Las fuerzas militares llegaron a la plaza del Carmen, donde se bajaron los soldados de los camiones y comenzaron el despliegue por el centro de la ciudad y por los centros oficiales. Emplazaron un cañón y ametralladoras enfrente del Ayuntamiento. Una batería se emplazó frente a la Casa del Pueblo y otra frente a la sede de la CNT. El capitán Nestares, al mando de la Guardia de Seguridad y Asalto, se apoderó de la Comisaría, donde se produjo el primer muerto, un miliciano que cargaba dinamita y armas para llevar a Jaén y disparó sobre la fuerza al verse sorprendido. Un guardia de Asalto le tiroteó. Desde la Comisaría, Nestares fue al Gobierno Civil, apoderándose del edificio. Sólo quedaba el foco de resistencia del Albaicín.

En vista de que en la noche del 21 los obreros del Albaicín seguían haciendo fuego sobre la ciudad, la autoridad militar ordenó que a las dos y media de la tarde del día 22 baterías de artillería emplazadas en el Fargue y en la Alhambra rompieran fuego sobre el barrio, mientras los aviones lo bombardeaban. Hasta esa hora se dejó bajar a las mujeres y niños. Empezó la bajada del Albaicín a Granada desde muy temprano, «yo no sé las miles de criaturas que bajaron por la calle Calderería, viejas, mujeres, niños, hombres y mocitos, todos con líos de ropa, máquinas de coser a cuesta y los hombres con niños en los brazos y hombros y muchos con sus radios». A la hora prevista voló sobre el Albaicín un aeroplano y cuando empezó a disparar con su ametralladora, empezaron a ondear en los tejados sábanas y demás ropa blanca en señal de rendición y la fuerza militar lo tomó sin apenas disparar un tiro.

Los Bérriz ponen de manifiesto en sus cartas y almanaque la indecisión del general Campins, gobernador militar de la plaza, informado y condescendiente primero con la conspiración, opuesto en cuanto estalló y obligado a firmar el bando de declaración del estado de guerra el día 20 superado por los acontecimientos. Fue al cuartel de Artillería a comprobar

por qué no se habían entregado las armas al pueblo, que él había autorizado. En el cuarto de estandartes los jefes y oficiales pistola en mano le obligaron a firmar el bando, metiéndolo en un automóvil en compañía de oficiales que lo dejaron en el Gobierno Militar arrestado. «Se dice que el Coronel de Artillería le entregó una pistola para que se suicidara pero el General no encontró pertinente el consejo». Campins fue trasladado a Sevilla y fusilado el 16 de agosto, a pesar de la mediación de su buen amigo Francisco Franco, con el que coincidió como subdirector cuando Franco dirigía la Academia Militar de Zaragoza. Le acusaron de que con su indecisión el movimiento había fracasado en Málaga, Almería y Jaén, cuyas guarniciones estaban pendientes de lo que hacía Granada.

En Córdoba el 18 de julio a las 14.30 el general Queipo de Llano telefoneó al coronel de Artillería Ciriaco Cascajo, notificándole el éxito de la declaración del bando de guerra en Sevilla, por lo que debía proceder inmediatamente a declarar el estado de guerra en Córdoba. La pasividad del gobernador civil, Rodríguez de León, fue determinante. No solo no hizo nada, sino que encima despreció el ofrecimiento de lealtad del jefe del Tercio de la Guardia Civil y del responsable de la guarnición de Asalto. Tal vez por ello aunque se adhirieron a la República, no movieron ni un fusil en contra de los sublevados. Tampoco se entusiasmó ante el ofrecimiento realizado por el alcalde de Peñarroya de varios camiones con mineros y dinamita[63].

Hacia las tres de la tarde el coronel Cascajo comunicó al gobernador que, siguiendo órdenes del general Queipo de Llano, se encargaba del gobierno de Córdoba e iba a proclamar el estado de guerra. Los principales líderes políticos y sindicales marcharon rápidamente al Gobierno Civil reclamando armas para el pueblo, que ya estaba comenzando a organizarse. La delegación del Frente Popular exigía al gobernador actuar con decisión para evitar que los militares y falangistas de la provincia pudieran hacer causa común con los sublevados de Marruecos. Como si nada estuviera pasando, el gobernador, relata un testigo presencial,

> aseguró que el orden estaba totalmente asegurado y que no hacía falta tomar ninguna medida excepcional ya que se contaba con la

> plena fidelidad de los mandos del ejército y con el de toda la fuerza pública. La discusión fue en extremo violenta, pues los comisionados exigían la inmediata puesta en práctica de enérgicas medidas para impedir la sublevación, indicando los rumores de los jefes militares que estaban comprometidos con los sublevados, entre los cuales se encontraba el designado para jefe de la sublevación en la provincia, coronel Cascajo, jefe del regimiento de artillería que guarnecía la capital. El Gobernador sostenía que cualquier medida especial que se tomase irritaría a los militares, lo que sería lanzarlos al campo de la sublevación en contra de su propia voluntad[64].

Las autoridades municipales, mientras tanto, permanecieron más activas. El alcalde, miembros de su corporación y numeroso público se atrincheraban en el Ayuntamiento con la pretensión de su defensa a toda costa.

Hacia las cinco de la tarde, en el patio del cuartel de Artillería, ante la tropa formada del Regimiento de Artillería Pesada n.º 1, únicas fuerzas del Ejército que había en la capital, se leyó el bando de guerra del coronel Cascajo, en el que anunciaba que se hacía cargo de la provincia. También había numerosos civiles. Eduardo Quero se encargó del reparto de armas a los falangistas y requetés y de organizar las escuadras y los puntos estratégicos de la ciudad asignados a cada una de ellas. «No fue necesaria la lucha en estos puntos, porque la clase obrera, descoordinada, no pudo o no supo oponer resistencia. Los civiles armados salieron a patrullar por Córdoba (alrededor del centenar. Al día siguiente, domingo, ya eran dos mil), bien como apoyo de la tropa, bien para intimidar a la población y evitar la concentración de grupos»[65].

Las tropas del coronel Cascajo salieron a las calles a publicar el bando de guerra y a ocupar los edificios públicos. Se apoderaron de la emisora de radio, de la central de Telégrafos, Teléfonos y Correos. Marcharon hacia el Gobierno Civil. Los artilleros, con la colaboración de falangistas y requetés, hostigaron su sede, donde permanecían resistiendo las autoridades fieles a la República y más de doscientos guardias de Asalto. A las seis de la tarde el coronel ordenó acabar con la resistencia. Poco después, y ante la negativa

del gobernador a rendir sus fuerzas (según parece por presión de los líderes políticos y sindicales), comenzó el ataque de fusiles y ametralladoras. Hacia las ocho de la tarde resonaron en toda la ciudad las bombas de los cañones, situados estos en las inmediaciones de la plaza de toros, a unos doscientos metros del objetivo. Una hora después se izó bandera blanca[66].

El gobernador no pudo esperar la llegada de tropas de auxilio, prometidas por el ministro de Gobernación. La mayor parte de los encerrados fueron fusilados días después. No así el gobernador, que recibió un trato más que amable de las nuevas autoridades. «Tal amabilidad de los sublevados obedecía, forzosamente, a los servicios prestados aquella tarde, negándose a continuar una defensa para la que el Gobierno le había prometido ayuda»[67].

Esa misma noche los artilleros, acompañados de falangistas armados, consiguieron controlar toda la ciudad. La ocupación del Ayuntamiento se hizo sin ningún tipo de resistencia. Posteriormente se hicieron con la sede de la CNT, Centro Comunista y la Casa del Pueblo, que fue incendiada. Grupos aislados de obreros reaccionaron quemando parcialmente las iglesias de Santa Marina y San Agustín y destrozando algunos altares e imágenes. Esta fue la última resistencia a los militares sublevados.

Los militares rebeldes de la capital fueron asediados por diferentes columnas de milicias gubernamentales que venían de las cuencas mineras de Almadén, Villanueva de Córdoba, Carolina y Linares. «Esta situación de precario control de los rebeldes sobre la capital cordobesa perduraría hasta los primeros días del mes de agosto, cuando la manifiesta incapacidad mostrada por la columna gubernamental dirigida por el general Miaja haría desistir definitivamente a las autoridades republicanas de sus intenciones con respecto a la recuperación de la ciudad de los califas»[68].

La sublevación de la capital había estimulado la de los pueblos, que contaron ahora sí con la colaboración de la Guardia Civil. El 19 de julio, cuarenta y ocho de los setenta y cinco municipios se adhirieron a la sublevación. La zona más importante de Córdoba que permaneció leal a la República fue la cuenca minera de Peñarroya-Pueblonuevo y el noroeste de la provincia. Particularmente dura fue la lucha por la posesión de Puente Genil, nudo de comunicaciones ferroviarias, que los sublevados querían a

toda costa tener libre para el transporte de tropas procedentes de Marruecos. Allí las autoridades del Frente Popular contando solo con las milicias obreras locales, casi desarmadas y al frente de las cuales se encontraba, entre otros, el dirigente del Partido Comunista Juan Fuentes, lograron en principio neutralizar a los falangistas locales y a la Guardia Civil, sin tomar contra ellos ninguna represalia sangrienta. Pero unas fuertes columnas armadas procedentes de Córdoba y Sevilla asaltaron el pueblo, «contando con la cooperación de los emboscados en este que no habían sufrido, como queda dicho, ninguna represalia, pasando, acto seguido, a realizar una de las más brutales masacres de toda la guerra contra la población indefensa, entre la cual fueron varios miles de personas sin distinción de edad ni sexo las que cayeron asesinadas, después de haber sido hechas prisioneras»[69].

6.8. Almería y Jaén, republicanas

En Almería la sublevación se retrasó hasta el 21 de julio por la indecisión de los jefes militares, la falta de unanimidad y el temor a quedar aislados, según la bibliografía actual[70]. Sin embargo, pudo ser más bien por deficiencias en su preparación. Así lo reconocía, por lo menos, el comandante José Cuesta Monereo, principal organizador de la conspiración en el seno de la II División seis días antes del comienzo en un informe secreto elevado al general Queipo de Llano: «Y Almería, allá en el fin del mundo, con el pobre de Huertas de Comandante Militar, ni nos hemos acordado. Ya bailará al son que le toque»[71].

El sábado 18 el teniente coronel Huerta Topete, que no se había implicado con los conspiradores, aunque tampoco les había cerrado las puertas, mantuvo diversas conversaciones telefónicas. Habló con Sevilla, desde donde le animaban a sumarse al alzamiento. Por la tarde, Huerta mandó acuartelar a sus fuerzas, siguiendo el consejo del general Campins, comandante militar de Granada. La mayor parte de los jefes y oficiales, bien trabajados por los falangistas en los meses previos, se mostraban favorables a la sublevación. Sin embargo, Huerta no quería precipitarse, por

lo que esperaba acontecimientos mostrando al gobernador civil, Juan Ruiz-Peinado Vallejo, una postura oficial de fidelidad al régimen. El día 19 recibió un telegrama del general Franco exigiéndole declarar el estado de guerra: «Declare estado de guerra, tome mando plaza y póngase a mis órdenes». El 21 de madrugada se sublevaba la guarnición granadina. Huerta Topete pensó que el momento oportuno ya había llegado.

La noche del 20 al 21 de julio los jefes y oficiales del Batallón de Ametralladoras de guarnición en el cuartel de la Misericordia de la capital, con su teniente coronel y comandante militar de la plaza Juan Huerta Topete al frente, sublevaron a las fuerzas a sus órdenes. La fuerza se componía de cuatro compañías y unos quinientos hombres, aunque en esas fechas había ciento veintiséis soldados, dos jefes, veinte oficiales, veintitrés suboficiales y treinta cabos, por estar el resto de vacaciones o de maniobras. Al batallón se unieron varios jefes y oficiales de la Guardia Civil y de Carabineros, estos al mando del coronel de la zona Toribio Crespo Puertas, quienes fueron recibidos en el cuartel con vítores y aplausos. Organizaron diversas columnas que se apoderaron del edificio de Correos y Telégrafos y de la estación de radio. Dos columnas compuestas por Carabineros y fuerzas del Ejército hicieron la declaración del estado de guerra, estampando los correspondientes bandos en la vía pública y leyendo su texto en la estación emisora de la radio local[72].

Posteriormente intentaron tomar la Casa del Pueblo y el Gobierno Civil. El primer objetivo fue conseguido a pesar de la oposición presentada por los obreros. El segundo no lo lograron gracias a la resistencia que opusieron los guardias de Asalto y las milicias populares, compuestas de más de dos mil personas, muchas venidas de los pueblos de la provincia. Los dirigentes obreros y el propio jefe de la Comandancia de Carabineros, teniente coronel Isaac Llopis, venían desde el día 18 organizando estas milicias e impartiendo una mínima instrucción.

En el Ayuntamiento de la capital la situación fue rocambolesca. En esa misma noche se concentraron el primer teniente alcalde José Santisteban Rueda acompañado del jefe de la guardia municipal, Antonio Morell Zorrilla, de todos los guardias municipales y más de veinte mineros de los pueblos de Almería, provistos de abundante cantidad de dinamita. Una vez

dentro del edificio, Morell dio órdenes para que se cerrase la puerta principal del edificio y situó a los guardias y mineros en los balcones y tejados convenientemente armados de pistolas y bien provistos de cartuchos de dinamita en espera de las tropas sublevadas. Ante la tardanza de los sublevados, los mineros bajaron cansados de esperar.

A las tres de la madrugada, Rueda abandonó el edificio consistorial, quedando de jefe de la fuerza Morell. Serían las cinco menos cuarto de la mañana cuando las tropas salieron del cuartel para proclamar el estado de guerra y adueñarse de la ciudad. Poco antes, Morell había situado a varios guardias armados de pistolas en los balcones que corresponden a la parte trasera del edificio y desde los cuales también se domina la calle de Arráez con la misma finalidad que dio a los antes citados dinamiteros. Antes de dicha hora los dinamiteros bajaron del tejado, sin duda cansados de esperar,

> y cuando supieron que las fuerzas del Ejército avanzaban por la calle de Arráez subieron al primer piso del edificio y vieron como los guardias municipales lejos de hacerles frente, se habían retirado de los balcones y observaban una actitud completamente pasiva. Ante ella, Morell palideció porque se dio perfecta cuenta de que no contaba con los guardias para llevar a cabo sus planes, ya que tan sólo la exigua minoría de cinco o seis guardias le era fiel en sus designios … En un descuido, el declarante subió al tejado y cerró con un candado la puerta de acceso al mismo. Y de ahí que cuando los dinamiteros intentaron subir al saber que las tropas estaban en la calle, no consiguieron abrir la puerta, no intentando forzarla ni tampoco buscaron al que depone para pedirle la llave[73].

El conato de resistencia en el Ayuntamiento, por tanto, fue sofocado desde el propio interior del edificio. Hacia las diez de la mañana la situación general quedó estabilizada. El Ejército ocupaba casi toda la ciudad y controlaba la emisora de radio. La resistencia, organizada por el propio gobernador civil, solo aguantaba en el Gobierno Civil con una veintena de guardias de Asalto, aunque contaban con milicianos dispersos por azoteas y

calles. Unos y otros enviaban mensajes solicitando ayuda para culminar la ocupación o para resistir, respectivamente.

Los primeros que recibieron la ayuda fueron los gubernamentales. Alrededor de las once de la mañana, un grupo de soldados de aviación se incorporaron a la defensa del Gobierno Civil. Se trataba de unos setenta soldados mandados por un brigada que habían huido de la base aérea de Armilla (Granada) al producirse la sublevación. Además de los fusiles y municiones, traían una ametralladora, que contribuyó a la defensa del edificio. Mientras, los militares locales no contaron ni con la colaboración de los falangistas. A primera hora del día 21 no pasaban de quince los civiles incorporados. Ante ello, Huerta Topete se mostró indignado, comentando que si «esos eran los quinientos que decían tener»[74].

La situación quedó definida a favor de los republicanos a partir de la llegada del destructor *Lepanto* poco después del mediodía. El comandante del buque, capitán de Fragata Valentín Fuentes, envió un radiograma al teniente coronel Huerta Topete amenazándole con atacar la ciudad si no se rendía inmediatamente. Le ordenó que izara bandera blanca en la Alcazaba y en el cuartel y que tratara las condiciones de rendición con el gobernador civil.

El teniente coronel debió de comunicar rápidamente la situación al general Franco, porque este le envió un mensaje desde las emisoras africanas en tono amenazante: «Ante un remoto peligro que evitara retirándose pueblo interior, le destruiré yo con la aviación y le exigiré cuenta estrecha cobardía». Huerta Topete, sin embargo, decidió rendirse. A las 12.45 las banderas blancas eran izadas en los lugares señalados y se iniciaban las gestiones para la rendición. El general Franco hizo un último intento desde la emisora de Tetuán: «Si pacta V. o entrega la plaza se le fusilará donde se le encuentre»[75].

Tras aceptarse las condiciones de los sublevados, aproximadamente a las dos de la tarde del día 21 los jefes y oficiales del Ejército y Carabineros se rindieron y entregaron en el buque de guerra situado en el puerto. Más tarde lo hizo toda la fuerza de la Guardia Civil, bajo la amenaza de dinamitar la Comandancia, con lo que quedó sofocada la sublevación en Almería. La lucha se saldó con siete muertos y diversos heridos. En el mes

de septiembre, el teniente coronel y treinta y cinco jefes y oficiales fueron condenados a pena de muerte[76].

En Jaén las fuerzas militares y de orden público no eran numerosas. Había una compañía del Regimiento de Infantería de Granada, encargado de custodiar la cárcel provincial, y un número reducido de soldados destinados a cubrir las necesidades de la Caja de Recluta. La Guardia Civil tenía unos ochocientos hombres en toda la provincia y unos setenta y cuatro en la capital. La Guardia de Asalto se componía de ochenta hombres en toda la provincia. El teniente coronel Revuelta, jefe de la compañía militar, se había manifestado en distintas ocasiones fiel a la legalidad republicana. La mayoría de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto, sin embargo, parecía estar de acuerdo con los conspiradores. Pero enfrente tenían a un maduro, radicalizado y muy bien organizado movimiento obrero[77].

La sublevación militar del 18 de julio fracasó estrepitosamente debido principalmente a la indecisión de los jefes de la Guardia Civil, especialmente del teniente coronel Pablo Iglesias Martínez y del comandante Eduardo Nofuentes Montero, y a la rápida y organizada reacción de las organizaciones obreras jiennenses, que lograron hacerse con la situación en un momento tan delicado. Los jefes de la Comandancia de la Guardia Civil se opusieron a cumplir la orden del gobernador civil de entregar armas a las organizaciones populares. Los responsables de estas empujaron a las masas a la obtención de las armas reunidas en los cuartelillos de cada localidad mediante actos de pillaje[78].

El 16 de julio el capitán Gallo, responsable de la UME en Jaén, recibió la orden, procedente de Sevilla, de mantenerse preparado para iniciar el alzamiento para el día 18. Avisó a los civiles con quienes había mantenido estrechos contactos para que a las tres de la tarde del día 18 acudiesen al cuartel de la Guardia Civil de la capital para unirse a los efectivos que pudieran conseguir y proclamar el estado de guerra[79]. La noche del 17 al 18 de julio cerca de quinientos hombres de las milicias de Acción Ciudadana esperaban armas en las afueras de la capital provincial. Eduardo Gallo solicitó el armamento en la Comandancia de la Guardia Civil, negándose a satisfacer tal demanda el teniente coronel Pablo Iglesias.

Al no contar con el apoyo de la Benemérita a mediodía del 18, la concentración fue pospuesta hasta las nueve de la noche, a la espera de la decisión de los jefes de la Guardia Civil. Por la noche, tras recibir a través de Radio Sevilla el bando dictado por el general Queipo de Llano declarando el estado de guerra en Sevilla y su demarcación, las escuadras falangistas jiennenses se desplegaron hacia la ocupación de los lugares previamente concertados, apostándose en las proximidades del cuartel de la Guardia Civil, mientras el mando (Junta del Alzamiento) se había instalado en el Café San Francisco. La señal convenida del disparo de un cohete no sonó, debido a la indecisión mostrada por los jefes de la Comandancia. El teniente coronel Pablo Iglesias acabó posicionándose al lado de las autoridades republicanas, cediendo las armas a las organizaciones obreras ante la solicitud del gobernador. El gobernador civil de Jaén, Luis Rius Zunón, sería el primer gobernador de toda la Península que decidió entregar las armas al pueblo.

Mientras pasaba el tiempo, las fuerzas políticas y sindicales integradas en el Frente Popular organizaron la movilización de sus efectivos. Las milicias populares, armadas, junto a guardias de Asalto consiguieron mandar a casa a los falangistas y requetés, haciéndose rápidamente en todas partes dueños de la situación. Su entusiasmo logró vencer con energía las vacilaciones de algunas autoridades, entre ellas las del propio gobernador civil al que el Frente Popular retiró su confianza en los primeros días y el gobierno se vio obligado a sustituir por un viejo dirigente del Partido Socialista y de la UGT en la provincia[80]. Las milicias y mineros de Linares formaron columnas que marcharon a defender la República por todos los pueblos de Jaén, buena parte de Granada y de Córdoba. La Guardia Civil había sido concentrada en la capital y cabeceras de compañía, por lo que se encontraron el camino libre.

El pueblo era consciente de vivir en la revolución: «Frente a los traidores, a los provocadores, cada ciudadano, cada obrero debe ser un soldado de la revolución del Frente Popular», decía un comunicado del Comité Provincial del Frente Popular publicado en el diario *La Mañana* el 19 de julio[81]. Surgían así las formas de organización y resistencia

campesina y popular, auténticos gérmenes del nuevo poder nacido de una situación de crisis política y social generalizada.

La concentración en la capital a partir del día 19 de más de cuatrocientos guardias dio un giro inesperado a la actuación de la Guardia Civil. Santiago Cortés González y José Rodríguez de Cueto consiguieron relegar y desplazar a los jefes de la Comandancia, convirtiéndose en auténticos agitadores y artífices de un calculado conjunto de operaciones que desembocarían en la declaración en rebeldía de la mayor parte de guardias concentrados en el cuartel central de la Comandancia. También del paso a las filas enemigas de los restantes efectivos dispersos en distintos lugares de la geografía provincial. Una buena parte de los guardias civiles de Jaén acabaron encerrados con sus familiares y otros simpatizantes a lo largo del mes de agosto en el Santuario de Santa María de la Cabeza, situado en plena Sierra Morena, provocando en fechas tan tardías un auténtico alzamiento fuera ya del alzamiento. La rebelión del santuario fue finalmente sofocada el primero de mayo de 1937, creándose por el bando y el régimen de Franco una mitología sobre el asedio parecida a la del Alcázar de Toledo o a la del cuartel de Simancas en Gijón[82].

En algunas poblaciones de la provincia triunfó la sublevación, aunque momentáneamente[83]. En Fuerte del Rey la mañana del 18 de julio el comandante del puesto de la Guardia Civil, cabo Pedro Vivas Chaverna, auxiliado por la fuerza a sus órdenes y un grupo de civiles se personó en el Ayuntamiento, destituyendo a las autoridades municipales. Publicó un bando declarando el estado de guerra y ordenó la entrega de todas las armas. Mandó instalar un altavoz de radio en el lugar más céntrico del municipio, conectado continuamente con Radio Sevilla. Permanecieron en esta situación hasta el 21 de julio, fecha en que por orden superior tuvo que salir la fuerza del puesto para Jaén, lo que, unido a que en los pueblos limítrofes no se habían levantado a favor del alzamiento, motivó el regreso de las autoridades del Frente Popular a la corporación municipal. En Martos el comandante del puesto de la Guardia Civil, cabo Claudio Gamallo Gómez, planeó apoderarse de los edificios del Ayuntamiento y de la Casa del Pueblo, pero no pudo por la resistencia de las milicias populares. Sus hombres detuvieron a varios concejales e intentaron resistir, pero no

contaron con ningún tipo de auxilio. El día 19 por la mañana recibieron orden de salir para Jaén, con lo que el pueblo quedó dominado por las autoridades republicanas.

En otros municipios todo quedó en un enfrentamiento armado, como en Andújar y Arjonilla[84]. En la primera población el día 19 la Guardia Civil se enfrentó a los milicianos, resultando cinco obreros muertos y siete heridos y un guardia civil herido. En Arjonilla la Guardia Civil se enfrentó a los milicianos que habían llegado de Linares, resultando un guardia herido.

En Jaén parte del fracaso del alzamiento puede atribuirse a los organizadores, al no contar con el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, que se había incorporado a la misma el 1 de abril de 1936. Llegaba destinado a Jaén como castigo, por las difíciles relaciones que había tenido en Logroño con las autoridades del Frente Popular. Según su testimonio, el alzamiento le cogió desprevenido, pues no sabía nada. Se enteró del mismo en el Gobierno Civil a las ocho de la mañana del 18 de julio. «Pensé seguidamente sumarme a él, pues esa era mi manera de pensar y estaba identificado con su ideal. Estudié las posibilidades de secundarlo con una acción armada; pero como no tenía en aquel momento en Jaén más que unos 47 guardias, y ya las milicias marxistas en número muy considerable y la Compañía de Guardias de Asalto era casi en su totalidad marxista, adquirí la seguridad de que fracasaría, sin conseguir otra cosa que la total destrucción de la Comandancia»[85]. Tampoco anduvo luego muy decidido, prefiriendo no arriesgar su vida y seguir instalado cómodamente en la jefatura de la Comandancia, mientras su mujer e hija se refugiaron en el Santuario de Santa María de la Cabeza. El 23 de agosto de 1936 fue destinado a la Comandancia de Guadalajara. El 6 de agosto de 1937 fue separado del servicio por desafecto al régimen republicano, con pérdida de todos los derechos y haberes.

7

El centro: la lucha por Madrid

7.1. La defensa de Madrid

Madrid era la clave, pero Mola no contaba con la capital. Las fuerzas militares y de seguridad eran las más numerosas del país, pero el gobierno había hecho una serie de movimientos que aseguraban su fidelidad. En la capital de la República se encontraban los cuarteles generales de la I División, once regimientos (tres de Infantería, tres de Artillería, cuatro de Ingenieros y uno de carros de combate), cuatro batallones independientes (Ministerio de la Guerra, Presidencia, Zapadores y el de Alumbrado e Iluminación), dos grupos artilleros especializados (Antiaéreo e Información), las fuerzas y parques divisionarios y de cuerpo de ejército, el depósito central de Remonta, diversas escuelas militares y la administración central militar, naval y aérea. En los alrededores se situaban los aeródromos militares de Getafe y Cuatro Vientos, con fuerzas aéreas diversas.

El gobierno de Casares Quiroga había concentrado en Madrid importantes fuerzas de Seguridad y Asalto, de cuya fidelidad no dudaba. Tampoco de la Guardia Civil, sobre todo por la lealtad del hombre que puso a su frente: el general Sebastián Pozas Perea, inspector general del Cuerpo. En total, sumaban en la capital de la República veinticinco compañías de

Asalto, catorce de la Guardia Civil, cinco de Carabineros y tres escuadrones de Seguridad, con un potencial superior al de las tropas militares.

Consciente de las dificultades de hacerse con Madrid, Mola ideó el alzamiento desde el Marruecos español para caer sobre la capital con las columnas del Ejército de África y con las fuerzas militares de provincias consideradas «seguras», como Navarra, Valladolid o Salamanca. La estrategia de los conspiradores en la capital era la de provocar la sublevación hasta que llegaran estas fuerzas. El general Fanjul y sus tropas no aguantaron tanto.

Desde el Ministerio de la Guerra el día 18 de julio pidieron al Regimiento de Infantería n.º 4, ubicado en el cuartel de la Montaña, los cerrojos de los fusiles depositados en los parques desde la revolución de octubre. Había más de cuarenta mil. Una primera misión, con un comandante de Artillería y cinco camiones y orden escrita del ministro Casares Quiroga, se personó en el cuartel, pero el coronel del regimiento, Moisés Serra Bartolomé, se negó a hacer la entrega. Ante la actitud violenta del comandante, el coronel Serra replicó «que el Cuartel de la Montaña morirá en su puesto antes de entregar uno solo de los cerrojos de fusil que en su interior se encuentran»[1].

El domingo 19 de julio, a mediodía, entraba Fanjul en el cuartel vestido de paisano y en compañía de su hijo. Fue recibido por el coronel Fernández de la Quintana, quien le condujo al Regimiento Covadonga n.º 4. Allí se puso el uniforme de general, se dirigió a los jefes, oficiales y suboficiales y posteriormente redactó un bando en el que se limitaba a declarar el estado de guerra «en nombre del ejército español, para salvar de la ignominia a España». Se formó una compañía para salir a publicarlo, pero ya no pudo salir, por la presión popular en el exterior. El cuartel quedó cerrado con un millar de militares y ciento ochenta y seis falangistas en su interior[2].

Sobre las siete de la tarde sonó el primer disparo. Por las cercanías del cuartel de la Montaña pasó una camioneta ocupada por jóvenes de las milicias unificadas. La guardia del cuartel les dio el alto. Como los ocupantes del vehículo no contestaron ni pararon, hicieron contra ellos numerosos disparos. Entonces comenzó el sitio del cuartel, con las milicias, la Guardia Civil y la Guardia de Asalto rodeando el edificio. «La

expectación que había era enorme, parecía que todo el pueblo de Madrid estaba concentrado allí, para impedir que triunfasen los militares concentrados en el cuartel»[3], recuerda un testigo presencial que formaba parte de una columna comunista.

El general Fanjul esperaba la llegada inminente de una columna al mando del general García de la Herrán, que se había apoderado del campamento de Carabanchel. En la noche del mismo día 19, ante el avance de una columna de soldados de aviación y de ferrocarriles con apoyo de cañones, las tropas sublevadas de García de Herranz se entregaron y acabaron con la vida del general, que se resistía a la rendición. Fanjul se quedó solo y sus tropas sitiadas.

De madrugada, el teniente coronel Rodrigo Gil Ruiz, director del Parque del Ejército n.º 1, concedió diez minutos de plazo a las fuerzas del cuartel para rendirse, amenazando de lo contrario con comenzar el fuego de cañón. Unos aviones lanzaron proclamas sobre el cuartel invitando a los defensores a rendirse. En seguida comenzó el bombardeo del cuartel por la artillería y por la aviación procedente de Cuatro Vientos y Getafe. Como los disparos de las piezas de pequeño calibre eran insuficientes para vencer el nutrido fuego de fusil, mortero y cañón del cuartel de la Montaña, el teniente coronel envió hacia él, aproximadamente a las seis de la mañana, una pieza de 15,5 y un carro pesado de artillería, con instrucciones de demoler el cuartel si fuera necesario. «Cuando actuó la pieza hizo unos treinta y tantos disparos, y los destrozos causados por los proyectiles, fueron tan enormes al atravesar los muros y explotar dentro del Cuartel que determinaron la rendición de este»[4].

Tabla 20

Proclama del comité de vigilancia del Frente Popular lanzada por avión a los cuarteles rebeldes de Madrid

Soldados: en curso la extinción del criminal intento de la parte fascistizada del Ejército, el Frente Popular, que está en un todo identificado con la República y su Gobierno, apela a vosotros para que reforcéis con vuestros cuerpos y fusiles, la autoridad legítima de la República, cooperando con las fuerzas populares que están en pie de guerra y no tienen otra divisa que la clásica: Vivir libres o morir. Vosotros, soldados, sois carne y sangre del pueblo. De él venís y a él será forzoso que volváis. Pensad en vuestro mañana, soldados, si consentís o cooperáis a que el pueblo sea sumido en la más negra de las servidumbres. Se juega ahora una batalla decisiva para la libertad de España. Vuestros fusiles, soldados, pueden contribuir a romper los dogales que el fascismo está forjando para vuestros padres y para vuestros hermanos, que vencieron el 16 de febrero y cuya victoria estáis en el deber de defender. Soldados: ¡Ayudadnos en estas horas decisivas y sumad vuestros esfuerzos a los del Frente Popular, a los de la República, a los de España[5]!

Fuente: *Ahora* (Madrid), 21 de julio de 1936, p. 6.

Tras la exhibición de la bandera blanca, los milicianos y la Guardia Civil entraron en el patio del cuartel que estaba lleno de cadáveres. El general Fanjul y el coronel Fernández de la Quintana fueron hechos prisioneros. Acabaron compareciendo ante un tribunal que les condenó a muerte. Al amanecer del 17 de agosto fueron fusilados en el patio de la cárcel Modelo.

A las once y cuarto de la mañana del día 20 fue notificada oficialmente la toma del cuartel de la Montaña:

> «Por las fuerzas leales y milicias armadas ha sido tomado el cuartel de la Montaña, que era el más firme reducto que tenían los rebeldes en Madrid, al mando del general Fanjul. La República ha triunfado. ¡Viva la República!»[6].

En otros puntos de la ciudad también hubo conatos de sublevación. Esa misma mañana el coronel Tulio López Ruiz, del Regimiento Wad-Ras n.º 1, fue llamado por el Ministerio de la Guerra, pero contestó que no reconocía

sus órdenes porque se sumaba a la sublevación. El ataque de la aviación sobre el cuartel de María Cristina, donde se alojaba, le obligó a rendirse hacia el mediodía. También hubo algunos focos de resistencia en los cuarteles de Pacífico y del Conde Duque, sobre todo como respuesta a ataques exteriores.

La organización clandestina del PCE en el Ejército tomó prácticamente el cuartel del Regimiento de Infantería León n.º 2 el 18 de julio. «Escribimos rápidamente a máquina y a mano octavillas denunciando el peligro y advirtiendo a los elementos facciosos que serían aplastados», recuerda un militante[7]. De las letras pasaron a las armas, consiguiendo desarmar a los oficiales y jefes comprometidos con la rebelión, que habían salido a las calles Ferraz y Moret y al parque del Oeste con las compañías de morteros y ametralladoras.

En el asedio del cuartel de la Montaña perdieron la vida ciento dieciséis militares rebeldes. A estos se sumaron treinta y uno que fueron hechos prisioneros y murieron en los meses siguientes. En el Campamento de Carabanchel las víctimas llegaron a veintidós militares y cuarenta y cinco prisioneros murieron meses después. En el cuartel de María Cristina cayeron ocho militares del Regimiento Wad-Ras, mientras que veintitrés fueron hechos prisioneros[8].

A las diez y media de la mañana del 18 de julio, una columna de milicias armadas (con escopetas de caza y bombas de mano hechas por ellos mismos) del Puente de Vallecas, al mando de Manuel Fernández Cortinas, junto a fuerzas de Asalto tomó el cuartel de Vicálvaro, donde se encontraban acuartelados los soldados. Dos aviones tiraron varias bombas de pequeño tamaño. No hubo casi resistencia. Después de la toma del cuartel se cogieron unos tres mil fusiles, los cuales sirvieron para armar adecuadamente a la columna del Puente de Vallecas, que salió en dirección a Somosierra[9].

La célula comunista de la Primera Escuadra de Aviación de Getafe y la del cuartel de Artillería de la misma localidad, que se formaron unos meses antes de la guerra, tuvieron un destacado protagonismo en los primeros días del conflicto. La primera se encargó de sorprender y detener a los oficiales sublevados de la escuadra. Después de hacerse con el poder, ambas

consiguieron rendir en las primeras horas al cuartel de Artillería de Getafe. Las armas de los oficiales arrestados se las entregaron a las milicias, soldados de ese cuartel y de aviación y marcharon a los cuarteles de Campamento. Después de varias horas de lucha, Campamento se rindió[10].

Ya entrada la noche del martes 21 se supo que la guarnición de El Pardo, formada por tropas de Transmisiones, estaba dentro de sus cuarteles en situación de rebeldía. Con rapidez salieron para dicho cantón fuerzas del gobierno y milicias ciudadanas, que junto con la Guardia Civil y de Asalto requirieron de madrugada a los sublevados para que se entregasen sin resistencia. En las primeras horas de la mañana, las fuerzas republicanas dominaron la situación, obligando a rendirse a los rebeldes, muchos de los cuales murieron en los duros combates, otros huyeron hacia la sierra y los restantes fueron hechos prisioneros.

De madrugada llegó la noticia de que algo especial ocurría en Alcalá de Henares. El teniente coronel Monterde había ordenado al Batallón Ciclista que se pusiera en movimiento hacia la sierra para salir al paso de las fuerzas de Mola. Los oficiales se negaron y se produjo un tiroteo en el que murió Monterde y resultó herido Azcárate. El comandante Rojo Arona tomó el mando, sacando a los batallones a la calle y proclamando el estado de guerra. El gobierno acudió con suma rapidez enviando allí Guardia Civil, tropas de Asalto y milicias al mando del coronel Puigdengolas para sofocar la revuelta. Cuatro aviones del Ejército bombardearon los cuarteles. Los sublevados decidieron negociar con Puigdengolas. Alcalá se rindió sin disparar tiros finalmente. A las doce y media de la mañana, el ejecutivo hizo pública la nota informativa de la rendición:

> En este momento, la columna de fuerzas leales que había sido enviada por el Gobierno para someter a los sublevados en Alcalá de Henares, ha entrado victoriosa en dicha ciudad. La Artillería y Aviación han cooperado eficaz e intensamente. Los rebeldes se habían fortificado en el Ayuntamiento, iglesia de Santa María y Catedral. Las tropas leales hicieron a los rebeldes bajas de importancia, apoderándose de los fusiles y ametralladoras que habían emplazado en las torres de los citados edificios[11].

A media tarde regresaron de Alcalá varios camiones de las milicias que habían batido a los rebeldes, mientras el grueso de la columna marchó hacia Guadalajara. Traían el estandarte del Regimiento de Caballería sublevado. El capitán de Aviación Antonio Rexach hizo entrega del mismo al subsecretario de Gobernación, quien desde el balcón central del ministerio tuvo que dirigir la palabra al numeroso público congregado en la Puerta del Sol.

7.2. La sierra madrileña y Segovia

En Segovia las principales fuerzas militares estaban destinadas en la Academia de Artillería e Ingenieros, dirigida por el coronel José Tenorio Muesas, también gobernador militar, y en el Regimiento Ligero de Artillería n.º 13, mandado por el coronel Sánchez Gutiérrez. El 18 de julio la primera estaba prácticamente vacía, por estar los alumnos de vacaciones y permanecer muy pocos profesores. El regimiento contaba con cuatrocientos treinta miembros presentes, entre mandos y tropa, mientras cuatrocientos veinticuatro se encontraban de vacaciones.

Según el testimonio de un jefe del Regimiento Ligero[12], el día 18 se reunieron todos los jefes en la Academia con el coronel Tenorio. Decidieron ir al Gobierno Civil para comunicar al gobernador sus intenciones, «invitándole a que hiciera disolver algunos grupos que se conservaban por las calles». La mañana del domingo 19 de julio el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil le llamó para que acudiera rápidamente a su casa-cuartel para entregarle, personalmente, una orden que tenía para él. El teniente coronel Nieto le hizo entrega de un telegrama cerrado que decía: «Declare V. S. el estado de guerra en esa Plaza. Saliquet». Se puso en contacto con el comandante militar, quien le comunicó que a él también le acababa de llegar otro similar. Se fue al cuartel y ordenó organizar baterías con sirvientes y conductores, pues apenas había unos doscientos hombres; «el resto estaba con licencias de verano, así como algunos Oficiales, de los que afortunadamente no faltó ninguno». Declarado el estado de guerra, solo

desertó un cabo, que dejó su correaje y machete en la ventana por donde se fue.

Las fuerzas militares sublevadas se desplazaron desde la Academia (donde se situaba la Comandancia Militar) y el cuartel de Artillería al Gobierno Civil donde formaron a la Guardia de Seguridad y a la Guardia Civil de toda la provincia, que había sido concentrada en la capital por mandato del gobernador civil, Adolfo Chacón de la Mata. Posteriormente procedieron a detener al gobernador, a su secretario y al comisario. Hacia las once de la mañana, una camioneta de la Guardia Civil llegó a la Plaza Mayor y se desplegó por el centro de la ciudad. Sin resistencia alguna los guardias se posesionaron del edificio de Correos y Telégrafos, de la Central de Teléfonos, Delegación de Hacienda, de la Casa del Pueblo y demás centros oficiales, instituciones y sedes de partidos políticos de izquierda. Una batería del 13 Ligero tomó el Azoguejo, donde ese día había mercado. El alzamiento había triunfado en Segovia sin necesidad de un solo disparo[13].

Al llegar la noticia de la rendición del cuartel de la Montaña y del fracaso de la rebelión en Madrid, las autoridades militares decidieron extremar la vigilancia. La 4.ª batería del 13 Ligero se apostó en el campo de tiro de baterías y en la estación del ferrocarril con sus cuatro piezas y cuatro ametralladoras. Una sección de la 5.ª batería, con dos ametralladoras fue dispuesta a la altura de los depósitos de agua, en la carretera de San Ildefonso.

El 20 de julio surgieron los primeros incidentes en algunos núcleos del municipio de El Espinar, que costaron la vida al alumno de Artillería Rafael Rebollo. Por la noche salió la primera fuerza del regimiento en un camión con unas ametralladoras al mando del teniente Bertrán de Lis. Llegó hasta el kilómetro 27 de la carretera de San Rafael, retirándose a Segovia sin hacer fuego, después de haber recogido ocho muertos y seis prisioneros producidos en el ataque a la Guardia Civil, cerca de la Casa de Prados[14]. Parece ser que participaron unos sesenta milicianos, mal armados, que no pudieron con los guardias civiles. Todos los obreros fueron juzgados meses después y treinta y dos condenados a muerte y fusilados en abril de 1937.

El día 21 llegó la orden de salir hacia la sierra. Una columna debía marchar hacia Navacerrada y otra al puerto del León. El puerto de Guadarrama (Alto del León) tenía gran importancia estratégica, puesto que por ahí pasaba la carretera Madrid-La Coruña. Según los planes de Mola, una columna formada a base de los regimientos San Quintín y Farnesio, de Valladolid, debía tomar ese puerto y lanzarse sobre Madrid.

Sobre las cinco y media de la tarde del día 21 salieron de Segovia dos piezas del 7,5 con dos ametralladoras servidas por unos treinta artilleros. Junto a ellas iban medio centenar de soldados del Regimiento de Transmisiones, escapado de Madrid, y cincuenta guardias civiles. Mandaba la fuerza el capitán Enrique Guiloche. Sobre las doce y media del día 22 se unió a la columna de Serrador, procedente de Valladolid. Hora y media después llegaron a San Rafael los primeros coches con jefes y oficiales y, poco después, los camiones de la tropa. Tras apoderarse de esta pequeña población turística, a las tres y media de la tarde la columna reanudó su marcha, con los cañones y ametralladoras de Segovia en vanguardia. A poco de rebasar los últimos hoteles de San Rafael se dio vista al enemigo, acampado en la explanada del León.

El coronel Ricardo Serrador dispuso el despliegue de la fuerza, compuesta por unos ochocientos hombres, para el ataque al puerto, dividiéndola en tres columnas. El mando militar republicano contestó con la artillería y la aviación, causando numerosas bajas a las tropas segovianas y vallisoletanas. Al atardecer, las columnas de la derecha y de la izquierda enviadas por Serrador coronaron las alturas, dando lugar a que el enemigo, al verse amenazado por ambos flancos, cediera en su centro, permitiendo así el acceso al puerto de la columna central, que coincidió con las laterales a las siete y media de aquella tarde[15]. Poco después recibió el apoyo de fuerzas de los regimientos La Victoria (Salamanca) y Toledo (Zamora), el batallón de ametralladoras de Plasencia, pequeñas unidades de Medina del Campo y un tercio de requetés navarros.

El gobierno republicano estaba firmemente decidido a reconquistar el Alto del León, por lo que ordenó una serie de ataques fortísimos, por tierra y aire, llegándose el día 26 al cuerpo a cuerpo en la explanada del puerto. Hasta los primeros días de agosto la lucha fue muy violenta, pero a partir

del día 10 el frente comenzó a estabilizarse. Las fuerzas militares sublevadas conservaron el control del Alto del León, que pasó a llamarse de los Leones de Castilla, pero la prevista marcha sobre Madrid había quedado detenida.

Mientras, en Somosierra la victoria fue para los republicanos. La columna enviada por Mola desde Burgos, mandada por Carlos Miralles, ocupó el puerto de Somosierra el día 20 de julio pero el día 22 sucumbió ante las tropas y milicias gubernamentales. Los días posteriores llegaron nuevas fuerzas desde Burgos y Logroño, pero aquel paso inexpugnable estaba defendido por tropas del gobierno en número suficiente.

7.3. TOLEDO

Una vez derrotado el golpe de Fanjul, la lucha por Madrid salió de la capital a los alrededores. Por eso la defensa de Toledo y de Guadalajara se vivió como algo más que la de dos ciudades del interior: formaban parte del cinturón de la capital. El 22 de julio, la alegría popular se desbordó en Madrid por los éxitos en Toledo y Guadalajara, a las puertas de la propia capital de la República, como reconocía la prensa:

> En el día de ayer continuó aumentando el optimismo oficial y particular por consecuencia de las noticias favorables a los defensores de la República y de la libertad.
>
> A primeras horas de la noche, la alegría de los triunfos obtenidos sobre los sediciosos se desbordó en la Puerta del Sol. Alrededor de las nueve de la noche llegaron en varios coches y autocares los heroicos participantes en los rendimientos de Toledo y Guadalajara. Con aire triunfal desfilaron frente a Gobernación, y al interpretar el himno nacional una banda de música que acompañaba a las columnas victoriosas, el entusiasmo y el fervor republicano estallaron en forma de estruendosas ovaciones al Gobierno y a la fuerza pública con las milicias populares…

> Durante gran parte de la tarde las bandas de los regimientos 1 y 2 circularon por las vías más importantes de Madrid tocando el himno nacional, seguida de un gran gentío, que daba frenéticos vivas a la República[16].

En Toledo, sobre las tres de la tarde del 18 de julio llegó el coronel Moscardó procedente de Madrid, donde se encontraba como director de la Escuela Central de Gimnasia preparando el viaje a Berlín para asistir a la Olimpiada de 1936. Rápidamente ocupó su puesto de mando y cursó órdenes a todos los comprometidos para que se incorporasen a sus puestos, que previamente tenían designados. «Se me ofrecieron bastantes elementos de orden —según su propia declaración— y se procedió a su organización así como a la ocupación de los puntos estratégicos de la población entre los que se contaban la Fábrica de Armas que tenía una sección de guarnición, procedente del Regimiento de Madrid, a la que se reforzó con Guardia Civil, y Escuela de Gimnasia, avanzada en el camino de Madrid, que fue guarnecida por fuerzas de la misma Escuela, reforzadas por algunos números de la Guardia Civil»[17].

Las únicas fuerzas armadas que permanecieron leales al régimen republicano en la ciudad fueron unos cuarenta y cinco guardias de Asalto comandados por el capitán Eusebio Rivera —la otra mitad de la compañía acababa de ser trasladada urgentemente a Madrid, por orden del Gobierno —, y un pequeño retén armado de soldados bajo el mando del coronel Soto, director de la Fábrica de Armas[18].

Por la noche del 18 de julio, al final de la emisión radiofónica del famoso discurso del *¡No pasarán!*, de La Pasionaria, salieron excitados muchos trabajadores de los locales de los sindicatos en dirección a la plaza de Zocodover. Desde las bocacalles hicieron fuego sobre el retén de la Guardia Civil que había en los soportales de la citada plaza, hiriendo a tres guardias, según la versión de Moscardó. Al oír los disparos, este salió del Alcázar con oficiales armados hacia Zocodover, «repeliendo la agresión —según su declaración— y causándoles dos muertos y varios heridos que quedaron abandonados, y enterado que tenían cercados a los elementos de Falange y Acción Popular en el local de estos últimos, ordené se les

liberase, lo que se efectuó, incorporándose todos al Alcázar procediendo a armarlos y encuadrarlos»[19].

No hizo falta declarar el estado de guerra, «por la situación especial del Gobernador Civil con relación al Ejército», dice Moscardó. La Guardia Civil patrullaba las calles y controlaba los puentes y puertas de la ciudad. El domingo 19 de julio, «Por si hubiera alguna duda sobre quien mandaba en Toledo, al anochecer se estableció el toque de queda. La medida causará la muerte de un vecino poco diligente o desconocedor de la medida»[20]. Se trataba de Gustavo Morales Morales, alcanzado por un disparo de arma larga al salir al balcón de su domicilio.

La circunstancia decisiva para que en Toledo triunfara la sublevación militar fue la confluencia en la sedición del jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, del gobernador militar y del gobernador civil. El resultado inicial durante los días cruciales de julio en Toledo fue una capital de provincia con mayoría socioelectoral centrista y frentepopulista —según todas las consultas electorales— en manos de los sublevados, y un mundo rural provincial, donde APATO constituía holgadamente la mayoría socioelectoral, en manos de las fuerzas populares agrupadas en torno a las Casas del Pueblo. «La inversión no podía ser más completa, ni el papel que cupo a la Guardia Civil más determinante»[21].

Hacia las cuatro de la madrugada del lunes 20 de julio llegó a la ciudad José Prat, diputado socialista por Albacete, con el encargo del secretario de su partido de hacer definirse al gobernador civil, Manuel María González, y transmitirle personalmente la orden del gobierno Giral de repartir armas a los sindicatos. «Por fin me recibió el gobernador —escribe en sus *Memorias*— y le comuniqué la orden de la República. Todo eran dificultades y observaciones adversas. En Toledo no hay cuidado alguno, me decía. Tengo buenas relaciones con el señor Moscardó, director de la Academia de Infantería, y de toda confianza; los cadetes están de vacaciones; la Guardia Civil es leal»[22]. El gobernador lo engañó, como también el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, Pedro Romero Basart, cuando Prat acudió a solicitarle las armas requisadas por la Guardia Civil. Le despachó diciéndole que las había convertido en chatarra.

Ese mismo día 20 se militarizó a los paisanos que se unieron a los sublevados. En el patio de armas del Alcázar recibieron armas, mandos e instrucciones. Los voluntarios civiles fueron ciento siete, una mezcla de veteranos en la lucha política contra la República y de jóvenes ya curtidos en la confrontación física de los últimos meses. Dieciocho eran cedistas (APATO), sesenta de Falange, ocho de Renovación Española, un radical y quince independientes de clara adscripción derechista, vinculados a organizaciones seglares católicas. Silvano Cirujano, líder de los primeros, fue nombrado jefe del elemento civil[23].

El día 21, siguiendo los planes previstos, llegaron en camiones todos los guardias civiles de la provincia, trayendo consigo a sus familias y enseres, según Moscardó, aunque para José María Ruiz los guardias empezaron a llegar desde la mañana del domingo 19 hasta el día 22.

Al darse cuenta en Madrid de que la actitud de los elementos militares de Toledo no estaba nada clara, y por otra parte no se había declarado el estado de guerra, dieron orden por teléfono desde el Ministerio de la Guerra de que se formase un convoy con todas las municiones existentes en la Fábrica de Armas, el cual debería ser escoltado por doscientos guardias civiles. «Con objeto de obstaculizar todo —declararía Moscardó—, pedí la orden por escrito pues aunque se me decía que era Sarabia en persona, podría ser otra persona, y siendo asunto de tanta monta, necesitaba tener la seguridad completa de la certeza de la persona y orden; todo esto exasperó en Madrid y dieron órdenes por teléfono en todos los tonos y ya a la vista de la tirantez existente se dispuso la declaración del Estado de Guerra el día 21 y la recogida de las municiones que fueron llevadas al Alcázar»[24].

Sobre las siete de la mañana, una sección de Infantería comandada por el capitán Vela Hidalgo, escoltada por guardias civiles y un coche al que se le había acoplado una ametralladora, salió del Alcázar para pregonar la proclamación del estado de guerra. El recorrido por las plazas y calles más céntricas de la ciudad discurrió sin apenas incidentes. Solo detuvieron a un joven que daba vivas al comunismo, llevándoselo detenido al Alcázar. «Con la ciudad en sus manos, y siguiendo la filosofía del bando de guerra, Moscardó ordenó una primera captura de rehenes entre los políticos y

sindicalistas más significados. La mayoría pudo escapar y ocultarse a tiempo, por lo que sólo fueron apresados algunos militantes de base»[25].

La columna del general Riquelme, formada inicialmente en Madrid con unos mil quinientos hombres, aunque al llegar a Toledo sumaba unos tres mil gracias a la incorporación de milicianos por los pueblos del trayecto, llegó a la Escuela de Gimnasia, en el camino de la capital, que había sido desalojada por sus defensores. Estos se trasladaron al Colegio de Huérfanos de María Cristina, en donde se encontraban algunos alumnos y profesores. Como siguió el empuje del enemigo, se trasladaron al Hospital Tavera, que reunía mejores condiciones. En estos destacamentos resistieron hasta que por falta de víveres y municiones no se pudo hacer nada más y se replegaron sobre el Alcázar, primero los enfermos y ancianos. La Fábrica de Armas se rindió a un cabo parlamentario que mandó el general Riquelme sin ningún tipo de lucha. Las líneas avanzadas de los rebeldes habían caído. Ya solo quedaba el reducto del Alcázar.

El día 21, el general Pozas llamó al Alcázar, al no ver que se enviaran las municiones ni los doscientos guardias civiles, «amenazó con no dejar piedra sobre piedra del Alcázar», según Moscardó. Posteriormente, el general Riquelme telefoneó «pretendiendo que nos rindiésemos —diría Moscardó— y pidiendo razones de nuestra actitud, al que contesté que nuestra actitud era la que correspondía a todo militar con honor que veía los derroteros por los que llevaban a España los Gobiernos marxistas, la identificación absoluta con el General Franco y el asco a cumplir la orden de que el armamento de los Caballeros Alumnos y Guardia Civil fuese entregado a la chusma para armar a esta». Insistió en que se veía precisado a actuar enérgicamente.

Un avión «bombardeó» el Alcázar con proclamas dirigidas a la tropa, diciendo a los soldados que estaban licenciados y que no tenían que obedecer a sus jefes, pudiendo marcharse a su casa. Al no conseguir resultado alguno, volvió nuevamente un avión arrojando las primeras bombas sobre el Alcázar y sus alrededores.

El 21 de julio comenzó el ataque al Alcázar por tierra y aire, haciendo el coronel que se trajeran a la Academia los setecientos mil cartuchos que había en la Fábrica de Armas y ordenando al siguiente día el repliegue

general sobre aquel edificio. Al día siguiente el ministro de Instrucción Pública, Barnés, telefoneó al Alcázar para intentar, según Moscardó, «hacernos desistir de nuestra actitud patriótica, diciendo que por ella sufriría Toledo que era una joya artística, que se tuviese ello en cuenta pues de no cesar en nuestra actitud, se vería obligado a usar medios violentos y que no esperaba llegásemos a esos extremos ya que él veía nuestra actitud con simpatía, calificándola de *muchachada*».

El día 23 le telefoneó el jefe de las milicias de Toledo. Según la propia declaración de Moscardó, esta transcurrió de la siguiente forma:

> Son ustedes responsables de los crímenes y de todo lo que está ocurriendo en Toledo y le doy un plazo de diez minutos para que rinda el Alcázar y de no hacerlo, fusilaré a su hijo Luis que lo tengo aquí a mi lado.
>
> Contesté: No creo.
>
> Jefe de Milicias: Y para que vea que es verdad, ahora se pone al aparato.
>
> Hijo: Papá.
>
> Yo: Que hay, hijo mío.
>
> Hijo: Nada, que dicen que si no te rindes me van a fusilar.
>
> Yo: Pues encomienda tu alma a Dios y muere como un patriota, dando un grito de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España!
>
> Hijo: Un beso muy fuerte, papá.
>
> Yo al Jefe de Milicias: Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo, pues el Alcázar no se rendirá jamás.

Tabla 21
Proclama lanzada sobre el Alcázar

A LOS SOLDADOS: El Gobierno del Frente Popular os advierte que estáis metidos en una aventura trágica y deshonrosa. Os habéis alzado, engañados por la obediencia que debéis a vuestros jefes, contra la República. Sobre esa obediencia está la de la Ley suprema de la Patria. Y la Patria es implacable contra los traidores. En pie de guerra el pueblo armado, la Guardia civil, los guardias de Asalto y Seguridad, y presidiendo eficazmente el castigo la gloriosa Aviación, si no os entregáis y apresáis a vuestros jefes, caeréis con ellos. Y caeréis sin honor, porque no da honor la traición. España entera se ha levantado. Los regulares que desembarcaron en Algeciras para pasar a cuchillo a vuestras familias, han caído bajo la ira sagrada del verdadero patriotismo. La Marina, en manos del Gobierno, ha bloqueado los focos de rebelión de África y el litoral. Y en Madrid, donde la esperanza de los insurrectos tenía sus reservas, han sido asaltados y sometidos todos los cuarteles, y aquellos cuya resistencia fue extremosa, volados por los aviadores. ¡Soldados! Estáis libres de obediencia a los traidores por precepto de la ley. Detenedlos, y si se niegan, ¡castigadlos! ¡Viva la República! El Gobierno del Frente Popular. A LOS SEDICIOSOS: El efecto producido por la definitiva y dura derrota infligida ayer en Madrid por el Gobierno a las fuerzas sediciosas, a las que se causaron centenares de bajas, ha sido enorme; gentes y grupos indecisos se han adherido al Gobierno, que domina por completo la capital de España, y se reducen en todas partes los focos rebeldes. En las fuerzas de la Guardia civil, Asalto, Carabineros y Ejército, que cooperaron a aquella gran victoria con entusiasmo y valor insuperables, crece el deseo de restablecer la paz, para cuya obtención el Gobierno empleará rapidez, decisión y energía. El Gobierno pide a los sediciosos el respeto a la ley para evitar derramamiento de sangre; excita a los que le sirven para que sobre el título de traidores no les sobrevenga la pérdida de sus actuales situaciones, y a todos les conmina al respeto a la ley, con una obediencia absoluta que, si no se obtiene rápidamente, será muy rápidamente impuesta. ¡Viva la República[26]!

Fuente: *Ahora* (Madrid), 22 de julio de 1936, p. 6.

Casi inmediatamente después de colgar el teléfono con Cándido Cabello Sánchez-Gabriel, veterano periodista y abogado, presidente del Comité local de Izquierda Republicana, comenzó a tejerse la leyenda. El teniente Enríquez de Salamanca, uno de los presentes en su despacho, comenzó a abrazarlo y besarlo. Después, todos los testigos corrieron a difundir la noticia. Silvano Cirujano convocó a los que pudo en el patio del Alcázar y,

con asombro y emoción desbordantes, ensalzó al coronel por lo que había protagonizado. Pedro Romero hizo lo propio con los guardias civiles, presentando a Moscardó como un héroe providencial.

El propio Franco supo utilizar bien este episodio para dar un carácter mítico a la resistencia del Alcázar aprovechando el fusilamiento del hijo de Moscardó que se presentó como efecto inmediato de la conversación telefónica, aunque, en realidad, Luis Moscardó fuese fusilado un mes después junto a otros muchos presos y como revancha por un bombardeo sobre la ciudad.

El viernes 24 de julio, como respuesta a la amenaza de ejecutar a Luis Moscardó, los sitiados realizaron una salida para capturar rehenes y recoger alimentos. De dicha *razzia* se ha ocultado generalmente su consecuencia más grave: la detención y asesinato del teniente de alcalde del Ayuntamiento de Toledo, exdiputado constituyente, periodista y líder histórico de la UGT-PSOE, Domingo Alonso Jimeno. Cuando se resistía a ser conducido al Alcázar por un pelotón de guardias civiles fue asesinado por estos en plena calle, cerca de su vivienda, mientras veía arrastrar a su mujer e hija hacia la fortaleza[27].

El general Mola remitió a los defensores del Alcázar varias cartas que fueron arrojadas desde un avión, dando ánimos para resistir, como la del 30 de agosto: «Vencemos en todos los frentes … Espero seáis liberados dentro de poco. La columna Yagüe va camino de Talavera; la mía, más avanzada, cerca del Escorial … Un abrazo a todos de vuestro general, Emilio Mola»[28].

Los elementos reunidos en el Alcázar, según Moscardó, fueron unos dos mil: cien jefes y oficiales, ochocientos de la Comandancia de la Guardia Civil, ciento cincuenta tropa de la Academia, cuarenta tropa de la Escuela de Gimnasia, doscientos de Falange, Acción Popular y varios, quinientas cincuenta mujeres y cincuenta niños. Las cifras oficiales que figuran en el Museo del Ejército-Alcázar de Toledo son de mil setecientas setenta personas: mil ciento noventa y siete combatientes, incluidos los ciento seis voluntarios, treinta y tres civiles no combatientes, trescientas veintiocho mujeres, doscientos diez niños y dos nacidos durante el asedio.

Los sitiados contaban con el armamento de la Guardia Civil, Academia, Escuela de Gimnasia y Guardias de Asalto y Seguridad, que tenían unos mil doscientos fusiles y mosquetones, y de la Academia que contaba con dos piezas de montaña de 7 cm con 50 disparos de rompedora; trece ametralladoras y trece fusiles ametralladores y un mortero. En cuanto a víveres, faltó de todo, salvo el agua.

Desde que comenzó el asedio, el tiroteo de fusil y ametralladora era casi permanente, aunque más virulento por el día que por la noche. Con artillería fue también el ataque casi permanente. La aviación republicana, aunque no con muchos aparatos, atacaba casi diariamente el Alcázar, empleando bombas de 12 kg que causaban desperfectos materiales sobre todo en el edificio de Capuchinos, que desapareció a consecuencia de un bombardeo de aviación. Además de bombas, unas ocho veces lanzaron latas de gasolina con el propósito de incendiar el Alcázar, lo que no consiguieron. También los aviones atacaron con gases de colivacetofenona (lacrimógenos) «que se soportaron hasta con regocijo al comprobar no eran gases sofocantes como se esperaba fuesen usados».

Como colofón en sus medios de ataque, las fuerzas republicanas recurrieron a la guerra subterránea, de minas, según Moscardó: «Construyeron tres; una que partiendo de una casa de la calle de Juan Labrador, se bifurcaba; una que iba a caer bajo el torreón S. O. del Alcázar y otra bajo los cimientos de la fachada O. y en las proximidades de la puerta de carros; las cargaron con 3000 kg de trilita cada una y las volaron con explosivo eléctrico desde el Ayuntamiento, habiendo previamente evacuado a la población civil a los montes cercanos a Toledo, el día 18 de Septiembre de 1936 y causando enormes efectos materiales en el edificio y milagrosamente solo cinco bajas entre los defensores».

Se hicieron varios asaltos con infantería para lograr entrar en el Alcázar, uno el 18 de septiembre en que llegaron a coronar las ruinas de la fachada norte, donde colocaron una bandera roja, siendo rechazado, intentándolo seguidamente tres veces más pero cada vez con menor decisión, «hasta que desistieron y degeneró en el diario tiroteo, con un poco más de violencia».

El día 28 de septiembre el Alcázar era *liberado*, según la terminología del momento. Todo acabó con las conocidas frases «Sin novedad en el

Alcázar, mi General», con que Moscardó recibió a Varela, y la de «Mi general, le entrego el Alcázar destruido, pero el honor queda intacto» dirigida a Franco tras la *liberación*, que allí mismo le concedió la Laureada. A lo largo de todo el cerco, el número de los defensores que murieron en combate fue de ciento cuatro, según Ruiz[29].

7.4. Guadalajara

El 18 de julio por la tarde el ministro de la Guerra telefoneó al coronel Francisco Delgado Jiménez, jefe del Regimiento de Aerostación, para saber si estaba dispuesto a ponerse a las órdenes del gobierno en caso de ser este atacado, contestando el coronel «que él cumplía como siempre había hecho con su deber y que además reuniría a la oficialidad al objeto de saber la opinión de la misma». La reunión se verificó seguidamente en el despacho del coronel. Era tal el ambiente, «que hubo que serenar a algunos oficiales que querían ya salir a la calle en contra del Gobierno»[30]. El coronel comunicó a la oficialidad que, dado el estado de ánimo, estuvieran dispuestos de un momento a otro para iniciar el alzamiento en Guadalajara.

El día 19 el gobernador civil Miguel de Benavides, según declaró ante el Juzgado Especial de Guadalajara[31], recibió aviso telefónico del Ministerio de Gobernación diciendo que «fuerzas facciosas» trataban de avanzar sobre Madrid por la carretera de Zaragoza. Se puso en contacto con Ferrari, teniente coronel de la Guardia Civil, y con el coronel Delgado, quienes le manifestaron su lealtad a la República. Decidieron enviar una avanzadilla por si venía la columna. En un coche salieron los capitanes Pacios y Arroyo y más tarde el teniente Robles, con unos soldados. Robles volvió a las pocas horas diciendo que no había novedad, pero los capitanes que no tenían autorización más que para llegar a Paredes se internaron en la provincia de Soria y fueron detenidos en Almazán y conducidos a la capital. Serían liberados por la intervención del coronel Delgado.

En la mañana del lunes 20 varios representantes del Frente Popular fueron a ver al coronel Delgado porque tenían confidencias de que iba a

sublevarse. Este manifestó su adhesión al gobierno republicano[32]. Por la noche se recibieron en el Gobierno Civil telegramas de Madrid referentes al avance de columnas facciosas y el gobernador cursó uno en el que manifestaba en forma cifrada que el Regimiento de Aerostación pensaba sublevarse, por lo que solicitaba refuerzos. Además, requirió al teniente coronel Ferrari para que en caso de ataque al Gobierno Civil organizase la defensa. Por un lado mostraba su adhesión al gobierno; por otro, el jefe del Regimiento de Aerostación mandaba una avanzadilla para asegurarse del apoyo exterior antes de iniciar el alzamiento. El día 20 por la mañana el coronel Delgado ordenó a Gonzalo Martín Nee, maestro nacional, hijo del que horas después fuera gobernador civil Ángel Martín Puebla, que saliera inmediatamente en su coche a comprobar si estaba en camino una columna procedente de Zaragoza mandada por el teniente coronel Los Certales y otra procedente de Soria-Pamplona, a las órdenes del teniente coronel García Escámez. La expedición pudo comprobar la marcha de ambas, volviendo entonces a Guadalajara, donde llegaron el día 21 sobre las doce de la mañana, presentándose a sus jefes para comunicarles sus informes. Todo estaba listo en el interior de la provincia, y parecía que también en el exterior. Delgado dio la orden de comenzar la sublevación al comandante Ortiz de Zárate.

Por la mañana del día 20 fueron incorporándose al cuartel los militares que estaban de permiso y que aún no habían acudido al llamamiento del coronel. También algunos civiles, falangistas sobre todo, la mayor parte venidos de los pueblos de la provincia siguiendo el llamamiento de su jefe La Guardia. Pasaron la noche en el cuartel, arengados por el diputado de Acción Popular Arizcun y aleccionados en el manejo de las armas.

A mediodía del 21 se presentó en el Gobierno Civil un camión con milicianos del Frente Popular procedentes de Alcalá de Henares, quienes comunicaron al gobernador que en Guadalajara acababa de iniciarse la sublevación. Entonces la máxima autoridad provincial llamó al cuartel de la Guardia Civil, pero no contestó nadie. El capitán de la Benemérita José Rubio García, que había acudido en defensa del gobernador, cogió el teléfono para hablar con el teniente coronel Ferrari, al que solicitó refuerzos: «me manifestó que no me los podía enviar porque los sublevados

estaban haciendo fuego contra el Cuartel de la Guardia Civil», lo que luego se demostraría que era falso, por relatos de testigos y por no haber ningún impacto en la fachada.

El gobernador recogió a su familia en las habitaciones interiores del Gobierno Civil y al poco rato empezó el tiroteo. Quienes guardaban el edificio (varios policías y guardias de Asalto y el guardia civil capitán José Rubio García) apenas pudieron o quisieron resistir. En un edificio inmediato al Gobierno Civil, la Escuela de Trabajo, había una compañía de la Guardia Civil que tenía como misión la defensa del edificio. No socorrió al Gobierno Civil. El Cuerpo de Seguridad situado en el cuartelillo de la calle del Amparo, que formaba parte del mismo edificio del Gobierno Civil, tenía unos veinte hombres al mando del suboficial Luciano Hernández Pérez. Este y otros dos guardias, Doroteo Lozano Varas y Jesús García Molinero, fueron condenados a muerte por un tribunal popular y seguidamente ejecutados por haber tomado parte en el alzamiento.

Sobre las dos y media de la tarde del día 21 el comandante Ortiz de Zárate, responsable del alzamiento en la capital alcarreña, y los comandantes retirados Bastos y Palanca subieron escaleras arriba del Gobierno Civil y saltaron la cerradura del piso principal. Ortiz de Zárate, pistola en mano, le dijo: «Dónde está Benavides, porque ya no es gobernador» y dirigiéndose al capitán Rubio le dijo: «Vd. es un traidor y quítese la guerrera» y «¡No tenga miedo!, aquí no hay más que soldados —dándose un golpe en el pecho— y ratas —señalando a Rubio—». Detrás iba Bastos pistola en mano y les acompañaban dos guardias civiles y dos de Seguridad. Uno de estos le dijo al gobernador a la vez que le metía el fusil por la barriga: «Que ganas tenía de meterme con Vd.». Entonces recluyeron al gobernador y al capitán Rubio en el despacho oficial y tras proceder a su interrogatorio los trasladaron a pie al cuartel de San Carlos, entre lluvia de proyectiles y de insultos («Abajo los traidores», sobre todo).

El alzamiento había comenzado. Otras versiones mantenidas con posterioridad apuntaban al estallido tras las provocaciones de la Casa del Pueblo. El coronel de Infantería retirado Antonio Sánchez de Neyra Castro, quien sobrevivió a la guerra refugiado en la Embajada de Finlandia, declaró ante la *Causa General* que «El momento inicial del Alzamiento en

Guadalajara, fue al hacerse unos disparos desde la Casa del Pueblo contra una camioneta ocupada por la Guardia Civil, los que repelieron la agresión en la misma forma, saliendo a los pocos instantes las fuerzas a la calle y proclamándose el Estado de Guerra por una Compañía del Regimiento de Aerostación». Parece una versión muy alejada de la realidad, incluso contradicha por el testimonio de Eduardo Delgado Piñar, hijo del jefe del regimiento, coronel Delgado: «En el patio del Cuartel, se formó una Compañía para que fuera a tomar el Ayuntamiento, Gobierno Civil y Casa del Pueblo, Compañía que iba al mando de los comandantes Ortiz de Zárate, Valenzuela y capitanes Casillas y Javaloyes … no encontrando resistencia, sino únicamente en la casa del Pueblo, que fue fácilmente vencida».

Toda la tarde y la noche del 21 los sublevados fueron dueños de la población. De las cinco compañías de que constaba el Regimiento de Aerostación, salieron tres a la calle, quedando una en el cuartel. En un camión con ametralladoras recorrieron la población, ocupando el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo, procediendo a la detención de sus principales responsables. Las medidas que se tomaron para asegurar el alzamiento fueron la detención de enemigos, la ocupación de los edificios públicos, la formación de patrullas para vigilar tanto el interior de la ciudad como extramuros y el emplazamiento de ametralladoras en el puente, en el cementerio y en la cárcel. De la Central de Teléfonos se hizo cargo el capitán Palanca, del Gobierno Civil el capitán Bastos provisionalmente y posteriormente el capitán Valenzuela, de Correos y Telégrafos el comandante Manuel Aguilar.

Rápidamente se formó un Estado Mayor responsable de la defensa de la plaza, del que formaba parte también, junto a los responsables militares del alzamiento, el contralmirante de la Armada Ramón Fontenla Maristay, director de la Aeronáutica Naval, con destino en el Ministerio de Marina. Lo arrestaron las milicias socialistas en Madrid y lo llevaron a la Prisión Militar de Guadalajara el 19 de julio. En la sublevación del día 21 le pusieron en libertad. Mandando las fuerzas figuraba el comandante Rafael Ortiz de Zárate.

Este Estado Mayor procedió al nombramiento de nuevas autoridades. Del Gobierno Militar se hizo cargo el coronel de Ingenieros, jefe del Regimiento de Aerostación, Francisco Delgado Jiménez; el comandante de la misma arma Félix Valenzuela de Hita, retirado por la Ley Azaña, se hizo cargo en los primeros momentos del Gobierno Civil, dando paso posteriormente al nombramiento de Ángel Martín Puebla.

Al alzamiento se fueron sumando adeptos, como el comandante de Infantería Juan Garrido García, segundo jefe de la Caja de Recluta de Guadalajara, quien se hizo cargo de la misma al no sumarse a la sublevación el primer jefe de la Caja, el teniente coronel Antonio Martín Delgado. Otros mostraron más tibieza, como el teniente coronel de la Guardia Civil, Ferrari. Fue criticado por los sublevados y condenado a muerte y ejecutado por las autoridades republicanas. Parece ser, por declaración de Eduardo Delgado Piñar, hijo del jefe del regimiento coronel Delgado, que este le llamó a su presencia la noche del día 20 para ver su postura ante el alzamiento. Ferrari contestó que él dependía directamente del ministro de la Gobernación, y que no haría más que lo que dicha autoridad le ordenara. «Como consecuencia del verdadero forcejeo que se entabló entre el citado teniente coronel y los jefes del Movimiento en Guadalajara, acabó el señor Ferrari por dar su palabra de honor de que se sumaría al Movimiento». Se le dejó marchar, a pesar de la opinión de Ortiz de Zárate, que quería detenerle, y cuando llegó al cuartel de la Guardia Civil parece ser que reunió a sus jefes y oficiales y les dejó libertad para hacer cada uno lo que quisiese. Cuando por la tarde del día 21 se presentaron en el cuartel de la Guardia Civil varios paisanos al frente del responsable de la Casa del Pueblo en busca de armas, según declaración del guardia Bienvenido Muñoz Serrano, testigo presencial, Ferrari accedió, enviándolos a la Intervención de Armas. Allí se las negaron por orden expresa del capitán Eduardo Carazo, que había tomado el mando de la Guardia Civil sublevada.

Otros se opusieron radicalmente al golpe, como el coronel Ojeda, gobernador de Prisiones Militares, quien fue arrestado después de escuchar múltiples insultos. El joven Rafael Encabo Montero le llegó a decir «que

para guardar gallinas con un ordenanza bastaba». Al final tuvo que liberar a unos veinte o veinticinco militares que se encontraban presos.

No solo el apoyo vino de las fuerzas militares. También parte de la población civil desempeñó un papel fundamental en el alzamiento, con más de un centenar de hombres armados dirigidos por Félix Valenzuela de Hita, diputado de la CEDA, y Antonio Bastos Ansart, los dos militares retirados por la Ley Azaña. Parece ser que la organización que dio más apoyos fue Falange, que desde el 14 de julio mandaba como Jefe Provincial Luis de la Guardia, siendo el jefe de Milicias el capitán de Infantería Luis Casillas Martínez. Según el comandante Ricardo Ortega Agulla, contaba con unos quinientos falangistas de primera línea por toda la provincia. También buena parte de los afiliados a Acción Popular participaron activamente en el alzamiento, con su responsable al frente, Félix Valenzuela de Hita, capitán de Ingenieros retirado por la Ley de Azaña, y diputado a Cortes.

Los paisanos fueron concentrados en el Colegio de Huérfanos y organizados en grupos armados de fusil y dotación de cincuenta cartuchos. Muchos de ellos fueron reclutados en pueblos de la provincia. Por ejemplo, Saturnino del Castillo Yusta, empleado de Hacienda, participó en el alzamiento como civil en compañía de su hijo Manuel, según su propia declaración, «practicando el dicente los servicios que se le encomendaron como fue el de reclutar elementos jóvenes en el pueblo de Torija, logrando traer a Guadalajara a unos cuarenta hombres en dos camiones». Ángel García Estremiana, juez municipal, joven afiliado a las Juventudes de Acción Popular, marchó con su patrulla a prestar ayuda a cinco guardias civiles que se habían hecho fuertes en la estación contra elementos ferroviarios que se opusieron al alzamiento desde que oyeron los primeros tiros en la plaza, logrando dispersarlos.

También participó activamente en el alzamiento Fernando Palanca Martínez Fortun, alcalde de Guadalajara durante la dictadura de Primo de Rivera. Aunque era comandante de Ingenieros retirado por la Ley Azaña se marchó al cuartel vestido de paisano por habérsele quedado en malas condiciones el uniforme dado el tiempo que no se lo ponía —según declaración de su viuda—. El día 21, a las dos de la tarde, cuando salieron las fuerzas a tomar Guadalajara, iba al mando de un pelotón de soldados,

«desempeñando las diversas misiones que se le encomendaron, quedándose por último en teléfonos, cuyo local estaba en la calle principal enfrente del Ayuntamiento».

En conjunto, se disponía para la defensa de cien jefes y oficiales; doscientos cincuenta suboficiales, clases y soldados; doscientos setenta guardias civiles y de seguridad y trescientos paisanos: novecientos veinte en total, según declaración a la *Causa General* del comandante Ricardo Ortega Agulla. Otros reducen a la mitad los defensores: «Del millar de hombres con que se contaba para el Alzamiento incluidos los que venían de los pueblos —declararía Eduardo Delgado Piñar— se llega al día 22 con una fuerza total de 400 a 500, de ellos la mitad militares y la otra mitad civiles, debido al retraimiento de las gentes venidas de los pueblos, que se dieron cuenta de la dura lucha que se avecinaba». Vicente Camarena está de acuerdo en los novecientos defensores, pero con distinta distribución: cuatrocientos cincuenta soldados, ciento cincuenta guardias civiles y trescientos paisanos[33].

Entre las doce horas de la noche del día 21 y la una del día 22, el nuevo gobernador habló por teléfono desde el Gobierno Civil con Soria, concretamente con el coronel García Escámez. Este le dijo que destacaban desde aquella ciudad en vanguardia una batería para prestarles la ayuda necesaria para la defensa de Guadalajara, prometiéndole también el apoyo de alguna fuerza de infantería. Esta debía ser la «Columna de Navarra», organizada en Pamplona por orden del general Mola el 19 de junio, pocas horas después de sublevarse la guarnición de Navarra, con el objetivo de llegar hasta Madrid. La columna estaba compuesta por cerca de mil quinientos hombres, encuadrados en los batallones América y Sicilia, cuatro compañías de requetés y dos de milicias falangistas. El día 21 la columna tuvo que dividirse para atender distintos frentes abiertos en La Rioja y Soria. El día 22 las dos columnas andaban defendiéndose de los ataques de la artillería y aviación republicana. Una avanzadilla llegó a unos cuarenta kilómetros de Guadalajara, a Jadraque, pero no fue suficiente. Cuando se enteraron de la caída de Guadalajara, retrocedieron hacia Almazán (Soria) y recibieron órdenes de dirigirse hacia el puerto de Somosierra.

Las tropas leales a la República procedentes de Alcalá de Henares y mandadas por el coronel Puigdengolas (a quien días después pudo vérsele mandando las tropas republicanas que defendieron Badajoz), apoyadas por un contingente de milicianos anarquistas bajo el mando de Cipriano Mera, tenían el camino libre.

Hacia las seis de la mañana del día 22 sobrevoló Guadalajara un avión tirando proclamas y advirtiendo que si a las diez de la mañana no se rendía la población sería atacada por el Ejército y milicias republicanas. El coronel Delgado procedió entonces a organizar la defensa de la ciudad. El comandante Ortiz de Zárate quedó situado con sus hombres en la parte del puente sobre el Henares, pasado el hospital, próximo a la estación; otra parte de la fuerza fue enviada al fuerte, o sea, al edificio de la Maestranza y Parque de Ingenieros, quedando al mando del comandante Rodrigo de la Iglesia; los comandantes Valenzuela y Bastos se encargaron de defender el sector norte de la ciudad. Posteriormente, y en vista del avance de las tropas enemigas hacia el cementerio, se procedió a organizar otra fuerza al mando del coronel Candiera que salió para ese destino inmediatamente.

A la hora anunciada se presentaron en camiones las fuerzas mencionadas, mandadas por el coronel Puigdengolas, y emplazaron la artillería en la carretera de Madrid a la altura del Molino de Mora. Comenzaron el bombardeo de Guadalajara por tierra y aire. La aviación republicana empezó a bombardear los cuarteles del polígono de Aerostación mientras avanzaba la columna compuesta de unos cinco mil hombres que había salido de Madrid el día anterior y había logrado reducir la guarnición de Alcalá de Henares. Dicha columna estaba constituida además de la infantería y guardias de Asalto, por tres baterías de artillería y siete carros blindados.

En un primer momento los rebeldes repelieron el ataque desde el mismo cuartel con ametralladoras, fusiles y bombas de mano. La resistencia era inútil, toda vez que llegaban por miles los refuerzos republicanos, envolviendo la ciudad por todas partes. El cañoneo duró hasta las seis de la tarde, tiempo que pudo mantenerse la guarnición en sus puestos. A esa hora los republicanos irrumpieron en la población, forzando la defensa del puente sobre el Henares y venciendo la resistencia opuesta por las fuerzas

del sector sur (Prisión Central). Los milicianos entraron en la capital por el puente sobre el río Henares, en la parte baja de la ciudad, cerca de la estación, y por el lado opuesto en la parte alta, en las afueras, por el sitio conocido por El Balconcillo.

La guerra adquirió en Guadalajara tintes dramáticos, como recordaban algunos presentes, como David Antona, secretario general del Comité Nacional de la CNT:

> De pronto hicieron su aparición dos aeroplanos. Los compañeros miraron hacia ellos, desconfiados. No sabían si eran nuestros o de los rebeldes.
>
> Uno descendió rápido, al tiempo que un guardia de Asalto (los de Asalto se batieron bravamente en Guadalajara) que había a mi lado, gritó:
>
> —Todo el mundo a tierra, que ha soltado una bomba.
>
> No obstante esta precaución, cinco o seis compañeros fueron despanzurrados y otros cuantos resultaron heridos.
>
> Y fue entonces por vez primera que vi lo horrorosa y criminal que es la guerra…
>
> Aquellos desgraciados, amasijo inerte de carne destrozada por la metralla, sintetizaban la obra del fascismo destructor.
>
> A partir de aquel momento se intensificó el ataque por nuestra parte. Los compañeros, al grito de ¡Viva la CNT! ¡Viva la FAI!, avanzaban impetuosamente[34].

En el tiroteo que hubo en las trincheras terreras que se habían instalado a la entrada de la población junto al puente del río Henares, donde estaban situadas las ametralladoras, murió Ortiz de Zárate, además del teniente Jasanada, teniente Ayuso y alférez Gallego, entre otros jefes y oficiales.

Cuando entraron los milicianos cerraron las puertas del cuartel de la Guardia Civil, pero la falta de municiones y ante las noticias de la ocupación «hizo que cada uno se escapara por donde pudiera», como han relatado algunos de los protagonistas. El guardia civil Diego Están Cabezudo, por ejemplo, se vistió de paisano y, mezclándose entre la

multitud, huyó. El hijo del coronel Delgado, Eduardo, «aprovechando la confusión», saltó las tapias y logró refugiarse en la casa de un falangista, en la que permaneció escondido dos años.

Al darse cuenta del peligro inminente que corrían los detenidos republicanos, el capitán de Ingenieros Enrique Navas Huici los puso en libertad derribando con la ayuda del suboficial de guardia una puerta a empujones, primero al gobernador Benavides, al capitán Rubio y al delegado de Hacienda Maximino Miñano Grifol y después a unos cuarenta más que estaban en otro calabozo.

El resto de jefes y oficiales sublevados fueron ejecutados en los patios del cuartel de Aerostación, donde se habían concentrado con los elementos que pudieron reunir a fin de extremar la defensa. «Puigdengolas no pudo imponer disciplina a la masa armada que se precipitó sobre las posiciones rebeldes, cuyos mandos significativos fueron asesinados»[35]. Entre ellos el coronel Delgado, quien una vez que entraron los milicianos asumió ante ellos toda la responsabilidad, muriendo cerca del pabellón donde le esperaban su mujer y nueve hijos. También el contralmirante de la Armada Ramón Fontenla Maristay y el diputado Félix Valenzuela de Hita, este muerto junto al Gobierno Civil.

La historia de la guerra civil está llena de anécdotas en la historia personal de muchos españoles. Unos tuvieron enorme fortuna; otros parecían fatalmente predestinados. En Guadalajara, ese día 22 de julio pudieron verse algunos ejemplos. En el patio del cuartel de San Carlos el sargento de la Guardia Civil Casimiro Sanz y Sanz fue tiroteado, según su propia declaración, «cayendo herido el dicente entre los muertos que había en el patio, salvándole un paisano cuyo nombre desconoce, el que le indicó dijera era de Madrid, poniéndole al brazo un brazalete encarnado». Fue trasladado al Hospital Militar de Carabanchel. Otro caso curioso es el del teniente de Ingenieros José Olivier López, que había participado activamente en el registro y saqueo de la Casa del Pueblo y en la liberación de presos en la Prisión Militar, de la que era oficial de guardia en el momento en que se presentó en ella el comandante Ortiz de Zárate. Según declaró el 15 de septiembre de 1936 ante el tribunal popular, fue fusilado junto a otros muchos jefes y oficiales:

> Al caer herido y darse cuenta de que no estaba muerto un miliciano se echó sobre el que depone y le quitó el reloj de pulsera, se lo recriminaron otros dos diciéndole «camarada, a los muertos no se les roba»; que el miliciano que esto hizo les dijo que no estaba muerto y se acercaron entonces los otros dos con idea de matarlo. Que en ese momento se arrojaron sobre el declarante tres cornetas del Regimiento llamados Eufemio Gómez, Julián López y Ramón o Fermín Rojas y les pidieron a los que le iban a matar, que no lo hicieran, que se había portado muy bien con ellos y no se había metido en nada, ya que era completamente apolítico, incluso le dijeron a los milicianos que era un desgraciado que se había encontrado metido en aquellos jaleos. Que los milicianos dijeron ante esto que había que respetarlo y entre los cinco le llevaron herido a su casa, mejor dicho a la de su padre. Que en el *Heraldo de Madrid* del día 23 o 24 si mal no recuerda, viene su caso.

Sin embargo, a pesar de su enorme fortuna, su destino estaba marcado. Sin terminar de curarse fue recluido en la Prisión Central el día 8 de septiembre y condenado a muerte el 30 de octubre de 1936 por un tribunal popular, siéndole conmutada esta pena por la de treinta años el 4 de noviembre. Pero fue asesinado el día 6 de diciembre siguiente cuando fue asaltada la cárcel. Ese día se hizo una saca en represalia por el bombardeo de las instalaciones militares y depósitos de municiones. Veintitrés bombarderos, en una única pasada, arrojaron unas doscientas bombas incendiarias y cuarenta explosivas que ocasionaron dieciocho víctimas mortales. Muchos edificios ardieron en llamas, entre ellos el Palacio del Infantado. En la ciudad las escenas de pánico se fueron convirtiendo en indignación y ansias de venganza, que pagaron los presos derechistas y golpistas. Murieron unas doscientas ochenta personas, según Vicente Camarena[36], aunque en la *Causa General* hay distintas declaraciones donde incrementaban las víctimas hasta cuatrocientas, entre ellas veintiún militares. Parece que sólo sobrevivió uno, Higinio Busons López, que anduvo listo cuando comenzó el asalto, según su propia declaración ante la *Causa General*, «permaneciendo escondido durante varios días, unos seis,

en la leñera, de la que salía por las noches a coger pan y agua en la cocina … A las siete de la mañana del día 12 de diciembre de 1936, el dicente, saltando las tapias de la cárcel, pudo huir de la misma».

Aparte de los muchos militares y civiles que murieron el 22 de julio, hay que añadir los que fueron condenados a muerte y ejecutados por el alzamiento, como el capitán de Ingenieros Alberto Albiñana, que tenía a su cargo Talleres de la Maestranza y Parque de Ingenieros. Un tribunal popular le condenó a muerte el 6 de noviembre, junto a otros dos capitanes. Fueron fusilados el 20 de noviembre. El capitán dejó escrita una carta de despedida, uno de los pocos testimonios similares que se conservan en ese bando.

Tabla 22
Carta de despedida del capitán Alberto Albiñana

Mis queridísimos hijos, Alberto José, María del Carmen, José Antonio y María Teresa. Próximo a mi fin, quiero deciros adiós y haceros algunas consideraciones respecto a vuestra actitud en el día de mañana. Muero mártir, pero con honra, habiendo hecho por nuestra querida España cuanto se puede hacer; y si no sucumbí en el recinto del Fuerte, fue porque Dios no quiso, y porque no quisimos exponeros a las familias a un cataclismo. Vivid con la frente muy alta, con el orgullo de saber que la conducta de vuestro padre fue honrada en todos los sentidos, moral, militar y económica. Que no hizo mal a nadie a sabiendas. Vosotros seguidme y mejorar a ser posible mi modo de ser. Adorar a vuestra madre que es una santa y que de hoy en adelante será una mártir. Ayudadla mucho, obedecedla ciegamente y no la abandonéis el día de mañana, que necesitará de vosotros. A Carmen vuestra tía, agradecedle mucho cuanto hasta hoy ha hecho y portaros con ella muy bien, pues nunca agradeceréis bastante los favores, ayuda y cariños que os tiene demostrado. Espero morir con los auxilios de la Religión que aquí son permitidos, pero de todos modos moriré confortado con mis rezos y plegarias. He sufrido mucho pero quizá no son estos momentos los más dolorosos pues ya con la casi seguridad del fin se está más tranquilo. Las dudas, las incertidumbres y el ver el fin de otros, han sido los momentos más dolorosos. Todavía me falta el suplicio del juicio, pero por si a última hora me falta la fuerza, me decido a hacerlo ahora. Perdono a todos mis enemigos de todo corazón y vosotros debéis hacer lo mismo. Que Dios me perdone como yo les perdono. Cuando llegue el triunfo de nuestro Ejército y veáis la Bandera, arrodillaos y besarla; por eso ha perdido la vida vuestro padre, por ella debéis perderla vosotros si llegara el caso. La Patria se hace con esfuerzo y sacrificio de todos y cada uno de sus súbditos, poned vuestro grano de arena en esa empresa, yo ya la puse. No quiero venganza, pero sí justicia: pedid justicia a los que pueden hacerla. No sé si tendré valor para despedirme personalmente, pero si así no fuera, recibid con esto el cariño más inmenso de un padre que os espera allá arriba seguro de que sabréis honrar su memoria. Un abrazo muy fuerte con un beso de vuestro padre. Hoy 1 de noviembre de 1936[37].

7.5. CIUDAD REAL

> Las derechas habrán de llorar su falta de visión política y social, pagando bien cara su miopía. El Pueblo trabajador español no es aquella masa inerte que el General Primo de Rivera encontró el año 23, que pudo contener lo inevitable por espacio de unos años. Podrá ser vencida en la calle con las armas en la mano, pero no secuestrada políticamente en sus derechos por el capricho de un militar al servicio de un Régimen plutócrata. Vencida en lucha heroica sí; adormecida no. [*El Pueblo Manchego*, 24-julio-1936.]

A poco de conocerse la noticia del pronunciamiento el gobernador civil de la provincia, Germán Vidal Barreiro, convocó urgentemente a los principales líderes políticos y sindicales del Frente Popular a una reunión en el Gobierno Civil, quienes decidieron agilizar la actuación de las milicias populares. El gobernador se apresuró a conocer la opinión de las fuerzas militares. El coronel Salafranca, con su actitud, garantizó la fidelidad de la escasa dotación militar. Mayor trascendencia, por sus cuantiosas fuerzas y su conocida ideología, podía tener la postura de la Guardia Civil. El teniente coronel Francisco de los Arcos garantizó la adhesión de sus subordinados a la República. La Compañía de Asalto, también leal, fue enviada rápidamente a Madrid, por orden del Ministerio de la Gobernación.

La postura de los jefes militares, junto a las hábiles medidas adoptadas por el gobernador civil, ayudaron a que Ciudad Real permaneciera al lado de la República. Entre esas medidas destacaron dos: la concentración de toda la Guardia Civil en la capital y su traslado a Madrid y la detención de los jefes y oficiales de la Zona de Reclutamiento, al no confiar en demasía la primera autoridad provincial de las fuerzas a las órdenes de Arcos y Salafranca.

Mientras la noticia del alzamiento militar llegaba a todos los rincones de la provincia en la misma mañana del 18 de julio, en la iglesia de la Merced de la capital se estaba celebrando el funeral por el líder de Renovación Española José Calvo Sotelo. A su finalización se llevó a cabo el último intento por contar con el apoyo de la Benemérita. Algunos de los jóvenes afiliados de la Comunión Tradicionalista visitaron a la Guardia Civil, como declarara uno de ellos a la *Causa General*, «al objeto de proveerse de armas y poder sumarse al Alzamiento sin conseguir resultado práctico en su patriótica pretensión por negarse resueltamente los Jefes de dicho Instituto armado a entregar armamento al grupo mencionado»[38].

Los principales y más conocidos escenarios del alzamiento en la provincia de Ciudad Real fueron Puertollano, la capital y Arenas de San Juan, por orden cronológico. En la madrugada del 18 al 19 saltaron los acontecimientos en Puertollano, importante núcleo minero. La familia falangista de los Cabañero protagonizó el primer enfrentamiento armado de la provincia, al recibir con disparos a los milicianos que acudieron a requisar sus armas. Sobre la una de la madrugada comenzó el tiroteo, prolongándose toda la noche y gran parte de la mañana. Las estampidas provocadas por la dinamita lanzada por los mineros eran impresionantes. Por la tarde, una vez acabado el enfrentamiento armado, Toribio Rosa Olmo pasó por la casa de los sucesos: «Era impresionante —recuerda—. Allí estaban los cuatro cadáveres de los Cabañero destrozados y la casa prácticamente destruida»[39]. Juan Gregorio Cabañero y sus hijos Juan —jefe local de Falange—, Fernando y Eugenio eran las primeras víctimas en la provincia de Ciudad Real de la cruenta guerra que iba a enfrentar a los españoles desde entonces y por un período de casi tres años. Pero no fueron los únicos muertos del enfrentamiento. Un joven socialista, José Belda, moría pocas horas después en el Hospital Provincial a consecuencia de las heridas producidas por las balas salidas de las armas de los Cabañero.

El día 21 la prensa madrileña publicaba el telegrama que dirigió el gobernador civil de Ciudad Real al ministro de Gobernación sobre el primero de los alzamientos en la provincia, el de los falangistas de Puertollano:

> Me honra y complace significar a V. E. actitud ejemplar sin excepción mantenida esta provincia todas las fuerzas afectas. Los partidos comunista, Juventudes del Frente Popular han sabido responder y constituyen el sostén y firme defensa de la República. Orden en la provincia absoluto, salvo una grave provocación producida por elementos fascistas en Puertollano, contra los que han reaccionado de una manera admirable los elementos del Frente Popular. Estoy muy atento a procurar que esa reacción no pueda originar consecuencias desagradables, y a tal efecto, y sin perjuicio de intervenir este Gobierno civil, las autoridades locales han destacado urgentemente a Puertollano con delegación expresa, al diputado a Cortes del partido socialista don Marino Sáinz, con encargo expreso de que en nombre del Gobierno exhorte al pueblo y le lleve a la serenidad necesaria para evitar lamentables acontecimientos[40].

Mientras en Puertollano se reducía con más esfuerzo del previsto a la familia de los Cabañero, en la capital los falangistas comenzaban su estudiada actuación. A mediodía del domingo 19 se reunió en la conocida como Casa de los Corcheros —en la calle Calatrava número 11, propiedad de los hermanos Mayor Macías— un pequeño grupo armado a las órdenes de Fernando Aguinaco, que pretendía iniciar el alzamiento en la capital para una vez triunfado en esta apoderarse de toda la provincia, alzamiento que confiaban sería seguido por la Guardia Civil aunque no se hubiera comprometido. Sabían que era su única opción de victoria. En la vieja fábrica de corchos estaban, además de Aguinaco, Manuel García Valencia (jefe provincial del SEU), José Ruiz Cuevas, Jesús López Prado, Juan Cambronero Polo, Manuel Ruyra Ruescas, y Amadeo, Mateo e Isidoro Mayor Macías. No se encontraba el hermano de estos últimos, Andrés, jefe local de Falange, por hallarse detenido. Al personarse las milicias del Frente Popular en el edificio, desde la Casa de los Corcheros dispararon contra los vigilantes autorizados Ángel Lapeira y Ángel Cepeda «cuando estos se acercaron al citado domicilio para invitar a todos los reunidos a salir»[41]. En el consiguiente tiroteo resultó muerto Fernando Aguinaco. El resto de

los falangistas trataron de huir por los tejados, produciéndose una espectacular persecución seguida de cerca por numeroso público.

La Guardia Civil, lejos de apoyar a los falangistas, se prestó a su detención. Amadeo, Mateo e Isidoro Mayor, José Ruiz Cuevas, Juan Cambronero Polo y Manuel Ruyra Ruescas lo fueron en la propia casa. Jesús López Prado y Manuel García Valencia, en viviendas anejas donde habían buscado refugio. Unos meses después José Ruiz Cuevas y Jesús Prado fueron condenados a muerte por un tribunal popular y, posteriormente, ejecutados[42].

En Arenas de San Juan, pequeña localidad de poco más de mil habitantes, un grupo de falangistas y simpatizantes, encabezados por el alcalde Antonio Rincón Torregrosa, militante de Izquierda Republicana, se levantó en armas contra las autoridades del Frente Popular. El día 17 de julio los socialistas habían pedido al gobernador civil la destitución de la corporación municipal[43]. En los días posteriores, ya iniciado el alzamiento en diversos puntos de España y de la provincia, el alcalde se negó a entregar las armas y el Ayuntamiento a la izquierda, como le ordenó el gobernador. El día 23, sobre las nueve de la mañana, empezó el enfrentamiento armado más cruento de la guerra civil en la provincia de Ciudad Real cuando las milicias populares llegaron a la población para destituir al alcalde. Este estaba esperando con varios de sus colaboradores y simpatizantes, principalmente falangistas. Se habían preparado recogiendo todas las armas posibles y comprando el día anterior varios cientos de cajas de munición al tenedor de explosivos de Villarta de San Juan. Se hicieron fuertes en torno a la plaza, ocupando los sitios estratégicos como la torre del Ayuntamiento y las casas colindantes. Esperaron pacientemente la incursión de los milicianos, y cuando estuvieron al alcance de sus armas iniciaron el tiroteo. Se produjo una auténtica batalla, con fuego de todo tipo. Los milicianos venían de la capital y de pueblos vecinos como Villarta, Villarrubia, Puerto Lápice, Manzanares, Alcázar y Daimiel, principalmente, dispuestos a sofocar la rebelión *fascista* a cualquier precio. Sumaban un centenar más o menos, a los que se agregaron los que en dos camionetas se trasladaban de Madrid a Badajoz y al oír el estruendo de las armas y divisar el auténtico

infierno que semejaba la pequeña localidad en llamas se desviaron y acudieron a sofocar la rebelión.

A las pocas horas los alzados fueron reducidos a costa de cuantiosos daños materiales en los edificios de la plaza e inmediaciones e innumerables pérdidas humanas: cuarenta y dos muertos y bastantes heridos. Las milicias tuvieron ocho bajas. Murieron familias enteras, siendo la más castigada la conocida por los *Hilarios*, que no era otra que la del alcalde, uno de los primeros en caer muerto. Junto a la plaza fueron fusilados el padre, Hilario Rincón, de 74 años; la madre, Gregoria Torregrosa, de 72 años; sus hijos Abraham, Vicente y Antonio; tres hijos del primero de 20, 16 y 14 años; los hijos políticos Ángel Gil-Ortega, Julián Sosa, Eduvigis Moreno, Sérvulo-Román Moreno, Antonio Moreno, Epifanio Moreno y Antonino Moreno; más tres sobrinos: Vicente, Luis y Pedro-Antonio Rincón. De los hijos varones del alcalde sólo quedó con vida Carmelo, aunque de manera milagrosa.

Carmelo Rincón fue fusilado junto a su padre y tres hermanos en una esquina de la plaza. Como al resto, se le obligó a volverse de espaldas y tres tiros impactaron en su cuerpo. No obstante la pérdida de sangre y el sol agotador pudo arrastrarse hasta cerca de su casa. Y cuando estaba a punto de alcanzarla, un nuevo disparo de escopeta, desde un balcón, le dio en pleno rostro destrozándole el ojo izquierdo. Dado por muerto fue recogido por la Cruz Roja a la caída de la tarde. Se le trasladó al Hospital Provincial, donde fue operado y curado. El caso de Carmelo Rincón constituye, sin duda alguna, otro más de los múltiples ejemplos de predestinación, esta vez con enorme fortuna y final feliz. Días después logró escapar y comenzar una personal odisea que duró gran parte de la guerra, escondido en unos pueblos y otros. Fue alcalde durante el franquismo y recibido en audiencia con todos los honores por el «caudillo»[44].

Aunque en buena parte de la provincia no sucedió nada, en algunas localidades hubo acontecimientos cuando menos curiosos. En Horcajo de los Montes, «elementos fascistas intentaron apoderarse del pueblo, intento rápidamente sofocado por milicias de esta capital y Porzuna», según la prensa[45]. También en Porzuna parece que hubo «ruido de sables», según la información de la prensa: «Enterados esta mañana en esta Capital que

diversos elementos sospechosos se concentraban en la Toledana finca del término Municipal de este pueblo el señor Gobernador Civil ha ordenado la inmediata salida para dicha finca de una camioneta ocupada por milicias populares de este Frente Popular»[46]. En Santa Cruz de los Cáñamos los falangistas «salieron por las calles diciendo ARRIBA ESPAÑA. Fuerzas de milicianos de Montiel y Albaladejo se apoderaron de los derechistas»[47].

En Terrinches, «todos los elementos de derechas y Falangistas se concentraron en su Centro haciéndose fuertes y con un aparato de radio en espera de que se alzara la capital o algún pueblo de la provincia para tirarse a la calle e imitarlos»[48]. El 27 de octubre de 1936 se condenó a Urbano Garrido Mendoza, Ángel, Bibiano y Domingo Jiménez Montalvo porque «los procesados se reunieron con otros elementos de Acción Popular a la que pertenecían todos ellos en la noche del día 20 de julio en el local de Acción Agraria Manchega de aquella localidad formando grupos y haciendo recuento de armas y municiones, concertándose todos ellos para realizar la rebelión en dicho pueblo y resolviendo ejecutarlo»[49]. La justicia republicana persiguió al médico Eutimio Tercero Calamardo, al que culpó de «cerebro intelectual» de la rebelión, quien además se encargó de hacer desaparecer las armas y municiones preparadas para el alzamiento, escondiéndolas en los pozos de su casa, según denuncia de fecha 20 de abril de 1937 de todas las organizaciones del Frente Popular de Terrinches[50].

En Membrilla el exgobernador civil de Sevilla Manuel Asensi, que residía en esa población desde hacía dos años, tenía preparados en su casa a algunos jóvenes para dominar el pueblo. El día 19 de julio, al tener noticias las autoridades de la concentración, procedieron a ordenar la recogida de armas y su detención. En el enfrentamiento cayó muerto el exgobernador, lo que bastó al resto de implicados para su rendición[51].

En Cabezarados «sólo se dio el caso de hacer armas contra los marxistas de una manera heroica en el Quinto Las Minetas por los hermanos Ballesteros, que posteriormente fueron asesinados»[52]. El pueblo de Almedina estuvo en poder de las derechas hasta el día 22 de julio, «fecha en que vinieron las milicias de Santa Cruz de Mudela llamadas por el entonces Alcalde»[53]. El 26 de octubre de 1936 el vecino de la localidad Juan Heredia Antequera, agricultor, fue condenado: «destacado elemento de

falange española y jefe local, el 20 de julio, se reunió con otros elementos de su ideología y vecindad, desconocidos, manifestándose en su pueblo dando gritos de "viva el fascio", "muera la República y sus dirigentes" con el propósito de excitar al vecindario a la rebelión contra el Gobierno legítimo de la República»[54]. En Los Pozuelos de Calatrava, un vecino disparó desde su casa a las milicias populares. Se le encarceló con sus dos hijos y un amigo[55]. En Carrizosa, se alzaron en armas los vecinos José Rodríguez Mata, Juan Antonio, Aurelio y Juan Francisco Llorente Pérez. Fueron detenidos y llevados a Valdepeñas, donde fueron fusilados[56].

En Bolaños de Calatrava el día 20 de julio se produjo un tiroteo entre las milicias y fuerzas gubernamentales y los alzados, del que resultó herido grave un guardia civil y detenidos los «sediciosos», como decía la prensa[57]. También algo parecido sucedió en Villarrubia, según la misma fuente: el día 24, «varios elementos iban por los tejados disparando varias armas. Al darse cuenta las milicias populares de lo que se intentaba, salieron en persecución de los facciosos, logrando detener a un exconcejal derechista y a un Guardia Civil retirado. En la lucha resultó herido levemente este último individuo»[58]. En La Solana fueron protagonistas Gabriel Alhambra Valencia y sus cuatro hijos. Al ver que su domicilio iba a ser objeto de cacheo, «abrieron fuego desde ventanas y balcones, continuando así durante una hora, en que viendo lo infructuoso de su decisión, y que los rojos acumulaban gasolina para prender fuego a la casa, se refugiaron en la casa de un vecino, donde fueron detenidos y conducidos a Manzanares y más tarde a Ciudad Real, donde el padre fue puesto en libertad y los cuatro hijos asesinados»[59].

7.6. Cuenca, la decisiva actuación de Cipriano Mera

El 18 de julio se vivió en Cuenca una jornada de respuesta política y sindical a los intentos de sublevación[60]. Los grupos anarquistas (CNT,

FAI, Juventudes Libertarias) fueron los principales protagonistas de la misma, lanzándose a la calle y tomando los principales lugares estratégicos de la ciudad y edificios oficiales, según la organización conjunta preparada en la Casa del Pueblo con otras formaciones obreras. Tras la negativa del gobernador civil de entregar armas a las milicias, estas asaltaron las armerías en la tarde del día 19, lo que aún les otorgó mayor fuerza. Según el testimonio de varios cenetistas de la localidad, «El gobernador a nuestro juicio no mostró la entereza y diligencia propias del caso, sino que dando largas al asunto, puso en grave riesgo a las fuerzas populares de Cuenca … No obstante, nuestros afiliados, con una certera visión de lo que se estaba tramando en Cuenca, procedimos con riesgo de nuestras vidas a desarmar a los elementos facciosos y a desarticular la trama que por medio de reuniones clandestinas, tenían urdida»[61].

La actuación de la Guardia Civil se limitó a «apagar fuegos». El teniente Mariano García Jiménez, al pasar por la calle Alfonso VIII cuando marchaba en una camioneta con su columna a la cárcel y obispado, para evitar en la primera el asalto y procurar la defensa del segundo, vio el incendio de la iglesia de San Felipe. En las proximidades, un grupo de milicianos impedía que se extinguiera. La Guardia Civil paró para sofocar el fuego, y permitió la colaboración del vecindario[62].

El día 20 los partidos políticos constituyeron el Comité de Enlace del Frente Popular, con una representación equitativa de los integrantes de la coalición, incluyendo también a los anarquistas. El mismo día publicaban una nota en la prensa local comunicando que el «movimiento revolucionario» en toda España había sido vencido, tras ser sofocado en Barcelona y Madrid. «En nuestra Capital no ha ocurrido el menor incidente —finalizaba la nota—. Fuerza pública y masa obrera de todas ideologías están vigilantes y dispuestas a defender las libertades conquistadas»[63]. Pero todavía tenían que pasar muchas cosas…

El día 21, Elías Cruz, presidente de la Federación Provincial de la CNT, viajó a Madrid a la sede central del sindicato anarquista en solicitud de ayuda ante las sospechas de alzamiento por parte de la Guardia Civil de Cuenca[64]. El Comité de Defensa Nacional de la CNT decidió enviar días después al líder del Sindicato de la Construcción Cipriano Mera, quien

pronto se convertiría en uno de los milicianos más populares de la guerra. Había participado activamente en la recuperación de Alcalá el día 22 y de Guadalajara el 25. Mera presionó al gobernador para desembarazarse de la Guardia Civil, por lo que el gobernador civil decidió el día 26 concentrarla en la capital para luego enviarla fuera de la provincia por partes. «Los milicianos acordonaron entonces el Cuartel y los alrededores del Gobierno Civil; desplazaron una manguera conectada a un surtidor de gasolina y amenazaron con hacer arder todo el edificio si los guardias no se rendían. Los asediados pidieron la salida de las mujeres y niños del recinto, antes de comenzar a parlamentar. Tras esto, la deliberación dio como resultado su rendición definitiva»[65]. Cipriano Mera, que se atribuyó la estrategia, fue después llamado por el gobernador a su despacho, manifestándole este que la Guardia Civil le había asegurado su fidelidad al régimen. Después de algunas incursiones por poblaciones cercanas, en las que según él se recogieron cien escopetas, Mera abandonó Cuenca el día 27 dejando lo que era todo un arsenal en poder de los milicianos anarquistas locales.

Apenas salió de la ciudad, en la sede de la CNT madrileña se recibieron noticias sobre un inminente alzamiento de doscientos guardias civiles en Cuenca. Cipriano Mera regresó el día 28 al mando de unos ciento cincuenta milicianos. El miliciano anarquista se presentó ante el gobernador civil, al que apremió a sacar a la Guardia Civil, lo que realizó de forma inmediata la primera autoridad provincial[66]. Un contingente salió para Madrid. Otro, para el frente de Teruel que, curiosamente, al día siguiente se pasó en masa al bando enemigo (entre ellos estaba el teniente Benito González, uno de los artífices de la conspiración), como lo hicieron los últimos guardias enviados fuera de la provincia, concretamente al frente del Guadarrama, entre el 30 de julio y el 2 de agosto.

«Ante la presión miliciana y su propia descoordinación la Guardia Civil no se sublevó», apunta Rodríguez Patiño[67]. La *Causa General* defiende otras hipótesis del fracaso del alzamiento. Por un lado, el gobernador civil Antonio Sánchez Garrido, de Unión Republicana, dio órdenes a la Guardia Civil de que entregasen las armas al pueblo y de que no interviniesen en los acontecimientos[68]. Esta medida, inútil en otras provincias, se completó con el traslado urgente de toda la Comandancia hacia los frentes, que como

en Ciudad Real parece que tuvo efecto. Por otro, según algún testigo implicado, la Guardia Civil era favorable en su mayoría al alzamiento, «pero la indecisión por parte de los Jefes, mejor dicho del Sr. Teniente Coronel, D. Francisco García de Ángela San Román, abortó tal disposición. Desde luego el Capitán, D. Carmelo Sánchez de Albornoz, estaba dispuesto a ponerse al frente al negarse el Jefe expresado, pero por obediencia no lo llevó a efecto»[69]. Para Rodríguez Patiño, «García de Ángela esperó las noticias llegadas desde Madrid para tomar decisiones. Aunque había declarado al gobernador su fidelidad al régimen, mantuvo una postura ambigua respecto a una posible sublevación. El 20 de julio, el Cuartel de la Montaña madrileño cayó en poder de las milicias y García de Ángela se decantó definitivamente por la causa republicana. Sabía que un levantamiento en la provincia estaba destinado al fracaso, debido al aislamiento geográfico en el que se vería inmerso, con la mayor parte de los territorios de alrededor defendiendo a la República»[70]. García de Ángela se mantuvo en su puesto de la Comandancia de Cuenca hasta el 2 de agosto, que fue trasladado a Madrid y donde, curiosamente, fue encarcelado por su imprecisión acerca de su fidelidad a la República.

Para los anarquistas, el efecto moral de su gente patrullando, así como el cerco a los centros de poder, fue lo que desarticuló la conspiración[71]. Los anarquistas acosaron al Gobierno Civil para exigir formas de actuación; acordonaron el Palacio Episcopal, impidiendo cualquier movimiento al obispo y a su curia, y desalojaron la catedral y todos los conventos de la ciudad. Vigilaron día y noche el cuartel de la Guardia Civil y, después, el edificio del Seminario, donde esta se hallaba concentrada. Los guardias se sintieron intimidados «porque los trabajadores les habíamos cogido la delantera en el intento de echarse a la calle»[72].

También fue determinante la detención de los principales responsables falangistas y del gobernador militar, teniente coronel de Infantería Manuel Romeo Aparicio. Las autoridades del Frente Popular actuaron con suma diligencia. «Pese a la clara intencionalidad de unirse a la sublevación, sus escasos efectivos y, sobre todo, su detención días después del 18 de julio, desbarató las actividades de uno de los grandes defensores del levantamiento en Cuenca»[73].

Sea como fuera, el alzamiento quedó abortado antes de estallar. «Tras ello, Mera partió hacia la Serranía con sus milicias y decenas de conquenses que se unieron a su paso, sembrando el temor entre la población religiosa y conservadora y procediendo a la quema de todas las iglesias. Desde ese momento, Cuenca quedaba conformada como zona de retaguardia, condición que asumiría hasta el final de la guerra»[74]. El gobernador le había pedido, ante su temor por la situación de los pueblos, que hiciera esta inspección. Salió de Cuenca el día 29 y marchó hacia Madrid el día 30. La tranquilidad era absoluta.

En el resto de la provincia reinó la calma, salvo pequeñas excepciones. En Cardenete, el 23 de julio se produjo un enfrentamiento entre milicianos y falangistas, que acabó con varias víctimas y detenciones, cuando estos últimos respondieron con disparos a los intentos de hacerse con el pueblo por parte de los milicianos[75]. Ese día llegó desde Cuenca una partida de milicianos en busca de armas, siendo recibidos por los falangistas, que acabaron con la vida del líder anarquista apodado «Pambarato». La alarma saltó en la capital, que envió a un grupo más numeroso de milicianos. «Esto fue determinante para que los sublevados terminaran rindiéndose. Según algunas fuentes, fueron detenidos más de treinta, de los que doce fueron posteriormente fusilados. Arrarás rebaja la cifra hasta dieciséis presos, entre ellos un sacerdote, con los que se ejerció la violencia desde su apresamiento. Terminaba así el único conato serio de sublevación en Cuenca, aparte del de la capital»[76].

8

Cataluña, Valencia y el este, decisivo para la República

8.1. Cataluña

> Jamás podré olvidar la impresión de ese amanecer, bajo el grito angustioso de las sirenas, que llamaban a la lucha a los trabajadores. Era algo que taladraba los oídos y que electrizaba las armas. De todas las casas veía fluirse a los hombres, poniéndose las chaquetas, acudiendo los unos a la llamada, los otros preguntando:
>
> —¿Qué pasa?
>
> Pronto las descargas de fusilería, el fragor de los combates retumbaba de un ámbito al otro de Barcelona. [Federica Montseny.] [1]

La revuelta se inició en Cataluña en la madrugada del domingo 19 de julio. En Barcelona afectó a la totalidad de regimientos y cuarteles, excepto Aviación e Intendencia, pero fue seguida de manera desigual. También se sublevaron las guarniciones militares de Lérida, La Seu d’Urgell, Gerona,

Figueras y Mataró. Sin embargo, las guarniciones de Tarragona y Manresa permanecieron al margen.

Pero en Cataluña el éxito o el fracaso de la sublevación se jugaron en Barcelona, donde existían las fuerzas militares más importantes y numerosas y los centros neurálgicos de la política catalana. En la madrugada del domingo 19 las tropas salieron de los cuarteles de la periferia hacia el centro de la ciudad para ocupar los centros oficiales. «Parecía como si los militares pensasen reproducir el éxito del 6 de octubre de 1934, cuando fue suficiente que los primeros soldados saliesen de la calle para que el gobierno de la Generalitat se rindiese. Pero ahora no contó con que la situación era muy diferente: además de las fuerzas del orden público de Escofet el movimiento anarcosindicalista barcelonés estaba dispuesto a lo que fuese»[2].

Desde hacía tiempo se había formado un Comité de Defensa confederal en Barcelona, con la misión de asumir la dirección de la lucha obrera contra una previsible acción del Ejército. Durruti, García Oliver, Ascaso, Jover y Gonzalo Sanz formaban parte de él y solo esperaban el mínimo movimiento de las tropas para movilizar a las masas confederales ya preparadas. Desde el 13 de julio los obreros de la CNT hacían guardia de noche en los locales del sindicato así como en otros centros de reunión por si los militares salían a la calle.

Las sirenas de los barcos del puerto y de las fábricas empezaron a sonar para dar la señal de alarma. La ciudad se comenzó a cubrir de barricadas y se iniciaron los combates en las calles. El día anterior el presidente Companys se había negado a armar a los sindicatos, a pesar de los continuos requerimientos. Pero los obreros comenzaron a asaltar las armerías y a recoger las que tenían escondidas desde octubre del 34 en nichos del cementerio y en las cloacas de la ciudad. La madrugada del 19 de julio un joven anarquista oyó que se estaban distribuyendo armas en la Generalitat. Marchó a la plaza de Sant Jaume y al llegar no cabía nadie más, repleta de jóvenes que pedían armamento. Sobre las cinco de la mañana, desde los altavoces instalados en la plaza para escuchar las informaciones de Radio Barcelona, se anunciaba que las tropas de Infantería del cuartel de Pedralbes acababan de abandonar su recinto dirigiéndose por la avenida

Diagonal hacia el centro de la ciudad. Entonces se produjo un hecho insólito: uno de los guardias del palacio, con mosquetón al hombro, cogió su pistola y se la entregó al obrero más próximo. Los otros guardias hicieron lo mismo y de esa manera unos doscientos obreros se vieron provistos de un arma. La multitud se fue corriendo hacia las Ramblas. Los que no habían conseguido un arma marcharon al Parque de Artillería del barrio de Sant Andreu, que acababa de ser tomado al asalto por los obreros. En unos instantes la topografía urbana de Barcelona se transformó. Por todas partes empezaron a verse obreros armados y barricadas. «Lluís Companys, encerrado en su despacho, se vio en la soledad de su poder deslegitimado por el acto espontáneo de los guardias, que sirvió de detonante para la revolución proletaria en marcha. En efecto, había dado comienzo la revolución»[3].

Las tropas del Regimiento de Infantería Badajoz n.º 10 del cuartel del Bruc (en Pedralbes) y las del Regimiento de Caballería n.º 10 del cuartel de Numancia (en Hostafrancs) fueron las primeras en salir. Según uno de los participantes, el teniente de Infantería Ramiro Vizán Revilla[4], destinado en el primero de los regimientos, había muchos oficiales comprometidos, que firmaron el compromiso en un papel. Restringieron los permisos de verano a partir del 15 de julio, sobre todo a los comprometidos, para que estuviesen todos. Estaban de acuerdo con los falangistas, que una vez iniciado el movimiento en Melilla pasaron al cuartel con su camisa azul bajo la consigna «Fernando, Furriel, Ferrol». En total entraron unos ciento veinte. Entre ellos estaban el jefe territorial en Cataluña, el jefe de Milicias y varios jefes de Centuria. Se les armó y se les dieron unas explicaciones elementales de cómo emplear el armamento. Todos los comprometidos se pusieron a las órdenes del comandante López Amor. Sobre las once de la noche del 18 de julio llegó el coronel del regimiento, Espallargas, quien se opuso al movimiento e intentó impedir la salida de las tropas a la calle. Luego se repitió la escena con el general de la Brigada Ángel San Pedro, quien pretendió arengar a las tropas a favor de la República. El general y el coronel fueron detenidos y otros setenta y tantos oficiales y tropa. Sobre las cuatro de la madrugada del 19 de julio todos los comprometidos estaban

preparados para salir a la calle. Previo el grito de ¡Viva España!, las unidades salieron a la calle.

A partir de las cinco de la mañana se fueron sublevando el resto de regimientos de la ciudad: el de Artillería de Montaña n.º 1, situado en el cuartel de los Docks; Caballería n.º 9, del cuartel de Gerona; Artillería Ligera n.º 7, del cuartel de Bailén; Batallón de Zapadores Minadores, del cuartel de Lepanto; Maestranza y Parque de Artillería, del cuartel de las Atarazanas.

Los conspiradores no habían contado con las fuerzas del Regimiento de Infantería Alcántara, según testimonio del entonces teniente coronel Jacobo Roldán Fernández[5], quien tenía el mando por ausencia del titular, el coronel Críspulo Moracho. Pero se sumó a las fuerzas sublevadas. A las cinco y media de la mañana del 19 de julio le telefoneó el general Llano de la Encomienda con gran excitación «y me preguntó si el Regimiento era leal o rebelde. Yo, manteniendo por entonces el equívoco, le dije: "Leal, mi General, siempre leal". Y en mi intención era así, de lealtad para la Patria en contra de su ilegítimo Gobierno. Entonces me mandó que tocara Generala y formara las Unidades que pudiese». Como esto convenía al plan de los sublevados, ordenó la organización de tres compañías de fusiles y una de ametralladoras, además de una de morteros. Una vez preparadas las fuerzas, el general le ordenó que salieran y se unieran a las fuerzas de Asalto. «El teniente coronel le preguntó: "Contra quién, mi General". Contra las tropas facciosas que se han sublevado contra el Gobierno. Entonces le contesté: "Este Regimiento, mi general, no sale a luchar contra sus hermanos del Ejército". Entonces (replica furioso) "Vd. me desobedece". Reitero: "Mi general, ya le he dicho que este Regimiento no sale a luchar contra sus hermanos"».

El jefe accidental del regimiento salió al patio y dirigió a las unidades formadas una calurosa arenga, diciendo que «hermanos de armas se habían levantado en otras partes de España contra un Gobierno que, legítimo o no, en su origen, que no era momento de dilucidarlo, era completamente ilegítimo a su ejercicio, ya que era castigo y verdugo de la verdadera España, de la Religión, de la Familia y de la Propiedad. Que nosotros no debíamos abandonar a aquellos hermanos de armas, que debíamos secundar

el Movimiento. Que yo, su Jefe, con todos los que me siguieran, estaba dispuesto a hacerlo y terminé: “Soldados de la Patria, hijos míos. ¿Abandonaréis a vuestro Teniente Coronel? ¡No! ¡No!, ¡Viva nuestro Teniente Coronel! ¡Viva España!, contestaron ellos clamorosamente, rompiendo en estentóreos aplausos”».

El general Fernández Burriel llamó para que se adhirieran a sus tropas y así lo ordenó el teniente coronel. Una compañía tomó varias casas y azoteas. Unas y otras sufrieron el ataque de las milicias y el teniente coronel ordenó su regreso al cuartel ante las numerosas pérdidas humanas. Cuando llegó el general Goded le telefoneó. Le ordenó que fuera con las unidades disponibles al cuartel de los Docks (Artillería) y de ahí con las ametralladoras se acercaran al edificio de Gobernación para bombardearlo. Hacia las dos de la tarde salió casi sin oficiales («estuve muy abandonado por la mayor parte de la Oficialidad») hacia el cuartel de Artillería. Desde allí era imposible avanzar hacia Gobernación, por el fuego enemigo. Decidió volver, al enterarse de que su cuartel había decidido adherirse a la Generalitat. Regresó con sus tropas pero no pudo hacer nada, al coincidir con el fin del movimiento en Barcelona.

Los primeros enfrentamientos armados en la ciudad de Barcelona se produjeron en la plaza de Cataluña, cuando llegaron los soldados procedentes del cuartel de Pedralbes. Las fuerzas militares consiguieron apoderarse de la plaza y posteriormente de Telefónica. Pero una vez logrado el objetivo, fueron desalojadas de dicho edificio, viéndose obligadas a regresar al centro de la plaza. Esto ocurría alrededor de las ocho de la mañana. Desde la Telefónica, la azotea del Banco de Vizcaya y otros edificios se intensificaron los tiroteos hacia el centro de la plaza. «Por los vomitorios del Metro, también llovía fuego y plomo», recuerda el teniente Vizán. Ante la evidente superioridad numérica de las milicias populares, los mandos militares sublevados dieron orden de retirada. Se replegaron unos hacia el Hotel Colón y otros al Casino Militar, donde se hicieron fuertes. A las seis de la tarde, el edificio del Casino Militar, donde se encontraba el teniente Vizán, fue tomado por la Guardia Civil, Asalto y otras fuerzas.

En otros puntos de la ciudad también se luchaba. Los tres escuadrones que bajaron del cuartel de Gerona fueron parados por guardias de Asalto y

por un buen número de milicianos en la plaza del Cinc d’Oros, la confluencia entre el paseo de Gracia y la Diagonal. Las tropas del Regimiento de Santiago n.º 3 de Caballería, al mando del coronel Francisco Lacasa, salieron de madrugada con el objetivo de hacerse con el cruce de la Diagonal con el paseo de Gracia. Los guardias de Asalto y otras fuerzas desde tejados y azoteas abrieron fuego, impidiéndoles cumplir su objetivo. Lograron tomar el convento de los Carmelitas y casas próximas, hasta que en la mañana del día 20 agotadas las municiones y toda clase de recursos capitularon ante las fuerzas de la Guardia Civil que mandaba el coronel Escobar[6].

Según Moisés Trigueros Seco[7], teniente del Regimiento de Caballería Santiago, tomaron la terraza de la casa número 365 de la Diagonal con mucho esfuerzo, por el fuego enemigo. Se defendieron de los disparos y de la aviación, pero pronto se les agotaron las municiones, por lo que tuvieron que rendirse. En el cruce de la calle Balmes con Diagonal también sufrieron un duro correctivo las fuerzas del Regimiento de Artillería Ligera[8], que quedaron prácticamente inoperantes.

Desde el Regimiento de Caballería de la calle Tarragona un grupo de soldados ocupó la plaza de España, donde pronto empezaron los enfrentamientos armados. Otro grupo bajó por el Paralelo y fue detenido por las fuerzas confederales en la brecha de San Pablo. Un tercer grupo se instaló en la plaza de la Universidad, donde quedó aislado. Según el testimonio del teniente Ángel Clavero Fernández[9], del Regimiento de Cazadores de Montesa 4.º de Caballería, el 18 de julio todos los implicados llegaron al cuartel, convocados por el coronel Escalera a las seis de la mañana para proceder a la distribución de las fuerzas que al día siguiente debían salir a la calle. A las cuatro de la tarde se tocó diana, formando la tropa en el patio junto a unos cincuenta paisanos que debían actuar en la plaza de la Universidad. «Inmediatamente y a presencia del General de la Brigada Excmo. Sr. Don Álvaro Fernández Burriel, el Coronel Escalera dirigió la palabra a la fuerza, saliendo a continuación el regimiento». La mayoría de sus fuerzas fueron destrozadas por el enemigo sólo abandonar el cuartel. Algunas unidades llegaron hasta el centro de la ciudad. «A las cinco

de la tarde se retiró la fuerza al Cuartel por orden del Señor Coronel». Los oficiales fueron arrestados en el Gobierno Civil y en el vapor *Uruguay*.

Los combates se fueron extendiendo por la ciudad, llegando a las inmediaciones del puerto, e incrementando su crudeza en el centro de la ciudad. Mientras, la aviación comenzó a bombardear los cuarteles.

Poco antes del mediodía llegó Goded para ocuparse de la dirección de la sublevación. El capitán general de Cataluña, general Francisco Llano de la Encomienda, se había manifestado contrario a la conspiración. Por esta razón se buscó a un general de prestigio aunque de fuera de la región. Pero todo, o casi todo, estaba perdido. La única esperanza que le quedaba era la Guardia Civil. Cuando a las dos de la tarde un tercio mandado por el coronel Antonio Escobar, reforzado con soldados de Intendencia, se dirigió por la Vía Layetana a la plaza de Cataluña para derrotar definitivamente la revuelta, desaparecieron todas las dudas.

A las cinco y media de la mañana del 19 de julio esperaban en el puerto de Palma de Mallorca cinco hidros Saboya de la Base de Mahón, al mando del teniente de navío Martínez de Velasco, pero no llegaron hasta las diez. En el primer hidro embarcó el general Goded; en el segundo, su ayudante; el hijo del general, el abogado Manuel Goded, en el tercero; el capitán aviador Casares, que había sido enviado de Barcelona como enlace, en el cuarto; quedando el quinto hidro en el puerto de Palma. Sobre las doce de la mañana sobrevolaron Barcelona, pero pudieron apreciar que no estaban colocadas en la Aeronáutica Naval las señales convenidas para el aterrizaje y que la ciudad parecía tomada por los milicianos. Transcurrida media hora de vuelo sobre Barcelona, y en vista de que seguían sin aparecer las señales convenidas, el general decidió descender, en contra de la opinión de su ayudante, quien le recomendó no pasar a Barcelona: «yo creo que se mete Vd. en la boca del lobo», le dijo. El general le contestó: «ya lo sé pero he dado mi palabra y voy a cumplirla»[10]. Aterrizaron frente a la Base Aeronaval, la Aeronáutica.

El general y sus acompañantes fueron recogidos en dos botes. Al desembarcar Goded fue recibido en la Aeronáutica por todos los oficiales con el brazo en alto y la marinería formada, rindiéndole los honores de ordenanza. Al pasar por delante de la formación dio un ¡Viva España! El

general saludó a todos y pidió detalles sobre la situación. En la propia Aeronáutica, un practicante de la escuela, con un máuser en la mano, se disponía a hacer fuego sobre el general por la espalda. El responsable de la base, capitán de corbeta Antonio Núñez Rodríguez, se percató de las intenciones del subordinado y le arrebató el arma, evitando la muerte de Goded a los pocos minutos de pisar suelo barcelonés[11]. Posteriormente el general montó en un coche que se puso en camino hacia la sede de la división militar, siguiéndole en otros vehículos de la Aeronáutica el resto del acompañamiento.

Entró en el edificio de la IV División a las trece horas. Seguidamente el general Burriel hizo entrega del mando al general Goded, quien fue consciente desde el primer momento de la situación adversa, con las fuerzas del 7.º Regimiento de Artillería, las más comprometidas con el alzamiento, destrozadas, y con las fuerzas militares y populares leales a la República dominando la ciudad. Ordenó que la escuadrilla que le había traído bombardeara el Aeródromo Militar del Prat, pero el teniente de navío Emilio Lecuona, enlace y organizador de la conspiración en la Base Aeronaval de Barcelona, le manifestó la imposibilidad de cumplimentar sus órdenes por carecer de bombas.

Goded intentó convencer al general Aranguren, responsable de la Guardia Civil, para que se sumara al alzamiento con todas sus fuerzas, quizá como única y última posibilidad. Le telefoneó y mantuvieron una breve conversación en la que Goded le explicó que el movimiento estaba justificado por la lucha contra toda clase de extremismos. Al negarse Aranguren a secundar sus planes, el general Goded finalizó sus palabras con la amenaza de fusilarle al día siguiente, cuando el movimiento hubiese triunfado. «Si mañana me fusila usted —le respondió el general Aranguren— habrá fusilado a un general que ha hecho honor a su palabra y a sus juramentos militares. Pero si mañana le fusilamos nosotros, fusilaremos a un general traidor que ha faltado a su palabra y a su honor»[12].

Ante la negativa de la Guardia Civil y viendo que las pocas fuerzas con que contaba estaban aisladas por grupos y, casi todas, cercadas, pidió refuerzos a Palma de Mallorca y Zaragoza. Mientras tanto, la artillería y aviación republicanas bombardeaban el edificio de la división, produciendo

numerosas bajas. Sobre las seis de la tarde, las fuerzas republicanas entraron en el patio del edificio y posteriormente se hicieron con todas las dependencias, tomando prisioneros a todos los jefes y oficiales, entre ellos el general Goded.

El presidente Companys pidió a Goded que anunciara su rendición por la radio. Goded habló por los micrófonos para decir que ante el fracaso del alzamiento dejaba libres a los sublevados de todo compromiso y él renunciaba a la lucha. Según el testimonio del ayudante del general, este se prestó a hablar por la emisora porque pensaba sinceramente que el movimiento estaba perdido en toda España salvo en Baleares. Pretendía avisar a las tropas de Palma para que no embarcaran hacia Barcelona. «Espero que esta madrugada me fusilen habiendo salvado a Palma y así moriré tranquilo»[13], le dijo el general ante la insistencia e incomprensión mostrada por su ayudante, coronel Carlos Lázaro. El general Goded fue fusilado en el castillo de Montjuic, en compañía del general Fernández Burriel, el 12 de agosto a las 6.20 horas.

La intervención radiofónica del general Goded resultó determinante para sus seguidores. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron. En la plaza de la Universidad y en la plaza de Cataluña los soldados se rindieron antes de media tarde. Sólo quedaban pequeños focos de resistencia en el cuartel de las Atarazanas, en las dependencias militares (Gobierno Militar) y en el convento de los Carmelitas, que acabaron rindiéndose al día siguiente, 20 de julio. Especialmente trágica fue la lucha en el cuartel de las Atarazanas, en las Ramblas, cerca del puerto. Fue preciso utilizar la aviación y la artillería para someter a los sublevados. Murió casi toda la oficialidad y numerosos soldados.

En la Base Naval los jefes, aliados de Goded, se negaron sucesivamente a cumplir las órdenes de Madrid para que bombardearan la división durante el día 19. Por ello las milicias populares y fuerzas militares leales comenzaron a tirotearla desde las laderas de Montjuic y desde el muelle del carbón. Este tiroteo duró casi toda la tarde, contestándose con fuego de fusil, ametralladora y cañón. Al amanecer del día 20 empezaron a volar los aparatos del Prat sobre la base, dando vueltas cada vez a menor altura. De pronto, los oficiales fueron aisladamente sorprendidos y hechos prisioneros

por la marinería y auxiliares, capitaneados por el oficial 1.ª Antonio Molina. El jefe de la base, capitán de corbeta Antonio Núñez Rodríguez, fue detenido junto al también capitán de corbeta Juan Díaz Domínguez y seis tenientes de navío. «Mi comandante, no haga disparates», le dijo el oficial 2.ª que detuvo al jefe al entregar este su pistola[14]. Se acababa uno de los últimos reductos sublevados.

El resultado de las dos jornadas de sublevación resultó trágico en lo que respecta al número de víctimas. Según algunos historiadores, alrededor de los cuatrocientos cincuenta muertos y unos dos mil heridos. Buena parte de las víctimas cayeron en el cuartel de las Atarazanas. «La última batalla de Barcelona había sido, pues, especialmente trágica, pero el desastre final del ejército en Barcelona acabó siendo decisivo para que el resto de guarniciones sublevadas de Cataluña regresasen a los cuarteles y el eco de este fracaso contribuyó también a minar la moral de los sublevados en otros lugares»[15].

Barcelona, y con ella toda Cataluña, permaneció al lado de la República gracias a varios factores. El primero, y principal, el caos organizativo de la conspiración en los últimos momentos. Si el mando y las órdenes hubieran estado claros, hubiera sido muy difícil, como sucedió en el resto del país, vencer la sublevación. En las últimas horas, en Cataluña y Valencia la improvisación fue total. El día antes de la sublevación hubo cambio de planes y de responsables. Lógicamente, todo salió mal. El general Goded, que había sido designado para encabezar el golpe en Valencia, a última hora fue enviado a Cataluña. El general González Carrasco, a quien correspondía dirigir el movimiento en Cataluña, decidió ir a Valencia.

La noche del 16 de julio, el teniente coronel Galarza recibió la última orden de Mola: «Dar contraorden al General Goded, que debía dirigir el Alzamiento en Valencia, para que en vez de a esta ciudad se dirigiera a Barcelona. Al día siguiente quedó cumplimentada la orden. Un enlace salió de Madrid»[16]. Según la versión de un íntimo amigo del general, Finat, Goded fue a Barcelona contrariado y forzado, sospechando que se le enviaba allí para verle fracasar[17]. Esta no parece cierta, sobre todo al descubrir la versión del general Goded, en boca de su propio ayudante[18].

Días antes del golpe, este fue enviado por Galarza a Barcelona para recibir los informes de los militares comprometidos. El comandante de Estado Mayor Mut le comunicó que allí no querían para jefe del alzamiento al general González Carrasco por pensar que se echaría para atrás como hizo en Granada en agosto de 1932. Los jefes y oficiales de la Junta Militar de Barcelona le pidieron que lo encabezara el general Goded, a quien seguirían sin titubeos. Informado el general, ordenó a Mut que viajase a Palma, y en la entrevista que tuvieron se acordó que Goded iría a Barcelona a ponerse al frente del movimiento. A punto de comenzar este, el general comunicó por clave su decisión al mismo Mola para que variara los planes, lo que este hizo a pesar de no estar convencido, según el testimonio del ayudante de Goded. Parece ser que cedió a consecuencia tanto de la presión de los militares catalanes como de su poco entusiasmo en ir a Valencia.

Según el fundador de la UME, Bartolomé Barba, el general Goded no estaba conforme con su responsabilidad en Valencia. «Repetidas veces me dijo que Valencia desde su punto de vista no le importaba». Días antes de comenzar el movimiento, exigió ir a Barcelona[19]. Desde luego podía haber una razón muy clara para Goded: Cataluña resultaba un territorio decisivo para el alzamiento, y a pocos observadores les quedaba duda de que un triunfo allí abría las puertas al triunfo del alzamiento en toda España. Goded, un general que había sido jefe del Estado Mayor con Azaña al comienzo del régimen republicano y destituido en junio de 1932, sentía cortada y malograda su carrera, por lo que podía tocar de nuevo la gloria.

Para el general Varela, la decisión de cambiar al responsable del movimiento en Cataluña creó un gran desconcierto hasta en los propios protagonistas, sobre todo en el general González Carrasco, «pues el general Carrasco no recibe a cambio misión alguna de quien debía y podía, y ante la solicitud reiterada de dos comandantes que se presentan de la guarnición de Valencia, que le piden ponerse al frente de la misma, y faltándole tiempo para la consulta, se pone en camino voluntariamente para dirigir el levantamiento en aquella ciudad»[20].

Los cambios de última hora fueron claves en la derrota, sobre todo si se piensa, como el general González Carrasco, que buena parte de los militares estaban comprometidos. El general envió el 10 de julio al capitán Joaquín

Cañadas a Barcelona con el fin de «explorar el espíritu de aquella guarnición y en cumplimiento de esta con el Comandante de Estado Mayor Francisco Mut, Teniente Coronel de la Guardia civil Cercas, General de Artillería Legorburu, Coronel de Caballería La Casa, Capitán de Infantería Lizcano de la Rosa, Capitán de Artillería López Varela y un Abogado cuyo nombre no recuerda que era el que manejaba al personal civil de Barcelona; todos ellos a quienes habló en nombre del General González Carrasco se mostraron conformes con acatar la Jefatura de dicho General y optimistas en cuanto al resultado, excepto el General Legorburu que veía dudoso el triunfo aunque se manifestó dispuesto a secundar las órdenes del General González Carrasco»[21].

Tras el cambio de líder, el «técnico» Galarza comunicó a Mola y a Franco su diagnóstico a pocas horas de dar comienzo el golpe: fracaso en Madrid, Barcelona y Valencia. «Sin embargo, ya en conjunto vi el problema ganado. Mientras se mantuvieran África y en la Península Castilla, Navarra y Aragón, la gloria del Alzamiento no me ofrecía duda alguna. Se ganaría»[22].

Para el general Varela, el general González Carrasco tenía todo preparado para el alzamiento en Barcelona: «seguramente el triunfo de Cataluña habría sido posible, pero para ello precisaba la condición de proceder con la máxima rapidez y esto exigía haberse lanzado el mismo día diez y ocho, como se efectuó en otros lugares de España, cosa que no pudo hacerse sin estar presente el encargado del Movimiento en Barcelona, al llegar tarde a dicha Plaza malogró incluso la actuación heroica del propio general Goded, prestigioso militar que tuvo que atender antes el problema de Baleares, restándole el tiempo que después le faltó para Cataluña y bien puede asegurarse que cuando dicho general llegó a Barcelona es ya tarde y el Movimiento estaba virtualmente perdido, por desaprovechamiento de oportunidad»[23].

En 1942, en la información instruida en averiguación de los hechos ocurridos en el Cuartel General de la IV División orgánica de Barcelona durante los primeros días del movimiento, se hace responsable del fracaso del alzamiento en esa ciudad al general Fernández Burriel. Se había acordado que hasta que Goded se hiciese cargo de la división lo hiciera el

más antiguo, que era el general Fernández Burriel: «La condición impuesta por Burriel para adherirse al Movimiento de que se tuviera una entrevista con el General Llano de la Encomienda en la creencia de que se lograría convencerle fue un hecho que tuvo la mayor trascendencia y que influyó de una manera evidente en el fracaso del movimiento en Barcelona, toda vez que se puso en conocimiento de aquel General enemigo toda la clave del alzamiento en Barcelona»[24].

Además de los propios errores de los conspiradores, también resultó decisiva la fidelidad de los principales jefes militares, empezando por el capitán general Francisco Llano de la Encomienda, y terminando por la de los jefes de la Guardia Civil (general Aranguren) y fuerzas de orden público (Vicente Guarner y Federico Escofet). También hay que añadir el respaldo popular, que se echó a la calle en los primeros instantes.

Otro factor importante fue sin duda alguna el conocimiento de la conspiración y, especialmente, la preparación de la defensa por los responsables de orden público de la Generalitat, Escofet, Guarner y un tercer hombre, el comandante Alberto Arrando, jefe de sus fuerzas militares. Los tres pasaron muchas horas diurnas y nocturnas ante un gran plano de la ciudad preparando la defensa de Barcelona cuando estallara la sublevación y sobre todo teniendo en cuenta no caer en los mismos errores del 6 de octubre de 1934, cuando dos baterías de artillería y muy pocas fuerzas de infantería controlaron la ciudad con gran facilidad. Ahora esperaban muchas más fuerzas militares y bien armadas. Calle por calle y azotea por azotea fueron revisadas para escoger los puntos estratégicos. Las hipótesis de la ocupación de Barcelona que barajaron quedaron corroboradas al fracasar el alzamiento. Al general Goded le fue ocupado un plano de la ciudad en el que, con trazos de lápiz rojo, se hallaban los itinerarios que habrían de seguir las fuerzas militares sublevadas, con muy pocas diferencias de lo esperado por las fuerzas de orden público[25].

Desde la óptica de los sublevados[26], las causas del fracaso de la sublevación en Barcelona fueron varias: las vacilaciones del general Fernández Burriel, que tal vez por no ser el jefe efectivo del alzamiento en Barcelona dejó de actuar con la energía y rapidez que resultaban indispensables en tal trance; la tardanza en que llegó el general Goded (no

imputable a él); el haber permitido los elementos militares que el enemigo ocupase las mejores posiciones estratégicas, demostrando con ello una confianza injustificada e inexplicable; el escaso número de fuerzas empleadas, ya que los cuarteles, a consecuencia de los permisos de verano, estaban solo con dos tercios de los efectivos normales; el error gravísimo de no haber ocupado la tropa las emisoras locales de radio, mediante las cuales el enemigo consiguió mantener la moral de sus adictos, mientras en el campo nacional se producía la desorientación y el desconcierto; y la defección final de la Guardia Civil. Lacruz afirma que en el alzamiento salieron a la calle un total de 1200 soldados, apoyados por pequeñas formaciones de paisanos. A pesar de ello llegaron a ocupar buena parte de Barcelona contra fuerzas que, según él, decuplicaban las de los sublevados sumando fuerzas de Asalto, guardias civiles, policías de la Generalitat y paisanos armados.

El fracaso de la sublevación en Barcelona determinó la rendición de las guarniciones alzadas en el resto de Cataluña. En Figueres se sublevó la guarnición del castillo de San Fernando, mientras en Mataró el coronel Julio Dufoo, del Regimiento de Artillería Pesada, declaró el estado de guerra. En La Seu d’Urgell el coronel Joaquín Blanco Valdés, del Batallón de Montaña n.º 5, proclamó el estado de guerra. En Tarragona, sin embargo, donde había oficiales comprometidos en la sublevación, resultó determinante en el fracaso de la misma la actitud del coronel Ángel Martínez Peñalver, quien se negó a declarar el estado de guerra.

En Lérida las fuerzas del Regimiento n.º 25, cuyo cuartel era el castillo que preside la ciudad, proclamaron el estado de guerra el 19 de julio con el coronel Rafael Sanz Gracia y el teniente coronel Luis José de Gomar a la cabeza, este último presidente de la UME y de Renovación Española en la provincia y uno de los artífices de la conspiración. Según parece, los bandos estaban firmados por el general González Carrasco y tenían un papel encima de este nombre con el del general Goded[27]. Hacia las ocho de la mañana comenzaron la ocupación de los puntos neurálgicos de la ciudad, como la comisaría de la Generalitat, la Paería, la estación de ferrocarril y la emisora de radio. Tan solo hubo incidentes frente a la Diputación

Provincial, donde los disparos de la Guardia de Asalto produjeron la muerte de un paisano.

La Guardia Civil no solo no se sublevó sino que contribuyó a reducir a los que lo hicieron. El teniente coronel jefe de la Comandancia era contrario al alzamiento por lo que intentaron convencer al teniente Sánchez Zamora, jefe de la línea de Balaguer, para ponerse al frente del mismo. Le esperaron el día 19 de julio, pero ni se presentó ni contestó a la solicitud que le había realizado un miembro del Consejo Regional de la CEDA de Cataluña[28].

Sobre las once de la mañana se presentaron en el castillo unos trescientos civiles dispuestos a ayudar a las fuerzas militares sublevadas. Había falangistas, requetés, miembros de las Juventudes de Acción Popular, de Renovación Española y de la CEDA y algún que otro militante de la Lliga Catalana[29]. La fuerza civil fue armada por los militares y dedicada a la vigilancia de la población.

Por la tarde, la CNT, la UGT y la Unión Local de Sindicatos, controlada por el POUM, constituyeron un Comité de huelga y convocaron la huelga general para el día siguiente. El ambiente hostil de la población, la escasez de fuerzas militares y las noticias que llegaban de Barcelona fueron las razones principales de la rendición de los sublevados el 20 de julio. La mayor parte de los jefes y oficiales sublevados, entre ellos el coronel y comandante militar de la plaza, fueron fusilados cinco días más tarde.

En Gerona se produjo una situación parecida a la de Lérida. El Ejército, tras proclamar el estado de guerra, ocupó militarmente la ciudad. Mientras, se constituía un Frente Antifascista que empezó a organizar grupos armados para atacar a las fuerzas sublevadas. El general Jacinto Fernández Ampón declaró el estado de guerra hacia las siete de la mañana del 19 de julio.

La noche anterior el general, gobernador militar de la plaza, y los demás jefes de la guarnición (Batallón de Montaña Asia n.º 2 y Regimiento Pesado de Artillería n.º 2 y Servicios) fueron informados por el teniente del Servicio de Enlace José Borbón, recién llegado de Barcelona, de la hora y planes previstos para el alzamiento. De madrugada llamó al capitán general Llano de la Encomienda, quien le confirmó la sublevación, pero le aseguró que él «se mantenía leal y eso mismo recomendaba y exigía a todos».

Tras la conversación con su superior, el general Ampón dio órdenes en persona al teniente coronel Antonio Alcubilla Pérez, que mandaba el batallón, de disponer una compañía para ir a declarar el estado de guerra y que el resto de la fuerza saliese a ocupar los puntos estratégicos de la ciudad, según el plan determinado de antemano. Se decidió aprovechar los bandos impresos (y no utilizados) para las elecciones del 16 de febrero y con gran prisa y entre todos los presentes fueron fechándolos mientras el general los firmaba, llevándoselos en seguida el capitán ayudante de la media Brigada Antonio Patiño, que se prestó voluntariamente a leerlos y fijarlos.

Cuando la ciudad estaba en poder de los militares, el general Ampón dio orden de vuelta a los cuarteles. Algunos jefes le indicaron su incomprensión, pidiéndole al menos una demora de veinticuatro horas[30]. El general se reafirmó. Las tropas comenzaron su regreso, algunas con problemas por la contestación armada de las milicias populares. El teniente Borbón, cada vez más acorralado, necesitó hacer fuego y defenderse mediante una marcha en la oscuridad por un itinerario algo largo que le permitió llegar al cuartel con dos bajas a medianoche. A diversas horas lograron irse incorporando las demás secciones, siendo tiroteada una batería de artillería.

Tras retomar el control de la ciudad las autoridades civiles y militares de la República, el general Ampón fue encarcelado en los camarotes de emigrantes del vapor *Uruguay*. Fue juzgado en Gerona con la oficialidad de la guarnición y condenado a muerte por el Tribunal Popular. Fue ejecutado en el castillo de Montjuic el 2 de septiembre de 1936. El régimen franquista le cuestionó también su actitud, culpándole de la rendición de la plaza. En el sumario de la *Causa General* hay opiniones a favor y en contra del general. Sí parecía probado, según el enlace y organizador de la sublevación en Gerona, teniente coronel del Batallón de Montaña Antonio Alcubilla, que el general Fernández Ampón se sumó a la misma con entusiasmo desde el momento que tuvo conocimiento de ella, sin manifestar dudas ni vacilaciones, razón por la cual la guarnición en su totalidad se adhirió al movimiento y le reconoció en todo momento como jefe del mismo[31].

Según el comandante de Infantería Antonio Pons Lamo de Espinosa, la orden de retirada no la dio el general inmediatamente sino que antes se informó de la conducta de las demás guarniciones de Cataluña. Para dar la mencionada orden no hubo reunión previa ni consultó el general a los jefes. Los reunió en su despacho pero para comunicarles su resolución y ordenar se cumpliera. «Dicha disposición fue mal recibida y se le hicieron observaciones siendo el que con más vehemencia se produjo el Coronel de la media Brigada D. Jorge Villamide, pero el General insistió en que dada la marcha de los acontecimientos, estimaba que debía evitarse tanto los choques de la fuerza con el populacho, como su contacto con este y posible desmoralización de la tropa y que sin deponer nuestra actitud, debía retirarse esta a los Cuarteles y quedar en estos en espera de las nuevas órdenes que las circunstancias aconsejaran, siendo acatada la orden»[32].

Para el teniente coronel Carlos Fina de Caralt, al general no le quedó otro remedio al conocerse el fracaso de la sublevación en Barcelona. No se contaba con elementos de la población civil, lo que «unido a que las fuerzas de la Guardia Civil mediada la tarde del diez y nueve empezaron a flaquear conocedoras de la actitud de dichas fuerzas en la Plaza de Barcelona es criterio del declarante que el mando o sea el General solo podía contar con la adhesión inquebrantable de los pocos Jefes y Oficiales de guarnición en la Plaza de Gerona así como de algunas clases y por consiguiente su defensa hubiera sido estéril»[33].

8.2. LEVANTE

En Valencia los errores de última hora de la conspiración resultaron claves para el fracaso del alzamiento. El estado de la guarnición no podía ser más propicio para los sublevados, ya que se contaba con el Regimiento de Caballería, con las fuerzas de la Guardia Civil, con la mayoría de los jefes y oficiales de los dos regimientos de Infantería (el de Octubre y el de Guadalajara), con las fuerzas de Ingenieros y con las de Intendencia y Sanidad. El Partido de Derecha Regional Valenciana se había constituido en

milicia y contaba con armamento, también los tradicionalistas y los de Falange estaban listos para el combate. En resumen, estaba todo organizado y en espera de que una persona de prestigio asumiera la dirección y con energía desarrollara el plan conveniente para conseguir el fin que se proponía[34]. Pero todo salió mal.

El fracaso de Valencia fue motivado en gran parte por la decisión tomada a última hora para que Goded no viniera a esta ciudad y se hiciera cargo de la sublevación en Barcelona. Al final llegó tarde a Barcelona y en Valencia su improvisado sustituto, general González Carrasco, no tuvo la decisión esperada ante la falta de conocimiento de la estrategia y de los hombres comprometidos.

El general González Carrasco llegó a Valencia a tiempo, pero, según el general Varela, «desconocía total y absolutamente el estado de ánimo de la guarnición y si era o no gusto de ella, sin saber la verdadera situación y predisposición de los Mandos, sin conocerlos, sin el pulso que acusara la sensibilidad para facilitar su acción»[35]. Según su propio testimonio[36], el 16 de julio el teniente coronel Galarza le transmitió «un recado» de Mola: «El general Goded exige ir a Barcelona y estimaré que por patriotismo no ponga inconveniente». Llevado del deseo de no poner dificultades se resignó. Ese mismo día recibió, por conducto del comandante Cañada, una carta del comandante Barba desde Valencia en la que le invitaba a encabezar el alzamiento en esa región militar.

El general llegó el día 17 y por la noche se reunió la Junta Militar para preparar el alzamiento y designar los futuros cargos[37]. Todo, por tanto, muy precipitado. Además hubo otro acontecimiento que vino a incidir en el fracaso del alzamiento en Valencia. A principios de julio parece ser que una representación de Falange de la provincia visitó en la cárcel de Alicante a su líder José Antonio Primo de Rivera. Hablando sobre el creciente número de afiliados, les dijo que con tantos afiliados tan próximos, cómo estaba él en la cárcel. Al llegar a Valencia, el jefe de Milicias y algunos directivos pensaron en «hacer una hombrada», y no se les ocurrió otra que lo siguiente: a las nueve de la noche del 11 de julio una escuadra de Falange, apoyada por otras que quedaron en la puerta, subió al estudio de Unión Radio y su jefe, encañonando al locutor, pronunció ante el micrófono las

siguientes palabras: «Aquí Falange Española de Valencia, que habla desde el estudio de Unión Radio tomado militarmente por ella, así como las manzanas próximas. Españoles dentro de breves días se llevará a cabo la Revolución Nacional Sindicalista que nos redimirá a todos. Arriba España». El alboroto que se formó fue tremendo, debiendo hablar poco después el alcalde de la ciudad para asegurar que el Ejército estaba al lado del gobierno. Las consecuencias fueron que se detuvieron a bastantes falangistas y que las autoridades establecieron un férreo control de cuarteles y jefes y oficiales, lo que perjudicó los planes de Mola[38].

Para Bartolomé Barba, «En el plan primitivo, en el que tuve parte principal y directa, para oponernos a la revolución que avanzaba a pasos agigantados se enviaba a Barcelona al general Carrasco y a Valencia al general Goded. Yo creo que si esto se hubiera hecho la guerra no hubiese alcanzado las proporciones que ha tenido, y en Valencia desde luego se hubiera triunfado»[39]. Nunca lo sabremos, pero lo que sí se confirmó fechas después fue el fracaso absoluto en Valencia.

El general acudió a Valencia a última hora, ante el ofrecimiento de algunos elementos de la guarnición de la ciudad, realizado por medio de la Junta de Valencia. Uno de sus integrantes, el teniente coronel de Estado Mayor Bartolomé Barba Hernández, le envió una carta de invitación días antes. El general, previa consulta con otros generales residentes en Madrid (Villegas y Fanjul) y previa conformidad del general Mola, «aceptó dicho ofrecimiento y designación»[40].

El 17 de julio el general González Carrasco salió de Madrid en automóvil hacia Valencia acompañado del comandante Cañada, llegando a la ciudad a las doce de la noche. Un capitán de la Guardia Civil le estaba esperando en las inmediaciones de la ciudad para cambiar de coche por uno con matrícula de Valencia y así no levantar sospechas. Se le tenía preparado alojamiento en casa del tradicionalista Francisco Pérez de los Cobos, pero al final fue a casa del hermano de este, Juan, por haber aparecido la policía en el primero de los domicilios. Ya en casa de Juan Pérez de los Cobos mantuvo una reunión con el teniente coronel Barba, el teniente coronel Cabello y otros, donde hablaron de los planes previstos y repasaron los compromisos tanto civiles como militares. Carrasco encomendó al teniente

coronel de Ingenieros Cabello que la mañana siguiente se entrevistara con el general de la Guardia Civil, con quien se contaba, y con varios jefes militares, para confirmar su apoyo. El teniente coronel Cabello llevó a cabo dichas misiones, aunque no pudo entrevistarse con el responsable de la Comandancia por haberse ausentado de la ciudad; pero sus subordinados le confirmaron el apoyo. A continuación puso en conocimiento del general su resultado por medio de enlace, pues no pudo hacerlo personalmente por haber sido arrestado por el general Martínez Monje, jefe de la III División, que conocía o sospechaba de sus actuaciones.

Los dirigentes del alzamiento acordaron la entrada en la División para apoderarse del mando el día 19 a las once de la mañana. Los oficiales francos de servicio y retirados estarían paseando por delante de dicho edificio, en espera del general González Carrasco. En el local de la Derecha Regional Valenciana, situado enfrente de la División, habría preparados unos doscientos hombres armados. Parece ser que el general González Carrasco pidió la colaboración de una compañía de la Guardia Civil, que no le fue concedida, con el compromiso de que la Guardia Civil se sumaría una vez iniciado el alzamiento.

La mañana del 19 estaba todo preparado tal como se había previsto. La mujer del capitán Latorre recibió la señal convenida para el inicio de la operación, dos telegramas, uno de Barcelona y otro de Pamplona, el primero indicando que la guarnición de Barcelona se había alzado y el segundo como orden de que se hiciera así también en Valencia. Los textos decían: «Envía cinco remesas papel tipo diecinueve» y «Juanito llegará a esa el 19, a las siete y media», respectivamente. También estaban preparados los bandos para la proclamación del estado de guerra y un manifiesto dirigido al pueblo dando cuenta de los fines que se perseguían con el movimiento.

Según el testimonio de Joaquín Maldonado, enlace y uno de los civiles protagonistas en la preparación del golpe, cuando llegó a por el general Carrasco notó en él cierta indecisión, solicitando garantías mayores de las existentes para iniciar la entrada en el local de la División. Uno de los presentes al oír esta justificación dijo al general: «si yo pensara al hacer los negocios lo que Vd. piensa para decidirse, pocos negocios hubiera yo hecho

en la vida». Maldonado y el teniente coronel Barba insistieron al general, pero no lo consiguieron, contestando este que sería mejor esperar a la tarde o a otro día para entrar en el local de la División[41]. En el mismo sentido se manifestaría Juan Pérez de los Cobos, militante de Derecha Regional Valenciana y que alojó en su casa al general el 17 de julio: «tuvo desde el primer momento una actitud titubeante como lo demuestra el que estuvo cinco veces en Capitanía General y sin embargo no se hizo cargo de ella, ni tomó los acuerdos que precisaban las circunstancias»[42]. Alguno fue más lejos. El teniente Cabello, hijo del teniente coronel de Ingenieros, fue a ver al general para comunicarle que la guarnición empezaba a decir que el general era un cobarde[43].

Ante la actitud del general y el conocimiento del fracaso en Barcelona, decayeron los ánimos. Nadie sabía qué hacer. Lo único que parecía claro es que el plan concebido había fracasado. El desmoronamiento entre los sublevados fue total. El general González Carrasco se marchó a Alicante, desde cuya población y por gestiones de la embajada alemana consiguió salir poco después. Al finalizar la guerra el general de División Manuel González Carrasco fue procesado. El 24 de agosto de 1939 se hizo pública la sentencia del Procedimiento n.º 271 instruido en Valencia contra su persona por la que se le condenaba a ocho años de prisión militar mayor con la accesoria de separación del servicio[44].

En el proceso el general González Carrasco expuso las razones que le hicieron desistir del asalto a la División: 1.ª Por no haber podido encontrar a los comandantes Cañada y Arredondo, no obstante haberlos buscado desde las diez y media para que le informasen del personal reunido a dicho fin; con el segundo habló por teléfono y le prometió venir, no haciéndolo. 2.ª No haber recibido contestación del Estado Mayor de la División. 3.ª Haberse negado una compañía de la Guardia Civil que había solicitado, y 4.ª Saber que el Regimiento de Artillería acuartelado al lado de la División, estaba completamente enfrente del movimiento. La sentencia decía estar probada la falsedad de las dos primeras razones; la tercera ya sabía que la Guardia Civil dependía del gobernador; y la cuarta, ya conocía el procesado que ese regimiento estaba en contra del alzamiento desde un principio, por lo que no le debía sorprender. La sentencia le acusa de pasividad, indecisión

injustificada y negligencia. Debía haber iniciado el alzamiento «aun a riesgo de desembocar en el fracaso», «apreciando el Consejo como atenuantes a su favor su indiscutible adhesión a la Causa Nacional, la premura de tiempo con que se le encargó del Movimiento en esta Plaza, el desconocimiento que tenía de la misma y de su guarnición si bien estas atenuantes deben ser compensadas con la agravante de la grandísima trascendencia que tuvieron los hechos, en contra de la Gloriosa Causa Nacional»[45].

La propia indecisión de los militares fue la clave para el fracaso del alzamiento en Valencia, aunque para los anarquistas su actuación resultó determinante. Desde los primeros momentos, David Antona, secretario del Comité Nacional de CNT, pidió una entrevista con el ministro de la Gobernación para advertirle del peligro que representaba para Madrid y para la República que Levante cayera en poder de los militares. El ministro les prometió las armas que tenía retenidas la Guardia Civil de Valencia. Pero los fusiles no llegaron, por lo que el Comité Nacional decidió entregar cuantas ametralladoras y fusiles fue posible conseguir a los anarquistas valencianos. «Dos días después, los hombres de la CNT y de la Federación Anarquista Ibérica emplazaban aquellas máquinas frente a los cuarteles, obligando a rendirse a los traidores»[46].

El fracaso de Valencia arrastró al de Alicante. El problema de Valencia no era solo del cambio de última hora. Parece que el general Goded no tenía casi nada atado y bien atado. Por lo menos así se desprende de la declaración del teniente coronel de Infantería José Cosidó Cantó, con destino en el Grupo de Fuerzas Regulares de Infantería de Alhucemas n.º 5 de Alicante. Para él, el alzamiento se comenzó a preparar con prontitud, de acuerdo con Valencia, de donde se recibían las instrucciones, que en muchos casos se encargó de distribuir él mismo en persona. Pero en el mes de julio «cesaron de venir instrucciones de Valencia y de tarde en tarde y después de reiteradas gestiones se nos decía que no se tenían noticias y que ya se avisaría. Como no convenciesen estas razones a la impaciencia natural que había marchó a Madrid el Teniente D. Gonzalo Simón a entrevistarse con compañeros de la Guarnición de Madrid y decirnos lo que había sobre el particular, regresando a los pocos días completamente decepcionado de

sus entrevistas en la citada población, esto contribuyó a que se enfriase el entusiasmo, el Teniente Freixas pidió destino y fue destinado a Sevilla, los que nos seguían a remolque se fueron alejando de nosotros y acercándose al bando contrario»[47].

Según el capitán Fernando Pignatelli, otro de los protagonistas de la conspiración, a partir del asesinato de Calvo Sotelo esperaban impacientemente la orden de sublevación desde Valencia, «orden que no llegó hasta el día quince en el sentido de que debía esperarse al mes de agosto, pues el telegrama recibido decía aproximadamente *Mi hermana Pepita no puede operarse hasta el mes de Agosto, según el criterio de los Doctores*»[48].

En Alicante la indecisión de los militares valencianos resultó el factor principal del fracaso del alzamiento, según las declaraciones de algunos implicados[49]. El teniente Joaquín Luciáñez, con permiso, se incorporó rápidamente a su destino y en unión del teniente Santiago Pascual trató de sumar al alzamiento a la oficialidad del Regimiento de Infantería n.º 11. No consiguieron muchos adeptos. La mayor parte de los oficiales preferían esperar el desarrollo de los acontecimientos en Madrid, Barcelona y Valencia, para decantarse al lado del triunfador. El teniente coronel Manuel Hernández Arteaga, jefe accidental del Regimiento n.º 11, decidió acuartelar la tropa en espera de acontecimientos, decisión que aceptó el general José García Aldave, gobernador militar de la plaza.

El 21 de julio el coronel Rodolfo Espá, jefe del Regimiento n.º 11, llegó de Almería, donde se encontraba de vacaciones. Hombre enérgico y fiel a la República, se hizo cargo del Gobierno Militar, destituyendo al general García Aldave, hombre de edad y poco decidido a pesar de su compromiso. Desde ese momento pudo considerarse perdida toda esperanza de triunfo para los golpistas. El día 22 el coronel se reunió con todos los jefes del regimiento y ordenó levantar el acuartelamiento, saliendo del mismo unos trescientos cincuenta hombres, pues el resto estaba con permiso. Además, dispuso la detención de los principales oficiales implicados en la preparación del alzamiento, capitán José Meca Romero, tenientes Luciáñez, Pascual y Enrique Robles Galdó, el teniente coronel de la Caja de Recluta Félix Ojeda Vallés y de varios suboficiales. El alzamiento quedaba

definitivamente frustrado en Alicante por la indecisión de muchos y la enérgica resolución de uno: el coronel Espá.

La justicia franquista culpó al teniente coronel Hernández Arteaga del fracaso en Alicante. Con sus vacilaciones permitió que esta provincia quedara en poder de la República, «sin atender las indicaciones de parte de la oficialidad que estaba decidida a sublevarse contra el Gobierno de la República»[50]. Posteriormente fue nombrado gobernador militar de Málaga. Condenado a muerte al finalizar la guerra, fue ejecutado en la madrugada del 15 de julio de 1939.

El coronel de Carabineros se mantuvo claramente fiel a la República; y con él todas sus fuerzas. No fue tan clara la actitud del teniente coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, José Estañ Herrero, aunque la Guardia Civil no se rebeló. Estañ fue juzgado en 1936 por un tribunal popular de la República y en 1939 por un consejo de guerra del Ejército franquista. Los dos le condenaron.

El Tribunal Popular lo hizo a doce años de prisión militar y separación de servicio por auxilio a la rebelión. Según parece, el 19 de julio se reunieron todos los jefes militares en la Comandancia Militar, exigiendo el gobernador militar a los jefes de las fuerzas militares y de orden público una declaración de lealtad al régimen. Así la obtuvo del jefe de la Subinspección de Carabineros, coronel Rafael Cabrera Castro, y del teniente coronel jefe accidental del Regimiento de Infantería, Hernández Arteaga, pero no del teniente coronel Estañ: «manifesté yo que no consideraba procedente hacer muestras de adhesión al Gobierno, sino por el contrario unirnos al movimiento»[51]. El coronel Cabrera respondió que tenía setecientos hombres dispuestos para lanzarlos contra los que se sumaran a la sublevación. El jefe de la Comandancia de la Guardia Civil se recluyó en la Comandancia Militar hasta que recibió la visita de Martínez Barrio que, como delegado del gobierno, le ordenó no ejercer el cargo. A los pocos días fue trasladado a Málaga. En octubre fue detenido y juzgado. Según la declaración del hijo del jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Albacete en julio del 36[52], el teniente coronel Estañ estaba comprometido con los conspiradores, y especialmente con su padre, al que había asegurado sublevar Alicante en las primeras horas y apoyar el

alzamiento en la capital manchega. La justicia militar franquista le acusó de abandonar sus compromisos ante las dificultades presentadas en Valencia y la indecisión de los jefes militares de Alicante y de colaborar con las autoridades republicanas de Alicante, primero, solicitando incluso a su compañero y amigo Chápuli que rindiera la plaza sublevada de Albacete; y de Málaga después, donde actuó como comandante militar. El Consejo de Guerra le condenó a la pena de seis años de prisión, en virtud de sentencia de 3 de julio de 1939.

En Castellón de la Plana el fracaso de Valencia también resultó fundamental. Antonio Martí Olucha, militante de Derecha Regional Agraria y candidato en las elecciones del Frente Popular, fue a Madrid tras el asesinato de Calvo Sotelo[53]. De manos de Pérez de Laborda, presidente nacional de la JAP, recibió la documentación referente al alzamiento, entre ella la clave del mismo para Valencia, con objeto de que la entregara a Manuel Atard, representante en Valencia de Derecha Regional Agraria. En la noche del 16 de julio, Martí fue a Valencia y en la mañana del 17 entregó la documentación a Atard. Estuvo esperando la declaración del estado de guerra para partir hacia Castellón, pero no sucedió y permaneció en la capital de la región.

El comandante militar de la plaza y teniente coronel de Infantería Primitivo Peire Cabaleiro, que mandaba el Batallón de Ametralladoras n.º 3, y el capitán Rafael Blasco Borreguero se encargaron de reducir el tímido intento de sublevación. El capitán Ignacio Cervelló, enlace del batallón con Valencia, como encargado de hacerse cargo del batallón y posteriormente salir a la calle con la fuerza, fue detenido junto a sus acompañantes por los responsables del mismo en cuanto entró en el cuartel[54]. El teniente coronel ordenó la retirada de los aparatos receptores de radio de la sala de banderas y cuarto de suboficiales y cortó el teléfono. Además, reunió al resto de jefes y oficiales a los que solicitó fidelidad al gobierno, «todo ello en un tono imperativo»[55]. Poco después fueron detenidos varios oficiales y suboficiales más, el teniente coronel de la Guardia Civil José Estarás Ferro y algunos de sus oficiales, siendo llevados al barco prisión *Isla de Menorca*, anclado en el muelle y custodiado por la fuerza de Carabineros. Allí

compartieron prisión con otros militares y civiles hasta el 29 de agosto, fecha en que el barco fue asaltado y asesinados sus prisioneros.

El teniente coronel Peire se negó a readmitir a varios oficiales que estaban de vacaciones y a los que consideraba sospechosos, ordenándoles siguieran con su permiso (entre otros, capitán Alejandro Jiménez Vaquer, capitán médico Alonso Encalado Ruano, teniente Jaime Babiloni Andreu, teniente Luis Molina Mesado, teniente Julián Coello Baidal, alférez Indalecio Zaplana, alférez Pedro Izquierdo Ortiz)[56]. Alegó que siguieran disfrutando del permiso porque no sucedía nada grave, y que si los necesitara los llamaría. Días después, con la situación controlada, fueron admitidos.

Las fuerzas de Carabineros, compuestas por dos compañías a las órdenes del comandante Horacio Ramos Fernández, una destinada en la capital y otra en Vinaroz, permanecieron leales a la República. La Guardia Civil de toda la provincia, compuesta por más de doscientos hombres, fue concentrada en la capital, alojada en el cuartel del Batallón de Ametralladoras. Detenidos algunos de sus jefes y oficiales, la mayoría de sus hombres partieron con los milicianos hacia el frente de Teruel, desde donde la mayoría se pasaron al bando enemigo.

8.3. Murcia

En Murcia fracasó el alzamiento tanto por la propia indecisión de los conspiradores como por la decidida actitud del general gobernador militar de la plaza, Toribio Martínez Cabrera, de claras simpatías hacia el gobierno republicano, fusilado posteriormente en Valencia por los sublevados. También resultó determinante el hecho de que existiese un fuerte núcleo de oficiales y jefes de las distintas armas favorables a la causa republicana, especialmente en el Regimiento de Artillería de Costa n.º 3, con sede en Cartagena. También la Guardia de Asalto y la Guardia Civil permanecieron afectas, casi en su totalidad, a la legalidad republicana[57].

En la capital la mayor parte de los oficiales del Regimiento de Artillería n.º 6, mandado por el coronel Jorge Cabanyes Costa, estaban comprometidos con el movimiento militar, aunque la incertidumbre e indecisión de los altos mandos militares paralizó las actuaciones decisivas a favor del alzamiento. Según uno de los implicados en la conspiración, el comandante Francisco Millán[58], el coronel era «hombre lleno de miedo a la responsabilidad, sin ninguna virtud militar y falto de decisión». Para él, no supo aprovechar el ímpetu de buena parte de oficiales y jefes militares y la predisposición de la Guardia Civil, concentrada en la capital en los primeros instantes. El coronel no dio la orden esperada para seguir el plan previsto: meter unas escuadras de Falange en el Centro de Movilización y con la ayuda de la Guardia Civil haber desarmado a la Guardia de Asalto, única fuerza claramente opuesta al alzamiento, ya que todos estaban en el mismo local del cuartel de Garay.

Además de la indecisión o fidelidad del coronel, fusilado al acabar la guerra, también contribuyó a la inexistencia de sublevación la actitud ofensiva de grupos de obreros, germen de las futuras milicias, que en los días siguientes al 18 de julio habían rodeado el cuartel de Artillería para impedir cualquier movimiento de tropas.

Situación similar se dio en Cartagena. El Regimiento de Infantería Sevilla n.º 34 contaba con una actitud favorable a cooperar con el alzamiento. Únicamente el coronel, Lázaro García Díez, un teniente coronel, dos capitanes y un teniente se significaron con anterioridad como leales al régimen republicano. Pese a estas condiciones, en el regimiento, como en la mayoría de la plaza cartagenera, se mantuvieron en actitud pasiva y dudosa, sin inclinarse francamente a ningún lado y acuartelados en su guarnición.

En el Departamento Marítimo de Cartagena, del cual dependía una buena parte de la flota de guerra española, la noticia del alzamiento llegó a mediodía del 18 de julio, cuando el jefe de la estación de radio, capitán de corbeta Manuel Sierra Carranza, captó la proclama que el general Francisco Franco dirigió al Ejército y a la Marina para que se unieran «contra la subversión marxista». El capitán marchó inmediatamente a notificarlo al almirante. Este comisionó a su jefe de Estado Mayor y a un teniente de

navío para que fueran a visitar al gobernador militar de la plaza, Toribio Martínez «para darle cuenta de la noticia recibida y exhortarle para declarar el Estado de Guerra y proclamar el Alzamiento Nacional en Cartagena»[59]. Este aconsejó un compás de espera en tanto no se recibían noticias de la Jefatura de la Región Militar, residente en Valencia. Mientras, los responsables del Departamento Marítimo, ante la evasiva del gobernador militar, decidieron fijar para las cuatro de la tarde la proclamación del estado de guerra, a cuyo efecto una hora antes se formaron y armaron dos compañías de marinería. Al mismo tiempo enviaron un hidroavión a Valencia con tres oficiales con el fin de obtener instrucciones. Estos oficiales fueron detenidos al llegar a Valencia, quedando los jefes del departamento sin noticias de la capital de la región militar. Esta ignorancia fue aprovechada por el gobernador militar de la plaza para, de acuerdo con el gobierno, conseguir el aplazamiento de la declaración del estado de guerra: primero hasta las 18 horas, luego hasta las 22 y posteriormente hasta la madrugada del día siguiente. Dicho tiempo fue aprovechado por el Frente Popular para armar al pueblo y propalar sobre la marinería las noticias que dieron lugar a los primeros actos de insubordinación y el fracaso del alzamiento.

La madrugada del 19 de julio fue aprovechada por la Guardia de Asalto para ocupar los lugares estratégicos del Arsenal, con lo que quedaba imposibilitado todo tipo de acción contra las autoridades republicanas. Tan solo hay que añadir un incidente, ocurrido sobre las diez de la mañana. Un fogonero mató de varios disparos al teniente de navío Ángel González López, cuando se hallaba de ronda. Repelió la agresión un compañero de armas del teniente de navío y un auxiliar de Artillería, que hirieron gravemente al fogonero, falleciendo posteriormente en el hospital. Sobre las 23 horas se concentró gran cantidad de público frente a la puerta del Arsenal con ostentación de armas cortas. El almirante invitó a la marinería y a una comisión del Frente Popular a entrar en su recinto, para asegurarse de que no se preparaba ninguna acción contra el régimen republicano. Las milicias y marinería aprovecharon para hacerse dueños del Arsenal y comenzar las detenciones de los jefes y oficiales sospechosos de colaborar con la sublevación militar[60].

El único movimiento de importancia en pro del alzamiento tuvo lugar en la Base Aérea de San Javier, que pertenecía a la Marina de Guerra. Desde las 8 horas del 18 de julio se implantó el estado de guerra en la base. El día transcurrió a la espera de órdenes que no llegaron de la Base Naval de Cartagena. De madrugada, la base fue asaltada y tomada por efectivos de la Base Aérea de Los Alcázares, dirigidos por el comandante Ortiz, apoyados por tres aparatos de vuelo así como por civiles armados de localidades próximas y de Cartagena.

8.4. La excepción, en las Islas Baleares

De las Islas Baleares solamente Menorca quedó en poder del gobierno de la República, aunque en un primer momento triunfó el alzamiento. En Mahón se sumaron a él la totalidad de los jefes y oficiales del Ejército y de la Armada, Guardia Civil, Asalto y Carabineros. Se ofrecieron incondicionalmente a la autoridad militar la mayoría de los militares retirados, funcionarios del Estado y un considerable número de personas de derechas que acudieron al Gobierno Militar dispuestas a prestar cuantos servicios les encomendara, «siendo utilizados únicamente un grupo de jóvenes que prestaron servicios en la Guardia Civil, Casa Cuartel, en el Gobierno Militar y en las vías públicas, hasta el momento en que se adueñaron los marxistas de la Ciudad»[61].

A las once de la mañana del domingo 19 de julio, el teniente Manuel Llaneras Ferrer, al frente de una sección de Infantería, proclamaba el estado de guerra en Menorca por medio de la lectura del bando firmado por el general Bosch, acompañada de toques de cornetas y tambores. Al mismo tiempo, otras fuerzas militares se apoderaban del Ayuntamiento, fábricas de electricidad y gas y las oficinas de Correos y Telégrafos. En la Delegación del Gobierno, donde su titular Pedro Alberto Ameller estaba ausente con permiso oficial, se instaló el comandante de Artillería Manuel Quintero.

Desde Mahón partieron las tropas hacia Ciudadela. Se adueñaron de calles y plazas y un piquete acompañado del secretario del Ayuntamiento y

del comandante del puesto de la Guardia Civil procedió al cierre de las sedes de la Federación Obrera Ciudadelana, Agrupación Socialista y Radio Comunista. Posteriormente, sin que se produjeran disturbios, fue proclamado el estado de guerra. «Desde aquel instante se sumaron al Alzamiento las fuerzas del puesto de la Guardia Civil y las de Carabineros y una porción de paisanos que estaban de común acuerdo con otras personas de Mahón»[62]. En el cuartel de Infantería permanecieron indecisas las tropas hasta que al final se opusieron al alzamiento. Sobre las cinco de la tarde la compañía de Ametralladoras, con un centenar de hombres de la Federación Obrera y agrupaciones marxistas, se había hecho fuerte en dicho cuartel emplazando las ametralladoras y parapetándolas en barricadas que al objeto se iban construyendo para hacer frente a los militares sublevados que se hallaban en el edificio del Ayuntamiento. Las tropas sublevadas se entregaron a las autoridades republicanas a las ocho y media de la noche[63].

Tabla 23
Bando declarando el estado de guerra en Menorca

DON JOSÉ BOSCH ATIENZA, GENERAL DE BRIGADA, Comandante Militar de Mahón.- Hago saber: Que en esta fecha, acuerda y declara el estado de guerra en esta isla y en su consecuencia ORDENO Y MANDO Art. 1.º Serán repelidos por la fuerza, sin previa intimación, todos los actos de violencia, realizados contra cuarteles, polvorines, dependencias militares, conducciones de agua, energía eléctrica, y los que se cometan contra edificios públicos y particulares, Bancos, Fábricas, o establecimientos que estén o no custodiados por fuerzas del Ejército o de Seguridad. Art. 2.º Queda suprimido el derecho a la huelga debiendo reintegrarse al trabajo todos los obreros a la hora de empezar. Los Directivos de las Sociedades Obreras, serán directamente responsables del cumplimiento de este artículo, siendo sometidos a juicio sumarísimo. Art. 3.º Queda terminantemente prohibido que excedan de … personas así como la celebración de reuniones, mítines, conferencias o manifestaciones públicas, ni aún las Juntas Generales, Ordinarias o Extraordinarias de asociaciones y sindicatos, sin mi autorización. Los infractores de lo primero serán violentamente disueltos por la fuerza pública sin intimidación de ninguna clase, los organizadores de los segundos, serán sujetos a juicio sumarísimo. Art. 4.º Las autoridades o corporaciones civiles, continuarán funcionando en todos los asuntos que no se relacionen con el orden público, limitándose en cuanto a este a las facultades de mi autoridad le delegue. Art. 5.º Los funcionarios y corporaciones que no presten el inmediato auxilio que por mi autoridad o por mis subordinados sea reclamado, o que se opongan en cualquier concepto al exacto cumplimiento de este Bando, serán juzgados inmediatamente a juicio sumarísimo. Art. 6.º Se declaran incautados a mi disposición los automóviles de carga, viajeros, particulares, motocicletas y vehículos de todas clases, quedando absolutamente prohibida la circulación rodada tanto en el interior de las poblaciones como fuera del casco de la misma y en las carreteras, caminos, pistas y veredas, debiendo los conductores proveerse de una licencia especial, para cada caso y viaje, que será solicitado de mi Autoridad o de la que en caso designe. Mahón 19 de Julio de 1936. El General Comandante Militar, José Bosch.

Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Baleares, Pieza Principal, Leg. 1458-1.

En Alaior sucedió algo similar. El día 19 de julio se secundó el alzamiento ordenado por el gobernador militar de la isla. Se proclamó el estado de guerra, poniéndose a las órdenes inmediatamente el puesto de la Guardia Civil, así como algunos paisanos. Tomaron los centros oficiales.

«Desde las primeras horas de la mañana del día 20 de Julio de 1936, nutridos grupos de obreros de izquierda principalmente de la FAI se colocaron en los puntos céntricos de la población invitando a los soldados a que abandonaran los edificios y desobedecieran a sus Jefes, y en las primeras horas de la tarde los grupos adoptaron una actitud airada, penetrando en el Ayuntamiento y obligando al Teniente que mandara retirar la fuerza y depusieran las armas, lo cual no se hizo hasta las cinco horas de dicha tarde al tener noticia de la rendición de Mahón, que también se había sublevado»[64].

En Mallorca triunfó la sublevación. Fue la excepción de todo el este español. El gobernador se entrevistó con el general Goded la mañana del día 18 y este le dijo no saber nada del movimiento y que por el momento estaba en su puesto y en el cumplimiento de su deber. A las seis de la tarde llegó al comandante militar la orden de sublevación con el telegrama previsto: «María dio a luz hermoso niño día 14 a las 5. Ambos hoy perfectamente bien. Pedro». Goded llamó a los jefes de cuerpo para recabar de nuevo su adhesión al alzamiento, que fue confirmada. Desde el día 1 de julio estaban en poder del comandante de Estado Mayor José Clar las órdenes y los bandos redactados por el general y señalados inclusive los sitios donde debían fijarse[65]. Las tropas fueron acuarteladas. En el cuartel de Caballería se concentraron los falangistas y sus milicias. El teniente coronel Garrido de Oro comunicaba órdenes reservadas a los jefes que debían actuar al día siguiente.

Se organizaron dos columnas para tomar la ciudad. La primera, al mando del comandante de Infantería Enrique Esquivias Zurita, estaba formada por dos secciones de fusiles, dos secciones de ametralladoras, una batería de 10,5 con material y una sección de Artillería a pie. La segunda se componía de dos secciones de Infantería con fusiles ametralladores, una batería de 7,5 con material, una batería a pie y la Plana Mayor del Grupo de Artillería de campaña. Su responsable era el comandante de Artillería Antonio Salgado Muro.

Los primeros momentos —según informe del Estado Mayor del Ejército de la República—[66] fueron de desconcierto en Palma. El gobernador civil, Antonio Espina, se negó a entregar las armas a los obreros cuando las

reclamaron, por confiar la máxima autoridad civil en la lealtad de Goded. La Guardia Civil estuvo vacilando hasta que se sumó al movimiento. La Guardia de Asalto y Carabineros fueron desarmados por los golpistas y aprisionados; después muchos se sumaron a la sublevación.

Hacia las cuatro de la madrugada el presidente de la Diputación fue al Gobierno Civil para insistir ante el gobernador en la necesidad de armar a las organizaciones obreras y tomar posiciones, pues sabía «por fidedigno conducto» que a las cinco y media tenía orden el Regimiento de Artillería de formar para salir a la calle. El gobernador pudo comprobar por sí mismo como poco después soldados de infantería con ametralladoras se estaban situando en las inmediaciones del Gobierno Civil. Llamó por teléfono al comandante militar para preguntarle si había declarado el estado de guerra. El general Goded se lo confirmó. «Mi general —replicó el gobernador—, tengo que hacerle presente que el Gobierno considera facciosa dicha declaración»[67]. La máxima autoridad civil colgó el teléfono, organizó la evacuación de su familia y ordenó avisaran a la Casa del Pueblo de la situación. Veinte minutos después, fuerzas de caballería penetraron en el edificio oficial y detuvieron al gobernador.

A las siete de la mañana comenzaron a salir a la calle la mayor parte de tropas sublevadas, conforme al plan previsto. La columna del comandante Esquivias tomó la dirección de la plaza de la Conquista para entrar por la calle de San Miguel y por Colón desembocar en Cort. Ocupó el Ayuntamiento y la Diputación, tras apaciguar algún que otro tiroteo en la calle. La del comandante Salgado tomó sin resistencia el Gobierno Civil y luego la Casa del Pueblo. La 2.ª compañía del primer batallón del Regimiento de Infantería fue la que se encargó de leer y publicar el bando de guerra. A las ocho de la mañana del 19 de julio quedaban cumplidos todos los objetivos señalados por el mando militar. Los falangistas con su camisa azul y brazal junto a numerosos soldados quedaron repartidos por toda Palma para asegurar el triunfo y vigilar todas las calles y edificios oficiales y de comunicaciones. A media mañana, una vez controlada la ciudad y comprobada la situación personalmente, el general Goded abandonaba la ciudad en dirección a Barcelona.

Poco después, la Comandancia Militar cursó telegramas a los comandantes militares de Inca e Ibiza con la orden de hacer la misma proclamación en sus cabeceras de mando. Se remitió el bando a todos los pueblos para fijarlo oportunamente. En algunas poblaciones hubo incidentes, ante la resistencia de las autoridades y de las organizaciones obreras a obedecer las órdenes de los militares sublevados. En Esporlas interceptaron con troncos las vías ordinarias de acceso al municipio para impedir el paso al Ejército. El Ayuntamiento se rindió en cuanto hicieron acto de presencia las fuerzas militares. En Pollensa se organizó la resistencia en el mismo Ayuntamiento. Se montó guardia exterior toda la noche servida por paisanos armados con los más diversos artefactos, como escopetas, hachas, hoces, palos…, mientras que en el interior se intensificaba la producción de bombas de mano caseras. Desde la capital salió una columna de artillería que se unió a las fuerzas de la guarnición de Inca. Ambas sofocaron la resistencia dejando varios muertos y numerosos heridos. También en La Puebla resultaron muertos un sargento y heridos varios oficiales y tropa tras una batalla campal producida en las inmediaciones del cuartel.

9

Albacete, puerta hacia Levante

COMO EN LEVANTE HABÍA fracasado el alzamiento, la victoria momentánea de los golpistas en Albacete se vivió como una tragedia para la República, pues suponía dejar la puerta abierta hacia ese territorio. Por eso días después, cuando fueron reducidas las fuerzas sublevadas, la euforia de Albacete se sumaba a la de Guadalajara y Toledo. La prensa republicana y el gobierno no paraban de mostrar su satisfacción… «También comunican de Murcia, Valencia y Cartagena que se han formado en las calles impresionantes manifestaciones de entusiasmo y júbilo por la libertad de España de los enemigos facciosos», decía el diario *Ahora*, que titulaba su portada a toda página «Albacete, en poder de los leales»[1]. En Alcázar de San Juan la entrada de las milicias alcazareñas que marcharon a Villarrobledo provocó el delirio popular:

> El pueblo entero las tributó un recibimiento entusiasta a los acordes de la banda republicana. En la manifestación figuraban las banderas de los distintos partidos del Frente Popular y entre los manifestantes iban los concejales y el alcalde, que eran vitoreados[2].

No era para menos. El valor estratégico de la ciudad manchega era inmenso: «Ha caído el muro de fuerza —escribía el diario *ABC* en su editorial— con que los traidores quisieron aislar a Madrid de la región levantina. Libres quedan las comunicaciones ferroviarias entre la capital de la República y aquellas provincias, tan pródigas en recursos de toda clase»[3]. Con la rendición, Albacete se convirtió en el punto de partida de una acción dirigida hacia Andalucía. Se trataba sobre todo de cerrar el desfiladero de Despeñaperros, para cortarle así el camino hacia Madrid a la columna del Ejército de África. El general Miaja, uno de los oficiales de más alta graduación entre los que permanecían fieles a la República, puso en marcha la operación el 28 de julio. Su tropa cruzó sin dificultades una región adicta al gobierno e incluso se reforzó gracias al alistamiento voluntario de muchos campesinos. A principios de agosto, había superado sus objetivos y alcanzado Montoro, a 40 kilómetros de Córdoba[4]. Pero el general Franco, tal vez por este despliegue o por otras razones, decidió ir a Madrid por Extremadura.

En la tarde del 18 de julio, cuando ya el teniente coronel de la Guardia Civil Chápuli fue conocedor del alzamiento de las tropas en Melilla, se negó a aceptar la orden del general Pozas de enviar a Madrid a ciento cincuenta guardias civiles, dos tenientes y un capitán. La rebelión había comenzado en el cuartel de Albacete. Al Gobierno Civil acudieron diversas figuras destacadas de la política local, como Arturo Cortés y Eleazar Huerta, urgiendo al gobernador a que detuviera a los jefes de la Guardia Civil y armara al pueblo.

Sobre las doce del mediodía del domingo 19 de julio, por confidencia de dos agentes de Investigación y Vigilancia, los sublevados supieron que el gobernador civil, Manuel Pomares Monleón, había ordenado al Cuerpo de Asalto y Comisaría I y V la recogida de todas las armas y explosivos existentes en las armerías y establecimientos dedicados a su venta en la ciudad y se llevaran a sus habitaciones particulares. La Guardia Civil se adelantó e hizo que las armas y municiones pasasen a su cuartel, donde ya estaba establecida la Comandancia Militar y por consiguiente la dirección del movimiento que recaía sobre el teniente coronel de Infantería con destino en esta plaza, Enrique Martínez Moreno, no sin antes vencer las

resistencias de los comisionados por el gobernador. Inmediatamente después se fueron entregando a los falangistas que voluntariamente se adherían al alzamiento[5].

Posteriormente se proclamó el estado de guerra y el comandante de la Guardia Civil Ángel Molina Galano, al mando de un pequeño grupo de las fuerzas a su mando y falangistas, tomaba al asalto el Gobierno Civil, procediendo a la detención del gobernador y varios representantes del Frente Popular que estaban con él. El comandante de Infantería Valerio Camino Peral se hizo cargo del Gobierno Civil y de la Alcaldía. A su vez, el capitán Ramón Martínez con un grupo de falangistas asaltó la Casa del Pueblo, clausurándola, e hizo lo propio con las demás sociedades republicanas. Detuvo a sus dirigentes y puso en libertad a los presos políticos de ideales afines a la causa. Además fueron ocupados los edificios de Correos y Telégrafos, Teléfonos y estación de ferrocarril, los depósitos de CAMPSA y algunas entidades bancarias. La toma de la ciudad se completó con la extensión por todo el casco urbano de servicios de vigilancia y seguridad, especialmente en las carreteras y vías de entrada y salida.

Al tener noticias la Inspección de la Guardia Civil de Madrid de los hechos relacionados, el general Pozas llamó personalmente por teléfono al jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, teniente coronel Fernando Chápuli García, pidiéndole explicaciones por haber declarado el estado de guerra, exigiéndole pusiese en libertad al gobernador civil. Se negó rotundamente.

Entre los sublevados figuraban tres oficiales de aviación: el capitán Rafael Padilla Manzuco y los tenientes Francisco Pina Alduini y Carlos Ferrandiz Arjonilla. El primero de ellos al mando de un grupo de guardias civiles y paisanos se apoderó del aeródromo de la Torrecita y voló sobre la población lanzando proclamas en un tono más duro que el propio bando del comandante militar[6].

Los sublevados procedieron en primer lugar a sofocar algunos focos de resistencia formados en pueblos como Fuenteálamo, Montealegre, Almansa, Bonete, Villar, Pozo-Cañada, Ontur, Mahora, Minaya y otros. Todos fueron reducidos a excepción del de Almansa, donde las autoridades

y milicias republicanas habían logrado expulsar del Ayuntamiento a los guardias civiles que se habían apoderado del mismo el día 19 de julio. Desde Albacete, el comandante Molina envió una columna compuesta por guardias civiles y falangistas en tres vehículos. En las inmediaciones de Almansa se entrevistaron con el alcalde, dos dirigentes de la Casa del Pueblo, un alférez y dos guardias civiles. Estos se unieron a los sublevados, llevándose preso al alcalde y a sus acompañantes. Mientras, iban llegando los refuerzos procedentes de Alicante, con una columna de trescientos carabineros y otros tantos milicianos mandados por el comandante Enrique Gillis Mercer. Las fuerzas rebeldes enviadas desde Albacete decidieron regresar, como explican los informes de la *Causa General*. A pesar de los medios que se pusieron, no se consiguió la rendición por ser más numerosas las milicias republicanas de defensa que las fuerzas que salieron de Albacete al mando del teniente de Asalto Edelmiro Verges Gilabert. Al llegar a Almansa con escasa dotación de municiones se encontraron con el pueblo rodeado de fuerzas enemigas, siendo además atacados por la retaguardia desde un tren de milicias procedente de Chinchilla, por lo que al verse cogido entre dos fuegos el teniente acordó la retirada.

Después de sofocar la oposición al alzamiento en esas poblaciones, las fuerzas militares sublevadas de Albacete se dedicaron a hacer frente a las columnas republicanas que procedentes de las provincias de Jaén, Ciudad Real, Toledo, Madrid, Cuenca, Valencia, Alicante y Murcia avanzaban sobre la capital y sostener con ellas algunos encuentros. Mientras, debían resistir a los continuos ataques de la aviación republicana que procedente de la base de los Alcázares se lanzaron sobre la capital. El día 21 fue abatido con fuego de fusil el primer avión enemigo, que en unión de otros sobrevoló la capital arrojando proclamas. El día 22 de julio se produjo un nuevo bombardeo de la aviación republicana sobre la capital, en el que parece ser se produjeron las primeras víctimas mortales. Los informes de la Guardia Civil hablan de once muertos del personal civil y unos cincuenta heridos. También la aviación sublevada bombardeó la ciudad sitiada, pero con proclamas dirigidas a la población civil, como recogía la prensa local:

> ¡Albacetenses! El movimiento militar que salvará a España ha triunfado plenamente. Los gobernantes y dirigentes han abandonado cobardemente a sus adictos intentando fugarse al extranjero. Pagarán con la vida su osadía y falta de patriotismo. Invito a guardar a los ciudadanos el máximo orden como mejor medio de cooperar al restablecimiento de la paz donde se haya alterado. El Estado de Guerra ha sido declarado en toda la provincia y sería doloroso verter sangre inútilmente. ¡Viva España!

Mientras esto sucedía en la sublevada Albacete, fuerzas republicanas sofocaban el alzamiento de la Guardia Civil de la ciudad industrial de Hellín. La tarde del 19 de julio —según las declaraciones realizadas en 1942 por el alcalde y el comandante de puesto de la Guardia Civil—[7] numerosos grupos de obreros, en unión de la Guardia Municipal, armados de instrumentos contundentes y de armas de fuego recorrían las calles practicando registros domiciliarios y cacheos. Aquella noche se congregaron en las inmediaciones de la casa cuartel de la Guardia Civil diversas personas voceando que era preciso a toda costa desarmar a los guardias civiles. Entonces la fuerza mandada por el capitán Joaquín Serena Enamorado, perteneciente a la 2.ª Compañía de la Comandancia de Albacete, salió a la calle a dispersar a los grupos y al toque de atención dado por el corneta se dispersaron sin que fuera necesario hacer uso de las armas. Alrededor de las diez de la noche fue hecho público el bando declarando el estado de guerra, firmado por el comandante militar de la provincia Enrique Martínez Moreno. Seguidamente el capitán Serena con unas siete parejas de dicha fuerza se dirigió al Ayuntamiento y se hizo cargo del mismo, destituyendo al alcalde y concejales. Además liberaron al teniente de Infantería Pedro Gol Catarineut, que los republicanos habían hecho prisionero y desarmado. El alzamiento estaba protagonizado por la Guardia Civil y veintiséis paisanos. Parece ser que había unos ochenta guardias civiles, muchos de ellos procedentes de pueblos del partido judicial, como Tobarra y Letur, que habían sido concentrados en la capital del mismo, lo que impidió el estallido del alzamiento en ellos por esa misma concentración.

El citado capitán intentó formar una Comisión Gestora Municipal, pero no lo consiguió porque los elementos que consideraba de confianza para tales cargos se excusaron ante la gravedad de aquellas circunstancias, por lo que solamente quedó en el Ayuntamiento el alcalde Cristóbal Díaz Lozano, controlado por la Guardia Civil. Esta, además, procedió a clausurar la Casa del Pueblo y sedes de los partidos y sindicatos de izquierda.

El día 22 llegó una batería de artillería ligera procedente de Cartagena y Murcia, compuesta de cuatro piezas con unos cien artilleros mandada por el comandante Antonio Berdonces, que se situó a unos dos kilómetros de Hellín. También vinieron, procedentes de Cartagena, unos ciento cincuenta soldados de Infantería y una compañía de Infantería de Marina y gran cantidad de paisanos armados como milicianos mandados por el teniente Burguete y un diputado apellidado Zafra. A ellos se sumaron republicanos de Hellín.

Sobre las once de la mañana de ese día, las fuerzas sitiadoras enviaron en concepto de emisarios a dos vecinos de la localidad, quienes entregaron un escrito al capitán de la Guardia Civil pidiéndole la rendición. Además le advertían que de no rendirse abrirían fuego contra el cuartel. El capitán Serena Enamorado no solo no aceptó la rendición sino que procedió a detener a los dos emisarios y a organizar la defensa en el cuartel, colocando una ametralladora en cada uno de los tres balcones.

El ataque comenzó inmediatamente a cargo de dos baterías del Regimiento de Artillería Ligera n.º 6 de la guarnición de Murcia, dos compañías de Infantería del 34 Regimiento de Cartagena y otra de Infantería de Marina, más guardias de Asalto, Carabineros y grandes contingentes de milicianos procedentes de Cartagena y Murcia. La artillería hizo varios disparos sobre la población en dirección a la casa cuartel, en el momento en que numerosos grupos de milicianos armados trataban de entrar en la ciudad por el desmonte de la vía férrea denominado Cerro del Pino, ordenando el capitán Joaquín Serena se abriera fuego contra ellos. Las bajas que les causaron impidieron conseguir su propósito.

Poco después sobrevoló la población un aparato arrojando varias bombas en las inmediaciones de la casa cuartel, que ocasionaron varios muertos de la población civil. Ante la gravedad de la situación el capitán de

la Guardia Civil puso en libertad a los dos emisarios que había detenido y los envió con un escrito en el que se ofrecía a negociar. Se suspendió el fuego y hacia las cuatro de la tarde el capitán de Artillería Rufino Bañón se presentó en la casa cuartel para conferenciar con el capitán Serena, quien no aceptó la propuesta del capitán Bañón de rendición y entrega de armamento. Entonces hizo presencia en la casa cuartel el comandante Berdonces acompañado de dos tenientes de la misma arma y de forma inesperada acordaron sumarse a los sublevados[8], a lo que se opuso el referido capitán Bañón. Ante esta oposición el comandante y el capitán Serena acordaron que toda la fuerza de la Guardia Civil con su armamento y municiones saliera en concepto de rehenes para Murcia a las órdenes del referido comandante Berdonces para unirse a las fuerzas de la Guardia Civil en Albacete. Sobre las diez de la noche marcharon en camiones por la carretera de Elche de la Sierra, haciendo ver con esto que se dirigían por Caravaca a Murcia, pero al llegar a Elche de la Sierra se bifurcaron por la carretera de Lister presentándose en Albacete sobre las cinco de la mañana del día siguiente.

Al salir de esta ciudad la Guardia Civil entró en la misma el capitán Bañón con las cuatro piezas de artillería, ametralladoras y fuerza a sus órdenes, alojándose en la posada de San Juan y en la casa cuartel de la Guardia Civil. Al llegar el comandante de la Guardia Civil Ángel Molina Galano con unas cincuenta parejas en camiones a esta ciudad sorprendió al referido capitán Bañón y a la fuerza a sus órdenes. Los hizo prisioneros, incautándose de las piezas de artillería y demás armamento y municiones y unos cincuenta caballos, llevándoselo todo a Albacete. Hellín, por abandono, quedaba definitivamente en poder de la República.

El día 23 persistió sobre la capital el bombardeo de la aviación republicana, que se procuró neutralizar, sin éxito, con los pocos medios disponibles. Por la emisora radio-telegráfica del cuartel se comunicaron a Tetuán todas las novedades, interesando el envío de munición y de aviación; «no obstante —se escribe en la *Causa General*—, se continúa con el mayor entusiasmo acudiendo a todos aquellos puntos donde era necesaria la presencia de las fuerzas. Por la tarde, con el fin de cortar el avance de dos columnas que se sabía venían hacia esta, se procedió en virtud de orden de

los Jefes del Movimiento a la voladura de las vías férreas de Murcia y Valencia y emplazamiento de las piezas de artillería que en Hellín habían sido copadas».

El día 24 continuaron los bombardeos en Albacete, causando cuatro nuevas víctimas: dos mujeres, un hombre y una niña. Por la tarde, el jefe de las fuerzas sublevadas destacadas en Villarrobledo comunicó la existencia de una columna en las proximidades de Socuéllamos y las condiciones de rendición que ya le había propuesto el enemigo, las que rechazó desde el primer momento. En vista de ello, el mando le ordenó la voladura de la vía férrea de Madrid y su repliegue a Albacete, efectuándolo en unión de todas las fuerzas y armamento en la misma noche.

Las tropas leales y las milicias entraron en Villarrobledo, expulsando de sus posiciones a los rebeldes y apoderándose de la fábrica de harinas y de la iglesia, posiciones desde las cuales dominaban la situación. En esta población la trama golpista estuvo encabezada por el falangista Jesús Ortiz, actuando de enlace con los conspiradores de Albacete el abogado Francisco Jiménez de Córdoba. La noche del día 19 este llegó a Villarrobledo y en unión de un grupo de falangistas acudió al cuartel de la Guardia Civil. Con la ayuda de los guardias presentes marcharon al Ayuntamiento, destituyendo al alcalde, que fue sustituido por el capitán de Infantería retirado Francisco Barnuevo. Declararon el estado de guerra, clausurada la Casa del Pueblo y fueron detenidos algunos republicanos significados. Los guardias se marcharon a Albacete, quedando el pueblo en poder de los falangistas hasta que el día 24 llegaron las columnas de guardias civiles fieles al Gobierno y milicianos de Alcázar de San Juan, Tomelloso, Campo de Criptana, Pedro Muñoz y Socuéllamos, concentrados en esta última población[9].

A este éxito se unía otro de tanta o más importancia: la toma de Chinchilla por las columnas de Murcia y Alicante. El camino hacia Albacete estaba libre… «El entusiasmo que estas noticias han producido en Madrid es muy grande», decía la prensa[10].

Los sublevados tenían claro que ya estaba todo perdido. Comenzó entonces una serie de mensajes por radio entre el comandante militar de Albacete y Franco, interceptados por un ingeniero albacetense en su

estación receptora[11]. La situación era desesperada. A las siete y diez de la mañana del día 25 el comandante militar de Albacete enviaba un mensaje por radio angustioso solicitando refuerzos al general Franco, en Tetuán, y al general Cabanellas, en Valladolid:

> En estos momentos avanzan por carretera Valencia, hacia la capital a una distancia de dos kilómetros fuerzas de Artillería y de Infantería, protegidas por aparatos de Aviación: Espero romperé fuego inmediatamente, estando dispuesto con primer Jefe esta Comandancia y fuerzas a sus órdenes a perder vida en defensa de España. Úrgeme envíen refuerzos. Caso no funcionar esta estación, sería por corte fluido, no por rendición. ¡Arriba España!

Cincuenta minutos después el general Franco daba esperanzas a los rebeldes de Albacete con la contestación al mensaje anterior:

> Enviaré refuerzos. Resista hasta heroísmo. Fe en el éxito. Constantemente deme noticias[12].

Pero los refuerzos no llegaron. Solo consta el envío de un Fokker 20-2, que despegó inmediatamente de Tetuán… pero su piloto, el teniente Ureña, aterrizó horas después en Getafe, poniéndose a las órdenes de las autoridades militares republicanas.

La situación era desesperada. A las doce y diez de la mañana, el comandante Molina solicitaba de forma agónica auxilio con un nuevo mensaje, dramático por la dificilísima situación: «Desmoralización fuerzas extremada», argumentó. Mientras Molina intentaba convencer al gobernador militar Martínez Moreno de continuar la lucha, el teniente coronel Chápuli se suicidó. A Tetuán llegó el último mensaje de los sublevados a las doce horas y cuarenta minutos:

> Artillería, aviones, nos bombardean incesantemente. ¡Socorro! ¡Socorro! Primer Jefe Comandancia suicidase. Imposible sostenerse

> en esta situación. 12,40 mañana.- Albacete a generales Franco y Cabanellas donde se encuentren: Vamos a rendirnos.

La insistencia de las incursiones aéreas y sus bombardeos a la línea defensiva había indicado la proximidad de la columna enemiga, «pudiéndose entonces apreciar la inutilidad de las piezas de artillería por la traición de varios sargentos y algunos sirvientes que se pasaron a los rojos», decían textualmente los informes de la *Causa General*. Se intentó repararlas, pero solo se consiguió que hicieran unos disparos. Ante esta situación se dio la orden de retirada al cuartel y sin tener tiempo material para la concentración, la población quedó invadida por las columnas republicanas procedentes de Alicante y Cartagena sobre las trece horas del día 25 de julio. Muerto el comandante militar Martínez Moreno, Molina formó a unos trescientos guardias civiles para rendirse formalmente. Los civiles, mientras tanto, salieron huyendo por donde pudieron.

El alzamiento había fracasado. En la rendición tomaron parte una batería de cuatro obuses de Murcia y Cartagena, una compañía de Infantería de Marina, una compañía del Regimiento de Infantería n.º 34, una compañía de Infantería n.º 4, doscientos cincuenta carabineros, una compañía de guardias de Asalto, dos mil milicianos de distintas provincias y unos mil quinientos de Albacete[13]. Posteriormente fueron liberados de la cárcel el gobernador civil y cuatro diputados a Cortes del Frente Popular, detenidos desde el inicio de la rebelión. Un diputado por Murcia fue quien puso en conocimiento del gobierno la noticia de la rendición de los rebeldes albaceteños con un telegrama al subsecretario de Comunicaciones. «Fernando Valera, después de agradecer la rapidez con que le informó Moreno Galvache, se apresuró a dar cuenta al presidente de la República y al gobierno de la sensacional noticia»[14]. La caída de Albacete produjo un efecto dominó en los pueblos aún sublevados de la provincia, como Alborea, Yeste, Balazote, La Gineta y Mahora. El día 27 los detenidos en Albacete llegaron a Alicante, como informaba la prensa:

> Han llegado trescientos prisioneros sediciosos procedentes de Albacete. La fuerza pública que los custodiaba los ha librado de la

> indignación del pueblo. Quedaron 180 instalados en las bodegas del vapor Jaime II y los restantes en las del vapor Sil, ambos requisados para utilizarlos como prisión[15].

Parece ser que veintiséis de ellos fueron asesinados a bordo del *Sil*. Los responsables no pudieron o no quisieron evitar el ajusticiamiento popular.

10

El norte, republicano

10.1. Santander, una de las mayores sorpresas

En un principio puede parecer difícil entender cómo en una provincia donde las opciones políticas derechistas eran mayoritarias (en las elecciones de febrero de 1936 venció la candidatura contrarrevolucionaria con el 51,1 por 100 de los votos), donde la mayor parte de las fuerzas militares eran proclives a participar en el alzamiento y donde su jefe superior era la cabeza de la conspiración, esta fracasara. Los efectivos armados se limitaban al Regimiento de Infantería n.º 21 (con un batallón en la capital y otro en Santoña, encargado fundamentalmente de vigilar el Centro Penitenciario de El Dueso), la Columna Móvil de Municiones a Lomo y la Sección Móvil de Evacuación Veterinaria, ambas en Santoña, así como los escasos efectivos de la Caja de Recluta n.º 42, la Caja de Ingenieros y las fuerzas encuadradas en la Comandancia de Marina. La Guardia Civil tenía quinientos ochenta efectivos, cien de ellos en la capital.

Para los conservadores, la indecisión del coronel Pérez y García Argüelles fue determinante. «Esta percepción, carente del mínimo rigor histórico, aún pervive en nuestros días porque sirve para ocultar las deficiencias de los planes conspiratorios, la dispersión de esfuerzos, la

escasa coordinación entre los distintos grupos y, en último término, la incapacidad de la derecha regional para ofrecer una respuesta de conjunto ante la actuación, más monolítica y decidida, de sus oponentes políticos»[1].

Para Miguel Ángel Solla, el movimiento subversivo contra la República estuvo en Cantabria mal planificado y peor ejecutado; se dejaron muchos cabos sueltos, fiándose mucho en el albedrío y voluntad de ciertas personas, especialmente militares. Confiaban en un triunfo fácil y que bastaría la material declaración de guerra, un simple papelito pegado en cuatro esquinas, para que toda La Montaña quedara incorporada al movimiento, sin dispararse un tiro. La trama golpista militar no era clara y única, sino que se desdoblaba en varias: la de los militares santanderinos, la de los oficiales de la guarnición de Santoña y la de, al menos sobre el papel, la Guardia Civil. Unos y otros andaban por su lado. Los únicos que aparecían coordinados directamente con los planes golpistas del general Mola eran los oficiales de la guarnición de Santoña, que lograron la adhesión de la Guardia Civil de la localidad, de los falangistas y de doscientos miembros de otros partidos, a los que pensaban organizar como fuerza armada auxiliar.

En la capital faltaron contactos con otras fuerzas que decían comprometidas (Guardia Civil, Carabineros, Asalto), pensando que estaban aseguradas. Además, la actitud del coronel José Pérez y García Argüelles, jefe de la guarnición de la capital, no era clara. Por lo menos, así lo veía el general Varela, que unos días antes del inicio del alzamiento envió a Santander al diputado *cedista* por Valladolid Luciano de la Calzada, para conocer cómo se encontraban los preparativos del golpe y, sobre todo, la actitud del coronel. En gran parte, los recelos de Varela se retrotraían a la Sanjurjada, en la que Argüelles pudo haber estado implicado y en la que finalmente no se decidió a tomar parte.

También el gobernador civil mostró cierta tibieza al estallar el alzamiento, aunque fue compensada por la resolución firme del presidente de la Diputación Provincial y del Frente Popular Provincial, el socialista Juan Ruiz Olazarán, quien aunó todos los esfuerzos de las izquierdas. La misma noche del 17 de julio convocó a los representantes del Frente Popular, de la UGT y de la Federación Local de Sindicatos (CNT) a una

reunión en la sede del Frente Popular, en la que decidieron constituirse en sesión permanente. La decisión de la central anarquista de unirse a las fuerzas del Frente Popular se tomó esa misma noche, dándose a conocer en un comunicado radiado y poniendo su firma en un manifiesto conjunto de todas las fuerzas izquierdistas, que se publicó al día siguiente en la prensa local.

Posteriormente, Olazarán se dirigió al Congreso de las JSU, donde consiguió organizar varios grupos de jóvenes que se dirigieron a vigilar el cuartel de Infantería y sus alrededores. Los jóvenes socialistas se vieron reforzados por grupos de obreros del muelle de Santander, que se apostaron rápidamente en las cercanías del cuartel del Alta. Después visitó al jefe de la Guardia de Asalto, capitán César Puig García, que puso sus fuerzas de forma incondicional al servicio del régimen republicano. Finalmente, fue al encuentro del gobernador civil, Enrique Balmaseda Vélez, al que encontró en el Teatro Coliseum; allí «brevemente le informé de lo que ocurría y me contestó que a consecuencia de la visita que por la tarde habíamos hecho al *Jaime I* estaba bajo los efectos de una fuerte insolación, que se encontraba indispuesto y que se iba a acostar»[2].

Después de su encuentro con el gobernador decidió seguir adelante en la defensa de la República. Mandó emisarios a todos los municipios de la provincia para informar a las autoridades locales y directivos políticos y sindicales, pidiéndoles que adoptaran medidas de vigilancia como las que se implantaban en la capital, donde se dispuso la organización de grupos de vigilancia y defensa de los centros obreros, de los oficiales y de los servicios públicos. La sensación de unidad entre las fuerzas del Frente Popular se reforzó ante la opinión pública con la lectura en la radio y la aparición en prensa de manifiestos donde todas ellas anunciaban su decidida intención de apoyar a la República y de oponerse a cualquier intento involucionista.

Para cortar cualquier tipo de comunicación que les pudiera llegar a los militares santanderinos, Olazarán se desplazó a la Central de Correos y Telégrafos, donde designó al ugetista José Martín del Castillo interventor de todas las comunicaciones, ordenándole que cualquier telegrama o conferencia para las autoridades militares se le enviase antes a él. Así

lograron interceptar varios telegramas llegados de Burgos con órdenes de Mola para declarar el estado de guerra y para incorporar a todos los oficiales y tropa que se encontraran disfrutando de permiso. El coronel José Pérez y García Argüelles hizo varios intentos por hacerse con ellos, mandando a subordinados al Gobierno Civil bajo el pretexto de ser telegramas de tipo familiar. También fueron interceptadas dos llamadas telefónicas procedentes de Burgos y Oviedo.

A pesar de los controles establecidos, Argüelles mantuvo contacto telefónico con el general Batet, jefe de la VI División, y con el propio Mola. Pero las medidas adoptadas por el Frente Popular sirvieron para interceptar las claves para el levantamiento, aislando a los conspiradores del resto de la sublevación e impidiendo a Argüelles estar al tanto de los hechos, lo que le obligó a servirse de canales poco fiables para tomar sus decisiones, como las charlas radiofónicas del general Queipo de Llano.

El coronel Argüelles reunió a sus jefes y oficiales la misma noche del 17 para darles la noticia pero sin adoptar ninguna medida concreta, quizás pendiente de la orden de Burgos para alzarse. El día 18 aceleró los preparativos defensivos en el cuartel del Alta. Mandó colocar ametralladoras en varios puntos y sacos terreros en las partes más altas. Fueron a verle civiles y militares para requerirle la urgencia de declarar el estado de guerra, pero se opuso alegando no haber recibido órdenes de sus superiores jerárquicos. A otros, como el alcalde de Santander, el republicano Ernesto del Castillo, les manifestaba mientras tanto su apoyo a la legalidad y su decisión de no sublevar sus tropas. También, parece ser, repitió este compromiso al capitán Puig, al que manifestó «no tener pensamiento de sublevarse»[3]. Al gobernador civil le indicó «que llevaba cuarenta y tres años de servicio y no se había sublevado nunca ni pensaba sublevarse»[4].

El día 18, Olazarán junto a Bruno Alonso, recién llegado de Madrid, y Ramón Ruiz Rebollo acordaron, vista la situación y especialmente la actitud pasiva del gobernador civil, trasladarse a su despacho y exigirle su renuncia al cargo. Parece ser que no opuso ningún tipo de resistencia, levantándose un acta en la que se asentaba que en virtud de encontrarse enfermo resignaba el mando civil en el presidente de la Diputación. A la actitud

firme de Olazarán y de los diputados Alonso y Ruiz Rebollo hay que sumar la de las fuerzas de orden público. «Tanto los Guardias de Asalto como los Carabineros se pusieron incondicionalmente al lado de la República mientras que la Guardia Civil actuó, en la mayoría de los lugares, como un espectador pasivo en espera de una llamada a la sublevación que no llegó a producirse»[5].

Olazarán ordenó reunir la máxima cantidad posible de armas para ofrecerlas a las organizaciones obreras. Las consiguieron de la Guardia de Asalto, de la Guardia Municipal, de las armerías de la ciudad, de casas particulares de derechistas y de Santoña, tras el fracaso de la sublevación allí. El día 19, en reunión mantenida a las once de la noche en el Gobierno Civil, consiguió que el coronel aceptara firmar una nota que se publicó al día siguiente en *La Hoja Oficial del Lunes*, en la que manifestaba la lealtad de la guarnición militar y su compromiso para defender a la autoridad civil, representación legítima de la nación. Esta terminó de desmoralizar a los conspiradores.

El día 21 de julio varios hechos debilitaron de forma definitiva la posición y el ánimo de los conspiradores. Ese día se sucedieron la rendición del destacamento de la Guardia Civil de Torrelavega, que permanecía acantonada, la toma de Potes por milicianos santanderinos y asturianos y los trágicos sucesos de Reinosa, donde fueron asesinados diecinueve guardias civiles, el alcalde de la localidad y uno de sus ayudantes. A estas circunstancias pueden sumarse las del fracaso de la sublevación en Asturias y Vizcaya. «En esta coyuntura, no es de extrañar que los civiles concentrados en la capital procedieran a dispersarse en busca de tiempos mejores»[6].

El día 24 llegaron a Santander dos emisarios carlistas enviados desde Burgos por Pedro Sainz Rodríguez que hicieron entrega al coronel Argüelles de una carta en la que se le urgía a que se levantara en armas contra la República. Al día siguiente envió un recado a Pino con la clave previamente convenida: «Mándame al médico»; posteriormente, un emisario le llevó otro mensaje: «Envíame la gente al cuartel con distintivos los que tengan y los que no, con un volante ya que de acuerdo con el coronel de la Guardia Civil, estamos dispuestos a salir a la calle. Tenemos

noticias de que hacia Santander viene una columna de Burgos». Se fueron cursando estas órdenes a los implicados. «Cuando, por fin, el dispositivo parecía estar a punto, con Pino y cien voluntarios apostados en las inmediaciones del Cuartel dispuestos a entrar en el mismo, les llegó la inesperada noticia de que el coronel José Pérez y García Argüelles había cedido el mando, dándose, de esta manera, por terminada cualquier esperanza de sublevación en Santander»[7].

Olazarán desconfiaba de la actitud del coronel, de modo que decidió, de acuerdo con Bruno Alonso y Ramón Ruiz Rebollo, efectuar un golpe de mano, consiguiendo el nombramiento como jefe militar de Santander del comandante José García Vayas, responsable de las fuerzas en Santoña como jefe del segundo batallón del Regimiento Valencia n.º 23. El coronel pidió que le dieran la orden por escrito, lo que consiguieron las autoridades civiles de Madrid. La situación quedó definitivamente controlada por el Frente Popular. La sublevación fracasó de forma estrepitosa, produciéndose una de las mayores sorpresas que la Guerra Civil conoció en sus comienzos.

El coronel Argüelles permaneció recluido en casa del diputado Ramón Ruiz Rebollo, pasando a continuación al barco-prisión *Alfonso Pérez,* y, posteriormente, por problemas de salud, fue trasladado al Hospital Valdecilla, permaneciendo en el mismo hasta la entrada de las tropas franquistas en Santander. Fue fusilado, tras juicio sumarísimo, el 18 de noviembre de 1937. La justicia republicana también le había juzgado, en enero de 1937, por el delito de rebelión militar.

Como regla general, y salvo escasas excepciones, la provincia se mantuvo a la expectativa de lo que ocurría en la capital, esperando que del triunfo de los militares santanderinos se derivase el suyo. En Santoña hubo varios intentos sediciosos, que fueron abortados con rapidez. El día 18, el comandante García Vayas se encontró a los oficiales del cuartel reunidos en la sala de banderas junto con los oficiales de Artillería, Sanidad y el capitán de la Guardia Civil en actitud desafiante, mientras emisarios habían ido a Burgos a recibir órdenes directas. Vayas les arengó, recordándoles su juramento prestado de defender la República, y ordenó que todos los oficiales y clases que no estuvieran de servicio deberían marchar a sus respectivos domicilios. Al día siguiente, Vayas y sus compañeros

decidieron, en previsión de nuevos movimientos, proceder al reparto de armas a los milicianos republicanos.

El día 19 volvió de Burgos con el bando de Mola dispuesto a levantar a las tropas. Vicente Herrería se dirigió al cuartel de Infantería, donde observó que en su explanada se hallaban más de un centenar de izquierdistas. Se fue hacia el cuartel de Artillería, donde el teniente Ulibarri le relató que los políticos republicanos y el comandante García Vayas se habían adelantado a los planes conspirativos en Infantería, siendo preciso buscar hombres para asaltar el cuartel. «En media hora Herrería consiguió hacerse con los servicios de unos cuarenta voluntarios, que, sin embargo, al teniente le parecieron insuficientes; poco después, cuando había conseguido otros veinte, vio cómo llevaban detenidos a los capitanes Medialdea y Guerra, y, además, cómo frente al recinto de Infantería se disponían formados unos 300 marineros al mando de Leoncio Villarías y Leoncio Alonso, motivos que le hicieron comprender la inutilidad de sus esfuerzos, dando por perdida la situación»[8].

Por la noche todavía hubo un nuevo intento golpista de varios oficiales del cuartel de Artillería, que formaron retenes armados. Los oficiales fueron depuestos por Vayas. El último intento lo protagonizaron los oficiales del Centro Penitenciario de El Dueso, el día 20. García Vayas ordenó el arresto domiciliario del capitán jefe y un teniente, nombrando jefe de la unidad al alférez Joaquín Barba.

En Reinosa los hechos no están claros, pero parece ser que el alcalde, enterado de que una columna de guardias civiles enviados a Corconte se pasó a zona nacionalista, llamó al teniente de la Guardia Civil al Ayuntamiento. El alcalde le ordenó que entregara las armas. El oficial se negó, comenzó una discusión y en el fragor de la misma, disparó sobre el alcalde y su acompañante. Los milicianos acribillaron al teniente y a dieciséis guardias. A continuación, grupos de ciudadanos rodearon el cuartel de la Guardia Civil, que se rindió sin oponer resistencia.

10.2. Asturias y el cerco de Oviedo

El coronel Antonio Aranda Mata, que había participado en la fase final de la revolución de octubre de 1934 como encargado de controlar los puertos de montaña que comunican Asturias con León, era en julio del 36 jefe de la Comandancia Militar Exenta de Asturias. Cuando estalló el alzamiento tuvo que improvisar la estrategia de la sublevación en Asturias, aunque lo hizo sobre un documento que había elaborado en febrero de 1936 con el fin de contener posibles incidentes tras el triunfo en las elecciones del Frente Popular y la salida de la cárcel, como luego sucedió, de unos catorce mil presos amnistiados. En él consideraba indispensable dominar la costa de la zona central de Asturias y más concretamente los puertos de Gijón y de Avilés, a través de los que sería más fácil recibir refuerzos que por los puertos de montaña, bien conocidos por él. También jugaba un papel fundamental Oviedo, por ser el principal centro de comunicaciones y residir en ella el mando civil y militar, así como la guarnición militar más importante. Además, en su entorno se situaban las fábricas de armas de Oviedo y Trubia y las de explosivos de La Manjoya y Cayés.

El 19 de julio, al iniciarse la sublevación en Asturias, casi todo sucedió al contrario de lo previsto por el coronel Aranda[9]. En Gijón, el Regimiento de Simancas fracasó en la misión que tenía encomendada. La Compañía de la Guardia Civil y el Batallón de Zapadores se recluyeron en los cuarteles. La Compañía de la Guardia de Asalto permaneció fiel a la República. La Fábrica de Trubia y la Compañía del Regimiento del Milán que la custodiaba quedaron en poder de las fuerzas republicanas, al no adherirse el coronel director de la fábrica al alzamiento. La práctica totalidad de la Guardia Civil de guarnición en la cuenca minera del Nalón (Langreo) fue derrotada por las milicias. Las fuerzas de Carabineros quedaron en zona republicana.

El coronel Aranda tuvo conocimiento de la iniciación del alzamiento en Marruecos el 17 de julio a las doce de la noche, mediante conferencia telefónica con Ceuta donde residía su mujer y su hermano, el comandante Luis Aranda, uno de los enlaces y organizadores de la rebelión en el norte de África[10]. A la mañana siguiente, ordenó la concentración de las fuerzas de la Guardia Civil sobre sus cabeceras, razonándolo ante el gobernador civil, Isidro Liarte Lausín, como medida de precaución. Por la tarde, y sin

conocimiento del gobernador, ordenó la concentración de las compañías en Oviedo, salvo la de Gijón.

Mientras el coronel Aranda preparaba el terreno para la sublevación, el gobernador tomaba las primeras medidas para oponerse a tal posibilidad. El día 18 encomendó a la Guardia de Seguridad y Asalto que tomara posesión de los puntos más importantes de la ciudad, emplazándose ametralladoras en la Casa Blanca, uno de los edificios más altos de Oviedo. También les encomendó, en unión de las milicias, patrullar la ciudad y detener a los falangistas más exaltados.

Las autoridades, confiadas en el fracaso de la sublevación en Asturias, decidieron enviar una nutrida expedición de mineros a Madrid, que partió de la capital a última hora del día 18 y madrugada del 19. Las tres columnas que la conformaban partieron una por carretera y otras dos en tren. El coronel Aranda dio su consentimiento, pensando que se quitaba de en medio a varios miles de enemigos, unos tres mil quinientos, según las estimaciones de los milicianos que llegaron a León en la mañana del 19 de julio.

En la madrugada del domingo 19 fue llamado por el general Mola, quien le informó sobre la marcha del movimiento, preguntándole sobre su actitud. Aranda «le comunicó que pensaba apoderarse de Oviedo aquel mismo día, en cuanto tuviese fuerzas suficientes a lo que respondió con una cariñosa felicitación»[11].

Esa misma mañana recibió orden del gobernador civil de entregar las armas almacenadas en el cuartel a las milicias. Intentó perder tiempo solicitando la orden por escrito del propio ministro de la Guerra. Hacia las tres y media de la tarde se recibió en la Comandancia Militar la orden por medio de un telegrama del ministro. Aranda replicó a la orden proclamando la incorporación al alzamiento de sus fuerzas y las de la Guardia Civil que acababan de llegar de distintos puntos de la provincia.

El coronel Aranda y su Estado Mayor se trasladaron al cuartel de Pelayo, sede del Regimiento de Infantería de Montaña Milán n.º 3, donde se reunió con los mandos militares, salvo con el responsable de la Guardia de Asalto, que permanecía fiel al gobierno. Al comandante Gerardo Caballero, de la Guardia de Seguridad y Asalto, le encomendó la misión de tomar el

cuartel de Santa Clara, sede de las compañías n.º 10 y 42 de Asalto, con algunos de sus hombres y con la Guardia Civil. Una vez conseguido el objetivo, procedieron a ocupar los centros estratégicos más importantes de la ciudad, como Correos, Telégrafos, emisora de radio, estaciones de ferrocarril y el Gobierno Civil. Una compañía del Regimiento Milán ocupó a las seis de la tarde la Loma de Pando, posición de gran importancia para proteger los cuarteles y dominar los accesos a Oviedo por las carreteras de Gijón y de Santander.

A las diez de la noche la ciudad estaba totalmente dominada. Según el coronel Aranda, «el Movimiento en Oviedo tuvo éxito completo a base de sorpresa y de la rapidez y energía en la ejecución realizándose tan sólo por fuerzas militares y sin que hubiera realmente serios combates que entablar»[12]. A las 22.15 el coronel se dirigía a los asturianos a través de la emisora Radio Asturias para comunicarles la resignación del mando por parte del gobernador civil y su detención, lo que significaba el triunfo del alzamiento militar. El gobernador se rindió ante las fuerzas militares y posteriormente, tras consejo de guerra, fue ejecutado.

A las dos de la madrugada se presentó en la cárcel Modelo un teniente de la Guardia Civil acompañado de veinte hombres que liberó a los presos falangistas y tomó posesión de la prisión. A primera hora de la mañana del día 20, el capitán Laredo pidió un grupo de voluntarios para tomar el Ayuntamiento. Al llegar allí se encontraron que no había nada que tomar, pues estaba vacío. A las diez de la mañana del lunes 20 de julio salía del cuartel de Pelayo una compañía de Infantería al mando del capitán Pedro Bruzo Valdés. Recorrió las principales calles de Oviedo a los sones de la banda de trompetas y tambores. En la esquina de la plaza de la Escandalera con Uría el capitán procedió a leer el bando de guerra.

En esa misma mañana las fuerzas de Aranda ocuparon las posiciones estratégicas de las afueras de la ciudad. La ocupación se hizo prácticamente sin encontrar resistencia, salvo un encuentro en el barrio de San Lázaro, que se resolvió persiguiendo a los oponentes hasta el alto del Cementerio, lugar que quedó ocupado por la Guardia Civil.

La ciudad de Oviedo quedaba aislada en un entorno hostil, pues la mayor parte de Asturias permanecía fiel a la República. Pero las fuerzas del

coronel Aranda estaban dispuestas a resistir. Para la defensa de Oviedo contó en un principio, según Guillermo García, con ochocientos cincuenta y seis civiles voluntarios, la mayoría falangistas que acudieron tras su llamamiento radiofónico, y con dos mil ochocientos noventa y siete militares, de ellos mil ciento sesenta y cinco guardias civiles. En esos momentos la ciudad sumaba 42 000 habitantes.

En las primeras semanas del sitio, según un testigo presencial[13], capitán de la Guardia de Asalto, la vida en Oviedo era bastante normal, muy animada y demasiado frívola. Las calles estaban muy concurridas y los cafés llenos, y al caer la tarde se armaba un paseo animadísimo en la calle de Uría y Peñalva, punto de reunión de la gente. Desde mediados de agosto la vida cotidiana comenzó a variar. En los lugares próximos a la ciudad comenzaron a sentirse los tiroteos, cañonazos, zumbido de dinamita y repiqueteo de ametralladoras. «El cerco fue apretándose y hubo de comenzar a apretarse, lo primero, el estómago». El cerco de Oviedo se mantuvo hasta el 17 de octubre de 1936. Hacia las nueve de la noche de ese día las tropas franquistas entraban en la ciudad por la calle de Independencia y la plaza de América.

10.3. País Vasco

> Resulta que puedo vanagloriarme de ser no solo uno de tantos, sino una de las primeras figuras [del Alzamiento] y esto no porque tenga condiciones de valer extraordinarias sino porque la Providencia me iluminó y me inspiró en todo momento. [General García Benítez, comandante militar de Vitoria y responsable de su alzamiento.][14]

En la mayor parte del País Vasco fracasó el alzamiento. Guipúzcoa, Vizcaya y buena parte de Álava permanecieron fieles a la República por distintas circunstancias. En Guipúzcoa la insuficiente organización de los rebeldes,

la reacción popular y la resuelta actuación de las fuerzas políticas, entre las que cabría destacar a la persona del diputado nacionalista Manuel Irujo, fueron las causas de que no prosperase la sublevación militar[15]. También hay que añadir la iniciativa del gobernador civil, Rufino García Larache.

En la sede del Gobierno Civil en San Sebastián se concentraron todas las autoridades políticas y militares y tomaron diversas medidas con carácter de urgencia: cierre de la frontera, requisa de dinamita, control sobre el teléfono automático y sobre las comunicaciones provinciales. Además se ordenaba al jefe encargado de la Telefónica que bajo ningún pretexto y bajo su responsabilidad personal y directa, responsabilidad de vida o muerte, se estableciese comunicación entre Guipúzcoa y cualquiera otra provincia que no hubiese sido antes concedida por el gobernador civil. La postura del PNV contribuyó al éxito de las autoridades republicanas, al ponerse incondicionalmente al lado de los poderes legítimos, manifestando en una nota su adhesión a la República, ordenando a todos sus organismos que se dispusieran a luchar por la defensa del régimen[16].

Los representantes de las fuerzas políticas y sindicales decidieron realizar distintas proclamas y llamamientos al vecindario para condenar la sublevación militar y tranquilizar a la población vasca, que fueron insistentemente radiadas en las primeras horas de incertidumbre. Se carecía de mandos militares, armas y municiones. El único cuerpo que inspiraba confianza era el de los Miqueletes, la Guardia Foral, que se declaró rápidamente a disposición de las autoridades republicanas. «Se nos habían ofrecido la Guardia Civil, la de Asalto y Carabineros. No fiábamos en la lealtad de ninguno de ellos», recuerda Manuel Irujo[17]. Los anarquistas y comunistas se hicieron inmediatamente dueños de las calles, impusieron sus controles, constituyeron sus comités, practicaron registros y detenciones, protegieron los establecimientos bancarios y se incautaron de los servicios de correos y comunicaciones. Banderas rojas y rojinegras llenaron los automóviles, tranvías, vapores, edificios públicos y sedes de organizaciones políticas y sindicales.

El comandante de Estado Mayor Augusto Pérez Garmendia, que se hallaba de permiso en San Sebastián, se presentó al gobernador civil para rogar se le facilitase un coche con objeto de reintegrarse a su guarnición en

Oviedo. Le pidieron que se quedara. «Se ha de quedar Vd. con nosotros. Nos hace falta, y sobre todo hace falta a la República». La respuesta del comandante Garmendia fue tajante: «Yo soy un militar y un republicano. Pero esto es lo de menos. Soy sobre todo un hombre al servicio de los poderes legítimos que ahora representa el Gobierno constituido, y me pongo al servicio de la República y de sus representantes para todo lo que puedan necesitar de mí»[18]. Así fue como el comandante Garmendia quedaba convertido en general de las fuerzas gubernamentales.

El día 18 tuvo lugar el bautismo de fuego. En las primeras horas de la noche del sábado, en la parte del Bulevar comprendida entre el Gran Casino y el Club Náutico, los soldados de artillería comenzaron los disparos con una ametralladora emplazada a la entrada de la calle de Igentea. Desde las bocacalles próximas las milicias populares replicaban al fuego de los militares. El tiroteo se mantuvo toda la noche, secundado por las descargas de los elementos civiles que decidieron apoyar a los militares sublevados. El comandante militar no había declarado el estado de guerra, pero tampoco ofrecía una posición enérgica frente a los rebeldes.

El gobernador civil convocó para las ocho de la mañana del domingo 19 una reunión de mandos militares para ver en qué opción estaban. El coronel León Carrasco Amilibia, gobernador militar, abandonó su indecisión de la última noche para reiterar sus promesas de lealtad, aunque según declararía posteriormente ante la *Causa General*, «se hallaba prisionero». Monárquico, no participó en la conspiración por su carácter indeciso y por la desconfianza de Mola hacia su persona, aunque el día 21 se sumó a la sublevación.

El comandante Garmendia dispuso que una vez hecha la recluta ciudadana el martes por la mañana partiera una columna en dirección a Mondragón, con el propósito de unirse a la que, saliente de Bilbao, se disponía a sofocar el foco sedicioso de Vitoria. Pero a las diez de la mañana, formadas ya todo a lo largo del Barrio del Antiguo las milicias populares y las secciones adictas de la Guardia Civil, Carabineros y Miqueletes, todavía no aparecía el refuerzo prometido, una batería del Regimiento de Artillería. El comandante Garmendia ordenó la marcha y se puso al frente de su columna.

Al salir las tropas, el 21 de julio, los militares sublevados se hicieron con la ciudad bajo el mando del general Muslera, que había sido miembro del Directorio Militar de Primo de Rivera. Mola había decidido enviarle a San Sebastián ante la desconfianza que sentía hacia el coronel Carrasco y el teniente coronel Vallespín. El veterano militar sería posteriormente fusilado por los republicanos tras un consejo de guerra, al igual que el coronel Carrasco, aunque en este caso sin formalidad judicial alguna[19].

Conscientes de la pérdida de la ciudad, las autoridades civiles decidieron evacuar el Gobierno Civil y salir hacia Eibar. Allí se reunieron con el comandante Garmendia, que dispuso la marcha de su columna hacia San Sebastián para volver a recuperar la ciudad. Eran las dos de la tarde del martes. Al atardecer se pusieron en marcha los primeros camiones y automóviles expedicionarios.

Los primeros objetivos se cumplieron. La inexistencia de un jefe por parte de los sublevados y los titubeos de las primeras horas resultaron decisivos para el fracaso de la intentona golpista. Fraccionada la columna, cuatro secciones ocuparon puntos estratégicos para rodear los cuarteles de Loyola y hacer imposible toda salida. Simultáneamente otro nutrido destacamento penetraba en la ciudad y se posesionaba de la Diputación, y en los puntos donde se consideró preciso se establecían retenes. La ciudad de San Sebastián quedaba ocupada pacíficamente hasta que los sublevados rompieron las hostilidades.

El día 22 los militares sublevados vuelven a la carga. La lucha adquirió inusitada violencia e intensidad en la zona de Amara, principalmente en la calle de Larramendi donde estaba la sede de la CNT y en la calle de Easo donde provisionalmente se había instalado la Comandancia Militar. En todas partes se peleaba con arrojo. Los sublevados estaban dirigidos por el coronel de la Guardia Civil Ignacio López de Ogaylla, coronel Francisco Arrue Oyarbide de Carabineros y por el coronel Carrasco, que dirigían las operaciones desde los cuarteles de Loyola, ante un inactivo general Muslera. Sus fuerzas, compuestas por paisanos, guardias de Asalto, artilleros y guardias civiles, dominaron el Hotel María Cristina, el Gran Casino y la Comandancia Militar. Desde muchas azoteas, elementos civiles y fuerzas militares iniciaron un intenso tiroteo sobre las masas combatientes

que se hallaban diseminadas por la ciudad en pequeños y numerosos destacamentos, situándose especialmente en los portales de las calles de tránsito obligado y junto a las barricadas levantadas desde el sábado anterior.

El comandante Garmendia instaló su cuartel general en los bajos de la casa número 47 de la calle de Easo, casi en la esquina de la de Larramendi. Los rebeldes localizaron el cuartel general y marcharon a su asalto. Después de varias horas de combate vino el cese de hostilidades, el silencio. Las fuerzas populares habían vencido. La lucha en la calle quedaba liquidada. Ahora restaba por dominar los focos rebeldes del Casino, de la Comandancia Militar y del Hotel María Cristina, para dirigir la ofensiva sobre los cuarteles de Loyola. El comandante Garmendia, con su ayudante de campo, el comandante Larrea, se dirigió a la Diputación Provincial, nuevo emplazamiento del cuartel general, donde ya se habían instalado a primera hora el gobernador civil de la provincia y demás autoridades republicanas. Eran las cinco y media de la mañana. La noche del 22 al 23 se dedicó a la toma del Casino, dirigida por el comandante de la Guardia Civil Mauricio García Echaniz y treinta y cinco guardias más un nutrido grupo de milicianos. Una ametralladora custodiaba la puerta del Casino, pero el soldado que la servía cayó de un certero disparo. «Bajo un fuego violentísimo de los sitiados, los asaltantes escalaron las verjas, las ventanas y penetraron con enorme valentía en el Gran Casino»[20]. Fueron recogidos ocho cadáveres y veinte prisioneros. Después marcharon al Hotel María Cristina. Las fuerzas del interior se rindieron. Posteriormente fueron a la Comandancia Militar, último reducto. Tras su caída marcharon a los cuarteles de Loyola. Los rebeldes, sitiados, pidieron parlamentar. Por la tarde se entregó a la representación parlamentaria el excomandante militar de la plaza, coronel Carrasco, que fue detenido. La rendición del cuartel fue inmediata. A las once de la mañana, los jefes oficiales y paisanos fueron trasladados en varios autobuses a la Diputación en calidad de detenidos.

El fracaso de la sublevación se debió a distintas causas. En primer lugar, la propia inestabilidad en la jefatura del alzamiento. En el País Vasco la orden de levantamiento llegó a tiempo y fue suficientemente conocida, al publicarse en la portada de *El Diario Vasco* la clave asignada: «Mañana

hará buen tiempo»[21]. Pero nadie tenía claro quién mandaba. En Guipúzcoa, según el entonces teniente coronel José Vallespín Cobián[22], el comandante de Estado Mayor Bartolomé Barba estuvo en San Sebastián para estudiar sobre el terreno y ver cuál era el jefe más conveniente para la preparación del movimiento. Al estimar que el coronel de Artillería y comandante militar de la plaza León Carrasco Amilibia «no reunía condiciones para misión de tal naturaleza por ser altamente sospechoso a las autoridades del movimiento», decidió designar al coronel Vallespín responsable del mismo, «que quedó comprometido bajo su firma en documento apropiado. Diciéndole que recibiría las oportunas instrucciones y consignas se despidió aquel Jefe». Pero las instrucciones no llegaban, «por la razón sencilla de haberle desplazado las autoridades del Movimiento de su puesto natural de mando y directivo, dejándole en un papel secundario de simple acción individual. Las razones que hubo para obrar de esta manera son hoy perfectamente conocidas, estando basadas en informes dados sobre su persona acerca de su poca aptitud para conspirador; los más definitivos los dio el Coronel de Ingenieros Don Luis Barrios». Se sintió desplazado al enterarse de reuniones a las que no era invitado. Por ello decidió no asumir responsabilidades. Ya veía el fracaso, al dejar de lado al jefe jerárquico. Pocos días antes del alzamiento acudió Vallespín a entrevistarse con Mola para recabar su apoyo. No le garantizó nada. Solo quería saber el estado de las tropas en San Sebastián. Vallespín le habló de las dificultades de contar con un movimiento homogéneo. Si le daba el mando de la plaza «le aseguraba un éxito por la ayuda de organizaciones armadas que ya tenía prevenidas». No volvió a saber nada de Mola hasta el 12 de julio, que le llamó para que fuera a Pamplona. Le volvió a manifestar sus temores. Mola se comprometió a enviarle las instrucciones con un enlace de confianza, «cosa que desde luego no hizo». Por ello, llegado el momento, no asumió responsabilidades de mando, aunque hizo todo lo posible por el movimiento.

En segundo lugar estaba el no haber contado con los civiles, falangistas principalmente. Según informe de 1942 de Falange, el día 19 de julio por la mañana las fuerzas civiles rebeldes se trasladaron a los cuarteles de Loyola, unos en los camiones de artillería, y otros a pie; pero no fueron admitidos

en el cuartel de Artillería, por no autorizarlo el coronel Carrasco. En cambio fueron bien recibidos todos los voluntarios en el cuartel de Ingenieros, donde se les facilitó uniformes y el armamento necesario, y se les instruyó (a los que no sabían) sobre el manejo del fusil. Serían aproximadamente las once y media o doce del mediodía del 19 de julio cuando todos los voluntarios que se encontraban en los cuarteles de Ingenieros de Loyola recibieron la orden de ponerse nuevamente de paisanos y de abandonarlos. «Esta orden desmoralizó a todos estos voluntarios, pues reconocían que, dada la época se hallaban muchos soldados o la mayoría de ellos con permiso en sus casas y constituían por tanto un valioso refuerzo para las Tropas»[23].

En tercer lugar, por la propia estrategia militar. Aunque tuvieron éxitos importantes, «no fueron de eficacia alguna por falta de estrategia militar, ya que en lugar de ocupar las calles o puntos estratégicos de la población, se encerraron y se hicieron fuertes en el Gran Casino, Gobierno Militar, Hotel María Cristina y en los Cuarteles de Loyola y alrededores. Circunstancias estas que aprovecharon los rojos en cuanto llegaron refuerzos de Eibar y el resto de la Provincia para comenzar un ataque en toda regla sobre dichos puntos de resistencia militar, ya que se encontraban muy separados los unos de los otros, haciéndose difícil los enlaces entre ellos, por tener las líneas telefónicas cortadas y no disponer de personal suficiente para desplazarlo»[24].

Además de las causas apuntadas por las autoridades franquistas hay que añadir la tradición proletaria, la importante implantación social de las organizaciones políticas y sindicales de izquierda y el alineamiento con la República del PNV, la fuerza social más importante de la provincia[25].

En Bilbao, parte de la oficialidad del cuartel de Garellano, después conocido como de Basurto, estaba implicada en la conspiración, pero su tentativa de rebeldía, hecha patente en una arenga del teniente Del Oso a los soldados de su compañía a primeras horas del día 18, fracasó ante la intervención decidida del jefe del Batallón de Montaña teniente coronel Joaquín Vidal, leal a la República, y del coronel Fernández Piñerúa, comandante militar de la plaza.

En la noche del 18 al 19 de julio, desde Pamplona el general de brigada Francisco García Escámez telefoneó al coronel Andrés Fernández Piñerúa Iraola para ordenarle que declarase el estado de guerra, ocupando la población y haciéndose cargo del gobierno y mando de la plaza. El coronel le contestó que no obedecía más órdenes que las del general Batet, que era el jefe de la división, y que no estaba dispuesto a declarar el estado de guerra. El general intentó convencer al coronel, con el que no contaban previamente, insistiéndole en la necesidad de declarar el estado de guerra y de no repartir armas al pueblo, «haciéndole ver que él respondería con su cabeza de la sangre que se derramase en Bilbao»[26].

El teniente coronel Ortiz de Zárate, del Batallón de Montaña, fue el alma de la conspiración, pero acababa de perder su destino al ser ascendido a coronel. Como fiel aliado tuvo al teniente José María Bellas Jiménez, destinado en su misma unidad. Este, junto a Manuel Hedilla, del Consejo Nacional de Falange, se encargó de preparar la sublevación en contacto directo con las guarniciones de Logroño, Santander, Vitoria, San Sebastián y Pamplona. El día 17 de julio, según su propio testimonio[27], recibió la visita del capitán Carbajo, quien le comunica que el teniente coronel Ortiz de Zárate, por orden del general Mola, tiene que ir a Pamplona, quedando como jefe del movimiento en Bilbao el comandante Anglada.

El 19 de julio el teniente Bellas acudió a una reunión en el cuartel del Batallón de Montaña con todos los jefes y oficiales más significativos de la guarnición. A ella asistieron también el comandante militar de la plaza coronel Piñerúa, acompañado del capitán de su Estado Mayor Vicente Lafuente, el teniente coronel Vidal, del Batallón de Montaña, el teniente coronel de la Guardia Civil Santiago Colina, el jefe de las fuerzas de Asalto comandante Aizpuru, el teniente coronel de Carabineros y el jefe de Forales comandante Montaner. Todos ellos se manifestaron contrarios al alzamiento, según Bellas. «El comandante Anglada manifestó que él se consideraba como jefe del Batallón de Montaña, el cual contaba con doscientos ochenta hombres, la mayoría voluntarios y muchos de ellos hijos de guardias civiles, por lo que no se decidía a salir a la calle dadas las opiniones que se habían expuesto y la escasa fuerza de que disponía para hacer triunfar el Alzamiento mediante un acto de fuerza». El teniente

coronel de la Guardia Civil, incluso, «dijo que él tenía ochocientos guardias civiles concentrados en Bilbao y que si el Batallón de Montaña no era afecto al Gobierno del Frente Popular él atacaría el Cuartel en que estaba alojado con sus ochocientos hombres». La reunión finalizó de forma violenta, cuando el teniente coronel de Infantería Vizcaíno, que estaba en situación de disponible, se dirigió al comandante militar Piñerúa, «sacó su pistola intentando matar a este llamándole traidor, impidiéndolo el capitán Lafuente que le cogió la pistola». De cualquier forma, el cuartel estaba ya rodeado por militantes de las organizaciones obreras, dispuestos a oponerse por todos los medios a la insurrección.

Los falangistas, concentrados en las llamadas casas de Sota de la Gran Vía, cine Buenos Aires y otros lugares, tuvieron que desistir ante la actitud de los jefes militares. Los requetés también esperaban las órdenes que nunca llegaron. Días antes del golpe militar habían solicitado armas al capitán Ramos, uno de los oficiales más implicados en la conspiración, con el que los representantes de la milicia carlista se habían reunido en diversas ocasiones. No pareció conveniente esa medida, acordando con ellos que cuando se declarase el estado de guerra acudieran al cuartel inmediatamente[28].

Los carlistas no querían desistir del intento de alzamiento e idearon un plan consistente en liberar a tres de los cerebros de la conspiración, comandante Ichaso, capitán Ramos y teniente Ausín, retenidos en la Comandancia Militar (y fusilados meses más tarde tras condena del Tribunal Popular), e iniciar el alzamiento en el momento en que las tropas y milicias salieran de la ciudad al rescate de otras poblaciones. El jefe tradicionalista de la provincia, Fernando Lezama, recibió el día 19 la orden de trasladarse a Vitoria en avioneta y comunicar el estado de la situación en Bilbao. Este solicitó la urgente llegada del teniente coronel Ortiz de Zárate, «pues su presencia era de influencia decisiva». El día 20, el jefe de los requetés, comandante Alejandro Velarde, ordena concentrar a sus fuerzas en los pisos de la Gran Vía 60 y 62. Se reúnen allí unos doscientos requetés. Ante la falta de órdenes y ante el temor de ser descubiertos, a las ocho de la mañana del día 21 el comandante dio la orden de dispersar sus fuerzas. La mayoría lograron salir, pero un grupo de unos veinticinco fueron detenidos

por guardias de Asalto y milicianos[29]. Se acababa todo intento de alzamiento en Bilbao.

En Basauri, al tener conocimiento del alzamiento, el 18 de julio, los requetés no se limitaron a esperar, sino que con escopetas se concentraron en el Círculo Carlista. Allí llegaron también falangistas y afiliados de Renovación Española. Pero la indecisión de los militares del cuartel de Basurto hacía que pasara el tiempo sin recibir consigna alguna. Pronto fueron detenidos por fuerzas de la Guardia Civil[30].

En Álava triunfó el alzamiento en la capital, Vitoria, y en varias de sus poblaciones, pero no en toda la provincia. Municipios como Llodio, Amurrio, Oquendo, Lezama, Ayala, Arrastaria y Arceniega permanecieron fieles a la República sobre todo gracias a los milicianos de otras provincias cercanas, que acudieron raudos a su defensa. En Villarreal todo permanecía en calma hasta el 21 de julio. Ese día el teniente de la Guardia Civil José Palacios Buitrago, acompañado de dos cabos y diecisiete guardias, intentó sublevar a las fuerzas de la Comandancia allí destinadas. Fueron detenidos esa misma tarde por fuerzas de la columna de Ochandiano. El teniente jefe de la Línea de Villarreal fue posteriormente juzgado y condenado a muerte por delito de rebelión por el Tribunal Popular de Euzkadi. En noviembre de 1936 se fugó de la prisión en compañía de otro de sus compañeros[31].

En Vitoria el día 19 de julio el teniente coronel Camilo Alonso Vega declaró el estado de guerra. Según algunas fuentes[32], el teniente coronel, que después sería ministro de la Gobernación con Franco, dirigió la conspiración a las órdenes de Mola, sin encontrar obstáculos entre sus compañeros de armas. Las autoridades del Frente Popular no opusieron resistencia al golpe militar, aunque las organizaciones obreras reaccionaron al día siguiente convocando la huelga general. El gobernador civil aceptó la proposición de escapar hecha por el gobernador militar.

El general Ángel García Benítez se sumó con los acontecimientos en marcha ante la solicitud del responsable del alzamiento, Alonso Vega. El general García Benítez mandaba la 3.ª Brigada de la División de Caballería, formada por los regimientos de España (Burgos) y Numancia (Vitoria). Por tener su residencia en Vitoria era el comandante militar de la plaza, viviendo en el pabellón del Gobierno Militar. Según su testimonio, sólo su

resuelta decisión hizo que el alzamiento triunfara en Vitoria[33]. A medianoche del 18 de julio ordenó que acudieran a su despacho el coronel Abreu, que mandaba el Regimiento de Artillería de Montaña; el coronel Campos Guereta, responsable del de Caballería de Numancia; el teniente coronel Camilo Alonso Vega, al frente del Batallón de Flandes; y el comandante Ubago, jefe de la Plana Mayor de la Brigada y a la vez secretario del Gobierno Militar. Una vez reunidos les comunicó la decisión de alzarse contra «el Gobierno de asesinos que padecía España», según sus palabras. A propuesta suya, todos se juramentaron para no rendir Vitoria mientras quedase alguno de ellos con vida.

Posteriormente habló telefónicamente con el general Mola, a quien comunicó que la guarnición de Vitoria estaba a sus órdenes. Mola le encomendó declarar inmediatamente el estado de guerra y le autorizó a nombrar nuevas autoridades. Nada más colgar el teléfono le llamó el general Miaja, quien le preguntó si se había declarado el estado de guerra. El general Ángel García Benítez le contesta que no, pero que se va a declarar inmediatamente. «Entonces Miaja, dice que es Ministro de la Guerra y que ordena al dicente no lo declare, contestándole que él no obedece más que al General Mola, colgando el teléfono». El general García Benítez estuvo hasta el 10 de octubre al frente de la provincia, con el mando de todas las tropas que la guarnecían, contribuyendo con ellas a aguantar el empuje de Vizcaya y Guipúzcoa.

Los vitorianos acogieron los nuevos acontecimientos desarrollados a partir del 18 de julio con frialdad, apatía y tibieza, nada que ver con las manifestaciones entusiastas hacia los sublevados de ciudades como Pamplona, Salamanca o Burgos[34]. Los carlistas, como en el caso navarro, tenían un gran peso, y ambas capitales habían organizado la movilización del Requeté de modo similar. Sin embargo, la respuesta fue distinta, por lo que republicanos y nacionalistas tenían serias esperanzas de que Vitoria fuera recuperada para la República.

Con una guarnición indecisa, una Guardia Civil y de Asalto del lado gubernamental (el comandante Torres se había ofrecido para defender la legalidad, y la Guardia de Asalto estaba desplegada por el centro), entre doscientos y trescientos militantes del PNV dispuestos a empuñar las armas

y un arsenal de armamento importante, bastaba con mantenerse unidos y armar a los ciudadanos para evitar el triunfo del alzamiento. Pero las cosas sucedieron al contrario de lo que esperaban los republicanos. La mayoría culpó al gobernador civil por no entregar las armas al pueblo y no ver oportuna la intervención de las fuerzas de orden público hasta cuando ya era demasiado tarde y los militares sublevados (cuartel de Flandes) estaban esparcidos por toda la ciudad acompañados de miles de requetés venidos de toda la provincia. Cuando la compañía a las órdenes del capitán Tapia leía el día 19 de julio el bando de guerra la capital estaba ya controlada y los republicanos organizaban la huida.

Los requetés hicieron patrullas por el casco viejo. Tuvieron un enfrentamiento a tiros con un joven anarquista que se escapaba y les respondía con una pistola. Por su parte, los falangistas se dedicaron a tomar el edificio de telégrafos, ocupar la fábrica de electricidad, la redacción del periódico *La Libertad* y a recorrer las tabernas de los barrios populares deteniendo a la gente que se negaba a gritar ¡Arriba España! El día 20 llegó a desarrollarse la huelga convocada por los sindicatos, aunque con poca asistencia y mucho miedo.

11

El noroeste: Galicia, un triunfo fácil para los sublevados

EN GALICIA TRIUNFÓ EL alzamiento. La Coruña se convirtió en un símbolo decisivo para el destino del golpe en esta región[1]. La población de La Coruña comenzó a saber de la sublevación de las tropas en Marruecos el 17 de julio por el continuo toque de sirenas del puerto, clave utilizada por los sindicatos para avisar de la misma. Los sindicatos, sobre todo el anarquista FLO, convocaron una reunión de todas las organizaciones en la plaza de toros, donde se intentó organizar la defensa de la ciudad. Su líder, Moreno Torres, realizó un llamamiento a la toma de armas debido a la inactividad del Gobierno Civil: «Parecemos Hermanas de la Caridad, nosotros no debemos pedir armas, sino buscarlas, exactamente igual que cuando se va a la panadería a por pan».

El gobernador civil Pérez Carballo intentaba tomar decisiones en un momento en el que le llegaban noticias contradictorias. Por un lado, desde el gobierno de Madrid le remitían órdenes de calma y prudencia; por otro, desde pocos metros de su sede le llegaban noticias de la sublevación de los militares. En todo momento quiso ofrecer una imagen de tranquilidad y de dominio de la situación, para lo cual llegó a salir al balcón del Gobierno

Civil acompañado de los mandos de la Guardia Civil y de Asalto. Además, consiguió que un camión de la Guardia Civil y dos de la Guardia de Asalto recorrieran la ciudad para demostrar su adhesión. También la actividad de los milicianos era evidente en la capital, adonde llegaban de todos los pueblos de la provincia ante la importancia estratégica que tenía la ciudad en esos primeros momentos. Se dedicaron a patrullar por las calles de la ciudad, especialmente por la noche.

La intensa actividad de vigilancia y la oposición del capitán general Salcedo no pudieron impedir el movimiento de los militares partidarios de la sublevación. El día 20 de julio numerosos mandos militares exigen a Salcedo la declaración del estado de guerra. Ante su negativa, y tras un forcejeo, el general cede el poder, tomándolo el militar más antiguo en la plaza, el coronel Cánovas Lacruz. Este declara con un bando el estado de guerra y deja el control militar de la ciudad al coronel Martín Alonso, que logra también el apoyo de la Guardia Civil.

La toma del Gobierno Civil se convirtió en el símbolo de la resistencia de milicianos y militares leales. Tras el lanzamiento de varios cañonazos, las autoridades civiles decidieron salir con bandera blanca de la institución tras aproximadamente dos horas de combate. La defensa del Gobierno Civil, encargada a la Guardia de Asalto, contó con cierto colaboracionismo por su parte, ya que tiraron unos treinta proyectiles hacia las fuerzas rebeldes y ninguno dio en el blanco… ¡todos fueron al agua! La actuación del resto de fuerzas de seguridad no fue más alentadora para las autoridades republicanas: la mayor parte de la plantilla de Carabineros se ausentó esos días por distintos motivos, fundamentalmente por problemas de salud, según alegaron. Los guardias municipales tuvieron más celo, pero poco pudieron hacer en su defensa de Correos, que fue entregado tras conversaciones con las tropas sublevadas. La resistencia de los milicianos se saldó con ocho muertos y treinta y seis heridos. Las fuerzas rebeldes tuvieron cuatro bajas. El día 21, la mayoría de las milicias llegadas de todos los pueblos salieron de la ciudad hacia sus lugares de origen o hacia las sierras más próximas. La toma de La Coruña finalizaba con relativa facilidad.

En Santiago de Compostela, las tropas militares y la Guardia Civil salieron a la calle a las cero horas del día 21 tras una señal de dos cañonazos. Una hora y media después la ciudad era ocupada tras el control de los principales puntos estratégicos sin ningún tipo de resistencia: Ayuntamiento, Universidad, Radio Galicia, cárcel… A las dos de la mañana fue proclamado el estado de guerra. Al amanecer, la ciudad estaba tomada por los militares con puestos de ametralladoras situados en lugares estratégicos, especialmente en las antiguas puertas de entrada y en los cruces de vías de comunicación.

En Ferrol se sublevaron los mandos de la Marina al conocerse la declaración del estado de guerra en La Coruña. Las autoridades municipales organizaron una manifestación de repulsa, que salió del Ayuntamiento y Casa del Pueblo a las tres de la tarde del día 20, previo el disparo de tres bombas. Los manifestantes se dirigieron hacia el Arsenal, pero fueron recibidos en la Puerta del Dique con una ametralladora instalada en su azotea, entablándose un intenso tiroteo. Los manifestantes se dirigieron entonces a la Puerta del Parque, siguiendo la muralla, intentando saltar las tapias del cuartel de Instrucción. Otra ametralladora ubicada en la azotea de Artillería acabó con las intenciones de los manifestantes, que se fueron hacia el centro de la población. A continuación, las fuerzas de Artillería e Infantería de Marina y Ejército se dirigieron también hacia el centro de la ciudad. Fueron recibidos por algunos disparos de los obreros, aunque pronto consiguieron hacerse con el control de la ciudad. El alcalde se rendía tras la amenaza de ser bombardeado el edificio consistorial.

Al mismo tiempo, la marinería de los buques *España*, *Contramaestre Casado* y *Cervera* se amotinaba, al negarse la tropa a secundar las órdenes de sus comandantes para que desembarcaran y contribuyeran a la toma de la ciudad con el resto de las fuerzas militares[2]. En el *España* se produjo un intenso tiroteo entre oficiales y marineros que acabó con la muerte del comandante y de varios de sus oficiales. Mejor suerte corrieron los mandos del *Contramaestre Casado*, cuyo comandante y oficiales fueron encerrados en la cámara de estos. En el crucero *Cervera*, que se encontraba en el Dique de la Constructora Naval, mataron al segundo comandante cuando intentaba subir a cubierta para reprimir el amotinamiento, y después de un tiroteo

entre amotinados y jefes y oficiales, estos fueron detenidos y recluidos en la cámara del comandante, quedando el buque en poder de los marineros.

Las fuerzas leales a la República de los tres buques consiguieron apoderarse de gran parte del Arsenal, excepto las Puertas del Parque y Dique, la Comandancia General, el cuartel de Guardias Arsenales y el buque *Velasco*, único que permaneció fiel a las tropas sublevadas. Del Estado Mayor llegaron dos jefes a la Comandancia General que destituyeron al almirante del Arsenal. Durante toda la noche hubo un intenso tiroteo entre unos y otros, especialmente contra los buques. A las fuerzas de Artillería e Infantería de Marina se sumaron las de la Guardia Civil, que no descansaban en su tiroteo hacia el *España* desde su cuartel, instalado en el edificio de la Intervención de Marina. Desde el *Cervera* se hicieron varios disparos de cañón sobre la Comandancia General, lo que obligó a trasladarla a la Casa de Correos.

En la mañana del día 21 un avión Saboya, perteneciente al Polígono de Marín, lanzó algunas bombas sobre el *Cervera*, amenazando con continuar con el resto de buques e instalaciones del Arsenal en poder de los republicanos. Al caer la tarde de ese mismo día empezaron a rendirse todas las dependencias y buques. El cese total de las hostilidades se producía en la madrugada del día 22.

En Lugo durante la noche del 18 de julio hicieron explosión, sin consecuencias graves, diversos artefactos explosivos colocados en el Palacio Episcopal, en la catedral y en las cercanías del seminario. El día 19 comenzaron a concentrarse en el Gobierno Civil gran número de representantes de organizaciones obreras para exigir al gobernador una actuación rápida y enérgica como la que ellos venían haciendo con la huelga convocada que había logrado cerrar los comercios de la ciudad. El gobernador se sintió desbordado y, quizá, asustado, hasta tal punto que tuvo que echar a algunos de su despacho y amenazar con «resignar el mando y marcharse si toda aquella gente no se retiraba y cumplía sus órdenes de abandonar las calles y volver al trabajo». También ordenó la incautación de todas las armas de las armerías, que quedaron depositadas en el Gobierno Civil a pesar de la insistente petición de obreros y mineros venidos de distintos puntos de la provincia.

Hacia las tres de la tarde del día 20 de julio las fuerzas del Regimiento de Lugo y de la Guardia Civil salieron a la calle, tras el conocimiento del comandante militar de la plaza de que el general de la VIII División había declarado el estado de guerra. Se emplazaron ametralladoras en la muralla y las patrullas se dirigieron hacia los organismos oficiales. En el Gobierno Civil se obligó al gobernador a resignar el mando en la autoridad militar, orden que acató por la fuerza tras mostrar su total desacuerdo. El coronel Xaso Agüero mandó salir a una compañía con bandera, música y banda de trompetas y tambores para dar lectura del bando que declaraba el estado de guerra.

Durante toda la tarde los obreros abandonaron el trabajo y jóvenes falangistas y otros civiles que se ofrecieron a las autoridades militares fueron armados en el cuartel de San Fernando. Con las armas en las manos se dedicaron a servicios de vigilancia, practicando varias detenciones y evitando la concentración de los llegados de otros pueblos. La capital quedaba pacificada.

Entre las zonas que destacaron por su resistencia al golpe militar sobresalió la de Monforte, municipio de gran valor estratégico al comunicar por ferrocarril el resto de Galicia y ser capital comercial en la zona sur. Tras conocerse la declaración del estado de guerra, una pequeña columna de la Guardia Civil salió a la calle, tomando sin resistencia el Ayuntamiento y otros lugares estratégicos, aunque las organizaciones obreras respondieron declarando la huelga general, que paralizó durante varios días la vida comercial e industrial de la población. Los acontecimientos fueron más trágicos en algunos municipios del partido judicial, como por ejemplo en Sober, donde los enfrentamientos provocaron dos muertos. En otros municipios también hubo resistencia, como en San Clodio, donde las fuerzas de la Guardia Civil fueron recibidas a tiros desde las barricadas. En Ribadeo, el día 23 de julio dos columnas procedentes de Lugo entraron en la ciudad «disparando a diestro y siniestro».

En la mayoría de las poblaciones apenas hubo resistencia. Curioso fue el caso de Mondoñedo, que un día antes de la entrada de las fuerzas del Ejército ya estaba tomada por los falangistas. En Villalba por no pasar, no pasó ni la guerra… El periódico *El Progreso* del 9 de agosto decía:

«Villalba es un pueblo excepcional. Aquí no ha llegado la guerra. Prueba de ello son las numerosas familias que vienen a esta villa con objeto de pasar el verano tranquilamente».

En Orense, un telegrama cifrado procedente de La Coruña dio la noticia del inicio de la sublevación en Melilla a la Comandancia Militar de Orense. Su titular, el teniente coronel Luis Soto Rodríguez, se comunicó con el gobernador para mostrarle su preocupación por una eventual respuesta de las masas que provocase alteraciones de orden público, asegurándole que las tropas no saldrían a la calle si no era para contrarrestar a las masas obreras y que no declararía el estado de guerra si no se recibían órdenes de los responsables de la división orgánica, cuya fidelidad a la República parecía clara.

El gobernador decidió constituir rápidamente un Comité de Defensa de la República, donde estuvieran representadas todas las organizaciones del Frente Popular. Los sindicatos y partidos republicanos pedían detener a los mandos comprometidos con la sublevación y armas para el pueblo. El Partido Comunista actuó rápidamente organizando unas treinta escuadras, pero el gobernador no les dio el armamento solicitado con insistencia, accediendo cuando ya el despliegue militar era insuperable[3].

La única medida práctica de gran trascendencia que tomó el gobernador consistió en ordenar que el comandante de Carabineros Federico Ayala Victoria se trasladase a los puestos fronterizos de la mitad sur oriental de la provincia, para contactar con los obreros del ferrocarril para proceder entre todos al corte de puente y vías de comunicación con Zamora. Además, desde el Gobierno Civil salieron instrucciones a todos los ayuntamientos para que organizaran la defensa y requisaran armas y estimularan los registros. «Sobraba entusiasmo antifascista, pero en todas partes faltaban armas y dirección. Por eso, en muchos puntos, autoridades locales y comités organizaron requisas, pero los resultados fueron desalentadores: apenas unas cuantas escopetas de caza y contados revólveres y pistolas».

Las fuerzas civiles comprometidas anduvieron más activas que las militares. Acudieron con prontitud al cuartel a ponerse a disposición del comandante José Ceano, del Batallón de Infantería, a la vez que a intimidarlo para que secundara el golpe.

Los acontecimientos se precipitaron el día 20, una vez proclamado el estado de guerra en La Coruña. Entonces, el teniente coronel de la Guardia Civil Federico Martín de Hijas y el teniente coronel Soto se pusieron al frente del grupo de oficiales que tomó sin derramamiento de sangre la sede del Gobierno Civil, quedando el gobernador retenido en sus habitaciones. El único conato de resistencia en la capital se produjo en las proximidades del Jardín del Posío, donde un grupo de defensores de la República intentó cortar las comunicaciones, pero bastó la presencia de las tropas y unas ráfagas para que se dispersaran apresuradamente. El estado de guerra se proclamaba sin provocar ningún incidente.

En el resto de la provincia las autoridades y milicias republicanas se desvanecieron al conocerse la situación de la capital. Como excepciones resaltar la población de Verín, donde los obreros se hicieron dueños de la situación durante tres jornadas, pero la mera presencia de una columna fuertemente armada los disolvió. También Villar de Barrio, en cuyas proximidades una columna disolvió a tiros a centenares de obreros del ferrocarril que aguardaban la llegada de un cargamento de armas que los dirigentes comunistas les habrían prometido. Y, por último, las comarcas de Valedoras y Las Freiras, donde se producen los más importantes actos de resistencia. En las proximidades del Ayuntamiento de Vilamartín, en la primera de esas comarcas, los sublevados sufren la única baja de toda la provincia: un guardia civil muerto en el enfrentamiento con los milicianos que se hicieron fuertes a la entrada de la localidad. En La Gudiña y La Mezquita la resistencia se prolongó cuatro jornadas ocasionando varias víctimas.

En Pontevedra las autoridades respondieron con prontitud al golpe, asegurando el control de la situación en la provincia hasta el día 20 de julio. El día 17 el gobernador civil y el comisario jefe de la Policía ordenaron el control de los puertos y las fronteras de la provincia. La madrugada del 18 se estableció un operativo de vigilancia sobre el cuartel de Artillería de la capital. Por la tarde, el gobernador Gonzalo Acosta Pan visitó las poblaciones del sur de la provincia, fronterizas con Portugal. En una de ellas, Tuy, el gobernador mantuvo una reunión con el Comité de Defensa de la República en el que figuraban todas las organizaciones del Frente

Popular del Ayuntamiento. A partir de entonces las milicias comenzaron a patrullar por la ciudad.

En la capital de la provincia también se celebró una reunión similar, quedando constituido la noche del 18 de julio el Comité de Defensa de la República, presidido por Jacobo Zbarsky. Ordenó la requisa de armas y explosivos y encargó la organización de las «guardias rojas», con la activa participación de los comunistas.

Ante la desconfianza que le producía la guarnición militar, el día 19 el gobernador se puso en comunicación con todos los alcaldes de la provincia para que adoptasen las medidas de defensa de la legalidad que estimasen oportunas, entre ellas la concentración en sus depósitos municipales de las armas y municiones de las armerías y expendedurías. Después hablaría con las principales autoridades militares, quienes le desmintieron su incorporación al golpe. Sin embargo, el comandante militar de la plaza, Felipe Sánchez, ya había ordenado imprimir el bando de guerra en la multicopista del Batallón del Regimiento Mérida, que la mañana siguiente emplearía para confirmar su adhesión a la rebelión.

El alzamiento en la provincia se inició en Vigo el día 20 de julio. Una compañía de Infantería dirigida por el capitán Carreró recorrió las calles de la ciudad y en la Puerta del Sol leía la declaración del estado de guerra. Algunos de los presentes trataron de impedir su lectura y forcejearon con los soldados, quienes hicieron uso de sus armas provocando los primeros muertos de la provincia en la rebelión militar. Los sublevados ocuparon la Casa del Pueblo y las fuerzas armadas se instalaron en tejados y azoteas de distintos puntos de la ciudad desde donde controlaban los movimientos de los resistentes. Tras varios intentos para conseguir armas de la Guardia Civil, la corporación municipal se rindió a las ocho de la tarde. Quedaron diversos focos armados de resistencia, que fueron definitivamente sofocados el día 23 por fuerzas del cuartel de Mérida, de una sección de Artillería llegada de Pontevedra y por la Guardia Civil.

Desbordados por las noticias que llegaban de Vigo y de La Coruña, el gobernador y el alcalde de Pontevedra, junto al Comité de Defensa de la República, prepararon la defensa de los principales centros civiles y de algunos puntos neurálgicos de la ciudad. Las medidas no impidieron la

salida de los militares y Guardia Civil a la calle, que en primer lugar dispararon a la muchedumbre concentrada frente al cuartel de la Guardia Civil y del Ayuntamiento en señal de repulsa por los acontecimientos, provocando la estampida de los congregados. Ante la salida de las tropas a la calle, el gobernador civil se mostró partidario de entregar el mando, a lo que se decidió finalmente tras el ultimátum lanzado por el general José Luis Iglesias Martínez quien, incorporado a la sublevación, declaró el estado de guerra. La resistencia más seria la pusieron un grupo de sargentos del Regimiento de Artillería n.º 15. Milicianos y «guardias rojas» decidieron enfrentarse a los rebeldes, que debieron emplearse a fondo para tomar el Ayuntamiento de Pontevedra, llegando a ser necesaria la colocación de un cañón frente al edificio y disparar contra los que pretendían su defensa. No fueron los únicos focos de resistencia en la ciudad. Entre todos se contabilizaron tres muertos.

En algunas villas, como La Estrada, Cuntis, Moraña, Puenteareas o Villagarcía, la Guardia Civil se encargó de tomar rápidamente el poder después de la lectura del bando. En otras, como Cangas, el estado de guerra fue declarado por el teniente de Carabineros, al que acompañaban guardias civiles y falangistas. En la mayoría de las poblaciones no se produjo resistencia al golpe. En Marín, los militares del polígono declararon a las seis de la tarde el estado de guerra desde un balcón del Ayuntamiento escoltados por un cañón. Después, con sus hidroaviones y sus soldados ayudarán a las fuerzas de Pontevedra a tomar los pueblos de la comarca, si bien el día 22 de julio la base sufrirá un levantamiento de suboficiales y marineros fieles a la República que será reprimido con la ayuda de las fuerzas de Artillería y Guardia Civil de la capital de la provincia.

También merece destacarse la resistencia al golpe en Tuy. El Comité de Defensa de la República consiguió concentrar un grupo de más de sesenta carabineros y algunas fuerzas de marinería y de milicianos. Se atrincheraron a la entrada de la ciudad y a tres kilómetros de esta. Fuerzas armadas golpistas de Orense, Vigo y Pontevedra se concentraron el día 25 frente a la defensa de la ciudad, de la que se apoderaron el día siguiente tras duros ataques por tierra y aire. El último punto de resistencia de la provincia fue Salvaterra, que aguantó hasta el día 27 de julio.

12

Aragón, La Rioja, Navarra y Castilla y León, para los sublevados

12.1. Aragón

Tras varias horas de noticias confusas y de vacilaciones, en Zaragoza se produjo la sublevación al finalizar la noche del sábado 18 de julio y dar comienzo la madrugada del día 19. El general Cabanellas, jefe de la V División Militar, firmaba el estado de guerra hacia las dos. Dos meses antes había sido recibido en audiencia por el presidente de la República. Como Azaña recordará años después, «Miguel Cabanellas, a unas palabras mías, respondió dándose puñetazos en el pecho, jurando, a gritos, que moriría mil veces por la República; lloraba lágrimas de verdad, que le inundaban la venerable barba blanca»[1].

También debió de engañar al gobernador civil, que la tarde del 18 de julio convocó a los principales líderes políticos y sindicales, jefes militares y presidente de la Audiencia Territorial. Según recuerda este, al llegar el general Cabanellas le preguntó el gobernador cuál era la actitud del Ejército respecto al gobierno, a lo que le contestó «que el Ejército estaba con el

Mando y este con la República»[2]. Pocas horas después declaró el estado de guerra.

El general Cabanellas contaba con el apoyo de sus tropas más las de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. El comisario jefe resultó determinante, al negarse a cumplir la orden del gobernador civil de entregar armas a los obreros. La guarnición más dudosa era la del Regimiento de Artillería Ligera n.º 9, donde figuraban varios jefes y oficiales de ideología republicana. Pero los sublevados tuvieron la fortuna de que los oficiales de guardia la madrugada del 19 de julio eran afectos al movimiento. Gracias a ello consiguieron neutralizar a los enemigos, el control de los servicios y sobre todo del teléfono[3].

También contó con la entusiasta colaboración de militares retirados, agrupados en la Asociación de Retirados de Aragón, y con otras fuerzas civiles. El general Cabanellas ordenó al presidente de la Asociación de Retirados, coronel Francisco Barba Badosa, que sin perder momento se pusiese en marcha según los planes previstos. Reunió a todas sus fuerzas y a los civiles en el Frontón Cinema, donde recibieron las armas largas. La madrugada del día 19 las patrullas denominadas de «Acción Ciudadana» salieron a vigilar y controlar la ciudad, especialmente los barrios obreros. Esta medida se vio completada con el establecimiento de retenes en iglesias, fábricas, centros de enseñanza y estaciones de ferrocarriles, tranvías y autobuses[4]. La ciudad estaba tomada al completo por fuerzas militares y milicias ciudadanas.

Poco podían hacer las organizaciones obreras ante tal despliegue militar. La resistencia consistió en algunos tiroteos nocturnos en las barriadas obreras y en la declaración de la huelga general revolucionaria. Los tiroteos fueron pronto sofocados y la huelga reprimida con rapidez y contundencia. En el barrio de San Blas, el «barrio más rebelde» según los sublevados, una patrulla de la milicia de Acción Ciudadana que custodiaba un carro de conducción de carnes fue agredida. A partir de ahí se produjo un intenso tiroteo durante bastantes horas. Las patrullas prohibieron la entrada y salida de él, poniéndose retenes en todas las casas de comestibles para impedir que se hiciesen ventas. Después de un día en esas condiciones, las mujeres intentaron salir del barrio para hacer sus compras, lo que fue impedido por

los patrulleros. Al atardecer cesó definitivamente el tiroteo, después de la rendición de los milicianos armados[5].

Tras la detención del gobernador civil y del general Núñez de Prado, enviado por el gobierno para hacerse cargo del mando militar de la plaza, el golpe se extendió por la provincia en unas horas gracias a la efectividad de los puestos de la Guardia Civil repartidos por todo su territorio y al Regimiento de Artillería de Calatayud, cuyos militares procedieron a destituir a las autoridades municipales y a la detención de los principales dirigentes políticos y sindicales. En esta ciudad, el 18 de julio los derechistas se concentraron en el Círculo Católico, presentándose después casi todos ellos en el cuartel de Artillería «para ofrecer sus servicios e indicar la conveniencia de que se declarase el estado de guerra»[6]. Este se declaró el 20 de julio, a media tarde. Los gestores municipales, a propuesta del alcalde, resolvieron no hacer frente a los artilleros y entregar el Ayuntamiento. Pero las milicias obreras decidieron luchar contra los militares. Se parapetaron en el castillo, desde donde tirotearon a las fuerzas sublevadas. Poco tiempo pudieron aguantar la descarga de las piezas artilleras. La mayoría de los milicianos tuvieron que huir de la ciudad, aunque algunos que no lo lograron fueron detenidos. A las fuerzas militares del coronel jefe del Regimiento de Artillería, Mariano Muñoz Castellanos, se sumaron las de la Guardia Civil, capitaneadas por Juan Parra Fernández.

La gran mayoría de las poblaciones apenas presentaron resistencia. En otras, partidas de republicanos que se echaron al monte se dedicaron a hostigar a las fuerzas militares y a las nuevas autoridades municipales. Por último, otro tipo de acción consistió en la resistencia armada que requirió la intervención de las fuerzas militares. Los principales enfrentamientos armados se dieron en las comarcas de Cinco Villas y Borja, aquellas que presentaban los mayores índices de afiliación a sindicatos y partidos de izquierda.

El dominio de los sublevados era indiscutible en las zonas cercanas a la capital y en otras localidades populosas, pero se hacía más precario a medida que se alejaban de ellas. La Guardia Civil fue concentrada en las cabeceras comarcales y de ahí pasaron, una vez extendido el movimiento en todos los pueblos a base de columnas y retenes, a Zaragoza. Fruto de este

«abandono» resultó fácil a las milicias republicanas de Barcelona recuperar el partido judicial de Caspe y buena parte de los de Pina y Belchite, a partir del 24 de julio, donde se desarrollaron experiencias revolucionarias modelo para el resto de la España republicana. Estas milicias se encuadraban en dos columnas, una comandada por Durruti y Pérez Farrás que entraría por la carretera general de Barcelona-Lérida-Zaragoza, y la otra por Ortiz, que lo haría por el extremo sudoriental. Hubo algunos tiros en Fuendetodos, Samper del Salz y Sástago, pero la gran excepción a ese panorama lo constituyó Caspe, la única población en cuya toma se produce una auténtica batalla entre milicianos y sublevados. El día 24 se inició el enfrentamiento en la localidad entre las fuerzas sublevadas, apoyadas por una columna militar llegada de Zaragoza, y las columnas de Durruti y de Ortiz. Se dio «una defensa tenaz por los sublevados, un gran gasto de municiones, combates intensos calle por calle y decenas de muertos. Tampoco faltaron los episodios dramáticos, como los protagonizados por el capitán de la Guardia Civil quien, antes de caer muerto y loco de excitación, mató a varios caspolinos —además de a su segundo por censurárselo— y utilizó a varias mujeres e incluso a una niña como parapeto frente a las balas milicianas»[7].

Teruel es un ejemplo de capitales de provincia que quedaban alejadas de los centros de decisión militar. Sus escasas fuerzas militares, constituidas por dos jefes, dos oficiales, un suboficial y siete soldados, dependían del cuartel general de la V División situado en Zaragoza. Además estaban destinados en ella unos cincuenta guardias civiles, siete de Asalto y ocho carabineros.

El 18 de julio, el teniente coronel Mariano García Brisolara, jefe de la Caja de Recluta n.º 34 y comandante militar de Teruel, recibió en un telegrama la orden de Zaragoza de declarar el estado de guerra, lo que hizo al día siguiente. Según parece, a las pocas horas fue arrancado de las esquinas en que había sido colocado por el propio gobernador civil, escoltado por algunos agentes de orden público[8].

Dos rasgos definen el golpe militar en Teruel. Por un lado, su dependencia con respecto a la capital aragonesa y, por otro, el destacado papel que desempeñaron las fuerzas de la Guardia Civil, de Asalto y

Seguridad[9]. En un primer momento dominó la incertidumbre, sobre todo por parte de las fuerzas militares más numerosas, las de la Guardia Civil. Su responsable, Pedro Simarro Roig, recibía órdenes contradictorias; por un lado de Zaragoza para sumarse al alzamiento; por otro de Guadalajara, a cuyo tercio pertenecía la Comandancia de Teruel, para mantenerse fiel a la República. El gobernador insistía en esta línea al primer jefe, pero el día 20 la Guardia Civil, de Asalto y de Seguridad, las fuerzas más numerosas, decidieron apoyar el alzamiento, instigados por el comandante Aguado, enviado por el propio gobernador militar. También se produjo la adhesión de Falange Española de Teruel, que desde mayo había ofrecido su concurso incondicional.

El comisario Martínez Casabona mandó a toda la plantilla de guardias de Asalto y Seguridad ocupar los accesos y puntos vulnerables de la ciudad. Mientras tanto, las fuerzas militares procedieron a la detención de los principales líderes políticos y sindicales republicanos, aunque algunos consiguieron huir a los montes que rodean la ciudad. El día 22 fue declarada la huelga general por la Casa del Pueblo, que fue seguida sobre todo por los ferroviarios. Tres días después se ordenó la militarización del ferrocarril, con lo que se dio por finalizada la resistencia al golpe militar.

El alzamiento había triunfado con facilidad en Teruel y posteriormente en algunas poblaciones, como Peralejos, Alfamora y Cuevas Labradas. Los militares sublevados, al mando del militar retirado por la Ley Azaña Tomás Abril Gonzalvo, nombrado delegado militar de la Comandancia por el comandante Aguado, se hicieron con ellas sin ninguna dificultad[10]. Pero el intento de extender la sublevación a toda la provincia fracasó por las columnas de milicianos llegadas de Cataluña, Levante y Castilla La Nueva.

En Huesca el coronel Carmelo García Conde era jefe del Regimiento de Infantería de Valladolid n.º 20 desde el 5 de julio. Comprometido en la conspiración desde su anterior destino en Larache, el mismo día de su toma de posesión reunió en la sala de banderas del cuartel a todos los jefes y oficiales para comunicarles que el alzamiento era un hecho inminente y pedirles su implicación, a lo que mayoritariamente respondieron con su palabra al jefe del regimiento, según su propio testimonio[11]. El 19 de julio, a las cinco de la mañana, el general Gregorio de Benito Terraza, gobernador

militar de la plaza de Huesca, le mandó ir a su despacho, diciéndole que había recibido indicaciones del general Mola para que iniciase el alzamiento, lo que ordenó al general García Conde. Este fue al cuartel, formó a las fuerzas en armas en el patio, «exhortándoles —según palabras textuales de su declaración— a que por la indigna manera de proceder contra la Patria y los sentimientos más íntimos de todo ser Español, se alzaba contra el llamado Gobierno que tan nefastamente regía los destinos del país». Con dos compañías de fusiles y una de ametralladoras, dejando otra de reserva en el cuartel, tomó militarmente la ciudad, apoderándose del Gobierno Civil, edificio de Correos y Telégrafos y otras dependencias oficiales. Seguidamente declaró el estado de guerra. Desde ese momento la población quedó bajo el mando militar, sin que hubiera ningún disturbio grave, nada más que pequeños tiroteos durante algunas noches. A las fuerzas militares se sumaron los jefes y oficiales de la Zona de Reclutamiento y Caja de Recluta, la Guardia Civil y la de Asalto.

En Jaca, en la madrugada del 19 de julio el coronel Rafael Bernabeu Masip, jefe del Regimiento de Infantería Galicia n.º 19, ordenaba al comandante La Vega salir a proclamar el estado de guerra y apoderarse de la población, lo que hizo con facilidad aunque no sin oposición por parte de las milicias obreras, que consiguieron matar a tres oficiales[12].

En la capital y en Jaca había triunfado fácilmente el alzamiento, pero en gran parte de su provincia fracasó. En Barbastro, el coronel José Villalba Rubio, comandante militar de la plaza, consiguió mantener leales a unas fuerzas militares en las que la mayor parte de sus jefes y oficiales estaban a favor del alzamiento. Según el teniente coronel jefe del Batallón de Montaña n.º 4, José González Morales[13], el 19 de julio a primera hora de la mañana se presentó el coronel Villalba en su despacho comunicándole que había recibido un telegrama de Huesca para que procediera a la inmediata declaración del estado de guerra, mostrándose remiso el coronel so pretexto de que él no dependía de Huesca sino de Barcelona. Allí mismo le telefoneó el presidente de la Diputación, quien le dijo que no declarase el estado de guerra, que lo ocurrido era una militarada que había sido sofocada y que en Madrid se había formado un nuevo gobierno, presidido por Martínez Barrio. A continuación, el coronel telefoneó al nuevo ministro de

la Guerra, general Miaja, quien corroboró las palabras del presidente de la Diputación de Huesca y le ordenó que no declarase el estado de guerra y permaneciese a la expectativa sin hacer nada hasta que lo comunicara el Ministerio de la Guerra, y que de lo contrario se atuviese a las consecuencias. El coronel Villalba ordenó al teniente coronel González Morales acuartelar a la tropa. A los pocos minutos llamó el general Cabanellas, desde Zaragoza, para exhortarle a declarar el estado de guerra, pero el coronel se negó a coger el teléfono. El coronel desconfiaba de los oficiales, por lo que ordenó a los suboficiales y soldados que hicieran guardia permanente en las ametralladoras y armeros para impedir su acceso y horas más tarde acabó por quitarles los mandos, ofreciéndoselos a los suboficiales.

El 25 de julio fuerzas de la Guardia Civil y Falange, procedentes de Huesca, intentaron hacerse con la población de Tardienta, sin que fuera posible conseguirlo por la tenaz resistencia de las fuerzas obreras. Las fuerzas militares sublevadas cercaron el municipio, pero pocos días después llegó una columna armada desde Cataluña con unos mil quinientos hombres que reforzó la posición de las fuerzas gubernamentales, quedando fijado en los límites de esta población el frente de combate hasta el 23 de marzo de 1938, día en que entraron las tropas franquistas[14].

12.2. La Rioja

La sublevación triunfó en Logroño por la voluntad de los responsables militares de los dos regimientos de guarnición en la ciudad, Regimiento de Infantería Bailén n.º 24 y Regimiento de Artillería Ligera n.º 12. No hubo apenas resistencia ni se necesitó de la ayuda de la columna del coronel García Escámez que la mañana del día 20 llegaba desde Pamplona para ejecutar el alzamiento junto a las fuerzas locales, que se lanzaron antes del día previsto[15].

Nadie pensaba la tarde del 18 de julio que los militares de Logroño se sumaran a la sublevación sucedida en Melilla. Era sábado y los soldados de

infantería y artillería paseaban por la ciudad junto a la población civil. El gobernador civil no se alarmó ante los acontecimientos que llegaban de otros lugares de España. Por la noche los principales dirigentes y representantes de los partidos y organizaciones obreras del Frente Popular acudieron al Gobierno Civil a reclamar armas. El gobernador no accedió, aunque apenas contaba con algunas pistolas requisadas por los agentes de seguridad.

A primera hora del 19 de julio el comandante Roberto White iniciaba el alzamiento sin esperar el momento acordado, tomando el aeródromo de Recajo a las siete de la mañana. Una hora más tarde, el coronel Ricardo Moltó formaba las tropas del Regimiento de Artillería proclamando la sublevación militar ante sus soldados y unos ciento cincuenta civiles voluntarios que habían convocado. A las nueve, el gobernador militar, general Víctor Carrasco Amilibia, declaraba el estado de guerra desde su despacho, ordenando que una compañía de infantería distribuyera el bando de guerra por las calles de la ciudad.

La actitud de este personaje no está clara. Según la declaración judicial de algunos comprometidos, su adhesión estaba plenamente comprometida con el general Mola, con quien se había entrevistado en diversas ocasiones. Algunos de ellos, sin embargo, desconfiaban de él por la actitud mostrada en los sucesos de la quema de conventos y agresión a unos oficiales de artillería ocurridos meses antes. Las nuevas autoridades le acusaron de negligencia y de poca resolución a favor del alzamiento, sobre todo por oponerse a la solicitud que le realizaron algunos oficiales el día 18 para tomar posiciones estratégicas en los puentes y alrededores de la ciudad esa misma noche y por su pasividad el día 19, solo rota por la declaración del estado de guerra. Carrasco fue detenido el 20 de julio y trasladado a Pamplona, donde permaneció encarcelado hasta que se le juzgó en 1938. Negó todas las acusaciones. Le condenaron por un delito de negligencia a la pena de tres años y un día de prisión, con la accesoria de separación del servicio. En la condena se le acusaba de favorecer a «la chusma frentepopulista» en los incidentes del 14 de marzo; de mantener estrechas relaciones con las autoridades del Frente Popular e íntimas con el alcalde. A

su favor figuraba que accedió sin violencia a la sublevación del 19 de julio, «aunque sin secundarla con entusiasmo»[16].

Tras la declaración del estado de guerra comenzó a ejecutarse el plan de ocupación previsto. Sin apenas resistencia, los militares tomaron el Gobierno Civil, el Ayuntamiento, la Cárcel Provincial, el Instituto de Segunda Enseñanza y la sede de Radio Rioja. Se busca y detiene a los principales líderes políticos y sindicales y a las autoridades locales y provinciales. Sólo hay tiroteos aislados en las inmediaciones del cuartel de la Guardia de Asalto y en la Escuela de Artes y Oficios.

Al día siguiente, cuando desfilaban las tropas de García Escámez por las calles de la capital, con unos mil seiscientos soldados y requetés, grupos aislados dispararon desde los tejados de la Fábrica de Tabacos y edificios cercanos. Varias patrullas de soldados con dos piezas de artillería realizaron una descarga sobre la fachada trasera de la fábrica, poniendo fin a la resistencia en la capital. Sin embargo, se iniciaba en algunas localidades de la provincia, como Alfaro. El día 21 por la tarde llegó allí la columna de Pamplona para sofocar la oposición a la sublevación. El fuego de la artillería y de las ametralladoras sobre las barricadas de la carretera y la plaza de toros acabó con la resistencia. La última población riojana que quedaba por tomar fue Cervera de Río Alhama, dominada al día siguiente por fuerzas de la Guardia Civil y una sección de Ametralladoras. Una vez controlada la situación en La Rioja, la columna navarro-riojana marchó hacia el frente madrileño. El día 24 de julio quedaba desplegada entre Somosierra, Navafría y Riaza.

12.3. NAVARRA

Aunque el general Mola no hará público el estado de guerra en Pamplona hasta el amanecer del día 19 de julio, la toma de todos los edificios oficiales, el cierre e incautación de los centros de las organizaciones del Frente Popular y el control absoluto de la provincia se producen el día anterior. El intento de resistencia más serio lo protagonizó el comandante de

la Guardia Civil José Rodríguez Medel, quien concentró a sus fuerzas para trasladarlas a la Ribera navarra y organizar allí una línea de defensa apoyada en el río Ebro. Sin embargo, fue muerto a tiros el mismo día 18 por alguno de sus hombres mientras intentaba poner en marcha su plan, que contaba con la aprobación del Gobierno Civil y organizaciones obreras. Murió mientras pasaba revista a su tropa, preparada para salir fuera de la capital, donde sabía que no tenía nada que hacer para impedir el alzamiento[17]. En el territorio del general Mola no podía permitirse ningún tipo de fallo.

El coronel Alfonso Beorlegui, por orden de Mola, se puso al frente de todas las fuerzas militares sublevadas. Secundaron el alzamiento el Regimiento de Infantería América n.º 14, Regimiento de Montaña y Grupo Mixto de Ingenieros, de Pamplona; Batallón de Montaña Arapiles, de Estella; y la Guardia Civil, con setenta y seis puestos en la provincia. Comenzaba el control militar de la capital, con cierre de las sedes de los sindicatos y partidos políticos republicanos y de la Casa del Pueblo. Además, se procedió a la detención de los «elementos más destacados del Frente Popular», como reconocía el nuevo gobernador civil. El anterior, Mariano Menor Poblador, abandonó Pamplona en dirección a San Sebastián en un coche que le ofrecieron las autoridades militares.

A las seis de la mañana del día 19 se proclamó la ley marcial por una compañía con bandas de cornetas y tambores del Batallón de Montaña Sicilia. Miles de voluntarios requetés se concentraron en la plaza del Castillo para consolidar la sublevación. La calle se pobló como ocurría en el amanecer de un día cualquiera durante las fiestas de San Fermín. Las casas se empezaron a engalanar con imágenes del Sagrado Corazón o la Virgen del Pilar, colgaduras, guirnaldas y banderas monárquicas y bicolores en los balcones. El general Mola, entre vítores y aplausos, se dio un paseo por las calles más céntricas de la ciudad con dirección a la emisora de radio, desde donde dirigió la palabra a todos los navarros. Todo parecía en calma, pero al atardecer se produjeron nuevos incidentes. Un transeúnte, apellidado Lozano, fue asesinado y herido un barrendero. Durante toda la noche algunos francotiradores dispararon a las patrullas de vigilancia en la zona obrera de la Rochapea. Al amanecer fueron sofocados todos los intentos de

resistencia. La huelga convocada para el lunes día 20 apenas si tuvo seguimiento.

En Navarra, cuna de la conspiración, tuvo mucha importancia en el desarrollo del alzamiento la fuerza civil, como falangistas (setecientos afiliados en junio) y, sobre todo, los carlistas. Tal vez era la provincia española donde mayor presencia de fuerzas paramilitares civiles había en la calle los días 18 y 19 de julio del 36. Los falangistas asaltaron los locales de Izquierda Republicana (plaza del Castillo) el 19 de julio e instalaron allí su sede. Se apoderaron del periódico *La Voz de Navarra*.

Mola había entrado en contacto con los carlistas en el mes de junio, sirviéndole de enlace el diputado Raimundo García, más conocido por *Garcilaso*, director del *Diario de Navarra*. El sábado 18 de julio el general había citado en su despacho en el Gobierno Militar (Capitanía, según se conocía en Pamplona), a los tenientes coroneles Utrilla y Ricardo Rada, el primero, hombre de confianza del presidente de la Junta Carlista de Navarra y máximo responsable operativo del Requeté navarro y el segundo, responsable del Requeté nacional. A ambos ordenó la movilización general del Requeté. «Mola se situaba, de ese modo, en el vértice de mando político y operativo, tratando, ya desde entonces —desde el mismo punto de salida — de ir minorizando la capacidad operativa de unas milicias autónomas, a las que consideraba peligrosas»[18]. Mola ganaba el pulso a los carlistas, quienes pretendían mantener su milicia independiente, sin encuadrar en el Ejército. Alejandro Utrilla redactó una breve nota ordenando la movilización y la concentración en Pamplona al día siguiente. A esas horas, el Requeté de Pamplona se encontraba ya reunido en el Círculo Carlista de la plaza del Castillo dispuesto para actuar, si fuera necesario. Desde ese lugar, Utrilla y Jaime del Burgo (adelantado del primer Requeté del Tercio de Pamplona) confeccionaron durante toda la noche el plan de movilización de la provincia de Navarra. Al día siguiente llegaron por miles a Pamplona de todos los pueblos cercanos.

El formidable gentío que transitó por las carreteras que convergían en Pamplona era una muestra evidente del éxito obtenido en aquella recluta hombre a hombre. La movilización no era consecuencia de la desagregación y ansiedad producida por la atomización de la sociedad. Antes bien, eran

los vínculos de comunidad y las redes de parentesco los que permitieron esa capacidad de movilizar sectores importantes de población[19]. Entre el 19 y el 31 de julio, según los datos recogidos en el Fichero de Combatientes existentes en el Archivo General de Navarra[20], se alistaron once mil voluntarios. De ellos, el 63 por 100 se inscribieron como requetés, el 28 por 100 como falangistas y el 7,5 por 100 en el Ejército. Estos voluntarios, junto a la Guardia Civil y las guarniciones militares de Pamplona y Estella, se ocuparon primero de controlar la Ribera navarra e inmediatamente partieron hacia Madrid, dominando la zona sur de La Rioja.

Mola se encontró con una fuerza con la que apenas había contado, tal vez por las dificultades en la negociación con los carlistas. En las instrucciones reservadas del 31 de mayo, el general había previsto un despliegue estratégico de corte exclusivamente castrense: una compañía de Infantería, dos ametralladoras y una sección de la Guardia Civil irían a Sangüesa, con el fin de escoltar un convoy de diez camiones que traerían armamento de Zaragoza. Unidades militares de Pamplona y Estella (Batallón Arapiles) avanzarían hacia Tudela desplegándose sobre la línea del Ebro con el fin de garantizar el enlace con Zaragoza, formando una línea de defensa de Navarra ante un posible contraataque desde Madrid, y cubrir el avance de la columna Navarra por Soria-Guadalajara-Madrid. El avance de la columna hacia la capital de la República constituía el objetivo prioritario. Por último, las fuerzas militares avanzarían sobre Bilbao (San Sebastián se consideraba controlado por la guarnición de Loyola), controlando los accesos hacia Álava y Guipúzcoa.

La fuerza de los hechos transformó profundamente el escenario. Se contaba con miles de voluntarios civiles, por un lado, y la estrategia militar hubo de variar ante la inesperada resistencia de San Sebastián. La movilización de las masas carlistas exigía un replanteamiento. Mola encuadró a los miles de boinas rojas en las columnas militares que salieron hacia provincias limítrofes y hacia Madrid. El día 18 la Columna Tutor partió hacia Guipúzcoa. Al día siguiente salió la columna de Madrid. La encabezaba el coronel Francisco García Escámez y la componía básicamente el Tercio de Pamplona mezclado con unidades militares (Batallón del Regimiento América, Batallón Sicilia, una Compañía de

Ingenieros, Sanidad e Intendencia) y algunos falangistas. La abrumadora presencia de boinas rojas y el objetivo de asalto al poder recordaban a muchos la *marcha sobre Roma*. El día 23 se formó otra columna con destino a Zaragoza. A las órdenes del teniente coronel Alejandro Utrilla, estaba formada exclusivamente por requetés, unos mil doscientos.

12.4. Por tierras de Castilla

En Valladolid el 17 de julio por la noche no se veía gente por la calle. La música de los cafés había cesado. Las comunicaciones con Madrid habían quedado interrumpidas para evitar que los militares comprometidos tuvieran noticias del alzamiento en Melilla. Pero los rumores podían más y obtuvieron información desde el primer momento, gracias al teletipo de la redacción del periódico *El Norte de Castilla*, adonde acuden rápidamente para obtener noticias y órdenes.

El comandante de Artillería del Regimiento Ligero n.º 14 Gabriel Moyano Balbuena, coordinador de la conspiración en Valladolid, recibió el mensaje esperado: «De parte de don Domingo que la recomendación que usted me ha hecho ha quedado total y absolutamente cumplida»[21]. Era la clave estipulada para dar cuenta del inicio del alzamiento del Ejército de África y de que Valladolid debía sublevarse inmediatamente.

La sublevación en Valladolid transcurrió parcialmente distinta a los planes previstos por el Ejército, gracias a una doble circunstancia[22]. Por un lado, el inicio se dio de forma casi fortuita gracias a las fuerzas de Asalto y Seguridad. Por otro, la demora en reaccionar por parte de Saliquet y el resto de los militares cabecillas de la sublevación, quienes se lanzaron solo después de la reacción de los guardias de Asalto y de algunos civiles, tomando el mando. Parece ser que los planes previstos por Saliquet eran comenzar la sublevación a las cuatro y media de la madrugada del día 19.

El domingo 18 de julio el gobernador civil ordenó el traslado a Madrid de los guardias de Asalto y de Seguridad. Un primer grupo salió de la ciudad por la mañana. El resto debían marchar a primera hora de la tarde.

Algunos jefes y oficiales del cuerpo, que habían sido retirados del mismo por desafectos a la República, aprovecharon la circunstancia para arengar a la tropa en la plaza de las Tenerías. Los guardias, unos cincuenta, se plegaron a sus intenciones y empezaron a recorrer la ciudad dando vivas a España y al Ejército. La sublevación acababa de iniciarse en Valladolid.

Los acontecimientos rompían los planes de los conspiradores. El comandante de Estado Mayor retirado Anselmo López Maristany, quien había presenciado casualmente la sublevación, pidió a sus cabecillas que contuvieran unas horas a los guardias, pues él salía en coche rápidamente para avisar al general Saliquet, que desde hacía dos días se encontraba en una finca próxima. También los falangistas se encontraban concentrados en un monte cercano desde el viernes 16 de julio. Pero nadie los podía parar.

En un segundo momento, tras los guardias de Asalto y Seguridad, los falangistas asumieron la iniciativa. Después de sufrir un ataque armado de los anarquistas, fueron al cuartel del Regimiento de Infantería de San Quintín n.º 25 para pedir armas y municiones, que les fueron entregadas. Sobre las ocho y media de la tarde, el grupo de falangistas y guardias tomaron los edificios de Correos y Telégrafos, la Telefonía y estación de radio. La Guardia Civil también se sumó a los sublevados, teniendo intervenciones de suma importancia, como la detención de un grupo de milicianos que asaltaban el Garaje Zurbano para coger coches con los que proceder al reparto de armas por la provincia. En el asalto se produjeron varias víctimas mortales.

Valladolid fue la única ciudad de España en la que se produjo la sublevación antes de que la fuerza militar saliera de sus cuarteles a proclamar la ley marcial. La misma noche del día 18 el general Saliquet recibió la noticia de la sublevación ciudadana y decide adelantar el movimiento. Se dirige a la Capitanía General de la VII División para convencer a su capitán general, Nicolás Molero Lobo, de que declare la ley marcial y se ponga al frente de las guarniciones. Se niega. Según un testigo presencial, el teniente Gonzalo Silvela Tordesillas, el general Saliquet le pidió que resignara el mando, a lo cual también se opuso. Para él, decía, no había más poder que el de Madrid. Saliquet se despidió con las siguientes palabras: «No te molestes que no cuentas con ningún Regimiento de la

guarnición y para comprobarlo, puedes llamar por teléfono». «Tengo la seguridad de lo contrario», replicó Molero. Este invitó a Saliquet a abandonar Capitanía, a lo que se opuso el general sublevado diciéndole que no se iba porque venía dispuesto a tomarla por las buenas o por las malas «porque les guía la salvación de España». Un ayudante del general Molero sacó un arma y se formó una trifulca entre los ayudantes del general Molero y los acompañantes del general Saliquet que causó la muerte del abogado de Renovación Española Emeterio Estefanía y de los dos ayudantes del general Molero, los comandantes Ángel Liberal y Ruperto Rioboó. El general Molero es detenido y un año después juzgado por el delito de «negligencia». El consejo de guerra le condenó a la pena de tres años y un día de prisión militar y separación del servicio. Un nuevo consejo de guerra celebrado el 31 de agosto de 1937 revocó la sentencia y condenó al general Molero por un delito de adhesión a la rebelión militar a la pena de treinta años de reclusión[23].

A partir de entonces comenzaron las tropas sublevadas a salir de los cuarteles. Los militares patrullaron por el centro de la ciudad, de la que se apoderaron sin apenas resistencia, aunque en algunos lugares fueron tiroteados. Sobre las dos de la madrugada del día 19 se produjo la declaración del estado de guerra firmada por el general Saliquet, emitida desde el Gobierno Civil, recién tomado. Por la mañana se adueñaron del Ayuntamiento y de la Casa del Pueblo, esta última rodeada desde primeras horas de la tarde del día anterior por fuerzas de Asalto, que no pudieron vencer la resistencia de sus ocupantes. Las fuerzas de Caballería establecieron una estrecha vigilancia y guardia, a pie y a caballo, de los lugares estratégicos de la capital, como la Estación del Norte y la Fábrica de Gas. La sublevación había triunfado[24]. El día 21 se acordó, ante la calma reinante en la ciudad, la movilización hacia Madrid de la columna del coronel Ricardo Serrador Santes, uno de los principales responsables de la sublevación en la ciudad y complicado en la del 10 de agosto de 1932[25].

El triunfo de los sublevados en Valladolid tuvo una enorme importancia mediática, pues desde los servicios de radio de la Guardia Civil y de la división se lanzaron mensajes del inicio del alzamiento en la Península desde la misma tarde del 18 de julio, cuando por todas las provincias los

comprometidos andaban un tanto desconcertados ante la información facilitada por el gobierno republicano. Desde Tetuán se recibían las órdenes de Franco, que se transmitían fielmente. La emisión radiofónica vallisoletana resultó clave para los indecisos, dudosos y comprometidos[26].

En Salamanca, el sábado 18 de julio, al atardecer, se reunieron en el Gobierno Civil el gobernador, el comandante militar, el alcalde de la capital y el diputado José Andrés Manso. El mando militar manifestó su adhesión al régimen y dio seguridad de calma en los regimientos de la ciudad. Las autoridades civiles se quedaron tranquilas, aunque decidieron crear un Comité de Enlace del Frente Popular para mantenerse expectantes ante los acontecimientos y organizar patrullas civiles que comenzaran a recorrer la ciudad.

Pero la suerte del levantamiento se jugó en realidad en Valladolid[27]. En esta ciudad, la noche del 18 de julio los generales Andrés Saliquet Zumeta y Miguel Ponte y Manso de Zúñiga detuvieron al general jefe de la VII División Orgánica Nicolás Molero Lobo, de probada lealtad republicana, y sacaron las tropas a la calle. El general Saliquet se hizo con el mando de la división y ordenó a todas las fuerzas bajo su mando que declararan el estado de guerra, lo que hicieron a la mayor brevedad. El comandante militar de Salamanca, el general Manuel García Álvarez, jefe de la 14.ª Brigada de Infantería (compuesta de los regimientos de Infantería La Victoria n.º 28 y de Caballería Calatrava n.º 2), ante las exigencias de Saliquet y de los dos jefes de sus regimientos, decidió declarar el estado de guerra.

El diputado Manso organizó la resistencia a través de la Casa del Pueblo y la Diputación Provincial. Repartió las pocas armas que consiguió reunir y distribuyó a sus escasas fuerzas obreras por puntos estratégicos de la ciudad. De la provincia se hizo especial hincapié en Ciudad Rodrigo y los pueblos al norte, para tener una línea de retirada hacia Portugal.

La ciudad seguía ajena al conflicto. De hecho, el domingo 19, a las ocho de la mañana, se celebró con enorme éxito de participantes y de espectadores una carrera de patinetes. Ante los insistentes rumores que recorrían la ciudad, numerosos ciudadanos se fueron dando cita en la Plaza Mayor. Un escuadrón del cuartel de Caballería, a caballo y con casco metálico, entraba en el recinto y en medio de la multitud leía el bando

declarando el estado de guerra dictado por el general Saliquet en Valladolid para todo el territorio de la VII División. Tras el ¡Viva España!, con el que finalizaba, algunos contestaron con otros gritos, como ¡Viva la República!, y ¡Viva la revolución social! Un hombre disparó su pistola contra los militares, hiriendo a un cabo. El piquete hizo una descarga, produciéndose las primeras víctimas de la guerra en Salamanca: cuatro hombres y una niña. La plaza se vació rápidamente, como todas las calles de la ciudad.

Esa misma mañana los militares se apoderaron sin apenas resistencia del Ayuntamiento, Gobierno Civil, Correos, Telefónica, emisora Inter Radio Salamanca y estación de ferrocarril. Simultáneamente repartieron destacamentos por distintos lugares estratégicos. La ciudad estaba ocupada militarmente. El día 19 a las diecisiete horas y veinticinco minutos el comandante del Centro de Movilización y Reserva n.º 14, Francisco del Valle Marín, tomaba posesión del cargo de alcalde de la ciudad. El teniente coronel Rafael Santa Pau Ballester se hacía responsable del Gobierno Civil. La sublevación militar había triunfado.

En los pueblos de la provincia fueron la Guardia Civil y el Ejército los encargados de acabar con cualquier tipo de resistencia, sobre todo en Ciudad Rodrigo y Béjar[28]. En la primera de estas poblaciones el alcalde, Manuel Martín Cascón, intentó organizar una débil resistencia, pero el día 20 por la mañana la Guardia Civil consiguió declarar el estado de guerra y detener a todos los dirigentes del Frente Popular, que serían más tarde fusilados. En Béjar, con una poderosa Casa del Pueblo, se declaró de inmediato la huelga general y grupos de obreros armados se apostaron en las barricadas. El día 21 hubo un choque con una columna falangista que venía de Salamanca. Al día siguiente, una compañía del Regimiento La Victoria se apoderó de la ciudad sin ningún tipo de resistencia. El alcalde, Eloy González Benito, fue fusilado. Las fuerzas militares detuvieron a unos cuatrocientos hombres, que fueron trasladados a la Prisión Provincial.

En Burgos, la noche del 17 de julio el general jefe de la VI División Domingo Batet Mestres, compañero de conspiración del general Aguilera en junio de 1926 contra la dictadura de Primo de Rivera, ordenó la detención de los principales sospechosos de la conspiración, general de brigada Gonzalo González de Lara, comandante Luis Porto y capitanes

Nicolás Murga y Luis Moral, del Regimiento de Infantería San Marcial n.º 22. Fueron conducidos al cuartel de la Guardia Civil. A las pocas horas, fuerzas a las órdenes del capitán Miranda se presentaron en el cuartel para liberar a los detenidos, en nombre de la guarnición. El general le ordenó retirar sus tropas para «no perjudicar el alzamiento previsto»[29]. La mañana del 18 fueron enviados a Guadalajara para su ingreso en prisión.

El 18 de julio por la mañana el general Batet convocó en su despacho a los principales jefes militares para analizar los sucesos del día anterior en Melilla. No acudió ninguno. El general comenzó a tomar precauciones, como la de poner una ametralladora a las puertas del palacio de la División. Los conspiradores, mientras, seguían actuando, manteniendo contactos en el funeral celebrado por la mañana en memoria de Calvo Sotelo en la iglesia de San Lesmes y en distintas reuniones entre civiles y militares celebradas por la tarde. Al anochecer, desde el Parque de Artillería salían ochocientos fusiles para los falangistas, la mayor parte de ellos concentrados y esperando órdenes en el cuartel de Intendencia, y los requetés, situados en su sede próxima a la Plaza Mayor[30].

La noche del día 18 el coronel jefe de Estado Mayor, Fernando Moreno Calderón, informó al general Batet de una inminente reunión de jefes y oficiales en el cuartel de San Marcial, previa al comienzo de un levantamiento militar. Le expresó su opinión personal de que era imparable, por el sentir generalizado de los militares destinados en la ciudad. El general le ordenó asistir a la reunión para ordenar a los jefes no salir a la calle y permanecer en sus domicilios. Cuando transmitió la orden, los jefes le contestaron que «no obedecían nada de esto y que dentro de media hora estarían las tropas en la calle». El coronel informó a Batet de la decisión de sus subordinados, invitándole en nombre de ellos y en el suyo propio a encabezar el alzamiento, lo que rechazó enérgicamente el general. El coronel Moreno fue de nuevo al cuartel y regresó acompañado del teniente coronel Aizpuru, del comandante Medina y del capitán Algar. Entre todos intentaron insistentemente convencer al general Batet, sin resultado. Entonces el coronel Moreno le dijo que quedaba detenido, añadiendo las siguientes palabras: «y que le conste mi General que la División no le quiere como General, porque lo que usted dijo en Barcelona de que los

militares habían de ser ciegos, sordos y mudos no pueden admitirlo»[31]. Entonces pasó detenido a sus habitaciones, en compañía de su ayudante, el teniente coronel Herrero.

Prácticamente la totalidad de los jefes y oficiales de las unidades de la plaza estaban comprometidos con el golpe. Batet solo podía contar entre sus aliados con su propio ayudante; con el gobernador civil, Julián Fagoaga; el secretario particular de este, González Avellaneda; el jefe del Tercio de la Guardia Civil, coronel Luis Villena Ramos; el teniente coronel de la Guardia Civil Eduardo Dasca y pocos más. Todos ellos fueron arrestados y más tarde ejecutados, a excepción de Villena. El general Batet fue condenado por sentencia de 8 de enero de 1937 del consejo de guerra a la pena de muerte. Fue ejecutado en Burgos a las siete de la mañana del 18 de febrero por un piquete de ejecución formado por tropas del Regimiento de Infantería de San Marcial[32].

Mientras las tropas salían a la calle, hacia las tres de la madrugada, Batet fue trasladado al cuartel de San Marcial, de donde posteriormente pasaría a la Prisión Central. Militares y falangistas salen de los cuarteles de la calle Vitoria entre el sonido de tambores y trompetas. Unos destacamentos controlan las entradas y salidas de la ciudad. El resto, acompañado de guardias civiles y de Asalto que se les unen, se dirigen al centro de la población para ocupar sus puntos estratégicos: Gobierno Civil, Diputación Provincial, Correos y Telégrafos, bancos, cárceles Central y Provincial, Ateneo Popular, Casa del Pueblo y sedes de las organizaciones políticas y sindicales de izquierda. Todos los objetivos caen con facilidad. En el Gobierno Civil a las dos y media de la madrugada se presentaron el teniente coronel Gavilán y el comandante Pastrana, acompañados de varios soldados armados, que detuvieron a las autoridades civiles y al coronel inspector Villena, jefe de la Guardia Civil, que permanecía desde primera hora de la mañana junto al gobernador.

La única oposición, si puede calificarse así, se dio en el cuartel de San Marcial. Cuando son formadas las tropas un soldado, Antonio Santiago Gutiérrez, se negó a obedecer alegando la ilegalidad de las órdenes. Fue inmediatamente encarcelado y más tarde fusilado tras consejo de guerra.

Por toda la ciudad se lee el bando de guerra, firmado por el general Mola. En él indica que «por exigirlo imperiosa, ineludible e inaplazablemente … la salvación de España en trance inminente de sumirse en la más desenfrenada situación de desorden, he resuelto asumir por mi Autoridad el mando». Desde la incautada Radio Castilla se emite el primer comunicado de los sublevados:

> Ha desaparecido el Gobierno de esta república masónica y marxista y en su lugar hay ya un Gobierno presidido por el General Sanjurjo … En Burgos, los ideales patrióticos tienen raigambre tan honda que el movimiento sólo ha necesitado manifestarse para triunfar … Gobierno Civil, comunicaciones, todos los servicios públicos están a la disposición de España. Son horas de esfuerzo, de sacrificio, de heroísmo y de trabajo … ¡Arriba España[33]!

El teniente coronel Marcelino Gavilán asumió de inmediato el Gobierno Civil, tras la detención del gobernador Fagoaga. Mientras, el alcalde García Lozano se puso al servicio de las nuevas autoridades y estas le ratificaron en el cargo. Fue el único alcalde constitucional de una capital de provincia que apoyó el pronunciamiento.

El alzamiento se dio por finalizado en la misma madrugada del 19 de julio cuando fue arriada la bandera republicana del edificio del Ayuntamiento. La pisaron, la escupieron y, al final, la quemaron entre los acordes de la marcha real. Posteriormente colocaron la bandera bicolor, que fue saludada con disparos. Partiendo de la Plaza Mayor, la multitud se dirigió a la catedral, donde se cantó una salve hacia las seis de la mañana mientras las campanas volteaban incesantemente. En la mañana del día 19, el general Fidel Dávila salió al balcón del palacio de la División para arengar a la multitud concentrada en la calle.

Tampoco en la provincia los sublevados tuvieron mayores problemas para dominar la situación, salvo en zonas limítrofes con Santander y el País Vasco, que quedaron en poder de la República hasta el verano de 1937. Los únicos focos de resistencia se dieron en Pancorbo y en Miranda de Ebro, pero fueron sofocados rápidamente por la Guardia Civil. En la primera de

estas localidades un grupo de unos cuarenta falangistas rodearon el Ayuntamiento, donde se habían hecho fuertes el alcalde y los concejales. En el tiroteo, sucedido la tarde del día 19, hubo varios heridos y resultó muerto un falangista. En Miranda los milicianos, armados con escopetas de caza y carabinas, se hicieron con el control de la localidad hasta que el 19 de julio la Guardia Civil y de Asalto se enfrentó a ellos en el puente de Carlos III durante varias horas. Antes de rendirse, las milicias populares tuvieron un muerto y varios heridos, cifra que aumentó considerablemente al intentar huir. Los falangistas y requetés los acribillaron a tiros. Hubo más de veinte bajas y muchos heridos.

El 24 de julio, uno de los primeros decretos de la Junta de Defensa Nacional estableció en Burgos la cúpula del Ejército del Norte, al mando de Mola. El 16 de agosto de 1936, el general Franco llegó por primera vez a Burgos, acompañado por Kindelán y Yagüe. En la primavera de 1937, Franco trasladó su cuartel general de Salamanca a Burgos, fijando su residencia oficial y su Estado Mayor en el palacio de la Isla. Burgos se convierte en la capital del Nuevo Estado, en la «capital de la Cruzada».

En León los principales mandos militares en la provincia estaban implicados en el golpe de Estado, como el general Carlos Bosch y Bosch, comandante militar de la provincia y jefe de la 16.ª Brigada de Infantería; el coronel Vicente Lafuente Baleztena, responsable del Regimiento Burgos n.º 36; y el comandante Julián Rubio López, jefe del aeródromo de la Virgen del Camino. Los jefes de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto, coronel Santiago Muñoz Alonso y capitán Rodríguez Calleja, respectivamente, eran fieles a la República, pero sus fuerzas tomaron partido por los sublevados.

La noche del 18 de julio se oyeron los primeros disparos en León, debido a los enfrentamientos entre guardias de Asalto y jóvenes libertarios que habían asaltado una armería. Los sublevados tenían previsto declarar el estado de guerra la mañana del día 19, pero no pudieron hacerlo por la llegada de unos cinco mil voluntarios asturianos que se dirigían a la defensa de Madrid. Esa misma mañana también llegó a la capital, procedente de Astorga, el general Juan García Gómez Caminero, inspector general del Ejército, que había sido enviado por el gobierno para controlar la situación

en la VIII División Orgánica. El inspector logró armar a los voluntarios con la condición de que los asturianos saliesen de León. Al salir estas fuerzas en dirección a Benavente, la correlación de fuerzas cambió a favor de los sublevados[34].

El lunes 20 de julio, a las diez de la mañana, las organizaciones sindicales declararon la huelga general y el Comité Sindical visitó al gobernador civil, Emilio Francés, para solicitarle la entrega de armamento a los sindicatos, a lo que accedió la máxima autoridad civil. A las 14 horas salieron a la calle las tropas del cuartel del Cid, así como las fuerzas de la Guardia Civil y Guardia de Asalto que se habían sumado a la sublevación. Declararon el estado de guerra por medio de la lectura de un bando firmado por Carlos Bosch como «General de la 16.ª Brigada de Infantería del Ejército de la República y Comandante Militar de la provincia de León». Con suma facilidad fueron ocupando los puntos estratégicos de la ciudad. El capitán Herrero tomó el Ayuntamiento, mientras que el teniente Magno y el capitán Casido se apoderaban de Telefónica y las emisoras de radio. García Hernández se ocupaba de la catedral. El capitán Moral, con morteros y ametralladoras, se dirigió al Gobierno Civil. Las personas allí concentradas terminaron por rendirse ante la amenaza de bombardeo por los aviones de La Virgen del Camino. Las principales autoridades civiles de la ciudad y la provincia, junto a los responsables sindicales y políticos, fueron detenidas. Los últimos focos de resistencia fueron la Casa del Pueblo y San Marcos, pero desaparecieron a primeras horas de la noche. El alzamiento había triunfado en la capital de la provincia.

La única preocupación que quedaba a las nuevas autoridades era la huelga declarada por la mayoría de los ferroviarios leoneses, que causó la paralización de las comunicaciones con gran parte del norte peninsular. El general Bosch tuvo que dar un nuevo bando el día 25 en el que ordenaba la vuelta al trabajo de todos los obreros bajo amenaza de ser juzgados en consejo de guerra por delito de rebelión militar. El día 27, cumpliendo el plazo previsto en su artículo primero, casi todos se reintegraron a sus labores en la estación de los Ferrocarriles del Norte de España, haciéndolo el resto en los días siguientes. La cúpula del Sindicato Nacional Ferroviario

de la ciudad de León fue juzgada por «activa resistencia a las fuerzas militares»[35].

Astorga, importante núcleo demográfico y sede de un batallón del Regimiento de Burgos n.º 36 y de una cabecera de línea de la Guardia Civil, también fue tomada con facilidad, sobre todo porque el jefe del batallón, comandante Elías Gallego Muro, era partidario del golpe. El día 20 pasaron por la ciudad las columnas mineras asturianas de regreso a su provincia, porque en Benavente se habían enterado de que Aranda se había sublevado contra la República. Cuando abandonaron Astorga, las autoridades militares, siguiendo las consignas de la capital, declararon el estado de guerra. Las fuerzas de la Guardia Civil, al frente del teniente Marchante, ocuparon el Ayuntamiento, donde estaban reunidas las autoridades republicanas. Con la detención del alcalde y concejales se certificó el triunfo del alzamiento en Astorga.

Aunque los sublevados ocuparon desde el comienzo de la guerra prácticamente todo el territorio provincial, hubo una parte de las comarcas del Bierzo, Laciana y un sector de la montaña leonesa, con gran presencia de las organizaciones sindicales ugetista (Sindicato Minero Castellano de León) y cenetista (Sindicato Único Minero), que permaneció en poder republicano hasta finales del mes de octubre de 1937. En estas comarcas se ordenó a la Guardia Civil que se concentrara en Ponferrada. El día 21 de julio de 1936 una columna del Regimiento de Infantería Zaragoza n.º 30, procedente de Lugo, llegaba a Ponferrada al mando del comandante Manso, apoyada por la aviación. Levantaron el cerco al que estaba sometido el cuartel de la Guardia Civil y con morteros acabaron con la resistencia que se producía desde el Ayuntamiento. La sublevación triunfaba en Ponferrada pero los militares no intentaron siquiera entrar en algunas de las poblaciones mineras de sus comarcas, lindantes con Asturias, esperando mejor oportunidad.

En Palencia la oficialidad se encontraba concentrada en el cuartel del Carrión la noche del 18 de julio esperando las órdenes oportunas. En las primeras horas de la madrugada del domingo 19 se recibió del nuevo general de la VI División la orden de declaración del estado de guerra. Inmediatamente se lo comunicaron al gobernador civil, Enrique Martínez

Ruiz-Delgado, para que procediera a su acatamiento, resignando el mando de la provincia. Ante su actitud dilatoria, el general de la 1.ª Brigada de Caballería y comandante militar de la plaza, Antonio Ferrer, le telefoneó, ordenando su rendición, a lo que contestó con evasivas. Sobre las cinco de la mañana el general ordenó la ocupación de la ciudad y de la estación ferroviaria de Venta de Baños[36].

Posteriormente se procedió a la detención y arresto del jefe de la unidad, coronel José González Camó. El teniente coronel Enrique Fernández y Rodríguez de Arellano se hizo cargo del mando del Regimiento de Cazadores de Villarrobledo n.º 1, de Caballería. A continuación, el capitán López Muñiz redacta el bando de guerra y se moviliza a la tropa del regimiento, que reduce a grupos de milicianos en el nudo ferroviario de Venta de Baños, localidad que fue ocupada rápidamente para garantizar la comunicación ferroviaria con Valladolid.

Durante la mañana del domingo 19 de julio las tropas destacadas del Regimiento de Villarrobledo salieron de sus cuarteles para tomar los centros oficiales y sedes de las organizaciones obreras. A las siete de la mañana los capitanes Talavera y López Muñiz y los tenientes Vallejo y Calleja proclamaban el estado de guerra. El Ayuntamiento, la Diputación y el edificio de Correos se rindieron sin resistencia. Sólo hubo algún combate en torno al Gobierno Civil. A las nueve de la mañana, un hombre, desde el interior, agitó la bandera blanca de rendición. Durante ese día y esa noche se registraron tiroteos esporádicos, pero las tropas y los falangistas que las acompañaban se hicieron pronto con el dominio total de la población. La refriega arrojó un balance de once muertos y veinticinco heridos. Entre los fallecidos estaba un carabinero, que se hallaba defendiendo el Gobierno Civil, y un soldado del regimiento sublevado. Los restantes se encontraban en el interior del edificio o discurrían por la calle Mayor. El gobernador civil murió en el tiroteo cuando era conducido en calidad de detenido, aunque algunas versiones apuntan a que fue fusilado sobre la marcha[37].

La noche del 21 de julio, con la ciudad en poder de las nuevas autoridades, una manifestación popular atravesó la calle Mayor «entre constantes vítores a España, a la República honrada y de orden y al Ejército»[38].

En Ávila las fuerzas militares eran muy escasas. No existía guarnición militar y solamente había presencia militar en la Caja de Recluta y en el Colegio Preparatorio Militar de Suboficiales y Sargentos. La Guardia Civil, con unos doscientos hombres, era la fuerza más numerosa. La orden de alzamiento llegó desde Valladolid sobre las seis de la mañana del día 19 de julio: «Declare usted el estado de guerra en la Plaza», ordenaba el general Saliquet al comandante militar de Ávila, coronel de Infantería Manuel González Pérez Villamil, director del colegio de suboficiales. Por su delicado estado de salud fue nombrado jefe militar del alzamiento el comandante de Infantería Vicente Costell Lozano, destinado en la academia de suboficiales. Los restantes jefes y oficiales de la misma secundaron la orden sin dudar. También el teniente coronel de la Guardia Civil Romualdo Almoguera Martínez, quien dispuso inmediatamente la concentración en la capital de todas las fuerzas de la Comandancia.

Inmediatamente el capitán Pérez Pérez se dirigió al cuartel de Seguridad y Asalto con una sección de guardias civiles. El sargento que estaba al mando se puso a disposición del capitán y todos juntos se dirigieron al Gobierno Civil. Tras rodear con las tropas el edificio, el capitán y su escolta se encaminaron hacia el despacho del gobernador, Manuel Ciges Aparicio. El capitán comunicó a la máxima autoridad provincial que quedaba detenido en sus habitaciones, como también el resto de autoridades con él reunidas y todos sus acompañantes[39]. Entre estos estaban su esposa Consuelo Martínez, hermana del escritor Azorín, y los cuatro hijos del matrimonio, entre ellos el conocido actor Luis Ciges.

Al mismo tiempo, el capitán Alcázar, con otra sección de la Guardia Civil, clausuró la Casa del Pueblo, incautó los edificios de Correos y Telégrafos y tomó Telefónica. El jefe de la Guardia Municipal, Florentino García Robledo, aprovechó que la corporación municipal estaba reunida para detener a todos sus miembros. Tanto el alcalde como los concejales intentaron huir. Los que lo consiguieron terminaron siendo detenidos por un piquete de la Guardia Civil. La única resistencia a las fuerzas militares fue provocada por un contingente de obreros ferroviarios, pero se redujo con rapidez. El capitán Alcázar Palacios se dirigió a la cárcel para liberar a dieciocho falangistas de Valladolid, encabezados por Onésimo Redondo.

Poco después de las siete de la mañana, una vez tomada la ciudad, el capitán Ovidio Alcázar, al frente de seis soldados del Colegio Preparatorio de Suboficiales y Sargentos y unos treinta guardias civiles, a los que se habían unido los falangistas de Onésimo Redondo, se encargó de proclamar el estado de guerra por las calles de Ávila. La primera lectura del bando la realizó en el Mercado Chico el capitán Jesús Peñas Gallego, destinado en el colegio. Después, el mismo grupo se dividió en dos y fueron por toda la ciudad leyendo el bando.

El lunes día 20 las débiles manifestaciones de militantes de izquierdas que pretendían llamar a la huelga general ante el triunfo del alzamiento fueron fácilmente disueltas por unos pocos miembros de la Guardia de Seguridad y Asalto.

Soria era una pequeña provincia con escasa actividad política y conflictividad social. Los primeros signos del alzamiento se presentaron en la capital hacia las tres de la madrugada del domingo 19 de julio, cuando el teniente coronel jefe de la Zona de Reclutamiento y gobernador militar Rafael Sevillano Carvajal se presentó en el Gobierno Civil, donde se encontraban reunidas las principales autoridades políticas y sindicales de la República. Allí manifestó al gobernador civil, César Alvajar, la conveniencia de declarar el estado de guerra, porque según él se lo habían ordenado desde Valladolid. El gobernador se negó, invitando al jefe militar a secundar la negativa por no pertenecer Soria a la V Región Militar[40].

A las pocas horas el teniente coronel de la Guardia Civil Ignacio Muga, junto con varios números, se presenta en la cárcel y libera a los presos falangistas. Posteriormente se dirige al Gobierno Civil y detiene a la máxima autoridad provincial. Son las ocho de la mañana del domingo 19 de julio. Por la tarde el gobernador era repuesto en el cargo por el jefe de la Comandancia de la Guardia Civil, al no llegar la columna Navarra que se esperaba, aunque no había en la calle ningún tipo de oposición a la sublevación. La gente andaba paseando por La Dehesa y el Collado, como si nada hubiera pasado. Tres días después llegaba la columna de requetés navarros y se apoderaba de la ciudad sin ningún tipo de resistencia. El teniente coronel Muga se hace dueño de la situación, disponiendo que el

gobernador civil con su familia sea puesta a salvo. Ordena su traslado en un coche con escolta hasta el límite de la zona republicana.

En Zamora, al conocerse la proclamación del estado de guerra en Valladolid el jefe del Regimiento Toledo, coronel José Íscar Moreno, realiza el bando de guerra que aparece publicado en el *Boletín Oficial de la Provincia* de carácter extraordinario del 19 de julio. Parece probable que el gobernador civil, Tomás Martín, pactó con los sublevados la entrega sin lucha del Gobierno Civil a cambio de una salida rápida de la ciudad de él y su familia[41]. Esto provocó la falta de respuesta al alzamiento.

Hacia las dos de la tarde del día 19 las tropas del Regimiento Toledo salían del cuartel Viriato para tomar la ciudad. Con suma facilidad los sublevados se apoderaron del Gobierno Civil, Audiencia y Cárcel, Ayuntamiento, Casa del Pueblo y cuartel de Carabineros. Los carabineros estaban resueltos a resistir por su lealtad al régimen, dedicándose las primeras horas a vigilar las entradas y salidas de la ciudad y los edificios estratégicos. Pero recibieron la orden del gobernador civil de no «entablar luchas fraticidas». Zamora se sumaba al alzamiento sin disparar ni un solo tiro. Sólo hubo algunos gritos y carreras en la Plaza Mayor. Entre el 20 y el 24 de julio ingresaron en la cárcel provincial sesenta y siete detenidos por las fuerzas sublevadas.

En el resto de la provincia la resistencia también fue prácticamente inexistente, limitándose a los núcleos obreros de la construcción del ferrocarril en Requejo. Allí unos seiscientos obreros, con la colaboración de los carabineros, tomaron el arsenal de la compañía constructora y el cuartelillo de la Guardia Civil de Nueva Puebla (Requejo) y el de Puebla de Sanabria. Su acción duró poco y fueron rápidamente desarticulados. El 22 de julio llegaron a la zona tres compañías del Regimiento Toledo, desde Zamora, otra desde Orense y varios aviones del aeródromo de León. Los obreros abandonan la resistencia días después, huyendo algunos a Portugal y otros al monte.

A Benavente llegó la tarde del día 19 el contingente de mineros asturianos que se dirigían a Madrid. Cuando abandonaron la ciudad al día siguiente, falangistas procedentes de Valladolid junto a la Guardia Civil

ocuparon la población. En Toro el 19 de julio la Guardia Civil tomó el Ayuntamiento y la Casa del Pueblo sin encontrar ningún tipo de resistencia.

13

Las Islas Canarias, con Franco. Las colonias africanas

LA IMPORTANCIA DE LAS islas para los golpistas era indudable, pues el triunfo de la sublevación era prácticamente seguro por la casi unanimidad ideológica de los mandos militares, la escasez de fuerzas de orden público y la relativa debilidad del movimiento obrero y campesino[1]. Durante los meses anteriores se estaban introduciendo armas destinadas a los conspiradores. El 17 de julio se recibió en Gran Canaria un telegrama de Madrid advirtiendo del golpe militar en Marruecos. El gobernador civil de Las Palmas, el republicano Antonio Boix Roig, avisó a los dirigentes de la Federación Obrera. Además, envió a unos policías para vigilar a Franco en el Hotel Madrid, donde estaba alojado para asistir al funeral del gobernador militar de Gran Canaria, el general Balmes, que, según la versión oficial, murió el día antes al intentar desencasquillar su pistola cuando efectuaba prácticas de tiro.

Entre las cinco y las seis de la mañana del día 18 de julio uno de los jefes militares sublevados, el general Luis Orgaz, se personó en el Gobierno Civil, anunciando la próxima proclamación del estado de guerra, instando al gobernador a ceder el mando, a lo que se opuso. A las seis de la mañana se

difundió el bando declarando el estado de guerra, firmado por el general Franco, acudiendo los sublevados nuevamente al Gobierno Civil. El gobernador insistió en resistir. Cogió el bando y sin leerlo lo rompió, diciendo al oficial: «Dígale Vd. a su General lo que he hecho con el Bando».

Una vez que el general Franco montó en el *Dragon Rapide*, el general Orgaz quedó al mando de las tropas sublevadas. Rápidamente ordenó emplazar dos cañones frente al Gobierno Civil. Al mismo tiempo sus tropas ocuparon el Ayuntamiento de Las Palmas, donde se había atrincherado un grupo de guardias municipales, y los principales puntos estratégicos de la ciudad. En el resto de la ciudad y de la isla los trabajadores siguieron la consigna de huelga general dispuesta por la Federación Obrera y cerca de mil trabajadores se manifestaron frente a la Comandancia Militar antes de ser disueltos a tiros. Después de horas de negociaciones, los resistentes del Gobierno Civil depusieron su actitud el día 19, tras haber obtenido el compromiso de Orgaz de que ni siquiera se les iba a detener, promesa que sería incumplida. Al día siguiente se produjeron los incidentes más graves en la capital, al morir dos soldados en un tiroteo producido en la zona portuaria entre militares y obreros. A las pocas horas el Ejército dinamitaba la Casa del Pueblo de ese barrio, centro de la resistencia.

En el resto de la isla se produjeron más intentos de resistencia, como en Telde, donde un grupo de obreros armados con pistolas y escopetas ocuparon la ciudad tras un tiroteo que produjo la muerte del derechista José Suárez. El 19 de julio una columna de soldados y falangistas ocupó la ciudad. En el distrito municipal de San Lorenzo, grupos de trabajadores tomaron el Ayuntamiento, la Central Telefónica y otros edificios públicos hasta ser desalojados por los militares sublevados. La resistencia más dura y prolongada se dio en la zona norte, la más poblada y de mayor concentración obrera. En los pueblos de Arucas, Guía, Gáldar y Agaete se requisaron armas y se formaron partidas para resistir a las fuerzas militares. El día 20 un avión lanzaba octavillas en las que el general Orgaz prometía el perdón a los que se rindieran. Inmediatamente, el guardacostas *Arcila* bombardeó la carretera de Arucas a Guía y la montaña de Gáldar, lo que

provocó la inmediata rendición de estas localidades. Agaete se rindió a los pocos minutos, ante las amenazas de sufrir un bombardeo.

En Tenerife, a partir de la una de la madrugada del 18 de julio se reunieron los mandos militares en la Comandancia Militar. Cuatro horas después las tropas salían a la calle, ocupando los lugares estratégicos de la ciudad (el Cabildo, el Ayuntamiento, la central eléctrica, los teléfonos) y proclamando el estado de guerra. Las fuerzas militares sublevadas procedentes de distintos cuarteles se dirigieron al Gobierno Civil. Frente al edificio emplazaron varias ametralladoras y una pieza de artillería. El comandante Ureña comunicó al gobernador civil su destitución y arresto por orden del comandante militar. La primera autoridad de la provincia no ofreció resistencia. A última hora de la mañana la situación parece controlada por las fuerzas sublevadas tanto en Santa Cruz como en los principales pueblos. Se envían expediciones militares al sur de la isla y en Granadilla, el núcleo de población más importante de la comarca, se sitúa de guarnición permanente un batallón pertrechado de ametralladoras y artillería que servirá para el control de la zona.

A las seis de la tarde del mismo 18 de julio, cuando toda la isla parecía en calma, surgen los primeros focos de resistencia en la capital. Espoleado por las noticias y rumores del fracaso del golpe, el teniente de la Guardia de Asalto González Campos sale del cuartel de los Guardias, situado en la calle San Francisco, al mando de un grupo de unos sesenta efectivos, con la intención de recuperar el Gobierno Civil y restaurar la legalidad republicana. Al mismo tiempo, un grupo de obreros se concentra frente al Gobierno Civil, dando gritos a favor de la República. Se inicia un tiroteo, en el que mueren el cabo de Asalto Antonio Serrano y el falangista Santiago Cuadrado. Tres paisanos resultan heridos de bala. Fracasado el intento, los guardias se retiran a su cuartel, donde fueron detenidos al día siguiente.

La autoridad militar procede a la clausura de las sociedades obreras y sindicales, incautándose de sus edificios. Los elementos más significativos del Frente Popular son detenidos. La tranquilidad era ya absoluta en Santa Cruz, aunque en los días posteriores se cometieron diversos actos de hostigamiento sobre las patrullas militares, disparadas desde las azoteas y atacadas con piedras.

Por la tarde también reinaba la tranquilidad en La Laguna, segundo núcleo de población. Los artilleros del Grupo de Montaña de Tenerife, acantonados en la ciudad, se apoderaron la mañana del día 18 de todos los lugares estratégicos de la localidad sin encontrar ningún tipo de resistencia.

En la isla de La Palma los militares comprometidos preveían contar con veinticinco soldados, el refuerzo de doce guardias civiles y la colaboración de ocho o diez civiles armados, fuerzas escasas ante la esperada respuesta comunista, pues en la capital, Santa Cruz de La Palma, se concentraba el foco marxista mejor organizado del archipiélago canario. Los militares consideraron fundamental el factor sorpresa, lo que no consiguieron. El mensaje dirigido a los implicados el 18 de julio fue interceptado por el jefe de telégrafos, quien lo entregó al delegado del gobierno.

Los sublevados decidieron esperar a la noche para maniobrar mejor y además aumentar sus fuerzas con varios guardias civiles más procedentes de algunas localidades de la isla y con civiles voluntarios. Sin embargo, a la hora convenida para salir a la calle, la Guardia Civil no se decidió. Los voluntarios civiles no pudieron acercarse al cuartel, rodeado este por afiliados de la Federación de Trabajadores de La Palma. La Guardia de Asalto se ponía a disposición de las autoridades republicanas. De esta forma, la toma de la ciudad por los sublevados quedaba frustrada y los militares rebeldes no tenían otra alternativa que acuartelarse a la espera de refuerzos. El golpe de Estado había fracasado.

Las patrullas armadas rodearon el cuartel de San Francisco durante una semana, «La Semana Roja». Las autoridades republicanas intentaron la rendición de forma dialogada, sin conseguirlo, mientras esperaban que refuerzos militares redujesen la guarnición sublevada. Pero llegó antes el cañonero *Canalejas*, el 25 de julio, con la misión de reducir a las fuerzas y autoridades republicanas. Las organizaciones obreras intentaron resistir, desplegadas por el muelle. El comandante del *Canalejas* ordenó bombardear los alrededores de la ciudad, lo que bastó para conseguir la rendición. Las tropas desembarcadas por el cañonero tomaron sin lucha la capital de la isla. Una vez tomada Santa Cruz de La Palma, los sublevados armaron a un grupo de falangistas que recorrieron los pueblos de la isla

clausurando las sedes de las organizaciones políticas y sindicales y cambiando a las autoridades municipales, tras las oportunas detenciones.

En La Gomera el golpe militar tiene su centro de seguimiento en el pueblo de Hermigua. El día 18 amanecen todos los falangistas armados, en número de sesenta y cinco, con fusiles facilitados en el cuartel de la Guardia Civil. En Vallehermoso, la noche del 22 de julio, el brigada de la Guardia Civil Francisco Mas García decidió hacer frente con sus fuerzas a las tropas sublevadas, con lo que consiguió mantener la legalidad republicana. La Guardia de Asalto se encargó de patrullar las calles. Al día siguiente llegaron a La Gomera las fuerzas militares sublevadas procedentes de Tenerife, que marcharon hacia Vallehermoso, donde las organizaciones obreras habían organizado la defensa de la ciudad. En esta última población fueron recibidas a tiros el día 24. Dos días más tarde las fuerzas y autoridades republicanas se rindieron.

En el resto de las Islas Canarias, Lanzarote, El Hierro y Fuerteventura, apenas se produjeron incidentes en julio del 36. Sus escasas fuerzas militares se sumaron sin más al alzamiento, desapareciendo las autoridades republicanas sin ningún tipo de oposición.

A la altura de 1936, España aún lograba conservar en África las colonias de Guinea, Sidi Ifni y Sahara. Sobre todo en la primera, su alejamiento y casi absoluto aislamiento del gobierno central y de la vida nacional hacía que preocupasen más los acontecimientos de las colonias francesas y británicas cercanas que los de una sociedad como la española, con la que paulatinamente se iba teniendo menos elementos en común. Las noticias del 17 y 18 de julio se acogieron con la misma falta de interés que otros acontecimientos metropolitanos anteriores. «Era más importante la cosecha de café y la aburrida vida social de Santa Isabel que lo que pudiese ocurrir en Madrid o Sevilla»[2].

En Guinea el alzamiento triunfó en la isla de Fernando Poo, donde residía el gobernador Luis Sánchez Guerra, aunque tardíamente: tres meses después del vivido en la metrópoli. En el continente, sin embargo, fracasó, quedando dividida la colonia territorial e ideológicamente.

El gobernador fue destituido por el gobierno ante la fuga de los mandos del crucero *Méndez Núñez*, en Santa Isabel desde el 24 de junio. La

marinería había logrado detenerlos por sus simpatías con los militares sublevados. La sustitución del gobernador por el excoronel Estanislao Lluesma, cargo que había desempeñado con anterioridad, llevó a ciertos sectores del viejo funcionariado colonial, así como a la totalidad de la Guardia Colonial, junto a pequeños grupos de plantadores, a sublevarse a favor del bando franquista el 19 de septiembre de 1936. El teniente coronel Luis Serrano, jefe de la Guardia Colonial, declaró el estado de guerra y sumó la isla al bando nacional. Hubo una leve resistencia que causó un herido de bala en una pierna.

Los hechos ocurridos en Santa Isabel, capital de la isla, pronto fueron conocidos en Bata, capital del continente, donde la rápida actuación del subgobernador Hernández Porcel hizo inviable el intento de los mandos de la Guardia Colonial por seguir las órdenes del teniente coronel Serrano. Sin embargo, los alzados triunfaron en los territorios de Kogo y Benito. Para reforzar la situación de la mayor parte del territorio continental llegó el vapor *Ciudad de Ibiza* cargado de alimentos y de tropas. Tras un pequeño combate entre la marinería republicana y la Guardia Colonial a orillas del río Ecucu, todo el continente quedó en poder de la República. Se produjo un canje de prisioneros y la salida de los partidarios del bando nacional por medio del vapor alemán *Wakama* y del sueco *Aodrin* hacia Camerún y Gabón, para poco después pasar a Santa Isabel. La situación quedaba definida y dividida en dos bandos que, sin ayuda de la metrópoli, no tenían capacidad de intentar una acción decisiva contra la otra parte.

En Ifni y Sahara la guarnición terminará decantándose por el lado de los militares alzados tras algunos incidentes entre los propios militares, a causa de existir partidarios de ambos bandos. La tropa acantonada constaba de varias unidades indígenas así como unidades disciplinarias o provenientes de las Canarias, a las que se sumaban un reducido grupo de aviación compuesto por cuatro Fokker estacionados en Villa Cisneros. Apenas existía población civil, salvo algunos empleados de las pesquerías o de empresas marítimas y en Sahara unos cuantos presos políticos en calidad de semilibertad, ya que durante la República esta colonia fue empleada como campo de deportados.

En Sidi Ifni el 15 de agosto el capitán Molero Pimentel, jefe del II Tabor, proclamó la adhesión a la «España nacional» ante todas las tropas formadas en el patio del cuartel, aprovechando la partida del jefe del batallón de Tiradores, Montero, para una inspección de rutina. Al día siguiente, el capitán Muntaner lanzará un ataque con su tabor, destacado en Asaka y Tiliuín, contra los sublevados, produciéndose un muerto y un herido entre los tiradores, siendo vencido Muntaner al pasarse a los alzados su oficialidad. En Cabo Juby, Villa Cisneros y La Agüera los militares vivían por y para las Canarias, por lo que desde el momento en que estas se adhirieron a la sublevación las guarniciones de estos puestos costeros se inclinaron por esta causa. En Cabo Juby, el puesto más importante, donde se encontraba el delegado del gobierno así como la plana mayor del territorio, el capitán Burguete decidió obedecer las órdenes de Sevilla y enviar inmediatamente a esa ciudad los cuatro aviones Fokker.

Conclusiones

EN LA PRIMAVERA DE 1936 no es que hubiera revolución en España, ni mucho menos, pero casi todos se esforzaban en que lo pareciera. La Guerra Civil española fue provocada por el miedo a la revolución. Pero no fue el miedo de un sector social solo, sino el miedo de gran parte de la sociedad española y de las principales potencias extranjeras. Miedo de las derechas, miedo de los republicanos moderados, miedo de las principales democracias europeas y de los países fascistas y, sobre todo, miedo de los militares, que tenían muy cerca el recuerdo de la revolución de 1934 y el papel que le tocó desempeñar como represor de la misma.

El Ejército español estaba demasiado acostumbrado al poder y a las guerras, al intervencionismo en la vida pública y al golpismo. También tenía un ya casi histórico rencor hacia los políticos, a los que acusaban de gran parte de su fracaso en las guerras coloniales de los siglos XIX y XX, al privarles de medios materiales y de gestionar de mala manera los recursos económicos existentes, impidiendo la necesaria modernización. Por todo ello y por mucho más, como las razones ideológicas de unos mandos militares donde predominaban los africanistas, fue quien tomó la iniciativa para liquidar al gobierno del Frente Popular, porque ese era el objetivo de los militares y de las fuerzas políticas conservadoras (Falange, Renovación Española, Carlismo, CEDA…) que se aliaron con ellos para conseguirlo. No había intención de derrocar la República, ni mucho menos. Incluso los primeros bandos, manifiestos y proclamas del Ejército sublevado se lanzaban al son de ¡Viva la República! En Palencia, incluso, el día 21 de julio, con la ciudad en poder de las nuevas autoridades, una manifestación popular atravesó la calle Mayor entre constantes vítores a España, al Ejército y a la República honrada y de orden.

El gobierno del Frente Popular, presidido por Santiago Casares Quiroga e integrado por republicanos moderados, y el presidente de la República

Manuel Azaña, especialmente este último, eran víctimas y prisioneros del propio pacto electoral del Frente Popular y de las fuerzas de izquierda que reclamaban constantemente el giro definitivo hacia el poder popular y la revolución social. Algunas que se habían mantenido al margen del acuerdo, como el anarquismo, también apretaban en la misma dirección que los socialistas de Largo Caballero, aunque todavía con mayor solicitud de la «acción directa».

En un momento de cambio político, de crisis económica, de conflictividad social, con buena parte del país pasando verdadera hambre y miseria, los conspiradores de la Unión Militar Española (asociación que agrupaba en gran parte al Ejército africanista, batallador en el frente y ultraconservador en su ideología) encontraron las puertas abiertas hacia la insurrección. Un gobierno débil, por la falta de apoyos sinceros, por la inexistencia de mayorías y por su escasa energía; unas fuerzas políticas de derechas deseosas de evitar la vuelta de la esencia republicana y cada vez más beligerantes en los medios de comunicación, en las Cortes y en su preparación paramilitar; una izquierda dividida ideológica y programáticamente y un contexto internacional de pugna entre fascismo y comunismo que atemorizó y atenazó a las potencias democráticas fueron las bazas hábilmente utilizadas por los militares. Estos iniciaron la conspiración a los pocos días del triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, en búsqueda de un predominio en la vida pública que habían comenzado a perder, como mostraba la reforma militar de Azaña, la nueva legislación de orden público y la consolidación de las instituciones democráticas.

La Segunda República, que había intentado con valentía hacer una serie de reformas estructurales por primera vez en la historia del país, también fue víctima de sus propios errores. Las expectativas que quiso generar en tan poco tiempo fueron tan grandes como el desencanto que logró conseguir. En el momento clave, cuando se conspiraba abiertamente en los cuarteles, se encontró casi sin apoyos porque durante cinco años no fue capaz de integrar a la mayor parte de facciones políticas y sociales. La exclusión fue una característica común de todos sus gobiernos, tanto de los de izquierda como los del bienio de centro derecha (1933-1935). Y esto

generó violencia, rencor y desconfianza. La sociedad se fue dividiendo en bandos antes de la guerra, porque el régimen republicano no fue capaz de reducir los bandos antagónicos sociales, políticos, económicos, religiosos y culturales. La libertad se vivió como un signo de debilidad, por falta de autoridad y existencia de demasiados complejos de recién llegado. La clase política, salvo contadas excepciones, no supo estar a la altura de las circunstancias, provocando inseguridad en la calle y la sensación generalizada de que algo acabaría pasando… Y, lo que era más triste para el régimen, cada vez eran más los que lo estaban deseando. Por desgracia, los españoles estaban históricamente más acostumbrados a resolver sus problemas por la fuerza que a discutirlos y solucionarlos pacíficamente en el seno de instituciones realmente democráticas. El hambre y la incultura hicieron el resto…

La conspiración fue esencialmente una conspiración de militares apoyados por fuerzas civiles en la movilización de masas y en la financiación. En esta colaboraron desde banqueros, empresarios y asociaciones empresariales hasta partidos políticos, como la propia CEDA. El Ejército fue quien llevó la iniciativa desde el primer momento, no queriendo en ningún momento que el golpe perdiera la identidad militar, tanto por confiar así en su rigurosa preparación y desarrollo como por el destino final del mismo, en el que los militares querían tener su protagonismo. El proceso conspirativo comenzó de forma muy débil, contando más con el entusiasmo de unos cuantos jefes y oficiales exaltados que con un meditado plan de acción. Tampoco les hacía falta mucho más para empezar, sabedores de que los últimos intentos (1926, 1929, 1932) habían sido «perdonados» por las autoridades, siendo visto este perdón más como debilidad del poder civil que como verdadera intención por la reconciliación nacional. El general Prim sabía en el siglo XIX que se jugaba «o la faja o la caja». Ahora sólo la primera, y eso daba alas a cualquiera.

Las circunstancias fueron madurando la preparación golpista, sobre todo tras ser abortado uno más de los intentos iniciales, preparado para el 20 de abril. A partir de entonces se hizo cargo de la conspiración el general Mola, hombre meticuloso como había demostrado en todas sus acciones militares en la guerra de Marruecos. Desde Pamplona, donde tenía casi plena libertad

de acción, urde una trama muy bien preparada que sabe entusiasmar a todos los territorios, a la mayor parte de simpatizantes y afiliados de la UME, a las escuadras falangistas, requetés carlistas y otras fuerzas políticas conservadoras, como la CEDA, liderada por José María Gil Robles, y Renovación Española, de Calvo Sotelo, este último asesinado pocos días antes del alzamiento, cuando ya todo estaba decidido y organizado. Mola establece distintos modelos territoriales de conspiración y de alzamiento, según fuera la presencia de fuerzas militares importante, poco importante o inexistente. En este último caso las fuerzas civiles, falangistas y carlistas, principalmente, pasaban al primer plano. Todos se sentían útiles, todos desempeñaban un papel, todos eran protagonistas. Una vasta red de enlaces actuaba por debajo urdiendo los planes y asegurando adeptos, en algunos casos hasta con compromiso firmado.

El gobierno era conocedor de la trama, pero en un primer momento creyó que bastaría con cambiar de destino a los generales implicados, lo que se volvió en su contra, por estar más libres lejos de Madrid, como Mola en Navarra y Franco en Canarias. El joven y popular general Franco participó desde el primer momento en la conspiración y, en compensación, le habría de tocar desempeñar un papel protagonista al decidir Mola llevar el alzamiento a tierras africanas. El Ejército de África pasaba a ser el principal artífice de la sublevación no solo en territorio marroquí, sino también al constituir la fuerza en la que se apoyaba en gran parte el objetivo central del golpe: la toma de Madrid, que se sabía habría de hacerse desde el exterior por tener el gobierno bien controlada la capital. Cuando se acercó el momento, Azaña pensó dejar hacer a los militares para intentar sofocar el ansia de las fuerzas de izquierda, asustándolas con la fuerza de las armas y el recuerdo no tan lejano de una dictadura militar. No era consciente de la excelente preparación del alzamiento. Pensaba que sería una chapuza más, como lo que vivió él mismo siendo ministro de la Guerra con la intentona de Sanjurjo en agosto de 1932, pero los distintos modelos de Mola actuaron perfectamente como auténticos poderes compensadores. Cuando el «17 a las 17» comenzaron a sonar las sirenas en Melilla, las autoridades republicanas ya no pudieron parar a los militares golpistas, ni siquiera evitar algo *a priori* tan sencillo como el paso del Ejército de África a la Península.

En el territorio peninsular el alzamiento militar transcurrió mayoritariamente (veinticuatro capitales de provincia) en las primeras horas del domingo 19 de julio, aunque hubo algunas (cinco) que lo ejecutaron horas antes, en la misma tarde o noche del famoso 18 de julio. Salvo algunos casos realmente excepcionales, se trató de un golpe enérgico y efectivo, que tardó muy pocas horas en dominar la ciudad desde la proclamación del estado de guerra por un bando público. De las cuarenta y una capitales de provincia donde hubo alzamiento, en treinta vencieron los militares sublevados, mientras que en once fracasaron. En otras once no hubo ningún tipo de levantamiento o incidente grave, por la indecisión de los jefes militares, porque no entraba en sus planes o porque las autoridades civiles dominaron la situación. La República, por tanto, controló veintidós capitales (42,30 por 100) por treinta los sublevados (57,69 por 100), aunque desde el punto de vista demográfico ganó la primera, que supo conservar las mayores ciudades del momento: Barcelona, Madrid y Valencia.

España se dividió automáticamente en dos desde el punto de vista militar, porque el gobierno y los golpistas empataron, más o menos, en territorio controlado, en población… y en errores. También en fuerzas militares, por lo menos en los primeros días, los del alzamiento, porque rápidamente el bando sublevado fue recibiendo continuamente a jefes y oficiales que habían «caído» en el bando republicano, produciendo un importante desequilibrio ya a finales de julio del 36.

Los modelos de alzamiento preparados minuciosamente por el general Mola se desarrollaron según las previsiones, aunque hubo algunos errores tan de bulto que tuvieron consecuencias irreversibles para el triunfo del alzamiento. Pero salvo excepciones concretas que no resultaron determinantes, como Almería y Santander, no fueron errores achacables al general, sino a la imposición de algunos protagonistas, como Goded, que horas antes del inicio impuso ir a Cataluña en lugar de a Valencia. Como resultado, el alzamiento fracasó en ambos territorios, lo que unido a la pérdida dada por segura de Madrid era una concesión demasiado amplia al bando rival. Quizá el apoyo popular y de parte de los militares destacados en Barcelona hubiera hecho fracasar también el golpe en esta ciudad y, por extensión, en todo el territorio catalán, pero el desconcierto que provocó

Goded en Barcelona y el general González Carrasco en Valencia resultó decisivo, porque, en general para todo el país, en las guarniciones en las que el mando no vaciló no hubo dificultad para los golpistas, por mucho que las milicias populares se opusieran con las armas en la mano, aunque si estas las hubieran recibido inmediatamente tal vez en algunos lugares las cosas habrían transcurrido de forma distinta. Las masas populares no eran ya esa masa inerte que se encontró Primo de Rivera en septiembre de 1923. Además de estar mejor organizadas, tenían poco que perder en julio de 1936, ante la miseria que las caracterizaba. La República no quiso armar a los milicianos en las primeras horas, pero los alzados no perdieron ni un minuto, armando en seguida a las fuerzas civiles colaboradoras.

¡Que nos quitan la República!, ¡que nos quitan la República!, gritaba un alférez en Málaga a sus tropas para animarlas a luchar contra los sublevados[1]. La verdad es que si no hubiera sido por el entusiasmo popular el régimen republicano se hubiera desmoronado en unos días, porque la lentitud de sus autoridades civiles y militares e incluso, como en la Marina, su inoperancia, lo hubieran arrastrado sin remedio. Pero salió en gran parte del pueblo ese espíritu guerrillero típico español, que tan buenos resultados había aportado algo más de un siglo antes en la Guerra de la Independencia, que no quería perder en unas horas lo que tanto tiempo y sacrificio había costado ganar. Las milicias populares resultaron decisivas en esas primeras horas en algunos lugares importantísimos estratégicamente, como Madrid, Barcelona, Málaga… Quizás si en ellos los jefes militares hubieran sido partidarios de la sublevación resueltamente, el pueblo no habría tenido nada que hacer. Pero ante las dudas, fallos de planteamiento, ambiciones personales, exceso de confianza y otras incertidumbres, la valentía y disposición de las milicias populares resultaron fundamentales para la República. Una prueba de ello es la cantidad de víctimas mortales que sufrieron.

Para evitar errores de golpes militares anteriores, Mola ideó el alzamiento dando libertad a cada capitanía general para iniciarlo a partir del 17 de julio cuando tuviera más posibilidades de éxito. Esto no era un signo de debilidad, sino de seguridad, para el general. Y le salió bien el plan, porque así cada región militar y cada provincia era independiente, no

influyendo en ella el fracaso de otra. Los medios de comunicación y de transporte de la época hacían que unas horas de retraso no representaran ningún impedimento para el triunfo, porque las noticias y la movilización de tropas tardaban incluso días en llegar. La ventaja que *a priori* pudiera proporcionar una acción inesperada y simultánea era compensada por el desconcierto que produjo en las autoridades republicanas un modelo de alzamiento continuo, donde cada día aparecían nuevos escenarios a los que no sabían responder por no haber sido capaces de sofocar los anteriores.

Fruto de la incapacidad para superar unos a otros, el alzamiento dio paso a un conflicto armado, a la guerra, y esta, en el bando republicano, a aquello con lo que tantos se habían asustado: la revolución. Paradójicamente, el miedo a la revolución fue lo que verdaderamente desencadenó la revolución. Cuando se produjo el tránsito de sublevación a guerra y revolución fue cuando automáticamente dejó de aparecer el ¡Viva la República!, de los manifiestos, documentos y proclamas del bando sublevado. Ya no querían la República; el fracaso del alzamiento y el desgaste y esfuerzo que suponía adentrarse en una guerra civil significaba reconsiderar el futuro del régimen. Los casi cuarenta años de dictadura militar que siguieron a la guerra avalan esta hipótesis.

La revolución no sería un camino fácil ni uniforme. Las diferencias visibles en las fuerzas de izquierda en la primavera de 1936 se fueron acentuando con el paso de la guerra, llegando a enfrentamiento armado dentro del bando republicano en marzo de 1939. La izquierda tenía poco en común y esa fue, sobre todo, la gran tragedia de la República. Acosada por sus extremos, no contó siquiera con el apoyo leal de las fuerzas políticas que se cobijaron con más entusiasmo bajo su techo en abril de 1931 o en el Frente Popular formado para *intentar salvarla* ante las elecciones generales de febrero de 1936.

Anexo documental

Documento n.º 1

Carta de Rafael Salazar Alonso, dirigente del Partido Republicano Radical y exministro de Gobernación a José María Gil Robles, líder de la CEDA, solicitando reacción contra el Gobierno del Frente Popular

Excmo. Sr. D. José María Gil Robles

Mi querido amigo:

Justificará Vd. que nuevamente le exponga mis inquietudes en relación con el gravísimo momento de España y por los avances de la revolución hacia la meta comunista. Cuando tuvo usted la bondad de escucharme, le manifesté con rotunda claridad que no era posible esperar nada del Sr. Azaña para contener a los revolucionarios en su camino triunfal. Bastará leer algunos documentos que recojo en mi libro «Bajo el Signo de la Revolución» y cuya autenticidad confirman los sucesos actuales para conocer el alcance del pacto de esos partidos del Gobierno con comunistas, socialistas y sindicalistas y para comprender lo grave que puede resultar el error de esperanzas semejantes.

No soy partidario de perder el tiempo en el examen de lo pasado si no es para no tropezar en la misma piedra. Pero porque es argumento de justicia, si me permito indicar las circunstancias que acreditan un hecho revolucionario indudable y una complicidad manifiesta en cuantos las produjeron entregando el Poder a quien no podía hacer sino lo que hizo al servicio de sus fuertes compromisos con la revolución, apelando a toda

clase de coacciones para enervar la candidatura contra-revolucionaria y pactando con las izquierdas contubernios de traición sin precedentes en la vida pública española.

Vino el resultado electoral y con esa victoria del Frente Popular los acontecimientos previstos.

Ahora ¿para qué decir lo que Vd. sabe mejor que yo? Se ha superado en barbarie a Rusia, provincias enteras, parecen sometidas a un ejército de ocupación. No se respetan ni la Ley, ni la Propiedad, ni las vidas, se hace desprecio del sexo y de la edad, se encarcela a las gentes o se las obliga al destierro, se ocupan fincas sin garantías ni trámites, se imponen multas cuantiosas y con coacciones se obliga a firmar pactos de trabajo contra un prudente sentido económico. Perecerá la Ganadería y el daño en la producción agrícola será de difícil subsanación.

No basta todavía a los revolucionarios que actúan por encima de las propias Autoridades impotentes para evitarlo. Cada día un nuevo avance, no digamos una nueva audacia o un nuevo atropello.

Pero sería delito de lesa Patria seguir únicamente con lamentaciones. Es preciso, apremiante, que se opere una reacción en el país y que a los grandes sectores de España, que muestran su inquietud por cuanto sucede y con gran intuición conocen lo que puede suceder, se les ofrezca un instrumento adecuado que hoy por hoy no pueden ser los partidos políticos.

Contra el Frente Popular, cuyos peligros en orden internacional no se le ocultan, hay que alzar el Frente Nacional. Queden al margen los partidos políticos si no quieren desdibujar sus líneas. Pero autoricen a sus afiliados a formarle, no con fines electorales sino con el convencimiento de que el respeto al sufragio cuando el mal de esta época es la infección de las masas, redundaría en perjuicio de la Nación que obedece a designios inmutables.

No busco fórmulas definitivas. Busco procedimientos. Pero tampoco deseo que no se conozca cuanto corresponde hacer cuando se logre el propósito. Para mí lo que procede es organizar el Estado en forma que no sea posible el resurgimiento del peligro revolucionario, mantenido durante tantos años por un sistema incompatible con el orden público.

Me caracterizó siempre un fuerte sentido jurídico. Creo no traicionarle al considerar que la revolución interrumpe la esfera del Derecho y cuando

el Estado en vez de amparar a quienes en ella se mueve, asiste, a quienes la violentan, es obligación ineludible substituir a ese Estado aún teniendo que pasar por situaciones transitorias que impongan a todo trance el principio de Autoridad.

Es decir, las determinaciones de ese Frente Nacional, llámese de otro modo si se quiere, han de ir acompañadas por la decisión firme inquebrantable de oponerse a los designios revolucionarios sin cejar, sin dar por terminada la labor hasta el logro de estos patrióticos anhelos.

Perdóname amigo Gil Robles esta carta. Usted sabes mis inquietudes y el noble afán que me anima. Tengo fe en España, creo en el pueblo español, creo en los hombres a quienes el pueblo designa como directores de su pensamiento y de su acción para oponerse al Comunismo. Por eso mis requerimientos son sinceros y levantados, sin preocupaciones personales, con el pensamiento puesto en España.

Su buen amigo,

Rafael Salazar Alonso

(Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1593-1. Exp. 38. Sumario contra Salazar Alonso).

Documento n.º 2

MANIFIESTO FALANGISTA DIRIGIDO A LOS JEFES, OFICIALES Y CLASES DEL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA PRIMAVERA DE 1936

ESPAÑA ESTÁ EN TRANCE DE MUERTE. Nuestra sangre generosa de soldados, que tantos de nosotros derramamos por la Patria hierve de indignación desesperada. Sentimos inquietud y ansia de acción. Sonrojo de no ofrendar nuestras vidas por España. Vergüenza ante el deshonor a que se nos quiere condenar.

No es ya sólo la existencia de las instituciones armadas, el porvenir de los nuestros, el honor del uniforme, el propio decoro de los soldados. Está en juego la vida de la Patria, de gloriosa historia, de porvenir radiante. Nos traspasa a todos el dolor de España, de la madre España.

El marxismo acecha en nuestro solar su presa segura. Con inteligente y simbólica frialdad, Moscou lanza sus consignas ciegamente seguidas por sus secuaces y cómplices de España.

FRENTE POPULAR. Primero, desbordamiento de la izquierda republicana, y del socialismo después. Paso cauto, taimado y tríder en el avance. Movimientos sociales que siembren la inquietud, la ruina y la desesperación en las clases sociales obreras. Bancarrota de la Hacienda y de la Economía. Exaltación de la disgregación y del separatismo. Persecución implacable contra todo español capaz de reacción y de defensa. Destrucción del Ejército y de las fuerzas armadas, atacando su honor y dignidad, minando su disciplina. Entrega final de una España, rota, maniatada, desangrada, al terror de hordas salvajes al dictado de Moscou.

Con éxito y decisión avanzan en su camino. Los actos repugnantes ya cometidos constituyen un baldón para todo español, para todo hombre civilizado.

La fuerza pública se pone al servicio de las comparsas grotescas de las milicias rojas. El poder público obra al dictado de un poder extranjero, bajo la presión de una chusma, que nada tiene que ver con el honrado pueblo trabajador de España y sus legítimas ansias de justicia y de mejora. Millares de ciudadanos honrados, encarcelados inicuamente por el hecho de actuar como españoles, o cazados por la espalda una vez que se les despoja de los medios adecuados para la defensa, en tanto que impunemente se permite el armamento de las turbas revolucionarias.

Todos los días con intensidad creciente y calculada graduación, ultrajes al Ejército y a la fuerza armada. Saqueos y violencias. Huelgas y sabotajes. Invasiones y persecuciones. Incautaciones. Amenazas. Profanaciones. Incendios de Iglesias y monasterios, que concentran el tesoro espiritual de una raza que dio vida, lengua, cultura y creencias en todo un continente y esta hoy en trance de sucumbir.

En Yecla fueron paseados en triunfo los descuartizados cuerpos de unos mártires de España. En Madrid docenas de religiosos y señoras abnegadas fueron escarnecidas, linchadas, abandonadas como piltrafas humanas en el arroyo El Alcira son desenterrados y profanados trágicamente los cadáveres. En sin número de ocasiones la fuerza pública es agredida, desarmada y ultrajada con obligada inacción, los Guardias Civiles asesinados y descuartizados por la canalla… ¿Para qué seguir? España se desangra en estertores de agonía.

¿Qué hacer ante estos hechos?

SOLDADOS DE ESPAÑA ESTAOS DECIDIDOS A SALIR EN DEFENSA, A OFRECER LA VIDA POR LA PATRIA. La disciplina, el honor, la fe jurada nos obligan. El alzamiento contra los asesinos de España no es ya sólo un derecho, es un sagrado deber no se trata de una sublevación más, sino de un sublime y supremo acto de servicio patrio.

A nadie falta el arrojo y la decisión necesaria para cumplir con el deber. EN TODOS ASOMA, NO OBSTANTE, LA DESILUSIÓN, LA

DESCONFIANZA Y LA INQUIETUD DE QUE UNA SUPERIOR UNIDAD ARTICULADA NO RECOJA EL VEHEMENTE AFÁN DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA PATRIA.

Estad tranquilos. Se labora sin interrupción. Venciendo obstáculos insuperables. Luchando con la doble resistencia de la revolución desencadenada y el Poder Público, aliado suicida, o cómplice inconsciente de la misma. Sorteando la delación y el espionaje. LA UNIDAD SE ARTICULARÁ CUANTAS VECES SE INTENTE DESQUICIARLA, por encima de la persecución, superando todos los obstáculos.

¿… cuántos actuaremos?

No puede demorarse mucho la operación quirúrgica salvadora, a realizar sobre el cuerpo benfito de España, por más que el dolor y el sufrimiento, esté purificando la sociedad española, para prepararla horizontes de gloria, de claridad y de justicia.

UN RETRASO PODRÍA CONSTITUIR LA CATÁSTROFE SUPREMA. UNA ACTUACIÓN LIGERA, IRREFLEXIVAMENTE PASIONAL, IMPREMEDITADA, PUEDE POR EL CONTRARIO PROVOCAR JUSTIFICAR EL DESASTRE, ABRIR LAS COMPUERTAS DEL ANARQUISMO, CONVERTIR A ESPAÑA EN COLONIA DESTROZADA DE RUSIA.

No son momentos de gallardas aventuras impremeditadas.

ES PRECISO SABER JUGAR LA CARTA Y GANARLA.

No es la hora de la crítica negativa de cuarto de banderas, sino de la cautela, la reflexión, y la serena audacia, porque en nuestra mano está la suerte de España.

No es tiempo de indisciplinas, con subversión de jerarquías en desprecio para mandos de prestigio y patriotismo probado, sino de interna cohesión.

¿… cómo y para que actuaremos?

EL EJÉRCITO ES EL BRAZO ARMADO DE LA PATRIA CUANDO ACTÚA UNIDO Y TRABAJANDO POR EL IDEAL Y LA DISCIPLINA. En caso contrario puede convertirse en facción el movimiento llevará en sí mismo, aunque triunfe, el germen de su propia destrucción.

Estamos decididos a saltar por encima de los cobardes y de los traidores cualquiera que sea su número y jerarquía, pues a eso obliga el honor y la disciplina, pero no es lícito recurrir al ejemplo de los oficiales japoneses, ni caer en el error de los pronunciamientos y cuarteladas de países donde el Ejército no alcanzó nunca el grado de cohesión, de dignidad y de prestigio del español.

NUESTRO MOVIMIENTO TENDRÁ CARÁCTER NACIONAL, NUESTRAS MIRAS NO SON POLÍTICAS NI TIENEN POR FIN EL SALVAR INTERESES DE CLASE.

Ni ambicionamos gobernar, ni queremos salirnos de nuestra misión, pero tenemos el deber supremo de salvar a España antes de que se consume su destrucción.

Por encima de todo partidismo político, alienta, no obstante, en nosotros la decisión de impedir que vuelvan a imperar en España sistemas, procedimientos, doctrinas y normas que, fatalmente, habían de conducirnos de nuevo a la ruina definitiva.

Sin ánimo de suplantar funciones de gobierno, que no nos corresponden, constituye para nosotros un deber el encauzar el porvenir de la Patria, en tanto las circunstancias exigen nuestro concurso.

… Consigna!

Confianza. Unidad. Silencio. Seriedad. Decisión. Paralelamente el impulso del corazón, el círculo frío del raciocinio.

ATENTOS TODOS ¡JEFES! ¡OFICIALES! ¡CLASES! A LA VOZ DE ESPAÑA

No importa morir en el empeño si es con honor.

¡Que nos sigan sólo quienes sientan vocación de arriesgar la vida por la Patria!

… pero sepan los traidores, los desleales, quienes ultrajan sus uniformes, desmoralizando la gloriosa institución del Ejército; los que no tienen el valor de cumplir con su deber, que con ellos no cuenta la disciplina, porque no puede considerarse como tal la obediencia y sumisión a quienes dentro del Ejército actúan como ruines enemigos de España.

¡LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO! En nuestras manos está la salvación del tesoro glorioso del pasado, de la sangre de los mártires de España, de un porvenir radiante, de generación, de justicia social, de grandeza nacional

¡LA PATRIA ESTÁ EN PELIGRO!

JEFES, OFICIALES, CLASES DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LA PATRIA
¡TODOS DISPUESTOS A CUMPLIR VUESTRO DEBER!

¡VIVA ESPAÑA!

NOTA – El presente manifiesto se dirige únicamente a los Jefes, Oficiales y Clases de las fuerzas armadas de España, y no debe extenderse fuera de ellas su publicación. Quien lo tenga en su poder hágalo conocer a sus compañeros de armas, excluidos los traidores.

(Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Almería, Leg. 1158-2).

Documento n.º 3

Proclama del general Francisco Franco Bahamonde, al iniciar la rebelión

¡ESPAÑOLES!

A cuantos sentís el santo amor a España, a los que en las filas del Ejército y la Armada habéis hecho profesión de fe en el servicio de la Patria, a los que jurasteis defenderla de sus enemigos hasta perder la vida, la Nación os llama en su defensa.

La situación en España es cada día más crítica; la anarquía reina en la mayoría de los campos y pueblos; autoridades de nombramiento gubernativo presiden, cuando no fomentan, las revueltas. A tiros de pistola y ametralladores se dirimen las diferencias entre los bandos de ciudadanos, que, alevosa y traidoramente, se asesinan sin que los poderes públicos impongan la paz y la justicia.

Huelgas revolucionarias de todo orden paralizan la vida de la Nación arruinando y destruyendo sus fuentes de riqueza y creando una situación de hambre que lanzará a la desesperación a los hombres trabajadores.

Los monumentos y tesoros artísticos son objeto de los enconados ataques de las hordas revolucionarias obedeciendo a las consignas que reciben de las directivas extranjeras, que cuentan con la complicidad o negligencia de gobernadores y monterillas.

Los más graves delitos se cometen en las ciudades y en los campos, mientras las fuerzas de orden público permanecen acuarteladas, corroídas por la desesperación que provoca una obediencia ciega a gobernantes que intentan deshonrarlas. El Ejército, la Marina y demás Institutos armados,

son blanco de los más soeces y calumniosos ataques precisamente por parte de aquellos que debían velar por su prestigio.

Los estados de excepción y alarma sólo sirven para amordazar al pueblo y que España ignore lo que sucede fuera de las puertas de sus villas y ciudades, así como para encarcelar a los pretendidos adversarios políticos.

La Constitución, por todos suspendida y vulnerada, sufre un eclipse total; ni igualdad ante la Ley, ni libertad, aherrojada por la tiranía, ni fraternidad cuando el odio y el crimen han sustituido al mutuo respeto, ni unidad de la Patria, amenazada por el desgarramiento territorial más que por el regionalismo, que los propios poderes fomentan, ni integridad y defensa de nuestras fronteras cuando en el corazón de España se escuchan las emisoras extranjeras que predican la destrucción y reparto de nuestro suelo.

La Magistratura, cuya independencia garantiza la Constitución, sufre igualmente persecuciones que la enervan o mediatizan y recibe los más duros ataques a su independencia.

Pactos electorales hechos a costa de la integridad de la propia Patria, unidos a los asaltos a Gobiernos Civiles y cajas fuertes para falsear las actas, formaron la máscara de legalidad que nos preside. Nada contuvo la apetencia de poder, destitución ilegal del moderador, glorificación de las revoluciones de Asturias y catalana, una y otra quebrantadoras de la Constitución que, en nombre del pueblo, era el Código fundamental de nuestras instituciones.

Al espíritu revolucionario e inconsciente de las masas engañadas y explotadas por los agentes soviéticos, que ocultan la sangrienta realidad de aquel régimen, que sacrificó para su existencia veinticinco millones de personas, se unen la malicia y negligencia de Autoridades de todo orden que amparadas en un poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden y el imperio de la libertad y la justicia.

¿Es que se puede consentir un día más el vergonzoso espectáculo que estamos dando al mundo?

¿Es que podemos abandonar a España a los enemigos de la Patria, con un proceder cobarde y traidor entregándola sin lucha y sin resistencia?

¡Eso no! Que lo hagan los traidores, pero no lo haremos quienes juramos defenderla.

Justicia e igualdad ante la Ley os ofrecemos. Paz y amor entre los españoles. Libertad y fraternidad exentas de libertinaje y tiranía. Trabajo para todos. Justicia social, llevada a cabo sin enconos ni violencias y una equitativa y progresiva distribución de riqueza sin destruir ni poner en peligro la economía española.

Pero, frente a eso, una guerra sin cuartel a los explotadores de la política, a los engañadores del obrero honrado, a los extranjeros y a los extranjerizantes, que directa o solapadamente intentan destruir a España.

En estos momentos es España entera la que se levanta pidiendo paz, fraternidad y justicia; en todas las regiones, el Ejército, la Marina y fuerzas de orden público se lanzan a defender la Patria. La energía en el sostenimiento del orden estará en proporción a la magnitud de la resistencia que se ofrezca.

Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, porque las Instituciones, sean cuales fueren deben garantizar un mínimo de convivencia entre los ciudadanos que, no obstante las ilusiones puestas por tantos españoles, se han visto defraudados, pese a la intransigencia y comprensión de todos los organismos nacionales, con una respuesta anárquica cuya realidad es imponderable.

Como la pureza de nuestras intenciones nos impide el yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tienen albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su anhelada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden la trilogía FRATERNIDAD, LIBERTAD E IGUALDAD.

Españoles: ¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA EL HONRADO PUEBLO ESPAÑOL!

Comandante General de Canarias

Santa Cruz de Tenerife, a las 5 y cuarto horas del día 18 de julio de 1936.

(Fuente: Federico Escofet: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934 - 19 de julio de 1936*…, pp. 397-399).

Documento n.º 4

Bando del general Gonzalo Queipo de Llano declarando el estado de guerra en todo el territorio de la 2.ª División

ESPAÑOLES:

Las circunstancias extraordinarias y críticas porque atraviesa España entera; la anarquía que se ha apoderado de las ciudades y los campos, con riesgos evidente de la Patria, amenazada por el enemigo exterior, hacen imprescindible el que no se pierda un solo momento y que el ejército, si ha de ser salvaguardia de la Nación, tome a su cargo la dirección del país, para entregarlo más tarde, cuando la tranquilidad y el orden estén restablecidos a los elementos civiles preparados para ello.

En su virtud y hecho cargo del mando de esta División.

Ordeno y mando

PRIMERO. –Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División.

SEGUNDO. –Queda prohibido terminantemente el derecho a la huelga. Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas, los directivos de los Sindicatos, cuyas organizaciones vayan a la huelga o no se reintegren al trabajo los que se encuentren en tal situación a la hora de entrar el día de mañana.

TERCERO. –Todas las armas largas o cortas, serán entregadas en el plazo irreductible de cuatro horas en los puestos de la Guardia Civil más próximo.

Pasado dicho plazo, serán igualmente juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas, todos los que se encuentren con ellas en su poder o en su domicilio.

CUARTO. –Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los incendiarios, los que ejecuten atentados por cualquier medio a las vías de comunicación, vida, propiedades etc. y cuantos por cualquier media perturben la vida del territorio de esta División.

QUINTO. –Se incorporarán urgentemente a todos los Cuerpos de esta División, los soldados del Cap. XVII del Reglamento de Reclutamiento (cuotas) de los reemplazos 1931 a 1935, ambos inclusive y todos los voluntarios de dicho reemplazo que quieran prestar este servicio a la Patria.

SEXTO. –Se prohíbe la circulación de toda clase de personas y carruajes que no sean de servicio, desde las nueve de la noche en adelante.

Espero del patriotismo de todos los españoles, que no tendré que tomar ninguna de las medidas indicadas en bien de la Patria y de la República.

El General de la División, Gonzalo Queipo de Llano.

(Fuente: Archivo General Militar de Ávila, C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936»).

Documento n.º 5

BANDO FIRMADO POR EL GENERAL FRANCISCO PATXOT MADOZ, COMANDANTE MILITAR DE MÁLAGA, DECLARANDO EL ESTADO DE GUERRA EL 18 DE JULIO DE 1936

D. Francisco Patxot Madoz, General Comandante Militar de Málaga

HAGO SABER

Queda declarado el ESTADO DE GUERRA en y en su consecuencia, con arreglo a lo prevenido en el párrafo tercero, del Artículo 95 de la Constitución y en los Art. 7.º núm. 12, 9.º 3 y 171 del Código de Justicia Militar y en los Arts. Núms. 53 a 58 y 61 de la Ley de Orden Público y Orden del Ministerio de la Guerra de 6 de Enero de 1934

Málaga
Francisco Patxot Madoz

Don Francisco Patxot y Madoz General Comandante Militar de Málaga y provincia

Hago saber:

Que a partir de este momento entra en vigor el bando que antecede y que desempeñará las funciones de gobernador civil de la provincia el

teniente coronel jefe de la caja de recluta de Málaga Don Ramón Reviso Pérez con todas las facultades que le corresponden y confieren las leyes.

Mi cariño a Málaga me hace aconsejar a todos el más exacto acatamiento de cuanto antecede para evitar el penoso deber de tener que emplear la fuerza pública.

Málaga 18 de julio de 1936

El general
Patxot

(Fuente: Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24 de Málaga, Caja 682, Causa 93/1936).

Documento n.º 6

REGLAMENTO DE LA MILICIA CIVIL ACCIÓN CIUDADANA DE ZARAGOZA

ACCCIÓN CIUDADANA. REGLAMENTO.

1. –Es Acción Ciudadana de Zaragoza una organización patriótica, cuyos fines principales son: Atender a la conservación del orden público, protección de las personas y de la propiedad, vigilancia de la ciudad y de sus vías de comunicación auxiliando a las Autoridades civiles y militares, en tal forma con relación a estas últimas, que permitan sean empleadas todas las fuerzas militares sin preocupación alguna para el Alto Mando.

2. –ORGANIZACIÓN. Serán admitidos en esta organización ciudadana cuantos caballeros españoles sientan con exaltación el amor patrio, prescindiendo de toda idea política. Es pues Acción Ciudadana de Zaragoza una organización completamente apolítica.

3. –La presentación de cuantos señores deseen ingresar en Acción Ciudadana se hará por otros de reconocida solvencia moral, quienes garantizarán su personalidad. Los antecedentes que proporcionen la Guardia Civil y la Policía Gubernativa completarán la ficha del interesado que se archivará en las oficinas de la Agrupación. Desde el momento de su ingreso en Acción Ciudadana quedará sujeto a la disciplina de la Agrupación no pudiendo darse de baja en ella sin autorización del Primer Jefe.

4. –Para el mejor cumplimiento de las misiones encomendadas a Acción Ciudadana, se dividirá la población en el número de Sectores que por separado se dará a conocer. Un Jefe y Oficial retirado estará al frente de cada una de ellas, teniendo a sus órdenes a un Subjefe y al número de

Oficiales y Clases retirados necesarios para cubrir los servicios que se le encomienden.

5. –La fuerza total de ciudadanos presentados se dividirá en dos grandes agrupaciones; una (1.ª Línea) estará constituida por jóvenes de 18 a 30 años dispuesta para ser empleada en funciones marciales si así los dispusiese la Autoridad Militar. La otra agrupación (2.ª Línea) la constituirán los ciudadanos que por sus ocupaciones habituales, por su estado físico o por su edad avanzada se vean imposibilitados de practicar sus servicios fuera de la plaza, con cuantos pertenezcan a la primera agrupación se constituirá un Batallón con el número de compañías que consientan los efectivos.

6. –Las agrupaciones se organizarán en la siguiente forma: escuadras de seis hombres, tres escuadras constituirán un pelotón; tres pelotones una Sección y tres Secciones una Compañía. El Jefe de escuadra llevará como distintivo una cinta de estambre encarnada de diez centímetros de largo y uno de ancho que se colocará en el lado izquierdo del pecho: los Jefes de pelotón dos cintas paralelas de las mismas características anteriores. El Jefe de Sección, de no ser Oficial del Ejército, llevara una cinta dorada de las mismas características marcadas anteriormente.

7. –Paralelamente a esta Organización se establecerán en todos los Sectores Secciones femeninas, cuya misión será establecer talleres para confección de prendas con destino a las fuerzas combatientes y prestar servicios que reclamen las autoridades, en parque de Artillería, Hospitales, Teléfonos, Oficinas, Limpieza de Locales, etc., etc.

8. –Igualmente podrán organizarse Secciones infantiles en todos los sectores y a esto deberá darse importancia, pues dándose a los jóvenes una educación cívica que llegue a la exaltación patriótica se llegará a conseguir en ellos practiquen todas aquellas virtudes tradicionales en nuestra Patria.

9. –SERVICIOS. Los servicios de armas consistirán, en una guardia de prevención por Sector, custodia de edificios públicos, retenes y patrullas, y los mecánicos de carga y descarga de vagones, camiones, encendido de alumbrado público, limpieza y en general en cuantos las circunstancias exijan. Los servicios se practicarán siempre por escuadras, pelotones o Secciones completas, según la importancia ya a las órdenes de sus Jefes naturales.

10. –ARMAMENTO. Todo el personal de estas milicias estará dotado de fusil reglamentario y además podrá usar el arma corta de su propiedad.

11. –SANCIONES. Para que estas fuerzas ciudadanas tengan la debida eficiencia, habrá de exigirse en ellas una disciplina capaz de obligarles a cumplir con exactitud cuantos servicios se les encomienda, practicándolos con entusiasmo y celo.

Para mantener esta disciplina entre quienes se olvidan de sus deberes ciudadanos podrán imponerse las siguientes sanciones; amonestación privada; amonestación pública; recargos en los servicios; arrestos hasta quince días en el Sector y expulsión de la Agrupación. Las faltas cometidas serán conocidas por los Comandantes del Sector quienes impondrán las sanciones a que hubiere lugar. Para la expulsión, se formalizará un atestado y la sanción será impuesta precisamente por el Primer Jefe de Acción Ciudadana.

12. –UNIFORME. Durante el verano todos los ciudadanos vestirán el mono kaqui con el enlace A. C. colocado en el lado izquierdo del pecho, y gorro del mismo color con vivos blancos. En el invierno se usará capotemanta.

13. –DISOLUCIÓN. Organizada esta Agrupación ciudadana para auxiliar a las fuerzas del Ejército durante el Movimiento Salvador de nuestra Patria, será disuelta tan pronto lo crea conveniente la Junta de Gobierno Nacional, el Gobierno que la suceda o el Exmo. Señor General Jefe de la 5.ª División Orgánica.

(Fuente: Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Zaragoza, Leg. 1426-2).

Siglas

CEDA:	Confederación Española de Derechas Autónomas
CNT:	Confederación Nacional del Trabajo
FAI:	Federación Anarquista Ibérica
FLO:	Federación Local Obrera
FP:	Frente Popular
JAP:	Juventud de Acción Popular
JSU:	Juventudes Socialistas Unificadas
PCE:	Partido Comunista de España
POUM:	Partido Obrero de Unificación Marxista
PSOE:	Partido Socialista Obrero Español
SEU:	Sindicato Español Universitario
UGT:	Unión General de Trabajadores
UME:	Unión Militar Española
UMRA:	Unión Militar Republicana Antifascista

Fuentes y bibliografía

Archivos y fuentes documentales

Archive du Ministère des Affaires Étrangères (París).
Archivo del Congreso de los Diputados (Madrid).
Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24 (Málaga).
Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo (Sevilla).
Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).
Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán» (Viso del Marqués).
Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid).
Archivo General Militar de Ávila.
Archivo Histórico del Banco de España (Madrid).
Archivo Histórico Nacional (Madrid).
Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real.
Archivo Regional de la Región Militar Noroeste (Ferrol).
Centro Documental de la Memoria Histórica (Salamanca).
Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo (Madrid): Archivo de la CNT-FAI.
Fundación Pablo Iglesias (Madrid): Archivo del PSOE y de la UGT.
Fundación de Investigaciones Marxistas (Madrid): Archivo Histórico del PCE.
The National Archives (Londres).

Prensa

ABC (Madrid y Sevilla).
Ahora (Madrid).
El Alcázar (Toledo).

Claridad, diario de la noche (Madrid).
El Día de Alicante.
El Día de Palencia.
Diario de Burgos.
Heraldo de Cuenca.
El Norte de Castilla (Valladolid).
El Pueblo Manchego (Ciudad Real).
La Vanguardia (Barcelona).

PUBLICACIONES PERIÓDICAS Y ESTADÍSTICAS

Anuario Estadístico de España, 1930-1936. Madrid: Instituto Geográfico, Catastral y de Estadística, 1932-1936. 5 vols.

Anuario Militar de España, 1930-1936. Madrid: Ministerio de la Guerra, 1930-1936. 7 vols.

Carreras, Albert y Tafunell, Xavier (coords.): *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*. 2.ª ed. Madrid: Fundación BBVA, 2005. 3 vols.

Censo de la Población de España en 1930. Madrid: Instituto Geográfico, Catastral y de Estadística, 1932.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Fernández, Paloma: *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza, 2008.

Alba, Víctor: *Los sepultureros de la República: Azaña, Prieto y Negrín*. Barcelona: Planeta, 1977.

Alía Miranda, Francisco: «La agonía de la República. El golpe de Casado en La Mancha», en *Historia Social*, n.º 65 (2009), pp. 65-86.

—: «Don Mónico Sánchez y los adelantados de La Mancha en el siglo XX», en Francisco Alía Miranda y Pilar Sánchez Fernández:

Piedrabuena y su entorno. Arte, antropología, historia y espacios naturales. Piedrabuena: Ayuntamiento, 2006, pp. 459-492.
—: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005.
—: *La Guerra Civil en retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*. Ciudad Real: Diputación Provincial, 1994 (4.ª edición en 2005).
—: *Técnicas de investigación para los historiadores. Las fuentes de la Historia*. Madrid: Síntesis, 2005.
Alía Miranda, Francisco y Valle Calzado, Ángel Ramón del (coords.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha, 70 años después*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2008.
Alpert, Michael: *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*. Barcelona: Crítica, 2007.
—: *El ejército republicano en la guerra civil*. Madrid: Siglo XXI, 1989.
—: *La guerra civil española en el mar*. Barcelona: Crítica, 2008.
Anderson, Peter: «Why did the Spanish Civil War start in July 1936?», en *History Review*, n.º 48 (2004), pp. 36-40.
Apéndice I al dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936. Madrid: Editora Nacional, 1939.
Arasa, Daniel: *Entre la cruz y la República. Vida y muerte del general Escobar*. Barcelona: Styria, 2008.
Arias Ramos, Raúl: *La Legión Cóndor en la Guerra Civil. El apoyo militar alemán a Franco*. Barcelona: Planeta DeAgostini, 2006.
Aróstegui, Julio: «Guerra, poder y revolución. La República española y el impacto de la sublevación», en *Ayer*, n.º 50 (2003), pp. 85-114.
—: «El insurreccionalismo en la crisis de la Restauración», en José Luis García Delgado (ed.): *La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*. Madrid: Siglo XXI de España, 1986, pp. 75-99.
—: *Por qué el 18 de julio… y después*. Barcelona: Flor del Viento, 2006.

—: «La tradición militar del Carlismo y el origen del Requeté», en *Aportes*, n.º 8 (1988), pp. 3-23.

Arqués, Enrique: *17 de Julio. La epopeya de África. Crónica de un testigo*. Ceuta, Tetuán: Imprenta África, 1937.

Azaña, Manuel: *Apuntes de memoria*. Valencia: Pre-Textos, 1990.

—: *Diarios completos: Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2000.

—: *Los españoles en guerra. Un libro inédito del presidente de la República sobre la guerra civil*. Barcelona: Crítica, 1982.

—: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

Azcona, José Manuel: *Los desastres de la Guerra Civil Española. La represión en Bilbao (julio de 1936-junio de 1937)*. Madrid: Servicio de Publicaciones Universidad Rey Juan Carlos, 2007.

Bahamonde Magro, Ángel, y Cervera Gil, Javier: *Así terminó la Guerra de España*. 2.ª ed. Madrid: Marcial Pons, 2000.

Balfour, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona: Península, 2002.

Ballarín, Manuel; Cucalón, Diego, y Ledesma, José Luis (eds.): *La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio*. Zaragoza: Cortes de Aragón, 2009.

Ballarín, Manuel, y Ledesma, José Luis (eds.): *Avenida de la República. Actas del II Encuentro Historia y Compromiso: sueños y realidades para una república*. Zaragoza: Cortes de Aragón, 2007.

Ballbé, Manuel: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*. Madrid: Alianza Editorial, 1983.

Balcells, Albert: «Violencia y terrorismo en la lucha de clases en Barcelona de 1913 a 1923», en *Estudios de Historia Social*, n.º 42-43 (1987), pp. 37-79.

Bascuñán Añover, Oscar: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*. Valencia: Fundación Instituto de Historia Social, 2008.

Beevor, Antony: *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Crítica, 2005.

Beltrán Güell, Felipe: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939.

Ben-Ami, Shlomo: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona: Planeta, 1983.

Bennassar, Bartolomé: *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil española (1936-1942…)*. Madrid: Taurus, 2005.

Berzal de la Rosa, Enrique (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007. 2 vols.

Blinkhorn, Martin: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*. Barcelona: Crítica, 1979.

Braojos Garrido, Alfonso; Álvarez Rey, Leandro, y Espinosa Maestre, Francisco: *Sevilla 36: Sublevación fascista y represión*. Brenes (Sevilla): Muñoz Moya y Montraveta Editores, 1990.

Busquets, Julio, y Losada, Juan Carlos: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2003.

Cabrera Acosta, Miguel Ángel (ed.): *La Guerra Civil en Canarias*. La Laguna: Francisco Lemus Editor, 2000.

Cardona, Gabriel: *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*. Barcelona: Flor del Viento, 2006.

Casanova, Julián: *República y guerra civil*. Barcelona: Crítica, Marcial Pons, 2007.

Casanova, Julián, y Preston, Paul (coords.): *La guerra civil española*. Madrid: Pablo Iglesias, 2008.

Castro, Luis: *Capital de la Cruzada. Burgos durante la Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2006.

El Catastro en España. Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda, 1988. 2 vols.

Cenarro Lagunas, Ángela: *El fin de la esperanza: fascismo y Guerra Civil en la provincia de Teruel (1936-1939)*. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 1996.

Cervera Gil, Javier: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*. 2.ª ed. Madrid: Alianza Editorial, 2006.

Chaves Palacios, Julián: *Violencia política y conflictividad social en Extremadura. Cáceres en 1936*. Badajoz y Cáceres: Diputación Provincial, 2000.

Cierva, Ricardo de la: *Historia de la Guerra Civil*. Madrid: Fénix, 2006.

Cobo Romero, Francisco: «El asedio al Santuario de Santa María de la Cabeza durante la Guerra Civil (un intento de desmitificación)», en *Boletín del Instituto de Estudios Gienneses*, n.º 176 (2000), pp. 101-137.

—: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*. Jaén: Diputación Provincial, 1994.

Cobo Romero, Francisco, y Ortega López, Teresa María: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005.

Contreras, Juan de (marqués de Lozoya): *La iniciación en Segovia del Movimiento Nacional*. Segovia: El Adelantado de Segovia, 1938.

Cruz, Rafael: «Dos rebeliones militares en España, 1923-1936: la lógica de la guerra en la política», en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, n.º 5 (2001), pp. 29-54.

—: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006.

Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco. Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1992.

Documents on British Foreign Policy 1919-1939. Londres: Her Majesty Stationery Office, 1979.

Ealham, Chris: *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

Ellwood, Sheelagh: *Prietas las filas. Historia de la Falange Española*. Barcelona: Crítica, 1984.

Engel Masoliver, Carlos: *El cuerpo de oficiales en la Guerra de España*. Valladolid: AF Editores, 2008.

—: *Estrategia y táctica en la Guerra de España, 1936-1939*. Madrid: Almera, 2008.

Escobar, José Ignacio (marqués de Valdeiglesias): *Así empezó*. Madrid: G. del Toro, 1974.

Escofet, Federico: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936*. Barcelona: Argos Vergara, 1984.

Espinosa Maestre, Francisco: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. 3.ª ed. Barcelona: Crítica, 2003.

—: *La Guerra Civil en Huelva*. 4.ª ed. Huelva: Diputación Provincial, 2005.

—: «Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio», en J. Casanova (coord.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica, 2002, pp. 51-119.

—: *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*. Barcelona: Crítica, 2007.

Félix Maíz, Bernardo: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952.

—: *Mola, aquel hombre*. Barcelona: Planeta, 1976.

Fernández-Coppel, Jorge: *Queipo de Llano: memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008.

Fernández de Castro y Pedrera, Rafael: *Hacia las rutas de nueva España. El alzamiento nacional en Melilla (de cómo se preparó, y por qué hubo de comenzar en Melilla el glorioso Movimiento Nacional salvador de la Patria)*. Melilla: Artes Gráficas Postal Exprés, 1940.

Franco Salgado-Araujo, Francisco: *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona: Planeta, 2005.

García, Hugo: «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», en *Ayer*, n.º 62 (2006), pp. 285-305.

García Martínez, Guillermo: *Los defensores del cerco de Oviedo (19-7-1936 / 17-10-1936)*. Oviedo: El autor, 1994.

García Rivas, Nicolás: *La rebelión militar en derecho penal (la conducta punible en el delito de rebelión)*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990.

Garitaonandia, Carmelo, y Granja, José Luis de la (coords.): *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*. Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1987.

Gil Andrés, Carlos: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*. Barcelona: Crítica, 2006.

Gil Bracero, Rafael (y otros): *La Guerra Civil en Andalucía Oriental*. Granada: Ediciones Ideal, 1986.

Gil Honduvilla, Joaquín: «La sublevación de julio de 1936: proceso militar al general Romerales», en *Historia Actual Online*, n.º 4 (2004), pp. 99-113.

—: *Marruecos ¡17 a las 17*! Sevilla: Guadalturia, 2009.

Gil Vico, Pablo: «Ideología y represión: La Causa General. Evolución histórica de un mecanismo jurídico-político del régimen franquista», en *Revista de Estudios Políticos*, n.º 101 (1998), pp. 159-189.

Godicheau, François: *La guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936-1939)*. París: Odile Jacob, 2004.

González Calleja, Eduardo: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*. Madrid: CSIC, 1999.

González Calleja, Eduardo, y Ledesma Vera, José Luis: «Conflictividad y violencia sociopolítica en la España de la primera mitad del siglo XX», en Encarna Nicolás Marín y Carmen González Martínez (eds.): *Mundos de ayer. Investigaciones históricas contemporáneas. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*. Murcia: Universidad, 2009, pp. 331-361.

González Duro, Enrique: *Franco, una biografía psicológica*. Madrid: Temas de Hoy, 1992.

González Martínez, Carmen: *Guerra Civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*. Murcia: Universidad, 1999.

González Portilla, Manuel, y Garmendia, José María: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988.

Graham, Helen: *Breve historia de la guerra civil*. Madrid: Espasa Calpe, 2006.
Guarner, Vicente: *Cataluña en la Guerra de España, 1936-39*. Madrid: G. del Toro, 1975.
La Guerra Civil. Madrid: Historia 16, 1986. 24 vols.
La Guerra Civil Española mes a mes. Madrid: Unidad Editorial, 2005, t. II.
Herrero Balsa, Gregorio, y Hernández García, Antonio: *La represión en Soria durante la Guerra Civil*. Soria: Los autores, 1982.
Hinojosa Durán, José: *Tropas en un frente olvidado. El ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2009.
Jackson, Gabriel: *Costa, Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*. Barcelona: Crítica, 2008.
Jimeno Jurío, José María: *La Guerra Civil en Navarra (1936-1939)*. Pamplona: Pamiela, 2006.
Juana López, Jesús de, y Prada Rodríguez, Julio (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006.
Juliá, Santos: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*. Madrid: Alianza, 1990.
—: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Taurus, 2008.
Juliá, Santos; García Delgado, José Luis; Jiménez, Juan Carlos, y Fusi, Juan Pablo: *La España del siglo XX*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
Kennedy, Paul: *Auge y caída de las grandes potencias*. Esplugues de Llobregat, Barcelona: Plaza y Janés, 1989.
Kowalsky, Daniel: *La Unión Soviética y la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 2003.
La Porte, Pablo: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001.
Lacruz, Francisco: *El Alzamiento, el terror y la revolución en Barcelona*. Barcelona: Librería Arysel, 1943.

Lanuza Mejía, Javier: *Así comenzó… (Aportación a la historia de la sublevación militar de 1936)*. México D. F.: Ediciones Andarivel, 1972.

Ledesma, José Luis: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2003.

Lerroux, Alejandro: *Al servicio de la República*. Madrid: Javier Morata, 1930.

Malefakis, Edward: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona: Ariel, 1976.

— (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006.

Marichal, Juan: *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

Martín Jiménez, Ignacio: *La Guerra Civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*. Valladolid: Ámbito, 2000.

Martínez Abad, Julio: *¡¡17 de Julio!! (La guarnición de Melilla, inicia la Salvación de España). Episodios inéditos del Glorioso Alzamiento Nacional*. Melilla: Artes Gráficas Postal Exprés, 1937.

Martínez Bande, José Manuel: *Los años críticos. República, Conspiración, Revolución y Alzamiento*. Madrid: Encuentro, 2007.

Martínez Barrio, Diego: *Memorias*. Barcelona: Planeta, 1983.

—: *Páginas para la historia del Frente Popular*. Madrid: Ediciones Españolas, 1937.

Mas Chao, Andrés: *La formación de la conciencia africanista en el ejército español (1909-1926)*. Madrid: Servicio Geográfico del Ejército, 1988.

Miralles, Ricardo: *Juan Negrín. La República en guerra*. Madrid: Temas de Hoy, 2003.

Moa, Pío: *1936: el asalto final a la República*. Barcelona: Áltera, 2005.

Moga Romero, Vicente: *Las heridas de la historia: testimonios de la guerra civil española en Melilla*. Barcelona: Bellaterra, 2004.

Moradiellos, Enrique: *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*. Oviedo: Pentalfa, 1990.

—: *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española*. Madrid: Siglo XXI de España, 1996.
Moreno Gómez, Francisco: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.).
Moreno Luzón, Javier (ed.): *Alfonso XIII, un político en el trono*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
Muñoz Soro, Javier; Ledesma, José Luis, y Rodrigo, Javier (coords.): *Culturas y políticas de la violencia: España siglo* XX. Madrid: Siete Mares, 2005.
Nadal, Antonio: *Guerra Civil en Málaga*. Málaga: Arguval, 2005.
Negreira Parets, Juan José (ed.): *Mallorca 1936: la sublevación militar y el desembarco republicano*. Palma: Lleonard Muntaner, 2006.
Nerín, Gustau: *La guerra que vino de África*. Barcelona: Crítica, 2005.
Núñez Florencio, Rafael: «Teoría y práctica del antimilitarismo en la España liberal», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez (coords.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
O'neill, Carlota: *Una mujer en la guerra de España*. Madrid: Turner, 1979.
Oliver Olmo, Pedro: «La suerte del general Goded. Cultura punitiva y cultura de guerra en la revolución española de 1936», en *Jerónimo Zurita. Revista de Historia*, n.º 84 (2009), pp. 39-74.
Ortiz Heras, Manuel (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000.
Ortiz Heras, Manuel; Ruiz González, David, y Sánchez Sánchez, Isidro (coords.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001.
Pagès i Blanch, Pelai: *Cataluña en guerra y en revolución (1936-1939)*. Sevilla: Espuela de Plata, 2007.
Payne, Stanley G.: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.
—: *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985.

Paz, Abel: *La guerra de España: paradigma de una revolución. Las 30 horas de Barcelona (julio del 36)*. Barcelona: Flor del Viento, 2006.

Pelaz López, José Vidal: *Caciques, apóstoles y periodistas. Medios de comunicación, poder y sociedad en Palencia (1898-1939)*. Valladolid: Universidad, 2000.

Pérez-Maura, Ramón (introducción): *La Guerra Civil en sus documentos*. Barcelona: Belacqva, 2004.

Pérez Solís, Óscar: *Sitio y defensa de Oviedo*. 2.ª ed. Valladolid: Afrodisio Aguado, 1938.

Pilo Ortiz, Francisco: *Ellos lo vivieron: sucesos en Badajoz y su provincia durante los meses de julio y agosto de 1936*. 3.ª ed. Badajoz: El autor, 2006.

Prada Rodríguez, Julio: *De la agitación republicana a la represión franquista (Ourense 1934-1939)*. Barcelona: Ariel, 2006.

Preston, Paul: *La Guerra Civil Española*. 2.ª ed. Barcelona: Debate, 2008.

Prieto, Indalecio: *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*. México: Oasis, 1967.

Puerto Fernández, Isabel del: «Los cuidados de enfermería durante las guerras coloniales españolas (1895-1926). Repercusiones de ambos conflictos en la provincia de Toledo». Ciudad Real: Universidad de Castilla-La Mancha, 2010 (tesis doctoral inédita).

Quirosa-Cheyrouze y Muñoz, Rafael: *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*. Almería: Universidad de Almería, 1997.

—: *Política y guerra civil en Almería*. Almería: Cajal, 1986.

Ramírez Jiménez, Manuel: *Las reformas de la Segunda República*. Madrid: Tucar, 1977.

Ramos Hitos, Juan A.: *Guerra Civil en Málaga, 1936-1937: revisión histórica*. Málaga: Algazara, 2003.

Rey Reguillo, Fernando del: *Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2008.

Rivero Noval, M.ª Cristina: *Política y sociedad en La Rioja durante el primer franquismo (1936-1945)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2001.
—, «La rebelión militar de 1936 en La Rioja», en *Berceo*, n.º 127 (1994), pp. 31-58.
Robledo, Ricardo (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 2007.
Rodrigo, Javier: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura Franquista*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.
Rodríguez Jiménez, José Luis: *Franco, historia de un conspirador*. Madrid: Oberon, 2005.
Rodríguez Patiño, Ana Belén: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*. Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.). 2 vols.
Romanones, conde de: *Notas de una vida*. Madrid: Marcial Pons, 1999.
Romero, Luis: *Tres días de julio (18, 19 y 20 de 1936)*. Barcelona: Ariel, 1967.
Ruiz, David: *Octubre de 1934. Revolución en la República española*. Madrid: Síntesis, 2008.
Ruiz Alonso, José María: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*. Madrid: Almud, 2004. 2 vols.
Sacanell, Enrique: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008.
Salas, Nicolás: *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1931-1939)*. Sevilla: Castillejo, 1997. 2 vols.
Salas Larrazábal, Ramón: *Historia del Ejército Popular de la República*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006. 5 vols.
Sánchez Cervelló, Josep (ed.): *El Pacte de la No Intervenció. La internacionalització de la Guerra Civil espanyola*. Tarragona: Universidad Rovira i Virgili, 2009.
Sánchez Recio, Glicerio, y Santacreu Soler, José Miguel: «La *Causa General*, fuente para el estudio de la rebelión y de la guerra civil», en *Arbor*, n.º 491-492 (1986), pp. 217-230.

Saralegui Platero, Francisco José: *Retablo de Navarra 1936*. Pamplona: Eunate, 2006.

Seco Serrano, Carlos: *La España de Alfonso XIII. El Estado. La Política. Los Movimientos Sociales*. Madrid: Espasa, 2002.

Seidman, Michael: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid: Alianza, 2003.

Semprún, Alfredo: *El crimen que desató la Guerra Civil*. Madrid: LibrosLibres, 2005.

Soler Fuensanta, José Ramón, y López-Brea Espiau, Francisco Javier: *Soldados sin rostro. Los Servicios de Información, Espionaje y Criptografía en la Guerra Civil Española, 1936-1939*. Barcelona: Inédita Editores, 2008.

Solla Gutiérrez, Miguel Ángel: *La sublevación frustrada. Los inicios de la guerra civil en Cantabria*. Santander: Universidad de Cantabria, Parlamento de Cantabria, 2005.

Titos Martínez, Manuel: *Verano del 36 en Granada. Un testimonio inédito sobre el comienzo de la guerra civil y la muerte de García Lorca*. Granada: Atrio, 2006.

Togores Sánchez, Luis Eugenio: «El Alzamiento y la Guerra Civil (1936-1939) en las colonias españolas de Guinea, Sidi Ifni y Sahara», en *Estudios Africanos. Revista de la Asociación Española de Africanistas*, n.º 4-5 (1987-1988), pp. 33-47.

—: *Yagüe, el general falangista de Franco*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010.

Tusell, Javier: *Las elecciones del Frente Popular en España*. Madrid: EDICUSA, 1971. 2 vols.

—: *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*. 3.ª ed. Barcelona: Tusquets, 1993.

Ugarte Tellería, Javier: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

Varela Ortega, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid: Marcial Pons, Junta de Castilla y León, 2001.

Vega Sombría, Santiago: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005.

Vila Izquierdo, Justo: *Extremadura: la Guerra Civil*. 2.ª ed. Badajoz: Universitas Editorial, 1984.

Viñas, Ángel: *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*. Barcelona: Crítica, 2009.

—: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*. Barcelona: Crítica, 2006.

Woolsey, Gamel: *El otro reino de la muerte (Málaga, Julio, 1936)*. Málaga: Ágora, 1994.

Notas

[1] Hugo García: «La historiografía de la Guerra Civil en el nuevo siglo», en *Ayer*, n.º 62 (2006), pp. 288-290. <<

[2] Glicerio Sánchez Recio y José Miguel Santacreu Soler: «La *Causa General*, fuente para el estudio de la rebelión y de la guerra civil», en *Arbor*, n.º 491-492 (1986), pp. 217-230; Pablo Gil Vico: «Ideología y represión: La Causa General. Evolución histórica de un mecanismo jurídico-político del régimen franquista», en *Revista de Estudios Políticos*, n.º 101 (1998), pp. 159-189; y Francisco Alía Miranda: *Técnicas de investigación para los historiadores. Las fuentes de la Historia*. Madrid: Síntesis, 2005, pp. 244-247. <<

[3] Nicolás García Rivas: *La rebelión militar en derecho penal (la conducta punible en el delito de rebelión)*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990. <<

[4] «Conflicto social y protesta popular en Castilla-La Mancha, 1850-1950» (PCI08 0137). <<

[5] Stanley G. Payne: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005. <<

[6] Pío Moa: *1936: el asalto final a la República*. Barcelona: Áltera, 2005, pp. 94-96. <<

[7] Ricardo de la Cierva: *Historia de la Guerra Civil*. Madrid: Fénix, 2006, p. 67. <<

[8] Bartolomé Bennassar: *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil española (1936-1942…)*. Madrid: Taurus, 2005. <<

[9] Julio Aróstegui: *Por qué el 18 de julio… y después*. Barcelona: Flor del Viento, 2006. <<

[10] Paul Preston: *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Debate, 2008, pp. 29-50. <<

[11] Antony Beevor: *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Crítica, 2005. <<

[12] Helen Graham: *Breve historia de la guerra civil*. Madrid: Espasa Calpe, 2006. <<

[13] Edward Malefakis: «Perspectivas históricas y teóricas de la Guerra», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, pp. 13-43. <<

[14] Santos Juliá: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*. Madrid: Alianza, 1990; y *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Taurus, 2008. <<

[15] Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006. <<

[16] Ignacio Martín Jiménez: *La Guerra Civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*. Valladolid: Ámbito, 2000. <<

[1] José Varela Ortega: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid: Marcial Pons, Junta de Castilla y León, 2001, pp. 505 y 536. <<

[2] Aunque no por golpe militar, el Ejército tuvo mucha influencia en la caída de la dictadura de Primo de Rivera, al comprobar este la retirada de la confianza del estamento militar tras los juicios de los sucesos de la sublevación de enero de 1929 —sobre todo el que juzgó los acontecimientos de Valencia— y las contestaciones a su solicitud de los capitanes generales realizada el 26 de enero de 1930. La evasiva respuesta de los generales (parece ser que solo Sanjurjo y Marzo le mostraron su apoyo incondicional), bastó al general Primo de Rivera para dimitir dos días después. <<

[3] Pablo La Porte: *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2001, p. 32. <<

[4] Isabel del Puerto Fernández: *Los cuidados de enfermería durante las guerras coloniales españolas (1895-1926). Repercusiones de ambos conflictos en la provincia de Toledo*. Universidad de Castilla-La Mancha, 2010. <<

[5] Francisco Alía Miranda: «Don Mónico Sánchez y los adelantados de La Mancha en el siglo XX», en Francisco Alía Miranda y Pilar Sánchez Fernández: *Piedrabuena y su entorno. Arte, antropología, historia y espacios naturales*. Piedrabuena: Ayuntamiento, 2006, pp. 459-492. <<

[6] Véase Francisco Alía Miranda: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005, pp. 130-142. <<

[7] Carlos Seco Serrano: *La España de Alfonso XIII. El Estado. La Política. Los Movimientos Sociales*. Madrid: Espasa, 2002, pp. 384-393. <<

[8] Rafael Núñez Florencio: «Teoría y práctica del antimilitarismo en la España liberal», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez (coords.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, p. 308.
<<

[9] Sebastian Balfour: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona: Península, 2002, p. 65. <<

[10] Francisco Alía Miranda: *Duelo de sables. El general Aguilera, de ministro a conspirador contra la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005, pp. 37-84. <<

[11] Alejandro Lerroux: *Al servicio de la República*. Madrid: Javier Morata, 1930 (2.ª ed.), p. 111. El texto íntegro del manifiesto puede verse en Melchor Fernández Almagro, *Historia del reinado de don Alfonso XIII*. Barcelona: Montaner y Simón, 1936 (3.ª ed.), p. 293. <<

[12] Conde de Romanones: *Notas de una vida*. Madrid: Marcial Pons, 1999, p. 398. <<

[13] Andrés Mas Chao: *La formación de la conciencia africanista en el ejército español (1909-1926)*. Madrid: Servicio Geográfico del Ejército, 1988, pp. 34-36. <<

[14] Santos Juliá: «Política y sociedad», en Santos Juliá, José Luis García Delgado, Juan Carlos Jiménez y Juan Pablo Fusi: *La España del siglo XX*. Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 42-43. <<

[15] Carolyn P. Boyd: «El rey-soldado. Alfonso XIII y el ejército», en Javier Moreno Luzón (ed.): *Alfonso XIII, un político en el trono*. Madrid: Marcial Pons, 2003, pp. 213-237. <<

[16] Julio Aróstegui: «El insurreccionalismo en la crisis de la Restauración», en José Luis García Delgado (ed.): *La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*. Madrid: Siglo XXI de España, 1986, pp. 75-99. <<

[17] Albert Balcells: «Violencia y terrorismo en la lucha de clases en Barcelona de 1913 a 1923», en *Estudios de Historia Social*, n.º 42-43 (1987), pp. 37-39; y Eduardo González Calleja, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*. Madrid: CSIC, 1999, p. 247. <<

[18] Esta es la tesis que mantienen la mayor parte de los autores de la obra editada por Javier Moreno Luzón: *Alfonso XIII, un político en el trono*. Madrid: Marcial Pons, 2003. <<

[19] Eduardo González Calleja: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*. Madrid: CSIC, 1999, p. 72. <<

[20] Shlomo Ben-Ami: *La dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930*. Barcelona: Planeta, 1983, pp. 259-260. <<

[21] Manuel Ramírez Jiménez: *Las reformas de la Segunda República*. Madrid: Tucar, 1977, p. 53; y Gabriel Cardona: «El peligro militar y la reforma de Azaña», en Manuel Ballarín y José Luis Ledesma (eds.): *Avenida de la República. Actas del II Encuentro Historia y Compromiso: sueños y realidades para una república*. Zaragoza: Cortes de Aragón, 2007, pp. 75-81. <<

[22] Helen Graham: *Breve historia de la guerra civil*. Madrid: Espasa Calpe, 2006, p. 27. <<

[23] Julio Busquets y Juan Carlos Losada: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo* XX. Barcelona: Crítica, 2003, p. 55. <<

[24] Julio Mangada Rosenörn: *El fascio en el Ejército o la Unión de Militares Españoles (U. M. E.)*. S. l., s. n., 1936, p. 29. Para él, la causa era una abundante oficialidad «creada en el ambiente africano de favor, de intrigas, de inmoralidades, de felonías y de desastres vergonzosos, que todo lo supedita a los intereses particulares de Cuerpo y sus plantillas». Julio Mangada estuvo destinado en Marruecos entre octubre de 1922 y septiembre de 1923. En noviembre de ese año, el capitán general de la Primera Región Militar le concedió el uso de la medalla de Marruecos con el pasador de Melilla y en 1924 apareció citado dos veces como distinguido en el octavo período de operaciones en la Orden General del Ejército de Operaciones de África de 7 de octubre. <<

[25] Julio Busquets y Juan Carlos Losada: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo* XX. Barcelona: Crítica, 2003, p. 49. <<

[26] Gustau Nerín: *La guerra que vino de África*. Madrid: Síntesis, 2005. <<

[27] Michael Alpert: *El ejército republicano en la guerra civil*. Madrid: Siglo XXI, 1989, pp. 8-9. <<

[28] Paul Kennedy: *Auge y caída de las grandes potencias*. Esplugues de Llobregat, Barcelona: Plaza y Janés, 1989. <<

[1] Archivo del Congreso de los Diputados, *Diario de las Sesiones de Cortes*, 16-abril-1936, p. 347. <<

[2] David Ruiz: *Octubre de 1934. Revolución en la República española*. Madrid: Síntesis, 2008, pp. 10-11 y 329-393. <<

[3] Diego Martínez Barrio: *Páginas para la historia del Frente Popular*. Madrid: Ediciones Españolas, 1937, p. 16. <<

[4] Diego Martínez Barrio: *Memorias*. Barcelona: Planeta, 1983, pp. 304-306. <<

[5] Manuel Azaña: *Diarios completos: Monarquía, República, Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 934 y 935. <<

[6] *Ibid*., p. 941. <<

[7] *Ahora*, 21 de febrero de 1936; y Diego Martínez Barrio: *Páginas para la historia del Frente Popular*. Madrid: Ediciones Españolas, 1937, p. 19. <<

[8] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, p. 44. <<

[9] Fundación Anselmo Lorenzo, Archivo CNT, Carpeta 93 B, rollo microfilm 262. <<

[10] *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, p. 9. <<

[11] Santos Juliá: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Taurus, 2008, pp. 379-380. <<

[12] Archivo del Congreso de los Diputados, *Diario de las Sesiones de Cortes*, 15-abril-1936, p. 290. <<

[13] *Ibid*., p. 300. <<

[14] *Ibid*., 7-mayo-1936, pp. 630-638. <<

[15] *Ibid*., 19-mayo-1936, p. 705. <<

[16] *Ibid*., 16-junio-1936, p. 1388. <<

[17] Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006, pp. 164-170. <<

[18] Javier Muñoz Soro, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo (coords.): *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*. Madrid: Siete Mares, 2005; Chris Ealham: *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*. Madrid: Alianza Editorial, 2005; Oscar Bascuñán Añover: *Protesta y supervivencia. Movilización y desorden en una sociedad rural: Castilla-La Mancha, 1875-1923*. Valencia: Fundación Instituto de Historia Social, 2008; y Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006. <<

[19] Eduardo González Calleja: «La violencia y el mundo del trabajo durante la Segunda República», en Manuel Ballarín y José Luis Ledesma (eds.): *Avenida de la República. Actas del II Encuentro Historia y Compromiso: sueños y realidades para una república*. Zaragoza: Cortes de Aragón, 2007, pp. 163-167. <<

[20] Martin Blinkhorn: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*. Barcelona: Crítica, 1979, pp. 295-296. <<

[21] Julio Aróstegui: «La tradición militar del Carlismo y el origen del Requeté», en *Aportes*, n.º 8 (1988), pp. 3-23. <<

[22] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Lérida, Pieza n.º 2, Leg. 1468-1. «Declaración de Juan Lavaquial Llesterri, vicepresidente de la Junta Provincial Tradicionalista de Lérida, 17 de noviembre de 1941». <<

[23] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Legajo 477.1, Carpeta 10. <<

[24] Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 270; y José María Jimeno Jurío: *La Guerra Civil en Navarra (1936-1939)*. Pamplona: Pamiela, 2006, p. 42. <<

[25] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Vizcaya, Leg. 1333-1. «Declaración de Manuel Lezama Leguizamón, 4 de marzo de 1942». <<

[26] Francisco Cobo Romero: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*. Jaén: Diputación Provincial, 1994, p. 13. <<

[27] Stanley G. Payne: *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985, pp. 100 y 111. <<

[28] Sheelagh Ellwood: *Prietas las filas. Historia de la Falange Española*. Barcelona: Crítica, 1984, p. 23. <<

[29] Francisco Cobo Romero: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*. Jaén: Diputación Provincial, 1994, pp. 10-11. <<

[30] Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*. Almería: Universidad de Almería, 1997, p. 34. <<

[31] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Vizcaya, Leg. 1333-1. «Declaración de Jaime Adrada Fernández, 28 de febrero de 1942». <<

[32] Santiago Vega Sombría: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005, p. 15. <<

[33] Sheelagh Ellwood: *Prietas las filas. Historia de la Falange Española*. Barcelona: Crítica, 1984, pp. 56-58. <<

[34] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Declaración de Juan Pérez de los Cobos, 13 de noviembre de1940» y «Declaración de Eduardo Martínez Sabater, 15 de noviembre de 1940». <<

[35] Julián Chaves Palacios: *Violencia política y conflictividad social en Extremadura*. *Cáceres en 1936*. Badajoz y Cáceres: Diputación Provincial, 2000, pp. 54-55. <<

[36] Edward Malefakis: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo* XX. Barcelona: Ariel, 1976, pp. 428-429. <<

[37] Fundación Anselmo Lorenzo, Archivo CNT, Archivo Viejo, Carpeta 50 A, rollo microfilm 128 B. <<

[38] *Ibid*., rollo microfilm 129. <<

[39] *Ibid*., rollo microfilm 128 C. <<

[40] *El Pueblo Manchego*, Ciudad Real, 22 de junio de 1936. «La concentración marxista de ayer: las milicias desfilaron uniformadas». <<

[41] Santiago Vega Sombría: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005, p. 14. <<

[42] Nicolás Salas: *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1931-1939)*. Sevilla: Castillejo, 1997, t. I, p. 157. <<

[43] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Legajo 2377.2, Carpeta 85. <<

[44] Archivo Histórico del Banco de España, Secretaría Técnica, Legajo 27165 y Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Barcelona, Caja 1197. <<

[45] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Legajo 700, Carpeta 39. <<

[46] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 12 Bis. «Hechos ocurridos en los primeros días del Alzamiento», por Salvador de Arizón. <<

[47] Fundación Pablo Iglesias, Archivo del PSOE, CE: AH-V-I. Arenas de San Juan, 12 de julio de 1936. <<

[48] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Badajoz, Pieza n.º 2, Leg. 1055-1. <<

[49] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Legajo 2377.2, Carpeta 79. <<

[50] Archivo del Congreso de los Diputados, *Diario de las Sesiones de Cortes*, 19-mayo-1936, p. 716. <<

[51] The National Archives, FO 371/20520. <<

[52] *Ibid*., HO 144/21523. <<

[53] *Ibid*., KV 3/321. <<

[54] *Ibid*., FO 371/20520. <<

[55] *Ibid*., FO 371/20522. <<

[56] *Documents on British Foreign Policy 1919-1939*. Londres: Her Majesty Stationery Office, 1979, Second Series, vol. XVII, pp. 1-13. <<

[57] Archive du Ministère des Affaires Étrangères (París), Série Europe, 1918-1940: Espagne. Politique intérieure, 1936, vol. 167, p. 145. <<

[58] Archivo del Congreso de los Diputados, *Diario de las Sesiones de Cortes*, 19-mayo-1936, p. 693. <<

[59] *Ibid*., p. 694. <<

[60] *Ibid*., p. 703. <<

[61] *Ibid*., 1-julio-1936, p. 1776. <<

[1] Luis E. Togores: *Yagüe, el general falangista de Franco*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010, p. 169. La carta se conserva en el Archivo Privado de Yagüe, consultado por el autor. <<

[2] Julio Aróstegui: *Por qué el 18 de julio… y después*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 142. <<

[3] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, p. 63. <<

[4] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid), Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia), Plaza de Valencia, Leg. 826, n.º orden 21622. Procedimiento sumarísimo ordinario n.º 271-V contra el general Manuel González Carrasco. «Intervención del general González Carrasco en el Movimiento». <<

[5] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1513.1, Exp. 18. «Declaración del coronel de Infantería Carlos Lázaro Muñoz (30 de diciembre de 1940)». <<

[6] *Ibid*., Leg. 1515.1, Exp. 2. «Declaración del comandante Arsenio Fernández Serrano (1 de junio de 1939)». <<

[7] Tal vez el indulto al general no fue considerado por los africanistas como un gesto de magnanimidad, sino como una muestra de debilidad. Esta medida, que honraba a la República, probablemente fomentó el golpismo (Gustau Nerín: *La guerra que vino de África*. Madrid: Síntesis, 2005, p. 108). <<

[8] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, p. 30. «Franco es un cuquito que va a lo suyito», afirmó Sanjurjo al conocer la intención de Franco de no involucrarse (Gustau Nerín: *La guerra que vino de África*. Madrid: Síntesis, 2005, p. 107). <<

[9] Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones con Franco*. Barcelona: Planeta, 2005, pp. 281-282. <<

[10] José Manuel Martínez Bande: *Los años críticos. República, Conspiración, Revolución y Alzamiento*. Madrid: Encuentro, 2007, p. 208. <<

[11] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, pp. 30-32. La carta citada forma parte del Archivo de Sanjurjo, consultado por el autor gracias a la autorización de la familia del general. <<

[12] Felipe Beltrán Güell: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939, p. 116. La información suministrada por Felipe Beltrán en su libro fue tomada como oficial por el régimen vencedor, como prueba su incorporación a la documentación nacional (Archivo General Militar de Ávila, C. 2102, Legajo 4, Armario 31, Carpeta 12. «Documentación Nacional. Información y Publicaciones»). <<

[13] Felipe Beltrán Güell: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939, p. 117. <<

[14] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Dedicatoria Póstuma al Excmo. Señor General de División Gran Cruz Laureada de San Fernando Don Emilio Mola Vidal». <<

[15] Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones con Franco*. Barcelona: Planeta, 2005, p. 663. <<

[16] *Ibid*., p. 700. <<

[17] Archivo General Militar de Ávila, C. 2478, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 13 Bis. <<

[18] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid), Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia), Plaza de Valencia, Leg. 826, n.º orden 21622. Procedimiento sumarísimo ordinario n.º 271-V contra el general Manuel González Carrasco. «Declaración prestada por el comandante Bartolomé Barba». <<

[19] Julio Aróstegui: *Por qué el 18 de julio… y después*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 142. <<

[20] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, p. 76.
<<

[21] Gabriel Cardona: *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, pp. 30-31. <<

[22] Pío Moa: *1936: el asalto final a la República*. Barcelona: Áltera, 2005, pp. 160, 177 y 193. <<

[23] Javier Tusell: *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política*. Barcelona: Tusquets, 1993, pp. 27-31. <<

[24] Paul Preston: *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Debate, 2008, pp. 107-108. <<

[25] José Manuel Martínez Bande: *Los años críticos. República, Conspiración, Revolución y Alzamiento*. Madrid: Encuentro, 2007, p. 209; y Felipe Beltrán Güell: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939, p. 126. <<

[26] Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sección Ceuta. 1937. Información abierta al coronel Ricardo Seco de la Garza. <<

[27] Felipe Beltrán Güell: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939, pp. 126-127. <<

[28] Bernardo Félix Maíz: *Mola, aquel hombre*. Barcelona: Planeta, 1976, p. 99. <<

[29] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 3 (Declaración del general José Enrique Varela Iglesias, 31 de diciembre de 1938). Para Luis Romero, al contrario de lo que opinaron los militares implicados, llevar fuera de Madrid la organización de la conspiración no era positiva. Mola no tenía buena relación con los carlistas en Navarra; en cuanto a los comandantes militares de Baleares y Canarias, se hallaban tan distantes y aislados que sólo pudieron influir en las guarniciones isleñas (Luis Romero: «Fracasos y triunfos del levantamiento», en Edward Malefakis [dir.]: *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, p. 72). <<

[30] Felipe Beltrán Güell: *Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*. Valladolid: Librería Santarén, 1939, p. 127. <<

[31] Bernardo Félix Maíz: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952, p. 104. <<

[32] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, pp. 13-14. <<

[33] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Dedicatoria Póstuma al Excmo. Señor General de División Gran Cruz Laureada de San Fernando Don Emilio Mola Vidal». <<

[34] Gabriel Cardona dice que Mola «demostró ser un estratega lento y alicorto» (*Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 38). <<

[35] Una de las contadas excepciones la constituye Paul Preston, para quien la conspiración de julio del 36 no fue perfecta, ni mucho menos, pero fue mucho más cuidadosamente planeada que cualquier otro golpe anterior. Se había aprendido la lección de la *Sanjurjada* y Mola consideró imprescindible el asalto coordinado al mando de las guarniciones de las cincuenta provincias españolas y el rápido aniquilamiento de las organizaciones obreras (*La Guerra Civil Española*. Barcelona: Debate, 2008, p. 105). <<

[36] José Ignacio Escobar (marqués de Valdeiglesias): *Así empezó*. Madrid: G. del Toro, 1974, p. 19. <<

[37] Bernardo Félix Maíz: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952, p. 253. <<

[38] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 30 (Escrito de Bartolomé Barba a Mateo Zaforteza, 26 de agosto de 1939). <<

[39] José Ignacio Escobar (marqués de Valdeiglesias): *Así empezó*. Madrid: G. del Toro, 1974, p. 15. <<

[40] Stanley G. Payne: *Falange. Historia del fascismo español*. Madrid: Sarpe, 1985, p. 125. <<

[41] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Barcelona, Leg. 1630, Exp. 7. <<

[42] Bernardo Félix Maíz: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952, p. 283. <<

[43] Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones con Franco*. Barcelona: Planeta, 2005, p. 701. <<

[44] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Copia de un borrador de una carta del ayudante de Mola a Joaquín Arrarás (mayo de 1941)». <<

[45] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Estado Mayor, Caja 70. <<

[46] *Ibid*., Sección Político-Social, Euskadi, C. 7, Exp. 1. <<

[47] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid), Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia), Plaza de Valencia, Leg. 826, n.º orden 21622. Procedimiento sumarísimo ordinario n.º 271-V contra el general Manuel González Carrasco. «Declaración prestada por el comandante de Estado Mayor Bartolomé Barba». <<

[48] Federico Escofet: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936*. Barcelona: Argos Vergara, 1984, pp. 220-221. <<

[49] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Zaragoza, Pieza n.º 2, Leg. 1426-2. «Informe del general Pedro Yeregui Moreno, 22 de junio de 1942». <<

[50] Vicente Guarner: *Cataluña en la Guerra de España, 1936-39*. Madrid: G. del Toro, 1975, p. 82. <<

[51] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Murcia, Leg. 1067-1. <<

[52] Julio Aróstegui Sánchez: «Conspiración contra la República», en *La Guerra Civil*, Madrid, Historia 16, 1986, t. 3, p. 14. <<

[53] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Información obtenida del Comandante Bartolomé Barba». <<

[54] *Ibid*., Causa General de Málaga, Pieza n.º 2, Leg. 1060.1. «Declaración del comandante de la Guardia Civil Cristóbal Román Durán (1941)». <<

[55] *Ibid*., Causa General de Vizcaya, Leg. 1333-1. «Declaración de Jaime Adrada Fernández, 28 de febrero de 1942». <<

[56] *Ibid*. «Declaración de Julio Serrano de la Mata, 16 de marzo de 1942».
<<

[57] M.ª Cristina Rivero Noval: «La rebelión militar de 1936 en La Rioja», en *Berceo*, n.º 127 (1994), pp. 33-46. <<

[58] Joaquín Gil Honduvilla: *Marruecos ¡17 a las 17*! Sevilla: Guadalturia, 2009, pp. 60-61. <<

[59] Emilio Grandío Seoane: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de A Coruña: ¿Qué pasa con Coruña?», en Jesús de Juan López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 19-57. <<

[60] Ángel Rodríguez Gallardo: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Pontevedra», en *Ibid*., pp. 136-164. <<

[61] María Jesús Souto Blanco: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo», en Jesús de Juan López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 59-96. <<

[62] Julio Prada Rodríguez: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Ourense», en *Ibid*., pp. 97-133. <<

[63] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Pieza n.º 2, Caja 1519. «Declaración del gobernador civil Miguel de Benavides ante el Juzgado Especial de Guadalajara por rebelión militar en el sumario número 1 de 1936». <<

[64] *Ibid*. «Declaración de Ricardo Ortega Agulla, comandante en julio de 1936». <<

[65] *Ibid*. «Declaración de Eduardo Delgado Piñar, hijo del jefe del Regimiento de Aerostación». <<

[66] Francisco Moreno Gómez: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.), pp. 4-5. <<

[67] Rafael Gil Bracero: «La conspiración en Granada», en *La Guerra Civil en Andalucía Oriental*. Granada: Ediciones Ideal, 1986, pp. 68-70. <<

[68] *Ibid*., pp. 73-75. <<

[69] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Valladolid». <<

[70] Santiago López García y Severiano Delgado Cruz: «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra civil», en Ricardo Robledo (ed.): *Esta salvaje pesadilla*. *Salamanca en la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 2008, p. 103. <<

[71] Luis Castro: *Capital de la Cruzada. Burgos durante la Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 4. <<

[72] Santiago Vega Sombría: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005, p. 36. <<

[73] *Ibid*., p. 15. <<

[74] Cándido Ruiz González y Juan Andrés Blanco Rodríguez: «La represión en la provincia de Zamora durante la Guerra Civil y el Franquismo», en Enrique Berzal De La Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. II, pp. 244-248. <<

[75] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Oviedo, Leg. 1339-1. «Declaración del general Antonio Aranda Mata, 10 de marzo de 1941». <<

[76] *Ibid*. «Informe de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de Asturias, 10 de abril de 1942». <<

[77] Nicolás Salas: *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1931-1939)*. Sevilla: Castillejo, 1997, t. I, pp. 147-172. <<

[78] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, pp. 22-23. <<

[79] Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*. Almería: Universidad de Almería, 1997, pp. 30-34. <<

[80] Miguel Ángel Solla Gutiérrez: *La sublevación frustrada. Los inicios de la guerra civil en Cantabria*. Santander: Universidad de Cantabria, Parlamento de Cantabria, 2005, pp. 76-77. <<

[81] *Anuario Militar de España 1936*. Madrid: Presidencia del Gobierno, Ministerio de la Guerra, 1936. <<

[82] Ramón Salas Larrazábal: *Historia del Ejército Popular de la República*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006. <<

[83] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Albacete, Pieza n.º 2, Caja 1016. <<

[84] Antonio Selva Iniesta: «La Guerra Civil en Albacete», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000, pp. 40-41. <<

[85] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, p. 139. <<

[86] Ana Belén Rodríguez Patiño: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*, Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.), t. I, p. 74. <<

[87] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000, p. 87. <<

[88] Gregorio Herrero Balsa y Antonio Hernández García: *La represión en Soria durante la Guerra Civil*. Soria: Los autores, 1982, p. 28. <<

[89] Francisco Cobo Romero: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*. Jaén: Diputación Provincial, 1994, pp. 19-21. <<

[90] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). <<

[91] *Ibid*., Pieza n.º 5, Caja 1032. «Sentencia del Tribunal Popular Especial contra Juan Antonio Solís Huescar (30 de abril de 1937)». <<

[92] Francisco Alía Miranda: *La Guerra Civil en retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*. Ciudad Real: Diputación Provincial, 2005, p. 60. <<

[93] Manuel Romero Sánchez-Herrera: *Estampas de la Guerra Civil*, Madrid, 1970, p. 149. <<

[94] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Barcelona, Leg. 135.2, Carpeta 25. <<

[95] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «El objetivo, los medios y los itinerarios (25 de mayo de 1936)». <<

[96] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, p. 65. La carta citada forma parte del Archivo de Sanjurjo, consultado por el autor gracias a la autorización de la familia del general. <<

[97] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Dedicatoria Póstuma al Excmo. Señor General de División Gran Cruz Laureada de San Fernando Don Emilio Mola Vidal». <<

[98] *Ibid*. «El objetivo, los medios y los itinerarios (25 de mayo de 1936)».
<<

[99] *Ibid*. «Directivas para Marruecos (24 de junio de 1936)». <<

[100] *Ibid*. «Instrucciones para las fuerzas de la Armada (20 de junio de 1936)». <<

[101] José Manuel Martínez Bande: *Los años críticos. República, Conspiración, Revolución y Alzamiento*. Madrid: Encuentro, 2007, p. 233. <<

[102] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Directivas para Marruecos (24 de junio de 1936)». <<

[103] *Ibid*., C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936». <<

[104] Antony Beevor: *La Guerra Civil Española*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 81. <<

[105] Stanley G. Payne: «El Alzamiento del 18 de julio», en *Historia de Iberia Vieja. Revista de Historia de España*, n.º 13 (2006), p. 7. <<

[106] Federico Escofet: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936*. Barcelona: Argos Vergara, 1984, p. 357. <<

[107] Luis E. Togores: *Yagüe, el general falangista de Franco*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2010, p. 194. <<

[108] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1538-2. «Documentos enviados el 30 de Julio de 1936 por el Director General de Seguridad a Javier Elola». A Javier Elola, magistrado del Tribunal Supremo, cuando fracasó el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 en Madrid se le nombró juez especial instructor de la causa por la insurrección en todos los cuarteles y cantones militares de la ciudad. Ya en plena Guerra Civil, el 26 de agosto de 1936, se le nombra presidente de la Sala III de lo Contencioso Administrativo del Tribunal Supremo. El 27 de agosto y el 16 de septiembre de 1936 fue nombrado instructor del «expediente general sobre el movimiento de rebelión militar y sus múltiples derivaciones». <<

[109] Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones con Franco*. Barcelona: Planeta, 2005, p. 274. <<

[110] Archivo General Militar de Ávila, C. 2323, Legajo 46, Carpeta 65. <<

[111] *Ibid.*, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «El Directorio y su obra inicial (5 de junio de 1936)». <<

[112] *Apéndice I al dictamen de la Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*. Madrid: Editora Nacional, 1939, p. 166. <<

[113] *Ibid*., pp. 147-148. «Informe del Juez de Instrucción núm. 3 de Madrid enviado a la Comisión». <<

[114] *Ibid*., p. 154. Para este testigo, «Los principales responsables fueron José del Rey, guardia antiguo condenado a 30 años por los sucesos de octubre; uno apodado “el pistolero”, escolta de Indalecio Prieto; y el capitán de la Guardia civil señor Condés». <<

[115] *Ibid*., pp. 148-149. «Informe del Juez de Instrucción núm. 3 de Madrid enviado a la Comisión». <<

[116] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Legajo 702, Caja 1715. <<

[117] Rafael Fernández De Castro y Pedrera: *Hacia las rutas de nueva España. El alzamiento nacional en Melilla (de cómo se preparó, y por qué hubo de comenzar en Melilla el glorioso Movimiento Nacional salvador de la Patria)*. Melilla: Artes Gráficas Postal Exprés, 1940, p. 98. <<

[118] Archivo General Militar de Ávila, C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 7. <<

[119] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Lérida, Pieza n.º 2, Leg. 1468-1. «Declaración de Carlos La Rosa Hostal, 8 de noviembre de 1941». <<

[120] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 31/Carp. 3. <<

[121] Archivo General Militar de Ávila, Armario 31, Legajo 4, Carpeta 8. «Copias de documentos facilitados por el Tte. Coronel Don Emiliano Fernández Cordón referentes a la preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional». «Informe reservado». <<

[122] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1538-2. «Documentos enviados el 30 de Julio de 1936 por el Director General de Seguridad a Javier Elola». <<

[123] Bernardo Félix Maíz: *Alzamiento en España. De un diario de la conspiración*. Pamplona, 1952, p. 290. <<

[124] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Información obtenida por el comandante Bartolomé Barba» e «Información facilitada por don Joaquín Maldonado Almenar». <<

[125] Joaquín Gil Honduvilla: *Marruecos ¡17 a las 17!* Sevilla: Guadalturia, 2009, p. 78. <<

[1] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Almería, Leg. 1158-2. <<

[2] Archivo General Militar de Ávila, C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936». <<

[3] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Barcelona, Leg. 1630, Exp. 7. <<

[4] Nicolás García Rivas: *La rebelión militar en derecho penal (la conducta punible en el delito de rebelión)*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990, pp. 98-100. <<

[5] *Reseña Geográfica y Estadística de España*. Madrid: Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1888, p. 757. <<

[6] *El Catastro en España*. Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda, 1988, 2 vols. <<

[7] José Ramón Soler Fuensanta y Francisco Javier López-Brea Espiau: *Soldados sin rostro. Los Servicios de Información, Espionaje y Criptografía en la Guerra Civil Española 1936-1939*. Barcelona: Inédita Editores, 2008, pp. 26-27. <<

[8] Fundación Anselmo Lorenzo, Archivo CNT, Archivo Viejo, Carpeta 50 A, rollo microfilm 129. <<

[9] Indalecio Prieto: *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*. México: Oasis, 1967, t. I, p. 163. <<

[10] Fundación Anselmo Lorenzo, Archivo CNT, Archivo Viejo, Carpeta 50 A, rollo microfilm 129. <<

[11] Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 139. <<

[12] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 50/Carp. 5. «Algunos datos fundamentales ocurridos en Jaén durante los primeros días de la sublevación fascista, por Nemesio Pozuelo». <<

[13] Francisco Moreno Gómez: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.), p. 3. <<

[14] José María Jimeno Jurío: *La Guerra Civil en Navarra (1936-1939)*. Pamplona: Pamiela, 2006, p. 41. <<

[15] Javier Lanuza Mejía: *Así comenzó… (Aportación a la historia de la sublevación militar de 1936)*. México D. F.: Ediciones Andarivel, 1972, p. 36. <<

[16] Vicente Guarner: *Cataluña en la Guerra de España, 1936-39*. Madrid: G. del Toro, 1975, p. 99. Idéntica versión en Federico Escofet: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936*. Barcelona: Argos Vergara, 1984, pp. 235-239. <<

[17] Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24, Caja 682, Causa n.º 93/1936. <<

[18] Julio Prada Rodríguez: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Ourense», en Jesús de Juan López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 101-102. <<

[19] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 26/Carp. 7. <<

[20] *Ibid*., Sig. 50/Carp. 9. «Relato sobre la Guerra de España». <<

[21] Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 149. <<

[22] The National Archives, FO 173/20521. <<

[23] *Ibid*., FO 173/20522. <<

[24] Archive du Ministère des Affaires Étrangères (París), Série Europe, 1918-1940: Espagne. Politique intérieure, 1936, vol. 167, p. 136. <<

[25] Claudio Sánchez Albornoz: *De mi anecdotario político*. Buenos Aires: Losada, 1972, pp. 202-203. <<

[26] Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006, pp. 230-232. <<

[27] Enrique Sacanell: *1936, la conspiración*. Madrid: Síntesis, 2008, p. 51.
<<

[28] Gabriel Cardona: *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 34. <<

[29] Ana Belén Rodríguez Patiño: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*, Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.), t. I, p. 61. <<

[30] María Jesús Souto Blanco: «Golpe de Estado y represión franquista en la provincia de Lugo», en Jesús de Juan López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 59. <<

[31] Julio Aróstegui Sánchez: «La República se defendió mal», en *La Aventura de la Historia*, n.º 93 (julio 2006), p. 29. <<

[32] Joaquín Arrarás: *Franco*. San Sebastián: Librería Internacional, 1937, pp. 236-238. <<

[33] Javier Lanuza Mejía: *Así comenzó… Aportación a la historia de la sublevación militar de 1936*. México D. F.: Ediciones Andarivel, 1972, p. 53. <<

[34] Ángel Ossorio y Gallardo: *Mis memorias*. Buenos Aires: Losada, 1946.
<<

[35] Santos Juliá: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*. Madrid: Alianza, 1990, p. 419. <<

[36] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*La velada en Benicarló*), p. 72. <<

[37] Luis Romero: «Fracasos y triunfos del levantamiento», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, p. 75. <<

[38] Santos Juliá: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid: Taurus, 2008, p. 387. <<

[39] Santos Juliá: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*. Madrid: Alianza, 1990, pp. 481 y 484. <<

[40] Juan Marichal: *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid: Alianza, 1982, pp. 224-225. <<

[41] *Ibid*., p. 225. <<

[42] Diego Martínez Barrio: *Memorias*. Barcelona: Planeta, 1983, p. 308. <<

[43] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*Apuntes de memoria, julio de 1936-abril de 1937*), p. 264. <<

[1] Carlota O’Neill: *Una mujer en la guerra de España*. Madrid: Turner, 1979, p. 18. <<

[2] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Carpeta 2775, Documento n.º 4. «Informe realizado por Jaime Fernández Gil, Delegado Gubernativo de Melilla». <<

[3] El 12 de agosto de 1936 se inició el consejo de guerra sumarísimo contra el general Romerales por oponerse al alzamiento. Acusado de traición y sedición militar fue condenado a muerte y ejecutado a las 8 horas del 28 de agosto en el campo de Rostro Gordo. La causa judicial contra Romerales, conservada en el Archivo del Tribunal Militar Territorial n.º 2 de Sevilla, ha sido estudiada detenidamente por Joaquín Gil Honduvilla («La sublevación de julio de 1936: proceso militar al general Romerales», en *Historia Actual Online*, n.º 4, 2004, pp. 99-113). <<

[4] Enrique Arqués: *17 de Julio. La epopeya de África. Crónica de un testigo*. Ceuta, Tetuán: Imprenta África, 1937, p. 21; y Rafael Fernández de Castro y Pedrera: *Hacia las rutas de nueva España. El alzamiento nacional en Melilla (de cómo se preparó, y por qué hubo de comenzar en Melilla el glorioso Movimiento Nacional salvador de la Patria)*. Melilla: Artes Gráficas Postal Exprés, 1940, p. 172. <<

[5] Javier Lanuza Mejía: *Así comenzó… (Aportación a la historia de la sublevación militar de 1936)*. México D. F.: Ediciones Andarivel, 1972, pp. 69-70. <<

[6] Algunos autores, como Gustau Nerín (pp. 115-116), opinan que la fecha prevista para el golpe era el 18, pero se adelantó al tener noticia del alzamiento el general Romerales, cuando fue informado de que en la Comisión de Límites se guardaban armas ilegalmente. Mandó a unos policías a verificar la información y los militares, al sentirse descubiertos, se lanzaron. Todos los testimonios de los acontecimientos de Melilla escritos en los primeros momentos contradicen esta hipótesis. <<

[7] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Carpeta 2775, Documento n.º 4. «Informe realizado por Jaime Fernández Gil, Delegado Gubernativo de Melilla». También en el sumario 1/1940, folio 59 vuelto, depositado en el Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo, Sección Ceuta. <<

[8] Javier Lanuza Mejía: *Así comenzó… (Aportación a la historia de la sublevación militar de 1936)*. México D. F.: Ediciones Andarivel, 1972, p. 80. <<

[9] Carlota O’Neill: *Una mujer en la guerra de España*. Madrid: Turner, 1979, p. 20. <<

[10] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1515.1, Exp. 2. <<

[11] Luis Romero: «Fracasos y triunfos del levantamiento», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, p. 76. <<

[12] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1515.1, Exp. 2. <<

[13] Paul Preston: *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Debate, 2008, p. 111. <<

[14] *Ahora* (Madrid), 19 de julio de 1936, p. 1 y *ABC* (Sevilla), 19 de julio de 1936, p. 1; *Claridad, diario de la noche* (Madrid), 18 de julio de 1936, p. 1. <<

[15] *Ahora* (Madrid), 19 de julio de 1936, p. 1. «Vuelve a hablar el Gobierno». <<

[16] *ABC* (Sevilla), 19 de julio de 1936, p. 1. «Otras notas radiadas desde Gobernación». <<

[17] *Ibid*. «A las siete de la tarde se reanudan las noticias de Gobernación por radio». <<

[18] *Ibid*., p. 41. «Otras notas radiadas». <<

[19] *ABC* (Sevilla), 20 de julio de 1936, p. 1. «Contra una patraña». <<

[20] *Ibid*. «Un bando del gobernador». <<

[21] Luis Romero: «Fracasos y triunfos del levantamiento», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, p. 82. <<

[22] Nicolás García Rivas: *La rebelión militar en derecho penal (la conducta punible en el delito de rebelión)*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990, pp. 103-104. <<

[23] *Ahora* (Madrid), 19 de julio de 1936, p. 5. «Todos los partidos obreros frente al golpe de fuerza». <<

[24] *ABC* (Madrid), 25 de julio de 1936, p. 12. <<

[25] Fundación Anselmo Lorenzo, Archivo CNT, Archivo Viejo, Carpeta 50 A, rollo microfilm 128 B. <<

[26] *Ibid*., rollo microfilm 129. <<

[27] David Antona: «19 de Julio madrileño», en *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, p. 27. <<

[28] *Ahora* (Madrid), 19 de julio de 1936, p. 5. «Una alocución de la diputada comunista Pasionaria ante el micrófono». <<

[29] Luis Romero: «Fracasos y triunfos del levantamiento», en Edward Malefakis (dir.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Taurus, 2006, p. 83 <<

[30] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*La velada en Benicarló*), p. 58. <<

[31] *Ahora*, 21 de julio de 1936, p. 1. «La explicación de la crisis». <<

[32] Francisco Alía Miranda: «La agonía de la República. El golpe de Casado en La Mancha», en *Historia Social*, n.º 65 (2009), pp. 65-86. <<

[33] Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *Política y guerra civil en Almería*. Almería: Editorial Cajal, 1986, p. 111. <<

[34] Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006, p. 317. <<

[35] *Ahora* (Madrid), 21 de julio de 1936, p. 4. «El jefe del Gobierno, señor Giral, habla por radio al país». <<

[36] Ángel Viñas: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 41. Un análisis de la intervención italiana en la conspiración y alzamiento puede verse en Dimas Vaquero Peláez: «La intervención de la Italia fascista en la Guerra Civil española: su aportación a la conspiración, apoyo material y humano posterior y los negocios con la República», en Josep Sánchez Cervelló (ed.): *El Pacte de la No Intervenció. La internacionalització de la Guerra Civil espanyola*. Tarragona: Universidad Rovira i Virgili, 2009, pp. 61-79. <<

[37] Enrique Moradiellos: «La dimensión internacional de la Guerra Civil Española», en Julián Casanova y Paul Preston (coords.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2008, pp. 93-99. <<

[38] The National Archives, FO 173/20522. <<

[39] *Ibid.*, FO 173/20523. <<

[40] *Ibid*., FO 173/20525. <<

[41] Ángel Viñas: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 19. <<

[42] Enrique Moradiellos: *Neutralidad benévola. El Gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*. Oviedo: Pentalfa, 1990; y Enrique Moradiellos: *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la guerra civil española*. Madrid: Siglo XXI de España, 1996, p. 48. <<

[43] Ángel Viñas: *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*. Barcelona: Crítica, 2006, p. 438. <<

[44] *Ibid*., p. 18. <<

[45] Manuel Azaña: *Apuntes de memoria*. Valencia: Pre-Textos, 1990, p. 207. <<

[46] Daniel Kowalsky: *La Unión Soviética y la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 2003, pp. 24-27. <<

[47] Carlos Engel Masoliver: *El Cuerpo de Oficiales en la Guerra de España*. Valladolid: AF Editores, 2008. <<

[48] *La Vanguardia* (Barcelona), 23 de julio de 1936, p. 2. «Los servicios postales y telegráficos». <<

[49] *Ibid*., 24 de julio de 1936, p. 3. «Las milicias ciudadanas». <<

[50] *ABC* (Madrid), 28 de julio de 1936, p. 16. «Madrid recobró ayer su aspecto normal». <<

[51] *La Vanguardia* (Barcelona), 25 de julio de 1936, p. 8. «La situación en Madrid». <<

[52] *El Día de Alicante*, 20 de julio de 1936, p. 1. «Alicante al día». <<

[53] *El Día de Palencia*, 25 de julio de 1936, p. 2. «Con gran fervor religioso se celebra la fiesta de Santiago Apóstol». <<

[54] Michael Seidman: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Madrid: Alianza, 2003. <<

[55] Francisco Alía Miranda: «Conspiración y alzamiento: principales modelos en Castilla-La Mancha», en Francisco Alía Miranda y Ángel Ramón del Valle Calzado (coords.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha*, *70 años después*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, pp. 323-369. <<

[56] Santiago Vega Sombría: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005, pp. 46-57. <<

[57] Julio Aróstegui: *Por qué el 18 de julio… y después*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 92. <<

[58] Rafael Cruz: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*. Madrid: Siglo XXI, 2006, pp. 230-232. <<

[1] Enrique Arqués: *17 de Julio. La epopeya de África. Crónica de un testigo*. Ceuta, Tetuán: Imprenta África, 1937, p. 137. <<

[2] Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 10388 («Expediente de depuración de responsabilidades del teniente Colomina [1940]») y C. 9708. <<

[3] *Ibid*., C. 9708. <<

[4] *Ibid*., C. 10388. «Expediente de depuración de responsabilidades del teniente Colomina (1940)». <<

[5] *Ibid*. <<

[6] Raúl Arias Ramos: *La Legión Cóndor en la Guerra Civil. El apoyo militar alemán a Franco*. Barcelona: Planeta DeAgostini, 2006, p. 77. <<

[7] Enrique Moradiellos: «La dimensión internacional de la Guerra Civil Española», en Julián Casanova y Paul Preston (coords.): *La Guerra Civil Española*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2008, pp. 85-121. La misma hipótesis es mantenida por Ángel Viñas: *La Alemania nazi y el 18 de julio*. Madrid: Alianza, 1977; e Ismael Saz: *Mussolini contra la Segunda República*. Valencia: Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1986. <<

[8] Gustau Nerín: *La guerra que vino de África*. Madrid: Síntesis, 2005, p. 175. <<

[9] Gamel Woolsey: *El otro reino de la muerte (Málaga, Julio, 1936)*. Málaga: Ágora, 1994, p. 39. <<

[10] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Málaga, Pieza n.º 2, Leg. 1060.1. «Declaración del coronel de Infantería Claudio Alaes Bayona (1941)». <<

[11] *Ibid*. «Declaración del capitán Manuel Espejo Aranda (1942)». <<

[12] Antonio Nadal: *Guerra Civil en Málaga*. Málaga: Arguval, 2005, p. 38.
<<

[13] Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24, Caja 682, Causa n.º 93/1936. «Declaración del alférez del Cuerpo de Asalto Teodoro Martínez Vicente». <<

[14] *Ibid*. «Declaración del general Francisco Patxot Madoz». <<

[15] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Málaga, Pieza n.º 2, Leg. 1060.1. «Informe de la Delegación Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de Málaga de fecha 30 de noviembre de 1943». <<

[16] Ricardo de la Cierva: *Historia de la Guerra Civil*. Madrid: Fénix, 2006, p. 115. <<

[17] Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24, Caja 682, Causa n.º 93/1936. «Declaración del coronel Fulgencio Gómez Carrión». <<

[18] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Málaga, Pieza n.º 2, Leg. 1060.1. «Declaración de Faustino Fernández Nespral Salazar (1941)». <<

[19] Antonio Nadal: *Guerra Civil en Málaga*. Málaga: Arguval, 2005, p. 41. El autor se basa en el testimonio de Gollomet-Morales (*Sangre y fuego en Málaga*. 1937). <<

[20] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Málaga, Pieza n.º 2, Leg. 1060.1. «Declaración de Juan Barroso Jerez (1941)». <<

[21] *Ibid*. «Declaración del coronel de Infantería Claudio Alaes Bayona (1941)». <<

[22] *Ibid*. «Declaración de Carlos Assiego Codes (octubre de 1940)». <<

[23] *Ibid*. «Declaración de Ana María Ortiz Tello (1941), viuda del Capitán de Infantería José María Estevan y Estevan». <<

[24] *Ibid*. «Declaración del comandante de la Guardia Civil Cristóbal Román Durán (1941)». <<

[25] *Ibid*. «Declaración del capitán Manuel Espejo Aranda (1942)». <<

[26] Juan A. Ramos Hitos: *Guerra Civil en Málaga*, *1936-1937: revisión histórica*. Málaga: Algazara, 2003. El autor se basa sobre todo en la documentación de la Causa 93/36 que abrió la justicia republicana para esclarecer los hechos y responsabilidades de la rebelión militar en Málaga, que ha podido consultar en el Archivo Juzgado Togado Militar de Málaga, y especialmente en la declaración de su ayudante, el comandante Antonio Delgado Mena, quien supone que el general «no era conforme con el movimiento». Lógico que su más fiel aliado intentara salvar la vida del general. <<

[27] Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24, Caja 682, Causa n.º 93/1936. El general, según consta en la declaración del comandante Joaquín Jiménez Canito, ordenó a este que copiara el bando según se lo iban dictando por teléfono desde Sevilla, a excepción del último párrafo, redactado por el propio general, donde designaba nuevo gobernador civil al teniente coronel Ramón Reviso. El 18 de julio el comandante militar ordenó al comandante Jiménez que con la compañía de escolta marchara al Gobierno Civil y diera lectura de él, frente a dicho edificio. <<

[28] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, pp. 96-97. <<

[29] Archivo General Militar de Ávila, C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936». <<

[30] Gamel Woolsey: *El otro reino de la muerte (Málaga, Julio, 1936)*. Málaga: Ágora, 1994, p. 88. <<

[31] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Cádiz, Pieza n.º 2, Leg. 1061. «Informe de fecha 29 de diciembre de 1937»; y Archivo General Militar de Ávila, C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 6. <<

[32] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*Carta de Azaña a Gonzalo R. Lafora, 12-Julio-1938*), p. 644. <<

[33] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, p. 82. <<

[34] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, p. 66. <<

[35] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 12 Bis. «Hechos ocurridos en los primeros días del Alzamiento», por Salvador de Arizón. <<

[36] Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 9708. <<

[37] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Estado Mayor, Caja 58. «Declaraciones de evadidos». Declaración de José Ordóñez Gamón, sargento del Regimiento de Infantería Milán número 32, de guarnición en Oviedo, que había llegado el 18 de julio a La Línea con permiso de verano por tener allí a sus padres. Se presentó inmediatamente al cuartel, donde vivió estos sucesos. <<

[38] Archivo General Militar de Ávila, C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 1. «Antecedentes del Movimiento en El Campo de Gibraltar sacados de la declaración del coronel de Infantería Don Manuel Coco Rodríguez». <<

[39] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, p. 26. <<

[40] Nicolás Salas: *Sevilla fue la clave. República, Alzamiento, Guerra Civil, Represiones en ambos bandos (1931-1939)*. Sevilla: Castillejo, 1997. <<

[41] Alfonso Braojos Garrido, Leandro Álvarez Rey y Francisco Espinosa Maestre: *Sevilla 36: Sublevación fascista y represión*. Brenes (Sevilla): Muñoz Moya y Montraveta Editores, 1990, pp. 180-181. <<

[42] Archivo General Militar de Ávila, C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936». Documento: «Cómo dominamos Sevilla», por el general Queipo de Llano. <<

[43] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, p. 71. <<

[44] *Ibid*., p. 64. <<

[45] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, p. 66. <<

[46] Francisco Espinosa Maestre: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. 3.ª ed. Barcelona: Crítica, 2003, p. 2. <<

[47] Gabriel Cardona: *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 54. Carlos Engel opina lo contrario: «Aventurarse por Córdoba y Despeñaperros, a través de La Mancha, significaba hacerlo con los dos flancos descubiertos, careciendo de tropas para cubrirlos. Por ello se buscó una ruta más segura» (*Estrategia y táctica en la Guerra de España, 1936-1939*. Madrid: Almera, 2008, p. 9). <<

[48] Bartolomé Bennassar: *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil Española (1936-1942…)*. Madrid: Taurus, 2005, p. 102. <<

[49] Francisco Espinosa (*La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. 3.ª ed. Barcelona: Crítica, 2003, p. 6) no se muestra de acuerdo con José Manuel Martínez Bande (*La marcha sobre Madrid*. Madrid: Servicio Histórico Militar, 1982), para quien la columna decidió sobre la marcha ir hacia Badajoz. Para Espinosa, la Orden General de Operaciones del 1.º de agosto dictada por Franco en Tetuán concluía con la necesidad de reducir Badajoz, «asegurando su dominación». <<

[50] Francisco Espinosa Maestre: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*. 3.ª ed. Barcelona: Crítica, 2003, p. 66. <<

[51] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Badajoz, Pieza n.º 2, Leg. 1055-1. <<

[52] Esta versión es discutida por Francisco Pilo Ortiz: *Ellos lo vivieron: sucesos en Badajoz y su provincia durante los meses de julio y agosto de 1936*. Badajoz: El autor, 2006. 3.ª ed. <<

[53] Justo Vila Izquierdo: *Extremadura: la Guerra Civil*. 2.ª ed. Badajoz: Universitas Editorial, 1984, pp. 30-31. <<

[54] Julián Chaves Palacios: *Violencia política y conflictividad social en Extremadura. Cáceres en 1936*. Badajoz y Cáceres: Diputación Provincial, 2000, pp. 134-135. <<

[55] Francisco Espinosa Maestre: *La Guerra Civil en Huelva*. 4.ª ed. Huelva: Diputación Provincial, 2005, pp. 85-88. <<

[56] *Ibid*., p. 89. <<

[57] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 12. «Informe del Comisario Jefe del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, Leoncio Lumbreras, del 23 de noviembre de 1936». <<

[58] Francisco Espinosa Maestre: *La Guerra Civil en Huelva*. 4.ª ed. Huelva: Diputación Provincial, 2005, p. 104. <<

[59] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 12. «Informe del Comisario Jefe del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, Leoncio Lumbreras, del 23 de noviembre de 1936». <<

[60] Jorge Fernández-Coppel: *Queipo de Llano. Memorias de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2008, p. 100. <<

[61] Rafael Gil Bracero: «Tres días de julio en Granada», en *La Guerra Civil en Andalucía Oriental*. Granada: Ediciones Ideal, 1986, pp. 77-83. <<

[62] Manuel Titos Martínez: *Verano del 36 en Granada. Un testimonio inédito sobre el comienzo de la guerra civil y la muerte de García Lorca*. Granada: Atrio, 2006, pp. 35-83. <<

[63] Francisco Moreno Gómez: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.), pp. 16-17. <<

[64] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 32/Carp. 3. «Memorias sobre la Guerra (1936-1939), de Caballero». <<

[65] Francisco Moreno Gómez: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.), p. 23. <<

[66] Archivo General Militar de Ávila, C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 7. <<

[67] Francisco Moreno Gómez: *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*. Madrid: Alpuerto, 1986 (2.ª ed.), p. 29. <<

[68] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, p. 66. <<

[69] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 32/Carp. 3. «Memorias sobre la Guerra (1936-1939), de Caballero». <<

[70] Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*. Almería: Universidad de Almería, 1997, p. 51. <<

[71] Archivo General Militar de Ávila, C. 37628/5. «Correspondencia particular de D. José Cuesta Monereo previa al alzamiento de 1936». <<

[72] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Almería, Leg. 1034-2. «Causa militar y especial n.º 87 de 1936 por el delito de rebelión militar. Tribunal Especial Popular de Almería. Informe del Fiscal». <<

[73] *Ibid*., Pieza n.º 2, Leg. 1159-1. «Declaración de Joaquín Tapia Saldaña, conserje del Ayuntamiento, realizada el 29 de julio de 1941». <<

[74] Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz: *Almería, 1936-37. Sublevación militar y alteraciones en la retaguardia republicana*. Almería: Universidad de Almería, 1997, p. 63. <<

[75] *Ibid*., pp. 57-66. <<

[76] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Almería, Leg. 1034-2. «Causa militar y especial n.º 87 de 1936 por el delito de rebelión militar. Tribunal Especial Popular de Almería. Informe del Fiscal». <<

[77] Salvador Hernández Armenteros: «Jaén: fracaso del levantamiento», en *La Guerra Civil en Andalucía Oriental*. Granada: Ediciones Ideal, 1986, pp. 105-106. <<

[78] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, pp. 89-90. <<

[79] Francisco Cobo Romero: *La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950)*. Jaén: Diputación Provincial, 1994, pp. 20-23. <<

[80] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 32/Carp. 3. «Memorias sobre la Guerra (1936-1939), de Caballero». <<

[81] Francisco Cobo Romero y Teresa María Ortega López: *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*. Granada: Universidad de Granada, 2005, p. 91. <<

[82] Francisco Cobo Romero: «El asedio al Santuario de Santa María de la Cabeza durante la Guerra Civil (un intento de desmitificación)», en *Boletín del Instituto de Estudios Gienneses*, n.º 176 (2000), pp. 101-137. <<

[83] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Jaén, Leg. 1009-1. «Informe del capitán de la 4.ª Compañía de la 218 Comandancia Rural de la Guardia Civil (7 de mayo de 1941)». <<

[84] *Ibid*. «Informe del capitán de la 1.ª Compañía de la 218 Comandancia Rural de la Guardia Civil». <<

[85] *Ibid*. «Informe del jefe de la 218 Comandancia de la Guardia Civil teniente coronel Pablo Iglesias Martínez (10 de mayo de 1939)». <<

[1] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1515.1, Exp. 2. Informe del Jefe encargado de la Comisión de Incidencias del Cuartel de la Montaña (Madrid, 19 de mayo de 1939): «El Cuartel de la Montaña en el Movimiento salvador de España». <<

[2] *Ibid*. «Declaración del comandante Arsenio Fernández Serrano (1 de junio de 1939)». <<

[3] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 38/Carp. 9. «Primeros momentos de la sublevación en Madrid (Cuatro Caminos), por Santiago González Medina». <<

[4] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1515.1, Exp. 2. «Declaración del teniente coronel Rodrigo Gil Ruiz (25 de agosto de 1936) ante el Juzgado Especial del Tribunal Supremo». En su testimonio alega que el general jefe de la División, García Antúnez, y el jefe de Estado Mayor de la misma, coronel Peñamaría, le ordenaron no proceder al bombardeo, bajo amenaza incluso de fusilamiento, a lo que se negó para impedir que las fuerzas rebeldes se reorganizaran. En el Archivo Territorial Militar Primero (Madrid), se halla el procedimiento sumarísimo de urgencia contra él, celebrado en julio de 1939, procesado en rebeldía por haberse fugado de la prisión (signatura 16561). <<

[5] *Ahora* (Madrid), 21 de julio de 1936, p. 6. «Proclama lanzada por avión a los cuarteles». <<

[6] *Ibid*. «Notificación oficial de la toma del cuartel de la Montaña». <<

[7] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 26/Carp. 8. <<

[8] Javier Cervera Gil: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*. Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 52. <<

[9] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 35/Carp. 3. «Principios de la sublevación en el Puente de Vallecas, por Manuel Fernández Cortinas». <<

[10] *Ibid*., Sig. 32/Carp. 7. <<

[11] *Ahora* (Madrid), 22 de julio de 1936, p. 1. «En Alcalá de Henares los rebeldes pierden sus posiciones y sus armas». <<

[12] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 17 Bis. Enero de 1937. <<

[13] Santiago Vega Sombría: *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica, 2005, pp. 35-41. <<

[14] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 17 Bis. Enero de 1937. <<

[15] Juan de Contreras (marqués de Lozoya): *La iniciación en Segovia del Movimiento Nacional (julio-agosto 1936)*. Segovia: Imp. «El Adelantado de Segovia», 1938, pp. 45-50. <<

[16] *Ahora* (Madrid), 23 de julio de 1936, p. 1. «Las columnas victoriosas de Toledo y Guadalajara regresan a Madrid y se las tributa un recibimiento cariñosísimo». <<

[17] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Toledo, Pieza n.º 2, Caja 1049 (1). <<

[18] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, p. 163. <<

[19] José María Ruiz da el nombre de cuatro manifestantes muertos, otro más herido y dos guardias civiles heridos en los enfrentamientos que tuvieron lugar hasta las cuatro de la madrugada. <<

[20] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, pp. 165-166. <<

[21] *Ibid*., p. 161. <<

[22] José Prat: *Memorias*. Albacete: Diputación Provincial, 1994, t. I, p. 160.
<<

[23] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, p. 167. <<

[24] Para José María Ruiz, el gobernador se encerró voluntariamente con su mujer, tres hijos y su secretaria personal. <<

[25] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, pp. 168-169. <<

[26] *Ahora* (Madrid), 22 de julio de 1936, p. 6. «Proclamas lanzadas ayer por la aviación sobre los lugares donde todavía existen focos rebeldes». <<

[27] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*. Madrid: Almud, 2004, t. I, p. 177. <<

[28] *El Alcázar* (Toledo), n.º 42, 6 de septiembre de 1936. <<

[29] José María Ruiz Alonso: *La Guerra Civil en la provincia de Toledo. Utopía, conflicto y poder en el Sur del Tajo (1936-39)*, Madrid, Almud, 2004, t. I, p. 188. <<

[30] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Pieza n.º 2, Caja 1519. «Declaración de Eduardo Delgado Piñar, hijo del coronel Francisco Delgado Jiménez». <<

[31] *Ibid*., y Causa General Provincia de Guadalajara, Caja 1538-2. «Juzgado Especial de Guadalajara, Sumario n.º 1 (1936) por rebelión militar». Además del sumario de la justicia republicana mencionado conservado en ambas cajas, en la primera de ellas se encuentran diversas declaraciones de testigos ante la *Causa General* y en la segunda todo el sumario de rebelión militar juzgado en el Tribunal Popular de Guadalajara en octubre de 1936. Toda esta documentación, con las debidas precauciones, forma la base de la interpretación relatada. <<

[32] Para Vicente Camarena, el comandante militar de la plaza, coronel Delgado, mantuvo una actitud ambigua, que hizo sospechar a los representantes del Frente Popular y a los golpistas, «hasta tal punto, que no fue consultado ni informado por sus subordinados cuando sacaron los soldados a la calle». Por la documentación de la *Causa General*, con el relato de varios testigos y las declaraciones de su esposa e hijo, su decisión era muy clara a favor del alzamiento, como lo prueba su papel organizador de la defensa. Otra cosa es la cara que presentaba a las autoridades republicanas, lógica por otra parte. <<

[33] Vicente Camarena Merino: «Guadalajara, sesenta y tres años después…», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Madrid: Celeste Ediciones, 2000, p. 119. <<

[34] David Antona: «19 de Julio madrileño», en *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, pp. 32-33. <<

[35] Gabriel Cardona: «La guerra de las columnas», en *La Guerra Civil*. Madrid: Historia 16, 1986, t. V, p. 8. <<

[36] Vicente Camarena Merino: «Guadalajara, sesenta y tres años después…», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Madrid: Celeste Ediciones, 2000, p. 127. <<

[37] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Pieza n.º 2, Caja 1519. <<

[38] *Ibid*., Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). «Declaración de Juan de la Cruz Espadas Bermúdez». <<

[39] Francisco Alía Miranda: *La Guerra Civil en retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*. Ciudad Real: Diputación Provincial, 2005 (4.ª edición), pp. 67-68. <<

[40] *Ahora* (Madrid), 21 de julio de 1936, p. 9. «En Puertollano las fuerzas del Frente Popular reaccionan enérgicamente ante una provocación de los elementos fascistas». <<

[41] Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real, Audiencia, Caja 153 B, Tribunal Especial Popular. Sumario n.º 5. <<

[42] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 5, Caja 1032. «Sentencia del Tribunal Popular contra José Ruiz Cuevas y Jesús López Prado (23 de noviembre de 1936)». <<

[43] Fundación Pablo Iglesias, Archivo del PSOE, CE: AH-V-I. «Cuando acabamos de ponernos en un todo la UGT, a disposición del Gobierno para fortalecer el Bloque Popular y unificados dar la batalla definitiva al fascismo —justificaban la petición—, allá en un pueblo rural donde reinó siempre la más cruel esclavitud se entrega el Ayuntamiento a las huestes de Gil Robles y estos obreros que habían confiado en que habían acabado para siempre las persecuciones de la reacción, se ven hoy de nuevo sorprendidos con que se encuentran en el mismo estado que antes del 16 de febrero». <<

[44] Carmelo Rincón Torregrosa: «Vida y odisea de un fusilado por las hordas rojas el 23 de julio del año 36, antes de la Cruzada, en la Cruzada y después de la Cruzada de Liberación, dedicada a su Excelencia Jefe del Estado y Caudillo de España». Arenas de San Juan, 1960 (trabajo inédito). <<

[45] *El Pueblo Manchego* (Ciudad Real), 22 de julio de 1936, p. 1. «Información oficial». <<

[46] *Ibid*., 24 de julio de 1936, p. 1. «Información provincial: Porzuna». <<

[47] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). <<

[48] *Ibid.* <<

[49] Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real, Audiencia, Caja 153 B, Tribunal Especial Popular, Sumario n.º 7. <<

[50] *Ibid*., Caja 209 C, Juzgado de Instrucción Especial de la Rebelión Militar, Expediente 18/37. <<

[51] Francisco Alía Miranda: *La Guerra Civil en retaguardia. Conflicto y revolución en la provincia de Ciudad Real (1936-1939)*. Ciudad Real: Diputación Provincial, 2005 (4.ª edición), p. 72. <<

[52] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). <<

[53] *Ibid.* <<

[54] Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real, Audiencia, Caja 153 B, Tribunal Especial Popular, Sumario n.º 8. <<

[55] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). <<

[56] *Ibid.* <<

[57] *El Pueblo Manchego* (Ciudad Real), 25 de julio de 1936, p. 1. «Información provincial: Bolaños». <<

[58] *Ibid*. «Información provincial: Villarrubia de los Ojos». <<

[59] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Ciudad Real, Pieza n.º 2, Caja 1031 (1). <<

[60] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha*. *De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000, p. 89. <<

[61] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Caja 1538/2, Pieza 8. <<

[62] *Ibid*., Causa General Provincia de Cuenca, Caja 675 (1). «Declaración del testigo Mariano García Jiménez». 7 de julio de 1942. <<

[63] *Heraldo de Cuenca*, 20 de julio de 1936, p. 1. «La democracia se ha salvado. ¡Viva la República!». <<

[64] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000, p. 90. <<

[65] Ana Belén Rodríguez Patiño: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*. Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.), t. I, p. 104. <<

[66] En sus memorias se atribuye el éxito de la medida: «Nuestra exigencia tuvo por fin su efecto, ya que hacia las ocho de la noche la Guardia Civil salió para Madrid, dejando de ser así un peligro para Cuenca. La ciudad quedó ganada para nuestra causa» (Cipriano Mera: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París: Ruedo Ibérico, 1976, p. 25). <<

[67] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000, p. 90. <<

[68] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Cuenca, Caja 675 (1). <<

[69] *Ibid*. «Declaración del testigo Raimundo Patón Cantero». 25 de septiembre de 1942. <<

[70] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000, p. 88. <<

[71] Ana Belén Rodríguez Patiño: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*. Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.), t. I, pp. 88-89. <<

[72] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Madrid, Caja 1538/2, Pieza 8. <<

[73] Ana Belén Rodríguez Patiño: «La Guerra Civil en una provincia sin historia: Cuenca», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a Los Llanos*. Madrid: Celeste, 2000, p. 88. <<

[74] *Ibid*., p. 90. <<

[75] *Ibid*., p. 88. <<

[76] Ana Belén Rodríguez Patiño: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*. Madrid: La autora, 2006 (3.ª ed.), t. I, p. 86. <<

[1] Federica Montseny: «19 de Julio catalán», en *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, pp. 19-20. <<

[2] Pelai Pagès i Blanch: *Cataluña en guerra y en revolución (1936-1939)*. Sevilla: Espuela de Plata, 2007, p. 46. La sublevación en toda Cataluña, pp. 44-57. <<

[3] Abel Paz: *La guerra de España: paradigma de una revolución. Las 30 horas de Barcelona (julio del 36)*. Barcelona: Flor del Viento, 2006, p. 24. <<

[4] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 5/15. «Informe del capitán Ramiro Vizán Revilla, Barcelona, 23 de Noviembre de 1939». <<

[5] *Ibid*., C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 4/42. «Don Jacobo Roldán Fernández, coronel Primer Jefe del Regimiento de Infantería n.º 15, Gobernador Militar de Tarragona, en cumplimiento de lo ordenado por el Juzgado de Juicios Especiales en Oficio de 16 del actual, por Dios y por mi honor, en relación de los sucesos de los días 18 y 19 de julio de 1936, declaro … Tarragona, 5 de diciembre de 1939». <<

[6] *Ibid*., Carpeta 4/58. «Declaración ante el Coronel Juez Instructor del Juzgado de Asuntos Especiales de la 4.ª Región del capitán José María Ortega Costa (Barcelona, 6 de diciembre de 1939)». Según su propia manifestación, era el enlace en el regimiento de los conspiradores. <<

[7] *Ibid.*, Carpeta 4/57. «Declaración ante el Coronel Juez Instructor del Juzgado de Asuntos Especiales de la 4.ª Región de Moisés Trigueros Seco (Barcelona, 6 de diciembre de 1939)». <<

[8] *Ibid*., Carpeta 4/90. «Informe ante el Coronel Juez Instructor del Juzgado de Asuntos Especiales de la 4.ª Región del capitán Guillermo Reintein Calzada (Barcelona, 6 de diciembre de 1939)». Según su testimonio, «Todos los jefes y oficiales se sumaron al movimiento. El coronel del Regimiento y el general de Artillería Justo Legorburu le dieron la orden de salir según los planes previstos». <<

[9] *Ibid*., Carpeta 4/69. <<

[10] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1513.1, Exp. 18. «Declaración del coronel de Infantería Carlos Lázaro Muñoz (30 de diciembre de 1940)». <<

[11] Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 9708. «Parte de operaciones del teniente coronel de Aviación capitán de Fragata honorario Antonio Núñez Rodríguez, elevado el 4 de julio de 1940 al Almirante Jefe del Departamento Marítimo de Cartagena». <<

[12] Federico Escofet: *De una derrota a una victoria: 6 de octubre de 1934-19 de julio de 1936*. Barcelona: Argos Vergara, 1984, p. 320. <<

[13] *Documentos inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*. Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco, 1992, t. I, p. 41. <<

[14] Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 9708. «Parte de operaciones del teniente coronel de Aviación capitán de Fragata honorario Antonio Núñez Rodríguez, elevado el 4 de julio de 1940 al Almirante Jefe del Departamento Marítimo de Cartagena». <<

[15] Pelai Pagès i Blanch: *Cataluña en guerra y en revolución (1936-1939)*. Sevilla: Espuela de Plata, 2007, p. 46. La sublevación en toda Cataluña, p. 53. <<

[16] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 16 (Declaración del teniente coronel Galarza, 10 de marzo de 1939). <<

[17] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*Carta de Azaña a Gonzalo R. Lafora, 12-Julio-1938*), pp. 646-647. <<

[18] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General, Leg. 1513.1, Exp. 18. «Declaración del coronel de Infantería Carlos Lázaro Muñoz (30 de diciembre de 1940)». En una declaración posterior, bastante inverosímil, diría que el general no fue a Valencia porque allí, como había podido comprobar su ayudante en una visita realizada en junio, no había suficientes compromisos y el general de la División, Martínez Monje, estaba avisado y preparado para arrestarle (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Declaración de Carlos Lázaro Muñoz, 29 de enero de 1941».). <<

[19] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 30 (Escrito de Bartolomé Barba a Mateo Zaforteza, 26 de agosto de 1939). <<

[20] *Ibid*. Documento n.º 3 (Declaración del general José Enrique Varela Iglesias, 31 de diciembre de 1938). <<

[21] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid), Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia), Plaza de Valencia, Leg. 826, n.º orden 21622. Procedimiento sumarísimo ordinario n.º 271-V contra el general Manuel González Carrasco. «Declaración de Joaquín Cañadas (9 de enero de 1939)». <<

[22] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. Documento n.º 16, «Declaración del teniente coronel Galarza, 10 de marzo de 1939». <<

[23] *Ibid*. Documento n.º 3 (Declaración del general José Enrique Varela Iglesias, 31 de diciembre de 1938). <<

[24] *Ibid*., C. 2478, Leg. 273, Armario 4, Carpeta 5/11. <<

[25] Vicente Guarner: *Cataluña en la Guerra de España, 1936-39*. Madrid: G. del Toro, 1975, pp. 90-93. <<

[26] Francisco Lacruz: *El Alzamiento, el terror y la revolución en Barcelona*. Barcelona: Librería Arysel, 1943. <<

[27] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Lérida, Pieza n.º 2, Leg. 1468-1. «Declaración de Luis Aige Corballa, 13 de noviembre de 1941». <<

[28] *Ibid*. «Declaración de Manuel Fiter Dasca, 26 de enero de 1942» y «Declaración de Ignacio Pierola Ciordia, 26 de noviembre de 1941». <<

[29] *Ibid*. «Declaración de Luis Aige Corballa, 13 de noviembre de 1941». <<

[30] *Ibid*., Causa General de Gerona, Pieza n.º 2, Leg. 1439-1. «Declaración del coronel de Infantería del Servicio de E. M. Jorge Villamide Salinero» en el sumario n.º 24648 instruido contra el general Jacinto Fernández Ampón por el Juzgado Militar Especial de Oficiales Generales de la IV Región Militar. <<

[31] *Ibid.* <<

[32] *Ibid*. <<

[33] *Ibid*. <<

[34] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». Documento n.º 1, Sentencia, 24 de agosto de 1939. <<

[35] *Ibid*., y «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 3 (Declaración del general José Enrique Varela Iglesias, 31 de diciembre de 1938). <<

[36] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid). Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia). Plaza de Valencia. Leg. 826, n.º orden 21622. Procedimiento sumarísimo ordinario n.º 271-V contra el general Manuel González Carrasco. «Intervención del general González Carrasco en el Movimiento». <<

[37] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Información obtenida del comandante Bartolomé Barba». <<

[38] *Ibid*. «Información facilitada por Ventura Cabellos Sabio, hijo del teniente coronel». <<

[39] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». Documento n.º 30 (Escrito de Bartolomé Barba a Mateo Zaforteza, 26 de agosto de 1939). <<

[40] *Ibid*. También en Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Declaración de José Costa Serrano». <<

[41] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». Documento n.º 1, Sentencia, 24 de agosto de 1939. <<

[42] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Valencia, Leg. 1389-1. «Declaración de Juan Pérez de los Cobos, 13 de noviembre de 1940». <<

[43] *Ibid*. «Información facilitada por Ventura Cabellos Sabio, hijo del teniente coronel». <<

[44] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Legajo 273 Bis, Armario 4, Carpeta 18. «Datos, informes y demás documentos relacionados con el Alzamiento en Valencia». «Procedimiento judicial n.º 271 contra el general Manuel González Carrasco». Documento n.º 1, Sentencia, 24 de agosto de 1939. <<

[45] *Ibid*. <<

[46] David Antona: «19 de Julio madrileño», en *De Julio a Julio: un año de lucha*. Madrid: CNT, 1937, pp. 27-28. <<

[47] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Alicante, Pieza principal, Leg. 1395-1. «Declaración del teniente coronel José Cosidó Cantó. 1942». <<

[48] *Ibid*. «Declaración del capitán Fernando Pignatelli. 1942». <<

[49] *Ibid*. «Declaración del abogado Ambrosio Luciáñez Riesco» y «Declaración del teniente coronel José Cosidó Cantó». <<

[50] Archivo General e Histórico de la Defensa (Madrid), Sección Archivo Territorial Militar Tercero (Valencia), Plaza de Alicante, Caja 60 B, Exp. 14313, Causa 14313/9 contra Manuel Hernández Arteaga. <<

[51] *Ibid*., Leg. 566B, n.º orden 14823, Causa 342/49 contra José María Estañ Herrero. <<

[52] *Ibid*. «Declaración de José Antonio Chápuli Pérez (18 de abril de 1939)». <<

[53] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Castellón de la Plana, Pieza n.º 2, Leg. 1405, Exp. 21. «Declaración de Antonio Martí Olucha (27 de julio de 1942)». <<

[54] *Ibid*. «Declaración del comandante Emilio Martínez Martínez (27 de diciembre de 1941)». <<

[55] *Ibid*. «Declaración de Pedro Montaner Sampol (26 de enero de 1943)».
<<

[56] *Ibid.* <<

[57] Carmen González Martínez: *Guerra Civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*. Murcia: Universidad, 1999, pp. 57-59. <<

[58] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Murcia, Leg. 1067-1. «Declaración del comandante Francisco Millán Munuera, 12 de febrero de 1942». <<

[59] *Ibid.*, y Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 9708. <<

[60] *Ibid.* <<

[61] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Baleares, Pieza Principal, Leg. 1458-1. <<

[62] *Ibid*. «Informe del Comandante del puesto de la Guardia Civil de Ciudadela de 1941». <<

[63] *Ibid*. «Informe del Comandante del puesto de la Guardia Civil de Ciudadela de 14 de octubre de 1936». <<

[64] *Ibid*. «Informe de 1941 del comandante del puesto de la Guardia Civil de Alayor». <<

[65] Juan José Negreira Parets (ed.): *Mallorca 1936: la sublevación militar y el desembarco republicano*. Palma: Lleonard Muntaner, 2006, p. 40. <<

[66] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Estado Mayor, Caja 46, «Información militar sobre el enemigo y ejército», Carpeta 8. <<

[67] Juan José Negreira Parets (ed.): *Mallorca 1936: la sublevación militar y el desembarco republicano*. Palma: Lleonard Muntaner, 2006, p. 43. <<

[1] *Ahora* (Madrid), 26 de julio de 1936, p. 1. <<

[2] *Ibid*., 27 de julio de 1936, p. 18. «Los milicianos que liberan Villarrobledo son entusiásticamente recibidos en Alcázar». <<

[3] *ABC* (Madrid), 26 de julio de 1936, p. 27. «Todo Albacete, libre de facciosos». <<

[4] Bartolomé Bennassar: *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil Española (1936-1942…)*. Madrid: Taurus, 2005, pp. 99-100. <<

[5] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Albacete, Pieza n.º 2, Caja 1016. En gran parte de los hechos de esta provincia seguimos esta fuente, especialmente varios informes emitidos entre 1942 y 1943 por la Comandancia de la Guardia Civil, la Comisaría de Policía y la Falange de Albacete. <<

[6] Antonio Selva Iniesta: «La Guerra Civil en Albacete», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000, p. 42. <<

[7] Además de la información facilitada por la *Causa General* puede verse: *ABC*, 29 de julio de 1936, p. 25. «Iniciación, desarrollo y desenlace del movimiento insurreccional en Hellín»; y *Ahora*, 29 de julio de 1936, p. 4. «Lo que ocurrió en Hellín desde el día 18 hasta el 22 en que los sublevados fueron batidos y dominados por las fuerzas de la República». <<

[8] El comandante Antonio Berdonces fue hecho prisionero por las fuerzas gubernamentales enviadas desde Cartagena. Fue enviado a esta ciudad y detenido en el *España n.º 3*. Fue de los pocos que no arrojaron al mar la madrugada del 15 al 16 de agosto de 1936. Posteriormente fue trasladado a Mahón y luego a otro barco (*Vicente Verdaguer*) «donde lo encontró el Cabo Sánchez Martínez que lo sacó, al reconocerle y asesinó en una cala próxima» (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Murcia, Leg. 1067-1. «Informe del 18 Regimiento de Artillería, 24 de noviembre de 1941».). <<

[9] Antonio Selva Iniesta: «La Guerra Civil en Albacete», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*, Madrid, Celeste Ediciones, 2000, p. 46. <<

[10] *ABC* (Madrid), 25 de julio de 1936, p. 11. «Villarrobledo y Chinchilla, reconquistados». <<

[11] *Ibid*., 26 de julio de 1936, p. 27. «La historia de los últimos momentos contada por los mismos rebeldes»; y Antonio Selva Iniesta: «La Guerra Civil en Albacete», en Manuel Ortiz Heras (coord.): *La Guerra Civil en Castilla-La Mancha. De El Alcázar a los Llanos*. Madrid, Celeste Ediciones, 2000, pp. 43-44. <<

[12] *Ibid.* <<

[13] *Ahora* (Madrid), 29 de julio de 1936, p. 1. «Las fuerzas que liberaron la capital manchega». <<

[14] *ABC* (Madrid), 28 de julio, p. 25. «Cómo se supo la rendición de Albacete». <<

[15] *Ahora* (Madrid), 28 de julio de 1936, p. 5. «Procedentes de Albacete, llegan a Alicante 300 presos sediciosos». <<

[1] Miguel Ángel Solla Gutiérrez: *La sublevación frustrada. Los inicios de la guerra civil en Cantabria*. Santander: Universidad de Cantabria, Parlamento de Cantabria, 2005, p. 91. <<

[2] Fundación Pablo Iglesias, Archivo Juan Ruiz Olazarán, 831-25. *Escritos sobre la guerra*, p. 29. Esta versión coincide con la declaración del diputado Ramón Ruiz Rebollo en el sumario n.º 15 por delito de rebelión militar ante el Tribunal Popular de Santander (Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Santander, Leg. 1583-3) . Sobre el gobernador dice que «en los primeros días y a causa de sufrir una indisposición, no pudo prestar la atención al cargo que las graves circunstancias demandaban». <<

[3] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Santander, Pieza 5.ª Justicia Roja, Leg. 1583-2. «Declaración de César Puig». <<

[4] *Ibid.*, Leg. 1583-3. «Declaración de José Pérez García Argüelles, 22 de enero de 1937, sumario n.º 15 por delito de rebelión militar ante el Tribunal Popular de Santander». <<

[5] Miguel Ángel Solla Gutiérrez: *La sublevación frustrada. Los inicios de la guerra civil en Cantabria*. Santander: Universidad de Cantabria, Parlamento de Cantabria, 2005, p. 163. <<

[6] *Ibid*., p. 164. <<

[7] *Ibid*., pp. 140-141. <<

[8] *Ibid*., p. 116. <<

[9] Guillermo García Martínez: *Los defensores del cerco de Oviedo (19-7-1936 / 17-10-1936)*. Oviedo: El autor, 1994, pp. 19-70. <<

[10] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Oviedo, Leg. 1339-1. «Declaración del general Antonio Aranda Mata, 10 de marzo de 1941». <<

[11] *Ibid.* <<

[12] *Ibid*. <<

[13] Oscar Pérez Solís: *Sitio y defensa de Oviedo*. 2.ª ed. Valladolid: Afrodisio Aguado, 1938, pp. 47-48. <<

[14] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Álava, Pieza n.º 2, Leg. 1337-2. «Declaración del general Ángel García Benítez (18 de febrero de 1942)». <<

[15] Manuel González Portilla y José María Garmendia: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988, p. 8.
<<

[16] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Guipúzcoa, Pieza n.º 2, Caja 1336. «Informe». <<

[17] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Madrid, Carpeta 1069, Documento n.º 3. «La Guerra Civil en Euskadi, por Manuel Irujo». <<

[18] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Guipúzcoa, Pieza n.º 2, Caja 1336. «Informe». <<

[19] Manuel González Portilla y José María Garmendia: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988, p. 9.
<<

[20] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Guipúzcoa, Pieza n.º 2, Caja 1336. <<

[21] José Ramón Soler Fuensanta y Francisco Javier López-Brea Espiau: *Soldados sin rostro. Los Servicios de Información, Espionaje y Criptografía en la Guerra Civil Española 1936-1939*. Barcelona: Inédita Editores, 2008, p. 23. <<

[22] Archivo General Militar de Ávila, C. 2479, Leg. 273 Bis, Armario 4, Carpeta 16. «Operaciones de guerra de la plaza de San Sebastián, formulado en cumplimiento de la Orden Ministerial de 28 de noviembre de 1939, redactado por el coronel de Ingenieros Don José Vallespín Cobián sobre antecedentes y primeros días del Movimiento». <<

[23] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General Provincia de Guipúzcoa, Pieza n.º 2, Caja 1336. «Informe del Delegado Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, San Sebastián, 27 de Enero de 1942». <<

[24] *Ibid.* <<

[25] Manuel González Portilla y José María Garmendia: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988, p. 8. <<

[26] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Vizcaya, Leg. 1333-1. «Declaración del general Francisco García Escámez ante la Auditoría de Guerra de Bilbao, 29 de noviembre de 1939». <<

[27] *Ibid.*, Causa General, Leg. 1513.1, Exp. 38, Sumario contra Salazar Alonso. «Declaración de José María Bellas Jiménez, 11 de diciembre de 1944». <<

[28] *Ibid*., Causa General de Vizcaya, Leg. 1333-1. «Declaración de Manuel Lezama Leguizamón, 4 de marzo de 1942». <<

[29] *Ibid.* <<

[30] *Ibid.* <<

[31] Centro Documental de la Memoria Histórica, Sección Político-Social, Euskadi, C.1, Exp. 8. <<

[32] Manuel González Portilla y José María Garmendia: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988, pp. 7-8. <<

[33] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de Álava, Pieza n.º 2, Leg. 1337-2. «Declaración del general Ángel García Benítez (18 de febrero de 1942)». <<

[34] Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, pp. 188-203. <<

[1] Jesús de Juana López y Julio Prada Rodríguez (coord.): *Lo que han hecho en Galicia. Violencia, represión y exilio (1936-1939)*. Barcelona: Crítica, 2006. En esta obra está basada fundamentalmente la interpretación de este capítulo. <<

[2] Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán», C. 9708. <<

[3] Fundación de Investigaciones Marxistas, Archivo Histórico del Partido Comunista de España, Manuscritos, tesis y memorias, Sig. 42/Carp. 3. «Al camarada Santiago Álvarez, por Isidro López». <<

[1] Manuel Azaña: *Obras completas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, t. VI (*Carta de Azaña a Gonzalo R. Lafora, 12-Julio-1938*), pp. 644-645. <<

[2] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Zaragoza, Pieza n.º 2, Leg. 1426-2. «Declaración del Presidente de la Audiencia Territorial, 26 de enero de 1942». <<

[3] *Ibid*. «Informe del general Pedro Yeregui Moreno, 22 de junio de 1942».
<<

[4] *Ibid*. «Declaración del coronel Francisco Barba Badosa, 10 de noviembre de 1941». <<

[5] *Ibid*. <<

[6] *Ibid*. «Informe de la Alcaldía de Calatayud, 27 de noviembre de 1940».
<<

[7] José Luis Ledesma: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2003, p. 58. <<

[8] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Teruel, Pieza n.º 2, Leg. 1420-2. <<

[9] Ángela Cenarro Lagunas: *El fin de la esperanza: Fascismo y Guerra Civil en la provincia de Teruel 1936-1939)*. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 1996, pp. 43-44. <<

[10] Archivo Histórico Nacional, Fondos Contemporáneos, Causa General de la provincia de Teruel, Pieza n.º 2, Leg. 1420-2. «Declaración de Tomás Abril Gonzalvo». <<

[11] *Ibid*., Causa General de la provincia de Huesca, Pieza n.º 2, Leg. 1413-1. «Declaración del coronel Carmelo García Conde, 11 de febrero de 1943». <<

[12] *Ibid*. «Informe del Alcalde, 5 de mayo de 1942». <<

[13] *Ibid*. «Declaración del teniente coronel José González Morales, 9 de junio de 1942». <<

[14] *Ibid*. «Informe del Alcalde, 14 de marzo de 1943». <<

[15] Carlos Gil Andrés: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 86-89, y M.ª Cristina Rivero Noval: *Política y sociedad en La Rioja durante el primer franquismo (1936-1945)*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2001, pp. 84-97. <<

[16] M.ª Cristina Rivero Noval: «La rebelión militar de 1936 en La Rioja», en *Berceo*, n.º 127 (1994), pp. 31-58. La autora estudia el Consejo de Guerra 9087/38 que se instruyó al general. Para ella, se trataba de un hombre fuera de su tiempo, un militar casi decimonónico envuelto en un movimiento moderno como era el fascismo. Quizás un profesional más respetuoso con el poder legalmente establecido que un ferviente republicano. <<

[17] Manuel González Portilla y José María Garmendia: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*. Madrid: Siglo XXI de España, 1988, p. 7; y Francisco José Saralegui Platero: *Retablo de Navarra 1936*. Pamplona: Eunate, 2006, pp. 288-289. <<

[18] Javier Ugarte Tellería: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 103. <<

[19] *Ibid*., p. 143. <<

[20] Ángel Pascual: «El inicio de la Guerra Civil en Navarra», en Carmelo Garitaonandia y José Luis de la Granja (coords.): *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*. Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1987, p. 308. <<

[21] *El Norte de Castilla* (Valladolid), 21 de julio de 1938, p. 6. «De la Historia. El Alzamiento Nacional en Castilla». Según el teniente Gonzalo Silvela Tordesillas, él fue quien recibió la contraseña telefónicamente del teniente coronel Valentín Galarza, el día 17 de julio a mediodía, comunicándola inmediatamente a sus superiores comprometidos (Archivo Regional de la Región Militar Noroeste de El Ferrol, 7.ª Región Militar, Justicia, Caja 207, Causa n.º 37/1937). <<

[22] Ignacio Martín Jiménez: *La Guerra Civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*. Valladolid: Ámbito, 2000, pp. 50-51. <<

[23] Archivo Regional de la Región Militar Noroeste de El Ferrol, 7.ª Región Militar, Justicia, Caja 207, Causa n.º 37/1937. <<

[24] Enrique Berzal de la Rosa: «Guerra y represión en Valladolid», en Enrique Berzal de la Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. II, pp. 173-175. <<

[25] En abril del 36 fue arrestado en su domicilio, según el general jefe de la VII División, «por haber tenido en mi despacho contestaciones irrespetuosas y poco adecuadas al llamarle la atención sobre asistencias a lugares en los que se habla contra el régimen». En mayo fue enviado arrestado a Pamplona, al castillo de San Julián, por seguir soliviantando a los oficiales de la guarnición (Archivo General Militar de Ávila, Armario 2, Carpeta 7, Documento 1/102 y 112). <<

[26] Ignacio Martín Jiménez: *La Guerra Civil en Valladolid (1936-1939). Amaneceres ensangrentados*. Valladolid: Ámbito, 2000, pp. 83-84. <<

[27] Santiago López García y Severiano Delgado Cruz: «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la guerra civil», en Ricardo Robledo (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*. Barcelona: Crítica, 2008, pp. 103-115. <<

[28] Severiano Delgado Cruz y Javier Infante Miguel-Motta: «Nadie preguntaba por ellos. Guerra y represión en Salamanca», en Enrique Berzal de la Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. I, pp. 292-293. <<

[29] Archivo Regional de la Región Militar Noroeste de El Ferrol, Gobierno Militar de Burgos, 4.ª Sección, Leg. 51, Sumarísimo 1269/1938 contra Pedro Parellada García y otros. <<

[30] Luis Castro: *Capital de la Cruzada. Burgos durante la Guerra Civil*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 6-18. <<

[31] Archivo Regional de la Región Militar Noroeste de El Ferrol, Gobierno Militar de Burgos, 4.ª Sección, Leg. 58, Causa 2583 contra el coronel Fernando Moreno Calderón. «Declaración del coronel Fernando Moreno Calderón». <<

[32] *Ibid*., Justicia, Burgos, Leg. 97, Causa 130/1936. <<

[33] *Diario de Burgos*, 20 de julio de 1936. <<

[34] Javier Rodríguez González: «Guerra y represión en León», en Enrique Berzal de la Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. I, pp. 151-154. <<

[35] Archivo Regional de la Región Militar Noroeste de El Ferrol, León, Archivo n.º 172, Causa 109/1936. <<

[36] *El Día de Palencia*, 23 de julio de 1936, p. 1. «Cómo se inició el Movimiento en Palencia». <<

[37] Jesús Gutiérrez Flores: «Guerra y represión en Palencia (1936-1939)», en Enrique Berzal de la Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. I, p. 221. <<

[38] José Vidal Pelaz López: *Caciques, apóstoles y periodistas. Medios de comunicación, poder y sociedad en Palencia (1898-1939)*. Valladolid: Universidad, 2000, p. 431. <<

[39] M.ª del Mar González de la Peña: «Guerra y represión en Ávila (1936-1939)», en Enrique Berzal de la Rosa (coord.): *Testimonio de voces olvidadas*. Madrid: Fundación 27 de Marzo, 2007, t. I, pp. 26-32. <<

[40] Antonio Hernández García: «Guerra y represión en Soria (1936-1939)», en *Ibid*., t. II, pp. 95-105. <<

[41] Cándido Ruiz González y Juan Andrés Blanco Rodríguez: «La represión en la provincia de Zamora durante la Guerra Civil y el Franquismo», en *Ibid*., pp. 244-248. <<

[1] Miguel Ángel Cabrera Acosta (ed.): *La Guerra Civil en Canarias*. La Laguna: Francisco Lemus Editor, 2000. <<

[2] Luis Eugenio Togores Sánchez: «El Alzamiento y la Guerra Civil (1936-1939) en las colonias españolas de Guinea, Sidi Ifni y Sahara», en *Estudios Africanos. Revista de la Asociación Española de Africanistas*, n.º 4-5 (1987-1988), p. 36. <<

[1] Archivo del Juzgado Togado Militar n.º 24, Caja 682, Causa n.º 93/1936. «Declaración del alférez del Cuerpo de Asalto Teodoro Martínez Vicente». <<

Document Outline